Eusèbe Salverte

LAS CIENCIAS OCULTAS

la magia
los prodigios
los milagros

EUSEBE SALVERTE

LAS CIENCIAS OCULTAS

LA MAGIA
LOS PRODIGIOS
LOS MILAGROS



PUBLICACIONES "MUNDIAL"
Consejo de Ciento, 201. - BARCELONA

EUSEBE SALVERTE

LAS CIENCIAS OCULTAS

LA MAGIA
LOS PRODIGIOS
LOS MILAGROS



PUBLICACIONES "MUNDIAL"
Consejo de Ciento, 201. - BARCELONA

« Non igitur oportet nos magicis
» illusionibus uti, cum potestas
» philosophica doceat operari
» quod sufficit.

Rog. Bacon. »

A mi amigo

CHARLES-LOUIS CADET-GASSICOURT

nacido en París, el 23 de enero de 1769,
muerto el 21 de diciembre de 1821

*

¡Todo por la Humanidad, por la Patria,
por la Amistad!

Estas palabras encierran la historia de su vida

EUSEBE SALVERTE

PRINTED IN SPAIN

Impresos Costa — Conde Asalto, 45 — Barcelona

DISCURSO

de

M. François Arago

Miembro de la Cámara de los Diputados

y del Instituto

Nunca vine con mayor tristeza a este lugar de reposo, pero tampoco nunca tuvieron que deplorar la libertad y la patria una pérdida mayor.

Salverte nació en París en el año 1771. Su padre, que ocupaba una elevada posición en la Administración de Hacienda, le destinó a la magistratura. A los diez y ocho años terminó sus brillantes estudios en el Colegio de Juilly, e ingresó en el Châtelet de París como abogado del rey. Por aquella misma época salía Francia de un largo y profundo sopor. Reclamaba en todas partes, con la calma que es siempre el verdadero carácter de la fuerza, pero también con la energía que no puede dejar de inspirar el justo derecho, reclamaba, repito, la abolición del gobierno absoluto.

La voz atronadora del pueblo proclamaba que las distinciones de castas hieren en el mismo grado la dignidad humana y el sentido común; que todos los hombres deben pesar lo mismo en la balanza de la Justicia; que el sentimiento religioso se convierte en criminal cuando es objeto de investigaciones de la autoridad política.

Salverte tenía demasiada penetración para no entrever

la vasta extensión de las reformas que estos grandes principios traían consigo, para no presentir que la brillante carrera de la magistratura en que acababa de ingresar se cerraría tal vez para siempre ante él. Y el joven abogado del rey, se vió obligado, desde el principio de su vida oficial, a poner en pugna sus sentimientos de ciudadano con su interés privado. Mil ejemplos nos permitirían afirmar que en tales circunstancias la prueba es siempre ruda y el triunfo muy dudoso; pero apresurémonos a declarar que el patriotismo de Salverte no permitió lucha alguna; que nuestro colega no vaciló un solo instante en alistarse entre los partidarios más vivos, más inconfundibles de nuestra gloriosa regeneración política.

Más tarde, cuando culpables resistencias, cuando la insolente intervención del extranjero, lanzaron al país a desórdenes sangrientos, Salverte, como todos los hombres de buena voluntad, afligióse profundamente. Presintió la ventaja que de ello sacarían, más o menos pronto, los enemigos de la libertad del pueblo; pero su justo dolor no le separó de la causa del progreso. Le destituyeron de las funciones que desempeñaba en el Ministerio de Asuntos Extranjeros; a esa brutalidad inmerecida contestó pidiendo examinarse para un empleo de oficial de ingenieros del ejército. Las preocupaciones de la época hicieron rechazar del servicio militar al hijo de un intendente general. Salverte, sin desanimarse, solicitó al menos el favor de ser útil a su país en las carreras civiles: la Escuela de Caminos y Puertos le contó entonces entre sus alumnos, y, poco después, entre sus auxiliares más celosos.

Durante ese tiempo sufrió nuestro amigo inmortales exaltaciones y deplorables fracasos, hasta llegar a la prueba de una condena a muerte, pronunciada por el más fútil motivo, sin ceder en sus generosas convicciones, sin tener, ni por un momento, el pensamiento de ir a pedir un refugio

a las comarcas que eran vivero de aquellas hordas innumerables que creían marchar a la salvación de Francia.

Salverte era demasiado buen francés para quedar insensible ante las glorias del imperio; era, por otra parte, demasiado amigo de la libertad para no advertir las pesadas cadenas que tan fuertemente ataban las coronas de laurel. Luego, jamás salió de su boca una palabra de elogio ni su pluma formó parte del cortejo de adulación que siguió constantemente al héroe de Castiglione y Rivoli.

Nuestro colega consagró toda la época del Imperio al aislamiento y al estudio. Entonces fué cuando por sus perseverantes estudios, llegó a ser, en idiomas, en erudición, en economía política, uno de los hombres más sabios de nuestro tiempo (1).

Salverte no se engañó sobre las medidas reaccionarias en que se precipitaría inevitablemente la segunda restauración. Creyó que, a pesar del texto formal de la capitulación de París, caería el rayo de las pasiones políticas sobre varios de nuestros Altos Consejos militares; adivinó que esos actos sanguinarios serían excitados o al menos alentados por los generales aliados; previó que el Midi vería renacer aquellos odiosos pronunciamientos militares que ha puesto la Historia entre las más deplorables manchas del reinado de Luis XIV. Salverte sintió oprimírsele el corazón

---

(1) NOTA DEL EDITOR. M. Salverte ha publicado:

Resumen literario de Francia en el siglo XVIII. París, 1809.

La civilización desde los primeros tiempos históricos hasta el fin del siglo XVIII. París, 1813 (1.ª parte).

Colección de Tragedias; selección de Poesías.

Compilación de Novelas.

La Medicina en sus relaciones con la Política. París, 1806.

Ensayo histórico y filosófico sobre los nombres de hombres, pueblos y y lugares considerados principalmente en sus relaciones con la civilización. París, 1824.

Horacio y el emperador Augusto. París, 1823.

Ragusa y Venecia. París, 1835.

Ciencias ocultas. París, 1829; (dos ediciones más en 1843 y 1856).

en presencia de un porvenir tan lúgubre. Resolvió, sobre todo, sustraerse al humillante espectáculo de la ocupación militar de Francia y partió para Ginebra.

La señora Salverte, tan eminentemente distinguida, tan capaz de comprender a nuestro amigo, de asociarse a sus nobles sentimientos; esa mujer cuyo destino había sido unirse a dos hombres (1) que, en dos géneros diferentes, han honrado igualmente a Francia, acompañó a su marido en aquel destierro voluntario que duró cinco años.

La vida pública, política, militante de Salverte no comenzó, propiamente hablando, hasta 1828. En dicho año fué cuando un distrito electoral, compuesto del tercero y quinto distritos municipales de París, confió a nuestro amigo el honor de representarle en la Cámara de Diputados. Dicho honor, salvo algunas semanas de interrupción, le ha sido después continuado siempre por un distrito, el quinto, en el que el patriotismo constante, inquebrantable de los electores, ha sabido comprender y poner en acción el adagio tan antiguo y tan lleno de verdad: «La unión es la fuerza». Durante sus once años de carrera legislativa, ha sido Salverte un modelo de firmeza, de independencia, de celo y de asiduidad. Si alguna vez las actas de nuestras sesiones han sido leídas en presencia de un solo diputado, ese diputado era M. Salverte. Tampoco sé que nunca le haya ocurrido abandonar el salón antes de haber oído salir de la boca del presidente las sacramentales palabras: «Se levanta la sesión». Nuestro siglo se ha hecho eminentemente expedientista. Muchas personas han puesto en duda la necesidad de las innumerables disposiciones oficiales, de los discursos, de las memorias, de los cuadros estadísticos de toda especie que invaden nuestros boletines oficiales. Hasta se ha llegado a sostener que ningún diputado había tenido

(1) M. de Fleurieu, que fué sucesivamente, ministro de Marina, senador y gobernador de las Tullerías... y E. Salverte.

hasta ahora el tiempo y el ánimo necesarios para leer la totalidad de esas disposiciones: me equivoco, señores, se hace una excepción, una sola: M. Salverte.

No hay nadie que dejando a un lado todo espíritu de partido, no se haya apresurado a rendir homenaje a la lealtad del diputado del distrito quinto de París. Acaso no se haya sido tan justo en otros aspectos. No os extrañéis, pues, de que yo considere un deber rechazar aquí, en presencia de esta tumba, los reproches de ambición, de estrechez de miras en materia de Hacienda, de frialdad, que tan ligeramente han sido dirigidos a nuestro excelente amigo.

El ambicioso Salverte (ya que estoy condenado a aproximar dos palabras tan poco hechas para encontrarse juntas), el ambicioso Salverte ni siquiera ha aceptado ninguno de esos adornos que, bajo el nombre de condecoraciones, de cruces o de bandas, son tan ansiosamente buscados por todas las clases de la sociedad. El ambicioso Salverte, después de las tres jornadas inmortales, rehusó el cargo importante de director general de Correos. Más tarde, el ambicioso Salverte respondió al ofrecimiento de un Ministerio con unas condiciones tan claras, tan precisas, tan liberales, como se hallaban en su pensamiento, y que fueron, en efecto, consideradas como el equivalente de una repulsa formal.

Cuando recordamos la excesiva prodigalidad de los votos legislativos en materia de impuestos, la reserva, el rigorismo de Salverte, lejos de ser un motivo de reproche, me parecen los rasgos más honorables de su carrera parlamentaria. Además, señores, en las cuestiones en que el honor, la dignidad o las libertades de Francia estaban en el tapete, todas las veces que fué menester estipular recursos en favor de las víctimas del absolutismo, pudiera decir de las víctimas de nuestra debilidad, de nuestra pusilanimidad, ¿fué dudoso el voto aprobativo de nuestro colega?

En cuanto a los que, dejándose engañar por ciertas apa-

riencias, se han equivocado hasta el punto de tomar la austeridad de Salverte por frialdad, por sequedad de alma, he de preguntarles si no le han visto saltar en su asiento durante la discusión de las leyes de septiembre; sin han olvidado el vigor, la viva persistencia de sus ataques contra la lotería, ese impuesto inmoral que la administración imponía no ha mucho a la ignorancia y a la estupidez.

¿No se debe, en gran parte, a la indignación profunda, a las repugnancias apasionadas que toda institución contraria a las estrictas reglas de la moralidad, excitaba en el noble y elevado corazón de nuestro amigo, el que la ciudad de París se haya visto libre, con la supresión de esas casas privilegiadas, pobladas de agentes de la administración pública, que no eran otra cosa que viles garitos donde la fortuna y el honor de las familias se hundían a diario?

¿Decís que Salverte era un hombre frío, calculador? ¡Por Dios! ¿Habéis olvidado entonces las cóleras juveniles a que se abandonaba cuando el diario matinal le traía la noticia de uno de esos cambios súbitos de opinión, de una de esas capitulaciones de conciencia que desde 1830 han venido frecuentemente a afligir a las almas honradas? ¿No veis, pues, con qué soberano desprecio trataba a esos seres, hez de la especie humana, parásitos de todos los partidos, de todas las opiniones, que espían la ocasión de llegar a todas las dignidades por el envilecimiento?

Sí, señores, tenía el corazón ardiente y generoso, quien, vencido por un año de crueles sufrimientos, quien, *vivo entre los muertos y muerto entre los vivos*, según la expresión de un sabio ilustre, concentraba, hace cinco días, los últimos restos de sus fuerzas y se asociaba a la obra de progreso que sus amigos políticos acaban de emprender; quien nos prestaba el apoyo de su nombre venerado; quien nos permitía invocar, en caso necesario, la autoridad, tan

respetable siempre, de los deseos y de las palabras de un moribundo.

¡Adiós, querido Salverte! ¡Descansa en paz en esta tumba que tú mismo habías elegido, junto a la compañera cuya muerte prematura ha contribuído tan tristemente a abreviar tus días! Tu memoria nada tiene que temer de los pestilentes ataques de la calumnia. Está bajo una cuádruple égida: las lágrimas de una familia adorada, las bendiciones de una población rural entre la cual repartías tus beneficios con tanto discernimiento, la profunda veneración de tus colegas, y la ilimitada confianza de uno de los más populosos e ilustrados distritos de la capital. Mira estos electores a quienes tú habías consagrado una afección tan profunda; se aglomeran en torno a tus restos inanimados; vienen a rendir homenaje al diputado fiel, incorruptible, perseverante, al hombre que no creía combinar vanas palabras, cuando en 1813, en una epístola a la Libertad, escribía este alejandrino, convertido después en su invariable divisa:

«La mentira y el miedo son dos vicios de esclavos...»

Tu recuerdo, querido Salverte, está grabado en el corazón de estos excelentes ciudadanos con hondos trazos; será duradero como el bronce de la medalla que te ofrecieron en 1834, para desagraviarte del corto momento de olvido de algunos de ellos.

¡Adiós, Salverte! ¡Adiós!...

CAPITULO PRIMERO

El hombre es crédulo porque es naturalmente verídico. Obrando sobre sus pasiones, por su credulidad, unos hombres superiores le han sometido a una esclavitud religiosa. Los relatos de las maravillas que los conducen a este fin no son siempre mixtificados. Es tan útil como curioso estudiar los hechos que esos relatos encierran, y las causas de que los hechos se derivan.

El hombre nace y muere crédulo; pero esta disposición se deriva de un principio honorable cuyas consecuencias le precipitan en tantos errores y males. Naturalmente verídico, es propenso a hacer de sus palabras la expresión de sus sensaciones, de sus sentimientos y de sus recuerdos, con la misma veracidad que sus lágrimas y sus gritos de dolor y de alegría, y sobre todo, sus miradas y los movimientos de su fisonomía revelan sus sufrimientos, sus temores o sus placeres. La palabra es más frecuentemente engañosa que las señales mudas o inarticuladas, porque el discurso pertenece más al arte que a la naturaleza; pero es tal la fuerza de la propensión que nos inclina hacia la verdad, que el hombre más habituado a traicionarla, supone, en principio, que los demás la respetan; y para que se resista a creerlos, es necesario que en lo que afirman haya algo que repugne a lo que él sabe ya; o le haga sospechar un preconcebido designio de engañarle.

La novedad de los objetos y la dificultad de referirlos a otros objetos conocidos no ponen en guardia la credulidad del hombre sencillo. Son algunas sensaciones más que recibe sin discutir, y su singularidad es tal vez un atractivo que le hace aceptarlas con más gusto. El hombre casi siempre quiere y busca lo maravilloso. ¿Es natural esta predilección? ¿Se deriva de la educación que el género humano ha recibido de sus primeros instructores durante varios siglos? Cuestión vasta y nueva todavía; muy difícil de resolver. Pero basta observar que el hombre, por amor a lo maravilloso, prefiere siempre el relato más sorprendente al lógico y natural que, demasiado a menudo, ha caído en el olvido. En ocasiones, sin embargo — y ya recordaremos más de un ejemplo —, la sencilla verdad ha perdurado a través de los siglos.

El hombre confiado puede ser engañado una o varias veces; mas su credulidad no es un instrumento que baste para dominar su existencia entera. Lo maravilloso no excita más que una pasajera admiración: en 1798, nuestros compatriotas notaron con sorpresa cuán poco emocionaba al indolente egipcio el espectáculo de los globos aerostáticos. Si unos salvajes ven ejecutar a un europeo juegos de manos y experimentos de física recreativa que no pueden ni quieren explicar, será un espectáculo que los divierta, sin consecuencias para ellos, y, sin duda, sin influencia alguna sobre su tranquila independencia.

Pero al hombre se le domina por sus pasiones, sobre todo por la esperanza y el temor. ¿Qué otra cosa mejor que una credulidad sin desconfianza puede hacer nacer y exaltar el temor y la esperanza? La razón se turba, la imaginación se llena de maravillas. Es poco *creer* en las obras sobrenaturales; se *ven* en ellas los beneficios y las venganzas; se *leen* en ellas las ódenes y las amenazas de seres

todopoderosos que, en sus manos temibles, tienen la suerte de los débiles mortales.

Desde los tiempos más remotos, los hombres superiores que quisieron imponer a sus semejantes el freno de la religión, presentaron los milagros y los prodigios como señales ciertas de su misión como obras inimitables de la Divinidad, cuyos intérpretes eran. Llena de espanto, la multitud se sometió al yugo, y el hombre más soberbio hirió con su humillada frente las gradas del altar.

Se han sucedido los siglos: consolado y aterrado alternativamente, regido a veces por leyes justas, sometido con mayor frecuencia a tiranos caprichosos o feroces, el género humano ha creído y ha obedecido. La historia de todas las naciones y de todas las edades llena está de relatos maravillosos; hoy los rechazamos con desdén. ¡Desdén poco filosófico por cierto! ¿No merecen el más alto interés las creencias que han ejercido una influencia tan poderosa sobre los destinos del género humano? ¿Olvidamos que la intervención de la Divinidad, visible en los prodigios y en los milagros, ha sido en casi todas partes el instrumento más poderoso de la civilización; que los mismos sabios han dudado (1) si pueden existir leyes, instituciones duraderas sin la garantía que asegura esa intervención universalmente respetada?

Si consideramos los hechos mismos en relación a sus causas, el desdén está aún menos fundado; el origen de las fábulas que nos parecen irritantes, pertenecen quizá a una honrosa parte de la historia del género humano. En los relatos maravillosos no puede ser todo mentira e ilusión. La credulidad tiene su término, y la invención el suyo. Estudiamos al hombre, no en las tradiciones engañosas, sino en sus costumbres constantes: difícilmente se impondría

(1) J. J. ROUSSEAU, *El Contrato social*; libro IV, cap. 8.

una impostura si, en nuestras sensaciones o en nuestros recuerdos no encontrase nada que la secundara; menos fácilmente aun podría nacer. El hombre es crédulo porque es naturalmente verídico. La mentira es más fácil para negar, disimular o mudar la verdad que para tergiversarla. La invención, hasta en las cosas pequeñas, cuesta unos esfuerzos de que no siempre es capaz el hombre. El genio inventor, aun cuando no se ejercite más que para instruirnos o para entretenernos, cede a cada paso a la necesidad de acercarse a la realidad y mezclarse a sus creaciones que, sin tal artificio, encontrarían poca aceptación en la humana inteligencia. Con mayor razón, el hombre que tiene un gran interés en subyugar nuestra credulidad, aventurará raramente una fábula que no tenga por base algún hecho cierto, o cuya posibilidad sea al menos suponible. Esta hábil atención se abre paso en los hechos transmitidos por la tradición de edades y regiones remotas, y en las repeticiones en que abunda la historia de los prodigios, y que disimula débilmente la alteración de algunos detalles. Aun se la reconocerá mejor, convenciéndose con nosotros de que la mayor parte de los hechos maravillosos pueden explicarse por un pequeño número de causas más o menos fáciles de discernir y de desarrollar.

La investigación de estas causas no tiene por objeto satisfacer una vana curiosidad. Los prodigios, nacidos de una observación más o menos exacta de la Naturaleza, las invenciones, las mismas imposturas de los taumaturgos, deben, en su mayoría, entrar en el terreno de las ciencias físicas. Considerada desde este punto de vista, la historia de las ciencias, de sus progresos y variaciones, puede proporcionar preciosas nociones sobre la antigüedad de la civilización y sobre sus vicisitudes; se pueden sacar de ella curiosos indicios sobre los orígenes no sospechados todavía de algunos de nuestros conocimientos. Otra ventaja, en fin,

recompensará nuestras investigaciones: iluminada por ellas, se nos presentará la Historia bajo otro nuevo aspecto; la devolveremos hechos reales; daremos a los historiadores un carácter de veracidad sin el cual todo el pasado quedaría perdido para la historia del hombre civilizado: convictos de ignorancia y de mentira en sus relatos, incesantemente repetidos, de maravillosos acontecimientos, ¿qué fe merecerían sus más verosímiles relaciones? Justamente desacreditada por la continua mezcla del error y la verdad, sin interés para la filosofía moral, sin interés para la política, no sería la historia más que una *fábula convencional*; ¿no es asimismo como la han juzgado los sabios? Pero no; el hombre civilizado, que ha estudiado y descrito las costumbres de tantas especies vivientes, no puede estar reducido hasta aquel punto de degradación que para él supondría no haber conservado más que fábulas en los recuerdos que pueden hacerle conocer su propia especie. Lejos de no ofrecer más que una colección de inepcias y mentiras, las páginas más maravillosas de la historia nos abren los archivos de una política sabia y misteriosa, de la que diversos hombres sabios se han servido en todos los tiempos para gobernar al género humano, para llevarle al infortunio o a la felicidad, a la grandeza o al envilecimiento, a la esclavitud o a la libertad.

CAPITULO II

Diferencia entre los prodigios *y los* milagros. *Motivos que hacen verosímiles los relatos maravillosos: Primero, el número y la concordancia de los relatos, y la confianza que merecen los observadores y los testigos; segundo, la posibilidad de hacer desaparecer lo maravilloso, remontándolo a alguna de las causas principales que hayan podido dar a un hecho natural un color maravilloso.*

Haremos dos divisiones del campo de lo maravilloso: la de los prodigios y la de los milagros y obras mágicas.

Independientes de toda acción humana, los *prodigios* son los acontecimientos singulares que produce la Naturaleza y que parecen apartarse de las leyes que invariablemente se ha prescrito.

Todo es prodigio para la ignorancia que, en el estrecho círculo de sus posibilidades, ve el inmenso círculo en que se mueve el universo. Para el filósofo no hay prodigios: un nacimiento monstruoso, el súbito desplome de la roca más dura, resultan, como se sabe, de causas tan naturales, tan necesarias como la vuelta alternativa del día y de la noche.

Todopoderosos otrora sobre los temores, los deseos y las resoluciones de los hombres, no hacen hoy los prodigios más que poner en guardia a la incredulidad y pedir el examen de los sabios. En la infancia de las sociedades, los hombres

superiores aprovechaban todos los hechos raros, todas las maravillas reales o aparentes, para transformarlos, a los ojos del vulgo, en testimonios del enojo, de las amenazas, de las promesas o de las benevolencias de los dioses.

Los *milagros* y las *obras mágicas*, igualmente relacionados a una influencia sobrenatural, son unas maravillas operadas por los hombres, bien porque una Divinidad bienhechora o terrible se sirva de su ministerio, bien porque la misma Divinidad sea la que produzca el milagro, revistiendo nuestra forma mortal, o bien, en fin, porque por el estudio de las *ciencias trascendentales*, hayan dominado a su antojo los *genios* dotados de algún poder sobre los fenómenos del mundo visible.

Todo milagro imprime un sentimiento de veneración a los hombres religiosos; pero éstos no adornan con dicho nombre más que las obras sobrenaturales consagradas por su creencia. Por lo tanto, haremos de la palabra *magia* el nombre general del arte de operar maravillas: esto es, apartarnos de las ideas admitidas y aproximarnos a las ideas antiguas y a la verdad.

En donde una revelación religiosa no domina al pensamiento, ¿qué motivos de credulidad podrán hacer admitir a un espíritu juicioso la existencia de prodigios o de obras mágicas?

El cálculo de probabilidades le servirá de guía.

Que un hombre sea engañado por apariencias más o menos especiosas, o que intente él mismo engañarnos si tiene interés en hacerlo, es cosa mucho más probable que la exactitud de un relato que implique algo de maravilloso. Pero si, en tiempos y en lugares diversos, muchos hombres han visto la misma cosa o cosas exactamente parecidas, si sus referencias se multiplican y coinciden entre sí, todo cambia. Lo que parecía increíble a los sabios, y milagroso al vulgo, se transforma en un hecho curioso, pero probado; el vulgo

se distrae con él y el sabio lo estudia y procura descubrir su causa.

Sólo hay que resolver entonces una cuestión, para juzgar el pasado. ¿Puede admitirse que los hombres hayan mentido tantas veces con descaro, y que tantas veces hayan encontrado otros hombres dispuestos a creer sus absurdos? ¿No es más sensato reconocer que ciertos relatos, en apariencia maravillosos, están fundados en realidades, sobre todo cuando se puede explicarlos, ya por las pasiones humanas, ya por el estado de las ciencias en la antigüedad?

Citaré sin temor unos testigos tenidos hasta hoy por sospechosos, porque afirmaban hechos que se tenían por imposibles. El descrédito en que han caído, se aparta de la cuestión y no puede ser justamente opuesto a sus relaciones.

¿Es creíble que en el año 197 de nuestra Era haya caído una lluvia de mercurio en Roma, en el *foro* de Augusto? Dion Cassius no la vió caer, pero la observó inmediatamente después de caída, recogió unas gotas y se sirvió de ellas para frotar una pieza de cobre y darle la apariencia de la plata, que conservó tres días más (1). Glycas habla también de una lluvia de mercurio que cayó en el reinado de Aureliano (2), pero la autoridad de este analista es débil; está permitido suponer que no ha hecho más que desfigurar el relato de Dion con un anacronismo. La rareza y carestía del mercurio en Roma, bajo uno y otro reinado, no permiten suponer que se hubiese podido arrojar al *foro* la cantidad necesaria para figurar los efectos de una lluvia. Por lo menos, esa maravilla es demasiado extraña para que hoy se

(1) *«Coelo sereno pluvia rori simillima, colorisque argentei inforum »Augusti defluxit, quam ego, et si non vidi cum caderet tamen, ut ceci»derat, inveni; eaque, ita ut si esset argentum, oblivi monetam ex oere; »mansitque is color tres dies; quarto vero die quiedquid oblitum fuerat »evanuit.»* (Xiphilin, in *Severo.*)

(2) *«Aureliano imperante argenti guttas decidisse sunt qui tradant.»* (Glycas, *Annal.* libro III.)

la pueda admitir. ¿Hay que negarla de una manera absoluta? Dícese que lo imposible jamás es probable: no, pero ¿a quién corresponde asignar los límites a lo posible, esos límites que, ante nuestros ojos, hace la ciencia retroceder cada día? Examinemos, dudemos, no nos apresuremos a negar.

Si un prodigio semejante al que atestigua Dion, fuese contado, en épocas diferentes, por otros autores; si se renovase en nuestros días, ante la vista de ejercitados observadores, ya no sería una fábula, una ilusión, sino un fenómeno que ocuparía un sitio en los fastos donde la ciencia consigna los hechos que ha reconocido como ciertos, sin pretender explicarlos todavía.

Tratábamos de fábulas todo lo que los antiguos han dicho sobre piedras que caían del cielo... A principios del siglo XIX, los más preclaros sabios franceses rechazaban, con cierta severidad, la posibilidad de una lluvia de aerolitos; y pocos días después, se hubo de reconocer la realidad y repetición bastante frecuente de este fenómeno.

El 27 de mayo de 1819, una enorme granizada devastó el territorio de Grignoncourt (1). El alcalde de la población recogió y dejó derretir pedriscos que pesaban más de medio kilogramo: encontró, en el centro de cada uno, una piedra color de café claro, de unos catorce a diez y ocho milímetros de tamaño, plana, redonda, alisada y con un agujero en el centro, por el que se podía meter el dedo meñique. Nunca se habían visto piedras semejantes en el país; se encontraron otras muchas esparcidas por el campo, allí donde había descargado el granizo. He leído la relación del fenómeno, en un acta dirigida al subprefecto de Neufchateau por el alcalde, que me ha confirmado de viva voz los mismos detalles, atestiguándolos también el cura de aquella

(1) Distrito de Neufchateau, departamento de los Vosgos.

parroquia. ¿Puede decirse que la borrasca y la caída violenta del pedrisco hayan sacado a la superficie de la tierra unas piedras que estuviesen enterradas a considerable profundidad? La observación personal del alcalde refuta esta hipótesis. Deseando, por mi parte, conocer la verdad, he observado el suelo cuando el arado acababa de abrirle más profundamente que lo hubiera podido hacer el pedrisco: no he descubierto ni una sola piedra parecida a las que ha descrito el alcalde en su relación.

¿Negaremos un hecho confirmado de una manera tan precisa? En 1825, se observó, en Rusia, la caída de granizos que contenían piedras meteóricas: dichas piedras fueron enviadas a la Academia de Petrogrado (1). El 4 de julio de 1833, en el distrito de Tobolsk, se vió caer simultáneamente enormes pedriscos y aerolitos cúbicos. Cuenta Macrisi que el año 723 de la Hégira vióse caer, en una enorme granizada, piedras de cuatro a diez y ocho kilogramos de peso (2).

Si cualquier autor antiguo se hubiese atrevido a decir «que una mujer tenía una glándula mamaria en el muslo izquierdo con la cual amamantaba a su hijo y a otros varios niños», hubiéramos rechazado con desdén y ridiculizado burlonamente su aserto. Y, sin embargo, dicho fenómeno ha sido comprobado por la Academia de Ciencias, de París (3). Para ponerlo fuera de duda ha bastado la exactitud conocida del sabio que lo ha observado, y el valor de los testimonios en que se apoya su veracidad.

También hay otra causa que disminuye y acaba por bo-

(1) El análisis químico dió a conocer su composición: de 100 partes, 70 eran óxido rojo de hierro; 7'50 manganeso: 7'50 sílice; 6'25 tierra micácea; 3'75 arcilla, y 5 azufre. (*Boletín Universal de las Ciencias*, 1825, tomo III, página 117, y núm. 137 de 1826, tomo VIII, página 343.)

(2) ET. QUATREMÈRE, *Memorias sobre Egipto. Kitab-al Solouk*, tomo II, páginas 489, 490.

(3) Sesión del 25 de junio de 1827. Véase la *Revista enciclopédica*, tomo XXXIV, página 244.

rrar la inverosimilitud de los relatos maravillosos: es la facilidad con que despojamos de lo que presentan de maravilloso los hechos que, al principio, provocaban en nosotros una prudente desconfianza. Basta para ello casi siempre, con reconocer el principio de exageración que existe en todas las cosas que parecen obscuras o indescifrables para nuestra inteligencia. La ignorancia prepara la credulidad para recibir los prodigios y los milagros; la curiosidad la excita; el orgullo la interesa; el amor a lo maravilloso la seduce; la prevención la sujeta; el terror la subyuga; el entusiasmo la enloquece. Y la casualidad, es decir, una serie de acontecimientos que advertimos por su conexión y que nos permite así referir un efecto a una causa que le es ajena, ¡cuántas veces, secundando todos esos agentes de error, se ha reído de la credulidad humana!

Reales o aparentes, debemos discutir unos y otros; lo mismo si cremos que los milagros hayan sido producidos por la ciencia o la maestría de una casta hábil que, para domeñar a los pueblos emplease el resorte de la creencia, que si pensamos que esa casta no haya hecho más que aprovecharse de los prodigios que asombraban al vulgo y de los milagros que estaban inculcados en su espíritu. Pondremos casi al descubierto los procedimientos de una clase de hombres que, fundando su poder sobre lo maravilloso, han querido hacer ver en todo algo de sobrenatural, y la estúpida docilidad de la multitud, consintiendo fácilmente en ver milagros en todas partes. También reduciremos a sus verdaderos límites el campo de las ciencias ocultas, objeto principal de nuestra investigación, para lo cual indicaremos exactamente las causas que, con los esfuerzos de la ciencia y las obras de la Naturaleza concurrieron, bien a producir milagros, bien a determinar la importancia e interpretación de los prodigios de que se apoderaba un taumaturgo, pronto a suplir con su presencia de ánimo su real impotencia.

No temeremos multiplicar los ejemplos en la discusión de nuestra tesis; es muy posible que el lector llegue a exclamar: ¡Ya sabíamos todo eso! Sí, se sabía, pero ¿qué consecuencias se habían sacado? No bastaría con ofrecer la explicación plausible de diversos hechos aislados. Debemos reunir y comparar una cantidad de hechos bastante considerable para tener derecho a sentar esta conclusión:

Puesto que, en cada rama de nuestro sistema, conservan nuestras explicaciones su fondo de verdad y disipan lo maravilloso de un gran número de casos, es infinitamente probable que este sistema tenga la verdad por base, y que no haya hechos que escapen a su aplicación.

CAPITULO III

Enumeración y discusión de las causas. Apariencias engañosas y caprichosas de la Naturaleza. Exageración de los detalles o de la duración de un fenómeno. Expresiones impropias, mal comprendidas, mal traducidas. Expresiones figuradas; estilo poético. Explicaciones erróneas de representaciones emblemáticas. Apólogos y alegorías adoptados como hechos reales.

I. Es tal el atractivo que tienen los hechos extraordinarios, que el hombre poco ilustrado se aflige cuando se le arranca de los ensueños de lo maravilloso para volverle a la realidad, pues las más ligeras apariencias bastan para transformar a sus ojos las innumerables obras de la Naturaleza en seres vivientes o en obras movibles. Ese atractivo y la tendencia a la exageración, que es una consecuencia de él; la persistencia de las tradiciones que recuerda como si aun subsistiese lo que ya cesó hace siglos; el singular orgullo que lleva a un pueblo a apropiarse en su historia, de las tradiciones fabulosas o alegóricas que ha recibido de otros pueblos anteriores a él; las expresiones inexactas, las tradiciones más inexactas todavía de las antiguas narraciones; el énfasis propio de las lenguas de la antigüedad, y el estilo figurado, atributo esencial de la poesía, es decir, del primer lenguaje en que los conocimientos y los recuerdos se han llevado a la memoria; el natural deseo

entre los hombres poco cultos de explicar alegorías y emblemas cuyo sentido sólo era conocido por los sabios; el interés que lleva igualmente a las pasiones nobles y a las bajas pasiones a influir por lo maravilloso sobre la credulidad del presente y del porvenir: tales son las causas que, separadas o reunidas, han llenado los fastos de la historia con un gran número de ficciones prodigiosas (1), sin que los depositarios de la ciencia tuvieran necesidad de secundar su impulso poderoso. Para volver a hallar la verdad bajo la envoltura del prodigio, bastará con poner junto a la presunta maravilla un hecho semejante, del que no se haya apoderado la superstición, o bien, separar lo accesorio de algunas de las causas cuya influencia acabamos de señalar.

En Reims, bastaba el repique de una de las campanas para conmover uno de los pilares de la iglesia de san Nicasio y para comunicarle una oscilación de cierta duración. Cerca de Damieta, un minarete, construído de ladrillos, recibía un movimiento muy perceptible con el solo impulso de un hombre colocado en uno de sus ángulos. Tales accidentes que, de seguro, no habrían previsto ni combinado los arquitectos, puestos a disposición de un taumaturgo, serán obra de la Divinidad. La mezquita de Jethro, en Huleh (2) tiene renombre por su *minarete oscilante*. El santón pone la mano sobre la bola que lo remata, e invoca a Alí, a cuyo nombre sagrado se mueve el minarete, y su balanceo es tan violento, que los curiosos que a él hayan subido temen ser precipitados abajo.

(1) Hay una de esas ficciones cuya producción, duración y universalidad obedecen a la reunión de las diversas causas expuestas. Nos ha parecido digna de una Memoria particular. Ved. al final del volumen, la nota A. *Dragones y serpientes monstruosos, que figuran en gran número de narraciones fabulosas e históricas.*

(2) *Huleh* o *Hilleh*, población situada sobre el Eufrates, en el bajalato de Bagdad.

Entre las metamorfosis y las maravillas consagradas en la historia o embellecidas por la poesía entre los latinos y los griegos, algunas no son más que la traducción histórica de ciertos nombres de hombres, pueblos y lugares; todas se explican por un principio simple: en vez de decir que el recuerdo del milagro ha creado el nombre del hombre, del pueblo, del país o de la ciudad, es preciso decir, por el contrario, que el nombre ha engendrado al milagro. Esto lo hemos demostrado en otra ocasión, indicando, al mismo tiempo, el origen de tales nombres significativos (1).

Si el amor a lo maravilloso ha hecho adoptar las narraciones cuyo origen fabuloso era tan fácil de descubrir, con mayor motivo se ha debido apoderar de los caprichos de la Naturaleza, tales como las apariencias que hacen dar a las aguas de los ríos tintes ensangrentados y prestan a una roca el aspecto de un hombre, de un animal o de un navío.

Cae Memnón bajo los golpes de Aquiles. Los dioses recogen las gotas de su sangre y forman con ellas un río que corre por los valles de Ida. Todos los años, en el día fatal que vió perecer al hijo de la Aurora, víctima de su valor, las aguas del río recobran el color de la sangre que fué su origen. Aquí, como en otras mil ocasiones, la tradición griega está copiada de una tradición más antigua: El río Adonis nace en el monte Líbano (2). Cada año, en la misma época, toma un tinte fuertemente rojizo y lleva al mar sus ensangrentadas aguas. Es la sangre de Adonis; y este prodigio indica que se deben comenzar las ceremonias de duelo en honor al semidiós. Un habitante de Byblos explicaba el fenómeno, observando que el suelo del monte Líbano, en los sitios por donde le riega el Adonis, está

(1) *Ensayo histórico y político sobre los nombres de hombres, pueblos y lugares*, por EUSÈBE SALVERTE. *Passim.*

(2) *Tratado de las Divinidades de Siria* (Obras de Luciano), tomo V, página 143.

compuesto de una tierra roja; en cierta época del año, el viento, desecando la tierra, levanta y lleva al río torbellinos de polvo del mismo color. El agua de un lago de Babilonia, se enrojece durante varios días; el color de los terrenos que baña, dice Ateneo que basta para explicar el fenómeno. Una suposición análoga puede dar explicación al cambio de tinte que regularmente experimenta el río del Ida. En la estación de las lluvias o del deshielo, sus aguas llevan probablemente y disuelven en parte un banco de tierra ocre, impregnada de sulfuro de hierro, cuya presencia hacen reconocer los infectos vapores que entonces exhala el río. La apariencia maravillosa puede así no reproducirse más que en una época determinada, y hasta en el preciso día en que las aguas del río han adquirido su mayor elevación.

En Frigia, donde Diana coronó el amor de Endimión, si se contemplaba de lejos el florido prado teatro de sus placeres, se veía, al parecer, correr un arroyuelo de fresca leche, deslumbrante de blancura. A una distancia menor, ya no veía correr el espectador más que un agua clara, ni advertía al pie de la montaña más que un sencillo canal, cavado en la roca: el milagro había desaparecido. Una ilusión de óptica que se disipaba por sí misma, bastaba, no obstante, para perpetuar esa creencia.

Junto a la isla de Corfú, emerge del mar un peñasco que ofrece la apariencia de un barco de vela. Modernos observadores han comprobado dicho parecido (1), que había chocado a los antiguos y que no es siquiera un hecho único: en otro hemisferio, cerca de la Tierra de Arsácides, sale de las aguas la peña de Eddystone, tan semejante a un velero, que los navegantes ingleses y franceses se han engañado más de una vez al verle. Hoy se limitan a anotar esa singularidad. A los ojos de los antiguos griegos, el pe-

(1) *Observaciones sobre la isla de Corfú; Biblioteca Universal* — LITERATURA — tomo II, página 198.

ñasco próximo a Corfú era el navío que llevó a Ulises a su patria, cambiado en peña por el dios de los mares, indignado de que el vencedor de su hijo Polifemo hubiese vuelto a ver por fin Itaca y Penélope.

Hay que observar que esta narración no tiene solamente por base una ficción poética: recuerda la piadosa costumbre, seguida por los antiguos navegantes, de consagrar a los dioses la representación en piedra del navío que tripulaban durante un viaje peligroso. Agamenón consagró un barco de piedra a Diana, cuando esta diosa, ardientemente invocada, reabrió al ardor guerrero de los griegos el camino del mar. Un mercader había consagrado en Corciria una representación parecida a Júpiter, en la que, sin embargo, creyeron ver ciertos viajeros el barco en que Ulises regresó a su patria.

Esa peña que se distingue a simple vista sobre el flanco del monte Sipilo, es la infortunada Niobe, transformada en piedra por la cólera o por la piedad de los dioses. Q. Calaber canta esta metamorfosis, pero aunque la admite, la explica: «De lejos, dice, se cree ver una mujer llorando a »mares y sollozando; de cerca, no se ve más que una ma»sa de piedra que parece desprendida de la montaña.» «He visto, dice Pausanias, esa *Niobe*; es una escarpada »roca que, de cerca, no se parece en nada a una mujer; »pero si os alejáis un poco, creéis ver una mujer con la ca»beza inclinada y llorando» (1).

Ciertas enfermedades endémicas han sido llamadas, en estilo figurado, *las flechas de Apolo y de Diana*, porque se atribuía su origen a la influencia del Sol y de la Luna sobre la atmósfera, o, más exactamente, a las súbitas alternativas de calor y de frío, de sequedad y humedad que producen la sucesión del día a la noche en un país montaño-

(1) PAUSANIAS, *Attic.* XXI.

so y florestal. Si alguna de esas enfermedades ha asolado las cercanías del monte Sipilo, y si, víctimas de su virulencia, han perecido sucesivamente todos los niños de una familia ante su desolada madre, nada tiene de inverosímil o sobrenatural. Pero el hombre supersticioso es propenso a suponer un crimen donde hay tan sólo una desgracia; dirá que Niobe fué justamente castigada; llena de ese orgullo tan natural que inspira a una madre la prosperidad de su numerosa familia, había osado comparar su felicidad a la de los dioses, que se vengaron de su loca pretensión. Se unirá después el recuerdo de esta madre infortunada a la peña que figura ser una madre desolada como ella y como ella, muriendo de dolor... ¡y se acabará por ver su imagen en la roca! Todo ello, lo mismo puede ser una historia cierta, que una alegoría propia para combatir la presunción, por la representación de la instabilidad de las prosperidades humanas. En uno u otro caso, los sacerdotes de Apolo y de Diana secundarán la creencia popular, si no la han hecho nacer, y querrán mostrar, sobre el monte Sipilo, un monumento imperecedero de la justa venganza de los dioses.

En un valle, cuyo suelo está tan profundamente impregnado de sal que hasta la misma atmósfera está cargada de ella, la casualidad ha modelado, en un bloque de piedra o de sal, la figura de una mujer en pie y volviendo la cabeza (1); dícese que no lejos de allí pereció en tiempos pasados la esposa de un célebre patriarca (Lot) víctima, en su huída, de su curiosidad y de un retraso tal vez involuntario: el salino bloque se convierte así en la estatua de sal en que fué transformada aquella mujer, por haber vuel-

(1) VOLNEY, *Viaje por Siria* (obras completas), tomo II, página 294. Un observador más reciente ha visto, a orillas del lago Asfaltite, verdaderos bloques de sal, uno de los cuales muy bien ha podido ser el origen de la tradición maravillosa. (*Boletín de la Sociedad de Geografía*, julio de 1838.)

to la cabeza a pesar de las órdenes de su guía, y la credulidad adopta ávidamente un prodigio que tiene la ventaja de confirmar la tradición local, ofreciendo a la par un apólogo dirigido contra la curiosidad.

La superficie de las rocas presenta tantas irregularidades que siempre se encontrará en ella huellas cuya forma nos recordará la de algún objeto familiar a nuestros ojos. La mirada, ávida de maravillas, pronto descubre en esas desigualdades señales muy visibles, grabadas sobre la piedra por un poder sobrenatural. No citaré la huella del pie de Buda, sobre el pico de Adán en Ceilán: un observador (1) supone que es una obra artificial. Lo cual es aún más probable respecto a la huella del pie de *Gaudma*, tres veces reproducida en el país de Birmania; más parece un cuadro jeroglífico que un capricho de la Naturaleza. En Saboya, no muy lejos de Ginebra, el crédulo campesino muestra un bloque de granito en el que han dejado el diablo y su mula profundas señales de su paso. Huellas no menos visibles marcaban, sobre un peñasco próximo a Agrigento, el paso de las vacas que llevaba Hércules, y el pie del héroe había dejado, cerca de Tyras, en Scytia, una honda huella de dos codos de longitud (2). A orillas del lago Regille, la forma de una pesuña de caballo, impresa sobre una piedra muy dura, testimoniaba la aparición de los dióscuros, que fueron luego a Roma para anunciar la victoria lograda allí sobre los latinos por el dictador Posthumio. En las paredes de una gruta de las cercanías de Medina, ven los musulmanes la huella de la cabeza de Mahoma, y sobre una roca de Palestina la de su camello, tan perfectamente marcada como pudiera estarlo en la arena. El monte Carmelo se honra al conservar la señal del pie de Elías, y la del pie de Jonás está cuatro veces repe-

(1) Sir John Davy, en una carta a su hermano, Sir Humphery Davy.
(2) HERODOTO, libro IV, capítulo 82.

tida junto a su sepulcro, en los alrededores de Nazaret. Moisés, cuando se escondió en una caverna, dejó sobre la roca la huella de su torso y de su brazo. Los cristianos reverencian, en Nazaret, la huella de la rodilla de la Virgen María; las de los pies y los codos de Jesucristo, en una roca que se eleva en medio del torrente de Cedrón; y la del pie del Hombre-Dios en el sitio mismo en que se asegura que salió de la tierra para subir a la celestial mansión. La piedra en que pusieron el cuerpo de Santa Catalina, se ablandó y recibió la forma de su torso. No lejos de Manfredonia, se admira en una gruta el rostro de san Francisco, en relieve sobre la roca. Junto al *dolmen* de Mavaux, los campesinos enseñan una piedra, sobre la cual imprimió su pie el pollino de san Jovino, al golpearle un día en que el piadoso abad era atormentado por el diablo. Otro *dolmen*, en el distrito de Villemaur (1), lleva la señal de los diez dedos de san Flabio.

Por muy multiplicados que estén estos prodigios (y estamos bastante lejos de haber relatado todos) no fatigan la fe ni la piedad; se adoptan, se reverencian, y acaban, a pesar de los mentís de la historia, por ser transportados a otros países. A poca distancia del Cairo, se expone en una mezquita, a la veneración de los creyentes, la huella de los dos pies de Mahoma. *La Montaña de la Mano*, en la orilla oriental del Nilo, se llama así porque tiene la huella de la mano de Jesucristo. Al norte de la ciudad de Kano, en el Sudán, una roca ofrece al musulmán devoto la gigantesca huella de la pesuña del camello (2) en que montó Mahoma al subir al cielo. En la iglesia de Santa Radegunda, en Poitiers, hay una piedra en la que Jesucristo grabó la for-

(1) *Memorias de la Sociedad de Agricultura del departamento del Aube*, primer trimestre de 1832, páginas 7 y 8.

(2) *Viajes y descubrimientos en Africa*, por DENHAM, CLAPPERTON y OUDNEY; traducción fancesa, tomo III, página 38.

ma de su pie (1). En un peñascal del departamento de Charente, los aldeanos reconocen hoy todavía la señal del pie derecho de santa Magdalena; y próximo a la Devinière, lugar al que el recuerdo de Rabelais ha legado una celebridad de otro género, una huella semejante es la del pie de santa Radegunda (2); ¡cuán natural es en el hombre admitir un prodigio honroso para los lugares que le hacen queridos su vanidad nacional o su creencia religiosa!

En este último punto, ofrecía otrora Belén, un ejemplo más notable todavía. Tumbándose en el brocal de cierto pozo, con la cabeza tapada por un lienzo, veíase, según Gregorio de Tours, la estrella que guió a los tres magos, pasar de una pared a otra del pozo, deslizándose por la superficie del agua; pero no se hacía visible, agrega el historiador, más que a los peregrinos que, por su fe, eran dignos de este favor, es decir, a los hombres poseídos de una preocupación bastante viva para no reconocer en lo que veían la vacilante imagen de un rayo de sol reflejado en el agua.

II. Para volver a la verdad historias en apariencia fabulosas, basta a menudo con reducir a proporciones naturales, unos detalles visiblemente exagerados, o con reconocer, en el milagro presentado como constante y enérgico, un fenómeno débil y pasajero. El diamante y el rubí, expuestos mucho tiempo al sol y llevados en seguida a la oscuridad, expanden una claridad fosforescente de cierta duración; el énfasis de los narradores de cuentos orientales nos muestra un brillante o un carbúnculo, alumbrando toda la noche, por las luces que reflejan, las profundidades de

(1) *Memorias de la Sociedad de Anticuarios de Francia*, tomo VII, páginas 42 y 43, y tomo VIII, página 454.

(2) ELOY JOHANNEAU, *Comentario a las obras de Rabelais*, tomo V, página 72.

un bosque sombrío o los vastos salones de un palacio.

Bajo el nombre de *rokh* o de *roc*, los mismos narradores describen con frecuencia un pájaro monstruoso, cuya fuerza excede a toda verosimilitud. Reduciendo la exageración a una medida dada por los hechos positivos, Buffon había reconocido ya el roc como un águila cuyo vigor y dimensiones recuerdan al *cóndor* de América y al *laenuner-geier* de los Alpes. Según todas las apariencias, el roc no difiere del *burkout* (1), águila negra muy fuerte, que habita en las montañas del Turkestán, y del que cuentan los indígenas maravillas poco creíbles; ¡llegan a darle la talla de un camello!

Aun cuando rechacemos lo que cuentan del inmenso *kraken* los marinos del Norte; aunque se tache de exageración lo que refieren Plinio y Eliano de las dimensiones de dos pulpos de mar, que sin embargo, hubieran debido ver numerosos observadores, y en épocas poco alejadas de las que uno y otro autor han descrito, basta admitir, con Aristóteles, que los brazos de este molusco alcanzan a veces hasta dos metros de longitud, para declarar como los autores del *Nuevo Diccionario de Historia Natural* que dicho pulpo puede apoderarse de un hombre sobre una chalupa descubierta. ¿En qué queda, entonces, la fábula de *Scila*? Este monstruo, terror de los peces más fuertes que se ponían a su alcance, y cuyas seis cabezas súbitamente lanzadas fuera de las aguas, sobre sus cuellos desmesurados, atraparon a seis de los remeros de Ulises (2), este monstruo, repetimos, si se substituye en él la realidad posible a la exageración poética, no es más que un pulpo llegado a un crecimiento extraordinario, adherido al cantil hacia el cual dirigían sus frágiles embarcaciones los na-

(1) En ruso, *Berkout*; en chino, *Khutchaa-Hiao*. ZIMKOWSKI, *Peking*, tomo I, página 414.
(2) HOMERO, *Odisea*, libro XII, vers. 90-100 y 245-269.

vegantes poco experimentados, huyendo de la vorágine de Caribdis. ¡Cuántas otras fábulas de Homero, no son tampoco más que unos hechos naturales, agrandados por la óptica de la poesía!

En la enumeración de las plantas dotadas de propiedades mágicas, Plinio nombra tres que, según Pitágoras, tienen la propiedad de congelar el agua (1). En otro lugar, y sin recurrir a la magia, concede Plinio al cáñamo una propiedad análoga; según él, el jugo de esta planta, echado en el agua, se espesa de pronto en forma de hielo (2). Los vegetales ricos en mucílago reproducen en grados diversos el mismo fenómeno; entre otros, la *althœa cannabina* de Linneo y la verbena aublecia: «Hemos observado, dice »Valmont de Bomare, hablando de esta última, que tres »o cuatro hoias de esa planta machacadas y maceradas en »una onza de agua, le dan, a los pocos momentos, la con»sistencia de una mermelada de manzanas.» Se reconoce con bastante verosimilitud, en la planta que aquí designa, una especie de malvavisco de hojas de cáñamo, la *althœa cannabina* de Linneo; su jugo muy mucilaginoso puede producir, hasta cierto punto, ese efecto, que se obtendrá igualmente de todos los vegetales tan ricos en mucílago; luego no es, en ambos casos, más que un hecho un poco exagerado.

La planta llamada *Cynospastos* y *Aglaophotis*, por Elien, y *Baaras* por el historiador Josefo, «tiene una flor »color de llama, que brilla, al anochecer, como una espe»cie de relámpago». Se había creído advertir una *fulguración* parecida en la flor de la achicoria, en el instante de la fecundación, y sobre todo a la entrada de la noche, después de un día muy cálido. La experiencia no ha confirmado esta aserción; pero ya no permite poner en duda la

(1) PLINIO, *Idem*, libro XX, cap. 23.
(2) PLINIO, *Historia Natural*, libro XXIV, caps. 13 y 17.

producción de la luz que emiten, en ciertas circunstancias, otros vegetales, tales como el agárico del olivo y la *euphorbia phosphorea* (1). El yerro de Josefo y de Elien, no es, acaso, más que haber supuesto como constante un fenómeno pasajero.

En los valles cercanos al lago Asfaltite, dice el viajero Hasselquist, el fruto del *solanum melongena* (LINN.) es atacado a menudo por un insecto (*tenthredo*) que convierte todo su interior en polvo, no dejándole más que la piel entera e intacta, sin hacerla perder nada de su forma, ni de su color (2). Y en esos mismos lugares es donde Josefo hace nacer la *manzana de Sodoma* que engaña la vista por su color, y al cogerla se resuelve en polvo y ceniza, para recordar, por un milagro permanente, un castigo tan justo como terrible. El historiador antiguo generaliza por lo tanto todavía el accidente particular observado por el naturalista moderno; para él es el último vestigio de la maldición divina que las tradiciones de sus antepasados hacen pesar sobre las ruinas de Pentápolis.

Willy Clinton, naturalista americano, afirma que a la proximidad de cualquier peligro, las crías de la serpiente de cascabel se refugian en la boca de su madre... Un ejemplo análogo a este pudo inducir a los antiguos a creer que algunos animales *paren sus hijos por la boca*, haciéndoles sacar una conclusión precipitada y absurda de una observación cierta.

En otros casos han prolongado la duración de un fe-

(1) Actas de las Sesiones de la Academia de Ciencias, 30 octubre de 1837.

(2) HASSELQUIST, *Viaje a Levante*, tomo II, página 90. El viajero Broncchi, al no encontrar el *solanum melongena* desde las orillas del mar Muerto, hasta Jerusalén, piensa que Hasselquist se ha engañado, y que la manzana de Sodoma es una protuberancia semejante a la nuez de agalla, formada por la picadura de un insecto sobre la *pistancia terebinthus*. (*Boletín de la Sociedad de Geografía*, tomo VI, página 111.)

nómeno: mucho después que hubiese cesado, lo han descrito como si todavía existiera.

El lago Averno ha recibido tal nombre, porque los pájaros no pueden volar por encima de él, sin caer muertos, asfixiados por los vapores que exhala: esto es lo que afirman los escritores antiguos. Pero sabemos que los pájaros vuelan hoy impunemente sobre dicho lago. ¿Es acaso un embuste la tradición citada? Podemos permitirnos dudar de ella, pero no negarla en absoluto. «Los pantanos de la »Carolina, dice un viajero (1), son tan insalubres en cier»tos sitios rodeados de grandes bosques y durante los gran»des calores estivales, que *las aves*, a excepción de las »acuáticas, *caen heridas de muerte al atravesarlos.*» Alimentado por manantiales sulfurosos y, como los pantanos de la Carolina, rodeado de selvas muy espesas, el lago Averno exhalaba pestilentes vapores; Augusto hizo talar los bosques, a la insalubridad sucedió una atmósfera sana y agradable. El prodigio cesó; pero la tradición lo conservó obstinadamente; y la imaginación, influenciada por un terror religioso, continuó mucho tiempo mirando aquel lago como una de las entradas de la mansión de la muerte.

III. Lo mismo que la exageración, las expresiones impropias o mal comprendidas, prestan a un hecho cierto, un aspecto de maravilloso, de falso o de ridículo.

Un error popular, cuyo origen se hace remontar a las enseñanzas de Pitágoras, ha establecido durante mucho tiempo una misteriosa conexión entre ciertas plantas y la enfermedad que ha padecido el hombre durante la época de su floración: esa enfermedad no se cura nunca tan completamente que no se sientan de nuevo sus síntomas todas las veces que dichas plantas vuelven a florecer. Hay en esto una verdad, expresada inexactamente para ponerla

(1) M. BOSCH, *Biblioteca Universal, Ciencias*, tomo V, página 24, mayo de 1817.

al alcance de la multitud poco ilustrada, que casi no distingue las diversas partes del año más que por la sucesión de los fenómenos de la vegetación: el hecho no obedece a la naturaleza de las plantas, sino a la revolución del año que, con la primavera, trae a menudo periódicas recaídas de afecciones gotosas, reumáticas y hasta cerebrales.

La impropiedad de expresión y, con ella, la apariencia de prodigio o de mentira aumentan, cuando los escritores antiguos repiten lo que les ha sido dicho sobre un país extranjero, en una lengua diferente a la suya, y cuando los modernos los traducen sin comprenderlos, y se apresuran a acusarlos de error.

Dice Plutarco que en las cercanías del mar Rojo, se ve salir del cuerpo de algunos enfermos pequeñas serpientes que, al quererlas asir, vuelven a entrar de donde salieron y causan a aquellos desdichados insoportables sufrimientos. Se ha tratado esta narración de cuento absurdo; pero es la descripción exacta de la enfermedad conocida por el nombre de *dragontina*, que aun se observa hoy en las mismas comarcas, en las costas de Guinea y en el Indostán.

Herodoto afirma que, en la India, *unas hormigas mayores que zorros*, al cavarse sus viviendas en la arena, descubren el oro que con ella se encuentra mezclado. Una colección de narraciones maravillosas, evidentemente compilada sobre originales antiguos, pone, en una isla vecina de las Maldivas, unos *animales grandes como tigres, de forma parecida a las hormigas* (1). Algunos viajeros ingleses han visto, cerca de Grangué, en unas montañas arenosas en las que abundan las pepitas de oro, ciertos animales cuya forma y costumbres explican los relatos del historiador griego y del cuentista oriental.

(1) *Los mil y un días*, días 105 y 106. En el versículo 11 del capítulo IV del libro de Job, los septante han aceptado como *myrmecoleón*, *hormiga-león*, la voz hebrea *laisch*, que la Vulgata traduce por *tigre*. D. Calmet asegura que dicho nombre ha sido conocido por los antiguos y aplicado por ellos a unos animales a los que llamaban simplemente *myrmex*, voz que significa *hormiga*, pero que también designaba cierta especie de *león*. Ved STRABO, libro XVI; ELIEN, *De nat. anim.*, libro VII, cap. 47; libro XVII, capítulo 42; AGATHARCHID, capítulo 34.

Plinio y Virgilio describen a los *Sères* recolectando la seda sobre el *árbol que la produce*, y que el poeta asimila al algodonero (1). La traducción demasiado literal de una expresión justa ha hecho así, de la seda, un producto del árbol sobre el que el insecto la deposita y los hombres la recogen. El equívoco no ha creado en este caso más que un error; ¡en cuántos otros casos ha podido dar lugar a prodigios!

Ctesias sitúa en la India «una fuente que todos los años »se llena de un oro líquido. De ella sacan el oro cada año, en »cien ánforas de barro que se rompen cuando el oro se en»durece en el fondo, y en cada una de las cuales se encuen»tra el valor de un talento». Larcher considera ridícula esta narración, e insiste particularmente en la desproporción del producto con la capacidad de la fuente que no contenía menos de una toesa cúbica de aquel líquido (2).

El relato de Ctesias es exacto, pero las expresiones no lo son. En lugar de *oro líquido*, debiera decir *arenillas de oro arrastradas por el agua*. Igual que los pantanos de Libia, a los cuales la compara Aquiles Tácito, y de donde se sacaban pesadas paletadas de oro mezclado con arena, la fuente de Ctesias era un depósito o *lavadero de oro*, tal como existe doquiera se encuentren ríos y terrenos auríferos, de los que aun hay algunos muy importantes en el Brasil. El oro nativo, extraído por el agua, de la tierra a la que estaba mezclado, se encontraba probablemente en partículas bastante tenues para quedar mucho tiempo en sus-

(1) PLINIO, *Historia natural*, libro VI, capítulo 17; VIRGILIO, *Geórgicas*, libro II, vers. 120 y 121. Servio, en su *comentario* asigna a la seda su verdadero origen.

(2) LARCHER, traducción de *Herodoto*, segunda edición, tomo VI, página 343.

pensión e incluso para sobrenadar; es un fenómeno observado en el Brasil en los *lavados de oro* (1). Sería, en consecuencia, preferible al método usado hoy, el de dejar evaporarse el agua hasta que el oro quedase depositado en el fondo y en las paredes de las vasijas que luego se rompían y cuyos fragmentos se raspaban y limpiaban sin duda. Añade Ctesias que encontraba hierro en el fondo de la fuente, lo que completa la veracidad de su narración. El cuidado de separar el oro del óxido negro de hierro a que está mezclado, es uno de los mayores trabajos en los *lavaderos* del Brasil. El oro de Bambouk, que se recoge igualmente por el *lavado*, está también mezclado con hierro y polvo de esmeril, que cuesta mucho trabajo separar del precioso metal (2).

Desde tiempo inmemorial, el hindú, antes de dirigir la palabra a una persona de rango superior al suyo, se pone en la boca una pastilla perfumada. En otro idioma, esa substancia se convertirá en *un talismán* que es preciso usar para obtener una favorable acogida de los poderosos de la tierra: expresándolo así, no se hará más que repetir, sin comprenderlo, lo que los mismos hindúes han dicho.

El *hestiatoris* (3) servía, en Persia, para producir la alegría en los banquetes y *para poder obtener el primer sitio junto a los reyes*; expresiones figuradas cuyo sentido es fácil de comprender. En un pueblo aficionado al vino y a los placeres de la mesa, lo natural es que den una gran importancia al favor y a la superioridad asegurados al invitado que se mostraba, a la vez, más alegre y más hábil para soportar el vino. Los persas y los mismos griegos, juzgando una especie de gloria beber mucho sin embriagarse, buscaban substancias propias para amortiguar los

(1) MAWE. *Viaje al interior del Brasil*, tomo I, páginas 135 y 330.
(2) MOLLIEN, *Viaje a Africa*, tomo I, páginas 334 y 335.
(3) PLINIO, *Historia Natural*, libro XXIV, cap. 17.

efectos del vino. Con esta intención, comían semillas de berza y coles cocidas. Las almendras amargas también eran empleadas para el mismo uso, y, a lo que parece, con buen resultado. Nada impide, pues, conjeturar que el *hestiatoris* gozase de la misma propiedad, al punto de no dejar nunca a la embriaguez ofuscar la inteligencia, o salir de los límites de la alegría.

¿Qué era la planta *Latacé* (1) que daba a sus enviados el rey de Persia, y por virtud de la cual eran conocidos por donde pasaban? Un signo distintivo, un junquillo de forma particular, o una flor bordada sobre sus vestidos, o sobre las banderas que ante ellos llevaban, anunciando sus títulos y sus prerrogativas.

En vez del agua que le pidió Sísara, fugitivo y medio muerto de sed y de fatiga, Jahel le hizo beber *leche*, con el propósito de adormecerle (2). Nosotros, que damos el nombre de *leche* a una emulsión de almendras, ¿podemos dudar que dicha palabra, en el libro hebreo, no designe una bebida soporífera, a la que su color y su gusto hayan hecho imponer un nombre semejante?

Samaria sitiada, es víctima de los horrores de la escasez; el exceso de hambre hace que cueste hasta cinco monedas de plata una pequeña cantidad de *excremento de paloma*... Tal nombre forma un sentido ridículo. Pero Bochart aclara, de plausible manera, que esa denominación se daba entonces, como se da todavía hoy por los árabes, a una especie de garbanzos.

El vino en que se hacen macerar plumas de *tchin* se convierte en un veneno mortal; esto es lo que afirman los escritores chinos, y la historia refiere numerosos casos de envenenamiento consumados por dicho medio (3). Desco-

(1) PLINIO, *Historia Natural*, libro XXVI, capítulo 4.
(2) *Liber Judicum*, cap. 4, vers. 19-21.
(3) El *tchin*, según los autores chinos, se parece al buitre y se ali-

nocemos en absoluto a ese pájaro dotado de tan funesta propiedad; pero el caso se explica, si suponemos que, para conservar un veneno se le ha introducido en el *cañón* de una pluma, y así fué como, según se dice, se dió la muerte Demóstenes chupando una pluma de escribir.

Midas, rey de Frigia, Tanyoxartes, hermano de Cambises, y Psammenites, rey de Egipto, murieron después de beber *sangre de toro*; se atribuye a la misma causa la muerte de Temistocles. Junto a la antigua ciudad de Argos, en Acaya, había un templo de la Tierra; la mujer llamada a ejercer en él las funciones de sacerdotisa debía no haber tenido comercio más que con un solo hombre: para hacer que en ella se reconociera esa pureza, bebía *sangre de toro*, que le daba una muerte fulminante, si hubiese querido mentir.

La experiencia prueba que la sangre de toro no esconde ninguna propiedad maléfica. Pero, en Oriente y en algunos templos de Grecia, se poseía el secreto de componer un brebaje destinado a procurar una muerte repentina, exenta de dolor; el color rojo obscuro de este brebaje había hecho que le dieran el nombre de *sangre de toro*, nombre tomado en el sentido improcedente de su acepción literal por los historiadores griegos; tal es mi conjetura, una vez estudiado a fondo el asunto. Más adelante veremos dar el nombre de *sangre de Neso* a un presunto filtro amoroso, nombre que no hay que aceptar más que en un sentido estrictamente mitológico. La *sangre de la hidra de Lerna*, de que estaban impregnadas las flechas de Hércules y que hacían incurables las heridas, no nos parece tampoco más que uno de esos venenos de que hacen uso en todos los tiempos los pueblos armados con flechas, para hacer sus golpes más mortíferos.

menta con serpientes venenosas. De su nombre se ha formado un verbo: *tao-tchin*, que significa envenenar.

¿Queréis un ejemplo moderno del mismo equívoco? Cerca de Basilea, se recoge un vino que debe su nombre de *sangre de los suizos* no sólo a su encendido color, sino a la circunstancia de proceder de unas vides que crecen en un campo de batalla inmortalizado por la valentía helvética. ¿Quién sabe si, cualquier día, un traductor literal no transformará en antropófagos a los patriotas que, todos los años, en un banquete cívico, hacen amplias libaciones de *sangre de suizos*?

Para fortificar esta explicación, busquemos en la historia pruebas del modo en que se puede transformar en prodigio un hecho, gracias a las expresiones, menos justas que enérgicas, empleadas para describirlo.

Asolado por las *cruzadas*; aterrado por las centelleantes miradas que a través de las viseras de sus cascos, lanzaban aquellos guerreros, completamente cubiertos de metal, el tembloroso griego los pinta como si fueran *hombres de bronce, cuyos ojos lanzan llamas*.

En el Kamtschatka, los rusos han conservado el nombre de *Brichtain*, hombres de fuego, vomitadores de fuego, que les dieron los indígenas cuando los vieron, por vez primera, usar fusiles; suponían entonces que el fuego salía de sus bocas (1).

Al norte del Missouri y del río de San Pedro, junto a las Montañas Azules, habita una raza que parece haber emigrado de Méjico y de las comarcas limítrofes, en la época de la invasión de los españoles. Según sus tradiciones, esta raza se hundió en las entrañas de la tierra en una época en que las costas del mar estaban continuamente infestadas por unos monstruos enormes, que vomitaban rayos y truenos: mientras salían de sus entrañas unos hombres que, por *instrumentos desconocidos*, o por un *mágico*

(1) KRACHENINNIKOFF, *Historia del Kamtschatka*, primera parte, capítulo 1.

poder, mataban a los débiles indígenas a una distancia prodigiosa. Observaron éstos que los monstruos no podían salir a tierra y, para escapar a sus iras, buscaron un refugio en estas montañas alejadas (1). Se ve que, en principio, atribuyeron, los vencidos, a un poder mágico de los vencedores las ventajas de sus mejores armas. Y no se puede poner en duda que, aterrados por su apariencia, transformaron en *monstruos* dotados de vida, a unos navíos que parecían moverse por sí mismos. Tal prodigio ha existido desde entonces en sus creencias (y no nacido más tarde), basado en la atrevida metáfora a que hubieron de recurrir para describir un acontecimiento tan nuevo.

Pero ya esta última suposición se refiere a una de las causas más fecundas de lo maravilloso: al empleo del estilo figurado.

IV. Este estilo que, contra la intención del narrador, da a los hechos un color sobrenatural, no existe solamente en el arte, o, mejor dicho, en la costumbre propia de las imaginaciones vivas, de adornar con expresiones poéticas, con figuras audaces, la narración de las sensaciones profundas o de los hechos que se quieren grabar en la memoria. En todas partes, el hombre está inclinado a pedir al estilo figurado el nombre que impone a los objetos nuevos cuyo aspecto le ha chocado. Un quitasol fué importado al centro de Africa y los indígenas le llamaron *la nube* (2); designación pintoresca y propia para llegar a ser, cualquier día, la base de más de un maravilloso relato... En una palabra: la pasión, que habla más a menudo que la razón, ha introducido en todos los idiomas expresiones eminentemente figuradas, que no parecen serlo, porque la costumbre de emplearlas en ese sentido hace olvidar generalmente el sentido literal que debieran presentar. *Estar ardiendo en cólera, ir como el viento, echar un ojo*... Si un extranjero, que no conozca el fondo de nuestra lengua, traduce estas frases literalmente: ¡qué rarezas! ¡qué fábulas! Haría lo que se hizo en cierta ocasión, cuando se dijo seriamente que, para meditar sin ser distraído, un sabio que ocupó su vida entera en observar la Naturaleza — Demócrito —, se sacó los ojos. Lo que se hizo cuando se ha dicho que los ciervos son enemigos de las serpientes y las hacen huir, porque el olor del cuerno de ciervo quemado desagrada a las serpientes y las aleja. La mordedura de la serpiente *boa* no es venenosa; pero el abrazo de su cola basta para dar la muerte: se ha hecho de la *boa*, un *dragón*, cuya cola está armada de un dardo envenenado. Cuando el hambre la hostiga, es tal la velocidad de su persecución que raramente se le escapa la presa; la poesía ha comparado su carrera a un vuelo; y la credulidad vulgar ha dotado al dragón de verdaderas alas. Bajo los nombres de basilisco y de áspid, designábase a unos reptiles bastante ágiles, cuyo ataque era difícil de evitar tan pronto como eran advertidos: el áspid y el basilisco pasaron por dar la muerte por *su soplo*, por *sólo su mirada*. De estas expresiones figuradas, que han llegado a ser origen de tantos errores físicos, no había ninguna tan audaz como la que usaban los mejicanos para pintar la rapidez de la *serpiente de cascabel* en todos sus movimientos: la llamaban *el viento*.

Ciertas iglesias amenazaban con desplomarse; pero san Germán en Auxerre, y san Francisco de Asís en Roma, sostuvieron los edificios (1), que desde aquel mismo instante se afirmaron en sus cimientos... El obispo y el fun-

(1) CARVER, *Viaje a la América Septentrional*, páginas 80-81.
(2) *Viajes y descubrimientos en Africa*, por Denham, Oudeney y Clapperton, tomo III.

(1) ROBINEAU DESVOIDYS, *Descripción de las criptas de la abadía de San Germán en Auxerre* (obra inédita). *Liber Conformitatum S. Francisci*, etc.

dador de la Orden, por la doctrina y por las obras, fueron respectivamente el apoyo de las inseguras iglesias; tal es el sentido de la alegoría: la credulidad creyó ver en ello un milagro.

En la oración, en la contemplación religiosa, el hombre fervoroso queda como extasiado; ya no está en la tierra, se eleva hacia el cielo. Los entusiastas discípulos de Jámblico aseguraban, a pesar de lo que su maestro afirmaba en contra, que éste se elevaba así sobre la tierra a una altura de diez codos; y, juguetes de la misma metáfora, algunos cristianos han tenido la ingenuidad de atribuir un milagro parecido a santa Clara y a san Francisco de Asís.

Esta transformación de una alegoría en hecho físico se remonta a una época lejana, si creemos a un erudito del siglo XV que, siguiendo la costumbre de sus contemporáneos, indica muy raramente las fuentes en que ha bebido. Celio Rhodigino dice que, según los más sabios caldeos, los rayos luminosos emanados del alma, pueden a veces penetrar *divinamente* en el cuerpo que, entonces, por sí mismo, se eleva sobre la tierra. Esto es — continúa — lo que le sucedía a Zoroastro; y explica de la misma manera la ascensión de Elías al cielo y la *enajenación* de san Pablo.

En el reino de Fez, hay «un cuchillo que es preciso »desenvainar bailando o agitándose mucho para no ser sor»prendido por la fiebre» (1). Esta tradición popular, que subsistía y era todavía obedecida, hace cien años, ha merecido el desprecio de los hombres cultos. ¿Hay, en efecto, algo más absurdo? Y, sin embargo, ¿qué aviso reciben los viajeros en los campos de Roma y en los alrededores de la ciudad eterna? Se les recomienda combatir, por un ejer-

(1) BOULET, *Descripción del Imperio de los Cherifs*, París 1733, página 112.

cicio forzado, por los más violentos movimientos, el sueño a que se sienten, casi invenciblemente, propensos: ceder a él, aun cuando sólo fuera por un instante, los expondría a accesos de fiebre siempre peligrosos, frecuentemente mortales.

En Hai-nan y en casi toda la provincia de Cantón, crían los habitantes en sus viviendas una especie de perdiz llamada *tchu-ki*. Se asegura que las hormigas blancas abandonan al instante la casa en que hay uno de esos pájaros, sin duda porque destruye una gran cantidad de ellas para alimentarse. Los chinos dicen poéticamente que *el grito del* tchu-ki *cambia en polvo las hormigas blancas* (1); si se toma en su sentido literal esta expresión enfática, tenemos una maravilla o una ridícula impostura.

Todos los años, en primavera, se transforman las *ratas amarillas* en *pardas codornices*, en los desiertos que separan China de Tartaria. De igual modo, en Irlanda y en el Indostán, veíanse las hojas y los frutos de cierto árbol plantado al borde del agua, transformarse en mariscos y luego en aves acuáticas. En uno y otro caso, reemplazad la idea de metamorfosis por la de aparición sucesiva: la verdad vuelve a encontrarse, el absurdo se borra.

La amatista es una piedra preciosa que tiene el color y el brillo del vino. Este enunciado, fríamente exacto, es substituído en lenguaje figurado por una expresiva imagen: *un vino que no embriaga*. Nombre que fué traducido literalmente al griego, y se atribuyó a la amatista la propiedad maravillosa de preservar de la embriaguez al hombre que la llevara.

¿Unicamente la metáfora y la licencia poética pueden ser transformadas en narración? Con el tirso que llevaba en la mano, Baco indicó un manantial a los prosélitos que

(1) JULES KLAPROTH, *Descripción de las isla de Hai-nan* (*Nuevos Anales de Viaje*), segunda serie, tomo VI, pági 156.

seguían sus pasos: «El dios hizo brotar el agua golpeando la tierra con su tirso» (1). De igual modo la sedienta *Atalante* dió con su lanza a una roca de la que salió al punto un chorro de agua muy fresca, y la poesía explica y consagra, en un *mito* brillante, el prodigio que su mismo estilo hizo inventar a la credulidad.

Tanto la historia de la humanidad como la historia natural están cargadas de los mismos errores. Si Rhesus, al frente de un considerable ejército, llega a reunirse con los defensores de Troya, los griegos, agotados por diez años de combates, deben desesperar de la victoria. Esta creencia, hija de una prevención casi general, expresada en estilo poético, llegó a ser uno de los *fatalismos* de aquel sitio famoso; los hados no permiten que Troya sea tomada, una vez que los caballos de Rhesus hayan gustado la hierba de las orillas del Xanthe y se hayan desalterado en sus aguas.

Para celebrar la fiesta de un santo venerado en Irlanda, los peces, según un autor del siglo XII, se elevan del fondo del mar y pasan en procesión ante su altar; después de haberle rendido así homenaje, desaparecen (2). La fiesta del santo caía sin duda en primavera, en la época en que periódicamente se veían afluir *bancos* de sardinas, de atunes o de lenguados, ante las costas en que estaba edificada su iglesia, lo que explica el *milagro*.

Enviado por el emperador Justiniano al país de los sarracenos de Fenicia y del monte Tauro, oyó decir Nonnosio a aquellos pueblos que, mientras duran sus reuniones religiosas, viven en paz entre sí y con los extraños; *los mismos animales feroces respetan esa paz universal*; *la observan con sus semejantes y con los hombres*. Focio, en esta ocasión, trata al viajero de impostor o visionario; pero

(1) PAUSANIAS, libro IV, capítulo 36.
(2) GERVAIS DE TILBERY, *Historia literaria de Francia*, tomo XVII, página 87.

Nonnosio no hizo más que repetir lo que había oído aunque tomó por expresión de un hecho, una figura poética usada en Oriente, que se vuelve a hallar literalmente reproducida en el más elocuente de los autores hebreos, Isaías; figura que los griegos y los romanos han empleado con frecuencia en su edad de oro literaria, y que Virgilio, menos felizmente tal vez, ha transportado a la admirable pintura que hizo de una epizootia que desoló el norte de Africa y el sur de Europa.

Un susto vivo y repentino corta la palabra; tal es, por ejemplo, el terror que se experimenta al hallarse de improviso ante una fiera. Pero se ha dicho, respecto a esto, que un hombre, visto por un lobo, al que no ha advertido, perdía la voz... La expresión figurada ha tergiversado la realidad. No solamente ha dado lugar a una fábula aceptada por Teócrito en sus *Idilios* y por Virgilio en sus *Églogas*, sino que han llegado a adoptarla Plinio y Solón. Este pone muy seriamente en Italia «...lobos de una especie par»ticular: el hombre que ven antes de haber sido vistos »por él, se queda mudo; en vano intenta gritar; no tiene »voz» (1).

Las yeguas de Lusitania conciben por el soplo del viento; Varrón, Columela y Plinio repiten este aserto. Solamente T. Pompeyo ha comprendido que, por una imagen brillante, se describía la multiplicación rápida de tales animales y su rapidez en la carrera.

Prometiéndole una rica parte de los bienes que Dios debe dar a su pueblo, decidió Moisés al madianita Hobab a unirse a la marcha de los israelitas: «No nos abando»nes, le dijo; sabes en qué sitios del desierto nos es con»veniente acampar; ven y serás nuestro guía» (2). Su mar-

(1) SOLÓN, capítulo VIII. PLINIO, *Historia Natural*, libro VIII, capítulo 22.
(2) NUMER, capítulo X, vers. 29-32.

cha, así arreglada, era precedida por el Arca Santa tras la cual avanzaba o se detenía respectivamente, el pueblo entero. Los sacerdotes que la rodeaban, eran portadores del fuego sagrado; el humo es visible de día y la llama, de noche... *El mismo Dios guía a su pueblo, de noche por una columna de fuego, de día por una columna de humo.*

A la terminación de un obstinado combate, en el momento de conseguirse una victoria largo tiempo disputada, las amontonadas nubes obscurecían el día y adelantaban el reinado de la noche. Súbitamente se disiparon ante la Luna que, casi en su plenitud, elevábase en Oriente, mientras que por Occidente aun no había desaparecido el Sol en el horizonte. Ambos astros parecían reunir sus claridades para prolongar el día y dar al jefe de los israelitas tiempo para acabar la derrota de sus enemigos. *Este jefe ha parado el Sol y la Luna... Una lluvia de piedras diezma a los vencidos en su huída...*; éstas procedían, no de las nubes, sino de los grupos de honderos hebreos que sobresalían en el uso de dicha arma. El autor de un libro tan piadoso como profundo (1), ve en la lluvia de piedras una violenta granizada, fenómeno raro pero muy temible en Palestina: su corta duración, dice, dió lugar a que los hebreos no fuesen alcanzados por el pedrisco. Se admira asimismo de que se haya tomado por un hecho histórico la descripción del Sol y de la Luna detenidos a la vez para alumbrar la completa victoria de los hebreos; que se haya podido ignorar en esto el énfasis y el estilo figurado, propio de los cánticos e himnos de una poesía elevada de que fué extraído totalmente el libro de Josué. Fortalecidos con la autoridad de Van der Palme, llevaremos más lejos nuestro aserto, y, sin multiplicar las citas particulares, diremos que, para comprobar con un ejemplo gene-

(1) J. H. VAN DER PALME, *Bybel voor de Jeugd (Biblia para la juventud)*, núm. VII, Leyden, 1817.

ral la diferencia de la expresión poética con la realidad, basta leer la historia de los judíos en la narración de Josefo. La buena fe de este autor le ha valido, por parte de algunos escritores modernos, unos reproches que nunca le dirigió Focio, cristiano tan celoso como ellos, pero juez más ilustrado (1). Es muy injusto suponerle la intención de negar o atenuar los milagros de que fué objeto o testigo su nación, ya que, por el contrario, le vemos más de una vez, agregar circunstancias maravillosas a los prodigios consagrados en los libros hebreos. Se hubiese debido notar que Philón, cuya fe, piedad y veracidad no son problemáticas, demuestra estar muy cerca de Josefo, en atribuir a causas naturales varios milagros de Moisés; hablando del agua que brotó de la peña de Horeb, dice: «Moisés golpeó la »roca y, sea que por una dichosa casualidad hubiese abier»to la salida de un nuevo manantial, sea que las aguas hu»bieran sido llevadas allí antes por secretos conductos y que »su abundancia las hiciese salir con ímpetu, lo cierto es »que el peñasco echó tanta agua como una fuente». Philón y Josefo traducen en estilo llano, exacto y conforme al gusto de su siglo, el estilo oriental de la Biblia; bastantes maravillas se empequeñecen o se borran así bajo su pluma; pero esa desaparición, como veremos muy pronto, nada tiene de real; no representa ningún atentado al respeto que ambos autores judíos profesan por la sublimidad de las obras de Dios.

Veamos, en un último ejemplo, secundar con expresiones figuradas la influencia de otra causa, para llevar la credulidad de un hecho natural a un prodigio extraordinario. Según un historiador árabe que parece haber consultado a los autores más antiguos de Oriente (2), Nabucodonosor era un rey feudatario de Siria y de Babilonia, so-

(1) FOCIO, *Biblia*, cod. XLVII y CCXXXVIII.
(2) HERBELOT, *Biblioteca Oriental*, art. *Brahman*.

metido al imperio persa. Caído en desgracia del Rey de reyes y despojado de la corona, fué más tarde repuesto en su trono con un poder mucho más amplio, en recompensa a los triunfos que había obtenido en su expedición contra Jerusalén. Y su desgracia de varios años, pasados sin duda en el destierro, es lo que recuerda el historiador Josefo cuando dice: «Nabucodonosor tuvo un sueño en el que »se vió *privado de su reino* y viviendo siete años en el de»sierto, y después *restablecido en su primera dignidad*... »Todo ello se cumplió, sin que osara nadie, durante su »ausencia, apoderarse de sus estados» (1). Cuenta Daniel que el *reino* de Nabucodonosor *pasó fuera de sus manos*; y que *fué luego restablecido en él*, agregando, como el historiador árabe, *que fué repuesto con un acrecentamiento considerable de poder* (2). Si Daniel dice además que, relegado a la soledad con los animales, aquel rey comió hierbas *como un buey*, que sus cabellos llegaron a ser semejantes a las crines de un *león* (según los Septante), o a las plumas de un *águila* (según la Vulgata), ello es una pintura del estado de degradación a que se vió reducido el destronado y desterrado príncipe. Lo cual no es dudoso, pues, en el trozo que hemos citado, afirma Josefo que transcribe simplemente, de buena fe y sin cambiar nada, el texto de los libros hebreos. Esta poética descripción acaba, como tantas otras, por ser tomada como una narración histórica; los rabinos afirman que Nabucodonosor, aunque tuviese la forma de *hombre* se creía metamorfoseado en *buey*; que sus cabellos parecían la melena de un *león*, y sus uñas, desmesuradamente crecidas, eran *garras de*

(1) Fl. Josefo, *Ant. jud.* libro X, capítulo 11. Ese prolongado y pacífico trono vacante sería inexplicable en un imperio independiente y absoluto; pero es natural en un estado feudatario, puesto que el poder supremo se cuidó de nombrar un gobernador o varios mientras duró la interinidad.

(2) Daniel, capítulo IV, v. 38, 33.

águila. En una palabra, según san Epifanio, Nabucodonosor, aun conservando los sentimientos y el pensamiento de un *hombre*, era realmente mitad *buey* y mitad *león*.

Viendo reaparecer, en esas diversas pinturas, las formas del *hombre*, del *buey*, del *león* y del *águila*, ¿cómo no recordar que esas cuatro figuras han representado durante 2153 años los puntos solsticiales y equinocciales y, en consecuencia, han desempeñado un importante papel en las religiones orientales? Una costumbre cuyos efectos se han reproducido con más frecuencia de lo que se sospecha, la costumbre de mezclar a los hechos históricos unos signos tomados de la astronomía religiosa, ha acelerado, seguramente, los progresos de la credulidad, en lo que se refiere a la metamorfosis de Nabucodonosor. Supongamos también, por ser bastante probable, que existieran en Babilonia representaciones en que estuviesen reunidas esas cuatro figuras astronómicas; que los hebreos cautivos hubieran visto alguna a la que ellos relacionarían el nombre del rey siempre presente en su memoria, puesto que pasaba por ser el autor de sus desastres, y... ¿cómo dudar de la eficacia con que el aspecto de aquel emblema habrá ayudado a la creencia del mito maravilloso?...

V. Porque, ¿qué son, después de todo, los emblemas, para nuestra vista? lo que el estilo figurado es para el pensamiento. Su influencia inevitable también ha creado un gran número de historias prodigiosas.

En la antigüedad, se exponían por doquier ingeniosos emblemas, destinados a realzar lo que la moral y la historia tenían de más importante en los dogmas y en los recuerdos. Su sentido, bien comprendido al principio, se obscureció poco a poco, en el transcurso del tiempo; se perdió al fin por la irreflexión y la ignorancia. El emblema quedaba, sin embargo; seguía ejerciendo su influencia en la contemplación del pueblo, seguía excitando la fe y la ve-

neración. Y aquella representación, por absurda y monstruosa que fuese, tomaba en la creencia popular el sitio de la realidad que originariamente recordara. De un símbolo que figuraba la religión y las leyes emanando de la Suprema Inteligencia, nació la creencia de que un halcón había traído a los sacerdotes de Tebas un libro en el que estaban contenidos las leyes y los ritos religiosos. Ciertas islas del Nilo, según Diodoro (1), estaban defendidas por serpientes de cabeza de perro y por otros monstruos. Tales monstruos y serpientes no eran probablemente más que unos emblemas destinados a indicar que las islas estaban consagradas a los dioses, y a impedir a los profanos el acceso a ellas.

¡Cuántos mitos y prodigios tienen un origen análogo en los fastos de la India, de Egipto y de Grecia!

Se ha dicho y se repite todavía sin inquietarse por si fuera un absurdo, que la fuerza de Milón de Crotona era tal que, cuando se ponía de pie sobre un pequeño disco, no se le podía mover ni levantar, como tampoco se podía arrancar de su mano izquierda una granada aun cuando no la apretaba mucho, procurando no aplastarla, ni había quien separase unos de otros los dedos extendidos y juntos de su mano derecha. Milón — dice un hombre versado en el conocimiento de las costumbres y emblemas religiosos — era en su patria gran sacerdote de Juno. Su estatua, erigida en Olimpia, le representaba, según el rito sagrado, en pie, sobre un pequeño escudo redondo, con una granada en la mano izquierda, fruto del árbol dedicado a la diosa. Los dedos de su mano derecha estaban extendidos, juntos y hasta apretados, a la manera como los representaban siempre los antiguos estatuarios (2). El vulgo explicó por mara-

(1) DIODORO DE SICILIA, libro I, part. I, § 19.
(2) APOLONIO DE TIANA-FILOSTRATO, *Vida de Apolo*, libro IV, capítulo 9.

villosos cuentos, una imperfección del arte y unas misteriosas representaciones cuyo verdadero sentido había olvidado.

No es necesario remontarse a la antigüedad para citar hechos análogos. En la Edad media se valían de calendarios con figuras, único medio de instrucción para unos pueblos que no sabían leer. Para expresar que un santo mártir había muerto decapitado, se le representaba de pie, sosteniendo entre sus dos manos la cabeza separada del cuerpo (1). Sin duda, se había adoptado este emblema fácilmente, ya que hacía mucho tiempo que fijaba la atención y por consiguiente los respetos del vulgo, en el calendario jeroglífico de una religión más antigua (2).

De los calendarios, pasó naturalmente el emblema a las estatuas y a las diversas representaciones de los mártires. He visto, en una iglesia de Normandía, san *Clarino*, san *Emeterio* en Arlés, y en Suiza todos los soldados de la legión tebaica, representados con la cabeza en la mano. Santa *Valeria* está figurada así en Limoges, sobre las puertas de la catedral y en otros monumentos. El gran escudo del cantón de Zurich presenta, en la misma actitud, san *Félix*, santa *Régula* y san *Exuperancio*. Tal es seguramente el origen de la piadosa fábula que se cuenta de estos mártires, así como de san *Dionisio* y otros muchos más (3): san *Maurino* en Agen, san *Principino* en Souvigny de Bourbonnais; san *Nicasio*, primer obispo de Ruán; san

(1) Véase *Menagiana*, tomo IV, página 103. — Algunos de estos calendarios de figuras deben encontrarse aún en los gabinetes de curiosidades.
(2) *Sphoera Persica*. Capricornus, Decanus III... Dimidium figurae sine capite, «quia caput ejus in manu ejus est».
(3) La *Prosa* cantada en el oficio de San Dionisio hasta el año 1789, decía así:

«*Se cadaver mox erexit,*
»*Truncus truncum caput vexit,*
»*Quo ferentem hoc direxit*
»*Angelorum legio...*»

Luciano, apóstol de Beauvais; san *Lucano*, obispo de París; san *Balsemio*, en Arcis-sur-Aube, y san *Saviniano*, en Troyes, entre otros. Sólo el año 275 produjo otros tres en la diócesis de Troyes en Champagne. Para hacer nacer esta leyenda, bastó primero con que un *hagiógrafo* contemporáneo emplease una figura enérgica de la que todavía nos servimos; que, para describir los obstáculos y peligros que pudieran detener a los fieles dispuestos a rendir los últimos homenajes a los mártires, haya dicho que el traslado e inhumación de aquellos sagrados restos fué un verdadero milagro: la actitud en que los santos se ofrecían a la pública veneración determinó la naturaleza del milagro y autorizó a decir que, aunque decapitados, habían ido desde el lugar de su suplicio, al de su sepultura.

VI. ¿Hasta dónde no llegará una crédula curiosidad que admite todas las explicaciones y busca preferentemente las más maravillosas? Lo externo de una alegoría o de un apólogo por transparente que sea, atrae invenciblemente las miradas del vulgo.

El canto del gallo hace huir al león... Cuando el gallo anuncia el nuevo día, los animales carnívoros tornan a sus guaridas.

Proverbios morales, ocultos bajo un disfraz tan transparente, no han dejado de pasar por axiomas de física. El instinto amoroso todo lo somete, hasta la fuerza más temible. La ferocidad del león se apacigua, según dicen, a la vista de una mujer desnuda.

A pesar de la facilidad de asegurarse de lo contrario, dice Elien que, del equinoccio de primavera al de otoño, el carnero duerme acostado sobre el lado derecho; y sobre el lado izquierdo, del equinoccio de otoño al de primavera: error ridículo en historia natural, pero verdad evidente en el lenguaje alegórico de la antigua astronomía.

Dícese que, en el ejército que Jerjes capitaneaba contra

los griegos, *parió una mula* y el fruto de aquel parto fué *una liebre*; prodigio que presagió el éxito de aquella empresa gigantesca (1), y no es, sin embargo, más que la fábula de la *montaña que parió un ratón*, reformada quizá, por un alejamiento menor de las conveniencias físicas, y por la punzante alusión a una liebre comparada con un ejército de fugitivos.

Cuando se dijo, por primera vez, que *innumerables ratas royendo las cuerdas de los arcos y las correas de los escudos de los soldados de Sennacherib*, ocasionaron la liberación del rey de Egipto que tenía sitiado (2), ¿se quiso narrar un prodigio? No; se intentó pintar de un solo trazo un ejército al que la indisciplina y negligencia, elevadas a su más alto grado, hicieron incapaz de resistir el súbito ataque de los etíopes llegados en socorro del rey de Egipto, haciéndole caer casi entero bajo el filo de las armas vencedoras. Los sacerdotes (a cuya casta pertenecía el rey), dejaron de buen grado tomar en su sentido directo las expresiones alegóricas y acreditarse la creencia de un milagro que atribuían a su divinidad tutelar, y que dispensaba al orgullo nacional del reconocimiento debido a liberadorares aliados. La tradición de una liberación milagrosa se extendió más allá que el apólogo que la había hecho nacer. Berosio, citado por Josefo (3), dice que el ejército de Asiria fué víctima de una epidemia, de una *peste enviada por el cielo*, que diezmó el contingente en ciento ochenta y cinco mil hombres. Así cubría la vanidad caldea, con el velo de una desgracia inevitable, el oprobio de una derrota merecida. Los hebreos, instruídos en los mismos textos que Berosio, y de acuerdo con él sobre el número de víctimas, dieron gracias al Dios de Abraham y de Moisés por haber en-

---

(1) Valerio Máximo, libro I, capítulo 6, § 10.
(2) Herodoto, libro II, capítulo 141.
(3) Ant. Jud., libro I, cap. 2.

viado al *ángel exterminador* contra el ejército del conquistador para impedirle que destruyese Jerusalén después de haber sojuzgado Egipto.

Del mismo modo, unas ficciones puramente morales y que no se refieren a ningún hecho concreto, llegan a ser tradiciones históricas. Podría citar la conmovedora parábola del samaritano que curó al herido abandonado por el sacerdote y el levita. Hoy pasa en Palestina por verdadera historia: unos monjes enseñaron el *lugar de la escena* al viajero Hasselquist (1). El hecho, después de todo, no tiene nada de extraordinario, nada que rechace la razón; y el corazón, a quien interesa, está dispuesto a creer en su realidad. Menos cuidadoso de la verosimilitud, quiso un sabio, en un apólogo, consagrar esta máxima: «Es poco sacrificar »a la salvación de la patria el lujo, los placeres y las rique»zas; es preciso además, aunque se esté sujeto por las más »caras afecciones, inmolarle la vida»; supuso que en el centro de una ciudad se había abierto una horrible cueva que nada podía llenar; consultados los dioses respondieron que no se cerraría hasta que se hubiera echado en ella lo que los hombres poseyesen de más precioso; vanamente se precipitó allí, dinero, oro y pedrería... Por fin, abandonando a su padre y a su esposa, un hombre generoso, se lanzó al abismo voluntariamente, y éste se cerró tras él. A pesar de la evidente inverosimilitud del desenlace, esa fábula, inventada en Frigia o sacada de una civilización más antigua, pasó a la historia. Y en la historia se nombra al héroe: Anchurio, hijo de Midas, uno de los reyes de los tiempos heroicos (2). Es tal el atractivo de lo maravilloso que Roma, siglos después, se apropió de esta narración que, en lugar de un precepto general, no ofreció ya, de ese modo, más que un ejemplo particular. Ya no será el jefe sabino Mecio

(1) HASSELQUIST, *Viaje por Levante*, tomo I, página 184.
(2) PLUTARCO (?) *Paralelos de historias griegas y romanas*, § 10.

Curcio, quien, en medio de Roma casi conquistada, dió su nombre a un pantano célebre por su defensa vigorosa contra los esfuerzos de Rómulo (1); tampoco se tendrá en cuenta el cónsul encargado, según costumbre, por el Senado, de rodear con un muro aquel pantano; para citar un patricio, un Curcio, que en dicha laguna se precipitó armado de todas armas, desapareciendo en un abismo milagrosamente abierto y vuelto a cerrar no menos milagrosamente, tomó Roma de Frigia el apólogo de Anchurio y le incorporó a su propia historia.

Se advierte que el deseo de aumentar la ilustración del país ha favorecido esa copia. Esta sería buena ocasión para mostrar cuantas veces, con ayuda de la vanidad de una nación o de una familia, la impostura oficiosa ha llenado la historia de prodigios, para borrar de ella una mancha o prestarle un nuevo ornamento. Entre un gran número de ejemplos, tan sólo elegiremos el siguiente: en vano la tradición, conservada por dos graves historiadores (2), afirma que el feroz Amulio violó a su sobrina Rhea Silvia y la hizo madre de Rómulo y Remo. Se repetirá constantemente que de los amores del dios de la guerra nacieron los fundadores de una ciudad que había de elevarse al supremo poder por el favor del mismo dios de la guerra.

(1) Tal era el verdadero origen del nombre de *Lago Curcio*, según el historiador *L. Calpurnius Piso*, citado por Varrón en *De lingua latina*, libro IV, capítulo 32. Ved también TITO-LIVIO, libro I, capítulos 12 y 13.
(2) *C. Licinius Macer* y *M. Octavio*, citados por AURELIO VÍCTOR en *De origine gentis romanoe*, capítulo 19.

CAPITULO IV

Fenómenos reales, pero raros, presentados como prodigios debidos a la intervención de la Divinidad y presentados con general aceptación, porque se ignoraba que un fenómeno puede ser local o periódico; porque se había olvidado un hecho natural que, en principio, habría hecho desechar la idea de lo maravilloso; frecuentemente en fin, porque hubiera sido peligroso pretender desengañar una multitud seducida. La observación de estos fenómenos acrecentaba los conocimientos científicos de los sacerdotes. Verídicos respecto a este punto, los autores antiguos no lo son en lo que dicen sobre las obras mágicas.

Si un gran número de maravillas mencionadas en los escritos de los antiguos no han existido o no han cobrado importancia más que por el entusiasmo, la ignorancia y la credulidad, otras por el contrario, tales como la caída de aerolitos, están hoy reconocidas como fenómenos reales, que una física moderna no rechaza ya, aun cuando no siempre consiga explicarlos de un modo satisfactorio.

La historia natural de nuestra especie presenta varias singularidades que los observadores circunscritos a un estrecho horizonte han mirado como quiméricas y cuya existencia ha confirmado una observación más exacta.

Autores griegos muy antiguos, tales como Isigono y Aristeo de Proconesia, han hablado de pigmeos de dos pies

y medio de altura; de razas que tenían los ojos en los hombros, de antropófagos existentes entre los escitas septentrionales; de una comarca llamada *Albinia*, en la que nacen los hombres con el cabello blanco ya, y cuya vista, muy débil por el día, es muy clara por la noche. Aulo-Gelio trata estas narraciones de fábulas increíbles, y a pesar de ello, en los dos primeros pueblos, hemos reconocido a los lapones y a los samoyedos, aunque se haya exagerado la pequeñez de los unos y la forma en que los otros tienen hundida la cabeza entre los hombros (1). Marco-Polo afirma que diversas hordas tártaras se comen los cadáveres de los hombres condenados a muerte (2). ¿En los naturales de *Albinia*, puede no reconocerse a los *albinos*? El nombre de su presunta patria no es más que la traducción del nombre que han debido recibir esos seres tan notables por la blancura de su piel y de sus cabellos.

Ctesias ha sido acusado con frecuencia de inexactitud sobre la autoridad de los griegos, cuyas creencias y pretensiones contrariaban sus relatos. Los pigmeos que este autor pone en medio de Asia, con el cuerpo cubierto de largos pelos, recuerdan a los *ainos* de las islas Kuriles, de cuatro pies de alto, y cubiertos de espeso y largo pelo; Turner vió también en el Bután, un individuo de raza extremadamente pequeña. Los *cinocéfalos* de Ctesias podrían ser muy bien negros oceánicos, *alfurianos* o *haroforas* de Borneo y de las islas Malayas, o los *monos* a quienes Rama hizo la guerra

---

(1) Walter Raleigh, en 1595 y Keymis, en 1596, recibieron, de unos indígenas de la Guyana los más afirmativos informes sobre la existencia de una casta de hombres que tenían los ojos sobre los hombres y la boca en el pecho. (*Relación de la Guyana*, por W. Raleigh, páginas 67, 69 y 111.) Pero, como ha pensado muy bien el traductor francés de dicha obra, lo verosímil es que tales hombres tendrían el cuello muy corto y los hombros extremadamente levantados.

(2) *Peregrinatio Marci Pauli*, libro I, capítulo 64. *Memorias de la Sociedad de Geografía*, tomo I, página 361.

en la isla de Ceilán, según los libros sagrados de los hindúes (1).

En los *argipeanos* o *cabezas calvas* de Herodoto, se reconoce a los mongoles y kalmukos, en cuyos países los monjes o *ghelongs* llevan la cabeza rasurada. En estos pueblos, oyó hablar Herodoto de seres situados mucho más al norte, *que dormían seis meses cada año*. No quiso Herodoto admitir esta indicación, que no es, sin embargo, más que la de la duración de la noche y el día en las regiones polares.

También los antiguos han puesto pigmeos en Africa. Un viajero francés los ha encontrado en el Tenda-Macié, a orillas del Río-Grande. Dice que allí vive una raza notable por la pequeñez de su estatura y la debilidad de sus miembros (2).

Si de las generalidades descendemos a los detalles, encontramos también que se han despreciado con frecuencia los hechos extraordinarios cuyo recuerdo conservaba la antigüedad con una fidelidad religiosa. «Que Roxana, dice Larcher (3), haya parido un niño sin cabeza, es un absurdo, capaz por sí solo de desacreditar a Ctesias.» Todos los tratados de teratología hubiesen demostrado a Larcher que el nacimiento de un niño *acéfalo* no tiene nada de imposible.

El respeto debido al genio de Hipócrates, es lo único que ha impedido, según creo, que no se le tachase de embustero, cuando habla de una enfermedad a que están sujetos los escitas y que les hace *convertirse en mujeres* (4). Julio Klaproth ha visto entre los tártaros nogais, hombres que pierden la barba, se les arruga la piel y toman el as-

(1) MALTE-BRUN, *Memoria sobre la India Septentrional de Herodoto y de Ctesias. Nuevos anales de Viajes*, tomo II, páginas 335-337.
(2) MOLLIEN, *Viaje por el interior de Africa*, París, 1820, tomo II, página 210.
(3) Traducción de Herodoto, 2.ª edición, tomo VI, página 266, nota 35.
(4) HIPÓCRATES, *Aires, aguas y lugares*, § 22.

pecto de mujeres viejas, por lo que son, como los antiguos escitas, relegados entre las mujeres y eliminados de todo trato con los hombres (1).

La historia de los animales, tal como nos la han transmitido los autores antiguos, está llena de detalles quiméricos en apariencia. A veces esa apariencia no obedece más que a una denominación ficticia: el nombre de *Onocentauro* parece designar a un monstruo que tuviese formas de caballo y hombre, y es un cuadrumano que tan pronto anda a cuatro patas como se sirve, cual si fueran manos, de sus patas delanteras: es pues un gran mono cubierto de un pelo gris, sobre todo en la parte inferior del cuerpo (2).

En las *ratas de Libia*, que andan sobre las patas traseras, se ha reconocido, aunque muy recientemente, a los *gerbos*, o pequeños kanguros; y el *erkoom* o *abbagumba* de Bruce, en el ave de Africa que tiene un cuerno en la frente. Pero, ¿qué era el *catoblepas*, animal del género de los toros o de los carneros salvajes, dotado, como el basilisco o el áspid, de un aliento y de una mirada homicida? Era el *gnu*; la descripción que de él da Elien, y la forma de la cabeza de uno de aquellos animales que mataron los soldados de Mario, ponen el hecho fuera de duda. El *gnu* lleva siempre la cabeza baja; sus ojos pequeños, pero vivos, parecen estar recubiertos por la espesa crin que adorna su frente: casi no se puede advertir su mirada o sentir su aliento si no se aproxima uno mucho, lo bastante para poder ser alcanzado por este animal salvaje y tímido. La expresión proverbial del peligro a que se expone el hombre ha sido transformada en fenómeno físico en honor a lo maravilloso.

(1) JULIO KLAPROTH, *Viaje al monte Cáucaso y a Georgia en 1807 y 1808. Biblioteca Universal de Literatura*, tomo VI, página 40.
(2) Para el estudio de este caso y los que siguen, véase la obra de ELIEN (o AELIAN). *De nat. animal.*

Ya había indicado Cuvier (1) esta coincidencia: y discutiendo las antiguas narraciones relativas a los animales considerados como fabulosos, había expresado la opinión de que lo que en ellas se encuentra de increíble no es más que el resultado de malas descripciones. Tales descripciones, exactas al principio, han podido ser viciadas por detalles conservados imperfectamente en la memoria de los hombres, o mal traducidos de los relatos escritos en lengua extranjera y probablemente sembrados de expresiones figuradas. También lo han podido ser por la propensión que tenían los antiguos a confundir el animal con el hombre y a hacer derivar los hechos físicos de causas de un orden moral. Geoffroy Saint-Hilaire ha visto a los *pequeños pardales* (2) quitándole al cocodrilo de la boca los insectos parásitos que se le meten en ella. Esto mismo lo han contado los egipcios hace muchos siglos, y su narración nos parecía una fábula porque suponían entre ambos animales, un pacto de mutua inteligencia, que no admitimos aunque no parece que el pajarillo cometa ninguna imprudencia al meterse en la bocaza del anfibio.

Según estas observaciones, no se puede, sin temeridad, aconsejar a los sabios el examen de los prodigios que se presentaban en tiempos pasados a los príncipes y a los pueblos, como presagios del porvenir, como señales de la voluntad de los dioses, e indicio cierto de su favor o su indignación. La historia natural se podría enriquecer ahí con interesantes nociones; la fisiología, encontrar bastantes *casos raros*, que llegarían a ser, por lo mismo, menos problemáticos y más fáciles de relacionar al conjunto de la doctrina. Citaré en primer lugar las obras de *Julius Obsequens*. Este autor parece haberse limitado a extraer los registros

(1) *Análisis de los trabajos de la clase de ciencias del Instituto de Francia en 1815... Colección enciclopédica*, año 1816, tomo I, páginas 44 y 46.
(2) *Revista Enciclopédica*, mayo 1828, páginas 300, 301.

en que los pontífices romanos consignaban, cada año, los prodigios que les eran denunciados. En el fragmento demasiado corto que nos queda de su obra, se encuentra, además de la mención de frecuentes lluvias de piedras, la prueba, cuatro veces repetida, de que *la esterilidad de las mulas no es una ley inmutable de la naturaleza*; la indicación de una *combustión humana espontánea* que se creyó determinada por el reflejo de un espejo ardiente; dos ejemplos de *parto* extra-natural, cuya posibilidad ha sido discutida y comprobada en nuestros días (1).

En el siglo XVI, si hemos de creer al médico *Juan Lange*, un ciervo cazado por Otto Henri, conde palatino, fué abierto y encontraron en sus entrañas un feto bien formado. El repetido encuentro de tales monstruos *heteradelfos* (que es la expresión de que se sirve Geoffroy de Saint-Hilaire, para designar la unión de dos seres, en que uno de ellos no está completamente desarrollado), el encuentro de esos monstruos, repetimos, ¿hizo nacer en la antigüedad la creencia en el *hermafrodismo* o *cambio alternativo de sexo* de las liebres y de las hienas? Se puede creer así, ya que una observación de este género hecha sobre el *mus caspius* (probablemente la marta), ha sido convertida en caso general. No dejaría de tener interés comprobar si las martas, las hienas, o las liebres presentan dicha singularidad más frecuentemente que otros animales.

En los tiempos fabulosos de Grecia, Ifis y Caenis vieron transformarse su sexo por el capricho de una divinidad. En épocas menos remotas, los autores antiguos han contado parecidas metamorfosis: Plinio cita cuatro ejemplos: uno de ellos, comprobado por él mismo (2). Observaciones pre-

(1) *Servio Flacco, Q. Calpurnio, Coss.* Romae puer posteriores naturae parte genitus... *Sergio Galba, M. Scauro Coss.* Puer posteriore natura solidus natus, qui, voce missa, expiravit. JULIUS OBSEQUENS, *De prodigiis*.
(2) PHINIO, *Historia natural*, libro VII, capítulo 4.

cisas han probado en los modernos tiempos que, en algunos hombres, el desarrollo de los órganos sexuales es bastante tardío y pueden ofrecer la apariencia de esa maravillosa transformación.

Geoffroy de Saint-Hilaire ha descrito un caballo *polidáctilo*, con dedos separados por membranas (1). ¡Los autores antiguos han sido acusados de impostura por hablar de unos caballos cuyos pies tenían algún parecido con los pies y las manos del hombre!

La historia de los cuerpos inanimados no es menos rica en hechos singulares en donde los antiguos veían prodigios, y en los que sólo hemos visto fábulas durante mucho tiempo.

Sobre el monte Eryx, en Sicilia, estaba colocado al aire libre, el altar de Venus y una llama inextinguible ardía en él noche y día, sin leña, brasa ni ceniza, a pesar del frío, de la lluvia y de la escarcha. Uno de los filósofos que han rendido mayores servicios a la razón humana, el sabio Bayle, trata de fábula esta tradición (2). No hubiera acogido sin duda, con mayor indulgencia, lo que dijo Filostrato de una caverna que Apolonio observó en el Indo, cerca de Paraca, de la que salía continuamente una *llama sagrada*, sin humo y sin olor (3). Y sin embargo, en otros sitios ha encendido también la Naturaleza fuegos semejantes; los de *Pietramala*, en Toscana, son debidos, según sir Humphry Davy, a un desprendimiento de gas hidrógeno carburado. Las llamas perpetuas que se admiran en *Atesch-gah* junto a Bakú, en Georgia, están alimentadas por la nafta que impregna el suelo: son *fuegos sagrados*, y los penitentes los han encerrado en un recinto de celdas, como tam-

(1) *Historia de las anomalías de la organización*, París, 1832, tomo I, página 690.
(2) BAYLE, *Diccionario histórico y crítico*, art. *Egnatia*, nota D.
(3) FILOSTRATO, *Vit. Apolon.*, libro III, capítulo 3.

bién se elevó el templo de Venus en torno al fuego de la montaña de Erycea. En Hungría, en las salinas de *Szalina*, del distrito de Marmarosch, una corriente de aire impetuoso, que salía de una galería, se inflamó espontáneamente. Era gas hidrógeno, semejante al que hoy se emplea para el alumbrado. En la provincia de Tchensi, en China, diversos pozos arrojan torrentes de hidrógeno carbónico que se aplica habitualmente a los usos domésticos (1). Poned unos fenómenos semejantes a disposición de un taumaturgo, y hará de ellos poderosos auxiliares de la superstición.

El agua es metamorfoseada en sangre; del cielo cae una lluvia de sangre; la misma nieve pierde su blancura y parece ensangrentada; la harina, el pan ofrecen al hombre un sangriento alimento, del que sacará el germen de enfermedades desastrosas... he ahí lo que se lee en las historias antiguas, y en la historia moderna, casi hasta nuestros días.

En la primavera de 1825, las aguas del lago de Morat presentaron, en varios sitios, *un color de sangre*... Se fijó la atención popular en ese prodigio, comentándolo de mil modos, pero el señor de Candolle probó que el fenómeno era debido a la multiplicación por miriadas, de uno de esos seres que participan de la naturaleza de los vegetales y los animales: *el oscillatoria rubescens*. H. Ehrenberg, viajando por el mar Rojo, ha reconocido que el color de las aguas se debía a una causa parecida (2). Si suponemos que un naturalista estudia el modo de reproducción, seguramente muy rápido, de los *oscillatoria*, veremos que no le será muy difícil *cambiar en sangre* las aguas de un estanque, de parte de un río o de un arroyo poco rápido.

Se conocen hoy varias causas naturales propias para ha-

(1) *Extracto de la Relación de Vanhoorn y Van-Campen* en 1670... Sesión de la Academia de Ciencias del 5 de diciembre de 1836.
(2) *Revista enciclopédica*, tomo XXXIII, página 783.

cer que aparezcan sobre los suelos o las paredes de los edificios, manchas rojas iguales a las que dejaría una lluvia de sangre. El fenómeno de la nieve roja, notado con menos frecuencia, aunque bastante común, parece resultar también de diversas causas. Los naturalistas lo atribuyen al polvillo que se desprende de una especie de pino, o a unos insectos microscópicos, o, en fin a unas plantas pequeñísimas, que se adhieren también a la superficie de ciertos mármoles y a la de unos guijarros calcáreos que se cogen a orillas del mar (1).

En 1819, *la polenta* preparada con harina de maíz, en las cercanías de Padua, se cubría con numerosas motitas rojas que se convirtieron en gotas de sangre a los ojos de los supersticiosos. El fenómeno se repitió varios días seguidos: un piadoso terror recurrió en vano, para ponerle término, a los ayunos, a los rezos, a las misas y a los exorcismos. Hasta que un físico calmó los espíritus que empezaban a exaltarse de peligrosa manera, probando que las manchas rojas eran producidas por un enmohecimiento inobservado hasta entonces.

El grano de la cizaña (*lolium temulentum*), molido con el trigo, comunica al pan cocido, un color sanguinolento; y el uso de este alimento causa violentos vértigos... Luego en todos los ejemplos citados, aparece el efecto natural; lo maravilloso se disipa, y con él cae la acusación de impostura o de credulidad ridícula, tan a menudo imputada a los autores antiguos.

En la superficie de las aguas termales de Baden, en Alemania, y en las aguas que rodean a Ischia, isla del reino de Nápoles, se recoge el *zoogeno*, substancia singular que se parece a la carne humana cubierta con su piel, y que,

(1) Ved la *Memoria* de Turpin, *sobre la substancia roja que se observa en la superficie de los mármoles blancos*. Sesión de la Academia de Ciencias del 12 de diciembre de 1836.

sometida a la destilación, da los mismos productos que las materias animales. P. Gimbernat (1) ha visto también, cerca del castillo de Lepomena y en los valles de Sinigaglia y de Negroponto, varias rocas cubiertas con la misma substancia. Tal es la explicación de esas lluvias de *trozos de carne* que figuran en el número de los prodigios de la antigüedad, y que inspiraban un justo asombro, llegando a reconocer en ellos el anuncio de terribles males, o de amenazas de la Divinidad.

Para atribuir a la intervención divina un acontecimiento raro, u ocurrido en circunstancias oportunas, basta con la pasión violenta que quiere asociar a su delirio la naturaleza entera, o con la servil adulación que llama al Cielo en socorro de los príncipes, representantes suyos en la tierra, o con el sentimiento religioso que arma contra el vicio y el crimen una venganza sobrenatural que por una asistencia maravillosa, secunda los designios del hombre justo y los esfuerzos de la inocencia oprimida.

En 1572, poco después de *la noche de San Bartolomé*, floreció un espino blanco en el cementerio de los Inocentes; los fanáticos vieron, en aquel pretendido prodigio, una brillante señal de la aprobación dada por el Cielo al asesinato de los protestantes.

Construyendo unos pozos en las cercanías del Oxus, notaron los soldados de Alejandro que corría un manantial bajo la tienda del rey; y como no lo habían advertido antes de empezar los pozos por otros sitios, simularon que acababa de aparecer, que era un presente de los dioses; y Alejandro quiso que se creyese en aquel milagro (2).

Los mismos milagros se reproducen en tiempos y lugares muy diferentes. En 1724, persiguiendo en Mongolia las tropas chinas a un ejército de rebeldes, sufrían atrozmen-

(1) *Diario de Farmacia*, abril de 1821, página 196.
(2) L. CURCIO, libro VII, capítulo 10.

te, agobiados por la sed. Descubrióse un manantial cerca del campamento. «¡ Esta agua, exclamaron, acaba de brotar milagrosamente !» Tal beneficio fué atribuído al espíritu del *Mar Azul* (1), próximo a donde se operó la maravilla... ; ¡ y la memoria del *milagro* se conserva por un monumento erigido de orden del Emperador !

Sorprendido por una violenta tempestad, se refugió bajo un árbol el emperador Isaac Comneno ; se asustó por el estampido de un trueno y abandonó su cobijo, que al punto fué destruído por un rayo. La conservación de los días del Emperador pasó por un milagro de la Providencia, debido a la intercesión de Santa Tecla, cuya fiesta celebraban los cristianos aquel mismo día, y a la que Isaac Comneno se apresuró a dedicar un templo (2).

Los cristianos atribuyeron a la eficacia de sus oraciones la lluvia que cayó tan útil y oportunamente para Marco-Aurelio en la guerra contra los marcomanos ; Marco-Aurelio la atribuyó a la bondad de Júpiter ; algunos politeístas a un mago egipcio ; otros, al teurgista Juliano ; todos, en fin, la miraron como un prodigio celeste.

Cuando Tarsíbulo, a la cabeza de los desterrados atenienses, acababa de liberar a su patria del yugo de los treinta tiranos, brilló ante sus pasos un luminoso meteoro : era una columna de fuego enviada por los dioses para guiarle en aquella noche obscura por unos caminos desconocidos para sus enemigos.

Las caídas de aerolitos son bastante frecuentes para poder coincidir con el momento de algún combate : si creemos a los árabes, vemos que Dios lapidó, al pie de las murallas de la Meca, a los etíopes, profanos sitiadores de la ciudad sagrada (3). Basilio, jefe de los bogomilos, al volver una no-

(1) TIMKOWSKI, *Viaje a Pekín*, tomo II, página 277.
(2) ANA COMNENE, *Historia del emperador Alejo Comneno*, libro III, capítulo 6.
(3) BRUCE, *Viaje a las fuentes del Nilo*, tomo II, páginas 446, 447.

che a su celda desde el palacio del Emperador, fué derribado por una lluvia de piedras ; ninguna partía de mano de los hombres ; una violenta sacudida de la tierra acompañó al fenómeno, y los adversarios de Basilio vieron en todo ello un milagroso castigo del monje hereje (1).

Varios habitantes de Nantes, en la época que sucumbió su patria bajo las armas de Julio César, se refugiaron en los huertos que había a alguna distancia, a orillas del río de Boulogne. Su asilo creció y convirtióse en una ciudad, conocida bajo el nombre de *Herbatilicum*. Pero en 534, el suelo en que estaba asentada, minado por las aguas, se hundió en un pantano súbitamente formado : la ciudad quedó enterrada, sólo subsistió su parte superior, que hoy es el pueblo de Herbange. De un desastre que se explica naturalmente, han hecho un milagro los hagiógrafos. San Martín, enviado por San Félix, obispo de Nantes para convertir a los habitantes de *Herbatilicum*, los encontró inquebrantables en la religión de sus padres ; poco tardó en salir de la impía ciudad acompañado del huésped que le había admitido en su casa, pero aun tardó menos en quedar inundada y abismada la ciudad... ¡ un lago ocupó su sitio, eterno monumento del castigo infligido a la incredulidad ! (2).

En la bahía de Douarnenez adviértense ruinas submarinas. Dice la antigua tradición que son los restos de la ciudad de *Is*, devorada por el Océano a principios del siglo V, en castigo a la corrupción de sus habitantes. Sólo se salvó Gralón, rey del país ; todavía se enseña, sobre una roca, la *huella* de una *pesuña* del caballo que le llevó. La inundación es un fenómeno local muy poco sorprendente ; otras ruinas, en las mismas costas, lo atestiguan. Pero en todos

(1) ANA COMNENE, *Historia del emperador Alejo Comneno*, libro XV, capítulo 9.
(2) CAMBRY, *Viaje por el departamento de Finisterre*, tomo II, páginas 221, 287.

los tiempos, ha estado dispuesto el hombre a interpretar en provecho de la moral los desastres físicos. Y así, hace treinta y ocho siglos, la desaparición de una fértil comarca fué diputada como provocada inevitablemente, como debida en cierto modo a la cólera divina, por la incurable corrupción de los hombres que la habitaban.

Regado y fertilizado por el Jordán, como Egipto por el Nilo, se abría el *valle de los Jardines, semejante al Paraíso*, ante el viajero que llegaba a Segor desde el desierto. Allí florecieron durante más de medio siglo, Sodoma, Gomorra y otras veintiséis ciudades y aldeas. Poblados y habitaciones fueron destruídos por una conflagración súbita; la rica vegetación desapareció por completo; un lago de agua amarga, el lago Asfaltite, reemplazó al *valle de los Jardines*: la tradición es uniforme respecto a este hecho, que, en sí mismo, no ofrece nada de sobrenatural.

Aunque la erupción de fuegos subterráneos acompaña a veces los temblores de tierra, este fenómeno no responde suficientemente a la idea de una erupción general que pueda ser base de una explicación satisfactoria. Estrabón atribuye la destrucción de las ciudades situadas en el emplazamiento actual del lago Asfaltite, a la erupción de un volcán: se encuentran, en efecto, a orillas del lago, algunos productos cuya presencia, después de millares de años, revela la existencia anterior de uno de aquellos grandes talleres de creación y de destrucción; pero ni su cantidad ni su variedad son tales como lo haría suponer un origen tan remoto. Además, la naturaleza del suelo basta para la solución del problema.

El valle de los Jardines estaba asentado sobre la capa de materias eminentemente inflamables que forma todavía el fondo del lago Asfaltite: de numerosos pozos, entre una atmósfera irrespirable, brotaba el betún que se extendía a largas distancias, formando sobre la tierra un lecho move-

dizo e inflamable. La combustión determinada por una causa accidental, probablemente por el rayo (1), se propagó con una rapidez de que no nos dan idea los incendios que devoran a veces las minas de hulla o de carbón de piedra. Los incendiados poblados, el campo entero minado en todas direcciones por la llama subterránea, fueron absorbidos en la vorágine creada por el hundimiento del suelo, hundimiento proporcionado a la extensión del candente betún. El Jordán se precipitó en aquella sima, formando un lago, cuya extensión fué muy pronto bastante considerable para que desapareciera en él completamente el río, abandonando a la esterilidad las comarcas que antes regara, en las que se formó el *desierto de Sión* tan execrado por los israelitas. No se libró de la muerte más que una sola familia. Previendo con qué celeridad avanzaría el incendio, su jefe se apresuró a alcanzar los límites de la capa de betún, llegando a un pueblo que se libró del desastre. Pero aun no se consideró muy seguro y, abandonando su primer asilo, se refugió en una montaña (2). Y, fiel a sus creencias religiosas, el patriarca comunica a Dios la prudente previsión que le ha decidido a su rápida huída: *Dios le ha advertido del próximo desastre*: *Dios le ha ordenado huir, prohibiéndole hasta que mirase detrás de sí*. De este modo, contribuye su piedad a dar una apariencia sobrenatural a un hecho que se explica siguiendo la marcha ordinaria de la Naturaleza.

A falta de saber que ciertos fenómenos son propios de una localidad determinada, se han reverenciado como sobrenaturales o rechazado como imposibles.

Tales son las lluvias de substancias nutritivas. En 1824

(1) TÁCITO, hablando de la destrucción por el fuego del territorio y las ciudades de la Pentápolis, dice: «*Fulminum jactu arsisse... igne coelesti flagrasse*». (*Historia*, libro V, capítulo 7).

(2) «*Ascenditque Loth de Segor, et mansit in monte... Timuerat enim manere in Segor.*» Génesis, capítulo 19, vers. 30.

y 1828, una región de Persia vió caer del cielo una lluvia de este género; lluvia tan abundante, que en ciertos sitios cubría el suelo hasta una altura de cinco a seis pulgadas. La substancia caída fué una especie de liquen ya conocida; el ganado, sobre todo los corderos, se alimentó con avidez de esa substancia, y con ella se hizo pan comestible (1).

Los israelitas murmuraban contra los alimentos con que se tenían que contentar en el desierto: Dios les envió bandadas de codornices tan numerosas que bastaron para alimentarles durante un mes entero. Dos sabios viajeros han pensado que tales codornices no podían ser otra cosa que langostas o saltamontes (2); Volney, mejor enterado, asegura que pasan por el desierto dos travesías o emigraciones anuales de codornices. Estas periódicas travesías proporcionaban alimento a halcones y gavilanes de Egipto. Moisés, que acababa de salir de Egipto, no ignoraba la producción regular del fenómeno, y en ese recurso natural, pero desconocido por los israelitas, pudo mostrar la obra de la Divinidad que escuchaba sus plegarias y hasta se dignaba acceder a sus deseos. La muerte casi repentina de gran número de ellos, fué luego una consecuencia de la avidez en cargar sus vacíos estómagos con aquel suculento manjar, y el jefe de los hebreos no les engañó cuando les hizo ver aquellas muertes como justo castigo a su gula.

Aun le había sido más fácil propugnar su piadoso reconocimiento en el paso del mar Rojo. Para confirmar la realidad del milagro o para explicarlo, se ha citado una tradición muy antigua, conservada por los *ictiófagos* que habitaban a orillas de aquel mar: el reflujo, decían, fué una vez tan violento que dejó seco el golfo entero; pero el flujo

(1) Sesión de la Academia de Ciencias, 4 de agosto de 1828.
(2) NIEBUHR, *Viaje a Arabia*, tomo II, página 360. — HASSELQUIST, *Viaje a Levante*, tomo II, página 175.

volvió con impetuosidad y las aguas recobraron de repente su nivel (1). Este fenómeno es análogo al que se observa con frecuencia en los temblores de tierra; recuerda el desastre que ahogó a los persas cuando quisieron penetrar en la península de Pallena, en cuyo desastre se vió un efecto de la venganza de Neptuno (2), así como la pérdida de los egipcios fué atribuída a la cólera del Dios de Israel. Pero, para ser adorado de los hebreos y admitido por nosotros, no tiene necesidad el prodigio de esas circunstancias extraordinarias. Durante el año que se produjo, si creemos a Pablo Orosio, el calor fué tan vivo que dió lugar a la fábula de Faetón (3): el agua debía tener mucha menos profundidad, y el paso ofrecería por lo tanto, menos dificultades. Según Josefo, los fatigados egipcios difirieron atacar a los hebreos; luego éstos tuvieron tiempo para aprovecharse del reflujo; cuando sus enemigos se decidieron a perseguirles, era demasiado tarde; la marea subía, y el viento, la lluvia, la tempestad, secundando su movimiento, hacían más pronta la vuelta de las aguas y su acción más rápida. Estos diversos detalles son probablemente exactos, pero tampoco son muy necesarios para explicar un hecho que puede renovarse todos los días. El brazo de mar que atravesó Moisés es estrecho, el flujo y el reflujo se suceden en él rápidamente. En la campaña de Siria, el jefe del ejército de Oriente, al atravesarlo en la marea baja, fué sorprendido por la marea ascendente; sin un pronto socorro, hubiese perecido ahogado... (4) y, en el accidente sin gloria que habría interrumpido una carrera ya tan brillante, hubiera visto sin duda el islamismo un prodigio enviado por el cielo.

(1) DIODORO DE SICILIA, libro III, capítulo 20.
(2) HERODOTO, libro VIII, capítulo 129.
(3) PABLO, libro I, capítulo 10.
(4) *Revista Enciclopédica*, *Descripción de Egipto*, tomo XXX, pág. 29.

Se sabe cuán frecuentemente son devastadas por legiones de langostas las comarcas tan llenas de milagrosas tradiciones de Egipto y de la Siria. Si escapan a veces a una completa devastación, es porque un viento súbito arrastra la nube de insectos y la precipita en el seno de las olas. Pero, según los versículos del Éxodo, Dios hizo soplar un viento ardiente que cubrió de langosta el Egipto, para castigar a su rey por su injusticia respecto a Israel; y el viento de Occidente que se la llevó al mar Rojo, sólo fué concedido por el Cielo a las oraciones de Moisés (1).

También según el Éxodo, Moisés libró a Egipto de la *mosca*, después de haber preservado constantemente de ella el territorio de Gessen, habitado por los israelitas.

¿Qué era este formidable ejecutor de las venganzas de Jehovah? La versión etíope de la Biblia y el texto hebreo le dan el nombre de *t'saltsalya* (2). Este nombre es el de un insecto, llamado también *zimb*, que es la *mosca*, azote de los pastores de Abisinia que, desde el equinoccio de primavera al de otoño, infesta las jugosas y fértiles tierras de aquellas regiones, sin detenerse más que a la entrada de las zonas arenosas. Supongamos que una vez haya franqueado el *zimb* los límites que parecen circunscribir su aparición, penetrando hasta Egipto; la comarca arenosa de Gessen pudo seguir quedando exenta de sus ataques, aun hallándose en medio de los ricos valles que asolaba. Esta inmunidad exclusiva, y la desaparición súbita del temible insecto, pasaron fácilmente por milagros ante los ojos de los hombres, que no podían saber cuán regular es la marcha de la naturaleza en estos puntos. La aparición de la *mosca* producía también una profunda impresión en el ánimo de los israelitas, como se ve por las frecuentes alusio-

(1) *Éxodo*, cap. 10, vers. 14, 18 y 19.
(2) BRUCE, *Viaje a las fuentes del Nilo*, tomo II, páginas 196-203; tomo IX, páginas 374-381.

nes que de ella hace la Escritura: Dios promete, en dos ocasiones, enviar abejorros y avispas contra las naciones que ha de domeñar su pueblo (1); y la ejecución de esta promesa, aunque Moisés no hable de ella, es recordada por Josué y por el autor del libro de la *Sabiduría* (2).

Sospecho que la civilización del Africa antigua fué anterior a la aparición del *t'saltsalya*, y que esta plaga, como tantas otras, vino como enviada por el genio del mal, para perturbar la satisfacción disfrutada por los hombres al reunirse en sociedad.

Hay en esto más que una simple conjetura: un autor que ha recopilado muchas antiguas tradiciones sin discutirlas, pero también probablemente sin desfigurarlas (Elien), afirma que, cerca del río *Astaboras*, apareció *de pronto* una espantosa nube de moscas. Semejante plaga hizo a los habitantes abandonar su país, que siempre fué fértil y agradable. La comarca que riegan el Nilo y el Tacazzé es, en efecto, feraz y templada y, cada año, la invasión del *t'saltsaltya* la deja desierta y no puede subsistir en ella ninguna habitación permanente. Si se admite nuestra opinión, a la cual daría mayor certidumbre una profunda discusión, se concebirá como supo aprovechar el hombre superior los primeros estragos de aquel inevitable enemigo, presentándolo como un castigo divino impuesto a cualquiera de esas faltas que la fragilidad, la credulidad y el miedo humanos suponen dignas de sanción, faltas que multiplica hasta lo infinito la intolerancia de los sacerdotes. Con esa tradición y conociendo Moisés el privilegio de que gozan los países arenosos como Etiopía: ¿podía serle difícil combinar una y otro para formar con ellos la historia milagrosa que narraba a una generación nacida en el desierto, y educada en

(1) *Éxodo*, capítulo 23, versículo 28. — *Deuteronomio*, capítulo 7, versículo 20.
(2) JOSUÉ, cap. 24, vers. 12... *Sapient*, cap. 12, vers. 8.

la invencible ignorancia de recuerdos antiguos? ¿Cómo han podido pasar como maravillosos tantos hechos naturales?

1.° Si la multitud miró a menudo como un prodigio el fenómeno local cuyo retorno periódico no sospechaba, con frecuencia también la ignorancia o el olvido hurtó el conocimiento del hecho natural a los mismos sacredotes que proclamaban el prodigio. El ejemplo que acabamos de discutir nos proporcionará la prueba de ello.

Los helenos adoraban a Júpiter *mata-moscas* (Apomyios); en los juegos olímpicos hacía desaparecer todas las moscas un sacrificio al dios *Myiodes*; Hércules, sacrificando en el mismo lugar en que luego Roma le levantó un templo, invocó a un dios *Myiagrus* (*mata-moscas*); verdad es que se añade que las moscas no entraban en aquel templo (1); pero, independientemente de los secretos, tales como ciertas fumigaciones, que pueden alejar a esos insectos, su desaparición tiene lugar, naturalmente, en los edificios obscuros y profundos, como eran todos los santuarios. Para saber si el prodigio ha creado el apelativo de Dios o si el nombre de Dios hizo inventar el prodigio, veamos en qué país ha debido comenzar su culto.

En Siria y en Fenicia se adoraba al dios Belcebú (Baal-Zebud), *Dios o Señor de las moscas* (2). Dupuis le identifica con Platón, o con el Hércules *Sagitario* cuya constelación se eleva en octubre, *época de la desaparición de las moscas*. Pero tal coincidencia no ha podido ser consagrada por la religión, que necesita ver un prodigio en el hecho

(1) PLINIO, *Historia natural*, libro X, cap. 28; libro XXIX, cap. 6.

(2) El nombre de Baal-Zebud se vuelve a encontrar en *Balzab*, bajo el cual adoraban los antiguos irlandeses al Sol, dios de la muerte, es decir, al Sol de los signos inferiores, lo mismo que Serapis y Plutón C. HIGGINS, *The celtic druids*, página 119). Hoy es difícil comprobar el origen común entre las antiguas divinidades de Irlanda y Fenicia; pero es lo cierto que *Baal-Zebud* era, en Fenicia, el sol del equinoccio de otoño, el sol cuya llegada ponía término a la plaga de la *mosca*.

natural de que en una comarca la presencia de las moscas sea un verdadero azote producido periódicamente por el curso de las estaciones.

Los habitantes de Cyrene hacían sacrificios al dios *Achorus* para ser librados de las moscas. Esto nos acerca al punto que queremos descubrir. De la meseta de Meroé, en Cyrene, es de donde huían los pastores, alejándose del temible *t'saltsalya*, esperando el equinoccio de otoño, ansiado término de su vernal reinado de seis meses. Por ellos debió ser adorado el vencedor de la *mosca*, el sol de este equinoccio, figurado después por Serapio, Plutón y Sagitario. Desde los países en que la divinidad era adorada como *algo* que cambiase la faz de la tierra y el destino de los hombres, la fama de su poder, la viva impresión que causaba en los pueblos — aun cuando sólo lo hubiesen observado una sola vez — su triunfo sobre aquella plaga, extendieron sin trabajo su culto en la Cirenaica, en Siria, en Fenicia. Roma y Grecia hubieran podido tener la misma superstición que aquellos pueblos: pero observamos que en Grecia se basaba en tradiciones africanas. Los arcadianos de Heræa unían el culto del semidiós Myiagrus al culto de Minerva; y la Minerva que adoraban, la habían sacado de Africa. Verdad es que la hacían nacer en Arcadia, al borde de una fuente *Tritónides*, de la que contaban los mismos prodigios que los que ilustraban en Libia el río o lago Tritón, lugar del nacimiento de la Minerva más antiguamente conocida. Una colonia arcadiana, establecida en las colinas donde Roma había de alzarse un día, llevó allí el culto de Hércules. Si Numa debió a los tirrenos los conocimientos que le hicieron consagrar en Roma, bajo el nombre de *Jano*, al Dios-Sol de Meroé (1), fueron, en cambio, probablemente los compañeros de Evandro quienes, mu-

(1) LENGLET, *Introducción a la historia*, página 19.

cho tiempo antes, levantaron a orillas del Tíber el altar del liberador anual de las riveras del Astapus y del Astaboras.

Cuando el culto de esta divinidad local se propagó de ese modo entre unos pueblos para los que siempre seguiría siendo extraña, el prodigio que le atribuyeron nació naturalmente del sentido de su nombre cuyo origen ignoraban. En todos los tiempos han sido numerosas las invenciones análogas, con mayor motivo al estar secundadas por la exhibición de emblemas apropiados al sentido del nombre de la divinidad, emblemas a los que daba una explicación plausible el supuesto prodigio.

2.° El vulgo, a cuya adoración presentábanse los prodigios, creía y no pensaba; el hombre instruído se sometía, por costumbre, a la creencia establecida; el sacerdote no hablaba más que para hacerla respetar, a menos que los odios de partido, más poderosos que el interés sacerdotal, no le arrancasen indiscretas revelaciones. Bajo la maldición del profeta Jadón, vió Jeroboam hundirse el altar de piedra que cubría de víctimas impías, y vió como su mano *se apartaba y caía*... Un profeta del partido opuesto se apresuró a tranquilizarle, explicándole aquel doble prodigio: el altar construído a la ligera, se ha hundido bajo el peso de las víctimas, y la mano del rey se ha caído de cansancio. Más tarde, el profeta Sedecías, después de haber vencido al profeta Miqueo, antagonista suyo, le retó insolentemente a que se vengase, haciéndole *apartar* la mano como Jadón lo hizo con Jeroboam... Miqueo no aceptó el reto.

Pero las discusiones de este género han sido siempre raras: en los tiempos de los milagros y los prodigios, el hombre, aun deseoso de levantar el velo de lo maravilloso y enseñar la verdad, hubo de detenerse con frecuencia, y acordarse de que existen temibles errores, a veces respetables.

Los mineros que morían asfixiados, habían sido muertos por el *demonio de la mina*; unos espíritus infernales, guardianes de los tesoros ocultos en las profundidades de la tierra, inmolaban al hombre avaro que, para apoderarse de ellos, osaba penetrar hasta su asilo. En estas tradiciones, tan antiguas y extendidas, reconocemos los efectos de las *mofetas*, de los gases deletéreos que se desprenden en los subterráneos, y sobre todo en las minas. Al preservar al hombre de su mortífera acción, la ciencia ha adquirido el derecho de revelar su naturaleza, y disipar los fantasmas creados por la ignorancia y el miedo. ¿Pero lo habría conseguido, si no hubiese podido indicar las causas del mal y remediarlas? ¿Lo hubiera intentado sin peligro, cuando los príncipes que confiaban sus tesoros al seno de la tierra, veían, en aquellos terrores supersticiosos, la más segura garantía de la inviolabilidad de su depósito; o cuando los obreros atribuían al *demonio de la mina*, no solamente sus peligros reales, sino también las torpezas, las faltas, los delitos que se cometían en sus subterráneos trabajos?

Asimismo corresponde a la ciencia prevenir o curar los errores universales, verdaderas epidemias, con los que frecuentemente se engaña una multitud entera sin que haya un engañador.

Pero en este caso, la prudencia ha de detener más que nunca el ímpetu de la verdad. Cuando se creía (1) que, en dos comarcas de Italia, el parto de las mujeres era casi siempre acompañado de la emisión de monstruos, designados con el nombre de *hermanos de los lombardos* o de los *salernitanos*, ¡tan habitual se creía su producción!; cuando se llegaba hasta a pretender que tales monstruos eran animales *nobles*, águilas, halcones, en las familias ricas y principales, y animales *viles*, lagartos, sapos, en las familias plebeyas; cuando dicha creencia daba lugar a frecuen-

(1) FROMANN, *Tractatus de fascinatione*, páginas 622-626. «*Frater lombardorum vel salernitarum*.»

tes acusaciones de hechicería y a condenas atroces; ¿no se habría expuesto un sabio a compartir la suerte de las víctimas que hubiera querido salvar, si, al combatir la extravagancia general, hubiese mostrado su origen en algunos fenómenos mal observados y peor referidos, y en unas supercherías inspiradas por la locura, el interés y el espíritu de venganza?

«Las marranas, en su ardentía, atacan hasta a los hombres» ha dicho Aristóteles (1). A principios del siglo XVII, un sacerdote francés, expuesto por una funesta casualidad a una agresión semejante, fué acusado de sortilegio por su propio hermano; llevado ante los tribunales, entre los gritos de la ciudad entera horrorizada; obligado, por los dolores de la tortura, a confesar un crimen imaginario, y entregado al fin a un atroz suplicio... (2). Si un hombre instruído hubiera recordado entonces lo que había escrito Aristóteles veinte siglos antes, ¿habría hecho cesar el escándalo, impedido un absurdo proceso criminal, prevenido un abominable resultado? Siendo él el único vidente en medio de una ciega multitud, ¿no se hubiese comprometido más bien él mismo, como inductor del crimen y cómplice del sacrilegio? Puede creerse así cuando se ve que la ilusión había cegado a un hombre tan ilustrado como lo era, para aquel tiempo, el célebre d'Aubigné.

Para explicar varias consejas de hechicería, y diversos conceptos de mitología, bastaría observar las aberraciones de la naturaleza entre los animales domesticados o retenidos por el hombre en la esclavitud y el aislamiento (3). Esta discusión, que la decencia constriñe tanto hoy, en otras épocas debió ser desterrada por la prudencia, hasta entre los hombres bastante instruídos para sostenerla.

(1) *Historia animal*, libro VI, capítulo 18.
(2) D'AUBIGNÉ, *Las aventuras del barón de Foeneste*, libro IV, cap. 2.
(3) BODÍN, *Demonomanía*, página 308.

Además, en vano hubiese alzado la voz el intérprete de la ciencia, señalando un fenómeno ya conocido, en el que el entusiasmo veía un prodigio, si los hombres en situación de hacerse creer tenían cualquier interés en persuadir de que el prodigio era real. Desafiando a los sacerdotes que le amenazaban en nombre de la divinidad cuyos derechos desprecia, Erisictón taló a su antojo un bosque consagrado a Ceres. Poco tiempo después fué atacado de *bulimia*, enfermedad de la que se han observado ejemplos tanto en los tiempos pasados como en nuestros días: un hambre insaciable atormentaba su estómago; se esforzaba en vano por satisfacerla; sus riquezas se diezmaron y desaparecieron; le faltaron todos los recursos; sucumbió al fin, muriendo de inanición; triunfaron los sacerdotes: un mito, por ellos consagrado, perpetuará para siempre la especie de que el impío Erisictón ha perecido miserablemente, víctima de la venganza de Ceres, de la divinidad cuyos presentes alimentan al género humano (1).

Tales eran las consecuencias que sabían sacar los sacerdotes de los hechos poco corrientes que el azar ponía a su alcance. Los pontífices romanos no habían inventado la práctica religiosa de consignar en registros los prodigios que se iban produciendo cada año: como todos los conocimientos mágicos, la habían copiado de los sacerdotes etruscos, cuyos libros sagrados son frecuentemente citados por Lydus.

Dicha práctica, establecida al principio con un propósito ignorado, había de crear, a la larga, una instrucción bastante extensa. Es difícil recopilar una serie ininterrumpida de observaciones físicas, sin compararlas, hasta involuntariamente, entre sí; sin advertir qué fenómenos son,

(1) La superstición moderna en nada cede a la antigua. FROMANN, en su *Tratado de fascinación*, página 613, cita unos ejemplos de bulimia que se han creído efecto de la posesión del diablo.

más o menos a menudo, consecuencia de otros: sin adquirir, en una palabra, conocimientos reales y de una verdadera importancia, sobre los caprichos de la Naturaleza.

Sería interesante, por ejemplo, buscar lo que haya de razonable y científico en el juicio que el sacerdote o el augur emitía sobre las consecuencias de un prodigio, y en las ceremonias expiatorias que prescribía para prevenirlas. Frecuentemente, sin duda, no procuraba más que distraer o tranquilizar la aterrada imaginación: pero también con frecuencia la ignorancia y el temor obedecían ciegamente a una superstición rutinaria, estúpida o feroz. Mas, como había enseñado Demócrito, el estado de las entrañas de los animales inmolados podía proporcionar a los colonos desembarcados en una tierra desconocida, probables indicios sobre las cualidades del suelo y del clima; la inspección del hígado de las víctimas, que después sirvió de base a tantas predicciones, no tenía originariamente otro objeto: si en él se encontraban caracteres enfermizos, deducían de ellos la poca salubridad de las aguas y de los pastos; los romanos se regían también por este indicio, en la fundación de las ciudades y en la posición de los campos atrincherados. Tales ejemplos prueban que, de las prácticas religiosas de los antiguos, algunas, al menos en su origen, nacieron de una ciencia positiva, fundada en largas observaciones, de las que aun podríamos hallar instructivos vestigios.

¿Qué debemos pensar ahora de las operaciones mágicas, mucho más útiles a los sacerdotes que los prodigios, puesto que, lejos de producirse de improviso, dependían de la voluntad del hombre, por el momento preciso, la extensión y naturaleza de sus resultados? La discusión a que nos acabamos de entregar responde a esta pregunta. Los prodigios contados por los antiguos se explican naturalmente; sus narraciones no pueden por lo tanto ser tildadas de impostura: ¿por qué habrían de ser más sospechosas cuando se trata de obras mágicas que admiten explicaciones no menos satisfactorias? Solamente entonces, habrá que suponer con nosotros, que los sacerdotes han poseído y conservado secretos los conocimientos necesarios para producir tales maravillas. Recordemos, sobre este punto, la regla que ha de decidir nuestra creencia, la medida de las probabilidades favorables o contrarias: ¿es verosímil que, en todos los países, unos hombres cuya veracidad sobre puntos en que se les atacaba con fuerza y que acabamos de justificar, hayan narrado tantas maravillas absurdas sin otro fundamento que la ignorancia y la impostura? ¿No es más probable que sus narraciones estén basadas en la verdad; que las maravillas hayan sido producidas por unos procedimientos debidos a las ciencias ocultas guardadas en los templos? ¿Y esta probabilidad, no se acerca a la certidumbre, cuando se piensa que la observación asidua y la comparación de todos los prodigios, de todos los hechos extraordinarios, bastaban para dotar a los sacerdotes de una parte notable de los conocimientos teóricos de que hubo de componerse la magia?

CAPITULO V

Magia. *Antigüedad y universalidad de la creencia en la magia. Sus obras fueron atribuídas del mismo modo al bueno y al mal principio. No se ha creído, en la antigüedad, que dichas obras fuesen resultado del trastorno del orden natural. No se ponía en duda su realidad, aun cuando fuesen producidas por los sectarios de una religión enemiga.*

El único poder inmutable, el tiempo, se burla tanto de las creencias como de las verdades: PASA; y siguiendo, sobre las huellas de su paso, los vestigios de las opiniones destruídas, se asombra uno al ver ciertas palabras, otrora casi sinónimas, diferenciarse más hoy por las ideas que despiertan, que lo que antes se aproximaron por el sentido que expresaban.

Durante mucho tiempo, la magia ha gobernado al mundo. Arte sublime al principio, parecía una participación en el poder de la Divinidad: admirada aún en los comienzos de nuestra Era por algunos filósofos religiosos como «la »ciencia que descubre y rasga el velo de las obras de la »naturaleza, y nos lleva a contemplar las celestiales poten»cias» (1), ciento cincuenta años más tarde, el número y, sobre todo la vileza de los charlatanes que hacían de la magia un oficio, hicieron despreciar su nombre por los hombres cultos, hasta el punto de que Filostrato, biógrafo de

(1) FILOSTRATO, *De specialibus legibus.*

Apolonio de Tiana, afirma muy a la ligera que su héroe no era en ningún modo un mágico (1). En las tinieblas de la Edad media, la magia, volviendo a adquirir importancia, llegó a ser un objeto de horror y de pánico; pero hace más de un siglo que los progresos de la ciencia la hicieron caer en el ridículo.

Los griegos impusieron a la ciencia que les fué enseñada por los *magos* (2), el nombre de *magia*, atribuyendo su invención al fundador de la religión de los *magos*. Pero, según Amiano Marcellin, Zoroastro no hizo más que copiar y ampliar el arte mágico de los caldeos. En los combates sostenidos contra Nino, por Zoroastro, rey de los bactrianos, asegura Arnobio que, por ambas partes contendientes empleáronse, tanto como las armas ordinarias, los secretos mágicos. Según las tradiciones conservadas por sus sectarios, el profeta del *Ariema* fué, desde la cuna, víctima de las persecuciones de los mágicos, pues la tierra estaba cubierta de magos antes de su nacimiento (3). San Epifanio afirma que Nemrod, al fundar Bactres, llevó allí las ciencias mágicas y astronómicas cuya invención fué después atribuída a Zoroastro. Casiano habla de un tratado de magia que existía en el siglo V, atribuído a Cham, hijo de Noé. Este mismo Padre de la Iglesia, hace remontarse a los tiempos de Jarad, cuarto descendiente de Set, hijo de Adán, el principio de los encantamientos y de la magia.

La magia desempeña un gran papel en las tradiciones hebraicas. Los antiguos habitantes de la tierra de Canaán habían incurrido en la divina indignación por usar hechizos. Recurrieron a la magia para defenderse: los amalecitas cuando combatieron con los hebreos a su salida de Egip-

(1) FILOSTRATO, *Vida de Apolonio*, libro I, capítulos 1 y 2.
hoy, en lenguaje pehlvi, *magoi*. (*Zend-Avesta*, tomo II, página 506.)
(2) Los *mobeds*, sacerdotes de los *guebros* o parsis, aun se llaman
(3) *Vida de Zoroastro.* — *Zend-Avesta*, tomo I, parte 2.ª, págs. 10-18.

to, y Balaam, cuando fué sitiado en su ciudad por el rey de los etíopes y por Moisés después. Los sacerdotes de Egipto eran mirados, hasta en el mismo Indostán, como los magos más hábiles del universo. No menos versada que ellos en las ciencias secretas, pudo la esposa de Faraón comunicar sus misterios al niño célebre que había salvado su hija de las aguas; y que, «instruído en toda la sabiduría de »los egipcios, llegó a ser poderoso en palabras y en obras». Justino, según Toguio-Pompeyo, dice que José, llevado a Egipto como esclavo, aprendió allí las artes mágicas que le pusieron en estado de explicar los prodigios, y de prever, mucho tiempo antes, la horrible hambre que, sin su previsión, hubiera despoblado aquel floreciente país. Y, en una época mucho más próxima a nosotros, los hombres que atribuían a la magia los milagros del fundador del cristianismo, le acusaron de haber sorprendido sus secretos maravillosos en los santuarios egipcios.

La magia ha obtenido siempre en el Indostán, una alta importancia. Conrado Horst (1) comprueba que la colección de los *Vedas* contiene varios escritos mágicos; hace notar que las leyes de Manú, en el código publicado por sir Jones, indican diversas fórmulas mágicas cuyo uso está permitido o prohibido a un Brahmán. En el Indostán existe también desde muy antiguamente, una creencia que se vuelve a encontrar en la China, y es que, por la práctica de ciertas austeridades, los *penitentes* adquieren un poder temible y verdaderamente mágico, sobre los elementos, sobre los hombres y hasta sobre los dioses. De las innumerables leyendas de que se compone la mitología hindú, la mitad quizá presenta a ciertos *penitentes* dictando leyes e incluso infligiendo castigos a las divinidades supremas.

Si, apartándola del Oriente, dirigimos nuestra mirada

(1) *Biblioteca mágica*, 1820.

hacia el Occidente y el Norte, vemos en ellos la magia igualmente poderosa, igualmente antigua; bajo este nombre también es como los autores griegos y romanos hablan de las ciencias ocultas que poseían los sacerdotes de la Gran Bretaña y de las Galias (1). Tan pronto hubo fundado Odin en Escandinavia el reinado de su religión, pasó en ella como el inventor de la magia, ¡a pesar de haber tenido tantos predecesores! Sus *Voëlur* o *Volvur*, profetisas muy hábiles en magia, pertenecían a la antigua religión que Odin quiso destruir o refundir; las primeras narraciones de Saxo-Grammaticus se remontan a unos tiempos muy anteriores a Odin.

Al punto a que hoy han llegado la erudición y la crítica filosóficas, resulta superfluo discutir si los pueblos del Norte han podido tomar sus ciencias ocultas de los griegos y de los romanos. La negativa es evidente (2). Sería tal vez menos absurdo remontarnos hasta los hombres de los que los romanos y los griegos sólo fueron malos discípulos: los sabios de Egipto, del Asia, del Indostán... ¿Qué época nos atreveríamos a asignar a las comunicaciones de los sacerdotes del Ganges con los druidas de las Galias o los escaldas de la Escandinavia? Quien pudiera decir el origen de las ciencias humanas y de la superstición, diría también el origen de la magia.

Pero, en cualquiera época que se estudie la historia de la magia, no es extraño ver que su nombre designa, tanto la ciencia oculta para el vulgo y por la cual los sabios, en nombre del principio del Bien, daban órdenes a la Naturaleza; como el arte de producir maravillas invocando genios maléficos. Esta distinción entre poderes iguales o desiguales, pero contrarios y productores a veces de obras semejantes, se vuelve a hallar en las obras de Zoroastro y en la mitología hin-

(1) PLINIO, *Historia natural*, libros XVI, XXIV y XXX.
(2) Tiedemann ha puesto esta verdad fuera de duda. Ved su *Disertación de 1787 en la Academia de Gottingia.*

dúe, así como en las narraciones de Moisés; se reproducirá allí donde haya hombres dotados de los mismos recursos mágicos, aun cuando tengan opuestos intereses. ¿Cuáles fueron, en todos los tiempos, los malos genios? Los dioses y los sacerdotes de una religión rival; hechizo en un sitio, milagro en otro; el mismo hecho, según las opiniones y las localidades, fué atribuído a la intervención de las potencias celestiales, o a la de los demonios infernales.

A esta oposición directa sobre el origen de las maravillas adoradas o destinadas al error por la superstición, se aliaba, sin embargo, un unánime acuerdo sobre su realidad. Dícese que el asentimiento del género humano es una prueba irrefutable de la realidad; ¿cuándo se ha pronunciado este asentimiento con mayor fuerza que en favor de la existencia de la magia, por la ciencia de obrar milagros, cualquiera que sea el nombre que se la dé, el título con que se la adorne? Las naciones civilizadas y los pueblos más bárbaros (excepto algunas hordas verdaderamente salvajes) proclaman, acatan y temen el poder demostrado por algunos hombres de situarse, por sus obras, fuera del orden común de la Naturaleza.

Y digo fuera del orden común, porque es importante observar la opinión que tenían los antiguos sobre los milagros, y que era la más generalmente admitida; difiere mucho de la que, al parecer, se han forjado los modernos pueblos de Occidente, según la cual, es negar un milagro intentar explicarle. La doctrina de que un milagro es un desequilibrio o una suspensión de las leyes de la Naturaleza, puede ser admitida por el miedo o por la admiración y conservada por la irreflexión y la ignorancia; pero pronto levantará contra ella el razonamiento y la duda. En este sentido no existen milagros. Ante nuestros ojos un taumaturgo resucitaría a un hombre decapitado, sin parecernos extraño... ¿Por qué no? Afírmase que Esculapio volvió a unir la cabeza de una mujer a su cadáver, devolviéndole la salud y la vida (1). Los kurdos *Ali-Ulahies*, que adoran a Alí, yerno de Mahoma, como a una encarnación del Dios todopoderoso, le atribuyen un milagro semejante; se aseguró también después que un noble mágico poseía el secreto de producirlo... (2). Si se encuentra entre los espectadores un filósofo, desconfiará en primer lugar de cualquiera superchería. Recordará hasta dónde puede llegar la destreza de los escamoteadores. ¿No ha dado uno de ellos en público, hace unos cuantos años, produciendo una penosa impresión, el espectáculo de decapitar a un hombre sobre el escenario de un teatro? Presentaba la cortada cabeza a los curiosos, les invitaba a tocarla, a abrir la boca que se volvía a cerrar por sí sola, a contemplar la sangrienta sección del cuello, en el vértice del tronco; corría luego una cortina, y casi al momento reaparecía el hombre vivo. Vayamos más lejos: supongamos al taumaturgo al abrigo de la sospecha de charlatanismo: «Yo creía la cosa imposible, dirá el incrédulo; ¿me equivocaba o acaso mis sentidos eran juguete de una ilusión invencible? Comprobemos bien el caso; es una adquisición preciosa para la ciencia. Pero antes de que admita un milagro, sería necesario demostrarme que la cosa no ha podido existir más que a condición de que Dios hubiera involucrado las leyes dadas por él mismo a la Naturaleza. Hasta ahora no me habéis probado más que mi error y vuestra habilidad.»

Deduciendo también de la existencia de una cosa su posibilidad, no tenían necesidad los antiguos para entregarse a una exaltación religiosa, de que la maravilla que les chocaba pareciese trastornar el orden de la Naturaleza; cualquier socorro inesperado, en una apremiante necesidad, parecíales un beneficio de la Divinidad; todo lo que suponía un valor, una prudencia, una instrucción más allá de lo

(1) ÆLIAN, *De nat. animal*, libro IX, capítulo 33.
(2) FROMANN, *Tratado de fascinación*, páginas 635-636.

común entre los hombres, era referido por ellos a una participación íntima en la divina esencia, o al menos, a una inspiración sobrehumana, de la que el primero en alabarse era el mismo *ser superior* ilustrado por tales dones. En la antigua Grecia, se otorgaba a los grandes hombres por sus hazañas maravillosas, el título de *héroes*, sinónimo del de *semidioses*, y se les rendían honores divinos. Para probar que Moisés fué inspirado por el mismo Dios, alega Josefo, a la vez que sus acciones maravillosas, su sabiduría y santidad. Si Daniel era superior a todos los príncipes o sátrapas de la corte de Darío, es porque el espíritu divino se infiltraba en él *más abundantemente* que sobre aquéllos (1).

Respetuosos con esta creencia universalmente admitida otrora, hemos de censurar menos, en Homero y en los poetas antiguos, la continua intervención de las divinidades: la narración del poeta expresa con verdad el sentimiento del héroe cuando, salvado de un gran peligro, o coronado por una señalada victoria, agradece este favor al dios que se dignó servirle de guía y de protector.

Respetuosos con esta creencia, no pondremos en duda las piadosas intenciones de Filón y de Flavio Josefo: cuando simplifican, cuando explican las obras de Moisés y de los profetas, prueban su realidad sin disminuir lo maravilloso de ellas.

En esta creencia, en fin, que tan bien se concilia con nuestra hipótesis sobre el origen de la civilización, el hombre de una religión cualquiera no experimenta la necesidad de atribuir a la superchería los milagros que otras sectas invocan en apoyo de sus revelaciones; no se expone a una peligrosa recriminación, ni ve esgrimir contra sus creencias la argumentación destinada a refutar los testimonios humanos en que se funda la fe en todos los milagros de que uno

(1) Daniel, cap. 6, vers. 3. «*Daniel superabat omnes principes et satrapas, quia spiritus Dei amplior erat in illo.*»

mismo no ha sido testigo. Basta admitir, como han hecho los judíos y los primeros defensores del cristianismo, diferentes grados en la importancia de los milagros. Los sacerdotes y mágicos de las más opuestas religiones confesaban sin trabajo los milagros producidos por sus adversarios. Zoroastro, al entrar en controversia en diversas ocasiones con los hechiceros enemigos de su nueva doctrina, no niega sus obras maravillosas, las sobrepuja: afirma que son producidas por los *Dews*, emanaciones del *principio del mal*, y lo prueba triunfando sobre ellos, en nombre del *principio del bien* (1). Moisés, profeta del verdadero Dios, no se hubiera rebajado a luchar contra los sacerdotes egipcios si éstos no hubiesen sido más que unos diestros farsantes; discute con ellos sobre los milagros, seguro de establecer, por la superioridad de los suyos, la superioridad del Dios en cuyo nombre habla ante el rey de Egipto. Su triunfo fué completo: según una tradición hebraica, conservada en Oriente, adivinó el secreto de los procedimientos empleados por sus rivales, sin que éstos pudiesen penetrar el suyo. Su historia hace, sin duda alguna, alusión a esta prueba decisiva de su victoria, cuando afirma, en estilo figurado, que el báculo del hermano de Moisés y los de sus antagonistas transformáronse en serpientes, devorando la primera rápidamente a las otras (2).

(1) ANQUETIL, *Vida de Zoroastro. Zend-Avesta*, tomo I, 2.ª parte.
(2) *Éxodo*, capítulo VII, versículos 10-12.

CAPITULO VI

Lucha de habilidad entre los taumaturgos: el vencedor era reconocido como poseedor de la ciencia del Dios más poderoso. Esta ciencia tenía por base la física experimental. Pruebas sacadas: primero, de la actuación de los taumaturgos; segundo, de lo que han dicho ellos mismos sobre la magia; los GENIOS *invocados por los magos han representado ora a los agentes físicos o químicos que servían para las operaciones de la ciencia oculta, ora a los hombres que cultivaban dicha ciencia; tercero, la magia de los caldeos comprendía todas las ciencias ocultas.*

Cada vez que el interés de la dominación o el de la gloria dividió a las sectas sacerdotales, pudo verse cómo se renovaban unos combates análogos a aquellos en que triunfaran Moisés y Zoroastro: su efecto necesario era dar a la ciencia oculta mayor esplendor y energía. Si la multitud, juguete de su credulidad y esclava de su miedo, adoraba de buen grado como prodigios o milagros, fenómenos naturales o groseros prestigios, menos facilidad encontraba el taumaturgo cuando hombres cultos eran a la vez sus rivales y sus jueces. Apreciábase la maravilla según severas reglas de discusión. Se exigía, ante todo, que fuese duradera, sin decaer a simple vista por una apariencia fugitiva. El *milagro* debía producir, no unos juegos de habilidad al alcance de los vul-

gares charlatanes (1), sino maravillas de un orden más elevado, como, por ejemplo, la metamorfosis de una vara en serpiente; el *prodigio* debía salirse de lo común por un carácter insólito, por la forma aterradora de los saltamontes o el tamaño enorme del granizo que enviaba a los hombres la cólera celeste; era preciso, sobre todo, que el *prodigio* hubiese sido predicho por el taumaturgo, ocurriendo en el momento fijado por su voz profética.

Victorioso en las luchas de habilidad que regulaban esas leyes, el taumaturgo se hacía reconocer sin trabajo como el discípulo e intérprete del Dios todopoderoso por excelencia, del Dios elevado por cima de los demás dioses. En efecto, la piadosa creencia que refería a una inspiración de la Divinidad todo lo que había de excelente en las cualidades y obras de un hombre, hubo de aplicarse especialmente al conocimiento y a la práctica de las ciencias ocultas. Los resultados de virtudes tales como la prudencia, la templanza o el valor, se aproximan por grados y admiten, entre sus más alejados extremos, una comparación bastante fácil que permite excluir generalmente la necesidad de suponerlos un origen extraordinario, que nada tiene que ver con los inventos científicos siempre rodeados de algo maravilloso, aun siendo producto de un arte puramente humano.

Estas consideraciones, examinadas sin prejuicios, absolverán, según creo, a los escritores de Grecia y de Roma, del reproche de haber incluído en sus narraciones demasiado fácilmente a pretendidos milagros dignos de su desprecio. No solamente creían y debían narrar aquellos milagros con que se honraba su religión, y aquellos otros que habían consagrado otras religiones; sino que, conociendo, o sospechando al menos la relación de los milagros con una

(1) Hoy mismo, el *dalailama* castiga a los sacerdotes de su religión que engañan al pueblo tragándose cuchillos o vomitando llamas. (TIMKOWSKI, *Viaje a Pekín*, tomo I, página 460.)

ciencia misteriosa emanada de los dioses, preservaban dicha ciencia del olvido en gracia a su exactitud.

El charlatanismo, el *escamoteo,* si se me permite emplear esta palabra, han desempeñado ciertamente un importante papel en las obras de los taumaturgos: ya tendremos ocasión de probarlo. Pero los juegos de manos, a veces muy sorprendentes, que hacen en nuestros teatros y en nuestras plazas públicas los *prestidigitadores* modernos, tienen frecuentemente por principio hechos químicos y físicos que pertenecen al terreno del imán, del fósforo, del galvanismo, de la electricidad: para el vulgar charlatán, el secreto de estas maravillas es una serie de *recetas* de las que tan sólo tiene la práctica; los conocimientos de que se derivan esas recetas forman para nosotros una verdadera ciencia.

He aquí lo que encontramos en los templos, así como cualquier claridad histórica nos permite penetrar en ellos. Es imposible entregarse a investigaciones continuadas sobre el origen de las ciencias, sin advertir que una extensa rama de los conocimientos antiguos no ha podido florecer más que en el fondo de los santuarios y componía una parte importante de los misterios religiosos. Todos los milagros que no pertenecían a la destreza o a la impostura eran fruto de esa ciencia oculta: eran, en una palabra, verdaderos experimentos de física. Las fórmulas con cuya ejecución se aseguraba el éxito, debieron formar parte de la enseñanza sacerdotal. ¿Quién había concebido y redactado en su origen aquellas fórmulas científicas? Ciertos sabios, poseedores de un cuerpo de doctrina designada por sus discípulos bajo los nombres de magia, de filosofía teúrgica y de ciencias trascendentales.

¿Por qué se negó Mahoma a hacer milagros, confesando que Dios le había rehusado tal dón? Porque era extraño a la ciencia oculta de los taumaturgos. ¿Por qué Swedenborg, en nuestros días, rodeado de espectadores demasiado ilustrados, recurrió a un subterfugio semejante, y dijo que sus revelaciones eran un milagro evidente, y que los que no creyeran en su palabra, tampoco creerían en los milagros? (1). Porque sabía que ya ha pasado el tiempo de los milagros y somos demasiado cultos para creer en ellos. ¿No es decir, en otros términos: lo que formaba una ciencia secreta, únicamente reservada a ciertos seres privilegiados, ha entrado en el vasto campo de las ciencias accesibles a todas las inteligencias?

Sigamos nuestro aserto en sus consecuencias: de éstas hay cuatro que no nos podemos negar a admitir y que hemos de comprobar como tales hechos:

Primero. Algunas artes, vulgares hoy desde hace algún tiempo, han debido pasar por divinas o por mágicas, mientras sus procedimientos fueron secretos.

En el monte Larysium, de la Laconia, celebrábase la fiesta de Baco *al principio de la primavera*: maduras uvas atestiguaban el poder y la benevolencia del dios... (2). Los sacerdotes de Baco conocían el uso de los invernaderos.

Varios hombres industriosos llevaron a las islas de Chipre y de Rodas, el arte de fundir y trabajar el hierro. Una ingeniosa alegoría los presentó como hijos del Sol, padre del fuego, y de Minerva, diosa de las artes; la ignorancia, junta con el terror que inspiraba el hierro con que fueron los primeros en aparecer armados, los transformaron en magos, tan temibles, que hasta sólo su mirada considerábase peligrosa.

Prácticos en el tratamiento de los metales figuran también los finlandeses, en las poesías escandinavas como gnomos habitantes en las profundidades de las montañas.

(1) DAILLANT-LATOUCHE, *Compendio de las obras de Swedenborg,* páginas 37, 38, 293, 394.
(2) PAUSANIAS, *Laconia,* capítulo 22.

Dos gnomos de la montaña de Kallowa, muy hábiles en forjar el hierro y en fabricar armas, no consintieron, más que en muy duras condiciones, en instruir en los secretos de su arte al herrero *Wailand*, tan famoso en las leyendas del Norte por la perfeccción de las armas que obtenían de él los guerreros (1).

La superioridad de las armas ofensivas y defensivas tenía capital importancia a los ojos de unos hombres que no sabían más que combatir, para que éstos no pidiesen dicha superioridad a un arte sobrenatural. Las armas *encantadas*, escudos, corazas, cascos, en que todos los dardos se embotan y todas las espadas se rompen; las lanzas que atraviesan, las aceradas hojas que hienden todas las armaduras, no pertenecen solamente a los narradores de Europa y de Asia; nacen en los cantos de Virgilio y Homero, en la fragua de Vulcano, y en los *Sagas*, de manos de los hechiceros o de los hombres que llegaron a sorprender sus secretos.

Segundo. Las obras de la magia estaban necesariamente circunscritas a los límites de la ciencia; fuera de estos límites, solamente la ignorancia podía implorar su socorro... El biógrafo de Apolonio de Tyana se burla, en efecto, de los insensatos que pedían a la magia la corona en los combates del circo, y el triunfo de sus empresas amorosas o de sus especulaciones comerciales (2).

Tercero. En las luchas de destreza que levantaban opuestos intereses entre los depositarios de la ciencia, temíase dejar advertir a las miradas profanas, lo limitado de los medios de la magia; luego, para prevenir este peligro, debía existir entre los taumaturgos un pacto tácito o formal

---

(1) DEPPING, *Memorias de la Sociedad de los anticuarios de Francia*, tomo V, página 223.
(2) FILOSTRATO, *Vida de Apolonio*, libro VII, página 16.

cuyas cláusulas tendrían interés en respetar los más encarnizados adversarios.

En la mitología griega, no le era permitido a un dios deshacer lo que otro dios hubiera hecho. La misma prohibición se vuelve a hallar en la mayoría de esos cuentos de hadas que han sacado nuestros antepasados de otras tradiciones más antiguas. La historia heroica del Norte, nos muestra, en una época muy anterior al primer Odín, a una maga condenada cruelmente a muerte por toda su casta, por haber enseñado a un príncipe que tenía el medio de hacer caer la mano de un mago que le quería matar (1). En una colección de narraciones maravillosas, cuyo origen hindú sería muy difícil de comprobar o negar (2), se ve a una maga y a un genio, muy opuestos en sus inclinaciones, unirse, sin embargo, por una solemne alianza que les prohibe perjudicarse mutuamente o hacerse ningún mal personalmente. No cumplen su pacto y, en primer lugar, se oponen recíprocamente esos hechizos y maleficios que siempre se encuentran en las narraciones de este género. No queriendo ceder ninguno de los dos, acaban por combatirse a muerte, lanzándose chorros de inflamadas materias que matan o hieren a varios espectadores de su lucha, y acaban por dar muerte a ambos combatientes (3).

A unos presuntos seres sobrenaturales, substituyámoslos con hombres como nosotros; no pasarán las cosas diferentemente. Solamente con que les ciegue el furor, aun a riesgo de traicionar un secreto que les importa conservar, emplearán armas hasta entonces prohibidas entre ellos, y se mostrarán ante el vulgo mortalmente heridos por las milagrosas

---

(1) SAXO GRAMMATICUS, *Historia danesa*, libro I.
(2) Se trata de *Las mil y una noches*, cuyo origen hindú fué sostenido por Mammer y Langlés, y negado por Silvestre de Sacy y otros en la *Memoria leída en la Academia de inscripciones y bellas letras, el 31 de julio de 1829*.
(3) *Las mil y una noches*, tomo I, páginas 318-322.

armas que su prudencia reservaba para amedrantarle o castigarle.

Cuarto. Por último, en esas mismas luchas, el triunfo de un taumaturgo pudiera no parecer bastante decisivo a sus adversarios o a sus partidarios, sobre todo cuando él mismo hubiese indicado la maravilla que haría, desafiando a su antagonista a que la imitara y éste demostrase su superioridad, eligiendo a su vez una prueba en la que su capacidad le asegurara la victoria... Este argumento ha sido opuesto seguramente varias veces a los milagros. Hasta diremos que la historia llega a ser inexplicable si se rechaza la opinión que le sirve de base. En una lucha solemne, venció Moisés a los sacerdotes egipcios, y Elías a los profetas de Baal. Pero en vez de caer a los pies de los enviados del Dios de Israel, persiguió Faraón a mano armada al pueblo que seguía a Moisés, y Jezabel juró vengar con la muerte de Elías a los sacerdotes que éste confundió. A pesar de lo cual, no les faltaba razón al rey de Egipto ni a la princesa de Sión, pues hay que suponer — lo que es casi cierto en un caso y probable en otro — que estaban iniciados en la ciencia secreta de sus sacerdotes. La insuficiencia momentánea de aquella ciencia, la victoria del taumaturgo enemigo, no fueron entonces a sus ojos más que un accidente fácilmente explicable, más que una momentánea derrota que, en otras ocasiones, sería compensada por la victoria.

Nada más propio para confirmar nuestras ideas que una ojeada sobre el modo de obrar que, en general, tenían los mágicos. Su arte parece más bien producto de una ciencia penosamente adquirida y difícilmente conservada, que una gracia o un continuado beneficio de la Divinidad. Para obrar *mágicamente*, para *conjurar* a los genios y a los dioses y constreñirlos a la acción, eran necesarios unos preparativos muy extensos, sobre cuya naturaleza y alcance se corría un velo de misterio. Debíanse recoger en secreto minerales y plantas, combinarlos de diversas maneras, someterlos a la acción del fuego y casi no dar un paso sin repetir ciertas fórmulas o sin abrir unos libros, cuyo olvido o pérdida causaban la privación de todo poder mágico. Tal era la marcha de la mayoría de los taumaturgos, verdaderos aprendices de la física experimental, obligados a buscar sin tregua, en los textos sagrados, aquellas prescripciones faltas de una teoría razonada, que no habían podido asimilarse ni grabar en su entendimiento.

Huellas de la existencia de esos libros se encuentran aún en un pueblo caído hoy en la más completa barbarie, pero cuyas tradiciones se remontan a una civilización muy antigua, y probablemente bastante avanzada. Los *baschkires* creen que *unos libros negros*, cuyo texto fué originariamente escrito en el infierno, dan al hombre que los posee, si es capaz de interpretarlos, un imperio absoluto sobre los demonios y sobre la Naturaleza. Y este hombre transmite dichos libros, por herencia, a aquel de sus alumnos que él juzga más digno de ello, y con ellos, el poder que confieren... (1). Hoy día nos sería más ventajoso reemplazar los libros mágicos de los *baschkires* con buenas obras de física y química aplicadas a las artes. ¡Pero aun no estamos muy lejos de los tiempos en que ciertas personas, muy poco interesadas en que nuestra especie fuese más culta que crédula, hubieran pretendido que semejantes obras sólo podían haber sido producidas por el principio del mal!

Pero ya es hora de consultar a los mismos taumaturgos sobre la naturaleza de su arte.

Apolonio (2) niega pertenecer a la secta de los mágicos: éstos no son, dice, más que unos *artesanos* del milagro. Cuando fracasan en sus tentativas, reconocen que se han ol-

(1) *Annalen der Erd-Voelker-und-Staaten-Kunde*, página 143.
(2) FILOSTRATO, *Vida de Apolonio*, libro I, capítulo 2.

vidado de emplear determinada substancia, o de quemar cualquiera otra. ¡Torpes charlatanes, que dejan descubrir el *trabajo* y sus mecánicos procedimientos! Afirma Apolonio que su ciencia es un dón de Dios, una recompensa a su piedad, a su templanza, a sus austeridades; y, para hacer milagros, no tiene necesidad de preparativos ni de sacrificios. Esta pretensión, que recuerda la de los *penitentes* hindúes, anuncia solamente a un taumaturgo más diestro que los que desprecia, y más seguro de su arte. Lo que él dice de los taumaturgos vulgares prueba, como vemos, que éstos no eran más que hábiles practicadores en el arte de las experiencias físicas.

Chœremon, sacerdote y escritor sagrado, enseñaba el arte de invocar a los dioses, incluso contra su voluntad, de modo que no pudiesen retirarse sin haber hecho el prodigio pedido. Porfirio, refutando a Chœremon, afirma que los dioses han enseñado las fórmulas y los caracteres con que se les puede evocar... (1). Todo ello no es más que el ataque de una escuela de ciencias ocultas a otra escuela diferente; no es más que una disputa de palabras. Los seres que obedecían a los *conjuros* no eran los dioses que habían dictado las fórmulas de que emanaban tales *conjuros*; Jámblico nos hace conocer unos y otros:

Queriendo explicar el imperio que tiene el hombre sobre los *genios*, divide a éstos en dos especies: unos, *divinos*, de los que no se obtiene nada más que por las oraciones y la práctica de las virtudes; tales son los dioses de Porfirio. Los otros, que corresponden a los dioses obedientes de Chœremon, son definidos así por Jámblico: «Unos espíritus faltos de razón, de discernimiento y de inteligencia; dotados de una potencia de acción superior a la que posee el hombre; obligados a ejercer la propiedad que les pertene-

(1) EUSEBIO, *Proep. evang.*, libro V, capítulos 8 a 11.

ce, cuando el hombre se lo ordena; porque su razón y su discernimiento, que le hacen conocer el estado en que existe cada cosa, le elevan sobre aquellos genios, sometiéndolos a su poder...» (1). Asistamos ahora a un curso de química o de física experimental. «Existen, dice el profesor, ciertas substancias, con las que se producen prodigios impracticables para el hombre reducido a sus facultades personales, tales como hacer brotar chispas del hielo, o producir hielo en una atmósfera abrasadora; pero cada una de esas substancias tiene una propiedad única que ejerce sin objeto ni discernimiento. Siendo agentes ciegos, se convierten en instrumentos de milagro en manos del hombre que, por el razonamiento y la ciencia, sabe hacerse dueño de ellas y aplicar juiciosamente sus propiedades y energía...» El profesor ha descrito con exactitud las substancias que emplean la física y la química, y lo que dice de ellas lo dijo Jámblico de los genios de segundo orden.

El profesor continúa: «Cuando un ignorante ensaya una experiencia, sin observar los procedimientos que es preciso seguir, fracasa en su intento... Toda experiencia fracasará si se omite en su empleo, conforme al procedimiento indicado por la ciencia, una sola de las substancias cuyo uso está prescrito.» Si substituimos las palabras *ignorante*, *experiencias*, *procedimientos*, *substancias*, con las de *profano*, *obras religiosas*, *ritos*, *divinidades* o *genios*, vemos que el profesor ha traducido dos párrafos de Jámblico sobre la marcha que hay que seguir para hacer milagros (2).

Entre los genios subordinados al poder mágico, unos deben ser evocados en lengua egipcia, y otros en lengua persa; ¿no sería, acaso, que las fórmulas mágicas consistían en

(1) JÁMBLICO, *De mysteriis*, capítulo 31.

(2) «*Quando* profani *tractant sacra contra* ritus, *frustatur eventus.*» «...*Uno proetermisso* numine sine ritu, *communis ipsa* religio *finem* non habet.» (JÁMBLICO, *De mysteriis*, capítulos 30 y 33.)

recetas de física que cada templo conservaba, redactadas en su lengua sagrada? Los sacerdotes egipcios hacían un milagro por un procedimiento ignorado de los sacerdotes persas; y éstos, por un procedimiento diferente, hacían la misma maravilla o la oponían cualquiera otra maravilla tan brillante o más que la primera.

Mostremos divinizadas las más sencillas operaciones de la industria a los espíritus severos que se sublevan a la idea de ver transformarse los agentes físicos en seres sobrenaturales. ¿Qué eran, para los romanos, discípulos de aquellos etruscos que debiendo a la religión su civilización originaria, referían a la religión su existencia entera, que eran, repetimos, los dioses invocados por el *flamen* en la fiesta celebrada en honor a la tierra y a la diosa de la agricultura? Sus nombres lo dicen: la roturación de la tierra en barbecho; la segunda labor; la tercera; las siembras; la cuarta labor, que enterraba la simiente; el rastrilleo; el escardeo a la azada; la segunda escardadura; la siega; la recolección y transporte de las gavillas; el entrojamiento o almacenaje del grano, y la salida de éste para molturarlo o venderlo (1). El sacerdote enumeraba las operaciones de la agricultura; la superstición las dividía.

La misma superstición transforma en seres sobrenaturales a los hombres cuya habilidad producía obras más allá de la capacidad del vulgo. El arte de tratar los metales fué divinizado bajo el nombre de *Vulcano*. Los primeros obreros del hierro, conocidos por los griegos, los *telchines*, tratados al principio como magos, pasaron luego por semidioses, genios o demonios maléficos. Las *fifes* (hadas o genios) eran citadas en Escocia, como sobresalientes en las artes (2), y, probablemente a una creencia semejante debemos

(1) VARRON, *De re rustica*, libro I, capítulo I. Los nombres de las divinidades eran *Vervactor, Reparator, Imporcitor, Insitor, Obarator, Occator, Sarritor, Subruncinator, Messor, Convector, Condictor, Promitor.*
(2) *Revista Enciclopédica*, tomo XXXI, página 714.

la expresión proverbial escocesa: *trabajar como las hadas.* «Los *gnomos*, dicen los cabalistas, seres de corta estatura, guardianes de los tesoros de las minas y de las canteras, son ingeniosos y amigos del hombre... Proporcionan a los hijos de los iniciados todo el dinero que éstos quieren, etcétera» (1). En diversos países de Europa, la credulidad poblaba las minas de genios; veíanlos bajo la figura de hombres atezados, pequeños, pero robustos, dispuestos siempre a castigar la indiscreción del profano que se atreviera a espiar sus trabajos. Todo lo que se ha dicho de tales genios o gnomos, pudiera decirse de los mismos mineros, en unos tiempos en que su arte, fuera de la vista del vulgo, estaba exclusivamente destinado a acrecentar las riquezas y a sostener el poderío de las clases privilegiadas.

El velo de la alegoría, cada vez más claro, se rasga al fin en las narraciones orientales: los obreros que explotan minas de acero, son llamados allí los *genios* de dichas minas. Estos genios se muestran tan sensibles a un festín espléndido que un príncipe les hizo servir, que corren en su ayuda en una ocasión en que su vida no podía ser salvada más que por el reconocimiento de ellos (2).

A veces se puede señalar, además, la gradación que ha seguido una metamorfosis semejante. Agameda, según Homero, fué una mujer bienhechora, instruída de las propiedades de todos los medicamentos que nacen sobre la tierra; Orfeo era un sabio intérprete de los dioses que arrastraba tras él, tanto a los animales feroces, como a los hombres salvajes que civilizaba por el encanto de sus versos y la armonía de su lenguaje; los historiadores que han servido de guía a Diodoro, describían como puramente naturales los conocimientos de Circe y de Medea; conocimientos relativos sobre todo a la eficacia de los venenos y sus

(1) CONDE DE GABALIS, *Pláticas sobre las ciencias secretas*, págs. 48-49.
(2) *Las mil y una noches. Noche* 489, tomo VI, págs. 344 a 347.

remedios: la mitología ha adjudicado a las dos hijas de Aetes la reputación de temibles magas; algunos poetas posteriores a Homero, Eurípides entre ellos, presentan a Orfeo como un mágico muy hábil; Teócrito hace de Agameda la rival en las artes mágicas de Medea y de Circe (1).

Los sacerdotes que ocupaban en Egipto el primer puesto después del soberano pontífice y que lucharon dialécticamente contra Moisés, son llamados mágicos en las traducciones del Éxodo, y las operaciones de su arte están allí calificadas de *encantamientos* (2). Drummond, arqueólogo que ha hecho un estudio profundo de la lengua e historia de los hebreos, cree inexactas tales traducciones: según él, el texto no habla más que de *operaciones secretas* y no *mágicas*; el título de los sacerdotees, *chartomi*, derivado de una palabra que significa *grabar* jeroglíficos, no expresa otra cosa que la inteligencia que poseían en la interpretación de todos los jeroglíficos sin excepción (3).

¿Quiénes eran los *profetas* que Pitágoras consultó en Sidón, recibiendo de ellos instrucciones sagradas? Los descendientes, los herederos de la ciencia de Mochus el *fisiólogo*, de un sabio versado en el conocimiento de los fenómenos de la Naturaleza. Si Justino no vacila en admitir como reales, la mayor parte de los milagros atribuídos a Apolonio de Tyana, no ve en ellos más que unas brillantes pruebas de la alta ciencia del taumaturgo.

Por último el sabio Moses Maimónides nos revela que la *primera* parte de la magia de los caldeos era el conocimiento de los metales, de las plantas y de los animales. La *segunda* indicaba los tiempos en que podían ser producidas las obras mágicas; es decir, los momentos en que la esta-

(1) TEÓCRITO, *Idilios*, tomo II, vers. 15 y 16.
(2) *Éxodo*, capítulo 7, vers. 22; capítulo VIII, vers. 7.
(3) W. DRUMMOND, *Memoir on the antiquity of the zodiacs of Ssnch and Denderah*, Londres, 1823, páginas 19-21.

ción, la temperatura del aire, el estado de la atmósfera, coadyuvaban al éxito de las operaciones físicas y químicas, o permitían al hombre instruído y atento predecir un fenómeno natural, siempre imprevisto para el vulgo... El misterio de la magia se aclara: introducidos en el santuario de las ciencias ocultas, no vemos en él más que una escuela en la que se enseñaban las diversas ramas de las ciencias naturales. Y podemos admitir en sentido literal, todo lo que nos dicen la mitología y la historia, de hombres y mujeres investidos de la posesión de los secretos de la magia por hábiles educadores, siendo frecuente que los discípulos demostrasen ser superiores a sus maestros. Bastaba con que después de sufrir las pruebas prescritas para asegurarse de su discreción, se entregase el alumno con ardor al estudio de la ciencia oculta, y que su perseverancia y su capacidad le permitieran ensanchar sus límites; ventaja que después guardaba para sí mismo o que sólo comunicaba parcialmente a los efectos de una especial benevolencia por parte de sus mismos maestros.

CAPITULO VII

Errores mezclados con los conocimientos positivos: han nacido, tanto de voluntarias imposturas como del misterio que envolvía a la ciencia sagrada. Imposturas, promesas exageradas de los taumaturgos; charlatanismo, escamoteo; juegos de manos más o menos groseros; empleo del sortilegio, y facilidad de dirigir su resultado. Oráculos: al equívoco y a la impostura, se juntaron, para asegurar su triunfo, medios naturales, tales como el encanto del ventriloquismo, los éxtasis, vértigos, etc., y, por último, observaciones que aun siendo muy sencillas, eran exactas.

Si los taumaturgos hubiesen cultivado la ciencia por el noble placer de ilustrarse y difundir entre sus semejantes brillantes y útiles luces de cultura, no tendríamos que buscar en sus obras, más que vestigios de doctrinas incompletas sin duda, pero puras, exentas de viles mezclas. No es así, sin embargo: conquistar una veneración y una sumisión sin límites, tal era el objeto de la magia; todo lo que ayudaba a conseguirlo parecía legítimo; tanto el concurso de la destreza y la impostura, como el empleo de los más sublimes conocimientos.

Era preciso conservar el cetro después de haberle conquistado; había que demostrar en todo un poder sobrenatural y ocultar la mano del hombre, aun cuando hubiese sido glorioso para el hombre divulgar el imperio que su ge-

nio podía ejercer sobre la Naturaleza. Un secreto religioso rodeó a los principios de la ciencia; una lengua particular, expresiones figuradas, alegorías, emblemas, ocultaron sus menores detalles. La esperanza de adivinar aquellos sagrados enigmas hizo nacer, entre los *profanos*, mil extravagantes conjeturas: lejos de disiparlas, ayudó el taumaturgo a propalarlas, eran otras tantas garantías de la impenetrabilidad de su secreto. Pero las opiniones absurdas que de aquí se derivaron no fueron, como veremos, el único mal que la conservación de tal secreto haya causado a la inteligencia humana.

Discutiremos sucesivamente ambos orígenes del error: sus consecuencias forman parte de la historia de la magia y de la historia de la civilización.

El presente influye quizá menos fuertemente que el porvenir sobre el espíritu humano; positivo y limitado, circunscribe aquél la credulidad a lo que presenta de real; lo vago e indeciso del futuro, entrega en cambio esa credulidad a los sueños indefinidos del temor, de la esperanza y de la imaginación. Luego el taumaturgo podrá prometer; podrá hacer creer unas maravillas sin que él mismo tenga esperanza alguna de realizarlas.

Nada más absurdo que los detalles del rejuvenecimiento de Eson por los encantos de Medea; pero antes que los griegos, los árabes y los hebreos habían creído posible tan extraño milagro: según las tradiciones rabínicas, Moisés, próximo a morir, pedía que su cuerpo fuese partido en pedazos, para poder ser resucitado en seguida por un benéfico ángel (1).

Al no poner límites al poder de los taumaturgos, tuvo la credulidad, por lo mismo, que obligarles a recurrir con frecuencia a la destreza, para poder negar, sin comprome-

(1) GAULMYN, *Vida y muerte de Moisés*, libro II, página 828.

terse, un milagro imposible. Un magnate griego fué a implorar a Esculapio en su templo: ricos presentes, solemnes sacrificios, magníficas promesas, y fervientes plegarias podrán, según espera, determinar al dios a devolverle un ojo que ha perdido. Instruído por los medios que entonces se usaban en todos los templos, declaró Apolonio de Tyana que aquel hombre no obtendrá lo que pide; es indigno de ello, la pérdida de su ojo ha sido el justo castigo a un adulterio incestuoso (1).

Aun cuando la maravilla pedida no vaya más allá de los recursos de la ciencia, importa ocupar la atención del espectador, distraerle de las operaciones mecánicas del taumaturgo, calmarle el desasosiego que experimenta cuando se hace esperar demasiado el resultado apetecido. Semejante arte, tan familiar a los prestidigitadores modernos, no fué menos conocido por los de la antigüedad.

Lo que obtienen los primeros valiéndose de charlas más o menos ingeniosas, lo conseguían los otros por medio de ceremonias propias para inspirar el respeto y el miedo. La *tercera* parte de la magia de los caldeos pertenecía por completo a dicho género de charlatanismo; enseñaba los gestos, las posturas, las palabras inteligibles o ininteligibles que debían acompañar las operaciones del taumaturgo (2). Los sacerdotes de Baal, en su desigual lucha contra el profeta Elías, se hacían incisiones en el brazo, más visibles que profundas; el teurgista de Grecia y de Italia amenazaba a los genios demasiado lentos en obedecerle, *con evocarlos por un nombre temible para ellos*: de una u otra manera, buscábase ganar tiempo, distraer la atención; penetrados de compasión o de temor, los espectadores miraban con menos desconfianza las prácticas secre-

(1) Filostrato, *Vida de Apolonio*, libro I, capítulo 7.
(2) Moses Maimónides, *More nevochim*, libro III, capítulo 37.

tas propias para consumar una maravilla demasiado lenta en producirse.

Pero, como hemos observado ya, no había que combatir con tales obstáculos, más que en las luchas de habilidad entabladas entre los taumaturgos. En los demás casos iba la credulidad precediendo al milagro. ¿Cuántas narraciones, por ejemplo, no nos presentan huellas de sangre maravillosamente conservadas a través de los siglos, para dar testimonio de un crimen o de un célebre castigo? Introducidos en 1815, en la habitación en que fué apuñalado *David Rizzio*, dicen unos viajeros que les hicieron notar, en el suelo, unas *gotas de sangre* que, según se asegura, *se tiene cuidado* de repintar de nuevo todos los años (1). También en Blois, cada año, en la época de las ferias, el guarda del castillo riega con sangre la cámara en que fué asesinado el duque de Guisa y la enseña a los curiosos, como si fuera la misma sangre de aquel mártir de la Liga. ¡Y esta es la historia de muchas *señales indelebles* del mismo género!

La cabeza de una estatua fué derribada por un rayo, cayendo al lecho del Tíber: los augures indicaron el sitio en que se volvería a encontrar, y su predicción se confirmó... Habían tomado sin duda, para estar seguros de lo que afirmaban, medidas infalibles, las mismas medidas que, en otros tiempos y en otros países, han permitido encontrar, en el fondo de los ríos, en las grutas y en los bosques, tantas imágenes santas y milagrosas... Ultimamente, casi podría decirse AYER, ¿no han sido objeto de la adoración de los portugueses, un conejo, un perro, un buey y una *Madona*, unciendo al pueblo al yugo de la ignorancia y del fanatismo? Y nadie pudo, sin arriesgar su

(1) *Viaje inédito en Inglaterra* en 1815 y 1816... *Biblioteca universal, Literatura*, tomo II, página 383.

vida, intentar desenmascarar la impostura... hasta 1822 (1).

Todos los años debía ser sacrificada una virgen en Temessa, a los manes de Lybas. El atleta Eutymo quiso poner término a aquella barbarie. Se atrevió a desafiar para un combate al espectro de Lybas, quien se presentó ante él, negro, horrible, envuelto en una piel de lobo. El intrépido atleta triunfó y el espectro, lleno de rabia, se precipitó en el mar. Debe creerse que cualquier sacerdote, disfrazado del modo que se representaba a los duendes en la Edad media, hizo el papel de espectro, y no quiso sobrevivir a su derrota; creencia que se afirma sabiendo que el vencedor desapareció poco después, sin que se haya conocido jamás el género de su muerte. ¡Los colegas del *espectro* probablemente estaban mejor instruídos sobre este punto, que el pueblo!

Sinan-Raschid-Eddin, jefe de los *batenianos* o ismaelitas de Siria (2), escondió en un hoyo a uno de sus secuaces, dejándole sólo la cabeza al exterior; rodeóle el cuello con un disco de bronce figurando una bandeja y lo llenó de sangre fresca, de modo que la cabeza parecía recién cortada. Descubrióla ante sus discípulos y conjuró al *muerto* a que le dijese lo que había visto desde que dejó de vivir. El dócil interlocutor hizo, como le había sido prescrito, una brillante descripción de las delicias celestes; declaró que prefería seguir gozando de ellas a volver a la vida; y recomendó, como único medio de alcanzarlas, la más ciega obediencia a las órdenes de Sinan. Tal escena provocó el entusiasmo de los espectadores, redoblando su devoción y fanatismo... Mas cuando se fueron, Sinan mató a su cómplice, poniendo así en seguridad el secreto de su milagro.

(1) MARIANA BAILLIE, *A sketch of the manners and customs of Portugal*, London, 1824.

(2) *Batenianos, internos, interiores, ocultos*, llamados así por alusión a sus doctrinas secretas y a sus dogmas misteriosos. (*Antología árabe*, página 275.)

¿Para qué contar en detalle esas supercherías tan visibles que apenas merecen, aun las más diestras, el nombre de *escamoteo*?

El arte de imponerse a nuestros sentidos, a pesar de nuestra atención e incredulidad, el arte del *escamoteador*, mejor dicho, no es extraño al tema que tratamos, ya que ha podido servir al interés, a la ambición, a la avaricia, a la política de los hombres que se aprovechan de la credulidad e incultura de sus semejantes.

Y ha podido servirlos en todos los tiempos, porque, tanto en la más remota antigüedad como en nuestros días, ha existido ese arte con los refinamientos más propios para excitar la sorpresa y la admiración. Así ha florecido siempre en el Indostán, y a tantos rasgos característicos como atestiguan el origen hindú de los bohemios (*gipsios, zíngaros*, etc.), puede añadirse su conocida perfección en los juegos de manos de todas clases.

Y ha podido servirlos en todos los países, porque las maravillas con que asombra a los hombres poco cultos, han figurado en todas partes entre las obras de los pretendidos poseedores de una ciencia sobrenatural. Los hechos que discutiremos nos ofrecerán bastantes pruebas de ello entre los pueblos civilizados; ahora nos limitaremos a citar los mágicos que, en el seno de hordas semisalvajes, reunen las funciones de sacerdotes, magistrados y médicos. Los *magos* o *sabios* debían sobre todo su influencia al brillo de su prestigio, al dramatismo de sus experimentos; algunos llegaban a clavarse en la garganta un enorme cuchillo de carnicero: la sangre salía a borbotones, como si la herida fuese verdadera... ¿Qué confianza, qué respeto no inspiraría a los indígenas de América, el privilegiado mortal cuyo poder no dejaba la más pequeña señal de tan atroz lesión? En Europa, los escamoteadores daban el mismo espectáculo para entretenernos, pero algunos que no que-

rían pasar por escamoteadores, hicieron algo parecido con diferente intención. Los *penitentes*, en Italia, parecían flagelarse cruelmente con disciplinas de hierro y no se hacían el menor mal; da fe de ello, como testigo ocular, un religioso, un sacerdote (1).

En el siglo XV, cuando se excomulgaba solemnemente a los *hussitas*, en las iglesias de Bohemia, todos los cirios encendidos se apagaban espontáneamente en el preciso momento en que el sacerdote acababa de pronunciar la fórmula de excomunión; tal juego de manos llenaba de terror a los asistentes, que veían en él un milagro producido por la potencia divina (2).

Para mostrar cómo, de un modo más directo todavía, la política sacerdotal puede incluir en el número de sus recursos un arte en apariencia fútil, indiquemos rápidamente algunos ejemplos. En la prueba judiciaria del *agua fría*, en la que todo dependía de la manera de atar al hombre que se sometía a ella, los lazos que le sujetaban podían igualmente sumergirle o hacerle sobrenadar, según la relación de su peso específico a la pesantez del agua. El collar de hierro de San Senén, en Bretaña, servía de prueba a la veracidad de los juramentos; infaliblemente estrangulaba al hombre culpable de perjurio (3): el sacerdote que ponía el collar era, a buen seguro, maestro en hacer el milagro como quisiera. *El Iodhan-Moran*, collar que al principio de nuestra Era llevaba el gran juez de Islandia, no era menos temible, si creemos las tradiciones conservadas en aquel país. Puesto en el cuello de un testigo embustero o refractario, le apretaba hasta quitarle la respiración; era imposible aflojarlo hasta haber obtenido la confesión de

(1) PADRE LABAT, *Viaje a España y a Italia*, tomo VII, págs. 31 y 32.
(2) JOACHIMI CAMERARII, *De ecclesiis fratrum in Bohemia et Moravia*, página 71.
(3) CAMBRY, *Viaje por el departamento de Finisterre*, tomo I, pág. 173.

la verdad (1). Habréis visto, en la plaza pública, cómo pierden su equilibrio los platillos de una balanza y cómo, alternativamente, suben o bajan a la orden de un *prestidigitador*. Tal experimento os distrae, pero en el Indostán pone la vida de un acusado en manos de los sacerdotes que dirigen la prueba judiciaria de la balanza. Si es culpable, dicen, su crimen se manifestará añadiéndose visiblemente al peso ya conocido de su cuerpo. Después de varios preparativos religiosos, se le pesa con cuidado, luego le ponen sobre la cabeza el acta de su acusación, y se le pesa de nuevo. Si es más ligero que antes, se le declara inocente; si es más pesado, o si se rompe la balanza, está probado el crimen. Si queda en equilibrio, hay que recomenzar la prueba; en este caso, dice el libro sagrado, «habrá, *ciertamente*, una diferencia de peso...» (2). Cuando se promete un milagro de un modo tan positivo, se está seguro, por adelantado, de los medios de producirlo.

En Europa, desde hace más tiempo de lo que pudiera creerse, han existido hombres a quienes sólo hubiera hecho falta audacia o un interés dominante para presentarse a sus admiradores como poseedores de un poder sobrenatural (3). Supongamos a tales hombres la única cosa que les ha faltado; que lejos de limitarse a divertir a unos cuantos espectadores ociosos, su arte, conservado en manos más respetables y presentado con mayor ceremonia y un pretexto menos fútil, excitase, por tanto, la admiración en lugar de provocar la risa, y esto nos bastará para la explicación de milagros tan numerosos como imponentes.

(1) G. HIGGINS, *The celtic druides*, Introducción, página 69.
(2) LAING, *Viajes por Asia*, tomo I, página 472.
(3) FROMANN, en su *Tratado de Fascinación*, páginas 583 y 771, confiesa que muchos escamoteadores (*cauculatores* aut *saccularii*) han sido tomados por mágicos y cita como obras de hechicería, los tan conocidos trucos de romper un vaso, de partir una cadena de oro o un reloj en diversos pedazos y metiéndolos en una servilleta, hacerlos reaparecer después perfectamente enteros.

Esta comparación nada tiene de forzada. En nuestros días *Comus* sabía, descartando toda posibilidad de connivencia, anunciar en secreto a una persona la carta que pensaba otra persona. Todavía existen testigos del caso; además, Comus ha repetido con frecuencia en Inglaterra el mismo experimento ante unos espectadores que, apostando muy fuerte contra él, no podían ser sospechosos de compadrazgo. El clarividente Bacon afirma que ha visto ejecutar el mismo juego en tiempos en que, dando semejante prueba de habilidad, se arriesgaba uno a ser llevado a las hogueras destinadas a los hechiceros; el juglar (1) «dice en voz baja al oído de uno de los espectadores que tal persona pensaría en determinada carta...» Agrega el filósofo que entonces pensó en explicar el experimento por una connivencia en la que, según confesaba él mismo, no creía en absoluto.

¿Encontrarían muchas dificultades hombres tan hábiles si entre una multitud poco instruída quisieran hacer pasar como milagros sus *prestidigitaciones*? ¿Si, por ejemplo, se les encargase de dirigir un *sorteo*, podéis dudar que la suerte fuera intérprete de su voluntad? Medid, en este terreno, la amplitud del poder puesto así en sus manos. ¿Qué cometido no ha desempeñado la *suerte*, tanto en los más grandes acontecimientos como en los más insignificantes, hasta en los que nadie podía suponer superchería? ¿Cuántas veces los hombres, desconfiando de su prudencia, o no pudiendo poner de acuerdo sus diversas opiniones, se han sometido a la decisión de la *suerte*? En los primeros días del cristianismo, la Iglesia tuvo que recurrir a la *suerte* para decidir quién, entre José y Matías, sucedería en el apostolado al traidor Judas Iscariote; y Orígenes alaba a los apóstoles por aquel acto de humildad en el que sometían

(1) «*He did first whisper the man in the care, that such a man should.* Think such a card.» (BACON, *Sylva sylvarum*, century X, 946.)

al azar una elección que podían hacer ellos mismos. A los ojos de hombres incapaces de influir por destreza en un sorteo, ese resultado ha de parecer únicamente debido a la voluntad de Dios.

Esta idea ha parecido bastante plausible para que algunos hombres, cultos por otra parte, la hayan exagerado. Orígenes se atreve a afirmar que los ángeles en el cielo, *echan suertes* para decidir de qué nación o de qué provincia cuidará cada uno de ellos, o de cuál persona ha de ser guardián. Un ministro protestante, que sostenía, hace un siglo, la doctrina de que *la suerte es una cosa sagrada*, ha llegado a decir que «los más pequeños juegos, aquellos en »que hay menos que ganar o perder, son, por lo mismo, »los más profanos» (1).

La cuestión ha sido enfocada de otro modo por un escritor que ha hecho servir su alta elocuencia para introducir, en la filosofía y la política, el espíritu y las doctrinas de los templos. Pretende Platón que los enlaces de los ciudadanos en su república sean determinados por una especie de *sorteo*. Pero, al mismo tiempo, los jefes del Estado deben tener cuidado de dirigir la *suerte por cualquier artificio*, de forma que todo se decida conforme a sus deseos; y que, al menos, esté el artificio tan disimulado, que las personas que no sean agraciadas no lo achaquen más que al azar o a la fortuna.

A una u otra opinión pueden referirse los sucesos en que la *suerte* hubo de manifestar la voluntad de Dios y revelar sus designios, y aquellos en que el mismo medio de decisión fué empleado indistintamente por la credulidad y por la política.

Un crimen secreto encendió la cólera del Señor contra Israel. El Señor entregó Israel al hierro de sus enemigos.

(1) DEJENCOURT, *Cuatro cartas sobre los juegos de azar*. La Haya, 1713, página 19.

Para descubrir al culpable, echáronse suertes entre las doce tribus, entre las familias de la tribu que designó y, finalmente, entre los miembros de la familia acusada. La *suerte* señaló a Achan y éste confesó el crimen que se iba a castigar. Instruído por secretos conductos, de los que la moderna policía dará fácilmente una idea, aprovechaba Josué tal coyuntura para aterrar y convencer a los que se hubiesen atrevido a dudar de su infalible inspiración; y el milagro debía levantar al mismo tiempo el ánimo de los judíos, mostrándoles y apartando de ellos al hombre sacrílego, única causa de su vergonzosa derrota.

Asimismo por la *suerte* fué llamado Saúl a reinar sobre los hebreos; mejor dicho, así fué como Samuel santificó la elección que había hecho ya de un muchacho obscuro en el que esperaba encontrar una criatura sumisa y un ministro devoto, antes que un peligroso rival de su poder.

Por un voto solemne, obliga Saúl a su ejército a un ayuno absoluto, hasta que haya cortado la retirada a los filisteos. Consultado sobre el buen término de este propósito por el gran sacerdote, no da el Señor respuesta alguna (1). Quiere Saúl que se echen *suertes* para saber quién ha violado su voto; y la *suerte* cae entre él y su hijo Jonatás; insiste; la *suerte* designa a Jonatás, y Saúl no vacila en enviarle al suplicio. Pero el pueblo entero se opone a esta atroz consecuencia de un voto absurdo cuya ejecución no reclaman de ningún modo los sacerdotes de Dios. Saúl, acobardado, renuncia a la temeraria persecución... ¡Los sabios que dirigieron el *sorteo* se propusieron probablemente conseguir este resultado!

Nabucodonosor ha mezclado sus flechas contra Ammón y contra Jerusalén; la flecha sale contra Jerusalén, y el terrible conquistador no tarda en cumplir el capricho del

(1) *Reyes*, libro I, capítulo 14, vers. 24-26. Teodoredo y san Crisóstomo condenan el voto de Saúl, como contrario a la prudencia y a la razón.

destino (1). El mismo género de adivinación se usaba entre los árabes en tiempos de Mahoma: el profeta lo proscribió como un abominable pecado (2). Las hordas tártaras, guiadas por Gengis-Khan a la conquista de Asia, se servían de las flechas para conocer por adelantado el resultado de una batalla. Un *juego de manos* hacía más chocante el experimento. Escribían los mágicos, sobre dos flechas, los nombres de los dos ejércitos rivales. Sin que pareciese que se tocaban, las flechas se movían, se acercaban, se separaban, chocaban entre sí; por fin una de ellas se ponía sobre la otra: ésta designaba el ejército que había de sucumbir (3). Los prestidigitadores que, a alguna distancia, hacen moverse unas cartas por medio de un cabello o de un imperceptible hilillo, producirían fácilmente el milagro tártaro.

Los mismos cristianos no se han abstenido de esta práctica supersticiosa. Alejo Comneno, para saber si debe o no atacar a los comanos, si los presentará batalla o irá en socorro de una ciudad sitiada, pone dos tabillas sobre un altar; con la primera que tropiece su vista, después de una noche pasada en oración, le parece que ha de expresar la voluntad del cielo (4). Los senadores de Venecia, bajo el reinado del dogo Dominico Michieli, no podían ponerse de acuerdo sobre la designación de la ciudad que convenía atacar primero: hubo que recurrir al *sorteo* y se atuvieron a su decisión (5).

Aunque el *sorteo* haya sido empleado con frecuencia, sobre todo en Venecia, para modificar las elecciones, o desempatar los sufragios, se puede dudar que se le conce-

(1) *Ezequiel*, capítulo 21, vers. 19-21.
(2) *El Corán*, sura. V, vers. 99.
(3) Petits de la Croix, *Historia de Gengis-Khan*, páginas 65-67.
(4) Ana Comnene, *Historia de Alejo Comnene*, libro X, capítulo 2 y libro XV, capítulo 5.
(5) Adrián Barland, *D. Michieli 35.º dogo de Venecia*.

diera seriamente igual influencia sobre un plan de campaña, en un senado acreditado por su política y lleno de hábiles guerreros. ¿No sería más bien un medio para arrastrar a un pueblo valiente, pero poco sumiso todavía, a una expedición cuyos peligros y fatigas sobrepujaban tal vez a su gloria y necesidad?

En el miserable estado en que languidecía el imperio griego, sólo la superstición, más fuerte que el honor o el interés nacional, más fuerte que la religión, podía prestar alguna energía a aquel pueblo degradado: fué la superstición la que puso en juego Alejo — príncipe muy avanzado para su siglo y sobre todo para su nación —, para lograr sus propósitos.

Y aunque en la antigüedad se puso de mil maneras la *suerte* al servicio de los oráculos, consultados con una avidez y recibidos con un respeto igualmente ciegos, pensamos — quizá por lo mismo — que el rey de Babilonia, seguro por adelantado de sus operaciones, no buscó en esta ceremonia supersticiosa más que el secreto de asegurarse el triunfo, mostrándolo como infalible, como garantizado por la voluntad de los dioses, al entusiasmo de sus soldados.

Dominar a los hombres por su credulidad, fingiendo compartirla, es una añagaza que ha empleado la política en todos los tiempos y en todos los puntos del globo, sin cuidarse más que de variar sus formas, para amoldarlas a las costumbres y a la medida de la inteligencia de los hombres que debía poner en movimiento.

El jefe de una tribu brasileña, tras haberse alzado en armas a instigación de los holandeses, que le habían prometido un poderoso socorro, tuvo algún motivo para creer que sus aliados querían dejarle que combatiera solo con el enemigo común, y recoger luego ellos el fruto de sus trabajos. En presencia del enviado holandés, consultó varias

veces a la divinidad. Del *altar de los sacrificios* salieron voces que predijeron la derrota y la desbandada si se combatía antes de la llegada del socorro prometido; anunciaron también que se tardaría en recibirlo, y ordenaron retroceder ante el enemigo mientras lo esperaban. De acuerdo con sus guerreros, prometió el jefe que obedecería retirándose hasta el territorio de los holandeses, lo que era un medio seguro de poner un fin a los designios de sus tentadores. El enviado holandés, Baro, creyó firmemente que el oráculo había sido pronunciado por el diablo (1). Con mayor verosimilitud, lo atribuimos nosotros a algún sacerdote escondido tras el *altar de los sacrificios*. El artificio será grosero, pero la política no lo es.

El augur Nœvius, después de haberse atrevido a combatir, en nombre de la religión, las alteraciones que Tarquino el Viejo quería aportar a la constitución romana, es conminado a dar una prueba de su ciencia, declarando si es posible realizar un deseo concebido en secreto por el monarca. Responde afirmativamente. Ese deseo consiste en cortar una piedra con un cuchillo; y el milagro se efectúa a la vista de todo el pueblo (2). El oráculo de Delfos indica con precisión lo que, en el mismo momento en que se le interroga, hace Creso en Sardes, prisionero en su palacio. Puede creerse que Tarquino, preocupado por abandonar decorosamente un proyecto cuyo peligro comprendía demasiado tarde, suscitó la oposición del augur y concertó con él el milagro que debía hacerle triunfar a fin de conservar el honor de no ceder más que a la orden de los dioses. Sabemos que las embajadas religiosas del rey de Lidia tenían por pretexto consultar sobre sus proyectos a las divinidades fatídicas y por objeto real inducir a los pueblos a aliarse con él, determinándolos a hacerlo con las

(1) *Viaje de Roulox Baro al país de los tapayas* en 1647.
(2) DIONISIO, *Halic.*, libro III, capítulo 24.

brillantes promesas que les hacía el más célebre de los oráculos.

Tales promesas fueron engañosas, y el equívoco a favor del cual salvó el dios de Delfos su reputación de infalibilidad, se presenta tan naturalmente a la memoria y despierta el recuerdo de tantos acontecimientos semejantes que, para explicar casi todo lo maravilloso de los oráculos, bastaría con recordar el uso que hacían constantemente de términos ambiguos, las connivencias a que recurrían frecuentemente, las invenciones mecánicas productoras de milagros, las casualidades (1) de que se aprovechaban abusando de la simplicidad de los consultantes, y tantos oráculos, en fin, que no han sido comprobados más que porque la credulidad quiso absolutamente que lo fuesen. Pero todo el que haya leído la excelente *Historia de los oráculos*, copiada de Van Dale por Fontenelle, verá que queda en ella muy poco que decir respecto a un error casi universal sobre la tierra, que aun no ha terminado de producirse bajo una forma, cuando se presenta en otra; ¡ tan débiles son la experiencia y la razón para combatir el ardor que ha impulsado al hombre a descubrir lo futuro !

No podemos dejar de recordar que Apolo no concedía a los seres favorecidos por él, el don de adivinación más que a condición de que no le interrogasen *sobre lo que no estaba permitido saber*; prudente precaución para evitar preguntas demasiado difíciles. Asimismo la sibila dejaba siempre en sus adivinaciones una puerta abierta al equívoco, escribiendo los oráculos sobre hojas que el viento

(1) Lavater había prometido al metafísico Bonnet, que una adivinadora habitante en Morat, anunciaría cuatro veces al día, durante una semana, lo que, en el mismo momento, hacía él en Ginebra. Las dos primeras predicciones halláronse, en parte, exactas: todas las siguientes fueron absurdas. (DUMONT, *Tratado de pruebas judiciarias*, tomo II, páginas 233 y 234.) En otras edades, hubiéranse conformado con las dos primeras pruebas, y su éxito fortuito habría probado una ciencia sobrenatural.

dispersaba fácilmente, quedando obscuro e incompleto el oráculo con tal artificio (1). También podemos citar una estatua colosal de Shiva (2), tras de la cual había una escala que llegaba a un cómodo banco puesto bajo el gorro del dios; banco en el que se sentaba sin duda el sacerdote encargado de hacer en su nombre los oráculos. Nos detendremos más, por último, en consideraciones más generales:

I. Los que pronuncian los oráculos son hombres; hombres débiles, obcecados, esclavos del interés, de la ambición, del orgullo, de la política. Se sabe y hay mil ocasiones de recordar que no dejan de parecer respetables, hasta para aquellos cuya falaz intromisión aprovechan. Basta esta consideración para transformar en historia un gran número de narraciones mitológicas. Un jefe, un rey, se oye amenazar en nombre del cielo, de perder muy pronto el trono y la vida: el criminal que debe temer es su hijo, su yerno, o el hijo de su única hija. Por una contradicción, tan frecuentemente renovada que apenas se nota, el aterrado príncipe obra a la vez, como si no dudase de la infalibilidad de la predicción y como si estuviera seguro de que podrá prevenir sus efectos. Condena al celibato a su hija o a sí mismo, y muere sin posteridad; o, viéndose obligado a combatir sin tregua un peligro imaginario, agresor injusto, o padre desconocido, se expone a ser muerto por aquel cuyos días ha proscrito de antemano. Sus riquezas y su poder pasarán a las manos de los hombres que dictaron la predicción y se han preparado desde mucho antes a recoger sus frutos: no hay en ello nada de maravilloso, salvo el exceso de la credulidad humana, y esa maravilla pertenece a todos los tiempos y a todos los hombres.

La venganza de Menelao no arrastró bajo los muros de

(1) VIRGILIO, *Eneida*, libro VI, vers. 442-450.
(2) MARÍA GRAHAM, *La vida en la India*, página 96.

Troya más que a aquellos griegos que se obligaron a seguirle por un solemne juramento y, entre ellos, hay que contar muchos que fueron a disgusto; muchos que, más de una vez, quisieron abandonar aquella empresa fatal cuyo logro parecía alejarse más cada día. De este número de descontentos parece que era Calchas, profeta que era temible por contar con la confianza del ejército entero. Seguro de su ascendiente, multiplica Calchas las predicciones desalentadoras. Desde el principio de la expedición anuncia que no bastarán diez años para llevarla a cabo. Pone al jefe supremo de los griegos en la alternativa de inmolar a su propia hija, o renunciar a la conquista proyectada. Más tarde, y en nombre del Cielo, exige también de él que se separe de una esclava querida. Las *fatalidades* que protegen a la ciudad de Príamo parecen multiplicarse a su antojo: aun es poco haber arrastrado a Aquiles al sitio de Troya, con la certeza de perecer en él; es preciso llevar allí a Filocteto, alejado de la empresa por una imperdonable ofensa, agriada en vez de suavizada por el tiempo; es menester, en fin, penetrar en la ciudad sitiada y apoderarse de la misteriosa imagen de la divinidad que la protege... Juzgados así, unos oráculos al parecer fabulosos, ¿no forman una parte importante de la historia de los pueblos sobre los que ejercían un tan temible influjo?

Lo futuro queda irrevocablemente fijado, si se puede predecir con exactitud, y una vez predicho, el hombre que lo anuncia es semejante al cuadrante que señala pasivamente la marcha diurna del Sol. Pero la credulidad es tan inconsecuente como apasionada: el profeta es un dios o un genio maléfico, según que sus predicciones agraden o aflijan: se le adora, se le maldice, se le recompensa, se le castiga. Sobre todo, cuando excita el terror, táchanle de impostura, de odio, envidia o corrupción, y le insultan, le amenazan, le torturan, le entregan al suplicio, le atormentan con candentes hierros para que se retracte de sus palabras, como si el presunto don de penetrar en lo futuro supusiera también el poder de cambiarlo... ¡pero se sigue teniendo fe en sus revelaciones! Comparad el alcance de estos contradictorios sentimientos con la extensión de la influencia que han poseído los oráculos y veréis que los profetas no siempre han sentido la medida de sus fuerzas; que han ido más allá del poder a que podían llegar, y reconoceréis la marcha natural de las pasiones humanas, en lo que hasta entonces no había parecido más que obra de la impostura o delirio de la imaginación.

II. Lo hemos dicho ya: lo que hoy sólo pertenece al terreno de la diversión, ensanchó en otros tiempos el de los taumaturgos: los ventrílocuos que excitan nuestra risa, desempeñaban otrora un papel más serio. Esa voz interior, extraña en apariencia al hombre a quien no vemos mover los labios; que parece a veces salir de la tierra o de un objeto lejano, creíase la voz de las potencias sobrenaturales. Las expresiones del historiador Josefo no permiten dudar que la adivina de *Aïn-dor* no fuese ventrílocua y que no le haya sido fácil hacer oir así a Saúl las respuestas de la sombra de Samuel. Los seres dotados como ella, de un *espíritu de pitonisa*, de hechicera, explicaban sus oráculos con una voz sorda y débil que parecía salir de la tierra; de cuya costumbre dedujo Isaías una comparación razonable (1). El nombre de *engastrimites*, dado por los griegos a las pitonisas, o mujeres que practicaban el arte de adivinar, indica que ellas usaban el mismo artificio. Pitágoras dirigió la palabra al río Neso, y éste respondió con voz clara: *Salud, Pitágoras* (2); obedeciendo la orden del jefe de los gimnosofistas del alto Egipto, habló un árbol

(1) *«Et erit quasi Pythonis vox tua, et de humo eloquium tuum mussitabit.»* (*Isaías*, capítulo 29, vers. 5.

(2) JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras*, capítulo 28.

ante Apolonio; *la voz que se oyó era clara, pero débil y parecida a la voz de una mujer* (1): era en ambos casos la voz de un ventrílocuo convenientemente colocado; y estos ejemplos nos revelan probablemente el secreto de los oráculos que pronunciaban las encinas de Dodona. Maravillando a sus auditores por el engastrimitismo, en la China, un adivino, un mago les persuadió de que hablaba una divinidad. Tal artificio no era ignorado de los esclavos negros: en Santo Tomás, a principios del último siglo, uno de estos desgraciados había hecho hablar a una figura de barro y hasta al bastón que llevaba uno de los habitantes; fué quemado vivo como brujo (2). En nuestros días, crédulos plantadores han consultado más de una vez a un *buen hechicero*, es decir, a un esclavo ventrílocuo, siempre dispuesto, para conservar la confianza depositada en él, a entregar a la fortuna o a la muerte a cualquier negro, como culpable del crimen real o imaginario cuyos autores hay que buscar o inventar para aplicarles ejemplar castigo.

III. Una ciega e insaciable credulidad, y unas supercherías hábiles o audaces sostenían el crédito de los oráculos. Pero llegó un día en que las lecciones de la filosofía penetraron en las clases cultas; desde ese día la credulidad cedió el paso a la razón y al juicio. Casi al mismo tiempo, nacía una religión nueva sostenida por numerosos entusiastas y dirigida en sus progresos por hábiles propugnadores. Examinando con escrutadora mirada las maravillas del politeísmo, llegó a hacer difíciles y casi impracticables las maniobras de que hasta entonces se habían valido los presuntos intérpretes de lo futuro. Tales fueron las verdaderas causas de la progresiva desaparición de los más renombrados oráculos. En el lugar de aquellos reducidos al

(1) FILOSTRATO, *Vida de Apolonio*, libro VI, capítulo 5.
(2) LABAT, *Nuevo viaje a las islas francesas de América*, tomo II, páginas 64 y 65.

silencio por el descrédito, intentaron los politeístas crear otros nuevos; pero éstos estaban vigilados desde su nacimiento de demasiado cerca para lograr una confianza extensa y duradera. Los oráculos tuvieron que desaparecer ante los milagros cuya ejecución dependía de conocimientos científicos y que, mientras el empleo de tales conocimientos siguió envuelto en el misterio, produjeron la admiración de los creyentes y hasta la de los incrédulos poco hábiles todavía para discernir su origen.

Y a pesar de ello nos engañaríamos si supusiéramos que, en los oráculos, todo fué superchería e impostura. Los que los pronunciaban caían con frecuencia en un verdadero éxtasis. Cree Tiedemann, con mucha verosimilitud, que si las *sagradas mujeres* de Germania profetizaban escuchando el estrépito de los torrentes, o contemplando fijamente los torbellinos formados en el rápido curso de los ríos (1), es porque, en dicha posición, pronto conseguían llegar al vértigo. Algo parecido se observa en el estado de catalepsia en que los magnetizadores hacen caer a esos *sujetos* débiles de organización y más débiles aún de espíritu, turbando su imaginación y fijando su prolongada atención sobre una serie de ademanes uniformes y raros.

La música ejerce sobre nosotros una acción bien conocida, propia para disponer al hombre entusiasta a creer que los dioses van a hablar por su boca. Entre los mismos hebreos, como entre los demás pueblos de la antigüedad, el hombre llamado a revelar lo futuro recurría a musicales acentos para sostener la exaltación profética de su espíritu. En el Indostán, los profetas o *barvas* de la raza de los *billhs* exaltan su espíritu por los cánticos sagrados y la música instrumental; cayendo en una especie de frenesí, hacen gestos extravagantes y pronuncian oráculos. Los *barvas*

(1) PLUTARCO, *In Coesar*, capítulo 21.

reciben a sus discípulos y, después de varias ceremonias preparatorias, les someten a la prueba de la música: los que ésta no emocione hasta el frenesí, hasta el éxtasis, son al momento despachados como seres incapaces de recibir la divina inspiración (1).

En los templos de Grecia y de Asia no se limitaban al empleo de flautas, címbalos o tímpanos: otros medios más potentes obraban asimismo sobre los intérpretes del Cielo. Si la divinidad quería revelarse en sueño, «...los seres más »jóvenes y más ingenuos eran los más propios para triun- »far en esta adivinación: se les disponía para ello por »mágicas invocaciones, y por fumigaciones de perfumes es- »peciales» (2). Confiesa Porfirio que tales procedimientos influían sobre la imaginación; Jámblico asegura que hacían al hombre más digno de la Divinidad; lo que es decir lo mismo en otra forma.

En Didimo, antes de profetizar, la sacerdotisa del oráculo de Branchides respiraba largo rato el vapor que exhalaba una fuente sagrada (3). El oráculo de los colofonianos, en Claros, era pronunciado por un sacerdote que se preparaba para hacerlo bebiendo agua de una pila que había en la gruta de Apolo... Pero *este brebaje abreviaba sus días* (4). Sábese de qué extraña manera se exponía la pitonisa al vapor que exhalaba el antro de Delfos. Píndaro y Plutarco aseguran que el desprendimiento del sagrado vapor iba acompañado de un olor suave que penetraba hasta la celda en que los consultantes aguardaban la respuesta del oráculo, juntándose así la eficacia de los perfumes a la de otros agentes físicos, o acaso porque así se buscaba ocultar el olor fétido del gas que salía del antro. Llegó un

(1) *Nuevos anales de viaje*, tomo XXVII, páginas 333 y 334.
(2) JÁMBLICO, *De mysteriis*, capítulo 29.
(3) JÁMBLICO, *De mysteriis*, capítulo 25.
(4) PLINIO, *Historia natural*, libro II, capítulo 105.

día en que la pitonisa dejó de responder. El tiempo había hecho desaparecer el fatídico vapor que exhalaba el antro sagrado; así, al menos, daban razón del silencio del oráculo los contemporáneos de Cicerón. Éste rechaza con desprecio tal explicación (1): es absurda *teológicamente* hablando; pero muy admisible en física. Tres siglos después, confesaba Porfirio, sin rodeos, que las exhalaciones de la tierra y el agua de ciertas fuentes eran propias para inspirar los divinos furores, en medio de los cuales hacíanse oir los oráculos. Que, trastornada por el gas que salía del sagrado trípode, la sacerdotisa de Delfos cayese en un estado nervioso, convulsivo, extático, contra el cual luchaba sin poderse substraer a él; que fuera de sí misma, y bajo la influencia de una imaginación exaltada de antemano, profiriera algunas palabras, algunas frases misteriosas, en las que los sacerdotes se encargaban al punto de encontrar la revelación del porvenir, todo ello es tan natural como la laxitud enfermiza y tarde o temprano mortal, que sucedía a aquel desorden excesivo del alma y de los sentidos.

Como se ve, sería en vano que, en la historia de los milagros y de los prodigios, quisiéramos seleccionar y presentar separadamente lo que pertenece a la historia de las ciencias antiguas: tal cosa no siempre es posible. Cuando había seres que tenían el entendimiento trastornado por la acción de perfumes elegidos para ello, o por la acción de los brebajes que destruían su salud, como le ocurrió al sacerdote de Claros; cuando la sacerdotisa de Branchides y la de Delfos se exponían a unos aromas deletéreos y gaseosos cuya energía se podía redoblar por ciertos medios físicos; cuando las profetisas de la Germania sentábanse al borde de los torrentes y allí se estaban inmóviles; cuando los *barvas*, acostumbrados por su educación religiosa a su-

(1) CICERÓN, *De divinat*, libro II.

frir el poder de la música, abandónanse a ella violentamente, nada más natural que los sueños delirantes, la enajenación, los vértigos, la frenética exaltación de unos y otros. La inspiración subsiguiente, o más bien, los oráculos que se les atribuyen no son más que imposturas sacerdotales; pero la ciencia se ha ocupado de buscar las causas de los vértigos y del frenesí; indicando las ventajas que de tales causas debían recoger los taumaturgos.

Sencillas observaciones, que no piden más que una reflexión vulgar y que casi no se pueden incluir en el campo de la ciencia, han bastado igualmente para dictar oráculos. Consultando las entrañas de las víctimas, el sacerdote, instruído por la costumbre, sacaba de allí nociones bastante probables para aventurar una predicción sobre las cualidades del suelo y del clima de un país. La ciencia de los arúspices y augures ha debido asimismo apoyarse en observaciones pertenecientes a la física, a la meteorología, o a la historia natural.

En Livonia y en Estonia, una opinión religiosa anterior al establecimiento del cristianismo (1) prohibe al campesino destruir por el fuego a los grillos que encuentre en su vivienda: los que no hubiera podido matar despedazarían sus vestidos y su ropa blanca. Cuando se quiere edificar una casa, prescribe observar qué especie de hormigas es la primera que se ve en el sitio que se ha elegido: se construirá si es la gran hormiga leonada o la hormiga negra; pero si es la pequeña hormiga roja, hay que buscar otro sitio, pues ésta hace el mayor destrozo en las provisiones almacenadas por el hombre, y tiene, en las otras dos especies, unos destructores que dan fin a sus estragos. También los grillos devoran los insectos y, sobre todo las hormigas, por lo que muchas veces han sido mirados, en el campo,

(1) DEBRAY, *Sobre los prejuicios de los livonianos, letonianos y estonianos... Nuevos anales de viaje*, tomo XVIII, página 114.

como animales sagrados; no es difícil predecir al hombre que los destruya, que verá sus mieses destruídas por los insectos que hubieran sido a su vez exterminados por el grillo.

Desde su infancia, anunció Nœvius el talento que tendría un día para la profesión de augur. Buscando el más hermoso racimo de un viñedo para ofrecérselo a los dioses, consultó a los pájaros, con tanta inteligencia como buen resultado (1). Las aves, naturalmente, debían acudir en mayor número al sitio en que la uva estuviese más madura y fuera más abundante. Hoy veríamos en esto la prueba de una inteligencia poco común en un niño; como se cita el modo ingenioso que empleó Gassendi, poniéndose bajo un árbol para probar a sus condiscípulos que eran las nubes, y no la Luna, las que huían sobre su cabeza, arrastradas por un viento rápido: este experimento, hecho en tiempos de los oráculos, hubiera sido el primer paso de un futuro profeta.

El taumaturgo no se proponía más que un fin; para lograrlo, se servía indiferentemente de todo: charlatanismo, juegos de manos, estilo figurado, prodigios naturales, observaciones, razonamientos o ciencia verdadera.

Pero de los medios que empleaba, el más poderoso tal vez, el que al menos doblaba la eficacia de todos los otros, fué el secreto religioso, cuyo uso supo no divulgar con el asentimiento general. Rodear las cosas santas de una obscuridad misteriosa era, según decían los mismos sabios (2), hacer venerable a la Divinidad, era imitar su naturaleza que escapa a los sentidos de hombre.

(1) DIONYSOS, *Halic.*, libro III, capítulos 21-56.
(2) «*Mystica sacrorum occultatio majestatem numini conciliat, imitans ejus naturam effugientem sensus nostros.*» ESTRABÓN, libro X.

CAPITULO VIII

Garantías del misterio que rodeaba a las ciencias ocultas. Jeroglíficos, idioma y escritura desconocidos de los profanos; lenguaje enigmático de las invocaciones; revelaciones graduales, parciales, que muy pocos sacerdotes obtenían en su plenitud; religión del juramento; mentiras sobre la naturaleza de los procedimientos y la extensión de las obras mágicas.—Consecuencias del misterio: 1.ª la ciencia mágica se degrada entre las manos de los taumaturgos reducida a una práctica desprovista de teoría, cuyas fórmulas mismas acaban por no ser comprendidas; 2.ª la ignorancia en que estamos de los límites que circunscriben su poder, el deseo de adivinar sus secretos, y la costumbre de atribuir la eficacia de éstos a los procedimientos que emplea la ciencia ostensiblemente, hacen germinar en las multitudes los más groseros errores.

¿Hay que asombrarse si en los escritos de los antiguos se encuentran pocas e imperfectas nociones sobre sus ciencias ocultas, y si alguna de estas ciencias se ha perdido por completo? Quien haya leído la historia, sabrá que no solamente esos conocimientos selectos, sino todas las riquezas intelectuales estaban en tiempos pasados estrechamente guardadas por el genio del misterio, siendo más o menos inaccesibles al vulgo.

Y ¡cuántas causas concurrirían a conservar el poder de

aquel tenebroso genio! La influencia persistente de la *forma fija* de civilización; la costumbre de las iniciaciones, a las que se asimilaron, a continuación, las escuelas filosóficas; el logro de una posesión exclusiva; el muy justo temor de atraerse el odio de los hombres dispuestos a disputar dicha posesión por un envidioso orgullo; y sobre todo, en fin, la necesidad de retener en la obscuridad al género humano para dominarle, así como la voluntad de conservar para siempre lo que formaba el patrimonio de la clase culta, la garantía de sus honores y de su poder.

Esta última consideración no ha podido escaparse a un hombre que sabe dar relieve a su vasta erudición por una filosofía sana y profunda. Michaelis hace notar que una lengua universal, creada por los sabios y para uso de los sabios solos, pondría a éstos en exclusiva posesión de la ciencia (1): «El pueblo quedaría entregado a sus doctas imposturas, como sucedió en Egipto, en los tiempos en que todos los descubrimientos quedaban ocultos tras la sombra de los jeroglíficos». Si los descubrimientos relativos a la electricidad no hubieran sido expuestos más que en la *lengua sabia*, ¿no habría sido fácil a los poseedores exclusivos de dicha lengua formar entre sí una conjuración para metamorfosear los fenómenos en milagros y establecer sobre estos falsos milagros una tiranía sagrada? «La ocasión tienta y la facilidad para engañar aumenta el número de los embaucadores.»

Dando un paso más, hubiera observado Michaelis que su hipótesis era la historia de la antigüedad, que casi todas las religiones poseían una lengua o una escritura sagradas, tan poco inteligibles para el vulgo como los jeroglíficos. Los pontífices romanos se servían en sus ritos de nombres propios y de palabras cuyo uso sólo a ellos pertenecía: cono-

(1) MICHAELIS, *De la influencia de las opiniones sobre la lengua*, páginas 164 y 168.

cemos un pequeño número de ellas, y aun éstas sólo son relativas a las *ceremonias*; las que se referían a la ciencia sagrada han sido demasiado cuidadosamente escondidas para poder llegar hasta nosotros. Tal es, en resumen, lo que nos dice Lido (1) referente al pueblo del que habían sacado los romanos todo su sistema religioso. Los etruscos, dice, fueron instruídos en la adivinación por los lidianos, antes de la llegada del arcadiano Evandro a Italia. Existía entonces una *forma de escritura* diferente a la que después se ha usado y, generalmente, poco conocida: sin su empleo, ningún secreto habría quedado oculto a los profanos. Tarquino el Viejo (anterior al contemporáneo de Eneas) (2), había escrito un libro sobre los misterios y los ritos religiosos de la adivinación. Se le representaba interrogando a *Tagés* (el niño milagroso, nacido de un surco de la tierra): precisamente lo mismo que en la *Baghavat-Ghita* interroga *Arjuna*, al dios *Krishna*. Las preguntas de Tarquino eran expresadas en lenguaje vulgar; pero en su libro aparecían las respuestas de *Tagés* escritas con los *caracteres antiguos y sagrados*, de modo que Lido (o el autor a quien copie) no ha podido adivinar su sentido más que por las mismas preguntas que se hubieron de resolver y por los trozos de Plinio, Apuleyo, etc., con los que tiene alguna relación. Lido insiste en la necesidad de no exponer claramente la ciencia sagrada, sino rodearla de fábulas y parábolas, para ocultarla a los profanos, y en este sentido escribe sobre los prodigios. ¡Singular disposición! Para que la volvamos a encontrar en un autor del siglo VI, ha sido preciso que sea antigua y general, y, por decirlo así, que se haya hecho inseparable de todos los medios de llegar al conocimiento de la ciencia sagrada.

---

(1) Lydus, *De ostentis*, capítulo 3.
(2) Dice Focio que Tarquino fué el instructor de los etruscos en las ciencias mágicas.

No hay que creer que en esta materia se basen completamente los sacerdotes egipcios en la impenetrabilidad de los jeroglíficos. Cuando Apuleyo obtuvo de ellos el primer grado de iniciación, fué en la parte más escondida del santuario en donde buscó el sacerdote los libros destinados a su instrucción. No bastaba con que las imágenes de diversas especies de animales diesen lugar en ellos a una escritura estenográfica, ya que una parte de aquellos libros estaba escrita en caracteres desconocidos y, además, numerosos acentos de raras y variadas formas se agrupaban sobre las letras (cuyo valor cambiaban sin duda), entorpeciendo su lectura a la curiosidad de los profanos (1).

También en Egipto, y probablemente en los templos de los demás países, un segundo velo obscurecía los misterios: el lenguaje en que estaban concebidas las invocaciones. Chaeremón enseñaba a invocar a los genios en nombre *del que está sentado en el loto, que va sobre un navío y que parece otro en cada uno de los signos del zodíaco* (2). Estos rasgos designan, sin equívoco, a Osiris-Dios-Sol. Emanadas de una religión astronómica, las fórmulas sagradas transportaban a las operaciones mágicas el lenguaje de la astronomía. La magia y la hechicería de los modernos fueron, como probaremos, compuestas en gran parte con los residuos de la ciencia secreta, encerrada otrora en los templos: en ellas se vuelve a encontrar aquella confusión de lenguaje, tanto más chocante, cuanto nada podía hacerla nacer en unas épocas tan alejadas del reinado de las religiones astronómicas; estamos por tanto autorizados a afirmar que se remonta a un tiempo en que su origen era conocido y reverenciado. Una bruja de Córdoba (3), invocando a una estrella, la conjuraba en nombre del *ángel-lobo*: aunque se

---

(1) Apuleyo, *Metamorfosis*, libro XI.
(2) Porfirio, *Praep. evangel.*, libro V, capítulos 8 y 9.
(3) Llorente, *Historia de la Inquisición*, tomo III, cap. 38, pág. 465.

sepa que el lobo era en Egipto el emblema del Sol y del año, este ejemplo particular probaría poco si fuese único. Pero si se examina el fragmento que J. Wierius ha publicado bajo el título de *Pseudo-Monarchia-Dæmonum*, es difícil dejar de reconocer en él los desfigurados restos de un calendario celeste. En la arbitraria denominación de los genios que obedecen a las invocaciones del oficiante, vese a uno de ellos, al que un doble rostro hace parecido a Jano, en el emblema del fin y del nuevo principio del año. Cuatro *Reyes* representan los cuatro puntos cardinales. *El hombre, el toro y el león*, alados los tres, y el cocodrilo que, en los planisferios egipcios, reemplaza al *escorpión*, recuerdan los antiguos *signos* de los solsticios y de los equinoccios. Algunos genios habitan en *signos* celestes; entre otros, uno en el *signo de Sagitario*. Encuéntranse entre ellos *el dragón, el monstruo marino, la liebre, el cuervo, la osa, virgo y las cabrillas*, cuyos nombres figuran entre las constelaciones. Otros genios, retratados con mayor detalle, ofrecen rasgos semejantes a los que atribuyen a los genios de los astros, de los meses, de los *décans* o decenas y de los días, las esferas pérsica e índica y el calendario egipcio (1).

Luego no es temerario pensar que el uso de los términos y alegorías astronómicos fuese, desde su origen, introducido por la religión en las fórmulas de la ciencia secreta; se comprende que, como consecuencia de ello, no solamente debió complicar el estudio de ésta, sino obscurecerle además, al establecer la inteligencia involuntariamente una conexión errónea entre los objetos representados por las alegorías y unos resultados totalmente extraños a la ciencia religiosa de que se derivaban.

Usando, como pudo hacerlo en otros tiempos, otro lenguaje que el de la astrología, el velo del misterio ni hubiera

(1) J. Scaligieri, *Notoe in Manilium*, páginas 371-384.

sido menos difícil de penetrar ni menos propio para inducir a error a los profanos que intentaban atravesar su obscuridad. Un ejemplo moderno, ejemplo al parecer pueril, me hará comprender mejor:

Populeam virgam mater regina tenebat.

Si yo dijese que hay necesidad de recordar este verso latino para poder llevar a buen término un juego de cartas bastante complicado, las personas familiarizadas con este género de diversiones adivinarán primero que las vocales, por su valor numérico convencional, marcan los números de cartas o de puntos que, sucesivamente, hay que poner o quitar; se concebirá que el mismo medio podría servir para designar las proporciones de las substancias que se deberían combinar en una experiencia de química; se recordará que cinco o seis versos, compuestos de palabras bárbaras y sin formar sentido alguno, han sido empleados durante varios siglos para indicar, de una manera análoga, las diversas formas que puede tomar el silogismo en la argumentación. Pero si nos transportamos a aquellos tiempos en que la inteligencia del hombre no estaba, en esta materia, despertada por ninguna experiencia, el verso tomado de una lengua extraña será una fórmula mágica, como las que repetían sin comprenderlas los griegos y los romanos; los curiosos no sospecharán que su eficacia consiste en la respectiva posición de las vocales; la buscarán en el sentido de las palabras, si llegan a conocerle; y la ignorancia verá una misteriosa relación entre el arte de adivinar el pensamiento y *la rama de álamo que tenía una mujer reina y madre.*

Tantos obstáculos no bastaban para tranquilizar la celosa inquietud de los poseedores de la ciencia sagrada.

Expresiones de diversos autores han dado a entender,

con verosimilitud, que, en ciertas iniciaciones, revelábanse a los adeptos todos los secretos de la Naturaleza. Pero las revelaciones eran seguramente lentas y graduadas; podremos juzgarlo así por el ejemplo de Apuleyo: no llegó al último grado hasta después de bastante tiempo y de varias iniciaciones sucesivas; no obstante, se felicitaba de haber obtenido, todavía joven, un honor, una perfección de instrucción que no se lograba generalmente más que a la vejez (1).

¿Las causas *eficientes* de los milagros formaban parte de las revelaciones hechas a los iniciados, cualquiera que fuese la extensión de tales revelaciones? Nos inclinamos a creer que, poco después de la institución de las iniciaciones, el conocimiento de aquellas causas fué reservado a los sacerdotes, y solamente a algunos de ellos que, en varias religiones, formaban una clase aparte bajo un nombre distinto. S. W. Drummond cree que los sacerdotes egipcios que lucharon contra Moisés, los *chartomi*, eran los únicos que tenían, con exclusión de los sacerdotes inferiores, la inteligencia de todos los jeroglíficos (2). Si en Roma se quemaron, *como capaces de provocar un atentado contra la religión* (3), los libros de Numa, hallados unos cinco siglos después de la muerte de este príncipe, ¿no sería porque el azar en vez de ponerlos en manos de los pontífices, los había entregado primero a la mirada de los profanos, y acaso exponían, de un modo demasiado inteligible, varias prácticas de la ciencia secreta que Numa había cultivado con tan buen éxito? Dos libros suyos, si creemos a la tradición, trataban de filosofía (4): pero se sabe que ese nombre designaba con

(1) APULEYO, *Metamorfosis*, libro XI y epílogo.
(2) S. W. DRUMMOND, *Memoir on the antiquity of the zodiacs of Esuch and Dendera*, páginas 19-21.
(3) VALERIO MÁXIMO, libro I, capítulo 1, vers. 12.
(4) TITO LIBIO, libro XL, capítulo 29. PLINIO, *Historia natural*, libro XIII, capitulo 13.

frecuencia, en la antigüedad, el arte de hacer milagros. Por otra parte, *al repasar las Memorias* que Numa había dejado, fué cuando su sucesor descubrió uno de los secretos de su arte, secreto que al ser imprudentemente ensayado, le fué fatal.

A tan diversas precauciones, añadíase la prestación de un terrible juramento: una indiscreción era infaliblemente castigada con la muerte. La religión no permitía olvidar el largo y terrible suplicio de Prometeo, culpable de haber puesto a los mortales en posesión del fuego celeste. Fundada probablemente en el género de muerte de cualquiera de los sacerdotes órficos, que tomaron su nombre del fundador, decía también la tradición que los dioses exterminaron a Orfeo, para castigarle por haber enseñado a los hombres aquellos misterios que antes no les habían sido nunca revelados (1). Hasta la caída del paganismo, la revelación de los secretos iniciáticos fué el mayor crimen que se podía imputar a cualquiera, sobre todo ante la multitud, a la que ese espíritu de misterio encadenaba en la ignorancia y la inferioridad, y veía siempre a sus dioses prontos a castigar a la nación entera si se dejaba vivir al perjuro revelador.

El misterio tenía una última garantía: la mentira y el engaño; medio familiar en todos los tiempos, aun en nuestros días, al comercio y a la industria, cuando temen perder demasiado pronto el beneficio de una posesión exclusiva. El arte mágico, con mayor motivo, necesitó mentir sobre la naturaleza y alcance de su poder. Vulgarizada, fuera de su obscuridad, esa mezcla de conocimientos preciosos, de puerilidades y charlatanismo, no hubiese excitado la admiración ni reducido a nadie a la obediencia.

Cuando se produjo un eclipse que ella había sabido prever, persuadió Aglaonice a los tesalianos de que, por sus

(1) PAUSANIAS, *Boeotic*, capítulo 30. — Dos epigramas de la Antología suponen también que Orfeo pereció por el rayo.

cantos mágicos podía obscurecer la luna y obligarla a descender sobre la tierra (1). Atribuíanse maravillosas virtudes a la raíz de la planta *baaras o cynospastos*; luego importábales a los taumaturgos alejar de ella cualquiera otra mano que la suya: aseguraban que no se la podía coger sin correr riesgo de perder la vida, a menos de tomar singulares precauciones, cuyo detalle ha dado Josefo con toda la seriedad de la convicción (2). Según una tradición hebrea, conservada en Oriente, Moisés descubrió que los mágicos de Egipto introducían mercurio en sus varitas y en unos trozos de cuerda que, echados al suelo cuando éste estaba calentado por el sol, no tardaban en retorcerse y en hacer unos movimientos parecidos a los de las serpientes. Este procedimiento no produciría ciertamente la ilusión mágica que se le atribuye; los observadores atentos no tomarían una varita o una cuerda por una serpiente, pero la tradición citada nos enseña que en vez de revelar el verdadero secreto de los sacerdotes de Egipto, se satisfizo la curiosidad del vulgo con una explicación absurda.

Tal fué, en general, la política de los taumaurgos: persuadir de que conseguían su objeto por ciertos procedimientos ostensibles, pero, en realidad, completamente indiferentes e inútiles; dar la apariencia de un hechizo, de una obra sobrenatural a unas operaciones, frecuentemente tan sencillas, que cualquiera las hubiese comprendido e imitado sin trabajo, si hubieran sido ofrecidas a la pública curiosidad, despojadas de la imponente envoltura del prestigio; recargar, en fin, con accesorios fútiles o falsos, la expresión de los hechos reales; todo ello *para ocultar los descubrimientos de los sabios y de los iniciados a una multitud indigna de conocerlos* (3. Estas expresiones prueban que la

(1) PLUTARCO, *De oracul. defectu.*
(2) FL. JOSEFO, *De bell. judaic.*, libro VII, capítulo 23.
(3) «*Quoe philosophi adinvenerant in operibus artis et naturae, ut secreta occultaren ab indignis.*» — ROG. BACON, *De secret. oper. art. et nat.*, capítulo 1.

misma política existía todavía en la Edad Media; pero su origen se remonta al día primero en que unos hombres instruídos quisieron dar a sus conocimientos un carácter sobrenatural y un léxico incomprensible, para aparentar ser superiores a la humanidad y dominar al resto de los mortales.

¿Cuáles fueron, sobre la humana inteligencia en general y, sobre todo, sobre la ciencia misma y los hombres que la cultivaban, los efectos de esas costumbres perniciosas, tan contrarias a la filosofía liberal que se impone hoy el noble deber y el cuidado de divugar su luz? (1).

«Los antiguos, dice Buffon, buscaban el lado práctico en todas las ciencias... Descuidábase todo lo que no era interesante para la sociedad o para las artes. Todo lo referían al hombre moral, sin creer que las cosas que no tenían uso inmediato fuesen dignas de ocuparle.» (2). Esta disposición general debió aplicarse sobre todo al estudio de las ciencias ocultas; no se buscaba en ellas más que los medios de hacer maravillas; todo lo que no llevase a ellas parecía poco digno de atención. De un método tal, sólo pudieron resultar conocimientos parciales, interrumpidos por anchas e importantes lagunas, y no una ciencia en la que estando todas las partes relacionadas entre sí, se recuerdan éstas indistintamente de suerte que la trabazón de conjunto preserva a los detalles del olvido. Cada secreto, cada conocimiento podía perderse aisladamente, y el hábito del misterio hacía día por día más probable este peligro.

Los que dudasen de nuestro aserto pueden comprobarlo

(1) Hace doscientos años, fué publicado un libro para afirmar que las *obras sabias* han de escribirse en latín y no en otro idioma vivo, «porque, »dice el autor, se han producido incalculables daños al comunicar al pue»blo los secretos de las ciencias.» (BELOT, *Apología de la lengua latina*, 1637.)
(2) *Obras de Buffon*, tomo I, páginas 52 y 53.

en hechos modernos, porque la manera empírica con que la ciencia era estudiada, cultivada y conservada en los templos, puede representarse por la marcha de los químicos antes del renacimiento de la verdadera química. Buscaban, y a veces encontraban, asombrosos fenómenos; pero lo hacían sin seguir teoría, sin reflexionar en los medios que empleaban, al punto de no lograr obtener siempre dos veces el mismo resultado, lo que se debía sobre todo al deseo de ocultar profundamente sus procedimientos y asegurarse su posesión exclusiva. ¿Hay algo que sea hoy menos estimado que sus trabajos? ¿que sea menos conocido que los descubrimientos a que llegaron? Es curioso poder citar, en esta materia, un ejemplo que data de algo más de un siglo. El príncipe de San Severo ocupábase en Nápoles, con relativo éxito, de trabajos químicos: tenía, por ejemplo, el secreto de calar el mármol al pintarlo, de forma que cada hoja separada del bloque por la sierra, presentaba repetida la figura impresa en la superficie exterior (1). En 1761, expuso unos cráneos de hombre a la acción de diversos reactivos y luego al calor de un horno de vidrio; pero dándose tan poca cuenta de su manera de proceder, que, según su propia confesión, no esperaba llegar por segunda vez al mismo resultado. Del producto que obtuvo se exhalaba un vapor, mejor dicho un gas que, una vez encendido por la aproximación de una llama, ardió varios meses seguidos sin que la materia pareciese disminuir de peso (el oxígeno combinado por efecto de la combustión reemplazaba y aun sobrepasaba las partes perdidas por la evaporación). San Severo creyó haber vuelto a encontrar el imposible secreto de las lámparas inextinguibles: pero no quiso divulgar su procedimiento por miedo a que el panteón en que estaban inhumados los príncipes de su familia, perdiese el privilegio

(1) GROSLEY, *Observaciones sobre Italia*, tomo III, página 251.

único que él pensaba concederle, de ser alumbrado por una lámpara inextinguible (1). Al obrar como un sabio de nuestros días, habría incorporado San Severo su nombre al importante descubrimiento de la existencia de fósforo en los huesos; ya que no es difícil dudar de que un desprendimiento muy lento de fósforo gasificado fuese el principio del fenómeno que había obtenido. Obró como taumaturgo: su nombre y sus trabajos se han olvidado. Y la ciencia cita con honor a Galm y a Schoell que, ocho años más tarde, en 1769, comprobaron la existencia de fósforo en los huesos y publicaron el procedimiento propio para separarlo.

A la comparación establecida entre las tentativas de los químicos empíricos y las de los taumaturgos, acaso la falte exactitud sobre un punto esencial: los primeros eran libres para elegir la materia de sus investigaciones; es dudoso que existiese la misma libertad en los templos; por lo menos, eso es lo que se puede deducir de un caso obscuro, pero muy curioso, contado por Damascio. En Hierápolis (Frigia), estaba situado el templo de Apolo cerca de una caverna llena de hirvientes manantiales, que exhalaba hasta muy lejos un letífero vapor; sólo los iniciados podían penetrar allí impunemente. Uno de ellos, Asclepiodoto, logró producir, por la combinación de diversas substancias, un gas semejante al de la caverna sagrada, «despreciando así, y violando con su temeridad, los preceptos y las leyes de los sacerdotes y de los filósofos.» (2). Ante estas expresiones de Damascio no podemos dejar de preguntar una vez más: ¿Hasta qué punto era poderoso y acatado el voto del secreto que hacían los sacerdotes y los filósofos instruídos por sus lecciones? En el siglo VI del cristianismo, aun recuerda

(1) Ved las cuatro cartas que escribió sobre este asunto y que ha traducido al inglés CH. HERVEY, *Letters from Italy, Germany*, etc... tomo III, páginas 408 a 436.

(2) DAMASCIO, apud. Focio. *Biblioteca*, cod. 242 y 243.

Damascio, con acentos de reproche, la imitación por medios científicos de un fenómeno natural que el politeísmo había consagrado como un prodigio!

Limitada así su acción; concentrada en un pequeño número de manos; depositada en libros escritos en caracteres jeroglíficos que sólo los adeptos podían leer, y en una lengua sagrada, en un estilo figurado que duplicaba la dificultad de comprenderlos; hasta únicamente confiada a menudo a la memoria de los sacerdotes que se transmitían de viva voz sus preceptos de generación en generación; tanto más inabordable, en fin, cuanto que la física y la química, destinadas casi por completo a servirla, no eran tal vez cultivadas fuera de los templos, en los que descubrir los secretos hubiera sido traicionar uno de los más importantes misterios de la religión, la doctrina de los taumaturgos se limitó poco a poco a una colección de procedimientos que hasta ahora se exponían a perderse, cuando no eran habitualmente practicados, porque no existía una ciencia que los uniera y conservase, con dependencia entre sí. Luego esa doctrina, al menos en diversos puntos, tenía que obscurecerse insensiblemente y extinguirse, no dejando tras sí más que unos vestigios incoherentes, unas prácticas mal comprendidas, mejor dicho, mal ejecutadas, olvidadas en fin, en su mayor parte, sin remedio.

Ahí está, no vacilamos en decirlo, ahí está el perjuicio más grave que el velo echado por la religión sobre los conocimientos físicos, ha causado al conocimiento humano. Los trabajos de siglos innumerables, las tradiciones científicas que se remontaban a la más alta antigüedad, perdiéronse en el seno de un secreto inviolablemente observado; los depositarios de la ciencia, reducidos en fin a unas fórmulas que habían dejado de comprender, casi llegaron a ser, por los errores y por la superstición, iguales a aquel vulgo que tanto habían procurado conservar en la ignorancia.

Dejemos ahora la *casta culta* que, por su propia culpa, dejará progresivamente de merecer un título tan bello; situémonos en medio de esa masa de hombres crédulos, solamente semiinstruídos, que se conservaba y no cesaba de hacer milagros en la obscuridad de los santuarios. En la mayoría de los casos, la ignorancia, la superstición, al amor a lo maravilloso, extiende su eficacia hasta lo infinito; no hay nada que no se pueda esperar o temer. Pero, en algunos espíritus ardientes, la curiosidad, la avidez, el orgullo, hacen germinar el deseo y la esperanza de penetrar sus misterios. De ambos errores, el primero, sirve demasiado bien al interés de los dominadores para que éstos no lo fomenten con sus promesas exageradas. No serán, pues, ajenos al nacimiento del segundo; dejando, como hemos visto, entrever engañosas luces, indicaciones erróneas, explicaciones falsas, ¿qué esperanza era la suya, más que extraviar por mentirosos caminos a los profanos que podrían llegar al descubrimiento de algunos secretos sagrados merced a obstinadas investigaciones o venturosas casualidades?

Interroguemos también a la experiencia sobre la exactitud de estas ideas.

Decir que la química y la astronomía son unas hijas muy sabias de unas madres muy locas, ya que deben su nacimiento a la alquimia y la astrología, es juzgar mal el progreso de la inteligencia humana. El niño ve brillar las estrellas en los cielos, sin imaginar que tengan alguna influencia sobre los acontecimientos de la tierra. Admira el color y el brillo de un pedazo de oro o de plata, y, si no se le induce al error, no supone que el arte pueda fabricar un metal, como tampoco un leño o un guijarro. Pero cuando la multitud, que no conocía más que el oro nativo arrastrado entre las arenas de los ríos, vió sacar este metal de cuerpos en que nada indicaba su presencia a simple vista, creyó que, por un procedimiento cuyo secreto se reservaban,

unos seres superiores transmutaban las substancias y *hacían oro*. La avaricia anheló la posesión de un arte tan maravilloso; las tentativas e investigaciones se multiplicaron, alcanzando a todos los metales, a todos los minerales, a todos los cuerpos de la Naturaleza; y se inventó la alquimia, porque se ignoraba la docimástica. Observando el curso de los astros, anunciaba el sacerdote la vuelta de las estaciones y ciertos fenómenos meteorológicos (1); arreglaba de razonable manera los trabajos del campo y predecía bastante exactamente su suerte. Los hombres groseros a quienes dirigía no pusieron límites al poder de la ciencia; no dudaron que los diversos aspectos del cielo dejasen de revelar igualmente el porvenir del mundo moral y el futuro del mundo físico. El sacerdote no les desengañó: la astrología fué puesta, desde los primeros tiempos conocidos, entre las ciencias sagradas; conserva todavía, en ciertas partes de Asia, el imperio que ejerció durante largo tiempo sobre toda la tierra.

Una causa, ya señalada por nosotros, cooperó al progreso o al nacimiento del error: la interpretación ficticia de emblemas y alegorías. El uso de unos y otras en la astronomía se remonta a la más alta antigüedad. ¿No entran en los dominios de la historia los *dinastos* egipcios citados por Manethón? Al menos, los epítetos que siguen a sus nombres, convienen a los hombres: *Amigo de sus amigos... Hombre notable por la fuerza de sus miembros... El que aumenta el poder de su padre.* En estos presuntos reyes nos muestra Dupuis los treinta y seis *decanes* que dividen el zodíaco de diez en diez grados, y en los títulos que se les da la indicación de los fenómenos astronómicos que correspon-

(1) Los dos calendarios de Ptolomeo, arreglados: uno según los meses egipcios y otro según los meses romanos, y el calendario romano, sacado de Ovidio, de Columela y de Plinio, indican día por día el estado del cielo, y predicen el de la atmósfera.

den a cada decán (1). Bajo los nombres de esfera *barbárica*, esfera *pérsica* y esfera *índica*, ha recogido y comentado Aben-Ezra tres calendarios antiguos (2). El primero, que se creyó perteneciente a Egipto, indica solamente la salida y la puesta de las constelaciones, en cada *decán*. El segudo añade a esta indicación algunas figuras alegóricas. El tercero no presenta más que unas figuras parecidas, y a veces hasta las atribuye sentimientos que el pincel no puede reproducir, tales como la intención de pegar a un padre o la de volverse a casa. El fondo de los tres calendarios es el mismo, pero si el último se viera solo, ¿no despertaría una idea completamente distinta de la astronomía? Porque es infinitamente probable que unas alegorías semejantes, distribuídas en ciertas divisiones de tiempo, hayan podido encerrar predicciones apropiadas a cada una de esas divisiones. La probabilidad se trocará en certidumbre si revisamos un calendario egipcio en el que hay una columna donde a cada signo del zodíaco corresponde un emblema, destinado, como su título lo indica, a anunciar la correspondiente salida de los astros; y en una segunda columna está la indicación del futuro carácter o del sino del niño que nazca bajo la influencia de cada grado; indicación siempre conforme con la naturaleza del emblema. Si presenta *a un hombre machacando en un mortero*, el niño será laborioso, tenderá a elevarse si el emblema es un *águila*.

Este calendario es evidentemente obra de dos autores. Uno ha dispuesto, según observaciones anteriores, una serie de emblemas astronómicos; otro, engañado o impostor, ha pretendido adivinar el sentido de un libro que no comprendía o extraviar por las sendas del error a los que intentasen adivinarlo.

No conocemos bastante la filosofía *interior* de la escuela

(1) DUPUIS, *Origen de todos los cultos*, tomo II, páginas 116-126.
(2) J. SCALIGERI, *Monomoeriarum ascendentes*, páginas 371 a 384.

de Pitágoras para decidir si este sabio profesaba, en sentido propio o en sentido figurado, la rara doctrina que se le atribuye sobre las propiedades de los números. Pero no vacilamos en pensar que la misma doctrina fué primeramente el velo alegórico y más tarde la envoltura supersticiosa de una ciencia real; ciencia de la que todavía existen vestigios en el Hindostán, de donde Pitágoras había tomado sus dogmas, y que comprendía probablemente, con las bases de grandes cálculos astronómicos, los principios y los teoremas de una aritmética trascendental.

El descubrimiento bastante moderno de un fragmento de dicha ciencia viene en apoyo de nuestra conjetura.

A fines del siglo VIII, supieron con sorpresa los astrónomos franceses que existía en Siam un método de calcular los eclipses por una serie de adiciones hechas con números, al parecer, arbitrarios. La clave de tal método se ha perdido desde hace mucho tiempo para los que se servían de ella; tal vez no la han poseído jamás. El inventor había ejercitado su genio en construir un instrumento cuyo efecto fué infalible, sin querer revelar el principio de su acción. Como quiera que sea; supongamos que semejantes *sabios* operaron a la vista del pueblo, en la antigua Asia, en Egipto y hasta en la civilizada Grecia. Con ayuda de varios números, combinados según los principios de una ciencia desconocida, se les ve llegar a predicciones que la Naturaleza no deja de corroborar, en el día y en el instante determinados. ¿Cómo el hombre ignorante, obligado a atribuir a esos números la propiedad que en efecto poseen, de producir predicciones exactas, dejará de suponerles otras propiedades que no le parecen menos maravillosas; dejará de pedirles, como al curso de los astros para cuya medición sirven, la revelación del porvenir, y de consultar los *números babilónicos* (1) para conocer el destino de su

(1) HORACIO, *Odas*, libro I, oda XI, vers. 2 y 3.

vida y la ocasión y lugar en que ésta llegará a su término?

Tiene cierto interés ver penetrar en las enseñanzas de la magia la doctrina de las propiedades misteriosas de los números, así como las alegorías astronómicas. Dícese que los mágicos, entre los espíritus de las tinieblas, contaban *setenta y dos* príncipes (*seis* multiplicado por *doce*) y 7.405,926 demonios de un rango inferior (1). Este último número, tan raro en apariencia, es a su vez el producto de *seis* multiplicado por 1.234,321. ¿Será necesario hacer observar que 1.234,321 presenta, tanto a la derecha como a la izquierda, los cuatro números que constituyen la *Tetrada* misteriosa de Pitágoras y Platón?

El instrumento de cálculo debió participar naturalmente de las maravillosas propiedades de los números y la *rhabdomancia* o adivinación hecha con varillas, debió estar en auge allá donde unos trozos de madera, diferentemente marcados, hayan servido de *máquinas aritméticas*. Todavía con tales trozos de madera se ejecutan cálculos bastante complicados entre los khivanos, muy propensos también a creer en la *rhabdomancia* (2).

La *rhabdomancia* era practicada por los alanos y los escitas, antepasados de casi todos los actuales habitantes de la Tartaria; también lo fué por los caldeos, de quien parece que la han copiado los hebreos. ¿No es razonable suponer que el método de calcular con varitas, método que no pueden explicar los que lo emplean hoy, se remonta en Asia a una remota antigüedad, como la superstición de que parece haber sido origen?

Casi en todas partes veremos así a la ignorancia poner un error junto a lo que parece una maravilla. Frecuentemente, la medicina disipaba el dolor de un miembro, o prevenía su vuelta por la aplicación de un remedio local. Pero

(1) J. WIERIUS, *De prestigiis*, página 23.
(2) M. MOURAVIEF, *Viaje a Turcomania y Khiva*.

el médico pertenecía a la casta sagrada, la eficacia del remedio procedía pues completamente de la mano que lo daba, que era la única que podía guardar una secreta virtud. La credulidad, en consecuencia, suplió al charlatanismo de poner, en aquellos cuerpos benéficos, no solamente el don de curar el mal actual, sino, además, el de preservar de males futuros; y del éxito de los tópicos nació el poder sobrenatural de los amuletos. También en esto representaba un papel la astronomía: las figuras que de ella se tomaban, vuélvense a encontrar en un gran número de talismanes: los más célebres de todos, los *abraxas*, que participaban del poder del *jefe de los genios benéficos*, expresaban sencillamente el número de días del año.

La confianza en los amuletos sobrevivió a las antiguas religiones. Bajo el mismo cristianismo, una piedad más culta contribuía a mantenerla. El papa Urbano V, dice Tiedemann, envió al emperador de Constantinopla tres *agnus Dei*, con unos versos en los que estaban expuestas sus virtudes verdaderamente mágicas (1). Después de tal ejemplo, ¿se puede criticar a los ignorantes por creer en los talismanes de los magos? ¿Dónde está la diferencia? En la forma de consagración.

¿Por qué daban los escandinavos a los versos un mágico poder? (2). ¿Por qué han atribuído los griegos y los romanos, a los cantos y a los versos el poder de hacer perecer a los reptiles amenazadores y el de arrancar a la Luna de la bóveda celeste? (3). Como los principios de la política y de la moral, como las narraciones históricas y religiosas, las fórmulas mágicas fueron originariamente concebidas en verso, y los versos eran siempre cantados. Esta opinión no fué compartida por los teurgistas, que recibieron sus fórmulas

(1) TIEDEMANN, *De quoestione*, etc., página 103.
(2) C. V. DE BOUSTETTEN, *La Escandinavia y los Alpes*, págs. 42-53.
(3) VIRGILIO, *Eglogas*, capítulo VIII, vers. 69-71.

de los sacerdotes egipcios, o las copiaron de los discípulos de Zoroastro y de los sabios del Hindostán: ignoraban si éstos se habían expresado en verso; estaban seguros de que aquéllos no lo habían hecho. La religión, en Egipto, proscribía la poesía, como lenguaje de la mentira. Los modernos brujos no han supuesto poder a los versos, sino a unas figuras raras, a unos caracteres extraños, y a unas palabras de bárbara pronunciación.

En manos de unos hombres que nunca habían tenido, o que ya no tenían la inteligencia de los jeroglíficos, o de la lengua y de los caracteres sagrados, la mayoría de las fórmulas mágicas llegaron a ser inútiles; habían dejado de ser comprendidas: sin embargo, el recuerdo de su poder no se borró. Recitadas misteriosamente, aun cuando ya no se daba sentido a sus términos, grabadas sobre la piedra o trazadas en el pergamino, se les concedió una eficacia tanto mayor cuanto menos se sospechaba cuales habían sido otrora la causa y el alcance de su eficacia real.

Así nacen y se extienden los errores. «Cada letra, dicen »los hindúes, está gobernada por un ángel, emanación de »las virtudes de Dios topoderoso; y esos ángeles repre»sentados por las letras de que se componen las oraciones, »son los que hacen los prodigios...» (1). ¿Con qué facilidad no habrá sorprendido la impostura la buena fe de los hombres crédulos, vendiéndoles talismanes, tan pronto formados con letras que expresan un voto o una oración, como compuestos por caracteres extraños o caprichosamente agrupados, que se suponían más eficaces cuanto más complicada era su comprensión y más extraordinario su aspecto?

Cierto misionero tuvo que escribir un vocabulario de la lengua de los indígenas de la Luisiana, al que recurría

(1) *Historia del brahmán Pad Manaba*, páginas 128 y 129.

frecuentemente para responder a las preguntas que éstos le dirigían (1). Los indígenas creyeron que aquel papel era un *espíritu* que comunicaba al misionero su ciencia. Los *nadoëssis* saben contar, pero ignoran el uso de las cifras. Carver, abriendo un libro ante ellos, les dice exactamente cuántas hojas hay desde la primera hasta la que él les enseña; de donde ellos deducen que el libro es un *espíritu*, que dicta en secreto las respuestas al viajero (2). En Kano (Africa) encontró Clapperton un hombre que le atribuía el poder de transformar a los hombres en animales y a la tierra en oro, sin más que leer en un libro (3). Los caracteres rúnicos, desde que el sentido de esta escritura se ha perdido para el vulgo, han sido incluídos en el número de los instrumentos de magia. Una fórmula algebraica sería juzgada lo mismo por el hombre supersticioso que la viese dar en el acto una solución infalible a preguntas en apariencia muy diversas, en las que él no supiese discernir ese punto común a todas que ha sabido asir la ciencia (4).

La extravagancia dió un paso todavía más chocante, análogo al error que, del sentido de nombres de personas o de lugares, sacó tantas historias fabulosas. Ora se ha visto, en un emblema, no la representación, sino la causa eficiente de un fenómeno o de un prodigio: en las provincias situadas al este del Báltico, reunidas al imperio ruso por la fuerza de las armas y las astucias de la política, se cree firmemente que, si una mujer embarazada introduce la leña en la estufa, *en un sentido opuesto a la dirección de las ramas*, su hijo se presentará *en sentido inverso* en el

(1) PADRE HENNEPIN, *Descripción de la Luisiana*, páginas 249 y 250.
(2) CARVER, *Viaje por la América septentrional*, París, 1784, páginas 80 y 81.
(3) CLAPPERTON, *Viajes y descubrimientos en Africa*, tomo III, pág. 37.
(4) La anotación de la música, en unos pueblos que no tengan idea de ella, pareceríales, sin duda, algo sobrenatural ver que un hombre repetía exactamente sus cantos recogidos por ese medio, sin haberlos oído antes nunca.

instante del parto (1). O bien el hombre crédulo ha imaginado que imitando, en lo que de él dependiera, las posturas figuradas en los jeroglíficos, produciría el prodigio que se obtenía en tiempos remotos, por el procedimiento cuya expresión representaban o simulaban dichos jeroglíficos. De lo cual se encuentran diversos ejemplos en los libros de Gaffarel (2).

Creemos que se puede referir a equivocaciones o a sueños del mismo género, el origen de prácticas y de opiniones populares extendidas por doquier, tan extrañas y absurdas, que no se puede penetrar su sentido, ni asignarlas un motivo o pretexto plausible; últimos efectos de una causa que todavía influye sobre la existencia de los hombres, aun cuando hace ya muchos siglos que está profundamente ignorada.

(1) DEBRAY, *Sobre los prejuicios y las ideas supersticiosas de los livonianos*. *Nuevos anales de viaje*, tomo XVIII, página 127.
(2) *Curiosidades inauditas*, GAFFAREL, capítulo 7, versículos 1 y 2.

CAPITULO IX

A pesar de la rivalidad entre las religiones, el espíritu de la forma FIJA *de civilización sostiene el misterio en las escuelas filosóficas. A la larga, queda desterrado de ellas por la influencia de la civilización perfectible. 1.° Por la comunicación habitual entre los griegos y los sucesores de los magos, dispersos por Asia, después de la muerte de Smerdis; primera revelación de la magia; 2.° Por el empobrecimiento de Egipto tras la conquista de los romanos, que hizo afluir a Roma sacerdotes de diferentes grados, en su mayoría inferiores, que traficaron con los secretos de sus templos; 3.° Por los politeístas que se convirtieron al cristianismo, trayendo a su seno los conocimientos mágicos que poseían. En esta última época, subsisten restos de la ciencia sagrada: 1.° en las escuelas de los filósofos teurgistas; 2.° en posesión de los sacerdotes errantes, y sobre todo de los egipcios. Verosímilmente, se puede asignar por sucesores, a los primeros, las sociedades secretas de Europa, y a los segundos, los modernos hechiceros.*

Como la forma fija de civilización, de la que era una de las principales bases, el misterio que envolvía a la ciencia sagrada ha sufrido la influencia del tiempo: el velo se ha rasgado; sentada durante tantos siglos ante la puerta de los santuarios y de las escuelas filosóficas, ha sido derribada la estatua del silencio.

¿Cuándo se ha hecho esta revolución? ¿Ha sido cuando combatieron religiones rivales, cuando ante el inflexible Zoroastro y sus sucesores, y ante el culto del fuego, han retrocedido el sabeísmo, y la adoración a Shiva, Wishnú y Brahma? No; perseguidos como mágicos, los sacerdotes hindúes y los caldeos lleváronse al destierro sus artes sagradas y su inviolable silencio.

La invasión de los hebreos dispersó a los sacerdotes de los poblados de Canaán; evidentemente, dirigió Moisés contra ellos la orden de condenar a muerte al que hiciera oráculos o milagros en nombre de un dios extraño. Pero la conquista completa de la Palestina se acabó lentamente. Al establecerse en las tribus indígenas, el hebreo, infiel a su ley, consultó con frecuencia a sus sacerdotes y adivinos. Temidos y hasta venerados, éstos no legaron sus secretos más que a sus adeptos, secretos que eran todavía una fuente de riqueza y de consideración, aunque ya no fuesen un instrumento de poder. Creo reconocer a sus últimos sucesores en aquellos hombres perseguidos por Saúl con tanto celo que, cuando él mismo cayó en la falta de que quería preservar a su pueblo, le costó trabajo hallar una mujer que poseyera el arte de evocar a los muertos.

En Judea, los profetas se dividieron y combatieron entre sí, resucitando las rivalidades entre Jerusalén y Samaria: ni la persecución ni el anatema descubrieron los recursos de que, en caso necesario, se valía su inspiración.

El feroz Cambises ultrajó, golpeando a Apis, al supremo dios de Egipto, cuya imagen era aquel toro sagrado; envió al suplicio a sus sacerdotes y a sus adoradores; saqueó los templos... Pasó en fin, por el trono, dejando un execrable recuerdo, y sin que sus grandes violencias pudiesen llegar al secreto religioso de los santuarios.

El intolerable criterio de la *forma fija* reinaba en los teatros de aquellos diversos acontecimientos, no permitien-

do que una nueva luz brillase ante los ojos de los pueblos, y los mismos pueblos no se preocupaban en desearlo.

Pero, a través del tiempo, una causa, cuya actividad, ni aun la existencia habíase sospechado, dió principio, entre los habitantes de la tierra, a una revolución que, en treinta o cuarenta siglos, todavía no se ha consumado por completo. El navegante fenicio llevaba el germen de la civilización perfectible a las colonias que fundaba a su antojo en playas lejanas de su patria. Demasiado débil, demasiado ocupado en intereses mercantiles para pretender subyugar por la fuerza; demasiado poco instruído para fundar la civilización sobre la religión y la ciencia sagrada, se limitó a mezclar sus costumbres con las de las tribus en que se establecía. Supo entonces el hombre por vez primera que la forma de existir que heredó de sus antepasados podía cambiar, mejorada por efecto de su libre albedrío y no por una ciega obediencia a seres superiores. La primera consecuencia del deseo de un perfeccionamiento reflexivo, es la curiosidad; se concibió el ansia de saber por el estímulo de aprender; no se retrocedió ante la idea de ir a beber en fuentes lejanas; viajes interminables no arredraron a los sabios, atosigados por el deseo de instruirse... y sin embargo, todavía no fueron ellos quienes rompieron el sello del misterio. Las instrucciones que obtuvieron en la India, en Caldea y en Egipto, se limitaron, según podemos juzgar, a unas nociones particulares y faltas de teoría: Thales pudo, en efecto, predecir un eclipse, pero fué uno solo; y Pitágoras, sólo a fuerza de genio, pudo hallar la demostración del teorema que se le había revelado, de la igualdad del cuadrado de la hipotenusa a la suma de los cuadrados de los otros dos lados del triángulo rectángulo. Además, los filósofos consideráronse como iniciados; el orgullo de la posesión exclusiva les infatuó como a sus maestros: los discípulos de Pitágoras recibían sus revelaciones, no en pro-

porción a su capacidad, sino según la elevación de su grado dentro de una enseñanza que tenía, como las iniciaciones, su duración prefijada, su lenguaje y sus pruebas. Solamente poco a poco, y por la influencia externa de la civilización perfectible, dejó de reinar en las escuelas filosóficas la misma discreción que en los templos.

Así, en los mismos países en que la civilización perfectible prodigaba sus beneficios, en que el cultivo de las ciencias y el arte de escribir abría el camino hacia una gloria brillante, seguían siendo impenetrables los santuarios y el arte maravilloso que a ellos habían llevado los instructores salidos de la Tracia o del Egipto: los sacerdotes mantenían en torno de ellos esa obscuridad, cuyo espesor era proporcional al poder y a la veneración que ellos podían obtener.

Demóstenes es el primer autor que ha señalado en Grecia la existencia de brujas... (1). Luego entonces, en aquella época, la ciencia secreta había dejado de estar concentrada en los templos; había dejado bastantes jirones en manos profanas; hombres y mujeres obscuros, extraños a los sagrados misterios, se atrevían a profesar el arte de hacer milagros. Para llegar a la causa de este hecho, es menester remontarse a más de treinta y cinco siglos de antigüedad, y recordar uno de los acontecimientos más notables de la historia antigua: la matanza de los magos, después de la caída de Smerdis. La casta sacerdotal, muy numerosa, muy potente, no podía sucumbir por completo. Se dispersó, sin duda, por todas partes, y cuando las miras políticas de Darío hiciéronle desear reunirlos, es de creer que no todos se apresurarían igualmente a ser los firmes sostenes del trono de su principal asesino. ¿Entre quienes debieron encontrarse frecuentemente aquellos fugitivos y sus sucesores, herederos de sus odios y de sus secretos? En

(1) M. TIEDEMANN, *De quoestione*, etc., página 46.

medio de hombres nacidos en una civilización perfeccionada; entre los griegos diseminados por todo el vasto imperio de Persia; comandantes y soldados entre las tropas auxiliares de Darío; gobernadores de sus provincias; agentes activos de comercio en sus puertos de la Grecia asiática que, bajo el yugo del gran rey, conservaba, con el culto y el idioma de la Grecia de Europa, el espíritu de la civilización perfeccionable. Los acontecimientos subsiguientes, la guerra de Ciro el Joven contra Artajerjes, y sobre todo el ascendiente que había adquirido el rey de Persia sobre Grecia, de la que llegó a ser árbitro, durante la guerra del Peloponeso y después de ella, multiplicaron, para los griegos, las íntimas comunicaciones con el interés del Imperio. Habían admirado los griegos los prodigios hechos por los magos; del nombre de estos sacerdotes, habían dado al arte de hacer maravillas el nombre de *magia*, y este nombre había llegado muy pronto a ser bastante célebre para que Eurípides lo impusiese a la celeste inspiración que había animado a Orfeo. Curioso y avaro, el griego, acercado así a los magos proscritos y a sus descendientes, aprovechó sin duda, las frecuentes ocasiones que tenía para instruirse y, de regreso en su patria, hizo un lucrativo oficio del empleo de los secretos que había sorprendido a la miseria y a las rivalidades (1).

Las conquistas de Alejandro permitieron a los griegos establecerse en todos los puntos de aquella Asia, en que cada templo tenía sus misterios particulares; los numerosos sacerdotes de Frigia y de Siria abrieron sus santuarios

(1) Un sabio, a quien ya hemos citado, G. C. Horst, afirma en su *Biblioteca mágica*, que Italia y Grecia recibieron de Asia y de los sectarios de los *dos principios* (es decir, de los adoradores de Ormusd, adversario de Arhimán) las doctrinas mágicas que poco a poco se mezclaron con la mitología antigua, fundada en uno y otro país, en la adoración de la naturaleza divinizada. Como se ve, esta opinión se refiere al tiempo en que penetraron en los templos las doctrinas mágicas, época muy anterior al tiempo en que las artes mágicas dejaron de estar concentradas en ellos.

a los vencedores, y se apresuraron a afiliárselos por iniciaciones.

El segundo *idilio* de Teócrito contiene la descripción de una conjuración, de un encantamiento hecho por una mujer ordinaria; luego ya había penetrado mucho antes en las costumbres de los griegos el uso de la magia. El *idilio* termina con la amenaza de un envenenamiento que la magia debe producir (1): a la simple idea sucede así una idea supersticiosa; y la expresión propia de los templos a la expresión del hecho, la única que hubiesen empleado los griegos antes de sus comunicaciones con unos pueblos regidos por los depositarios de las ciencias ocultas; el crimen más atroz, ya no es la obra de un hombre, es el resultado de la intervención de los seres sobrenaturales. Así fué como el mismo Teócrito transformó en maga a Agameda, mujer célebre por sus conocimientos medicales.

La religión de Egipto, en vano atacada por Cambises, y que preocupó tan poco a Alejandro, fué conservada y honrada por los ptolomeos; y los romanos, al apoderarse de Egipto, la dejaron que reinase en paz sobre sus nuevos súbditos. Pero las guerras exteriores y las guerras intestinas habían arruinado al pueblo y empobrecido a los templos. La antigua religión del país languidecía, como el país mismo, agobiada bajo una influencia extraña. Ya no era el sacerdocio el primer cuerpo dentro del Estado. Había perdido demasiado en majestad, en potencia, en riqueza, para poder conservar intacta su numerosa jerarquía. Apremiados por la miseria, los sacerdotes de un orden inferior se trasladaron en masa a la capital del mundo y, ricos en hechizos y en oráculos, pusieron a contribución la superstición y la credulidad. La clase culta despreció a aquellos mendigos sagrados igual que a los que acudían de Siria y Frigia;

(1) TEÓCRITO, *Idilios*, II, V. 160.

estaba ocupada en demasiado grandes intereses y llena de una filosofía demasiado independiente, para que unos taumaturgos subalternos pudieran hacer un buen papel entre los contemporáneos de Cicerón y de César.

La multitud les siguió sin duda todavía, cuando por unas cuantas monedas hacían sus encantamientos en las plazas públicas, cautivando su atención con oráculos, curaciones y apariciones maravillosas (1); pero la disposición general de los espíritus apresuraba la degradación de la ciencia sagrada. Los prodigios que antes ofreciera a la pública veneración encontraban ahora muchos incrédulos: un milagro negado o discutido está muy cerca de quedar al descubierto en lo que pueda tener de real. Los sacerdotes comprendían que su labor, tan fácil bajo una civilización de forma fija, no lo era tanto, dentro de una civilización perfeccionable. Combatían ésta con trabajo y su influencia iba borrándose gradualmente. Los oráculos se callaban, los prodigios hacíanse más raros y la obscuridad de los santuarios disminuía al par que la superstición, cuando el triunfo del cristianismo vino a dar un nuevo impulso a los espíritus y a las creencias. Viéronse, por un lado, los templos destruídos, los sacerdotes expulsados y dispersos, abocados a la ignominia y a la indigencia; reducidos algunos, por último, a traficar, para vivir, con las ciencias sagradas; y por otro lado, la persuasión, el entusiasmo, la ligereza, el interés, la ambición, la persecución en fin, arrastraron bajo las banderas de la nueva religión a numerosos tránsfugas, prontos a enriquecerla con mágicos secretos propios de las diversas creencias que abandonaban. El milagro que dispersó a los obreros enviados por Juliano para reedificar el templo de Jerusalén, probó que los cristianos conocían también los procedimientos que habían usado con éxito brillante los antiguos taumaturgos. La religión antigua recibió entonces un golpe mortal; sus adversarios podían, indistintamente, combatirla con sus propias armas, o revelar a la luz del día la inconsistencia de sus maravillas.

(1) PLUTARCO, libro I. *Cur nunc Pythia non edit oracula carmine.*

En tanto que subsistió el politeísmo, detestado y todavía no proscrito por la autoridad suprema; en tanto que sus templos estuvieron en pie, o sus ruinas aun fueron recientes, recordando un culto al que se referían tantos recuerdos, el cuidado más apremiante de sus adversarios fué mostrar la falsedad de sus milagros, así como la absurdidad de sus dogmas. Pero, poco a poco, cubrieron la yedra y el musgo aquellos escombros, en torno a los cuales no reunía ya adoradores un perseverante celo; la costumbre, el curso de los acontecimientos, la necesidad, llevaron por nuevos caminos a naciones enteras: se dejó de combatir lo que se había dejado de temer; contra la credulidad, cesó de armarse la razón, cuyos progresos pudieran extenderse un día más allá del término prescrito a sus esfuerzos.

Los restos de las ciencias sagradas quedaron en manos de dos clases de hombres muy diferentes.

1.° A los sacerdotes de orden superior, a los discípulos cultos de los sabios de Babilonia, de la Etruria, de Persia, de Egipto y del Indostán, uniéronse los sucesores de aquellos filósofos teurgistas que, desde el segundo siglo, habían intentado resucitar el politeísmo transformando sus leyendas en alegorías morales, y sus milagros en obras divinas, hechos al influjo de la voz del hombre virtuoso por las potencias celestiales. Todos juntos, profesando menos el antiguo politeísmo que el culto de una Divinidad única, adorada bajo mil diversos nombres en las diferentes religiones, abrieron escuelas de filosofía, donde los cristianos, amigos de las luces de la sabiduría, fueron a buscar una teosofía platónica y una moral austera y exaltada que formaban el fondo doctrinal. Pero también se reverenciaba allí la me-

moria de aquellos hombres que, gracias a su piedad y puestos en comunicación con los seres sobrenaturales, habían obtenido de ellos el don de las obras maravillosas. El justo temor de oir discutir, negar o envilecer sus milagros por unos adversarios demasiado poderosos, había reanimado en ellos el antiguo espíritu del misterio; más que nunca, hacíase un religioso deber de callarse sobre todo lo que aun se poseía de sus enseñanzas. Sinesio reprocha amargamente a uno de sus amigos, haber revelado a oyentes no iniciados, una parte de la secreta doctrina de los filósofos (1). La obra entera de Lido sobre los prodigios, y el trozo de Damascio que ya hemos citado, prueban hasta qué punto creíanse estos últimos estrechamente atados por sus promesas de silencio. Los iniciados de Menfis, los discípulos de los sacerdotes etruscos no hubieran tenido un lenguaje más reservado.

Por lo que se refiere a los dogmas filosóficos, sería posible seguir en Grecia, y luego en Italia (después de la conquista de Constantinopla), las huellas de la influencia subsistente de aquellas escuelas. Lo cual es menos fácil en lo que concierne a la ciencia oculta: los fundadores de las escuelas seguramente la han poseído, pero su transmisión no es más que probable; ¡cuántos accidentes podían hundirla en el misterio, sin dejarla salir de él más que con tan grandes precauciones! Y sin embargo, algunos hechos vienen a dar un poco de luz sobre este interesante problema.

La doctrina de los teurgistas, que transformaba en seres sobrenaturales, en *genios*, a las substancias de que se servía la ciencia experimental y a los hombres que las ponían en uso, revivió por completo en la doctrina cabalística de los modernos. También ella, para producir obras maravillosas, pone en acción a los genios y los somete al poder del sabio iluminado por sus luces. Los genios de la tierra,

(1) SYNESIUS, *Epístola*, 143.

del agua, del aire y del fuego están repartidos en los cuatro *elementos* en que la física, entonces naciente, ponía los principios de todos los cuerpos. ¿No hemos vuelto a hallar en los *gnomos*, a los obreros que explotan las minas? Los detalles brillantes y novelescos con que una imaginación viva ha adornado el fondo de los principios de los cabalistas, no impide que la identidad de ambas doctrinas siga siendo visible.

Sábese que el sublime poder está expresado por la sílaba OM, que designa a la *Trimurti* hindúe, compuesta de Shiva, Wishnú y Brahma: al pronunciarla, se eleva el hombre piadoso a la *intuición intelectual* de las tres divinidades reunidas. Ese nombre divino y su energía misteriosa están recordados en dos libros de magia publicados en Alemania a principios del siglo XVI (1). ¿No es este un último eslabón de la cadena que, a pesar del inmenso alejamiento de las comarcas y de las edades, a pesar de la diferencia de los idiomas y de las religiones, sujeta a las doctrinas trascendentales del Indostán, los restos que de ella habían conservado los adeptos modernos?

Algunas de aquellas invenciones que produjeron en la antigüedad tantos milagros se han refugiado en los escritos de los hombres que la Edad media admiraba o perseguía como versados en las ciencias ocultas (2). Verdad es que en aquella época de tinieblas, los sabios se han transmitido casi siempre el depósito de sus conocimientos por mediación de sociedades secretas, que han subsistido casi hasta nuestros días bajo el nombre de *Rosa-Cruz*, o con otros nombres igualmente enigmáticos. Uno de los más altos genios de que se puede vanagloriar Europa y el género hu-

(1) Están citados en la *Biblioteca mágica*, de M. Horst.
(2) Alberto el Grande, el abad Tritemo, el cordelero Bartolomé, Roberto Fludd, Roger Bacon, etc. — Véase F. A. POUCHET, *Historia de las ciencias naturales en la Edad media*, París, 1853, página 250.

mano, Leibnitz, entró en Nuremberg, en una de esas sociedades y, según confiesa un panegirista suyo (1), sacó de allí una instrucción, que quizá en vano hubiese buscado en otra parte. ¿Eran aquellas misteriosas reuniones los restos de las antiguas iniciaciones sapientes? Todo induce a creerlo: no solamente las pruebas y los exámenes que era menester sufrir antes de entrar en ellas; sino sobre todo la naturaleza de los secretos que poseían y la manera como parecían haberlos conservado. A veces, encuéntranse efectivamente en las obras de los autores de los siglos XII y XIII, todos los conocimientos taumatúrgicos y sus aplicaciones. Pero aun es más frecuente, que el recuerdo de los prodigios que hacían subsista sólo en el olvido en que cayeron los medios que habían debido producirlos. Así al menos nos vemos inclinados a interpretar a aquellos mismos autores, cuando anuncian, como posibles para su arte, unas obras tan maravillosas, que habría que concederles la gloria de haber hallado, antes que Buffon, el espejo ardiente de Arquímedes, y haber inventado el telégrafo, etc., etc., si, junto a sus promesas, indicaran los procedimientos propios para efectuarlas.

Sin embargo, su silencio no es una prueba decisiva de su ignorancia: enamorados del misterio y orgullosos de su posesión exclusiva; sólo eran sabios para sí mismos y para un pequeño número de adeptos; callaban o no se expresaban más que por alegorías (2). Pero este silencio, este amor al misterio, es un rasgo de coincidencia que recuerda las escuelas teúrgicas en cuyo seno el moribundo politeísmo

(1) FONTENELLE, *Elogio de los Académicos*. Leibnitz, tomo I, páginas 465 y 466.

(2) En el siglo XVI, Leopoldo de Austria, hijo del duque Alberto II, dió un cuadro de los *Paranatellones o Decanes* (impreso en Venecia en 1520). Ved DUPUIS, *Origen de todos los cultos*, tomo XII, páginas 127 y 128.) Se trata de un extracto de la *Esfera pérsica*. Pero Leopoldo, en vez de transcribir las indicaciones positivas, no copió más que las figuras emblemáticas.

depositó sus secretos. Lo que también parece asignar el mismo origen a los conocimientos de los miembros de las sociedades secretas, es el horror, el espanto, el espíritu de persecución que inspiraba su ciencia; sentimientos tanto más enérgicos, cuanto más extendida se suponía dicha ciencia. Un confuso recuerdo los designaba como herederos de los sacerdotes politeístas, de los ministros de aquellos dioses destronados que sólo eran ya los genios del mal y de las tinieblas.

Tras de llevar sus conquistas más allá que los romanos extendieron su poder y, después de someter a los mismos vencedores de los romanos, el cristianismo, con más de seis siglos de existencia, parecía no tener que temer más que las disensiones que renacían sin tregua entre sus hijos, cuando apareció un hombre en un punto del globo casi ignorado. Extraño a los recursos de las ciencias ocultas, tuvo el valor de pasarse sin ellas, y Mahoma fué el primer hombre que hizo creer en una revelación: fundó una religión, declarando que el Dios que anunciaba le había negado el don de hacer milagros. En Siria, Egipto y Persia, rápidamente conquistados, sus feroces sectarios trastornaron la civilización; en Persia, sobre todo, su fanatismo persiguió con implacable rabia a los magos, depositarios de las ciencias religiosas. Cuatrocientos años más tarde, todavía en nombre del islamismo, y animados del entusiasmo destructor que siempre inspira a las hordas salvajes, los turcomanos inundaron el Asia, desde el pie del Cáucaso, hasta las orillas del mar Rojo, del golfo Pérsico y del Ponto-Euxino: parecía que para siempre habría de reinar ya la barbarie en aquellas regiones... Causas iguales producen efectos semejantes, por lo que, en aquellas dos épocas, los secretos de las ciencias ocultas salieron a la luz pública por efecto de la dispersión de sus poseedores. Desde el siglo VIII, una vez tranquilos en medio de sus conquistas, dedicáronse los ára-

bes con pasión al estudio de la magia: pidiéronla el arte de hacer oro y de descubrir los tesoros escondidos: anhelo natural en un pueblo enervado por el lujo y al cual el despotismo no dejaba conocer más propiedades seguras que las que podía apropiarse al huir. En el siglo XI, cuando los musulmanes civilizados temieron a su vez el fanatismo de sus nuevos hermanos, las relaciones de los europeos con los árabes y los moros habían tomado gran actividad, y se observa que entonces, el trato con éstos infestó de supersticiones mágicas las ciencias que aquéllos habían traído de Occidente. De diversas regiones de Europa acudían los estudiantes para frecuentar las escuelas de ciencias ocultas abiertas en Toledo, en Sevilla y en Salamanca (1). La escuela de Toledo era la más célebre: la enseñanza se perpetuó allí desde el siglo XII hasta fines del XV. Las sociedades secretas de Europa tomaron parte activa en aquellas comunicaciones, y por los adeptos que las componían hemos conocido la mayoría de los inventos físicos y químicos de los árabes.

2.° En la clase menos ilustrada de la sociedad es donde fueron en parte recogidos los secretos del politeísmo: el envilecimiento de la destruída religión dió a los hombres más ignorantes por sucesores de los taumaturgos que habían dominado durante tanto tiempo a los pueblos y a los reyes.

El vulgo puede ser desengañado de un falso prestigio y de los impostores que osaban prevalerse de él; pero mientras su razón no ha sido desarrollada por una sana instrucción, no mueren sus prevenciones supersticiosas; sólo abandonan un objeto para fijarse en otro... Eso es lo que entrevieron unos ministros subalternos del politeísmo, unos hombres cuya ciencia casi se limitaba a palabras, y cuyos secretos se referían al arte de persuadir que poseían muchos

(1) FROMANN, *Tratado de fascinación*, páginas 173 y 174.

y muy temibles de aquellos sacerdotes. Olvidando sus despreciados dioses hablaron de demonios, de genios, de *sortilegios* cuya acción terrible o bienhechora dirigían a su antojo.

A mediados del siglo VI, los francos y los visigodos dictaron leyes severas contra la magia, es decir, contra la última clase de los mágicos: los secretos de la alta teurgia eran guardados con demasiado cuidado para divulgarse entre los bárbaros, hasta el punto de alarmarles. Tales leyes prueban que aquella clase era ya numerosa y potente en todas partes a los ojos de la multitud.

Desde principios del siglo V habla, en efecto, san Agustín del *aquelarre* y de las asambleas de hechiceras: antes de esa época no se citaba más que a algunas magas aisladas, tales como aquellas cuyas brujerías contaron Apuleyo y Luciano. Lo cual es digno de notarse: la idea de *aquelarres*, de reuniones, implica la de una sociedad organizada que reconoce, en su seno, grados y jefes; en una palabra, la idea de una iniciación. Al descender a la hez de la sociedad, tomó un matiz innoble, pero siguió siendo una iniciación. No contentos con vender los milagros, los mágicos subalternos comunicaban también el don de producirlos, imitando las pruebas, los juramentos, las revelaciones y los espectáculos de las antiguas iniciaciones.

Se ha creído poder asignar como origen a las asambleas sabáticas, o más bien a las tradiciones que a ellas se refieren, las reuniones nocturnas de los druidas, sus danzas religiosas a la luz de las antorchas, las procesiones de las druidesas, vestidas con blancas túnicas; solemnidades que no se celebraban más que en el interior de las selvas, o en los desiertos, desde que el cristianismo había inducido a los reyes a perseguir la antigua religión del país (1). Ello

(1) Cree Brodel que las inmensas grutas que se encuentran en los Alpes, han sido habitadas antaño por los *faidhs*, o adeptos religiosos de

no tiene nada de improbable, pero puede creerse que aquí, como en la formación de las modernas sociedades secretas, se han fundido juntos los restos de diversas instituciones tomadas de diferentes edades y países; y que difícilmente se reconocería lo que, en su origen, ha pertenecido a cada una de ellas.

Aunque se pueda pensar, ¿tenemos derecho a dar por sucesores a los hechiceros del V y VI siglos, los brujos cuyas reuniones han sido perseguidas por todos los tribunales de Europa hasta el siglo XVIII?

Ya hemos intentado una aproximación análoga entre las sociedades secretas formadas por los sabios de la Edad media, y las escuelas de los filósofos teurgistas. Pero en aquéllas, las alteraciones producidas por el tiempo han influído en las formas y el secreto de la recepción; los conocimientos que se querían conservar subsistieron también mucho tiempo, a lo menos en lo que deja conocer su enunciado. Por el contrario, en las escuelas filosóficas, el fin de la iniciación y su historia han caído también en el olvido; para remontarnos a su origen, no tenemos más que algunos indicios imprecisos de las prácticas y ficciones que ponía en uso y que se han podido conservar: primero por la astucia y por la avaricia, que se apresuraron a buscar engaños, y luego por la credulidad ignorante y por la curiosidad que agudizaba el enojo de una vida sin gozos y sin porvenir.

Diversas consideraciones demuestran que tal aproximación no tiene nada de forzada. Sospecha Tiedemann que varias palabras bárbaras usadas en las operaciones de hechicería no son más que palabras latinas o griegas, mal leídas y peor pronunciadas por gente ignorante (1); palabras que, en su origen, formaron parte sin duda de fórmulas de ope-

las ciencias ocultas; de ahí, según él, nació la creencia de que esas grutas han sido y son todavía la *mansión de las Hadas*.

(1) TIEDEMANN, *De quoestione*, etc., páginas 102 y 103.

raciones o de invocaciones. Nada más probable: luego las tres palabras ininteligibles en griego, *Kongx*, *Om*, *Panx*, que pronunciaba el gran sacerdote al final de los misterios de Eleusis, son, para el capitán Wilford, las palabras sánscritas *causcha*, *om* y *pauscha*, que pronuncian cada día los brahmanes, al terminar sus ceremonias religiosas (1).

¿No hemos observado también, en las invocaciones de los modernos brujos, una mezcolanza de ideas astrológicas, cuya invención no se les puede atribuir, puesto que seguramente no las comprendían, y han debido recibirlas de predecesores más instruídos?

Para transportarse al *aquelarre* o, más bien para soñar que se transportaban a él, frotábanse los brujos el cuerpo con cierta pomada: el secreto de componerla, secreto que con tanta frecuencia les ha sido funesto, es el último, el único tal vez que han conservado. Un sueño súbito, profundo, duradero, comatoso, de visiones tristes y lúgubres, mezcladas a movimientos voluptuosos, era en general lo que producía la unción mágica, cuyos efectos combinaban así a los dos móviles más poderosos sobre el alma humana: el placer y el terror. La elección de las enérgicas substancias de se componía la pomada, el descubrimiento de su virtud y de la forma de emplearla, no pueden ser atribuídos a los brujos modernos que siempre se han encontrado entre la clase más pobre y más ignorante: esos conocimientos no hay que dudar que tienen un origen más elevado. La magia antigua usaba untos misteriosos; Luciano y Apuleyo describen los que empleaban Pamfila y la esposa de Hiparco; y estos dos autores no han hecho más que copiar las *Fábulas milesianas*, tan célebres por su antigüedad como por su amenidad (2).

La unción mágica, como comprobaremos muy pronto,

(1) WILFORD CAPTAIN, *The monthly repertory*, tomo XXIII, página 8.
(2) LUCIANO, *Lucius sive asinus*: APULEYO, *Metamorfosis*, libro IV.

no tenía otro efecto, en los tiempos modernos, que hacer nacer profundos sueños. Pero en la iniciación primitiva y las reuniones reales, ha debido servir — compuesta por ingredientes menos soporíferos —, para disponer a los adeptos a los misterios que iban a celebrar, de modo que aportasen a ellos, por adelantado, aquella embriaguez moral, aquel frenesí de creencia, tan necesario para crear y mantener la superstición y el fanatismo.

¿Podremos volver a hallar algunos vestigios de la iniciación primitiva?

En las declaraciones arrancadas por la tortura a los presuntos brujos, sobre lo que pasaba en el *sábado* se ve, en medio de variados detalles con toda la incoherencia de un estúpido delirio, se ve, repetimos, reproducirse cierto número de ideas uniformes. Y ello es, dice Tiedemann, porque se atormentaba a aquellos desgraciados hasta que hubiesen confesado todo lo de que se les acusaba, y porque las acusaciones eran siempre idénticas, conforme a las ideas preconcebidas de los jueces. Pero esas ideas raras, aunque seguidas y unidas entre sí, no las habían inventado de ningún modo los magistrados: ¿quién las había impreso originariamente en su espíritu, sino unas narraciones fundadas en acciones reales o en recuerdos conservados por una larga tradición? El fondo común a todas las declaraciones, que se componía de aquellas ideas, describiría por lo tanto, probablemente, con las alteraciones que el tiempo y la ignorancia no han debido dejar de aportar, algunas ceremonias antaño practicadas en las iniciaciones subalternas.

Y es natural creer, puesto que diversos indicios lo hacen probable, que tales iniciaciones se refiriesen a los últimos restos de los cultos destruídos. Si, como en tiempos de nuestros antiguos druidas, hace ciento cincuenta años se atribuían mágicas virtudes a la vara de encina (1): si, diariamente, encuentran los observadores atentos, en el fondo de los bosques, leyendas, supersticiones y costumbres que emanan de las antiguas religiones, ¡cuánta influencia no hubiesen conservado aquellas religiones sobre los hábitos y las creencias de la multitud en una época menos alejada de la de su esplendor! Las sacerdotisas del politeísmo y las druidesas, retiradas muy lejos de las ciudades, conservaron mucho tiempo la confianza y la consideración de los pueblos. Gregorio de Tours habla de la existencia de *pitonisas* en las Galias: en 798, se ven unas adivinas, proscritas, bajo el nombre de *striæ* por los capitulares de Carlomagno. Mucho más tarde, una multitud de hombres y de mujeres del campo, reuníanse todavía de noche, en desiertos lugares, para celebrar, con festines, carreras y bailes el culto de *Diana* o de la bienaventurada *Abundancia*, llamada también *Hera*, del nombre griego de Juno (1). Parece que el sacerdote que presidía la asamblea, iba vestido con una piel de macho cabrío, llevaba una máscara cornuda y barbada, queriendo figurar así a *Pan*, la divinidad de Mendès, que los griegos copiaron de Egipto. E igual que en ciertas ceremonias secretas del politeísmo, otros sacerdotes llevaban también probablemente disfraces de animales. Los nombres de *Diana* y de *Hera*, el recuerdo de *Pan*, nos hacen volver a la religión que derribó el cristianismo: pero, ¿no encontramos ya también los detalles que se repiten en todas las declaraciones de los brujos; las danzas, las carreras, los festines; el macho cabrío que se adora; los animales diversos que una imaginación exaltada transformó en demonios, suponiendo que servían de montura a los principales personajes que acudían a la ceremonia? En el siglo V, señalaba Máximo de Turín, en tales reuniones, un resto de paganismo. Setecientos años después, ha hablado de ello Juan de Salisbury. Se ha vuelto a hacer mención de ello

(1) FROMMANN, *Tratado de Fascinación*, página 697.

(1) DULAURE, *Historia de París*, tomo V, páginas 259 y siguientes.

en el siglo XIV, aunque es dudoso que entonces tuviesen lugar realmente : *la novela de la Rosa* dice que las personas que creían acudir a esas reuniones y reunirse allí *con el tercio de la población, eran víctimas de una ilusión*... Luego, en aquellos tiempos, las reuniones y ceremonias sabáticas habían caído en desuso ; no existían más que en los sueños de los brujos.

Después de haber intentado reanudar la cadena histórica que unió a los miserables llevados a la muerte como brujos por una estúpida ignorancia, con los últimos depositarios de los antiguos conocimientos ocultos, se desearía distinguir entre éstos a los creadores de la magia subalterna, o *brujería*. Hombres salidos de diversos templos, y poseedores de secretos diferentes, han contribuído, sin duda, a darle mayor extensión ; pero sospechamos que la hechicería ha sido fundada por aquellos sacerdotes egipcios de último orden que, desde el principio del imperio romano, viéronse errar por doquier ; públicamente despreciados, consultados en secreto, debieron naturalmente buscar prosélitos en la clase más ignorante de la sociedad. La aparición y adoración de un *macho cabrío* formaban parte esencial de las ceremonias sabáticas ; también el *gato* desempeñaba en ellas un gran papel, por desgracia suya, puesto que con frecuencia ha compartido el horror que inspiraban los brujos : ya se sabe cuán antiguo era en Egipto el culto al gato y al macho cabrío. También se sabe qué importancia tenía la *llave* en la brujería, qué curaciones han hecho la *llave* de san Juan, la *llave* de san Humberto, etc. : *Crioxanta*, tan frecuentemente reproducida en los monumentos egipcios, era una *llave* ; las ideas religiosas que la ponían en mano de las principales divinidades de Egipto, nos descubren, en la *llave*, el jeroglífico del soberano poder.

La *Pseudomonarchia dœmonum* nos parece que tiene asimismo un origen egipcio ; hecho importante, puesto que

la mayoría de los nombres que encierra ese texto, están reproducidos, con poca alteración, en los *folletos* de hechicería que se encuentran en las aldeas. Entre los genios de la *Pseudomonarchia* hay uno que es una *virgen-pez*, figura propia de los planisferios egipcios ; otro un anciano venerable, a caballo sobre un cocodrilo, con un *gavilán* en el puño. Un tercero se presenta bajo la forma de un *camello* que habla muy bien la lengua egipcia (se sabe que el *camello* reemplaza, en la Astronomía de los árabes, a la constelación de Sagitario) (1) ; y otro, en fin, que tan pronto parece un *lobo* como un *hombre* con mandíbulas de *perro*, como *Anubis*, representa a *Amún* o *Amón*, cuyo nombre descubre el origen : *Amún*, dios-universo, dios deconocido y secreto, al que el sacerdote egipcio rogaba que se manifestase a sus adoradores (2).

Hemos tenido que dar extensión a esta discusión : si las deducciones que de ella hemos sacado tienen verosimilitud, nos autorizan a citar a veces en nuestras investigaciones, hechos modernos que parecen arrancados a los conocimientos antiguos, propios para explicar, por analogía, los milagros de nuestros antepasados, al mismo tiempo que nos demuestran, propagándose casi hasta nuestros días, los errores nacidos entre la clase ignorante, con motivo del misterio en que se envolvía la ciencia, y el perjuicio que ese misterio ha causado a la inteligencia humana, comprimiendo los progresos de la ciencia, al hacerla morir silenciosamente entre las manos de la clase culta o ilustrada.

(1) J. SCALIGERI, *Notoe in M. Manilium*, página 484.
(2) Según Hecateo de Abdera, citado por PLUTARCO en su obra *Isis y Osiris*.

CAPITULO X

Enumeración de las maravillas que le era posible hacer al taumaturgo por la práctica de las ciencias ocultas.

Se va a abrir el santuario; teatro en donde se reunen tantos prodigios para probar el valor de los iniciados, subyugar su razón, exaltar su entusiasmo y recompensar su constancia. Sometido durante varios días a unas preparaciones variadas cuyo objeto se le oculta y cuya naturaleza se disfraza bajo formas religiosas, el aspirante ha entrado en una órbita de milagros, desconociendo su alcance, ignorando si le será permitido salir vencedor.

Inmóvil al principio, encadenado en el seno de unas tinieblas tan profundas como las de los infiernos, cuando, por momentos, viene una viva claridad a disipar la noche que le rodea, es para descubrirle su horror. Su espantada mirada entrevé, sin poder discernirlos, espectros, figuras monstruosas; oye que cerca de él silban las serpintes, aullan las fieras, se hunden las rocas con estrépito y el eco repite y prolonga a lo lejos aquellos aterradores ruidos... En un intervalo de calma, es tal su emoción todavía, que un roce ligero, un agradable sonido, le hacen temblar (1). Se aclara la escena, y súbitamente ve cambiar en torno

(1) He tomado estos párrafos de la pintura eminentemente poética que hace el autor del *Libro de la Sabiduría* (cap. XVII), de los terrores que atormentaron a los egipcios durante los *tres días de tinieblas.*

suyo el aspecto de los lugares y su decoración: tiembla la tierra bajo sus pasos y, tan pronto se eleva en una montaña, como se hunde en un abismo profundo; él mismo se siente levantar o arrastrar con rapidez, sin que nada le revele a qué impulsión obedece. Las pinturas y los mármoles parecen animarse ante su vista; el bronce derrama lágrimas; pesadísimos colosos se mueven y andan; las estatuas dejan oir un armonioso canto. Avanza, y unos terribles monstruos, centauros, harpías, vestiglos, hidras de cien cabezas le rodean, le amenazan, al par que mil imágenes desprovistas de cuerpo, se ríen igualmente de su miedo o de su valor. Raros fantasmas que ofrecen un parecido perfecto a hombres que yacen en la tumba desde mucho tiempo antes, a hombres que fueron objeto de su admiración o de su afecto, voltigean ante sus ojos, y se escurren sin cesar de sus abrazos, aunque parecen buscarlos. Retumba el trueno, cae el rayo y el agua se incendia y corre como un torrente de fuego. Un cuerpo seco y sólido fermenta, fúndese y se transforma en oleadas de espumeante sangre. Allá, algunos infortunados en vano se esfuerzan en llenar una urna poco profunda; el líquido que no cesan de echar en ella, jamás se eleva sobre su nivel; aquí unos amigos de la Divinidad prueban sus derechos a tal título desafiando el agua hirviente, el hierro al rojo, el bronce fundido, los encendidos tizones; mandan como dueños absolutos a los animales salvajes, a las feroces fieras; a su orden, se arrastran a sus pies enormes serpientes; cogen tranquilamente áspides y víboras; los despedazan, sin que éstos reptiles se atrevan a vengarse picándoles. Sin embargo, el aspirante ha oído cerca de él una voz humana: le llama, responde a sus preguntas, le dicta órdenes, pronuncia oráculos..., mas todo aquello que le rodea está inanimado; y cuanto más se acerca al sitio de donde parecen salir las palabras, menos advierte la causa que las produce, la voz con que llegan a su oido.

En el fondo de un estrecho subterráneo, inaccesible a la luz del día, una luz tan viva como la del sol, brillando de repente, le descubre, hasta una lejanía inmensa, encantados jardines, brillantes y magníficos palacios, inmortales mansiones de los dioses. Y allí se le presentan estos dioses; las más augustas señales han revelado su presencia. Su mirada los ve y los oye su oído... Su turbada razón, su extraviada reflexión y su pensamiento absorto por tantos milagros, le abandonan: enajenado, fuera de sí, adora las pruebas gloriosas de un poder sobrehumano y la presencia cierta de la Divinidad.

Por deslumbradoras que sean tales maravillas, no le parecerán nada al iniciado comparadas a los conocimientos que le están reservados, si su cuna, su valor, su celo, su genio, le llaman a ocupar un puesto algún día en las filas más elevadas del sacerdocio. El sabrá hacer por sí mismo todo lo que le ha llenado de admiración, y el secreto de maravillas más importantes le será revelado.

Ministro de una divinidad indistintamente bienhechora y vengativa, pero siempre todopoderosa, te obedecerán los hombres y los elementos. Asombrarás a la multitud absteniéndote de todo alimento, y la llenarás de reconocimiento volviendo sana la bebida impura que el exceso de sed le obliga a aceptar. Turbarás el espíritu de los hombres, les harás caer en una estupidez animal o en una rabia feroz, y les harás olvidar sus males, liberándoles de las garras del dolor; exaltarás hasta el fanatismo su audacia y su docilidad; en sus visiones, colmarás sus más ardientes deseos; hasta frecuentemente, sin intermediario material, dueño de su imaginación, accionarás sobre sus sentidos, dominarás su voluntad. Árbitro de sus diferencias, no tendrás necesidad, como ellos, de interrogar a testigos, de contrapesar declaraciones: una sencilla prueba te bastará para distinguir al inocente y al hombre verídico del criminal y del perjuro,

fulminados, ante ti, por una muerte dolorosa e inevitable. Los hombres te implorarán en sus dolencias, y a tu voz, disipará el cielo sus enfermedades; hasta arrancarás a la muerte la presa ya cogida. ¡ Malhaya quien te ofenda ! Harás caer la lepra, la ceguera, la muerte, sobre los culpables; prohibirás a la tierra que dé sus frutos; envenenarás el aire que respiran; y el mismo aire y los vapores te proporcionarán armas contra tus enemigos. El más terrible de los elementos, el fuego, será tu esclavo: nacerá espontáneamente a tu voz, cegará los ojos a los más incrédulos, y el agua no podrá extinguirle; brotará, terrible como el rayo, contra tus víctimas y, rasgando el seno de la tierra, la obligará a devorarlos. El mismo cielo reconocerá tu poder: predicarás a tu antojo y dirigirás las variaciones de la atmósfera y las convulsiones de la tierra. Dominarás la tempestad; jugarás con sus rayos y los temblorosos te creerán con poder para lanzarlos sobre sus cabezas... Tales son los dones de la Divinidad que nos inspira; tales son los medios de convicción por los cuales hemos de sujetar al pie de sus altares a todos los hombres, cualesquiera que sean sus categorías fuera del templo, ya que todos fueron creados para creer, adorar y obedecer.

Esas inmensas promesas han sabido cumplirlas las ciencias ocultas: mil veces la mirada atenta ha visto tales milagros, mientras el entusiasmo impedía remontarse a sus causas. Y nosotros, a qüienes nos está permitida esta investigación, además de prescrita, también creemos en esos milagros, los admiramos en la variedad de conocimientos necesarios para producirlos, aunque sin perder de vista la mezcla de destreza, de charlatanismo e impostura que había en la sombra del misterio. Nosotros mismos hemos señalado tan vergonzasa mezcolanza; pero libre de las impurezas que le ensucian, el metal precioso recobra todo su brillo y todo su valor.

CAPITULO XI

Maravillas producidas por la mecánica: suelos movedizos, autómatas, ensayos en el arte de elevarse en el aire.

Entre los *hechizos* que componían las pruebas y espectáculos de las iniciaciones, no se pueden desconocer, a primera vista, los secretos de una mecánica y de una acústica ingeniosamente aplicadas; las sabias ilusiones de la óptica, de la perspectiva y de la fantasmagoría; diversos inventos correspondientes a la hidrostática y a la química; el hábil empleo de observaciones prácticas sobre las costumbres y las sensaciones de los animales; el uso, en fin, de esos secretos, practicados en todos los tiempos y vueltos a hallar siempre con sorpresa, que preservan de la acción del fuego a nuestros débiles órganos, a nuestra carne tan fácilmente vulnerable.

En los antiguos textos no se encuentra la indicación positiva de la posesión teórica de todos esos conocimientos; pero los efectos hablan y nos obligan a admitir la existencia de causas. Es más prudente convenir en ello, repetimos, que tildar gratuítamente de impostura tantas narraciones, en las que el progreso de las ciencias ha hecho desaparecer a la vez lo maravilloso y lo imposible. Lo que los antiguos dicen haber hecho, nosotros poseemos medios de hacerlo: luego les eran conocidos medios equivalentes. A los que

rechazaren la consecuencia, les preguntaré si la historia de las ciencias de la antigüedad, esa historia voluntariamente rodeada de tantas tinieblas, ha llegado a nosotros de tal modo detallada y completa que podamos, con exactitud, definir su extensión y fijar sus límites.

Y lo mismo sucede con lo que concierne a la mecánica. «La ciencia de construir unas máquinas maravillosas, cuyos efectos parecen trastornar el orden entero de la Naturaleza», la mecánica, puesto que así es como la definió Cassiodoro (1), llegó entre los antiguos a un punto de perfección al que los modernos no han podido llegar hasta hace muy poco tiempo... ¿Lo han sobrepujado hoy mismo? ¡Hoy, que con todos los medios de acción que el progreso de las ciencias y los descubrimientos modernos han puesto a la disposición de los mecánicos hemos encontrado tantas dificultades para asentar sobre un pedestal uno de aquellos monolitos que hace cuarenta siglos erigían los egipcios con tanta profusión ante sus edificios sagrados! ¿No bastaría, por otra parte, citar los inventos de Arquímedes para que seamos crédulos sobre los milagros que podía producir la mecánica en los templos? Aunque se observa que aquel gran hombre, demasiado seducido por las doctrinas de Platón, concedía escasa importancia a las más brillantes aplicaciones de la ciencia; no apreciaba más que la teoría pura y las investigaciones especulativas. Hasta se cree (2), equivocadamente quizá, que no ha dejado nada escrito sobre la construcción de aquellas máquinas que tanta gloria le dieron. Solamente el taumaturgo conocía todo el valor de los secretos que podía proporcionarle la práctica de la ciencia; y el injusto desdén de los filósofos le ayudaba a tener los medios de su poder sumidos en una obscuridad inabordable.

(1) CASSIODORO, *Vanar*, libro I, capítulo 45.
(2) PLUTARCO, *In Marcell*, vrs. 18 y 22.

Entre los infames misterios denunciados a la severidad de los magistrados romanos, el año 186 antes de nuestra Era, que sin duda se derivaban de iniciaciones más antiguas, se hablaba de *ciertas máquinas que arrastraban y hacían desaparecer* a aquellos desgraciados que, según se decía, eran arrebatados por los dioses (1). Y de igual modo en otros casos, sentíase súbitamente arrastrar el aspirante a la iniciación... Nos asombraríamos de que el artificio, descubierto esta vez, continuase siendo adorado en otros misterios, si la credulidad humana no nos ofreciese a cada paso el espectáculo de contradicciones tan poco palpables.

Para descender a la gruta de Trofonio, poníanse los que iban a consultar el oráculo, en una abertura demasiado estrecha para dar paso a un hombre de mediano tamaño. Sin embargo, apenas habían metido las rodillas, se sentían arastrados adentro con rapidez. Luego al mecanismo que obreba sobre el hombre, uníase otro que ensanchaba súbitamente la entrada de la gruta (2).

Los sabios de la India llevan a Apolonio al templo de su dios cantando himnos y formando un cortejo sagrado. La tierra que, cadenciosamente, golpean con sus bastones, se mueve como un agitado mar, y los levanta hasta *dos pasos de altura*; se aquieta luego y recobra su nivel (3). El cuidado de golpear con los bastones traiciona la necesidad de advertir al obrero que, situado bajo un teatro movedizo, recubierto de tierra, lo eleva con un mecanismo bastante fácil de concebir.

Si creemos a Apolonio, solamente los sabios de la India podían ejecutar ese milagro. Es probable, no obstante, que un secreto análogo existiese en otros templos. Algunos viajeros ingleses han visitado, en Eleusis, los restos del templo

(1) Tito Livio, libro XXIX, cap. 13.
(2) CLAVIER, *Memoria sobre los oráculos antiguos.*
(3) FILOSTRATO, *Vida de Apolonio,* libro III, capítulo 5.

de Ceres (1). El pavimento del santuario es arenoso e irregular: está mucho más bajo que el del pórtico contiguo. Luego existía, al nivel de éste, un piso de madera que ocultaba bajo el santuario, un subterráneo destinado al manejo de algunas máquinas. En el suelo de un vestíbulo interior, nótanse dos surcos o ranuras profundamente hondas; ningún carruaje de ruedas hubiese podido entrar en aquel lugar; luego los viajeros piensan, en consecuencia, que en tales ranuras habría unas poleas que servirían, en los misterios, para levantar un cuerpo pesado, *acaso*, dicen, *un piso movible.* Lo que confirma su conjetura es que, más lejos se ven otras hendeduras en las que podían moverse los contrapesos que elevaban el suelo; vense, también, los huecos para las cuñas que lo sostenían inmóvil, a la altura deseada. Trátase de ocho agujeros hechos en bloques de mármol, levantados a distinta altura: cuatro a la derecha y cuatro a la izquierda, propios para recibir cuñas o clavijas de una dimensión extraordinaria.

Esos asientos que, en el instante en que se acomoda en ellos, retienen sentada a la persona de un modo que no se puede levantar, no son, como se ha creído, un invento del siglo XVIII. Dicen los mitológicos que Vulcano hizo a Juno el presente de un trono en el que la diosa, apenas sentada, se encontró encadenada (2).

Vulcano había adornado el Olimpo con trípodes que, sin motor aparente, se ponían en sus sitios asignados en la sala del banquete de los dioses (3): Apolonio vió y admiró trípodes semejantes entre los sacerdotes de la India (4). La construcción de autómatas tampoco es una invención reciente, ya que Macrobio da fe de que en Antium, en el

(1) *The unedited antiquities of Attica, by the Society of dilettanti:* Londres, 1817. *Monthly Repertory,* tomo XIII, páginas 8 y 11.
(2) PAUSANIAS, *Ática,* capítulo 20.
(3) HOMERO, *Iliada,* libro XVIII, versículos 375-378.
(4) FILOSTRATO, *Vida de Apolonio,* libro VI, capítulo 6.

templo de Hierápolis, había estatuas que se movían por sí mismas (1).

Como prueba de la habilidad de los antiguos cabe citar además la paloma de madera fabricada por el filósofo Archytas, que volaba y se sostenía algún tiempo en el aire. La mención de esta obra maestra nos recuerda naturalmente el deseo que ha tenido el hombre, en todo tiempo, de llegar a ser rival de las aves en los aires, como el arte de nadar y, sobre todo, el arte de dirigir naves le hicieron, en las aguas, rival de los habitantes de ríos y de mares. Citemos a Dédalo e Icaro: «Perseguido por Minos, por haber revelado a Teseo los caminos y salidas del laberinto, huyó Dédalo por mar con su hijo» (2); sus *alas* fueron las velas que fué el primero en adaptar a sus barcas en Grecia, mientras que los navíos de su perseguidor sólo bogaban a golpe de remo. Lo que es aún más verosímil, dado que él pudo conocer en Egipto el uso de las velas, así como trajo de aquel país la idea de la construcción del laberinto. Pero si volvemos nuestra mirada hacia Oriente (lo que estaremos en el caso de hacer a menudo), un testimonio, bastante sospechoso por cierto (3), nos presenta una estatua de Apolo que, llevada procesionalmente por los sacerdotes del dios, se elevaba en el aire, volviendo a caer justamente en el punto de donde había partido, como haría, en nuestros jardines públicos, un aeróstato sujeto a un cable. Unas narraciones, cuyo origen es sin duda muy antiguo, nos proporcionan también dos hechos demasiado singulares para que nos permitamos pasarlos en silencio: uno es un gato volador que un hombre dirige a su antojo cuando está en los aires, y que es presentado como una obra maestra de arte y no como obra mágica. Y otro es una pequeña barquilla, sujeta bajo un globo, en la que se mete un hombre; el globo, lanzándose a los aires, transporta rápidamente al viajero adonde desea ir... (1). ¿Qué deducir de ambos relatos? Nada más que comprobar que los ensayos de la mecánica en ese género, se remontan probablemente a una época más remota que la de Archytas; así como también prueban que el Tarentino, discípulo de Pitágoras, a su vez discípulos de los sabios de Oriente, no excitó quizá la admiración de Roma más que por unos secretos sacados de los templos de Menfis o de Babilonia.

(1) MACROBIO, *Saturnal*, libro I, capítulo 23.
(2) HERÁCLITO, *De Politiis*, verb. *Icaro*.
(3) Tratado anónimo sobre *La diosa de Siria*.

(1) *Las mil y una noches*, noche 556, tomo VI, páginas 144-146.

CAPITULO XII

Acústica: imitación del ruido del trueno; órganos; arcas resonantes; androides o cabezas parlantes; estatua de Memnón.

¿Cómo no se traicionaba la impostura a sí misma? El chirrido de las poleas, el roce de las cuerdas, el ruido de las ruedas, el estrépito de las máquinas, por muy distraído que fuese el aspirante, debían herir su tímpano y revelarle la débil mano del hombre, allí donde se pretendía hacerle admirar la obra de genios topoderosos. Tal peligro fué comprendido y previsto: lejos de procurar amortiguar el ruido de las máquinas, los que las hacían funcionar, se aplicaron a aumentarlo, seguros de aumentar con él el terror y la docilidad.

El tableteo horrísono que acompaña al rayo, mirado por el vulgo como el arma de los dioses vengadores, supieron hacerle oir los taumaturgos cuando hablaban en nombre de esos dioses.

El laberinto de Egipto contenía diversos palacios construídos de tal modo que no se podían abrir sus puertas sin oir en el interior el terrible estampido del trueno (1). Cuando Darío, hijo de Hystaspes, subió al trono, retumbó el trueno y vióse brillar un relámpago en el mismo instante

(1) PLINIO, *Historia Natural*, libro XXXVI, capítulo 13.

en que sus nuevos vasallos caían prosternados ante él y le adoraban como elegido de los dioses.

El arte de encantar el oído casi tiene tanta importancia, para el taumaturgo, como el de aterrorizarlo. Pausanias, que cuenta seriamente tantas leyendas fabulosas, tacha no obstante a Píndaro de haber inventado *las vírgenes de oro, poseedoras de una voz encantadora*, que adornaban, según el poeta tebaico, los artesonados del templo de Delfos (1). Menos incrédulos que él, nosotros ponemos un instrumento de música con sonidos imitadores de la voz humana, detrás de las estatuas de las vírgenes, o de los dorados bajos relieves de donde parecen salir los armoniosos cantos. Un sencillo juego de órganos bastaba para ello; y los órganos hidráulicos eran bien conocidos de los antiguos; cierto trozo de san Agustín hasta parece indicar que no eran ignorados los órganos de fuelle.

La historia de una piedra maravillosa que, según se dice, se hallaba en el Pactolo, nos muestra una invención mucho menos común. Puesta en la entrada de un tesoro, ahuyentaba esa piedra a los ladrones, aterrados al oir salir de ella los estridentes sonidos de una trompeta (2). Hoy se fabrican arcas de caudales que dejan oir los mismos sonidos, así que las abren furtivamente. El autor frigio de una de estas obras maestras de mecánica quizá no había ocultado su secreto, como pudiera creerse, tras una leyenda fabulosa: para que se haya expresado exactamente, ¿no bastaba con que el cuerpo sonoro que empleaba fuese una piedra sacada de los ríos o de los montes próximos al Pactolo? Porque la propiedad de resonar le era común con la piedra sonora que se conservaba en Megara (3); con el granito rojo de Egipto; con las piedras que se em-

(1) PAUSANIAS, *Focia*, capítulo V.
(2) *Tratado de los ríos y los montes*, atribuído a PLUTARCO, vers. 7.
(3) PAUSANIAS, *Ática*, capítulo 42.

plean en la China para fabricar instrumentos de música; con la piedra verde y brillante de que está formada una estatua encontrada en *Palenqui-Viejo* (1); con ese basalto, en fin, del que existen en el Brasil bloques considerables que producen un sonido muy claro cuando se golpean (2). Lo demás pertenece a la ignorancia y al amor a lo maravilloso.

Inteligibles palabras han sido proferidas por un niño en el momento de nacer, por animales, por árboles, por estatuas, o bien han resonado espontáneamente en el solitario recinto de un templo: eso es lo que nos cuentan con frecuencia las antiguas historias. El prestigio de engastrimitismo basta para explicar una parte de tales narraciones, pero no todo. Es por lo tanto más sencillo, mirar como efectos del arte, esas voces cuyo origen no es advertido, y atribuir el milagro al invento de los androides, invento que, aunque descrito en libros muy extendidos, todavía excita en nuestros días bajo el nombre de *cabeza parlante*, la admiración del vulgo y aun la de ciertas personas que no creen ser vulgares.

Dirígense, en voz baja, preguntas a una muñeca, a una cabeza de cartón o de metal, o a una arqueta de vidrio, y muy pronto se oyen respuestas que parecen salir del objeto inanimado: la acústica enseña los procedimientos que hay que poner en juego para que una persona situada en un lugar bastante alejado oiga y sea oída tan inteligiblemente como si ocupase el sitio en que está el *androide* que hace hablar. No es de ningún modo una invención moderna. Hace más de doscientos años explicó sus principios J. B. Porta en su *Magia natural*; pero en tiempos más lejanos, tales principios conservábanse secretos, y la

(1) *Revista enciclopédica*, tomo XXXI, página 850.
(2) MAWE, *Viaje por el interior del Brasil*, tomo I, capítulo 5, pág. 158.

maravilla que producen presentábase sola a la admiración de los hombres (1).

A fines del siglo XIV, una *cabeza parlante*, construída en barro cocido, excitaba en Ingaterra la admiración de los curiosos. También era de tierra la que hizo Alberto el Grande en el siglo XIII. Gerbert que, con el nombre de Silvestre II, ocupó el santo solio de 999 a 1003, había fabricado una en bronce (2). Esta obra maestra hizo que fuera acusado de magia; acusación fundada, si se hubiese dado el mismo sentido que nosotros al concepto de obra mágica: era el resultado de una ciencia que estaba fuera del conocimiento del común de los hombres.

Aquellos sabios no descubrieron nada; habían recibido de predecesores muy lejanos, un secreto que sobrepujaba y trastornaba la débil inteligencia de sus contemporáneos.

Odín, que llevó a los escandinavos una religión y unos secretos mágicos copiados de Asia, poseía una *cabeza parlante*. Se decía que era la cabeza del sabio *Mimer*, que Odín había hecho engarzar en oro después de la muerte de aquel héroe; él la consultaba, y las respuestas que de ella recibía eran reverenciadas como los oráculos de una inteligencia superior.

Otros, además del legislador del Norte, habían procurado hacer la credulidad más apremiante y más dócil, suponiendo también que las *cabezas* de que se servían habían sido otrora animadas por la inteligencia de hombres vivientes.

No es preciso citar, en este sentido, al niño que devoró por completo, excepto la cabeza, el espectro de Policrite; haciendo dicha cabeza unas profecías que no dejaron nunca de realizarse: este mito pertenece probablemente a la alegoría (3). Pero, en Lesbos, hacía oráculos

(1) J. B. PORTA, *De magia naturali*, tít. 10.
(2) ELÍAS SCHEDIUS, *De diis germanis*, páginas 572 y 573.
(3) NOEL, *Diccionario de la Fábula*, art. *Policrite*.

una *cabeza parlante*; predijo al gran Ciro, cierto es que en términos equívocos, la sangrienta muerte que debía poner fin a su expedición contra los escitas: se trataba de la *cabeza de Orfeo*. Era famosa entre los persas; también lo fué entre los griegos desde la época de la guerra de Troya: tal era la celebridad de sus oráculos que el mismo Apolonio tuvo envidia de ella (1).

Según varios rabinos, las *Terafimes* eran cabezas de muerto embalsamadas, a las que se ponía debajo de la lengua una plaquita de oro, como se había circundado de oro la cabeza de Mimer. Colocadas en un muro, contestabaa a las preguntas que se les dirigían. Dicen otros rabinos que las *Terafimes* eran simulacros de unos rostros que, después de haber recibido la influencia de los astros poderosos, conversaban con los hombres y les daban saludables avisos (2). De las expresiones de Maimónides sobre esta materia, se puede deducir que se construían ex profeso unos edificios para colocar en ellos las imágenes parlantes; lo que se comprende tan bien como el cuidado que se tenía en otros casos para aplicarlas contra el muro; siempre hace falta una disposición local propia para producir el milagro de acústica.

Este milagro no era ignorado en la comarca fecunda en maravillas de donde sacaron los hebreos todos sus conocimientos. Los sacerdotes poseían allí *el arte de hacer dioses* (3), de fabricar estatuas dotadas de inteligencia, que predecían el porvenir e interpretaban los sueños. Hasta confiesa que unos teurgistas afectos a una doctrina menos pura, también sabían *hacer dioses*, estatuas que animaban los demonios y que, en virtudes sobre naturales, cedían poco a las

(1) Filostrato, *Vida de Apolonio*, lib. IV, cap. 4.
(2) R. Maimónides, *More Nevochim*, parte III, capítulo 30.
(3) Mercurio Trismegisto, *Pymander*. *Asclepio*, Basilea, 1532, páginas 145 a 165.

obras sagradas de los verdaderos sacerdotes. En otros términos, el mismo secreto físico era puesto en acción por dos sacerdocios rivales.

Los antiguos poseían, como nosotros, el arte de construir *androides* (1); y, desde sus santuarios, ese arte ha llegado a nuestros laboratorios de física por mediación de los tenebrosos sabios de la Edad media: tal es la conclusión que sacamos de lo que precede; nos parece más admisible que la suposición de imposturas y supercherías groseras, renovadas sin cesar (2).

¿Era una aplicación de la ciencia, igual o superior a las que hemos enumerado, la maravilla que todavía renovaba en Egipto cada día la estatua de Memnón, cuando, con su voz armoniosa, saludaba el nacimiento del sol?

¿El secreto del milagro obedecía a un arte ingeniosamente oculto o únicamente a un fenómeno que ciertos espectadores ávidos de maravillas no se cuidaban de profundizar? A esta alternativa se reducen, a mi parecer, todas las conjeturas que se han aventurado sobre esta materia (3).

La segunda suposición nos proporcionaría un ejemplo más de la habilidad con que sabían los sacerdotes trocar en milagros los hechos propios a asombrar al vulgo.

La primera ha sido adoptada por varios autores con-

(1) Creemos esta explicación suficiente, y para completarla, no citaremos las *cabezas parlantes*, presentadas por el abad Mical a la Academia de Ciencias en 1783. Tales cabezas pronunciaban palabras y frases, pero no producían una imitación bastante perfecta de la voz humana.
(2) Lejos de exagerar los conocimientos acústicos de nuestros antepasados, no llegamos a donde Fontenelle, que supone (*Historia de los Oráculos*, 1.ª parte, cap. 13) que los sacerdotes antiguos conocieron el uso del *altavoz*. El P. Kircher afirma que Alejandro se valía de un *altavoz* para hacerse oir al mismo tiempo, de todo su ejército; lo cual me parece poco probable.
(3) El interés que presenta esta discusión me ha decidido a exponerla, con algún detalle, sin pretender terminarla en la nota B, *De la estatua de Memnón*.

temporáneos; y es, según creo, la que los sacerdotes querían hacer prevalecer.

Juvenal llama *mágicos* a los sonidos que salían de la estatua; y nosotros hemos demostrado que, entre los antiguos, era la magia la ciencia de producir maravillas por unos procedimientos científicos desconocidos para el mayor número de los hombres. Un crítico del satírico latino es más explícito todavía, y, al comentar ese párrafo, habla del sabio mecanismo de construcción de la estatua (1); lo que es decir claramente que la voz resultaba del manejo de un mecanismo. Cuando aquel autor reducía así a una obra maestra de mecánica la maravilla de la estatua de Memnón, hablaba sin duda según una tradición oída. Cuya tradición nada quitaba, sin embargo, a los sentimientos de admiración y piedad que la voz sagrada despertaba en el alma de sus oyentes (2). Allí se reconocía un *milagro*, según el primitivo sentido de esta palabra; una cosa admirable en la que agradaba referir la invención a la inspiración de los dioses, pero que nada tenía de sobrenatural. A la larga, se obscureció esa noción en la inteligencia de la multitud; entonces, y acaso sin que los sacerdotes hubiesen pretendido engañar a los adoradores, transformóse la maravilla de arte en un prodigio religioso todos los días renovado.

(1) LANGLÉS, *Disertación sobre la estatua vocal de Memnón*, *Viajes de Norden*, tomo II, capítulo 23.

(2) Ved las inscripciones grabadas en el coloso. Letronne las ha reunido y explicado en la obra titulada *La estatua de Memnón*, París, 1833, páginas 113-240.

CAPITULO XIII

Óptica; efectos semejantes a los del diorama; fantasmagoría; apariciones de los dioses y de las sombras de los muertos; cámara negra; magos de aspectos y rostros cambiantes, hechizo increíble.

Todos nuestros sentidos son tributarios del reino de lo maravilloso, y la vista aún más que el oído. Por poco que se prolonguen, los sonidos agradables perderán su encanto, el ruido estrepitoso ensordecerá, las voces maravillosas se harán molestas. Mas aunque las ilusiones ofrecidas a la mirada se sucedan sin descanso, no dejarán de ocupar la atención del hombre, que siempre anhela nuevos espectáculos; su variedad y sus contrastes no dejarán lugar a la reflexión, ni permitirán el acceso a la monotonía.

Por muchos prodigios que tuviese que crear la óptica en las representaciones pomposas o terribles de los misterios y de las iniciaciones, y en los milagros de los taumaturgos, nunca faltaban recursos científicos para producirlos. Los antiguos sabían fabricar espejos que presentaban múltiples imágenes, imágenes invertidas y lo que es aún más raro: en una posición particular, perdían la propiedad de reflejar. No importa que esta última propiedad se debiera solamente a la destreza, o que tuviese alguna analogía con el fenómeno de la luz polarizada que, al llegar a un cuerpo y

reflejarse bajo cierto ángulo, es absorbida y no produce ninguna imagen; y no importa porque su empleo era propio para producir numerosas maravillas. Aulo Gelio, citando a Varrón, nos enseña estos hechos y al mismo tiempo hace el estudio de unos fenómenos tan curiosos como indignos de la atención de un sabio. De cualquier principio que emanase una opinión tan poco razonable pero común a todas las clases cultas de la antigüedad — opinión que Arquímedes no dejó de compartir —, se comprende cuán útil le sería al taumaturgo: sus milagrosos secretos no hubieran merecido por mucho tiempo tal nombre, si los hombres que iban creando la ciencia bajo la influencia luminosa de la civilización perfeccionable, en lugar de encerrarse en el estudio de la teoría, hubieran dirigido sus investigaciones hacia la práctica combinación de los fenómenos.

Los deliciosos jardines, los magníficos palacios que, desde el seno de una profunda obscuridad, aparecían súbitamente iluminados por una luz mágica, algo como un sol que les fuese propio, fueron reproducidos ante nuestra vista por un invento justamente admirado: *el diorama*. Su artificio principal consiste en la manera de hacer caer la luz sobre los objetos, mientras se tiene al observador en la obscuridad. No era eso difícil, cuando el iniciado, arrastrado de subterráneo en subterráneo, ora elevado en el aire, ora volviendo a caer con rapidez, podía creerse perdido en las profundidades de la tierra, mientras que el sitio obscuro en que se encontraba, estaba al nivel del suelo que le sostenía. ¿Y cómo no iban a conocer los taumaturgos un invento tal, cuando no buscaban más que los medios de multiplicar las maravillas? Sin ningún esfuerzo del arte, bastaba la observación para revelárselo. Si, a una larga galería que sólo recibe luz en su extremidad, sucede una glorieta de árboles frondosos, el paisaje que se ve más allá de la glorieta se acerca y se extiende como un cuadro del *diorama*, ante la vista de las personas situadas en el fondo de la galería.

La ilusión era susceptible de aumentarse aún por la unión de medios mecánicos a los efectos de pintura y perspectiva. En el *diorama* expuesto en París, en 1826, que representaba un claustro en ruinas, una puerta se abría y se cerraba como por efecto de un viento violento. Cuando estaba abierta, veíase a lo lejos una inmensa campiña y varios árboles que proyectaban sobre los escombros del claustro sombras más o menos densas, según los rayos que dejaban pasar del sol, las nubes que se veían a través de las ruinas, paseándose rápidamente por el cielo. Tal artificio, poco aprobado por los amigos severos de las bellas artes, transportadle al fondo de un santuario, ponedle ante la vista de hombres creyentes y enamorados del milagro: ¿tendrán la menor duda sobre la realidad de unas apariencias que presentan la verdad, la movilidad de la Naturaleza?

De los milagros que produce la óptica, las apariciones, aunque sea el más corriente, es el más célebre.

En la misma remota antigüedad, y bajo el influjo de civilizaciones estacionarias, todo hombre que hubiera visto un dios debía morir o perder por lo menos el uso de la vista. Este singular temor, cuya causa indicaremos en otra parte, fué cediendo con el tiempo, por la necesidad que tenían las almas ardientes de entrar en comunicación directa con los objetos de su adoración. Lejos de ser temidas, las apariciones de los dioses se convirtieron en una señal de su favor; dieron un prestigio respetable a los sitios en que se recibían los homenajes de los mortales. El templo de *Enguinum*, en Sicilia, era menos reverenciado por su antigüedad que por haber sido favorecido diversas veces con la aparición de las *Diosas-madres* (1). En Tarsis, tenía Es-

(1) PLUTARCO, *Vida de Marcelo*, página 205.

culapio un templo, en el que se manifestaba él mismo a menudo, a sus adoradores (1). Cicerón habla de las frecuentes apariciones de los dioses. Varrón, citado por san Agustín (2), dice que Numa y Pitágoras veían en el agua las imágenes de los dioses, y que este género de adivinación había sido llevado de Persia a Italia, así como el arte de hacer aparecerse a los muertos.

Ambas artes, en efecto, debieron no constituir más que una sola, y las hallamos de nuevo en Asia, mucho antes de los tiempos de Numa o de Pitágoras. La pitonisa de *Ain-dor* evoca ante Saúl la sombra de Samuel: ve, según dice, a un dios que *se eleva* desde el seno de la tierra. Esta expresión, repetida más de una vez en el texto (3), da la interpretación del párrafo en que habla Plinio de un pedestal que había en el antiguo templo de Hércules, en Tiro. «En este pedestal, dice, hecho con una *piedra sagrada, se elevaban* fácilmente los dioses» (4); es decir, que de allí parecían salir preferentemente las apariciones milagrosas.

En un país situado muy lejos de Asia, pero que debió a una colonia salida de las orillas del *Ponto-Euxino* sus tradiciones y sus creencias, se conoció también el arte de interrogar a los hombres más allá de su muerte. En el *Hervorar Saga*, un poeta escandinavo adorna con colores de la más elevada poesía la evocación de un guerrero muerto en un combate, la larga resistencia que oponía la petición que le es dirigida, y las siniestras predicciones con que castiga la violencia que se le hace sufrir.

Un arte que Persia había transmitido a Italia, no podía quedar desconocido en Grecia. Lo encontramos en ella en una época muy antigua. «Inconsolable por la muerte de Eu»rídice, Orfeo se dirigió a Aornos. Aquí había antiguamen-

(1) FILOSTRATO, *Vida de Apolonio*, libro I, capítulo 5.
(2) En *De civitate Dei*, libro VII, capítulo 35.
(3) *Reyes*, libro I, capítulo 28.
(4) PLINIO, *Historia Natural*, libro XXVII, capítulo 10.

»te un santuario en donde se evocaba a los muertos (*Nekyo»mantion*). Creyó él que la sombra de Eurídice le seguía: »y al volverse, viendo que se había engañado, se mató» (1). Esta histórica explicación del mito de Orfeo nos revela una particularidad curiosa: la existencia, en aquellos remotos tiempos, de lugares consagrados a la evocación de los muertos, a la aparición de las sombras.

Las sombras eran mudas algunas veces; pero más a menudo, el *engastrimitismo* de que se valió la pitonisa consultada por Saúl, pudo prestarles discursos y aun oráculos. Esta conjetura, difícil de rebatir, presenta bajo un nuevo aspecto el undécimo libro de la Odisea. Homero cuenta realmente en ella la admisión de Ulises, pero solamente de él (2), en un *Nekyomantion*, donde el jefe de Itáquea conversa con los amigos que le quitó la muerte. Una innumerable multitud de apariciones y un ruido aterrador interrumpen tan maravillosos diálogos: Ulises se aleja, temiendo que Proserpina, irritada, haga salir del seno de los infiernos la cabeza de la *gorgona*: tales eran los medios que se ponían en juego para alejar a los espectadores, cuando su curiosidad llegaba a ser molesta, o se prolongaba mayor tiempo que los recursos del espectáculo.

Aquí es donde Homero introduce a Aquiles, exaltando la vida como el mayor de los bienes, y prefiriendo la condición del más miserable de los seres vivos a su imperecedera celebridad. Se ha criticado vivamente el mentís que da la sombra de Aquiles al carácter atribuído al más intrépido de los guerreros. Donde la invención poética sería censurable, hay que admirar la fidelidad de la narración. Ha existido una época (y todavía era reciente en Grecia, en los tiempos del sitio de Troya) en que la casta sacerdotal, que había recibido hasta entonces la total adoración de los hom-

(1) PAUSANIAS, *Boeotic*, capítulo 30.
(2) *Odisea*, libro X, vers. 528.

bres, se indignó al ver que los guerreros, sin más títulos que su valor, su fuerza y sus combates, se hacían reconocer como *semidioses* y *héroes*, hijos de cualquier divinidad, usurpando así una admiración y un poder reservado por entero a los poseedores de artes mágicas. ¿Qué doctrina debían proclamar en sus revelaciones religiosas dichos poseedores? La más propia para enfriar el entusiasmo guerrero. ¡Y nada más hábil en Grecia que elegir como intérprete de esa pusilánime doctrina la grande alma de Aquiles! «Un perro vivo vale más que un león muerto» (1). He ahí lo mismo que enseñaba a los belicosos árabes un libro posterior a lo menos en dos siglos a los viajes de Ulises, pero calcado visiblemente en la escuela teocrática.

El proceso entre el incensario y la espada parecía acabado sin remedio, cuando Virgilio decidió seguir las huellas de Homero; y el poeta se hubiese deshonrado gratuitamente haciendo hablar a un héroe contra el desprecio a la muerte. El sexto libro de la Eneida es un magnífico cuadro de las escenas principales del drama de las iniciaciones, más bien que la descripción de una *Nekyomancia*.

El arte de las evocaciones decayó en Grecia, desde los tiempos históricos. La última aparición de que se conserva recuerdo es la de Cleonice a Pausanias, su asesino. El remordimiento y el amor llevaron a aquel príncipe a un *Nekyomantion*. Allí unos *psicágogos* hicieron aparecer ante él la sombra de Cleonice: Pausanias recibió de ella una respuesta ambigua, que lo mismo podía prometerle el perdón del Cielo que anunciarle una muerte violenta, justo e inmediato castigo de sus crímenes (2).

Elysio de Therina había perdido a su único hijo; se presentó en un *psicomantion*, para evocar la sombra de aquel hijo querido. No se había tenido, sin duda, tiempo de pre-

(1) *Eclesiastés*, cap. IX, vers. 4.
(2) PAUSANIAS, *Laconie*, capítulo 17.

parar una aparición parecida: y el afligido padre tuvo que contentarse con un oráculo que declaró que la muerte es el mayor de los bienes (1).

Sería un error deducir de este caso que el arte hubiese perecido en Italia: subsistía, en Roma, en la época que escribía Cicerón; este autor hace mención varias veces de las experiencias de *psicomancia* a que se dedicaba Appio, contemporáneo suyo (2). También dos siglos más tarde, evocó Caracalla las sombras de Cómodo y Severo (3).

Había, sin embargo, una causa, que pronto pudo hacer que el vulgo dejase de frecuentar los *Nekyomantiones*: las terribles consecuencias que hubiesen podido tener aquellas apariciones. Los que las solicitaban no siempre eran hombres curiosos o inquietos y ansiosos de saber lo futuro. Con más frecuencia fueron seres enamorados que, como Orfeo o Elysio, se vieron privados por la muerte del objeto de sus más caras afecciones. Tenemos un ejemplo de ello en la fiel esposa de Protesilas, que importunaba a los dioses para volver a ver por un momento a su esposo, muerto en los campos troyanos; la que, tan pronto advirtió su sombra, no vaciló en seguirla, precipitándose a las llamas. Tales apariciones obraban sobre imaginaciones exaltadas, sobre corazones doloridos, en esas crisis angustiosas en que el ser capaz de un sentimiento profundo corría a la muerte como al mayor de los bienes, si estaba persuadido de que la muerte le uniría con la mitad mejor de sí mismo. Nada más propio para sostener una persuasión tal, para apresurar su influencia, que la aparición, porque si no le devolvía el bien perdido más que para volvérselo a quitar al instante, parecía indicar al creyente al mismo tiempo el camino abierto para lograrlo.

(1) PLUTARCO, *De consolatione*, libro I, capítulo 42.
(2) CICERÓN, *De divinatione*, libro I, capítulo 58.
(3) XIFILINO, *Caracalla*, libro LXXVII.

Sin embargo, el desuso hizo caer en el olvido, aunque sin borrarlo por completo, el secreto de las apariciones. San Justino habla, en el siglo II, de la evocación de los muertos, como de un hecho que nadie pone en duda (1). Más positivo todavía, Lactancio muestra en el siglo III a los mágicos, dispuestos siempre a hacer aparecer a los muertos, para confundir a los incrédulos (2). En el siglo IX, un padre inconsolable por la pérdida de su hijo — el emperador Basilio el Macedonio —, recurrió a las oraciones de un pontífice, célebre ya por el don de los milagros (3), y vió la imagen de su querido hijo, magníficamente vestido y montado en un soberbio caballo, correr hacia él, caer en sus brazos y desaparecer. Para explicar este hecho histórico, ¿se puede recurrir a la grosera suposición de un caballero apostado para hacer el papel del joven príncipe? ¿Cómo el padre, alucinado por la semejanza, no le asió, reteniéndole encadenado entre sus brazos? La existencia de un hombre así, traicionada por un parecido tan notable y, por lo tanto, la falsedad de la aparición, ¿no hubieran sido muy pronto descubiertas y denunciadas por los enemigos del taumaturgo? Relacionando este caso con anteriores tradiciones, y sobre todo con la existencia antigua de los *Nekyomantiones*, ¿no es más sencillo confesar que en nuestros días la fantasmagoría ha sido *vuelta a hallar* y no *inventada*, y reconocer igualmente en ella las maravillas de las apariciones de los dioses y de las evocaciones de los muertos, en que las sombras, dotadas de un parecido asombroso con los seres o las imágenes que debían recordar, se desvanecían de pronto entre los brazos que las querían asir?

Podríamos copiar del Padre Kircher la descripción de los instrumentos que debieron servir para la fantasmagoría

(1) SAN JUSTINO, *Apologética*, libro II.
(2) LACTANCIO, *Div. institut.*, libro VII, capítulo 13.
(3) Teodoro Santabaren, arzobispo-abad de los eucaítas. Ved GLYCAS, *Anales*, parte IV, página 296.

en los templos antiguos: pero es más curioso presentar sus efectos (1), tal como los ha descrito un discípulo de los filósofos teurgistas: «En una manifestación que no se debe »revelar..., aparece sobre la pared del templo una masa »de luz que parece al principio muy lejana; se transforma, »al contraerse, en un rostro evidentemente divino y sobre»natural, de aspecto severo, aunque mezclado de dulzura, »y muy grato de ver. Siguiendo las enseñanzas de su mis»teriosa religión, los alejandrinos lo adoran como si se tra»tase de Osiris o de Adonis, en realidad...» (2).

También nos dice Damascio que se ponía en juego esta aparición para apartar a los jefes de la ciudad de perniciosas disensiones. El milagro tenía un fin político, lo que se puede reconocer en varios milagros de que nos habla la antigüedad y suponer en gran número de ellos.

En otros casos se ha podido valer de la cámara obscura para reproducir cuadros movibles y animados. Y en esto se presenta, con mayor fuerza, la observación hecha respecto al *diorama*: un sencillo examen bastaba para indicar su uso. En una habitación cuya ventana esté cerrada por un postigo exactamente encajado, si hay un orificio en el cuerpo de dicho postigo, se ven dibujarse claramente en el techo los hombres, los animales y los carruajes que pasen por la vía pública, con tal que estén suficientemente iluminados; los colores, por poca vivacidad que tengan, brillan, perfectamente definidos; las imágenes pueden — y yo he hecho personalmente la experiencia de ello — hasta conservar un chocante parecido en los detalles, como en el conjunto, cuando se hallan en proporción de uno a doce o a quince en lo que se refiere a las dimensiones de los objetos que las producen.

Antiguamente, tales operaciones resultaban de medios

(1) P. KIRCHER, *Edipo*, tomo II, página 323.
(2) DAMASCIO, *Biblioteca*, códice 242.

científicos, lo que está probado por el arte que poseían los taumaturgos de corregir la posición de aquellas figuras que una lente convexa o un espejo cóncavo hacían aparecer invertidas. Según los rabinos, el motivo del terror que experimentó o fingió experimentar la pitonisa consultada por Saúl, fué que la sombra de Samuel *se apareció* en la postura de un hombre que está en pie; mientras que, hasta entonces, las sombras de los muertos sólo *se habían aparecido* invertidas (1). De lo cual se deduce únicamente que la fantasmagoría de la pitonisa estaba mejor montada que las de los nigrománticos que, antes que ella, había habido en Judea.

Admite Buffon como posible la existencia del espejo de acero pulimentado que se puso en el puerto de Alejandría, para descubrir desde lejos la llegada de las naves. Si, como puede presumirse, los conocimientos que sirvieron para la construcción del espejo de Alejandría, existieron en los templos mucho tiempo antes de caer en el terreno de la industria, ¿qué milagros superiores a los que acabamos de recordar, podrían, con mayor motivo, llenar de admiración a los pueblos y hasta maravillar a los filósofos?

Dice Buffon: «Si ese espejo, según todas las apariencias, »ha existido realmente, no se puede negar a los antiguos »la gloria de la invención del telescopio» (2). A esta opinión autorizada, añadiremos otra de un género muy diferente: en aquellas antiguas narraciones orientales en que lo maravilloso pertenece, según nosotros, a desfiguradas tradiciones, antes que a desvaríos de una imaginación desenfrenada, se ve figurar un tubo de marfil de un pie de longitud y algo más de una pulgada de diámetro; está provisto de un vidrio en cada extremidad: aplicando a ella un ojo se ve la cosa que se ha deseado ver (3). Substituyamos

(1) TEODORETO, *Reyes*, libro I, vers. 62.
(2) BUFFON, *Historia natural de los minerales. Introducción*, artículo VI, página 22.
(3) *Las mil y una noches*. Noche 406, tomo V, páginas 251-256.

este milagro con el de advertir un objeto fuera del alcance de nuestra vista por la distancia, y el instrumento mágico se convierte, si no en un telescopio, por lo menos en un anteojo de larga vista.

¿Habrá que referir a las maravillas de la dióptrica esa facultad extraordinaria de que hablan los autores de tiempos y países demasiado diferentes, para que se pueda creer que se hayan copiado unos a otros?

Que el enamorado Júpiter adquiera, sucesivamente, el aspecto de Diana o el de Anfitrión; que Proteo y Vertumnio cambien, a su antojo, de forma y de aspecto, son fábulas que hay que perdonar a una mitología riente; su alegría hace olvidar su absurdidad.

Cuando un biógrafo cuenta que su héroe, bajo una figura prestada, engañó a sus mismos amigos al presentarse ante su vista, nos reímos del exceso de credulidad a que pudo arrastrar el entusiasmo; y opondremos las mismas reservas a dos o tres narraciones de aventuras del mismo género. Pero no debemos hablar de un hecho aislado, sino de un arte extendido por todas las partes del mundo. El objeto de la magia, dice Jámblico, no es crear seres, sino hacer que *se aparezcan* imágens semejantes que se desvanecen muy pronto, sin dejar huella alguna (1). Entre las conquistas de Gengis-Kan, estaba comprendida la de una ciudad que era el emporio de todo el comercio de la China: los habitantes, dice el historiador (2), dedicábanse a un arte que consiste en hacer aparecer lo que no existe y desaparecer lo que existe. «Se llamaba *Magos* (o mágicos), dice »Suidas, a los hombres que sabían rodearse de apariciones »engañosas.» Añade su traductor en forma de explicación que, por emdio de sus hechizos, alucinaban la vista de los

(1) JÁMBLICO, *De mysteriis*, página 213.
(2) *Historia de Gengis-Khan*, páginas 471 y 472.

hombres hasta el punto de hacerlos parecer completamente diferentes a lo que realmente eran.

Un historiador que, independientemente de autores griegos y latinos que no poseemos ya y a los que él aun pudo conocer, ha consultado las tradiciones importadas de Asia en el norte de Europa, comparándolas con la religión de Odín, Saxo Gramático, etc., tiene el mismo lenguaje que Suidas. Hablando de las ilusiones producidas por los filósofos mágicos, dice: «Muy expertos en el arte de engañar a »los ojos, sabían darse y dar a otros la apariencia de diver»sos objetos, y bajo formas atractivas ocultaban su verda»dero aspecto» (1).

Juan de Salisbury, que indudablemente ha bebido en fuentes cerradas hasta hoy para nosotros, afirma que Mercurio (el más hábil de los mágicos), había encontrado el secreto de fascinar la mirada de los hombres, hasta el punto de hacer invisibles a las personas, mejor dicho, de hacerlas aparecer bajo la forma de seres de una especie diferente.

Simón el Mago podía hacer también que otro hombre se le pareciese de tal modo que todas las miradas se engañaran al verle; y el autor de los *Reconocimientos*, atribuídos al Papa san Clemente, afirma este caso increíble (2).

Pomponio Mela atribuye a las druidesas de la isla del Sena el arte de transformarse, cuando querían, en animales; y Solin creyó poder explicar por apariciones engañosas los encantamientos que hacía Circe (3).

Eustacio entra en detalles importantes: Proteo se transforma en Homero en un fuego devorador; lo cual dice el comentarista que no debe tomarse más que en el sentido de *aparición* (4); y así es como Proteo se transforma en dra-

(1) SAXO GRAMATICO, *Historia de Dinamarca*, libro I, capítulo 9.
(2) *Recognitioni*, libro X. *Epitome de rebus gestis B. Petri*.
(3) SOLIN, *Circe*, capítulo 8.
(4) HOMERO, *Odisea*, libro IV, vers. 417 y 418.

gón, en león o en jabalí; lo *parece*, no es que lo sea. Proteo era un *hacedor de encantos* (*tera turgos*), muy sabio, y muy diestro y versado en los secretos de la filosofía egipcia. Después de haber citado a Mercurio y a otros seres que pertenecen también a la mitología y que, por una metamorfosis, pasaban, como Proteo, de una forma a otra, continúa Eustacio: «*En el mismo arte* se ha admirado a Cratisteno: »*hacía aparecer unos fuegos* que parecían salir de él y go»zar de movimiento propio; ponía en obra otras *aparicio»nes* para obligar a los hombres a confesarle sus pensamien»tos. También podemos citar a Xenofonte, Scymnos, Fi»líppides, Heráclido y Ninfódoro, que se burlaban de los »hombres inspirándoles terror.»

Ateneo habla, en iguales términos, de Cratisteno y de Xenofonte que *hacía aparecer el fuego*, y de Ninfódoro. Los tres hábiles en engañar a los hombres con hechizos y en asustarlos con *apariciones*.

¿Qué eran estas *apariciones*? El sentido de la palabra no es equívoco, puesto que el comentador se propone probar que se deben considerar como apariciones las presuntas metamorfosis de Proteo; luego era preciso que los *hechiceros* pareciese que revestían por sí mismos las formas con que asustaban a los espectadores.

Observad que, al asegurar que poseían este talento, no nos muestran Eustacio y Ateneo, a Cratisteno o Xenofonte, como hombres poseedores de un poder sobrenatural: uno y otro, aun el mismo Proteo, no son más que unos *hábiles hacedores de encantamientos*.

En otros tiempos y otro hemisferio, encontramos unos *brujos* semejantes. José Acosta, que residió largo tiempo en el Perú, en la segunda mitad del siglo XVI, asegura que todavía existían en aquella época hechiceros que *sabían tomar la forma que quisieran*. Cuenta que en Méjico, el jefe de una tribu de la familia de los Moctezuma, se transformó, a

la vista de los hombres enviados sucesivamente para aprehenderle, en águila, en tigre y en una inmensa serpiente. Cedió al fin, y se dejó llevar ante el emperador, quien le hizo matar al instante (1). No estaba ya en su casa, o sea en *su teatro*; no tenía, por lo tanto, encantos a su alcance para defender su vida.

En un folleto publicado en 1702, el obispo de Chiapa (provincia de Guatemala), atribuía el mismo poder a los *Nagueles*, sacerdotes nacionales que se dedicaban a iniciar en la religión de sus antepasados a los niños que el Gobierno hacía educar en la práctica del cristianismo. Después de diversas ceremonias, en el instante en que el niño a quien adoctrinaba iba a besarle, el *Nagual* adoptaba de pronto un aspecto terrible y, bajo la forma de un león o de un tigre, aparentaba quedar encadenado al joven neófito (2).

Observamos que estos milagros, como los hechizos del encantador mejicano, se producían en un lugar escogido y designado con antelación. Unos y otros no prueban por lo tanto más que un poderío puramente local; indican la existencia de una máquina; pero no dejan adivinar sus resortes.

El fuego con que, a ejemplo de Proteo, se rodeaban Cratisteno y Xenofonte y quizá también los otros hechiceros, ¿no les servía para ocultar cualquiera otra operación? Los antiguos, como se sabe, han creído advertir con frecuencia en las emanaciones de un cuerpo inflamado, objetos de una forma determinada. El vapor del azufre quemado, la luz de una lámpara alimentada por una grasa especial, servían a Anaxilao de Larisse para hacer algunos encantamientos que más parecen pertenecer a verda-

(1) JOSÉ ACOSTA, *Historia natural de las Indias*, páginas 215 a 258.
(2) *Colección de viajes y de memorias*, publicada por la Sociedad de Geografía, tomo II, página 182.

deros *recreos físicos que a la magia* (1). Un hechicero moderno (2), en la revelación de sus secretos, indica la posibilidad de producir una aparición en el humo. Entre unos vapores desprendidos por el fuego, los teurgistas hacían aparecer en el aire las imágenes de los dioses (3); Porfirio recomienda este secreto; Jámblico reprueba su uso; pero confiesa su existencia y conviene en que es digno de la atención de un contemplador de la verdad. El teurgista Máximo usó sin duda un secreto análogo cuando, en medio del humo del incienso que quemaba ante la estatua de Hécate, se vió a dicha estatua reir de una manera tan pronunciada que todos los espectadores quedaron sobrecogidos de espanto.

Semejantes ilusiones, en el supuesto de que alguna vez hayan tenido algo de reales, pudieron ser puestas en acción por el *hechicero* que primeramente se rodease de llamas. Pero no nos afianzaremos en coincidencias tan dudosas; no pretenderemos explicar lo que casi no podemos mirar como creíble. Solamente hemos querido llamar la atención sobre unas narraciones que sitúan el mismo milagro en tan diferentes lugares; prueban por lo menos que, empleando la ciencia o la superchería, los taumaturgos habían llevado lejos el *arte de engañar a los ojos*, hasta bastante lejos para que se conciba una idea exagerada o mejor dicho insensata de su poder

(1) PLINIO, *Historia Natural*, libro XXVIII, capítulo 2; libro XXXII, capítulos 15 y 52: Anaxilao había compuesto un libro citado por san Ireneo y san Epifanio, titulado «Naiyvia», *Juegos, niñerías*.
(2) ROBERTSON, tomo I, pág. 354.
(3) JÁMBLICO, *De Mysteriis*, tomo I, página 384.

CAPITULO XIV

Hidrostática: fuente maravillosa de Andros; sepulcro de Belus; estatuas que vierten lágrimas; lámparas perpetuas. Química: líquidos que cambian de color; sangre solidificada que se licua; líquidos inflamables; la destilación y los licores alcohólicos conocidos antiguamente, hasta fuera de los templos.

Los medios más sencillos y más fáciles de descubrir, bastaban para cambiar en divinas maravillas los juegos de la ciencia secreta. En la isla de Andros, se admiraba una fuente que echaba vino durante siete días, y agua en el resto del año (1). Con algunos conocimientos elementales en hidrostática, se explicará este fenómeno, así como el que, durante un día entero, hizo brotar un manantial de aceite en Roma, cuando Augusto regresó a ella, después de la guerra de Sicilia, y también la maravilla que todos los años se renovaba en las fiestas de Baco, de una ciudad de Elida: ante la vista de los extranjeros atraídos en masa por aquel espectáculo, se cerraban tres urnas vacías y, cuando se volvían a abrir, estaban llenas de vino (2). Empleando la máquina a la que damos el nombre de *Fuente de Herón* (aunque probablemente no haya sido más que descrita y no inventada por este matemático), se hubiera

(1) PLINIO, *Historia Natural*, libro II, capítulo 103.
(2) ATENEO, *Deipnosofía*, libro I, capítulo 30.

obtenido un milagro más asombroso: ante la vista de los espectadores, el agua vertida en las vasijas, habría salido convertida en vino.

Se cree, muy verosímilmente, que la representación del infierno de los griegos formaba parte de la celebración de los misterios. El maravilloso suplicio de las Danaides debía, por lo tanto, ser ofrecido allí a los iniciados: un hecho histórico nos indica cómo lo conseguían. Jerjes hace abrir el monumento a Belo. El cuerpo de este príncipe reposaba en él, en un féretro de cristal, casi enteramente lleno de aceite. ¡Caiga la desgracia, decía una inscripción puesta al lado, sobre el que abra este ataúd y no pueda acabar de llenarle! Jerjes ordenó sin perder momento que echasen más aceite en el féretro; pero por más que echaron, no se acabó de llenar. Semejante prodigio fué, para Jerjes, el presagio de los desastres que ensombrecieron y terminaron su vida (1). Por un tubo que ocultaba a la vista la posición del cadáver, o cualquier otro obstáculo menos visible, el ataúd comunicaría con un depósito que mantenía el aceite a una altura constante, y en que el *demasiado lleno*, abriéndose a dicha altura, impediría que el aceite la sobrepasase, por lo que el féretro jamás se podía llenar.

La superstición cambiaba antaño en un sudor real y milagroso las gotas de agua de que se cubren los mármoles y los bronces, cuando la atmósfera, saturada de vapor acuoso, abandona una parte de agua que el contacto con los cuerpos densos hace volver al estado líquido: una metamorfosis semejante no tendría muy buen éxito en nuestros días, sobre todo en nuestros húmedos climas, en los que el presunto prodigio se renovaría demasiado a menudo. Pero los historiadores se unen a los poetas para asegurar que las estatuas de los héroes y las imágenes de los

(1) AELIAN, *Variaciones históricas*, libro XIII, capítulo 3.

dioses han vertido visiblemente lágrimas, presagios ciertos de las calamidades que iban a caer sobre sus conciudadanos o sobre sus adoradores... La firme voluntad del zar Pedro el Grande hizo cesar, en Petersburgo, un milagro del mismo género. Una imagen de la santa Virgen, pintada sobre madera, lloraba abundantemente para testimoniar, según se decía, el horror que le inspiraban las reformas emprendidas por el zar. Pedro descubrió y demostró por sí mismo al pueblo el mecanismo del prodigio: entre las dos hojas de que se componía el cuadro, había oculto un pequeño depósito lleno de aceite al que la llama de los cirios encendidos en gran número en torno a la imagen, calentaba y hacía filtrarse por unos agujerillos situados en el ángulo de los ojos (1). Por análogos artificios, explicaremos la maravilla de todas las estatuas que han derramado lágrimas; así como un milagro referido por Gregorio de Tours: En un monasterio de Poitiers vió este historiador que el aceite de una lámpara encendida ante un fragmento de la *verdadera cruz*, se elevaba milagrosamente por encima de sus bordes y, en el espacio de una hora, se derramaba al exterior en cantidad casi igual al contenido de la lámpara que, sin embargo, seguía llena. ¡ Y hasta la rapidez de su ascensión crecía en proporción a la incredulidad que demostrase al principio el espectador ! (2).

Los eruditos del siglo XVI han hablado tan a menudo de *lámparas perpetuas*, los adeptos han intentado tan ardientemente volver a hallar su secreto, que se puede suponer que cualquier tradición motivaba su credulidad y sostenía la perseverancia de sus tentativas. Para realizar esta maravilla, se precisaba no obstante llenar dos condiciones en apariencia imposibles: proporcionar a la combustión un

(1) LEVEQUE, *Historia de Rusia* (2.ª edición), tomo V, págs. 161 y 162.
(2) GREGORIO TURON, *Milagros*, libro I, capítulo 5.

alimento inagotable, y a este alimento, un vehículo al que la combustión no destruyese. Recordemos el milagro del sepulcro de Belo: sobre un punto difícil de advertir, pongamos un tubo que haga comunicar la lámpara con un depósito desconocido por los profanos y bastante grande para que se altere poco su nivel por el consumo de uno o hasta de varios días: la primera parte del problema se encuentra resuelta. La segunda desaparece ante el invento, muy vulgar hoy en día, de las lámparas sin mecha; invento en el que el efecto obedece a la misma causa que los dos últimos milagros que hemos citado: a la dilatación del aceite por el calor. El cuidado de llenar periódicamente el escondido depósito, no tendría nada de difícil; y en cuanto al de cambiar, en caso de accidente, el tubo en cuyo orificio se inflamase el dilatado aceite, ya sabría bien el taumaturgo hurtar algunos minutos a la atención de los observadores para emplearlos en la substitución del tubo.

El empleo del calor para dilatar el aceite o cualquier otro líquido, pertenece a una ciencia diferente a la hidrostática; hemos llegado, pues, naturalmente, a buscar cuál fué la extensión o, mejor dicho, la influencia de las maravillas que debieron los antiguos al empleo de la química.

Eliseo corrige la amargura de las aguas de Jericó (1), y las de un plato en que por distracción habían echado coloquíntida, arrojando a unas un vaso lleno de sal, y al otro, un poco de harina. Si la sal era *natrón*, o carbonato de sosa, sirvió para precipitar las sales terrosas, tales como el hidroclorato de cal: la sal común hubiese bastado para mejorar unas aguas cenagosas y corrompidas. En cuanto a la coloquíntida, el comentarista, dom. Calmet, reconoce que, según los médicos, el almidón, la harina, y, sobre

(1) *Reyes*, libro IV, cap. 2, vers. 19-22.

todo, la harina de cebada, tienen mucha eficacia para hacer desaparecer de ella el gusto insoportable.

Las obras de Eliseo son de escasa importancia si se las compara con el milagro que hizo Moisés cuando, uniendo la ciencia razonada a la observación en el desierto de Mar, endulzó la amargura de las aguas destinadas a desalterar a los israelitas (1). Ordenó Moisés sacar el agua de los pozos, asegurando que la que vendría después sería dulce: ya sabía que no tendría tiempo de saturarse de las sales contenidas en la arena. Echó en seguida (2) un trozo de madera amarga; aunque según Philón enseñó dicha madera a los judíos, encargándoles que la echasen al agua para hacerla potable. Puede ser, agrega el autor hebreo, que esa madera recibiese entonces del cielo una virtud semejante, pero también es posible *que tal virtud le fuera propia y estuviese ignorada hasta entonces*. Mientras unos secretos así no llegan a ser vulgares, se comprende cuánta admiración y reconocimiento inspirará su empleo en aquellas comarcas en que la Naturaleza niega casi en absoluto el agua potable indispensable a las necesidades del hombre. La propiedad de precipitar el limo y los sedimentos de sales terrosas que el agua, así recogida, no podía dejar de contener, pertenece, en efecto, a diversas maderas amargas ,especialmente al laurel-rosa (*rhododaphné*), a cuyo árbol atribuían el milagro la mayoría de los sabios hebreos (3). Vemos, pues, que la observación de un hecho natural bastó para salvar de la muerte a una horda numerosa, notable además en los anales del mundo por su primera civiliza-

(1) Los religiosos del convento de *Tor*, en Palestina, muestran a los viajeros doce fuentes cuyas aguas son calientes y amargas: aseguran que son los manantiales de *Elim*, en que el agua fué convertida en dulce y fresca por Moisés temporalmente. (THEVENOL, *Viaje a Levante*, París, 1665, páginas 317 y 318.)

(2) *Exodo*, cap. XV, vers. 25.

(3) MERAT Y DELENS, *Diccionario de materias medicales*, París, 1832, tomo IV, página 598.

ción cuya huella subsiste aún en sus últimos descendientes y en esta religión nueva que, salida de su seno, ha recorrido un tercio de la tierra habitada, dejando por doquier vestigios de su influencia poderosa sobre la civilización de los pueblos y el destino de los hombres.

Pasando a nociones de otro género, recordaremos el ejemplo de Asclepiodoto que reprodujo químicamente el gas deletéreo que exhalaba una gruta sagrada; prueba con ello que, en los templos, había pocas maravillas que fuesen extrañas a una ciencia tan fecunda en milagros. Otros hechos nos lo confirman. Jefe de una de aquellas sectas que, en los primeros siglos de la Iglesia, se esforzaban en amalgamar al cristianismo los dogmas y los ritos de iniciaciones particulares, Marcos llenaba tres copas de transparente vino blanco; y, mientras oraba, el licor poníase en una de las copas, semejante a la sangre; en otra, color de púrpura, y en la tercera, azul celeste (1).

Siglos después, «veíase en una iglesia de Egipto un »pozo cuya agua, todas las veces que se metía en una lám»para, poníase roja como la sangre» (2). A estas maravillas, que ocultan probablemente una copia de los misterios de cualquier templo antiguo, referiremos una maravilla contemporánea. «El profesor Beyruss, en la corte del duque de »Brunswick, había prometido que su vestido se pondría »rojo durante la comida; lo que se efectuó, entre el asom»bro del príncipe y de los demás convidados» (3). Vogel, que refiere este caso, no nos indica el secreto que usara Beyruss; pero observa que echando agua de cal en azúcar de remolacha, se obtiene un líquido incoloro; que un trozo de paño, mojado en este líquido y prontamente secado, se pone rojo en pocas horas, sólo por el contacto del aire,

(1) SAN EPIFANIO, *Contra heresiarcas*, libro I, tomo III.

(2) MACRIZY, *Memorias sobre Egipto*, tomo I, página 442.

(3) *Diario de Farmacia*, tomo IV (febrero de 1818), páginas 57 y 58.

y que este efecto puede ser acelerado en un local en que se destape, en abundancia, vino de Champagne u otras bebidas cargadas de ácido carbónico. Algunas experiencias han probado recientemente que la lana teñida en color violeta por la orchilla o en azul por el ácido índigo-sulfúrico, se decolora completamente en un baño de ácido hidrosulfúrico y recobra en seguida el color azul o violeta por la simple exposición al aire libre (1); una y otra explicación puede aplicarse al caso de Beyruss, e indicar la posibilidad de renovar los antiguos milagros; demuestra también como, en un santuario del politeísmo, en medio de las emanaciones del incienso y de las encendidas antorchas, se hubiese podido ver cómo cambiaba su color blanco en otro color de sangre, presagio de atroces desastres, el velo que cubría los ornamentos sagrados.

También se anunciaban espantosos desastres cuando se veía hervir la sangre sobre los altares, en las urnas, sobre los mármoles de los templos... En Provenza, en el siglo XVII, cuando se aproximaba a la presunta *cabeza* de Santa Magdalena una redoma que se consideraba llena de su sangre solidificada, esta sangre se licuaba y hervía súbitamente (2). En la catedral de Avellino, la sangre de San Lorenzo, y la sangre de San Pantaleón y de otros dos mártires, en Bisseglia, presentaban el mismo milagro (3). Todavía hoy, en Nápoles, se ve cada año, en una ceremonia pública, que algunas gotas de la sangre de San Javier, recogidas y desecadas hace siglos, se licuan espontáneamente, y se elevan, hirviendo, hasta los bordes del vaso que las contiene. Se pueden hacer tales *milagros*, enrojeciendo éter sulfúrico con ancusa (*Onosma*, LINNEO); se satura el tinte con *espermaceti*, y esta preparación que se queda congelada a diez

(1) *Academia de Ciencias*, sesión del 2 de enero de 1837.
(2) *Longuernana*, tomo I, página 162.
(3) *Viaje de Swinburn*, tomo I, páginas 81 y 165.

grados sobre cero, se funde y hierve a veinte o veinticinco grados. Para elevarla a esta temperatura, basta apretar algún tiempo en la mano la redoma en que esté contenida. Si a este juego de física se añade un fácil escamoteo, veremos: que cada año, en Nápoles, verterán sangre las reliquias de san Juan Bautista; que la sangre correrá de la seca osamenta de santo Tomás de Aquino, probando la autenticidad de estas reliquias, reverenciadas por los monjes de *Fossa-Nuova*; y que el esqueleto de san Nicolás de Tolentino, ofrecido sobre el altar a la veneración de los fieles, llenará muy pronto de sangre un gran recipiente de plata que habrá puesto debajo la previsión de los sacerdotes (1).

De donde se deduce que los taumaturgos conocían los licores alcohólicos, y el arte de la destilación necesaria para obtenerlos; y que, por dicho medio, les era fácil producir el espectáculo de los líquidos inflamados con que asombraban a sus admiradores. Tal suposición no tiene nada de atrevida; en un libro sagrado de la India (2), libro antiguo en el que se encuentran recopiladas las doctrinas de los siglos más remotos, se hace mención de la creación del aguardiente, bajo el nombre de *kea-sum*. El secreto de la producción del aguardiente no se ha quedado en los templos. El arte de la destilación es practicado en el Indostán, en Nepal, en Bután, y también lo es en el Tibet, donde del *chong* o vino de arroz, se saca el *arra*, por un procedimiento que no habrán aprendido ciertamente los indígenas de los europeos (3). ¿Y es de los europeos de quienes han recibido los *nagales*, pueblo libre de las montañas del Assam, el arte de la destilación? ¿Pudo acaso llegar su influen-

(1) PADRE LABAT, *Viajes por España e Italia*, tomo IV, págs. 100 y 101.
(2) *Upnekhat*, Brahmán 24. Diario asiático, tomo II, página 270.
(3) CADET-GASSICOURT, *Diccionario de las ciencias médicas*, artículo *Destilación*.

cia hasta los habitantes de las provincias situadas entre el Ava, Siam y el Pegu, que sacan el *toddy* del zumo de la palmera-nipa; o hasta los insulares de Sumatra, a los que, en 1603, vió un viajero (1) utilizar alambiques de tierra para sacar un licor tan fuerte como nuestro aguardiente de una mezcla de arroz y de jugo de cañas de azúcar?

No: y muy al contrario, es probable que, cinco siglos antes de nuestra Era, el arte y sus productos hayan pasado del Alta Asia al Asia griega y a Grecia. Subsite un indicio de esa comunicación si se admiten las ingeniosas aproximaciones por cuyo medio Schulz se esforzó en demostrar que el *licor de Scytia* — el *Scythicus latex* de Demócrito — no era otra cosa que alcohol; pues su nombre polaco de *gorzalka* (2) recuerda el nombre de *chrysulcos* que le daban los antiguos. No es que se deba mirar el *licor de Scytia*, como extraído del aguardiente de vino, que no ha sido conocido en Polonia hasta el siglo XVI; pero alguna de las clases de aguardiente de que acabamos de hablar, pudo llegar a Scyta por su comercio con el Tibet o con el Indostán. Los escitas pudieron obtener por sí mismos esos productos en sus territorios. Los habitantes de Siberia, que están desde hace mucho tiempo fuera del progreso de los inventos, recolectan cada año cañas de *berce*, no solamente para recoger la eflorescencia azucarada que las cubre, a medida que se secan, sino, y sobre todo, para hacerlas fermentar en el agua, y obtener de ellas una gran cantidad de alcohol.

Asegura Aristóteles que el arte consigue extraer aceite de la sal común (3). Casi no se puede dudar que se trata

(1) FRANCISCO MARTÍN, *Descripción del primer viaje a las Indias orientales por los franceses*. París, 1609, páginas 56, 70, 71 y 166.

(2) En eslavo *gorilka* u *horilka*. En eslavo y en polaco, *gore* significa una quemazón, una *cosa que quema*; la terminación *lka* indica un diminutivo.

(3) APISTÓTELES, *Problemas*, XXIII, 13.

en este caso de la destilación del ácido hidroclórico, que habrá recibido el nombre de *aceite*, como el ácido sulfúrico fué conocido, durante mucho tiempo, bajo el nombre de *aceite de vitriolo*. Por último, el arte de destilar, aplicado al cinabrio, para sacar de él mercurio, ha sido descrito por Plinio y Dioscórides, y nada indica que fuese, para ellos, un descubrimiento reciente: pero, una vez conocido este arte, ¿no era natural que los físicos de los templos procurasen aplicarlo a los licores fermentados?

Recordando que el vino de Falerno se encendía por el sólo contacto de la llama (1); que los vinos griegos y romanos podían embriagar, aunque estuviesen *rebajados* con dos partes de agua, cuando se conservaban dichos vinos *mejorándolos*, al tenerlos en el piso superior de las casas, en bodegas abiertas que se impregnaban de todo el calor del sol, es natural suponer que se mezclaba con ellos una dosis más o menos fuerte de alcohol preparado directamente, y que así el arte salía de los templos para entrar en los usos de la vida. Pero esta suposición se compadecería mal con lo que conocemos del arte de la vinificación entre los antiguos. Fieles al camino que nos hemos trazado, nos limitamos a preguntar, si, cuando *arcanos* de un orden superior salían de los templos de la India para enriquecer los del Asia Menor, Etruria y Grecia, el arte de obtener, por destilación, los licores espirituosos, que llegó a ser común y hasta doméstico en toda el Asia oriental, ¿hubo de seguir los mismos caminos y caer igualmente en manos de los sacerdotes de aquellas regiones? El argumento general se aplica en este caso con toda su fuerza: ese arte era seguramente conocido en los templos donde se hacían unas maravillas que sólo él puede explicar.

(1) PLINIO, *Historia Natural*, libro XIV, capítulo 6.

CAPITULO XV

Secretos para preservarse de la acción del fuego, empleados para hacer maravillas en las iniciaciones y en las ceremonias del culto; también servían para desafiar impunemente las pruebas por el fuego; fueron conocidos en Asia y en Italia y usados en el Bajo Imperio y parte de Europa, hasta nuestros días. Procedimiento para hacer incombustible la madera.

El conocimiento de esas substancias enérgicas que, obrando en el exterior del cuerpo organizado, dan al hombre el privilegio de afrontar las llamas, el agua hirviendo, el hierro candente y los metales fundidos, nació también en los templos, tardó mucho en salir de ellos y, al hacerlo, no nos fué revelado por completo. La sola aproximación del fuego es tan atemorizadora, su contacto es tan doloroso, que la maravilla de substraerse a él, tuvo que reproducirse bajo más de una forma, para secundar los designios del taumaturgo.

El aspirante a la iniciación hacía probablemente la experiencia a su antojo. Sería absurdo creer que, en los misterios, se basasen todas las pruebas en ilusiones y *escamoteo*; y en la prueba del fuego menos que en otra alguna.

Los tártaros conservaron durante mucho tiempo la costumbre de hacer pasar entre dos hogueras encendidas, para purgarle de las influencias malignas que pudiese llevar, a

todo extranjero que se aproximase a sus poblados, lo mismo un embajador o un príncipe que un simple viajero (1). Si se estrecha el espacio existente entre ambas hogueras, la purificación se convierte en una prueba, una tortura, un suplicio mortal. Devolvamos a las iniciaciones una ceremonia que ha sido tomada de ellas, sin duda; el sacerdote encontrará ahí el poder de hacer desaparecer entre las llamas a los imprudentes que se pongan a su discreción después de haberle ofendido, o después de haber excitado su desconfianza sobre su buena fe y sus secretas intenciones.

En las más antiguas iniciaciones, desempeñaba el fuego un importante papel; tenemos el testimonio de ello en las aterradoras pruebas de ese género que sufrió Zoroastro antes de empezar su profética misión (2).

Entre las preparaciones a la iniciación contábase con uno o más baños compuestos por los sacerdotes. ¿Es difícil suponer que tales baños comunicaban al aspirante una *incombustibilidad* momentánea? Sometiéndole luego a la prueba del fuego, asegurábanse de su *fe*, si se le había persuadido de que estaba garantizado contra todo mal por su confianza en la divinidad, y si esta persuasión no lograba dominarle, asegurábanse de su *intrepidez*. Al salir triunfante de la prueba, se podía contar con su entusiasmo o con su valor; se podía contar con que, en caso necesario, desafiaría otros peligros semejantes, seguro de estar libre de ellos, bien por el secreto preservador cuando era digno de conocerle, bien por la confianza religiosa sin la cual aquel mismo secreto estaba expuesto a perder su eficacia.

Y no fué solamente en el espectáculo de las iniciaciones donde se logró embargar los espíritus de santa admiración, mostrándoles a los elegidos del cielo revestidos de esa

(1) Abel Remusat, *Memoria sobre las relaciones políticas de los reyes de Francia con los emperadores mongoles. Diario asiático*, tomo I, pág. 135.
(2) *Vida de Zoroastro. Zenda-Vesta*, tomo I, 2.ª parte, página 24.

maravillosa invulnerabilidad: el milagro fué hecho frecuentemente en público. ¡Tan seguro se estaba de su buen éxito!

Los escamoteadores modernos simulan mascar estopas encendidas sin sentirse incomodados por ello. El sirio Euno, que renovó en Sicilia la sublevación de los esclavos (1), y Barcochevas, que fué el jefe de los judíos en su última rebelión contra Adriano (2), parecía que vomitaban llamas al hablar, y cuando se vió el mismo *truco* formando parte de unos espectáculos públicos celebrados tres siglos antes de nuestra Era (3), siguió pareciendo un milagro, e hizo creer en la realidad de la inspiración que unos pretendían haber recibido de la diosa de Siria, y otros del todopoderoso Dios de Israel.

Las sacerdotisas de Diana *Parasia*, en Capadocia, no suscitaban menos admiración al andar descalzas sobre encendidos carbones (4). Los *hirpi*, miembros de cierto número de familias establecidas en el territorio de los falisqueos, renovaban cada año el mismo milagro, en el templo de Apolo del monte Sorato: su *incombustibilidad* hereditaria les valía la exención del servicio militar y de otros varios cargos públicos (5). Varrón lo atribuía a la eficacia de una droga con la cual tenían buen cuidado de untarse la planta de los pies.

Del mismo modo, para entrar en un santuario, el héroe de un cuento oriental (6) atraviesa un agua que hierve sin necesidad de fuego (un manantial de agua termal y gaseosa), y anda sobre planchas de acero rojas y quemado-

(1) Floro, libro II, cap. 9.
(2) San Jerónimo, *Apologética*, capítulo II.
(3) Dice Ateneo, que en Macedonia, en los esponsales de Carano, figuraban unas mujeres desnudas que echaban llamas por la boca.
(4) Estrabón, libro XII.
(5) Plinio, *Historia Natural*, libro VII, capítulo 2.
(6) *Los mil y un días*, Día 491.

ras... Una pomada con la que se frotó el cuerpo le puso en estado de arrostrar impunemente ambas pruebas. Del mismo secreto se hizo un uso más popular y más propio aun para aumentar el poder sacerdotal.

En todos ls países, el hombre inhábil para disipar el error, para confundir la impostura, ha pedido atrevidamente al cielo un milagro que descubriese el crimen y proclamara la inocencia: dejando así, al albedrío de los intérpretes del cielo, a una experiencia física, a un ciego azar, a una vergonzosa superchería, decidir del honor y de la vida de sus semejantes. La prueba del fuego es la más antigua y la más extendida de todas; ha dado la vuelta a la tierra. En el Indostán, remóntase su antigüedad al reinado de los dioses. *Sitah*, esposa de *Ram* (6.ª encarnación de Wishnú), se sometió a ella y anduvo sobre un hierro candente para rebatir las injuriosas sospechas de su esposo. «El pie de Sitah, dicen los historiadores, estaba protegido »por la inocencia, y el calor devorador fué para ella un le»cho de rosas» (1).

Esta prueba se practica todavía de varias formas entre los hindúes. Un testigo digno de crédito, vió someter a ella a dos acusados: uno llevó, sin quemarse, una bola de hierro al rojo, otro sucumbió a la prueba del aceite hirviendo (2); pero hemos de observar que éste tenía por acusador a un brahmán, y todas las ordalías hindúes se ejecutan bajo la influencia de la religión y de sus sacerdotes.

Por lo demás, tampoco es muy difícil de desentrañar el misterio de su éxito. El mismo testigo tuvo conocimiento de una preparación, cuyo secreto poseen los *Pandits* hindúes, y con la que basta frotarse las manos para tocar sin quemarse un hierro al rojo. Fácil les es a los *Pandits* hacer un buen servicio al acusado que protejan, puesto que, an-

(1) Forster, *Viaje de Bengala a Petersburgo*, tomo I, págs. 267 y 268.
(2) *Investigaciones asiáticas*, tomo I, páginas 478-483.

tes de que sufra la prueba, pueden poner en sus manos diversas substancias que las inmunicen.

Obligado a confundir a sus calumniadores, Zoroastro se dejó verter sobre el cuerpo bronce fundido, sin recibir daño alguno. ¿Había empleado un preparado análogo al que usaban los *Pandits* hindúes? No nos lo dice su biógrafo: pero, antes de someterse a esta terrible prueba, frotáronle sus adversarios con diversas drogas (1): lo que harían, evidentemente, para destruir el efecto de los saludables linimentos con que sospechaban que se había sabido prevenir.

La prueba del fuego y el secreto de exponerse a ella impunemente, fueron conocidos muy antiguamente en Grecia: «Estamos prontos a coger hierros candentes y a andar »sobre las llamas, para probar nuestra inocencia», gritan los tebanos acusados de haber favorecido el robo del cuerpo de Polinice (2).

La prueba y su secreto sobrevivieron a la caída del politeísmo. Pachymère asegura que ha visto a varios acusados probar su inocencia asiendo un hierro al rojo sin demostrar ninguna molestia (3). En el año 1340, cierta mujer de Didymoteca recibió orden de su marido de defenderse, sufriendo la misma prueba, de unas sospechas muy violentas que él había concebido en contra de ella. Las sospechas eran fundadas; la mujer lo confesó así al obispo de la ciudad, y por consejo suyo, cogió el hierro candente y con él en las manos, dió tres vueltas a una silla; después, a una orden de su marido, lo puso sobre la silla, que se incendió al punto... Cantacuzeno refiere el caso como un milagro, más para nosotros es una prueba de la prudente indulgencia y de la instrucción del prelado.

Unos monjes angevinos, en cierto proceso que se ins-

(1) *Vida de Zoroastro, Zenda-Vesta,* tomo I, 2.ª parte, páginas 23-33.
(2) SÓFOCLES, *Antigena,* página 274.
(3) PACHYMERE, libro I, capítulo 12.

truyó en el año 1065, propusieron como testigo a un anciano que en medio de la gran iglesia de Angers, sufrió la prueba del agua hirviendo: desde dentro de la caldera en que, según los frailes, se había hecho calentar agua hasta la ebullición, confirmó el anciano su testimonio y salió sin haber experimentado ningún daño. A principios del mismo siglo, para atraer al cristianismo a Simeón II, rey de Dinamarca, y a sus vasallos, el diácono Poppon puso la mano y el brazo desnudo hasta el codo, en un guante de hierro al rojo blanco, llevándolo, a presencia de los daneses, hasta los pies del príncipe, sin recibir la menor quemadura. Queriendo suceder en el trono a Magnus, rey de Noruega, muerto en 1047, pretendió Haroldo ser hijo suyo; conmináronle a probar su nacimiento por la prueba del fuego; sometióse a ella y anduvo sobre las brasas impunemente (1).

Doscientos años más tarde, indicaba Alberto el Grande dos procedimientos para dar al cuerpo del hombre una *incombustibilidad* pasajera (2). Un autor del siglo XVI (3) pretende que basta lavarse las manos con orines o con lejía, metiéndolas luego en agua fresca, para poder dejar en seguida que echen en ellas plomo derretido sin quemarse. Afirma — aunque nos permitimos dudarlo — que él mismo ha hecho la experiencia.

Los charlatanes que meten ante nosotros las manos en plomo derretido, pueden engañar nuestra vista, substituyendo el plomo con una composición del mismo color que se licua a una temperatura muy moderada: tal es el *metal fungible de Darcet.* Creo que, si fuese necesario, compondría muy pronto la ciencia *un metal fusible* que se pareciera exteriormente al cobre o al bronce. Enseña también los medios de dar las apariencias de la ebullición a un líquido me-

(1) SAXO GRAMATICO, *Historia Danesa,* libro XIII.
(2) ALBERTO EL GRANDE, *De mirabilibus mundi.*
(3) E. TABOREAU, *Falsos hechiceros.*

dianamente caliente. Pero las pruebas judiciarias o religiosas no siempre han sido dirigidas por hombres dispuestos a favorecer la superchería. Además, no es fácil concebir la mixtificación en la prueba del hierro calentado al rojo. Y no obstante, el secreto de arrostrar esta prueba está tan extendido como su uso. Diversas narraciones que hemos citado varias veces, muestran en Oriente a un hombre de clase inferior metiendo la mano en el fuego y manipulando con hierros candentes, sin quemarse (1). Vuelve a hallarse el mismo secreto en las dos partes de Africa. Entre los cafres y entre los pobladores de Loango, han visto los viajeros portugueses a unos acusados que se justificaban cogiendo hierros al rojo. Y entre los *iolofs* (2), si un hombre niega el crimen que se le imputa, se le aplica sobre la lengua un hierro candente. Declárasele culpable o inocente según se muestre o no sensible a la acción del fuego, y no todos los acusados son condenados.

¿Cómo, pues, ese secreto no es aún perfectamente conocido de los sabios europeos; aunque tengamos íntimas comunicaciones con el Indostán, donde ciertamente existe, y aunque, en nuestros días, haya habido *hombres incombustibles* que han sometido sus experiencias al examen de los más altos prestigios de Francia, con tanta seguridad como se exponían a la pública curiosidad?

La incertidumbre sobre este punto no puede durar mucho tiempo. Mientras varios sabios atribuyen a una disposición especial de la organización, y sobre todo a una larga costumbre, la posibilidad de desafiar la acción del fuego, el doctor Samentini ha buscado la solución del problema en la interposición de un cuerpo extraño entre la piel y el

(1) *Cuentos inéditos de las mil y una noches*. París, 1828, tomo III, página 436.
(2) G. MOLLIEN, *Viaje al interior de Africa, al Senegal y a la Gambia*, tomo I, página 105.

cuerpo incandescente: ha reconocido que una disolución saturada de alumbre preserva de la acción del fuego las partes del cuerpo que están fuertemente impregnadas con ella, sobre todo si, después de usarla, se frota la piel con jabón. Provisto de este preservativo, ha repetido en sí mismo, con buen éxito, los experimentos de los hombres incombustibles (1).

Este procedimiento, cuya eficacia han confirmado diversas experiencias recientes, era probablemente el que usaban los pueblos antiguos, empleándolo también para sustraerse a los efectos de las llamas de substancias inanimadas. Independientemente del arte de hilar y tejer el amianto, arte que llevaron tan lejos que llegó a ser mirado como milagro por los ojos de la ignorancia, sabían que la madera embadurnada con alumbre resiste mucho tiempo sin quemarse. Así era la torre de madera levantada por Arquelao, en el Pireo, que en vano intentó Sylla incendiar: el historiador Quadrigario dice positivamente que Arquelao había tenido cuidado de revestirla por entero de una capa de alumbre (2). La torre de madera de *Laryx*, a la que César no pudo incendiar (3), estaba seguramente preservada por una análoga precaución de la acción de las llamas. Sucedería lo mismo, sin duda, con *la madera que no puede quemar el fuego*, que se usaba en el Turquestán para edificar las casas (4). No conocemos madera naturalmente incombustible: la opinión que, en Asia, en Grecia y en las Galias, atribuía al *alerce* o a cualquiera otra especie de árbol esta cualidad maravillosa, servía, por lo tanto, para ocultar, bajo un prodigio imaginario, un secreto real, del que se querían reservar la posesión exclusiva.

(1) *Ensayo sobre fisiología humana*, por G. GRIMAND y V. C. DUROCHER. París, 1826, página 76.
(2) A. CLAUDIO QUADRIGARIO, *Anales*, libro XIX, capítulo 1.
(3) VITRUVIO, *Arquitectura*, libro II, capítulo 9.
(4) *Historia de Gengis-Khan*, página 144.

CAPITULO XVI

Secretos para accionar sobre los sentidos de los animales. Ejemplos modernos y antiguos. Poder de la armonía; poder de los buenos tratamientos; cocodrilos y serpientes domesticados; reptiles en que se destruye o debilita el veneno. Los PSYLAS *antiguos: la facultad que tenían de desafiar la mordedura de las serpientes, puesta fuera de duda por recientes experiencias, frecuentemente repetidas en Egipto. Dicha facultad obedece a unas emanaciones odoríficas que afectan a los sentidos de los reptles y escapan a los sentidos del hombre.*

Los reptiles venenosos y los animales feroces, casi tan terribles como el fuego, y frecuentemente más difíciles de evitar, ¿perderán el poder de hacer daño tan pronto como se lo ordene el hombre dotado de una ciencia sobrenatural?

Los relatos de los antiguos sobre esta materia siempre han suscitado la incredulidad de los modernos. La historia de Orfeo pasó por ser una graciosa alegoría, cuando era en realidad una prueba de la existencia de los *escamoteadores*; de esos hombres que, en el espectáculo de las iniciaciones, manipulaban impunemente con serpientes; de esos *Menados* que jugaban con tigres y panteras.

No se puede negar, sin embargo, que existan medios *ocultos* de obrar sobre los animales, sustraídos a nuestra do-

minación por su independencia natural. El olor de la *cataria* y del *maro*, sobre todo en los países cálidos, ejerce una acción tan enérgica sobre el olfato de los gatos, que parecería maravillosa al hombre que por primera vez observe sus efectos: será muy fácil sacar partido de esos efectos para atraer hacia el hombre al animal a quien afectan. Si hemos de creer a los observadores antiguos, al elefante le agradan los olores suaves, el de las flores, el de los perfumes; y las cabras del Cáucaso, vivamente complacidas del aroma del *cinamono*, siguen con presteza la mano que se lo presenta (1). Hay hoy en Londres algunos hombres que poseen el arte de hacer salir los ratones de sus agujeros, en pleno día y hacerlos entrar en una ratonera; el *hechizo* consiste en untarse la mano con aceite de comino y con aceite de anís, y frotar con ellos algunas briznas de paja que se introducen en la ratonera (2). En el siglo pasado, vióse andar a un hombre cubierto con un enjambre de avispas, repartidas por todo su cuerpo, especialmente sobre su cara y sus manos, que parecían haberse olvidado de alas y aguijones. Es probable que su secreto se acercase al que acabamos de indicar.

Exponer a los condenados a la voracidad de las fieras era un suplicio empleado en el imperio romano: los secretos propios para adormecer la ferocidad de los animales debían por lo tanto, ser bastante corrientes. Mauricio que, bajo Vitelio, trató de llevar a los galos a la independencia, se hacía pasar por un dios. Apresado en un combate, fué entregado a las fieras, sin recibir de ellas daño alguno: lo cual pareció confirmar su pretensión, hasta que Vitelio le hizo ahorcar (3). El egipcio Serapión predijo a Caracalla una muerte próxima: soltaron contra él a un león hambriento, que se

---

(1) FILOSTRATO, *Vida de Apolonio*, libro III, capítulo 1.
(2) *Biblioteca Universal. Ciencias*, tomo IV, página 263.
(3) TÁCITO, *Historia*, libro II, capítulo 61.

retiró sin agredirle, aunque él no hizo más que presentarle la mano. Pero otro suplicio puso fin a su vida (1). «Tan »pronto soltaron contra Tecla varias terribles fieras, echa»ron sobre ella todas las mujeres, nardo, casia, otras plan»tas aromáticas y aceite perfumado, con cuyos violentos »aromas quedáronse las fieras como adormecidas, y no lle»garon a tocar a Tecla...» (2). Esta narración, sacada de un documento que data de los primeros tiempos del cristianismo, tiene probablemente por base algún hecho real, y el uso de los olores penetrantes ha podido salvar a veces a unos desdichados condenados a saciar el hambre de animales carniceros. De un caso contado con bastantes detalles por Ateneo, se deduce que en Egipto el zumo de limón tomado al interior bastaba para producir esa maravilla. La experiencia que cita es tanto más chocante, cuanto que al recomenzarla, permitiendo a uno de aquellos desgraciados que así habían escapado a la muerte, usar la misma precaución, fué respetado por las fieras, mientras el segundo, al que le prohibieron dicha precaución, quedó al instante despedazado (3). Es muy dudoso que el limón haya tenido nunca semejante propiedad: pero podía servir para disimular otros ingredientes más enérgicos. Según Eliano, una fricción de grasa de elefante es un preservativo infalible: el olor, tan penetrante como fétido, propio del cadáver de este gran cuadrúpedo, hace la cosa menos increíble. Un secreto análogo motivaba sin duda la seguridad del domador que desafiaba en público a las fieras evitando sus ataques con maravillosa habilidad (4). Firmo, que revistió por poco tiempo la púrpura imperial de Alejandría, nadaba impunemente entre los cocodrilos; supónese que debía tal

(1) XIFILINO, *Caracalla*, capítulo VII.
(2) Tribunal de Ritos, *Actas de Tecla y de Pablo, apóstol*.
(3) ATENEO, libro III, capítulo 5.
(4) TERTULIANO, *Apologética*, capítulo 16.

propiedad al olor de la grasa de cocodrilo con que se friccionaba el cuerpo. Lo cual se debe probablemente al conocimiento que llegó a ser vulgar en el Indostán, de un secreto análogo, hoy en desuso: el acusado debía, en presencia de los brahmanes, atravesar a nado un río infestado de *mudelas* (cocodrilos), y no era absuelto más que en caso de librarse de las mordeduras de los anfibios (1). Los sacerdotes mejicanos se frotaban el cuerpo con una pomada a la que atribuían mágicas virtudes; y erraban de noche, por desiertos lugares, sin temor a las fieras, pues el olor de su untura bastaba para alejarlas. También existe, para hacerse seguir sin peligro por terribles animales, un medio practicado comúnmente por los hombres que se dedican a atrapar perros para entregarlos a los anatomistas, y a veces, por los cazadores cuando quieren atraer a los lobos a alguna trampa. Consiste en excitar los sentidos del macho con las emanaciones que, en la época del celo sobre todo, exhala la hembra. Dicho medio ha sido indicado con todo detalle por el escritor más original y más filosófico del siglo XVI (2). Galeno hizo mención de él, pero ya era conocido mucho antes de este célebre médico (3). En el templo de Júpiter, en Olimpia, enseñábase un caballo de bronce en cuya presencia los caballos *enteros* experimentaban los más violentos deseos. Observa Eliano juiciosamente que el más perfecto arte no podría imitar bastante bien a la naturaleza para producir una ilusión tan fuerte: afirma, en consecuencia, con Plinio y Pausanias (4), que al fundir la estatua algún mágico había echado en ella *hippomanés*, dándonos con esto el secreto del milagro. Todas las veces que se quería producirlo, se untaba convenientemente el bronce con *hip-*

(1) PAULINO DE SAN BARTOLOMÉ, *Viajes*, tomo I, páginas 428-429.
(2) RABELAIS, *Historia de Gargantúa y Pantagruel*, libro 1, capítulo 22.
(3) GALENO, *Aforismos*, libro I, af. 22.
(4) PAUSANIAS, *Eliac.*, libro I, cap. 27. PLINIO, *Historia Natural*, libro XXVIII, cap. 2. ELIANO, *De la naturaleza animal*, libro XIV cap. 18.

pomanés líquido, o con una droga que exhalase su olor (1).

Un artificio semejante atraía a los toros a la ternera de bronce, obra maestra de Myrón; como no es probable que estos animales fuesen sensibles a la hermosura de la escultura, puede creerse que una representación menos perfecta, pero de igual disposición, habría excitado igualmente sus deseos.

El mismo secreto indica tal vez el origen del hechizo que hacía arrastrarse, según dicen, a los pies de un hombre favorecido por los dioses, a los leones y a los tigres, despojados de su ferocidad. Mas generalmente se ha atribuído este milagro al poder de la música. Asegura Platón que el canto y la melodía amansan a las fieras y doman a los reptiles. Nos inclinamos a creer que en esta ocasión aun se ha dejado dominar el filósofo por la poco filosófica vivacidad de su imaginación: no ha hecho más que repetir una opinión admitida, fundada, según se dice, en observaciones. El encanto de la música consolaba de su cautiverio a los elefantes caídos en poder del hombre, y, en la domesticidad, bastaba para adiestrarlos ejecutar movimientos mesurados y cadenciosos (2). Las potrancas salvajes de Libia eran tan sensibles a la música, que ésta llegó a ser un medio de domesticarlas. Hasta ciertos peces no estaban fuera de su poder; la música hacía más fácil su captura... (3). Los autores modernos, menos dispuestos a creer, se ven, sin embargo, obligados a reconocer la acción que ejerce la música sobre las tortugas y las arañas; su influencia sobre los elefantes ha sido recientemente comprobada ante nuestra vista. Un viajero ha visto con sorpresa pesados hipopótamos, animados por el ruido acompasado y marcial de una marcha

(1) El hippomanés es una planta que crece en Arcadia. Sólo con olerla, excítanse furiosos deseos en los potros y en las jóvenes yeguas. (TEÓCRITO, *Idilios*, libro II, vers. 48 y 49.)
(2) ELIANO, *De la naturaleza animal*, libro XII, capítulo 44.
(3) ELIANO, *De la naturaleza animal*, libro VI, capítulo 31.

guerrera, seguir a nado a los tambores, por el curso de un río (1). Los grandes lagartos y las iguanas son susceptibles de sensaciones aun más pronunciadas: un canto, un silbido dulce y mesurado, han bastado más de una vez para ponerlos al alcance de la mano del cazador (2).

Los gatos, que se fatigan o se asustan al oir ruidos demasiado estridentes, son agradablemente afectados por la música, si se proporciona la dulzura de las modulaciones a la susceptibilidad de sus órganos. Los perros, al contrario, parece que no reciben de la música más que impresiones dolorosas. Los sonidos elevados y agudos les arrancan aullidos prolongados. Guardábase en un templo una lira que pasaba por ser la de Orfeo: un entusiasta de éste la compró, persuadido de que al tocarla vería, como el primer poseedor del instrumento, correr en torno suyo a los animales encantados por la melodía. Hizo un ensayo en un lugar apartado y poco tardó en morir despedazado por los lobos (3). Y no fué su pretensión, como pretende Luciano, la que le costó la vida, sino su imprudencia o su falta de maestría.

La influencia de los sonidos modulados sobre los animales ha debido ser estudiada antaño más que hoy; las experiencias debieron ser más variadas; los resultados, más extendidos. Recordemos que en los templos se buscaban, se ensayaban todos los medios de hacer maravillas: ¿y qué maravilla más seductora, más digna de figurar en la celebración de los misterios de que Orfeo había sido uno de los primeros instituidores, que la que realizaba el mismo brillante milagro de Orfeo?

(1) *Viajes y descubrimientos en Africa*, por Oudney, Denham y Clapperton, tomo II, página 47.
(2) LACEPÈDE, *Historia natural de los cuadrúpedos ovíparos*, artículo *Iguana*. — FOURNIER-PESCAY, *Diccionario de las Ciencias médicas*, artículo *Música*.
(3) LUCIANO, *Contra un ignorante que compraba muchos libros*. Obras completas, tomo IV, páginas 274-276.

Ignoramos hasta dónde puede llegar el desarrollo moral de los animales, porque en nuestras relaciones con ellos todo lo pedimos al terror, a la imposición, a la fuerza, a los suplicios; raramente o nunca, procuramos conocer lo que puede obtenerse por la dulzura, las caricias, las sensaciones agradables (1). Parece que seguimos en la práctica la bizarra opinión de Descartes: «Tratamos a los animales como »si fuesen máquinas. Unos pueblos menos cultos que nos»otros, los tratan como seres sensibles, tan susceptibles »como el hombre de ser dominados por los buenos tratos »y por el partido que se sepa obtener de sus inclinaciones »y afecciones. Lo que así se obtiene de ellos, hace creíble »lo que refieren antiguos autores, de animales salvajes que »llegaron a domesticarse y hasta a amar al hombre. Los »cinocéfalos y los toros perdían, unos, su amor vagabundo »a la independencia, y otros, su natural feroz y sombrío; »los mismos leones y las águilas deponían su fiereza, cam»biándola por una sumisión absoluta al hombre que les pro»digaba sus cuidados» (2). En los templos, llegaron a dictar oráculos las cabras y los cuervos; *los animales sabios* de nuestros días, que tan frecuentemente se ofrecen a la pública curiosidad, nos indican qué partido podía sacar el charlatanismo de aquellos singulares intérpretes de la voluntad del cielo.

No me atreveré quizá ni a negar la existencia, comprobada por tantas tradiciones, de los tigres domesticados que figuraban en las fiestas de Baco, los cuales, criados en Tebas, en los templos del dios, esperaban, tumbados y abriendo su aterradora boca, a que les echasen en ella largos tragos de un vino al que la prudencia mezclaría probablemente diversas drogas adormecedoras.

(1) Ved G. COLÍN, *Tratado de Psicología comparada de los animales domésticos*. París, 1854, tomo I, página 158.
(2) ELIANO, *De la naturaleza animal*, libro VI, capítulo 10.

No es de ninguna manera en la civilizada Europa donde ha nacido el empleo de las palomas mensajeras; es tal su antigüedad en Oriente que los autores nacionales afirman que se conocían en la Pentápolis de Palestina. Dos meses bastaban a los árabes para una educación en que no tenían parte alguna los malos tratamientos; y las palomas estaban tan bien amaestradas, que según la dirección en que se las soltase, llevaban mensajes a tres sitios diferentes (1). Este arte no fué ignorado de los griegos. Una paloma voló de Pisa a la isla de Egina, para anunciar al padre de Tauróstenes la victoria que este atleta había conseguido aquel mismo día en los juegos olímpicos. El hecho, aunque poco corriente, pareció muy sencillo a los amigos de lo maravilloso, y substituyeron el alado mensajero con un fantasma, una aparición (2). La historia antigua refiere más de una victoria, cuya noticia llegó casi al momento, y probablemente gracias a un procedimiento análogo, a lugares alejados de aquel en que se diera la batalla, y habiéndose tenido secreto el medio de comunicación, la rapidez pareció un milagro, debido a la intervención de cualquier agente sobrenatural.

Proponed a un europeo que domestique a un cocodrilo: si lo intenta, empleará el hambre, la privación del sueño; debilitará al animal hasta el punto de volverle, si no dócil, al menos incapaz de resistencia. Laing ha visto, en la mansión del rey de los *solimas* (3), a un cocodrilo cautivo, tan dócil como lo pudiera ser un perro; pero aquel animal prisionero, encerrado en un estanque, en el interior del pa-

(1) *La paloma mensajera* (traducida del árabe por SILVESTRE DE SACY, París, 1805), páginas 36 a 52.
(2) PAUSANIAS, *Eliac*, libro II, cap. 9. — En los últimos días de la república romana, Hircio se valió del mismo medio para hacer llegar avisos a Décimo Bruto, sitiado en Módena (Frontín. Estrategia, libro III, capítulo 13.
(3) LAINY, *Viaje a Timanni, al Kuranko y a Solimania*, página 353.

lacio, ¿no hubiese recobrado con la libertad, su ferocidad natural? El jeque de Suakem se apoderó de un pequeño cocodrilo, le domesticó y le conservó en un pilón, cerca del mar. El animal, cuando se hizo de gran tamaño, siguió siendo muy dócil; el príncipe se montaba sobre él y hacía que le llevase así por un espacio de más de trescientos pasos (1). En la isla de Sumatra, en 1823, a la embocadura del río Beaujang, había sentado sus reales un cocodrilo de extraordinario tamaño; había echado de allí a los demás cocodrilos, y devoraba a todos los que se atrevían a volver. Los habitantes le profesaban un culto divino y le llevaban, con gran respeto, alimentos. «Pasad, le decían al misionero inglés que refiere el caso, y que parecía temer aproximarse al terrible anfibio; pasad, nuestro Dios es clemente.» Este, en efecto, miró apaciblemente la embarcación del europeo, sin dar señales de temor, de cólera ni de deseo de atacar (2). Esto nos recuerda los cocodrilos sagrados que adoraban ciertos pobladores de Egipto. ¿Es eso cierto? decimos nosotros. ¿Es posible? ¿Los mismos sacerdotes no se exponían cada día a ser víctimas de su divinidad, de un animal feroz y estúpido, temible sobre la tierra firme y más temible todavía dentro del agua?... Lejos de ello, vemos con qué facilidad podían amansar al divinizado animal. Tranquilizado así, por una larga experiencia, contra el miedo a las agresiones del hombre y la inquietud de las necesidades, el cocodrilo debía perder sus malos instintos; y había probablemente poca exageración en lo que decía, del cocodrilo sagrado, un discípulo de los sacerdotes egipcios: «El *sukh-os* es justo, porque nunca hace daño a ningún animal» (3).

(1) VICENTE LEBLAC, *Viajes*, primera parte, tomo I, página 39.

(2) JOHN ANDERSON, *Misión a las costas orientales de Sumatra, en el año* 1823. Nuevos Anales de viajes, tomo XXX, página 260.

(3) DAMASIO, *Vida de Isidoro*, página 242. — El nombre de *sukh-os* designa, según Geoffroy Saint Hilaire, una variedad de la especie del cocodrilo. Los egipcios detestaban al cocodrilo *Temsah*, animal voraz que les hacía sufrir frecuentes daños; en cambio, amaban al *Sukh*, especie de menor tamaño, que muy raramente atacaba al hombre, y que, presentándose en las tierras antes que todos los demás cocodrilos, en la crecida del Nilo, anunciaba y parecía traer la bienhechora inundación, en cuyo símbolo sagrado se convertía. A orillas del Ganges también distinguían los indios dos especies de cocodrilos, una, feroz y carnívora, y otra, perfectamente pacífica. (ELIANO, *De la naturaleza animal*, libro XII, capítulo 41.)

La agilidad de movimientos de la serpiente, la fuerza enorme de algunos de estos reptiles, la dificultad de distinguir al primer golpe de vista los que son ponzoñosos de los que no lo son, es bastante para explicar el miedo y el horror que inspiran las serpientes, y la idea de un poder sobrenatural referida al talento de desafiarlas y de reducirlas a la obediencia. Por eso, el biógrafo de Pitágoras, dispuesto a exaltar a su héroe, nos hace admirar al filósofo, ejerciendo sobre los animales un poder igual al de Orfeo, y manipulando impunemente unas serpientes muy peligrosas para cualquier otro que no fuera él (1). Los juglares, que daban en público un espectáculo semejante, aprovechábanse del espanto que tan fácil les era inspirar para exigir dádivas a los curiosos: tan singular género de ilícito lucro se repitió con bastante frecuencia para atraer sobre sus autores la animadversión de las leyes (2).

Conócense, no obstante, gran número de especies de serpientes cuya mordedura no lleva consigo ningún veneno y cuyo carácter familiar permite fácilmente domesticarlas. Tales eran, sin duda, las serpientes monstruosas, pero incapaces de hacer daño, que se admiraban en diversos templos antiguos (3); y la serpiente de quince pies de longitud que había domesticado Ajax, hijo de Oileo, que le seguía como un perro fiel; y el enorme reptil que cogieron vivo los soldados de Ptolomeo Auletes (4), y

(1) JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras*, capítulos 14 y 18.

(2) DIGESTO, libro XLVII, título 11, § 11.

(3) ELIANO, *De la naturaleza animal*, libro XIII, capítulo 39.

(4) TZETZES, *Chiliades*, libro III, página 113.

que pronto llegó a ser tan dócil como un animal doméstico. Mil veces se han visto en Europa culebras cautivas perfectamente dóciles y aun cariñosas. Enseñaron al viajero Laing, en el Timanni, una serpiente que, a la orden de un músico, corría, se enroscaba, reptaba y saltaba, tan obediente y con tanta destreza como los animales mejor domesticados (1). Entre los negros de la Guyana holandesa viven ciertas mujeres que hacen el oficio de adivinas; una de las pruebas de su talento sobrenatural es hacer que descienda de un árbol y domesticar, sin más que hablarla, a la serpiente *papa* o *ammodita*, reptil de una dimensión bastante considerable, pero que no es peligroso (2).

El mismo áspid, tan justamente temido, se domestica sin trabajo: con que se le dé todos los días leche azucarada, basta en el Indostán para hacer tal milagro. El reptil viene regularmente, a la hora acostumbrada, a tomar la comida, y jamás hace daño a nadie (3). ¿No es así, gracias a un artificio análogo, cómo los sacerdotes egipcios hacían salir del altar de Isis áspides inofensivos, y cómo tantas veces, en Grecia y en Italia, serpientes sagradas acudieron a devorar los presentes depositados sobre los altares de los dioses, dando así al pueblo un seguro presagio de felicidad y de victoria?

Hay pocos cuentos que sean más vulgares que los que hablan de *genios* revestidos de la forma de dragones y serpientes, encargados de la custodia de tesoros subterráneos: esta creencia es todavía popular en Bretaña, en el distrito de Lesneven (4). Es general en el Indostán, y allí, al menos, puede no estar siempre desprovista de fundamento.

(1) LAING, *Viaje al Timanni, al Kuranko*, etc., páginas 241 y 242.
(2) STEDMANN, *Viaje a Surinam*, tomo III, páginas 64 y 65.
(3) PAULINO DE SAN BARTOLOMÉ, *Viaje a las Indias orientales*, tomo I, página 477.
(4) CAMBRY, *Viaje por el departamento de Finisterre*, tomo II, pág. 25.

mento. He aquí lo que dice Forbes, observador inglés, al que se cita generalmente con confianza: En un lugar del Indostán existía cierta torre, bajo la cual había una cueva que, según se decía, encerraba un tesoro guardado por un genio, que tenía la forma de una serpiente. «Guiado por el mismo obrero que había construído la cueva, hízola abrir Forbes; a una profundidad bastante considerable, descubrió allí una enorme serpiente a la que comparó, por el grosor, al cable de un navío. El reptil, desenroscándose lentamente, alzó la cabeza en dirección a la abertura practicada en la parte superior... Apresuráronse a echar por ella una gran cantidad de paja ardiendo y la serpiente murió asfixiada. Forbes encontró su cadáver, pero no así el tesoro; seguramente se lo llevó el propietario antes de marcharse... (1). El lector observará, como nosotros hemos ya notado, que la construcción de la cueva debía ser bastante reciente; pero la serpiente que en ella encerraron al hacerla había alcanzado ya una extraordinaria dimensión; estaba por tanto bien domesticada y dócil, después de tan prolongado encierro; luego, por la misma razón, conocería muy bien a su amo, ya que éste pudo llevarse sus riquezas, sin tener que temer nada del centinela que las vigilaba, al cual debió salvar la vida, devolviéndole entonces la libertad.

Las serpientes más peligrosas, con excepción de las que son tan temibles por su fuerza, dejan de ser dañinas, tan pronto como les arrancan los dientes caninos, destinados por la naturaleza a echar en las heridas que hagan, el veneno de que están provistos. Incluso basta frecuentemente con hacerles morder varias veces un trozo de tela o fieltro, agotando así sus reservas de licor venenoso, para que su mordedura no entrañe peligro alguno durante uno

(1) FORBES, *Memorias orientales, The Monthly repertory*, tomo XXI, páginas 367 - 69.

o varios días. En las grandes ciudades de Europa y en el interior salvaje de Africa (1), uno y otro secreto son usados por los charlatanes, que, a la vista de una aterrada multitud, desafían, como si jugasen, la mordedura de venenosos reptiles. Uno u otro secreto explica la mansedumbre de la serpiente que hace cien años vieran en el Alto Egipto dos viajeros franceses (2), y a la que la superstición presentaba, sucesivamente, como un ángel, como un genio benéfico, o como el demonio que estranguló a los seis primeros esposos de la mujer del joven Tobías.

Dice el viajero Terry que hay unos juglares hindúes que se dejan morder por las serpientes, y, cuando la fuerza de la ponzoña les ha inflamado extraordinariamente la lesión, se curan instantáneamente con unas pomadas y unos polvos que venden luego a los espectadores. Seguramente la inflamación no es más que aparente; el arte de combatir un veneno tan avanzado ya en sus progresos, es demasiado maravilloso para que se crea en él tan a la ligera: bástales a los charlatanes prevenirse contra el peligro de las mordeduras que han de sufrir, obligando al reptil por adelantado a vaciar los depósitos en que está concentrado su veneno. No se puede dudar que no se valgan de esta argucia, puesto que Kaempfer la vió poner en juego, en el mismo país, a los juglares que reducen hasta cierto punto a la obediencia a la serpiente *naga*, cuyo veneno es tan justamente temido (3).

Pero que la mordedura venenosa de un reptil no fuese peligrosa para ciertos hombres, siendo mortal para todos los demás, era una aserción que se relegaba entre las fábulas; se interpretaban en el sentido alegórico los nume-

(1) *Viajes y descubrimientos en Africa*, por Oudney, Denham y Clapperton, tomo III, páginas 39 y 40.
(2) GRANGER, *Viaje a Egipto*, páginas 88 - 92.
(3) LACEPÉDE, *Historia natural de los reptiles*, artículo de la *Serpiente con anteojos o Naga*.

rosos párrafos en que habla la Escritura del *poder de encantar a las serpientes*. En China, los hombres tan arriesgados como los antiguos *psilas*, que se exponen a mordeduras realmente peligrosas, son considerados como diestros charlatanes. En vano aseguran los autores latinos y griegos que el don de *encantar* reptiles venenosos era hereditario, desde tiempo inmemorial, en ciertas familias; que a orillas del Helesponto, esas familias eran bastante numerosas para formar una tribu; que en Africa, el mismo don era patrimonio de los *psilas*; que los *marsos* en Italia y los *ofiógenos* en Chipre, lo poseían gracias a su origen, que unos pretendían atribuir a la mágica Circe y otros a una virgen de Frigia unida a un dragón sagrado (1). Hasta se olvidaba que a principios del siglo XVI, en Italia, ciertos hombres, pretendiendo ser de la familia de san Pablo, desafiaban, como los *marsos*, la mordedura de las serpientes... Para rechazar un hecho que parecía demasiado maravilloso, se invocaba el testimonio de Galeno, que decía que en sus tiempos no poseían los *marsos* ninguna receta secreta y que su talento se limitaba a engañar al pueblo por la destreza y el fraude (2); de donde se deducía que la destreza y el fraude habían sido empleados asimismo en todas las épocas. No se advertía que la afirmación del médico de Pérgamo está destruída por un trazo común conocido de la historia de Heliogábalo: este emperador hizo recoger varias serpientes por los sacerdotes *marsos* y las hizo soltar en el circo en el instante mismo en que el público acudía en tropel, y muchas personas perecieron por las mordeduras de aquellos reptiles que tan impunemente habían desafiado los *marsos*.

Unos viajeros dignos de crédito han llegado, por último, y nos han dicho: *yo he visto*. Bruce, Hasselquist y

(1) PLINIO, *Historia natural*, libro VII, capítulo 2.
GALENO, *De theriac. ad Pison.*

Lemprière (1) se han asegurado por sus propios ojos de que en Marruecos, en Egipto, en Arabia, y sobre todo en el Sennaar, muchos hombres tienen el privilegio de arrostrar impunemente la mordedura de las víboras y la picadura de los escorpiones. Para completar su parecido con los antiguos *psilas*, los modernos egipcios aseguraban a Bruce que nacían con esa facultad maravillosa. Otros pretendían deberla a una misteriosa combinación de letras o a varias palabras mágicas, lo que coincide con los antiguos cantos propios para *encantar* a las serpientes, y proporciona un nuevo ejemplo de la costumbre, tan perjudicial para la ciencia, de conservar un secreto físico atribuyendo sus efectos a unas prácticas insignificantes y supersticiosas.

Si en esto pudieran subsistir algunas dudas, han sido resueltas sin discusión en la época de la brillante expedición de los franceses a Egipto. Cuentan lo siguiente, corroborado además por millares de testigos oculares: los *psilas* que pretenden, como Bruce afirmó, tener desde su nacimiento la facultad que les distingue, van de casa en casa a ofrecer su ministerio para destruir las serpientes de toda especie, que allí son casi siempre corrientes. Si hemos de creerlos, un instinto maravilloso les lleva primero al sitio en que se ocultan las serpientes. Furiosos, aullando con locura, desorbitados y con los labios llenos de espuma, se arrastran, se lanzan sobre ellas, las apresan sin temor a sus mordeduras y las destrozan con uñas y dientes.

Carguemos en cuenta al charlatanismo los aullidos, la espuma, el furor, todo lo que recuerde, en una palabra, los penosos esfuerzos que fingían los *marsos*, al repetir los cantos propios para hacer morir a los reptiles. El instinto

(1) BRUCE, *Viaje a las fuentes del Nilo*, tomo IX, páginas 402, 403, 412 - 417. — HASSELQUIST, *Viaje a Levante*, tomo I, páginas 92, 93, 96 y 100. — LEMPRIÉRE, *Viaje al imperio de Marruecos y al reino de Fez*, en 1790 - 91, páginas 42 y 43.

que advertía a los *psilas* la presencia de las serpientes, tiene real explicación. En las Antillas, los negros descubren por el olfato a una serpiente, aunque no la vean; pues, en efecto, las serpientes exhalan un olor desabrido y nauseabundo (1). El mismo indicio guiaba antaño y aun guía hoy, en Egipto, a los hombres ejercitados desde la infancia, pudiera decirse que hereditariamente, en la caza de los reptiles; y hasta los olfatean a una distancia demasiado grande para que los miasmas lleguen a los embotados órganos de un europeo. Aparte de esto, el hecho principal, la facultad de reducir a la impotencia por el solo contacto a esos peligrosos animales, queda bien comprobado, y, sin embargo, no conocemos mucho mejor la naturaleza de ese secreto célebre en la antigüedad, conservado hasta nuestros días por los más ignorantes de los hombres.

No parecerán quizá fuera de lugar algunas reflexiones sobre esta materia.

Los sentidos de los animales son semejantes a los nuestros; pero la semejanza no es absoluta. No advertimos algunas substancias que les afectan con fuerza; y ellos no parecen afectarse por otras que nos parecen inaguantables. Puede comprobarse esta verdad con el sentido del olfato: el perro, que posee un olfato tan exquisito, tan susceptible de impresiones delicadas de que no tenemos idea, no parece notar ninguna diferencia, por el placer o el desagrado, entre un perfume suave y un olor infecto. Una diversidad tan marcada entre nuestras sensaciones y las que experimentan los animales, ha debido ofrecer con frecuencia medios de obrar sobre ellos, sin obrar sobre los sentidos de los hombres. Los perros no entraban nunca en Roma en el templo de Hércules; ¡el olor de la maza

(1) THIBAUT DE CHANVALON, *Viaje a la Martinica*.

que en tiempos había dejado el dios a la puerta, bastaba todavía, después de catorce siglos, para alejarlos de ella! Los sacerdotes, sin duda, tenían cuidado de renovar, de cuando en cuando, aquel olor, que no era percibido por los hombres y que perpetuaba el milagro. Alberto el Grande poseía una piedra que atraía las serpientes: si algo pudiera haber de cierto en este sentido, lo atribuiríamos a una causa análoga; los reptiles, como muchos insectos, son susceptibles de afectarse vivamente por emanaciones odoríferas.

Galeno, según creo, ha sido engañado por una falsa declaración que hacían los *marsos* y los *psilas*, para ocultar mejor su verdadero secreto, cuando dice que debían su poder sobre las serpientes a la costumbre de alimentarse con víboras y reptiles venenosos (1). Mejor instruídos Plinio, Eliano y Silio Itálico, indican la causa de ello en el empleo de una substáncia odorífera que adormecía a las serpientes y con la que, según parece, se frotaban el cuerpo sus enemigos (2). Tal procedimiento inspiraba tanta confianza a los *psilas*, que no temían exponer a las mordeduras de las serpientes a los niños recién nacidos, a fin de asegurarse de su legitimidad, o más bien para dar, a capricho de sus sospechas, la muerte a los presuntos frutos del adulterio. Bruce se ha asegurado de que el secreto de los egipcios y de los árabes consiste en bañarse en una cocción de hierbas y raíces, cuya naturaleza ocultan cuidadosamente. Foskhal nos enseña que los egipcios *encantan* a las serpientes con una aristoloquia, aunque no designa la especie. Se trata, según Jacquin, de la *aristolochia anguicorda*, que emplean para el mismo uso los indígenas de América (3).

(1) GALENO, *De arte curatoria*, libro II, cap. 11.
(2) PLINIO, *Historia natural*, libro VII, capítulo 2. — ELIANO, *De naturaleza animal*, libro XVI, cap. 27. — SILIO ITÁLICO, libro V, vers. 354.
(3) HASSELSQUIST, *Viaje a Levante*, tomo I, página 100.

Hoy, que se ha vuelto a hallar la huella de las emigraciones que, desde la meseta de Tartaria, han llevado a numerosos pueblos hasta la América equinoccial, asombra poco ver propagado ese secreto en el Nuevo Mundo. Después de haberse convencido de su alta antigüedad, relacionando las narraciones de los viajeros modernos con las de los historiadores antiguos, asombraría mucho más no volverle a encontrar en el Indostán. Existe allí, en efecto, desde tiempo inmemorial.

Junto a cualquier secreto de este género, está uno casi seguro de encontrar una costumbre que tan pronto ha hecho factible su descubrimiento, como, por el contrario, ha sido causa de su nacimiento. En el Indostán, para conocer la verdad de una acusación, «echan la serpiente llamada *naga* a un profundo hoyo hecho en la tierra, en el que se deja caer un anillo, un sello o una moneda, que el acusado está obligado a coger con la mano. Si le muerde la serpiente, es declarado culpable, y, en el caso contrario, inocente» (1). De esta manera es como los áspides sagrados de Egipto, ministros inteligentes de las venganzas de Isis, daban la muerte a los malvados y respetaban a los hombres de bien (2).

(1) *Investigaciones asiáticas*, tomo I, página 437.
(2) ELIANO, *De naturaleza animal*, libro X, capítulo 31.

CAPITULO XVII

Drogas y bebidas preparadas; unas soporíferas y otras propias para hacer caer en una imbecilidad pasajera. Circe; Nepenthes. Ilusiones deliciosas, ilusiones aterradoras, revelaciones involuntarias, valor invencible, producidos por alimentos o brebajes. El Viejo de la Montaña sólo seducía a sus discípulos por ilusiones; probablemente, les inmunizaba contra los tormentos por unas drogas estupefacientes. Ejemplos numerosos del empleo de tales drogas. El uso que se hace de ellas, si llega a ser habitual, lleva a la insensibilidad física y a la imbecilidad.

Vencedor de los obstáculos que le separaban de la perfección, ve el iniciado abrirse ante él los más ocultos tesoros de la ciencia. Poco es entregarle el secreto de las maravillas que le embargaban en un religioso asombro ante el espectáculo de su primera recepción. Llamado desde entonces a abrir a los profanos la senda de la luz, ya es hora de que aprenda a qué medios de acción ha sido sometido; cómo han llegado a adueñarse de todo su ser moral; cómo se servirá él de los mismos medios, para iniciar a las almas de los que aspiren al fin a donde él ha llegado, y para mostrarse todopoderoso por sus obras ante todo lo que no participe de la sublime dignidad del sacerdocio.

Los aspirantes a la iniciación y las personas que acu-

dían a pedir a los dioses sueños fatídicos, tomaban, tras un ayuno más o menos prolongado, unos alimentos preparados ex profeso, y sobre todo ciertos brebajes misteriosos, tales como el *agua de Letea* y el *agua de Mnemosina* en la gruta de Trofonio, o el *Ciceión* en los misterios de Eleusis. Se mezclaban fácilmente a los alimentos o a las bebidas, diversas drogas, según la disposición física y moral en que importase conservar al recipiendario y según la naturaleza de las visiones que se le debieran procurar.

Se sabe qué acusaciones se han fulminado sobre las primeras sectas del cristianismo, acusaciones que la injusticia hacía recaer sobre todas las reuniones de cristianos. No tendrían fundamento, si varios heresiarcas no hubiesen adoptado la práctica criminal que el rumor popular atribuía al jefe de los *marcosianos*. Dícese que administraba bebidas afrodisíacas en las ceremonias religiosas (1). Sin prejuzgar nada sobre este caso particular, pensamos que el empleo de afrodisíacos violentos ha tenido lugar más de una vez en las misteriosas orgías del politeísmo: sólo él puede explicar los monstruosos excesos a que se entregaban en las bacanales denunciadas y castigadas en Roma, el año 186 antes de nuestra Era. Una escena de la novela de Petronio indica que fueron usados los afrodisíacos mucho después, en las reuniones nocturnas, donde la superstición servía de velo y de excusa a los excesos del libertinaje.

Pero un medio tal nunca tuvo más que un uso limitado; extraviaba los sentidos; nunca impresionaba a la imaginación por una maravilla; entregaba al hombre físico al poder de un taumaturgo culpable, mas no llegaba al hombre moral. Unas substancias destinadas a producir en las ceremonias secretas efectos más importantes — los sopori-

(1) SAN EPIFANIO, *Contr. hoereses*, libro I, tomo III.

ficos — eran las más sencillas y corrientes. ¿Qué servicios no debió obtener de ellas el taumaturgo, sea para cerrar unos ojos demasiado atentos, demasiado prontos a escrutar las causas de los milagros; sea para producir esas alternativas de sueño invencible y súbito despertar, tan propios para persuadir al hombre que las experimenta, de que un poder sobrenatural juega con su existencia y cambia a su antojo todas las circunstancias que la entristecen o embellecen? Los medios eran variados: unas narraciones que tenemos y además citaremos, nos proporcionan dos ejemplos diferentes. Uno es el de un joven príncipe, adormecido todas las noches por el zumo de una planta, que todas las mañanas es arrancado de su profundo amodorramiento por un perfume que le hacen respirar. Otro consiste en una esponjilla mojada en vinagre que, puesta bajo la nariz del *durmiente Abú-Hassan*, provoca en él un estornudo, un ligero vómito y destruye de repente el efecto de los polvos soporíficos que le dejaron insensible. Asimismo, la simple exposición al aire libre basta para determinar los mismos síntomas y el mismo resultado sobre una joven princesa profundamente aletargada por un narcótico (1).

Volveremos a encontrar un secreto análogo en un punto muy alejado del teatro de las *Mil y una Noches*. En el país de los *nadoessis* (2), en América Septentrional, existía una secta religiosa de hombres consagrados al *Gran Espíritu*. Carver vió admitir en ella a un nuevo miembro. Echaron en la boca del recipiendario algo que parecía un haba; al punto caía sin movimiento, insensible, como muerto. Dábanle, en la espalda, unos golpes muy violentos: no le volvieron a la vida hasta que pasaron algunos

(1) *Las Mil y una Noches*, noches 26.ª y 259.ª, tomos I y IV, páginas 221 y 97 - 149.
(2) CARVER, *Viaje a la América septentrional*, páginas 200 - 201.

minutos; entonces empezó a agitarse con unas convulsiones que no cesaron más que cuando hubo arrojado lo que le hicieron tragar.

Plutarco nos ha legado la descripción de los misterios de Trofonio, hecha por un hombre que había pasado en la gruta dos noches y un día (1): conviene menos a un espectáculo real, que a los sueños de un hombre embriagado con un poderoso narcótico. Timarco (que es el nombre del iniciado), sintió un violento dolor de cabeza cuando empezaron las apariciones, es decir, cuando el brebaje empezó a turbar sus sentidos; y, cuando las apariciones se desvanecieron, o sea, cuando despertó de aquel sueño delirante, el mismo dolor se hizo sentir, con igual intensidad. Tomarco murió tres meses después de haber salido de la gruta: sin duda los sacerdotes usaban allí unas drogas demasiado enérgicas. Los que habían consultado una vez al oráculo, dícese que conservaban una tristeza que les duraba toda la vida; natural efecto de la grave alteración de su salud por los brebajes que se les había administrado (2).

Creo que no se transportaba a los consultantes a la salida de la gruta hasta que su forzado sueño empezaba a disiparse: luego los delirios que aquel sueño producía, podían, como sospecha Clavier, tener todas las apariencias del milagroso espectáculo que a un dios se le hubiera antojado desplegar ante ellos: asimismo, después de haberles presentado, al despertar, un brebaje, sin duda destinado a devolverles por completo el uso de sus sentidos, les ordenaban que contasen lo que acababan de ver y oir; el sacerdote necesitaba saber por ellos lo que hubieran soñado.

Tal es la ligazón entre lo físico y lo moral, que las

(1) PLUTARCO, *De doemonio Socratis*.
(2) CLAVIER, *Memoria sobre los oráculos*, págs. 159 - 160.

substancias que provocan fuertemente el sueño, poseen con frecuencia la propiedad de turbar la inteligencia: las bayas de belladona, tomadas como alimento, producen una locura furiosa, seguida de un sueño que dura veinticuatro horas.

Mucho más que el sueño físico, el sueño del alma, la imbecilidad pasajera entrega al hombre al poder de los que pueden reducirle a tan humillante estado. El jugo del grano de *datura* se emplea por los portugueses de Goa; lo mezclan, dice Linschott, a los licores que beben sus maridos; éstos caen, por veinticuatro horas al menos, en un estupor acompañado de una risa continuada, tan profunda, que nada de cuanto se haga ante su vista les afecta; cuando recobran sus sentidos, no conservan ningún recuerdo del pasado (1). Los hombres, dice Pyrard, se valían del mismo secreto para someter a sus deseos a las mujeres que no consentirían por ningún otro medio (2). Francisco Martín, después de haber detallado los perniciosos efectos que produce el grano de *datura*, añade que se contrarrestan metiendo los pies del paciente en agua caliente; el remedio provoca un vómito; lo que recuerda el modo de que son sacados de su letargo el *durmiente* y la *joven princesa* de las *Mil y una Noches* y los iniciados *nadoessis* de América Septentrional (3).

Un secreto tan eficaz, caído de ese modo entre las manos del vulgo, ha debido pertenecer, con mayor razón, al taumaturgo, a quien tantas veces importaba prevalerse de él. Entre los indígenas de la Virgina, el aspirante al

(1) LINCCHOFT, *Historia de la navegación a las Indias orientales*, con anotaciones de Paludanio, tercera edición, páginas 63, 64 y 111. La *manzana espinosa*, planta de la misma familia que la *datura*, produce análogos efectos; ha sido empleada en Europa diversas veces, para usos criminales.

(2) Viaje de Francisco Pyrard (París, 1679), tomo II, páginas 68 y 69.

(3) FRANCISCO MARTÍN, *Descripción del primer viaje hecho a las Indias orientales por los franceses*, páginas 163 y 164.

sacerdocio bebía, en el curso de su penosa iniciación, un licor que le hacía caer en la imbecilidad. Si, como está permitido suponer, esa práctica tenía por objeto hacerle más dócil, se puede creer también que no haya comenzado en el nuevo continente.

En todos los tiempos, han empleado los mágicos secretos parecidos.

Los cuentos orientales nos presentan más de una vez a hábiles magas que cambian los hombres en animales irracionales. Varrón, citado por San Agustín, dice que las magas de Italia, atrayendo junto a ellas al viajero demasiado confiado, le hacían tomar queso con una droga, que le cambiaba en bestia de carga. Cargábanle entonces con su impedimenta, y luego, al fin del viaje, le devolvían su primera forma (1). Bajo estas expresiones figuradas, copiadas de Varrón, que, seguramente, haría asimismo alguna cita, se advierte que el viajero tendría el espíritu bastante turbado por la droga que había tomado, para someterse ciegamente a aquel raro ascendiente hasta que las magas pusieran a aquello término, administrándole un apropiado antídoto.

Esta tradición tiene, sin duda, un origen común con la fábula de Circe.

Fatigada de las amorosas persecuciones de Calchus, rey de los daunianos, Circe le invitó a comer: todos los platos que se le sirvieron estaban mezclados con drogas farmacéuticas (2); apenas hubo comido, cayó en una imbecilidad tal, que Circe le relegó entre los puercos. Más tarde le curó y le envió con los daunianos, obligando a éstos, bajo juramento, a no dejarle volver jamás a la isla donde ella habitaba.

(1) SAN AGUSTÍN, De civit. Dei, libro XVIII, cap. 17 y 18.

(2) «Edulia... errant autem omnia pharmacis infecta.» PARTHENIO NICAENSE, *Erotic*, cap. 12.

La copa de Circe, dice Homero, contenía un veneno que transformaba a los hombres en bestias; es decir, que en la embriaguez estúpida en que caían, creían en aquella vergonzosa degradación. Esta interpretación, conforme al relato de Parthenio, es la única admisible. A pesar de la decisión de varios comentadores, me atrevo a afirmar que el poeta no ha pensado ofrecernos una lección alegórica contra los peligros de la voluptuosidad: estaría demasiado poco de acuerdo con el resto de la narración, ya que ésta termina echando al prudente Ulises entre los brazos de la hechicera, que le retuvo en ellos un año entero. Aquí, y en otros mil episodios de sus poemas, Homero ha puesto en acción un hecho puramente físico. Lo que es tan cierto que, hasta llega a indicar un preservativo natural contra el efecto del veneno: se trata de unas raíces que describe con esa exactitud que él, mejor que otro alguno, supo unir al brillo de la poesía y a la elegancia de la versificación.

Rehusaremos igualmente tomar en sentido figurado lo que el príncipe de los poetas dice del *nepenthés* que, dado por Helena a Telémaco, borró del corazón del joven héroe el sentimiento de sus aflicciones. Cualquiera que sea la substancia designada bajo ese nombre, es lo cierto que, en tiempos de Homero, se creía en la existencia de ciertos brebajes, menos embrutecedores que el vino y más eficaces para expandir en el alma una calma deliciosa. Que Homero haya conocido estos licores y el que Circe escanciaba a sus convidados, por el espectáculo de sus efectos, o solamente por tradición, siempre se deduce de su relato, que se ha poseído el secreto de componerlos. ¿Cómo poner en duda entonces que un secreto así fuera practicado en los templos, de donde el poeta griego había sacado una parte tan grande de su instrucción y donde estaban concentrados todos los secretos de física experimental?

Los historiadores romanos y griegos y los naturalistas

modernos refieren, sobre las propiedades de diversos brebajes, unos hechos que prueban que los antiguos taumaturgos los han conocido y no los han exagerado.

A. Laguna, en su *Comentario sobre Dioscórides* (1), cita una especie de *solanum* cuyas raíces, tomadas con vino, llenan la imaginación de las más deliciosas ilusiones. El opio solo, administrado en ciertas dosis, da al sopor que determina unos ensueños tan poderosos y dulces, que ninguna realidad podría igualar su encanto. Al resumir todas las opiniones emitidas sobre el *nepenthés* de Homero, lo encuentra de nuevo Virey (2) en el *hyosciamos datura* de Forskhal, del que todavía se hace, en Egipto y en todo el Oriente, un uso análogo; y este sabio indica otras varias substancias capaces de producir unos efectos no menos maravillosos.

Dice Plinio que el *potamantis* o *thalasseglé*, nace a orillas del río Indo y el *gelatofyllis* cerca de Bactres (3). Los brebajes extraídos de estas dos plantas provocan el delirio; uno da visiones maravillosas, otro excita una risa continua. Uno obra como el brebaje fabricado con el *hyosciamos* de Forskhal: el otro como el que se exprime de los granos de *datura*.

Otras composiciones encerraban unas virtudes más útiles todavía a los hacedores de milagros.

En Etiopía había, según Diodoro, un lago cuadrado de ciento sesenta pies de contorno (40 pies de lado). Contenía agua de color de cinabrio que exhalaba un olor agradable. Los que la bebían caían en un delirio tal, que confesaban todos sus crímenes, aun aquellos que el tiempo les hubiera permitido olvidar. Ctesias sitúa en la India una fuente, cuya

(1) Libro LXXVI, cap. 4, citado por LLORENTE, *Historia de la Inquisición*, cap. 37, art. 2, tomo III, pág. 457.
(2) *Boletín de Farmacia*, tomo V, febrero de 1813, páginas 49-60.
(3) PLINIO, *Historia Natural*, libro XXIV, cáp. 17.

agua, apenas salida de ella, se *ponía como el queso*. Estos *coágulos*, disueltos en agua común, poseían una virtud semejante a la que cita Diodoro. En el primer ejemplo, el nombre de *lago*, sobre todo, según las dimensiones indicadas, recuerda el nombre del *mar de bronce* del templo de Jerusalén; designa solamente un gran estanque, hecho de mano del hombre, de los que se ven uno o dos en todos los pueblos del Indostán (1). La palabra *fuente*, empleada por Ctesias, significa igualmente el agua que corre de un manantial natural y el agua que se hace salir de un depósito. El color y el olor del líquido contenido en el lago de Etiopía, la propiedad que tenía el licor indiano de *ponerse como el queso*, recordando así la droga empleada por las magas de Italia, ¿no indica todo ello claramente unas preparaciones farmacéuticas?

Antes que Ctesias y Diodoro, había hablado Demócrito de plantas dotadas de tal virtud que hacían confesar a los culpables lo que las más rigurosas torturas no les hubieran hecho declarar. Según Plinio, crece el *achœmenis* en la India (2). La raíz, preparada en forma de pastillas y tomada en el vino durante el día, atormenta toda la noche a los culpables: perseguidos por los dioses que se les presentan bajo diversas formas, confiesan sus fechorías. El jugo de la *ofiusa*, planta de Etiopía, cuando se toma al interior, induce a creerse atacado por serpientes; el terror que se experimenta es tan violento que lleva hasta a darse la muerte; por lo cual, obligan a los sacrílegos a beber ese licor.

Tales maravillas, que parecen fabulosas, pueden repetirse hoy a la vista de los observadores. Se administra ex-

(1) Algunos de estos estanques o grandes pilones, tienen de contorno hasta 7.500 metros. J. HAAFNER, *Viaje a la península occidental de la India*, tomo II, página 29.

(2) PLINIO, *Historia Natural*, libro XXIV, cap. 17.

tracto de belladona a los niños atacados de tos ferina. Por poco que exceda la dosis de ciertos límites, este remedio causa a los enfermos unos sueños penosos que les llenan de espanto. En el Kamtchatka, se saca de la *hierba dulce*, o *pastinaca*, «un aguardiente que emborracha fácilmente »de un modo muy violento... El que lo ha bebido, aunque »sea en pequeña cantidad, está atormentado durante la »noche por espantosos sueños, y al día siguiente siente »unas inquietudes y agitaciones tan grandes como si hu»biese cometido cualquier crimen.»

El *muchamore* es un hongo o seta común al Kamtchatka y a Siberia (1). Si se le come, o si se bebe un licor en el que haya estado en infusión, produce a veces la muerte, y siempre un profundo delirio, tan pronto alegre, tan pronto lleno de tristeza y de temor. Se cree el paciente sometido al poder irresistible del *espíritu* que reside en el venenoso hongo. En un acceso de dicha embriaguez, imaginó un cosaco que el *espíritu* le ordenaba confesar sus pecados, e hizo, en efecto, ante todos sus compañeros, una confesión general.

Otros brebajes tienen una eficacia diferente, igualmente susceptible de prestarse a lo maravilloso. El califa Abdallah, hijo de Zobeir, sitiado en la Meca, se decidió a buscar, en una salida, la liberación o la muerte: recibió de manos de su madre un brebaje de almizcle propio para sostener su valor, y no sucumbió, en efecto, más que después de prodigar un heroísmo que tuvo, por mucho tiempo, incierta la victoria (2). Se distribuye entre los soldados turcos, cuando deben combatir, el *maslach*, bebida fuerte mezclada con opio, que los pone casi frenéticos (3). La em-

(1) KRACHENNINIKOFF, *Descripción del Kamtchatka*, primera parte, capítulo 14.

(2) OCKLEY, *Historia de los Sarracenos*, tomo II, páginas 4 y 5.

(3) *Consideraciones sobre la presente guerra entre los rusos y los turcos*, años 1769 - 1773, página 84.

briaguez que produce el *muchamore*, también causa a menudo un acrecentamiento de fuerza, una audacia temeraria, a la que se junta la necesidad de cometer culpables acciones, que se miran desde entonces como imperiosamente impuestas por el *espíritu* del *muchamore*. El salvaje kamtchadal y el cosaco feroz han recurrido a esa embriaguez para disipar sus terrores, cuando proyectan asesinatos. Todavía se ha visto en el siglo XVIII, en los ejércitos de los príncipes indios, a los *ammoqui*, guerreros fanáticos, a los que el extracto de cáñamo combinado con opio sumergía en un delirio feroz. Al tomarlo se lanzaban en loca carrera, destruyendo sin distinción todo lo que se les pusiera por delante, hasta que, acribillados de heridas, caían sobre los cuerpos de sus víctimas (1). No les detenía el temor ni la humanidad, como tampoco nada era capaz de sujetar a aquellos fanáticos a quienes el *Viejo de la Montaña* embriagaba con una preparación de cáñamo, llamada *hatchist* (2).

Todos los historiadores de las cruzadas han hablado de la encantada mansión en que el *Viejo de la Montaña* daba a sus crédulos neófitos un anticipo tal del paraíso que la esperanza de poder volver un día a aquel lugar de delicias, hacíales cometer todos los crímenes y afrontar una muerte cierta y los más atroces suplicios. Mucho tiempo antes, *Schedad-ben-ad*, rey de Arabia, *queriendo hacerse adorar como un dios*, había reunido en un jardín, cuyo nombre quedó como proverbial en Oriente, *todas las dichas del Paraíso*, e hizo participar de ellas a los mortales que se dignó admitir allí (3). En uno y otro caso, pensamos que aquellos jardines, aquellas delicias, no han exis-

(1) PAULINO DE SAN BARTOLOMÉ, *Viaje a las Indias orientales*, tomo II, páginas 426 y 427.
(2) J. HAMMER, *Minas del Oriente... Nuevos Anales de viaje*, tomo XXV, páginas 337 - 38.
(3) D. HERBELOT, *Biblioteca oriental*, art. *Iram*.

tido jamás más que en sueños provocados en los muchachos jóvenes, acostumbrados a un régimen sencillo y austero, mediante el uso insólito de bebidas propias para extraviar su debilitada razón y exaltar su ardiente imaginación. Bajo el nombre de *bendjé*, una preparación de *hyoscyama* o *beleño* (la misma planta sin duda que el *hyosciamus datura*), servía para embriagarles, al punto que se creyeran transportados al paraíso, una vez que con pomposas descripciones les habían dado una idea de él, acompañada de los más violentos deseos; mientras que, para excitarlos a cualquier desesperación, se les administraba el *hatchis*, el extracto de cáñamo empleado aún para el mismo uso en Oriente.

La existencia de los jardines del *Viejo de la Montaña* ha sido a lo menos admitida como real por dos hombres cultos (1); pero se nos permitirá oponer a su autoridad la discusión con que habíamos fijado nuestra opinión en sentido contrario, aun antes que adquiriese un nuevo grado de probabilidad por el asentimiento de Virey (2). Ello no es salirnos de nuestro tema: entre las maravillas hechas sobre los hombres por unos seres que pretendían estar dotados de facultades sobrehumanas, no hay ninguna en que haya llegado a ser la consecuencia un poder más extendido.

«El *Viejo de la Montaña*, cuya historia está mezclada a tantas fábulas, se rodeó de una tropa de fanáticos, prontos a atreverse a todo a un ademán suyo. Su adhesión sin límites no le costaba, según decían, más que el cuidado de aletargarlos con una bebida narcótica, haciéndoles luego transportar a unos jardines deliciosos donde, al despertar, todas las voluptuosidades reunidas les persuadían, du-

(1) MALTE-BRUN y J. HAMMER, *Minas del Oriente... Nuevos anales de viaje*, tomo XXV, páginas 376 y 382.
(2) *Boletín de Farmacia*, tomo V, páginas 55 y 56, febrero 1813.

rante algunas horas, de que gozaban los placeres del cielo. Podemos permitirnos poner en tela de juicio la autenticidad de esta leyenda. ¡Cuántas indiscreciones podrían comprometer cada día la existencia de un paraíso ficticio! ¿Cómo reunir, contener y determinar allí a un secreto inviolable, tantos agentes exentos del fanatismo que hacían nacer sus artificios, sin mirar desde entonces el silencio como un deber, y obligados, por el contrario, a temer la ciega obediencia que pretendían inspirar, ya que al menor capricho del tirano, podían llegar a ser sus primeras víctimas? Los esclavos de ambos sexos, que aparentaban ser ante el recipiendario, ángeles y huríes, ¿podemos suponer que fuesen constantemente discretos, a pesar de su poca edad? ¿Qué era de ellos, al menos, cuando el curso de los años ya no les permitía representar el mismo papel? Sólo la muerte podía responder de su futuro silencio: y la perspectiva de semejante recompensa, ¿no sería un acicate para soltar sus lenguas a la primera ocasión favorable, o para incitarlos a matar a su verdugo, cuando sólo entre ellos acudía a confirmar al neófito en sus engañosas ilusiones? ¿Cómo se sostenía aquel pueblo de comediantes? ¿Podía su *amo* proveer todos los días a sus necesidades sin que nadie lo advirtiese al exterior? Combinad el número de las precauciones precisas, los aprovisionamientos que había que renovar, la necesidad frecuente de deshacerse de agentes cuya indiscreción fuera muy de temer, y no llegaréis a hacer durar tres años aquel abominable misterio.

»Por otra parte, es verdad que los goces físicos, aunque se varíen y encadenen con mucha destreza, tienen unos intervalos demasiado marcados, unos contrastes demasiado sensibles de delirio y realidad, para dejar nacer o subsistir tal ilusión. ¡Cuánto más sencillo resulta explicarlo todo por la embriaguez física combinada a la em-

briaguez del alma! En el hombre crédulo, preparado con antelación por las promesas y descripciones más halagüeñas, el brebaje encantador producía sin trabajo, en el seno de un profundo sueño, aquellas sensaciones tan vivas y dulces y la continuidad mágica que duplicaba su valor. *A decir verdad, creían ellos que aquello era sólo un sueño*: así se expresa Pasquier, después de haber estudiado todo lo que se ha dicho de estos sectarios por los autores contemporáneos (1). Preguntad a un hombre que acabe de adormecer unos dolores agudos con una dosis de opio: la pintura de las ilusiones encantadoras que no habrá dejado de sentir en el estado de éxtasis, que le puede durar veinticuatro horas o más, será exactamente la de las voluptuosidades sobrenaturales que el jefe de los *seides* prodigaba entre sus adeptos. Se sabe con qué furor se entregan a su vicio los orientales acostumbrados a tomar opio, a pesar de las dolencias siempre crecientes que tal droga acumula sobre su ingrata existencia. Dicho furor puede dar una idea de los placeres que acompañan a su embriaguez y hace concebible la fuerza del deseo que arrastraba a una juventud ignorante y supersticiosa a emprenderlo todo, para conquistar y poseer, durante toda la eternidad, aquellas inefables delicias» (2).

Al recuerdo de la adhesión a su maestro de los discípulos del *Viejo de la Montaña*, se liga naturalmente el de la constancia que oponían a las más crueles torturas. La embriaguez del fanatismo podía armarles con esa invencible constancia; el noble orgullo del valor, la misma obstinación de un puntillo de honor pueril, ha bastado frecuentemente para inspirarla. No obstante, le importaba demasiado a su jefe que ninguno de ellos se desmintiese,

(1) E. PASQUIER, *Las investigaciones francesas*, libro VIII, cap. 20.
(2) EUSEBIO SALVERTE, *Relaciones de la medicina con la política*, páginas 182-184.

para que él se fiara únicamente del poder de los recuerdos, por muy enérgicos que fuesen, sobre todo, cuando la distancia y el tiempo hubieran podido debilitar su influencia. Si él conocía cualquier medio de adormecer la sensibilidad física, tenía sin duda cuidado de prevenir de ello a los ministros de sus venganzas, con orden de hacer uso de esa arma en el momento decisivo. La promesa de substraerles a la tiranía del dolor exaltaba también el fanatismo: y el cumplimiento de esta promesa se convertía en un nuevo milagro, una prueba, agregada a tantas otras, del poder cierto de mandar en la naturaleza.

Anticipando esta conjetura, confesamos que no se la puede sentar en ningún dato histórico. Pero, ¿cómo tan hábil taumaturgo no hubiera poseído en el siglo XIII un secreto conocido por toda la antigüedad, sobre todo en Palestina? Los rabinos (1) enseñan que se hacía beber vino y licores fuertes a los desgraciados condenados a la última pena; se mezclaban unos *polvos* al licor, para que fuese más fuerte *y les adormeciera los sentidos*: esta costumbre tenía sin duda por objeto conciliar con la humanidad, el deseo de aterrar por el espectáculo de los suplicios. Parece que la mirra era el principal ingrediente que se echaba al brebaje; fué vino mezclado con mirra lo que ofrecieron a Jesucristo al expirar sobre la cruz (2). En el siglo II de nuestra era, cita Apuleyo a un hombre que se había inmunizado contra la violencia de los golpes con una poción de mirra (3). Si, como pensamos, la mirra no puede tomarse como brebaje más que bajo la forma de *tintura*, el efecto del alcohol debía unirse a la eficacia de las drogas estupefacientes. Hemos de observar, sin embargo, que esa pro-

(1) D. CALMET, *Comentario sobre el libro de los proverbios*, capítulo 31, versículo 6.
(2) *El Evangelio según san Marcos*, capítulo XV, versículo 25.
(3) APULEYO, *Metamorfosis*, libro VIII.

piedad atribuída a la mirra no es del número de las que la hacen hoy emplear en medicina. Es posible que también en este caso el nombre de mirra haya servido para enmascarar una preparación cuya base no se quería dejar adivinar. Pero en uno u otro caso, el *Viejo de la Montaña* no ignoraba seguramente un secreto desde tan largo tiempo divulgado en Palestina; igualmente lo hubiera podido tomar de Egipto. La piedra de Menfis (*lapis memphiticus*) era un cuerpo graso, tornasolado, grueso como un pequeño guijarro; se la tenía por una obra de la Naturaleza, mas yo la considero como producto del arte. Triturada y puesta como emplasto sobre las partes en que la cirugía había de aplicar el hierro o el fuego, preservaba sin peligro al paciente de los dolores de la operación; tomada en una mezcla de agua y de vino, suspendía todo sentimiento de sufrimiento (1).

Un secreto análogo ha existido, desde tiempos remotos, en el Indostán. Por él quedan preservadas del terror que inspira una hoguera encendida, las viudas que se queman sobre el cuerpo de su marido (2). El testigo ocular de uno de estos sacrificios, consumado en julio de 1822, vió llegar a la víctima en un completo estado de estupefacción física, efecto de las *drogas que le habían hecho tomar*: tenía los ojos abiertos, pero no parecían ver; con voz débil y como maquinalmente, contestó a las preguntas *legales* que se le dirigieron sobre la plena libertad de su sacrificio. Cuando la pusieron sobre la pira, estaba absolutamente insensible (3).

Los cristianos trajeron ese secreto, de Oriente a Europa, al retorno de las Cruzadas. Fué probablemente conocido de los mágicos subalternos, lo mismo que el de desa-

(1) PLINIO, *Historia Natural*, libro XXXVII, capítulo 7.
(2) PAULINO DE SAN BARTOLOMÉ, *Viaje a las Indias orientales*, tomo I, página 358.
(3) *The asiatic journal*, vol. XV, 1823, páginas 292 y 293.

fiar la acción del fuego; de donde nació, según creo, la regla de jurisprudencia que afirmaba que la insensibilidad física, parcial o general, era una señal cierta de brujería. Varios autores, citados por Fromman, hablan de unas desventuradas brujas que han reído o se han amodorrado entre las angustias de la tortura, y nunca se dejaba de decir que era el diablo quien las adormecía (1).

Otros dicen que los presuntos brujos gozaban de parecidas ventajas desde mediados del siglo XIV. Nicolás Eymeric, gran inquisidor de Aragón, y autor del famoso *Directorio de los Inquisidores*, se quejaba de los sortilegios que usaban algunos acusados, y por medio de los cuales, al aplicárseles la tortura, parecían quedar absolutamente insensibles. Fray Pegna, que comentó la obra de Eymeric en 1578, afirma, en el mismo caso, la realidad y eficacia de los sortilegios (2). Se apoya en los testimonios del inquisidor *Grillandio*, y de *Hipólito de Marsilis*. Este último, profesor de Jurisprudencia en Bolonia, en 1524, dice positivamente, en su *Práctica criminal*, que ha visto, por efecto de unos sortilegios cuyo detalle da, a ciertos acusados que no sufrieron ningún dolor, sino que *se quedaron como adormecidos en medio de las torturas*. Las expresiones de que se vale son notables: describen al hombre que ha llegado a ser insensible, como sumergido en un amodorramiento más parecido al efecto que produce un medicamento narcótico, que a la soberbia energía que nace de una perseverancia superior a todos los dolores.

Ante diversos ejemplos de esa insensibilidad pasajera, hace Wierio una importante observación: vió una mujer insensibilizada así al poder de los tormentos; su rostro estaba negro y sus ojos saltones, como si la hubiesen es-

(1) FROMMANN, *Tratado de fascinación*, páginas 593 y 810.
(2) *Directorio de los inquisidores*, con anotaciones de FR. PEGNA, páginas 481-483.

trangulado; comparaba la exención del sufrimiento, con una especie de apoplejía (1). Un médico, testigo de semejante estado de insensibilidad, lo comparaba, como nosotros, al estado de los epilépticos y apopléticos.

Un contemporáneo de Fray Pegna y de J. Wierio, autor raro, cuyo nombre inspira poca confianza, aun cuando esta vez habla de lo que ha visto, y de lo que el sitio que ocupaba en un Tribunal le ponía en disposición de conocer con certidumbre, ha descrito igualmente el estado soporífero que ahorraba a los acusados los sufrimientos de la tortura (2). Según él, había llegado a ser casi inútil la amenaza del tormento; la receta adormecedora era conocida por todos los carceleros, que no dejaban de comunicársela a los prisioneros: nada tan fácil, por otra parte, como llevarla a la práctica; si hemos de creerle, se limitaba a tragar jabón disuelto en agua.

El jabón ordinario no posee seguramente la virtud que le atribuye Taboureau. ¿Se deduce de ello que el hecho principal sea falso? No, puesto que este autor no es el único que lo haya referido. Y este hecho se hace creíble, si existen substancias capaces de realizarlo. ¿Y cuántas no conocemos que embotan, suspenden y destruyen la sensibilidad nerviosa? El opio, el beleño, la belladona, el acónito, las moras y el estramonio han sido ensayados para adormecer el dolor en las operaciones quirúrgicas; y si se ha renunciado a emplearlos, es porque el estupor que provocaban comprometía la curación y hasta la vida de los enfermos. Semejante temor no detiene a los brahmanes que llevan a las viudas hindúes sobre la pira de sus maridos; también se comprende que tuviera poco ascendiente sobre los discípulos del *Viejo de la Montaña*, o sobre los

(1) J. WIERIO, *Hechizos y encantos*, libro IV, cap. 10, págs. 250 y 251.
(2) Se trata de Esteban Taboureau, abogado del rey en Dijon y autor de la obra *De los falsos hechiceros y de sus imposturas*, 1585.

acusados amenazados por la tortura; y entre las substancias citadas pueden distinguirse algunas de que sin duda se valdría el taumaturgo oriental; y otras, bastante comunes en Europa para que los carceleros, como dice Taboureau, pudiesen fácilmente proporcionárselas a un prisionero en el instante mismo que le fueran necesarias.

Tales son el número de esas substancias y la facilidad de procurárselas que nos permitimos suponer que, conocidas en todos los tiempos, siempre han servido para hacer milagros. No son sólo los modernos quienes han sido testigos de los atroces sufrimientos, casi superiores a las fuerzas humanas, que aguantan a la vista de todo el mundo los *penitentes* o *yoguis* hindúes; los historiadores griegos y latinos han hablado de ello; y las tradiciones nacionales hacen remontar su práctica hasta el origen de la civilización religiosa. La paciencia de los hombres que a tal prueba se someten, obedece probablemente a la causa que indicamos. A una dolencia pasajera, oponen el uso actual de las drogas estupefacientes, repítenlo a menudo, y esta práctica prolongada durante mucho tiempo, determina un aletargamiento habitual y hace a esos fanáticos capaces de soportar unas torturas que duren tanto como la vida. La destrucción semitotal de la sensibilidad física casi no puede producirse sin accionar sobre la moral, y abismar el alma en una imbecilidad profunda; tal es, en efecto, el carácter dominante de la mayor parte de esos milagrosos *penitentes*.

También en dicho estado de imbecilidad son representados por Diodoro, los etíopes salvajes, que tienen una insensibilidad física a prueba de golpes, de heridas y de los tormentos más extraordinarios (1). Un sabio del siglo XVII suponía que el viajero Simmias, cuya narración copia Diodoro, había tomado como carácter general de un país, el

(1) DIODORO DE SICILIA, libro III, capítulo 8.

estado momentáneo de ciertos individuos embriagados con una bebida semejante al *nepenthés* cantado por Homero (1). Pero es más probable que Simmias encontrase, en las costas de Etiopía, a unos *penitentes* iguales a los que hoy se puede ver en el Indostán, y que el estado en que los observó hubiera llegado a ser permanente por el uso continuado de unos medicamentos propios para determinarlo.

(1) PEDRO PETIT, D. M., *Disertaciones sobre el nepenthés*, Uthecht.

CAPITULO XVIII

Acción de los olores sobre la moral del hombre. Acción de los linimentos: la untura mágica producía a menudo, en sueños, lo que la prevención y el deseo tomaban fácilmente por realidades. Semejantes sueños dan la explicación de la historia entera de los brujos. El empleo de algunos conocimientos misteriosos, los crímenes a los que pretendidos sortilegios han servido a menudo de velo, y el rigor de las leyes dictadas contra el absurdo crimen de hechicería, son las principales causas que han multiplicado el número de los brujos. Importancia de esta discusión, probada con hechos recientes.

Para nosotros crece lo maravilloso en razón a la distancia que parece separar la causa del efecto. Las bebidas y las drogas no pueden administrarse absolutamente a capricho del que las acepta: embriagábanse con los perfumes prodigados en torno a los altares y en las ceremonias mágicas, sin querer, sin sospechar su potencia; ¿qué ventajas no ofrecerían al taumaturgo, sobre todo cuando a éste le importaba producir éxtasis o visiones? Su composición y elección eran objeto de una atención escrupulosa.

Recuérdese que, para preparar a los niños a las revelaciones que debían recibir en sueños, recomendaba Porfirio el empleo de fumigaciones hechas con unos ingredientes particulares (1). Proclus, que así como los filósofos

(1) HASSELQUIST, *Viaje a Levante*, páginas 131 y 257.

contemporáneos suyos, no ha hecho a menudo más que referir con una interpretación alegórica, unas *prescripciones* físicas cuyo sentido propio estaba perdido, nos muestra a los *instructores del sacerdocio antiguo* reuniendo diversos olores y juntándolos por procedimientos de un arte divino, para componer con ellos un perfume único, dotado de numerosas virtudes, cuya energía, llevada al colmo por su reunión, quedaría debilitada al separarlos (1).

En los himnos atribuídos a Orfeo, himnos que seguramente tienen su origen en el ritual de un culto muy antiguo, se asigna un perfume especial a la invocación de cada divinidad; esta variedad en las prácticas religiosas no siempre presentaba a la ciencia sagrada una aplicación actual; pero se establecía de un modo general para ponerla en vigor en las ocasiones particulares; el sacerdote era siempre el árbitro de anunciar a qué divinidad había que recurrir preferentemente.

La acción física y moral de los olores no ha sido tal vez estudiada desde ese punto de vista por los modernos sabios, tanto como por los taumaturgos de la antigüedad. Sin embargo, si Herodoto nos enseña que los escitas se embriagaban respirando el vapor de los granos de una especie de cáñamo echados sobre piedras enrojecidas al fuego (2), la medicina moderna ha observado que sólo el olor de los granos de beleño, sobre todo cuando el calor exalta su energía, produce en los que lo respiran una disposición a la cólera y a las disputas. La *Enciclopedia metódica* (3) cita tres ejemplos que lo prueban: el más destacado es el de dos esposos que, perfectamente unidos en todo en otros tiempos, no podían estar varias horas en la habitación en que trabajaban sin entablar enconados de-

(1) PROCLUS, *De sacrificiis et magia.*
(2) HERODOTO, libro IV, capítulo 75.
(3) *Diccionario de Medicina*, tomo VII, artículo *beleño.*

bates. No se dejó de pensar que estaba la habitación embrujada, hasta que se descubrió, en un abultado paquete de granos de beleño, puesto cerca de una estufa, la causa de aquellas diarias disputas, que los esposos eran los primeros en lamentar, y que la desaparición de la venenosa substancia hizo cesar definitivamente.

El taumaturgo debió emplear esta clase de agentes, con tanta mayor fortuna, cuanto la vista no pone en guardia al *paciente* contra ellos, y además no afectan al olfato de una manera proporcionada a la violencia de sus efectos.

Hay substancias más enérgicas todavía que los perfumes, que para modificar nuestra existencia, parece que no tienen necesidad de obrar al interior. El extracto o jugo de belladona aplicado sobre una llaga causa un delirio acompañado de visiones; si una pequeña gota de dicho extracto toca en el ojo, causa también el delirio; pero produce primero la *diplopia* o duplicidad de las imágenes (1). El hombre, juguete así de su capricho, vería duplicarse los objetos en torno suyo, y, víctima de la venganza de los taumaturgos, exclamaría, como un nuevo Pentheo, que veía dos soles, dos Tebas, etc.

La experiencia ha probado recientemente que administrados en unturas y aspirados por el sistema absorbente, obran varios medicamentos como si hubiesen sido introducidos directamente en el estómago. Tal propiedad no ha sido ignorada por los antiguos. En el poema de Aquiles Tácito, un médico egipcio, para curar a Leucippes atacado de locura, le aplica sobre la cabeza un linimento compuesto con aceite, en el que había disuelto un medicamento especial: poco tiempo después de aplicárselo, dormía el paciente profundamente. Lo que supiera el médico, no lo ig-

(1) Esta última observación pertenece al doctor Himly. Ved también: Pinel, *Nosografía filosófica* (5.ª edición), tomo III, página 46, y Girandy, *Sobre el delirio causado por la belladona*, 1818.

noraría el taumaturgo; y este conocimiento ha podido servirle para hacer más de un milagro bienhechor o funesto. No se podrá dudar que las unciones, tan frecuentes en las antiguas ceremonias, dejasen de ofrecerle a diario la facilidad de aprovecharse de ellas. Antes de consultar el oráculo de Trofonio, frotábanse todo el cuerpo con aceite; esta preparación contribuía seguramente a producir la visión deseada. Antes de ser admitido a los misterios de los *Sabios* indios, Apolonio y su compañero fueron frotados con un aceite tan activo que *les parecía que se les lavaba con fuego* (1).

Los discípulos de los hombres que naturalizaron en el centro de América unas ideas y unas prácticas religiosas llevadas de Asia, los sacerdotes de México, untaban sus cuerpos con una pomada fétida, cuando querían, según decían, hablar con la Divinidad. La base de ella era el tabaco y una semilla molida que llamaban *ololuchqui*, que producía el efecto de privar al hombre de su sentido, mientras el tabaco adormecía su sensibilidad. Sentíanse, después de aplicada dicha untura, muy intrépidos y muy crueles (2); también se encontraban, sin duda, en buena disposición para tener visiones, puesto que esa práctica tenía por fin ponerles en relación con los objetos de su fantástico culto.

Abandonemos los templos por un instante: sigamos por fuera de ellos aquel secreto divulgado y caído en manos de los magos vulgares.

¿Es impostura todo lo que refieren los poetas y los novelistas sobre el efecto de las unciones mágicas? Difícil es creerlo. Los ingredientes de que estaban compuestas tenían seguramente alguna eficacia. Suponemos que al sueño que

(1) Filostrato, *Vida de Apolonio*, libro III, capítulo 5.

(2) Acosta, *Historia de las Indias occidentales*, libro V, capítulo 26. Los sacerdotes mejicanos hacían entrar en esa pomada las cenizas de insectos que se reputaban venenosos; lo que hacían, sin duda, para engañar sobre la naturaleza de las drogas físicamente eficaces que empleaban en realidad.

determinaban, se mezclarían lúbricos delirios; suposición tanto más probable, cuanto que era principalmente en el amor contrariado o traicionado, cuando se empleaba este recurso: una mujer hacía uso de él obedeciendo a su ardiente pasión; preocupada por sus deseos y por la esperanza de verlos satisfechos, quedábase dormida; era natural que un objeto único ocupase sus sueños y que atribuyera a las caricias del ser adorado las voluptuosas emociones que le prodigaba el sueño mágico. ¿Podía ella dudar, al despertar, que un hechizo tan poderoso como delicioso, no la hubiese transportado a los brazos de su amante, o no hubiera rendido a su conjuro a un infiel?

Lo que la pasión o la curiosidad pedían a los encantamientos, hacíalo obtener así en sueños la mágica untura; pero de una manera tan pronunciada, que era imposible no tomar la ilusión por realidad: lo que prueba la historia de los procesos de hechicería; procesos cuyo número no podría fijar la imaginación. Por la noche, en medio de su sueño, eran los brujos transportados al *aquelarre*. Para obtener este favor, tenían que frotarse de antemano con una pomada, cuya composición ignoraban, pero cuyos efectos eran precisamente los que acabamos de señalar (1).

Llevaron ante el magistrado de Florencia, hombre superior a su siglo y a su país, una mujer acusada de ser bruja; declaróse ella como tal y aseguró que asistiría al *aquelarre* aquella misma noche, siempre que se la dejase tornar a su casa y practicar la mágica unción, a lo que accedió el juez. Después de haberse frotado con fétidas drogas, la presunta

(1) Las declaraciones hechas por diversos brujos a la Inquisición de España en 1610, hablan de la necesidad — para ir al *sábado* — de frotarse la palma de las manos y la planta de los pies, con el agua que suelta un sapo asustado e irritado (LLORENTE, *Historia de la Inquisición*, capítulo 37, artículo 2, tomo III, páginas 431 y siguientes), receta pueril, destinada a ocultar a los mismos adeptos la composición de la verdadera untura.

hechicera se acostó, durmiéndose al instante: atáronla al lecho; pinchazos, golpes, incluso quemaduras no pudieron interrumpir su profundo sueño. Despertáronla con trabajo al día siguiente y afirmó que había ido al *aquelarre*, mezclando en el relato de su sueño las dolorosas sensaciones que realmente experimentó dormida, y a cuyas sensaciones limitó el juez su castigo (1).

De tres casos idénticamente iguales a este que podríamos copiar de Porta y de Fromann, solamente sacaremos una observación fisiológica (2). Dos de las presuntas brujas, así dormidas por la untura mágica, habían anunciado que irían al *aquelarre* y volverían *volando por los aires*. Ambas creyeron que las cosas habían sucedido así y se admiraban de que sostuviesen sus interlocutores lo contrario. Hasta una de ellas, había ejecutado durmiendo unos movimientos como para lanzarse al espacio, como si hubiese querido emprender el vuelo. Todo el mundo sabe que estando profundamente dormidos, no es raro que soñemos que nos elevamos volando, por el aire.

Aun confesando que empleaban la unción mágica para transportarse al *aquelarre*, aquellas insensatas no podían dar su receta: la medicina la hubiera dado sin trabajo. Porta y Cardan han indicado dos (3): el *solanum somniferum* forma la base de una de ellas, el beleño y el opio la de la otra. El sabio Gassendi, para desmentir a unos miserables que se creían brujos, intentó adivinar su secreto e imitarlo. Con una pomada en la que entraba el opio, untó a unos labriegos, persuadiéndoles de que aquella ceremonia les

(1) Paolo Minucci, jurisconsulto florentino, que vivió en el siglo XVII, nos ha transmitido este caso interesante en su *Comentario sobre el malmantile racquistato*, cant. 4, vers. 76.

(2) J. B. PORTA, *Magia natural*, libro II, capítulo 26. FROMMANN, *Tratado de fascinación*, páginas 562, 568 y 569.

(3) J. B. PORTA, *Magia natural*, libro II. — CARDAN, *De subtilitate*, libro XVIII.

haría asistir al *aquelarre*. Después de un largo sueño, despertaron plenamente convencidos de que el procedimiento mágico había producido su efecto: hicieron una descripción detallada de cuanto habían visto en el *aquelarre* y de los placeres que allí habían gozado; descripción en la que los efectos del opio podían comprobarse por ciertas sensaciones voluptuosas.

En 1545, se encontró en la casa de un brujo una pomada compuesta de drogas soporíferas. El médico del papa Julio III, Andrés Laguna, sirvióse de dicha pomada para untar con ella a una mujer atacada de frenesí e insomnio. Durmió treinta y seis horas seguidas, y cuando se la logró despertar, quejóse de que la arrancaran a las caricias de un hombre joven, amable y vigoroso... (1). Esta ilusión tiene muchos puntos de semejanza con la que experimentaban las mujeres entregadas al culto de la *Madre de los dioses*, cuando oían continuamente el sonido de las flautas y tambores; cuando veían las alegres danzas de faunos y sátiros, y gozaban de inexpresables placeres: ¡ algún medicamento del mismo género causaría en ellas la misma especie de embriaguez !...

También se pueden referir a esa ilusión los triunfos que obtendían en sus amores las hechiceras y, como ejemplo, tenemos los que han hecho célebres Luciano y Apuleyo: lo que nos valdrá para apoyar con una nueva probabilidad la opinión de que el mismo secreto, con ligeras variaciones, ha llegado hasta los desdichados brujos de Occidente, desde los mágicos subalternos que vendían filtros amorosos en Grecia y en Italia.

Ha habido en todo tiempo más brujas que brujos; su imaginación y sus órganos más sensibles dan la clave de esa diferencia. Y ello explica asimismo, por qué en las

(1) Llorente, *Historia de la Inquisición*, tomo III, página 428.

fábulas tan frecuentemente repetidas, de demonios o genios que se unían a los mortales en un mágico comercio, son las más numerosas las que se refieren a los *íncubos*; en los que no había de real más que unos sueños voluptuosos, determinados por la naturaleza afrodisíaca de las unturas: sueños más frecuentes entre el sexo más susceptible de recibirlos, secundados a menudo por ciertas disposiciones a los vapores histéricos.

En fin, no tememos decirlo: para explicar los hechos principales consignados en los sangrientos archivos de los tribunales civiles y religiosos y en los voluminosos tratados de *demonología*; para explicar las afirmaciones de aquella muchedumbre de insensatos de ambos sexos que han creído firmemente ser brujos y haber asistido al *aquelarre*, basta combinar, con el empleo de la unción mágica, la impresión profunda producida por descripciones anteriores oídas en ciertas ceremonias de que serían testigos, sobre las prácticas usadas en las asambleas sabáticas. Tales asambleas y su culpable fin, habían sido en efecto, señaladas desde principios del siglo V, y poco tardaron en suscitar la severidad más creciente cada vez de los sacerdotes y de los magistrados; las describen como frecuentes y de larga duración, y sin embargo, jamás se ha sorprendido a los brujos en una sola de esas reuniones. Y no era el temor quien lo hubiese impedido: las mismas tradiciones, los procesos mismos prueban que existían unos procedimientos seguros para que el representante de las leyes, o el ministro de la religión, lejos de tener nada que temer del espíritu de las tinieblas, se impusieran a él y, a pesar suyo, se apoderasen de los miserables por él extraviados... Pero aquellas reuniones no existían ya en realidad: si habían existido alguna vez en la forma que se les suponía, habían sobrevivido muy poco a los últimos restos del politeísmo. Reemplazadas por iniciaciones individuales, que se redujeron

muy pronto a confidencias íntimas, no subsistió de ellas más que la tradición inexacta de las ceremonias copiadas de diversos misterios del paganismo, y la descripción de las delicias que se prometía hacer gozar al iniciado. Conforme a las declaraciones de los brujos no se puede dejar de reconocer que se frotaban diversas partes del cuerpo con una pomada que ellos creían mágica, y los casos citados prueban que el efecto de aquella droga sobre su imaginación era bastante enérgico para que no dudasen más de la realidad de las fantásticas impresiones que les hacía sentir, que de la de las sensaciones recibidas en estado de vigilia. Luego se quedaban firmemente persuadidos de que habían tomado parte en espléndidos festines, aun cuando después sintieran, como confesaban ante los jueces, que tales banquetes no les quitaban el hambre ni la sed (1); no podían creer, por lo tanto, que hubiesen bebido y comido más que en sueños. No obstante, mezclándose a esos sueños, como siempre sucede, aquellas reminiscencias maquinales, la memoria les presentaba, por una parte, la confusa sucesión de las raras escenas a que se habían prometido asistir, y por otra parte, también su memoria hacía intervenir en las ceremonias mágicas a personas de su conocimiento, que denunciaban al punto, jurando que las habían visto en el *aquelarre*. Y su homicida juamento no era un perjurio: le hacían de tan buena fe como la inconcebible confesión que les llevaba a ellos mismos a atroces suplicios. Según Fraumann, en Ingolstadt, se leían públicamente las declaraciones de las brujas condenadas al fuego; confesaban que por sus maleficios habían cortado la vida de varias personas; pero *esas personas vivían*; asistían a la lectura y, con su presencia, desmentían aquellas insensatas declaraciones... ; ¡ y sin embargo, los jueces continua-

(1) FROMMANN, *Tratado de fascinación*, página 613.

ban instruyendo procesos de hechicería ! En Wurtzburgo, en 1750, una religiosa acusada de ese crimen fué llevada ante un tribunal; sostuvo en su declaración obstinadamente que era bruja; como las acusadas de Ingolstadt, nombró varias personas a las que había dado muerte por sus sortilegios; ¡ pero *aquellas personas vivían*, y la infortunada pereció sobre una hoguera (1).

La opinión que sustentamos no es nueva: ya la compartió y la sostuvo J. Wierius. Un teólogo español dirigió a la inquisición un escrito, en el que, basándose en la opinión de varios colegas suyos, sostenía que la mayor parte de los hechos imputados a los brujos no han existido más que en sueños, y que, para producir dichos sueños bastaba con la droga con que se frotaban y con la opinión cierta que habían concebido por adelantado de que iban a ser transportados al *aquelarre* (2).

No negaremos que además de la causa general, otras causas particulares no hayan ejercido una sensible influencia en esto; la posesión de conocimientos misteriosos ha debido crear sin duda, entre un populacho muy ignorante, la opinión de que un hombre era hechicero. Este es el origen de la reputación generalmente adquirida por los pastores. En su frecuente aislamiento, la necesidad les obliga a ser médicos y cirujanos de sus rebaños: fortalecidos con su experiencia, enseñarán a los propietarios del ganado eficaces remedios; y acaso, guiados por la analogía o favorecidos por la casualidad, curarán a algún hombre enfermo. ¿De dónde les pudo venir a unos hombres sin instrucción esa facultad maravillosa, si no nació de una ciencia secreta? «Hay varios de ellos, que reconocen, al cabo de poco »tiempo, la fisonomía de sus corderos, hasta el punto de »distinguirlos si acaso se mezclan entre el rebaño de otros

(1) VOLTAIRE, *Valor de la justicia y de la humanidad*, art. 10.
(2) LLORENTE, *Historia de la Inquisición*, tomo III, págs. 434 y 435.

»pastores (1)». Entre mil animales que nos parecen todos iguales, el hombre que *adivina* al instante el que le han quitado, evitará difícilmente pasar por brujo, sobre todo si su vanidad y su interés le llevan a favorecer el error que le atribuye un saber y un poderío extraordinario. ¿Cómo no ha de ser así, si el punto de donde debiera nacer la claridad, si la autoridad que regula el destino de todos los ciudadanos, parece estar dominada por la opinión común? La legislación francesa ha tratado hasta nuestros días, a los pastores como propensos, o al menos sospechosos de brujería, castigando con manifiesta parcialidad sus simples amenazas con penas excesivas y a veces con violencias inhumanas. ¿No es esto suponer que sus palabras solas tienen en sí una maléfica eficacia? Esta ley data de 1751; y aunque caída en desuso, nunca ha sido formalmente derogada (2).

La severidad desplegada contra los brujos, aunque completamente absurda en principio, no siempre fué injusta en su aplicación: la hechicería sirvió más de una vez de máscara o de instrumento a acciones criminales. Dejemos a un lado el uso de drogas que *emborrachan* a los peces de un estanque, hasta el punto de poderlos coger con la mano, delito previsto y castigado hoy por la ley, pero que pasaba antaño como efecto de un sortilegio. Dejemos las estafas en que entienden a diario los tribunales de policía correccional, que consisten en vender a buen precio el imaginario socorro de un poder sobrenatural. Hasta podremos dudar de una acusación repetida con frecuencia, según la

(1) M. DESGRANGES, *Memorias de la Sociedad de Anticuarios de Francia*, tomo I, páginas 242 y 243.

(2) «...S. M. prohibe a todos los pastores amenazar, maltratar y hacer »daño alguno... a los granjeros o labradores a quienes sirvan o hayan ser»vido... así como a sus familias, pastores y domésticos; bajo la pena »contra dichos pastores, *por las simples amenazas de cinco años* de galeras, »y por los malos tratos, de nueve años...» (*Preámbulo del Consejo de Estado del Rey*, 15 septiembre 1751.)

cual no serían únicamente procedimientos raros y extravagantes los que hubieran servido para ocultar el secreto de las composiciones mágicas; sino atrocidades, crímenes, nacidos en la exaltación de la locura, por los transportes de la crueldad, por los refinamientos de la venganza, o solamente por la voluntad de imponer a los afiliados la cadena de una temible complicidad. Pero no puede negarse que demasiado a menudo el veneno sólo ha dado toda su eficacia a los sortilegios, y es un hecho que no han ignorado los antiguos, y del que hemos indicado una prueba al citar en el capítulo IX la segunda *Égloga* de Teócrito. Ha habido casos actuales que han sido comprobados en procesos judiciales, aun cuando algún desgraciado herido de muerte se haya obstinado en ver efectos sobrenaturales en los males que sufría, ayudando así al culpable autor a ocultar la verdadera causa física a las investigaciones de la ley (1).

Cierto es que en esta ocasión habrían adquirido los magistrados grandes derechos al público reconocimiento, si hubiesen sido tan cultos como severos y hubieran puesto buen cuidado tanto en desentrañar el crimen como en castigarlo; si hubiesen dado su verdadera naturaleza a la mayor publicidad, proclamando la impotencia de los hechiceros, ya que habían de recurrir a tan detestables prácticas... Semejantes revelaciones habrían curado al fin las extraviadas imaginaciones.

Pero en lugar de esto, los jueces han razonado durante mucho tiempo como los inquisidores que, cuando formales deposiciones probaban que los secretos de los principales brujos consistían en fabricar venenos, castigaban más el cri-

(1) En 1869, unos pastores de Bric hicieron morir al ganado de sus vecinos, administrándole ciertas drogas mezcladas con agua bendita, mientras recitaban mágicos conjuros. Perseguidos como brujos, fueron condenados por envenenadores: se reconoció que la base de aquellas drogas era el arsénico.

men imaginario que el real (1). Los legisladores no veían por otros ojos que por los del vulgo: promulgaban contra los brujos terribles decretos, y por lo mismo doblaban, decuplicaban su número, pues sería conocer mal a los hombres dudar en este sentido, de la eficacia de la persecución. Al dar oídos a las delaciones que pueden dictar la estupidez, el miedo, el odio o la venganza, al preparar e intensificar los instrumentos de tortura, al levantar cadalsos y encender hogueras, multiplicaron las confesiones forzadas, las denuncias absurdas o falsas; revistiendo con el santo carácter de la ley sus locos terrores, hicieron incurable el general extravío: la multitud no ponía en duda la culpabilidad de hombres que veía perseguir con tanto rigor; los hombres cultos engrosaban las filas de la multitud, bien por abandono, o tal vez para no llegar a ser ellos mismos sospechosos de los crímenes cuya existencia hubieran negado. ¿Cómo explicar de otro modo la larga y deplorable historia de los procesos de hechicería, en los que se veía cada día confesar los acusados, afirmar los testigos, comprobar los médicos y castigar los jueces unos hechos materialmente imposibles? Se suponía, por ejemplo, que la insensibilidad física de todo el cuerpo o de una parte solamente, era la señal cierta de un pacto con el diablo. En 1589, catorce presuntos brujos, declarados *insensibles*, a consecuencia de una visita legal de cirujanos, fueron por tal motivo condenados a muerte. Ante la apelación interpuesta por aquellos desgraciados, el Parlamento, residente entonces en Tours, ordenó un nuevo examen. Se comprobó, por los letrados que intervinieron, que los acusados eran estúpidos o locos (quizá se habrían vuelto tales como resultado de las miserias que habían padecido); aunque afirmaban que por lo demás, estaban dotados de una viva sensibilidad físi-

(1) LLORENTE. *Historia de la inquisición*, tomo III, páginas 440 y 441.

ca (1). Aquella vez fué oída la verdad y les salvó la vida. Pero ello no fué más que un caso de excepción. El siglo XVII vió todavía un gran número de procesos de hechicería, hasta que por fin el progreso de las luces, ese beneficio de la civilización que no se deja hoy de calumniar, abrió los ojos a la autoridad suprema. La Ordenanza de julio de 1682 dispone que los brujos no sean perseguidos más que como falsarios, profanadores y envenenadores, es decir, por sus verdaderos crímenes; y desde entonces, el número de los brujos ha ido disminuyendo casi a diario (2).

Esta discusión podría parecer superflua a los espíritus impacientes que creen que es perder tiempo refutar hoy los errores de ayer; como si el desarrollo de las causas de nuestros errores no formase parte esencial de la historia de la inteligencia humana. Y si además, en Europa, las personas que han recibido alguna instrucción no creen ya en los brujos, ¿un progreso tal es tan antiguo, y las luces se han extendido en un círculo tan vasto que esta materia no merezca más que el olvido? Apenas hace cien años, apareció un libro en París para pedir el rigor de las leyes y la severidad de los tribunales para los brujos y para los incrédulos que niegan la existencia de la brujería y de la magia; y ese libro recibió, al publicarse, elogios de los jueces de la literatura (3).

Ya hemos recordado el suplicio de una presunta bruja quemada en Wurtzburgo en 1750. En la misma época, en un país de luces y progreso, sobrevivían los arrebatos de la credulidad popular sobre los rigores de unos magistrados que ya no perseguían un crimen quimérico. «Casi no hace »más de meido siglo que se ahogaba aún a los brujos en

(1) CALMEIL. — *De la locura considerada desde el punto de vista patológico, filosófico, histórico y judiciario*, París, 1845.
(2) DULAURE, *Historia de París*, tomo V, páginas 36 y 37.
(3) *Tratado sobre la magia*, por DAUGIS. París, 1732, extractado con aplauso en el *Diario de Trevoux*, de septiembre 1732, páginas 1534 y 1544.

»Inglaterra, escribe un viajero admirador entusiasta de los »ingleses... En el año 1751, dos viejas, sospechosas de bru»jería, fueron apresadas y, durante las *experiencias* que el »populacho hizo con aquellas desgraciadas, haciéndolas su»mergirse varias veces en un estanque, ahogáronse en un »lugar próximo a *Tring*, a pocas millas de Londres (1).» A pesar de la proximidad de la capital, no parece que la autoridad haya dado el menor paso para castigar esos dos asesinatos que tan dulcemente califica el viajero de *experiencias*.

Después de un ejemplo tal, se concibe que en 1760, en una de las provincias interiores de Suecia, hayan sido precisos la autoridad y el valor de la esposa de un gran personaje, para arrancar al furor del pueblo a doce mujeres acusadas de magia (2).

En 1774, Alemania, en donde la filosofía es cultivada con tanto ardor, ¿no ha visto a numerosos discípulos seguir a Gassner y Schroepfer, abrazando sus doctrinas de milagros, de exorcismos, de magia y de teurgia? En 1783, en el cantón de Lucerna, el célebre historiador J. Muller y uno de sus amigos, apaciblemente sentados bajo un árbol, leyendo a Tácito en voz alta, fueron asaltados y pensaron iban a ser asesinados por una turba de labriegos, a quienes dos frailes habían persuadido de que los extranjeros eran unos brujos (3).

A principios del siglo, se ha condenado en Francia a varios timadores que recorrían los campos afirmando a los labriegos que habían echado *sortilegios* sobre sus ganados o sobre ellos mismos: y, no contentos con hacerse pagar para *levantar* los presuntos *maleficios*, designaban a sus

(1) *Viaje de un francés por Inglaterra*, París, 1816, tomo I, página 490.
(2) En Dalecarlia... BARBIER, *Diccionario histórico*, página 1195.
(3) C. V. DE BONSTETTEN, *Pensamientos sobre diversos objetos del dominio público*, páginas 230 y 232.

autores y suscitaban así violentas enemistades y hasta riñas sangrientas.

«En las escuelas de Roma, todavía se argumentaba se»riamente en 1810, para saber si los brujos son locos »o posesos (1).» Estaban más adelantados en París en 1817; publicáronse dicho año unas obras (2) en las que se sostenía formalmente la existencia de la magia, y en las que se aplaude el celo de los hombres *prudentes y virtuosos* que en otros tiempos hacían quemar a los brujos.

¡Congratúlense los defensores de tales doctrinas! Todavía son decisivas en las lejanas regiones donde los colonos han llevado más a menudo los vicios que las luces de Europa. Las tierras elevadas y áridas de las islas de América son pasto en estío de las enfermedades que diezman las yeguadas y los rebaños, sin respetar tampoco al hombre. Tal vez sea la causa de esas epidemias la mala calidad de las aguas estancadas que se ven obligados a usar, lo que no puede ponerse en duda, puesto que los poblados situados junto a otras aguas corrientes escapan constantemente a ese azote. Lejos de reconocer esta verdad, los plantadores atribuyen obstinadamente sus pérdidas a actos de brujería practicados por sus esclavos, y hacen morir en el tormento a los infortunados sobre quienes el azar ha fijado sus sospechas.

¿Pero es preciso atravesar los mares para encontrar ejemplos de esas horribles extravagancias? En el año 1817, y en cierto villorrio de Flandes oriental, un padre asesinó a su hija, de diez años de edad, porque, según él dijo, *era hechicera*: y preparaba la misma suerte, por un motivo semejante, a su mujer y a su hermana (3). Se ha pretendido que aquel miserable deliraba: ¿qué delirio es ese que

(1) GUINNA-LAOUREINS, *Cuadro de Roma a fines del año 1814*, pág. 228.
(2) *Los precursores del Anticristo*. — *Las supersticiones y encantamientos de los filósofos*. *Diario de París*, 28 de diciembre de 1817.
(3) Ved el *Diario de París*, jueves 3 de abril de 1817, página 3.

hace un asesino de un padre, de un esposo, de un hermano? ¡Qué atroz credulidad la que conduce a semejante locura! ¿Cómo calificar el crimen de los que la hacen nacer, de los que la sostienen?

La ciudad de Spira fué en 1826 teatro de un escándalo intolerable, menos aún por el carácter que le imprimió la calidad de las personas que lo dieron, que por las consecuencias morales que de él se pudieron derivar. El obispo de dicha ciudad, «muerto a los ochenta y dos años de edad, »y que había legado 20.000 florines a su catedral, no ha »sido enterrado, como sus predecesores, en una capilla de »su iglesia; el clero no ha querido tomar parte alguna en »sus funerales, porque *acusaba de hechicería a aquel ve»nerable prelado*» (1).

¿Podremos admirarnos después de la bárbara credulidad de la multitud, cuando sus guías religiosos le dan tales ejemplos?

En la península de Héla, cerca de Dantzig, un charlatán acusó a una mujer de haber echado, sobre un enfermo, un sortilegio maléfico. Apoderáronse de aquella desventurada, la torturaron varias veces durante dos días; trataron de ahogarla en dos o tres ocasiones y acabaron por asesinarla a puñaladas, porque se negó a declarar que fuese bruja, porque se juzgó incapaz de curar al enfermo (2).

También en nuestra patria, en Francia, tan justamente orgullosa de sus luces, de su civilización y de la delicadeza de sus costumbres, ha dado sus frutos el error. Una campesina de las cercanías de Dax cayó enferma; presentóse un curandero que persuadió a los parientes que la rodeaban de que su enfermedad era debida a un *maleficio* echado por una vecina suya, sobre la paciente. Apoderáronse

(1) Ved el *Constitucional* del 15 de agosto de 1826.
(2) Ved el *Nacional* del 28 de agosto de 1836.

de la *bruja*, golpeáronla violentamente, echándola luego entre las llamas para obligarla a anular el *maleficio*; retuviéronla allí, a pesar de sus gritos, sus súplicas y sus juramentos; y hasta que no la vieron próxima a expirar no la arrojaron fuera de la casa (1).

Ese crimen fué cometido hace pocos años... acaba de renovarse en una aldea del departamento del Cher. Acusado de haber *embrujado* a unas caballerías, la víctima sucumbirá probablemente a los atroces tratos que ha sufrido (2). Los intérpretes de la justicia persiguen a los culpables y los castigarán. Mas, ¿qué importa la condena de algunos insensatos? Es el origen del mal lo que hay que cortar. ¿Estaremos acaso todavía en los tiempos en que se juzgaba que es preciso que el pueblo siga en la ignorancia y crea todo sin examinar nada? En las escuelas abiertas para las clases pobres, ¿se atreverá alguien a decir una palabra que las prevenga contra los peligros de una ciega credulidad? Y sin embargo, hasta en las cercanías de la capital, están los campos infestados de folletos de hechicería. Hablo de lo que he visto; he examinado uno, entre otros, impreso muy recientemente, como podía comprobarse por los caracteres tipográficos, la blancura del papel, el estado de conservación y limpieza del folleto, detalle tan digno de ser notado entre las manos de un lugareño. En este folleto, y entre varios absurdos y trozos del *Grimoire* o libro mágico, se encuentran unas recetas menos inocentes; como, por ejemplo, la que da la composición de un *agua de muerte*, veneno violento indicado como propio para transmutar en oro todos los metales; otra receta debe servir para provocar el aborto y ordena el empleo de un medicamento más enérgico en el caso que la madre hubiese sentido moverse al niño... ¡cuán cierto es, como ya lo

(1) Ved el *Constitucional* del 26 de julio de 1826.
(2) Ved el *Nacional* del 6 de noviembre de 1836.

hemos hecho notar nosotros, que unas lecciones de crimen se encuentran mezcladas casi siempre a los sueños de los brujos!

Luego ¿será preciso dejar que se arraigue el error? ¿O es el deber de un hombre de bien combatirlo en su principio, hasta que el progreso de las luces preserve de él incluso al hombre más sencillo e inculto? ¿Es necesario salvar de sus consecuencias a los que creen tener un poder sobrenatural, y a los que el miedo a dicho poder atormenta con inquietudes tan temibles por sus consecuencias como ridículas por su origen? ¿O no hay en todo esto más que una ociosa cuestión de filosofía? ¿Están tan lejanos de nosotros los siglos en que, agitada por frenéticos terrores, tanto más difíciles de curar por la razón de que no se basaban en ningún motivo determinado, gozaba la multitud con el suplicio de pacíficos seres; siglos en que, por una palabra, por un vago rumor, un pueblo entero se convertía en acusador, juez y verdugo? Esos terrores colectivos que cambian al hombre en fiera, ¿no ofrecen un gran medio de malestar, de venganza, de injusto poder a los que los fomentan, a aquellos cuyo objeto inconfesable es sojuzgar a los príncipes y a las naciones? Y aunque las líneas que escribo hubiesen de valerme una acusación de sacrilegio por parte de ciertos *hipócritas del fanatismo*, ¿qué hago más que obedecer a mi conciencia cuando reduzco a su vergonzosa absurdidad a una creencia contraria, tanto a los más queridos intereses de la sociedad humana, como a todo lo que una verdadera piedad pueda enseñar del poder, de la sabiduría y de la bondad infinita de Dios?

CAPITULO XIX

Acción de la imaginación, preparada por la creencia habitual en los relatos maravillosos; secundada por accesorios físicos, por la música, por la costumbre de exaltar las facultades morales, por un terror irreflexivo, o por los presentimientos. Los movimientos simpáticos propagan los efectos de la imaginación. Curación producida por la imaginación. Extravíos de la imaginación, turbada por las enfermedades, por los ayunos, las vigilias y las obsesiones. Remedios morales y físicos, empleados con buen éxito en los extravíos de la imaginación.

A las causas físicas que hacían caer a los presuntos brujos en lamentables extravíos, uníase un auxiliar que parece capaz por sí solo de reemplazarlas a todas: la imaginación.

Es tal su poder, que algunos hombres han querido, en efecto, explicar por sus enajenaciones todas las ilusiones mágicas, lo que es ir demasiado lejos. La imaginación combina las impresiones recibidas; no crea nada. En los fantasmas del sueño, como en los delirios de la vigilia, no presenta nada que no se haya visto o sentido, o de lo que se haya oído hablar. El terror, la tristeza, la inquietud, la preocupación producen fácilmente ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia, en el que los sueños producen verdaderas visiones. Proscrito por los triunviros, adorme-

cióse Casio Parmensis, presa de unas inquietudes demasiado bien justificadas en su posición. Un hombre de aterrador aspecto se le apareció, diciéndole que era su genio malo. Acostumbrado a creer en la existencia de esos seres sobrehumanos, no dudó Casio de la realidad de la aparición, y, para su espíritu supersticioso, convirtióse en el presagio cierto de la muerte violenta casi inevitable para todo proscrito.

La misma explicación conviene a la visión que afligió a Bruto, sin intimidarle, la víspera de la batalla de Filippes. Y puede aplicarse, con mayor motivo todavía, al sueño del emperador Juliano: Un genio pareció alejarse de él, con aire consternado, la noche que precedió a su muerte. Era el genio del imperio, cuya imagen veían sus ojos en todas partes, reproducida en sus monedas, reverenciada por los soldados en sus banderas y puesta también, sin duda, en su misma tienda. Inquieto por la penuria que atormentaba a sus tropas, seguro de que en el seno mismo de su ejército, una religión contraria a la suya suscitaba contra él numerosos enemigos y quizá asesinos, en vísperas de dar una batalla decisiva, ¿es sorprendente que el sueño que le abrumaba estuviese agitado por siniestras visiones?; ¿es extraño que el entusiasta discípulo de los filósofos teurgistas, cuya doctrina asignaba a los genios un papel tan importante, viese en sueños y creyera haber visto realmente al genio del imperio, sombrío y dispuesto a abandonarle?

Una mujer de avanzada edad lloraba a un hermano que acababa de perder: de pronto, creyó oir su voz que por censurable diversión, se imitaba cerca de donde ella estaba. Enajenada por el terror, llegó a afirmar que la sombra de su hermano se le había aparecido resplandeciente de claridad... No hubiese tenido semejante visión si, desde la infancia, no hubieran cargado su memoria de cuentos de almas en pena y apariciones. Tales cuentos se remontan a

los tiempos más remotos, y en dichos tiempos no eran del todo falsos. Recordemos los santuarios en que se evocaba a los muertos, en la época de Orfeo. Hemos hallado hasta en la antigua Judea esas apariciones fantasmagóricas. Luego las primeras descripciones que de ellas se hicieron no estaban fundadas ni sobre vanos sueños, ni sobre extravíos de la imaginación, ni sobre el deseo de engañar; habíase visto realmente lo que se decía haber visto, lo que el dolor y la curiosidad juntos han temido y deseado ver tantas veces, estimulados por esas descripciones y por su recuerdo.

En las montañas de Escocia y en algunas regiones de Alemania, se cree todavía en la realidad de una aparición maravillosa que, según se dice, es el presagio de una muerte cercana (1); ve el individuo, fuera de sí mismo, a otro *yo*, a una figura en un todo semejante a él por la estatura, las facciones, los ademanes y los vestidos. ¿No está más allá de los recursos del arte producir semejante milagro? Bastará con un espejo cóncavo, segmento de una esfera de gran dimensión, fijado en el fondo de un hondo armario; disponed sobre tal armario una lámpara cuya luz no pueda penetrar en él directamente, si no que, al contrario, caiga con toda su fuerza sobre el punto en que habrá que situarse para obtener del espejo el mayor efecto posible. Colocad en dicho punto, sin que lo sepa, a un hombre poco instruído y propenso a los sueños y terrores del misticismo, de forma que las puertas del armario al abrirse, le presenten de improviso el engañoso espejo... Verá salir y avanzar hacia a él, desde el seno de las tinieblas, a su propia imagen, resplandeciente de claridad; creerá poder asirla, y al dar un paso más, desaparecerá su *otro yo*. No podrá explicar naturalmente aquella visión; no lo intentará siquiera; pero ha visto, indudablemente ha visto, está seguro de

(1) WALTER SCOTT, *A legend of Montrose*, nota del capítulo 17.

ello, y no puede olvidar. Este recuerdo le perseguirá, le obsesionará, y quizá muy pronto exaltará bastante a su imaginación para que el fenómeno se reproduzca espontáneamente, sin ayuda de causas exteriores. Si el desorden de su espíritu se comunica a los órganos; si el hombre crédulo se agosta, languidece y muere, le sobrevivirá la memoria de su fin doloroso. Otros seres enfermizos o predispuestos a serlo, repetirán su leyenda; la meditarán, impregnarán en ella sus sueños; acabarán por ver ellos mismos el milagro que oyeran contar desde su infancia, y, persuadidos de que es el anuncio de una muerte próxima, morirán de su persuasión.

Si es tal todavía la credulidad humana, ¿podrá suponerse que en unos días más incultos, los taumaturgos, poseedores por otra parte de tantos medios de obrar sobre la imaginación, hayan dejado ocioso un instrumento tan propio para extender el poderío de lo maravilloso? Basados en diversos casos reales, pero extraordinarios, subyugaban en todas partes la credulidad, las narraciones de prodigios y milagros; aunque más bien constituían — como aun sucede en nuestros días — casi toda la instrucción del vulgo, disponiéndole de antemano, a ver, oir y creer todo lo maravilloso.

Así preparada y exaltada además por cualquier causa enérgica, ¿dónde se detendrá la imaginación, terrible y seductora alternativamente, pero siempre dispuesta a confundirnos con fenómenos imprevistos y a embriagarse a sí misma con fantásticas maravillas? Suspender o exaltar al más alto grado la acción de nuestros sentidos; substraer el movimiento de nuestros órganos al imperio de nuestra voluntad y a la marcha constante de la naturaleza; comunicarles impulsiones de una fuerza desconocida o agarrotarlos y dejarlos inmóviles; turbar el alma hasta la locura, hasta el frenesí; crear tan pronto delicias fuera del alcance de

la humanidad como terrores más atroces que los peligros que se pueden imaginar: tales son las aberraciones de la imaginación, tales son sus desvaríos. Y, dominada a su vez por el trastorno causado a nuestras funciones físicas, aun creará nuevos errores, temores, delirios, tormentos sobrenaturales, hasta que unos remedios puramente materiales, al curar el cuerpo devuelvan al espíritu la calma que le había hecho perder el enfermizo estado de los órganos.

¡Cuántos milagros hará entre las manos del taumaturgo hábil para emplearlo, un resorte susceptible de aplicaciones tan variadas, y que posee una fuerza tan irresistible! No hablemos solamente de espíritus limitados, de seres ignorantes y débiles como los infortunados cuyas miserias se han descrito. Que el hombre más firme se entregue, sin saberlo, a todas las causas que pueden obrar sobre la imaginación; ¿se atreverá a decir: estos esfuerzos serán vanos; mi vigor moral triunfará; el extravío no entrará en mi corazón, ni el desorden en mis pensamientos?

No han ignorado nuestros antepasados el partido que puede sacarse, de tantas formas, de la imaginación. Este temible agente explica un gran número de maravillas que nos refieren las antiguas historias. Nuesto camino está marcado: debemos hacer creíbles tales maravillas, oponiéndolas unos hechos análogos observados por los modernos; hechos en los que no se sospecha más la impostura que la intervención de un poder sobrenatural.

Con tanta calma como perseverancia en sus místicos ensueños, la célebre señora Guyón declaraba a Bossuet, su acusador y juez, que ella recibía de Dios una abundancia tal de gracia que su cuerpo no la podía soportar (1): había que desvestirla y meterla en el lecho. Aseguraba que era preciso que otra persona recibiese de ella la superabundan-

(1) *Vida de la señora Guyon escrita por ella misma*, tomo II, capítulos 13 y 22.

cia de gracia que la llenaba, y esa comunicación, que se efectuaba en silencio, frecuentemente sobre personas ausentes, era lo único que la podía aliviar. El duque de Chevreuse, hombre serio y de austeras costumbres, afirmaba también a Bossuet que, cuando estaba sentado cerca de la señora Guyón, *sentía* aquella comunicación de la gracia, y preguntó ingenuamente al prelado si él no experimentaba un movimiento parecido (1). Dignas a la vez de ridículo y de compasión, ¿estaban muy lejos estas dos personas de los profetas y de las pitonisas, que nos describen como subyugadas por el dios cuya presencia embargaba todo su ser, obligándoles a proferir los oráculos que él mismo ponía en su boca para anunciarlos al mundo?

Si la exaltación aumenta, caerá el hombre en el éxtasis igualmente propio a hacer creer en maravillas, como en producirlas, porque substrae al hombre, tanto del poder de la razón como del de las impresiones físicas. El éxtasis ha atraído la atención de los fisiólogos y ha provocado unas científicas investigaciones cuyos resultados serán probablemente confirmados por observaciones ulteriores. Examinarle desde este punto de vista nos apartaría demasiado de nuestro objeto: limitémonos a los hechos que a él se refieren inmediatamente. Se asegura que los hindúes caen, *a voluntad*, en éxtasis; el éxtasis es un estado frecuente entre los kamtchadales y entre los iacutos, así como entre los indígenas del norte y del sur de América. Obsérvase también en las islas Sandwich y en Taití, desde que las persecuciones religiosas emprendidas en ambos países, antes tan florecientes, por los misioneros europeos, exaltan la imaginación de los sectarios de la antigua religión (2). El éxtasis es, en cierto modo, un beneficio para los pueblos ignorantes y supersticiosos; les hace olvidar momentánea-

(1) BURIGNY, *Vida de Bossuet*, París, 1761, páginas 274 a 280.
(2) FERNANDO DEVIS, *Cuadro de las Ciencias secretas*, páginas 201-205.

mente las miserias bajo cuyo peso se arrastra su lánguida existencia. Y en este sentido, se le puede asimilar a la embriaguez, o bien al amodorramiento profundo producido por las drogas estupefacientes de que se valen a veces los desdichados para substraerse a las angustias de la tortura. Volney atribuye, en efecto, a un estado próximo al éxtasis, el impasible valor que demuestra, en medio de los más atroces tormentos, el indígena de la América septentrional (1).

El éxtasis tiene la ventaja, sobre todo, de suplir en los creyentes la rigidez de las pruebas y la insuficiencia de las descripciones de la felicidad celeste, con parte de esta felicidad. Susceptible, en su débil naturaleza, de prolongados dolores y de cortos goces, se da el hombre más fácilmente una idea de los tormentos del infierno que de los placeres de los cielos. El éxtasis no describe tales placeres; no prueba su existencia futura, pero los hace gozar actualmente. No se puede dudar que los antiguos hayan estudiado las causas del éxtasis y conocido su poder (2). Y si, para llevar hasta él a una imaginación ardiente, era menester ayudarse de secundarios agentes, ¿no tenían los taumaturgos a sus órdenes la pompa de las ceremonias, el esplendor de los hechizos, el encanto de los espectáculos, las seducciones de la melodía? La música bastaría para entregar las almas ingenuas y tiernas a las más deliciosas ilusiones. Gracias a ella, sintió Chabanon dos veces en su juventud, lo que se cuenta de los éxtasis de los santos (3): «Dos veces, dice, oyendo en los órganos una música santa, me he creído transportado al cielo; y esta visión tenía algo tan real, estaba yo de tal manera fuera de mí todo el tiempo que ha durado, que la misma presencia de los ob-

(1) *Obras completas de Volney*, tomo VII, páginas 443-50.
(2) TERTULIANO, *De ecstasi*.
(3) CHABANON, *Obras póstumas*, páginas 10 y 11.

»jetos no hubiese obrado en mí más fuertemente.» Situad a este muchacho en unos tiempos menos cultos, bajo la disciplina de taumaturgos interesados en cultivar sus disposiciones al ensueño: el éxtasis momentáneo, pronto llegará a ser una visión positiva, durable, en la que creerá como en su propia existencia; afirmará su realidad con la firmeza de un hombre convencido, con el entusiasmo de un mártir.

Ya hemos hablado de la influencia mágica de los sonidos armoniosos: podríamos también recordar a Alejandro y a Eric el Bueno (1), inflamados ambos de una cólera homicida por belicosos cantos... ¡Y lo que experimentaron estos dos héroes se reproduce todavía en los soldados que van a la batalla, al son de guerreros instrumentos!

Por sí sola, sin influencias externas, sin impresiones físicas, puede exaltarse la imaginación hasta el furor, hasta el delirio.

Para convencerse de ello, basta intentar en sí propio una experiencia análoga, apasionándose por o contra un objeto que ocupe el pensamiento: se quedará uno sorprendido del grado de cólera o de ternura a que llevará bien pronto esa ilusión voluntaria. Cabe preguntarse luego si el autor dramático, para encontrar el acento de la pasión, no debe identificarse al apasionado personaje que pone en escena. Sólo así podrá lograrlo, ya que la elocuencia y la poesía le ofrecen insuficientes recursos para ello; se advierte que es él quien habla, no su héroe. El actor, a su vez, no puede triunfar, si no llega a ser verdaderamente el ser que representa, tanto a lo menos como lo permitan las conveniencias teatrales. Los vestidos, el cortejo, la presencia y los parlamentos de los personajes que deba combatir o defender, le ayudan en su ilusión: se emociona antes de

(1) SAXO GRAMMÁTICO, *Historia Danesa*, libro XII, páginas 204 y 205.

procurar emocionarnos, sus gritos salen del corazón, sus lágrimas son verdaderas lágrimas. ¿Qué ocurrirá si un interés personal, presente, profundo, se une a las pasiones y a los sentimientos que interpreta? Será entonces todo lo que parece ser, y con mayor verdad acaso, o al menos con mayor energía que el mismo personaje cuyos transportes hace revivir. Vayamos más lejos: libre del temor que imponen las miradas del público, pongamos al ser apasionado en la situación en que he observado varias veces a una muchacha poseedora de fuerte organización y de una imaginación muy movediza y muy viva. Hubiese sido más que imprudente confiarle el personaje de una heroína, entonando el canto de guerra y precipitándose con la espada en la mano, sobre los enemigos de su país. A este pensamiento sólo, unido al arma que blandía y a las palabras, a los exaltados versos que recitaba, se embriagaba, se enfurecía de un modo que contrastaba por completo con su carácter franco y alegre; el ser para ella más amado no hubiese estado mucho tiempo fuera del alcance de sus golpes. Su rápida y terrible exaltación hace creíble, para mí, lo que se cuenta de los héroes escandinavos: «Eran atacados, »de cuando en cuando, de accesos de locura... Desorbita»dos, echando espuma por la boca, no veían ya nada, he»rían a ciegas, con la espada, a amigos y enemigos, árboles, »piedras, objetos animados e inanimados. Tragaban carbo»nes encendidos y se precipitaban a las llamas... Termina»do el acceso, sentían un total agotamiento...» (1). Si, como parece creer el autor que transcribo, habían cedido entonces a la acción de un brebaje embriagador, los *Sagas*, que contienen tantos ejemplos del hecho, hubieran recordado alguna vez su causa. Esos furiosos movimientos nacían, a no dudar de una imaginación susceptible de excesivos trans-

(1) DEPPING, *Historia de las expediciones de los normandos y de su establecimiento en Francia en el siglo X*, tomo I, página 46.

portes por la exaltación habitual. Aquellos guerreros, cuya mayor felicidad era ver correr la sangre (su sangre o la de sus enemigos), y que creían que la celestial mansión sólo se abría para los héroes muertos en combate, no necesitaban más que sus propios sentimientos para entregarse a ese pasajero frenesí; casi hay que extrañar que no fueran constantemente víctimas de él.

¿Producirá alguna vez el mismo delirio el exceso del miedo que el exceso de valor? ¿Por qué no, si uno y otro turban de igual manera la razón? «Los samoyedos, dice un »viajero (1), son extremadamente propensos al miedo. »Cuando se les toca inopinadamente y su imaginación está »herida por cualquier objeto imprevisto y aterrador, pier»den el uso de la razón y caen en un furor maniático. »Cogen un cuchillo, una piedra, un palo, u otra arma cual»quiera, y se abalanzan sobre la persona que ha causado »su sorpresa o su terror. Si no pueden satisfacer su rabia, »aullan y ruedan por el suelo, como alienados...» Observemos que la causa primitiva de tales accidentes es el miedo que los samoyedos tienen a los brujos, y que el delirio que es consecuencia de ello, hace pasar por brujos a los desgraciados víctimas de tan irrazonable terror: ¡qué mina tan inagotable para ser explotada por los hacedores de milagros!

Desde un punto de vista más general, el miedo entrega al hombre débil bajo el poder de quien se lo supo inspirar. Si, como han pensado diversos observadores, el temor es el principio de todo lo que hay de real en lo que se cuenta de las serpientes y de otros animales, hábiles en *encantar* al débil pajarillo que quieren apresar, la mirada del hombre fuerte y amenazador debe ejercer una acción análoga sobre los hombres tímidos, que no pueden, en efec-

(1) WAGNER, *Memorias sobre Rusia*, página 207.

to, sostenerla; debilítanse sus fuerzas, dejándoles inmóviles, estúpidos, bajo el peso del *encantamiento*. Nada más corriente también, en las leyendas de todos los países, que esos magos cuya mirada *fascinadora* ejerce un poderío inevitable. Tal poderío no es del todo quimérico: general y mediocre en su principio, adquiere sobre una imaginación aterrada un ascendiente sin límites.

¿Y no conspira el hombre mismo en favor de ese ascendiente, cuando espontáneamente, e intentando quizá basarse en plausibles razonamientos, se entrega a mortales terrores? Sin que una causa exterior provoque su locura, un espíritu débil (que a veces sólo es débil en este punto) se obsesiona en una idea fija: ¡a determinada edad terminará necesariamente su vida! ¡Una enfermedad cualquiera, no podrá tener más que un funesto desenlace! ¡Cuántos de esos vanos *presentimientos* han hecho inevitable el acontecimiento que ha parecido justificarlos! Obraban de una manera continua y destructora sobre órganos debilitados, pero a los cuales la ausencia de aquellas ideas dolorosas hubieran permitido recobrar bien pronto su natural vigor.

Cuando en vez de nacer espontáneamente en un alma donde la razón pueda aún combatirle, el miedo es la consecuencia de un terrible poder al que no se pueden asignar límites, sus efectos no serán ni menos seguros ni menos terribles que los de las armas o el veneno. Un ejemplo recientemente conocido acaba de agregarse, para probarlo, a todos los hechos cuyo testimonio pudieran ofrecernos las historias antiguas. En las islas Sandwich, existe una comunidad religiosa que pretende haber recibido del cielo el don de hacer morir, por las plegarias que les dirigen, a los enemigos de que se quiere deshacer. Si alguno incurre en su animadversión, le anuncia que va a empezar sus imprecaciones contra él; y lo más frecuente es que tal declaración

baste para hacer morir de terror, o para determinar al suicidio al infortunado expuesto al anatema (1).

¿Cómo admirarnos después de esto, cuando acompañada de una mirada aterradora, la sentencia de muerte salida de la boca de un taumaturgo, ha sido a veces ejecutada por el terror, en el mismo instante de ser pronunciada?

De los casos extremos y desde luego, siempre raros, pasemos a otros efectos de la imaginación menos aterradores, pero no menos propicios a los triunfos de un taumaturgo.

El impero que ejercen sobre los órganos la simpatía y la tendencia a la imitación, lo ejercen también sobre la imaginación; el bostezo, los eructos, las lágrimas y el entusiasmo son contagiosos como la risa. Una viuda atormentada de histérica melancolía, ejecutaba las extrañas acciones que se atribuyen a las demoníacas: algunas muchachas que la rodeaban poco tardaron en ser atacadas del mismo mal; se curaron por completo, cuando se alejaron de ella. La misma viuda, tratada por un hábil médico, recobró la razón con la salud (2). ¡Cuántas historias de demoníacos pueden reducirse a estas pocas palabras! En la historia de las convulsiones de San Medardo, y en las que presentan a una multitud de personas caídas a la vez, bajo el poder del espíritu maligno, sería un error suponer que sólo había en ello impostura: por el contrario, se trataba en su mayoría, de hombres de buena fe, sometidos a la necesidad de la imitación por una organización móvil, un espíritu débil, o una imaginación acalorada. Probablemente los poetas no han exagerado nada cuando han pintado el furor que enloquecía a las bacantes en la celebración de las orgías. La mayor parte de aquellas ménades, más embriagadas en lo

(1) LISIANSKI, *Viaje alrededor del mundo en 1803-1806. Biblioteca universal*, año 1816. *Literatura*, tomo III, páginas 162 y 163.

(2) FROMMANN, *Tratado de fascinación*, página 55.

moral que en lo físico, no hacían más que imitar involuntariamente los transportes de algunas sacerdotisas; bien limitándose a representar un papel convenido, bien cayendo por sí mismas bajo el poder de la imaginación exaltada por los licores espirituosos, los cánticos, los instrumentos de música, los gritos, o el desorden místico que les rodeaba.

No siempre es maléfica la imaginación; ¿cuántas curaciones inesperadas, súbitas y prodigiosas no le debemos? Nuestros libros de medicina llenos están de casos de este género que, entre pueblos menos cultos, pasarían fácilmente por milagros. Hasta hace falta cierto esfuerzo de razón para no ver nada que no sea natural en los rápidos efectos de la imaginación. ¡Está el hombre tan acostumbrado a buscar lo maravilloso en todo aquello cuya causa no vea tan pronto como el efecto! *El magnetismo animal*, en el que todos los fenómenos reales son producidos por la conmovida imaginación, fué al principio preconizado por los charlatanes como un agente físico: caído en manos de los fanáticos y de la impostura, se ha convertido en una rama de la moderna teurgia (1).

«Cuando la exaltada imaginación hace desear al enfer»mo un remedio, lo que naturalmente no tiene eficacia, »puede adquirir uno muy favorable: así puede un enfermo »sentirse aliviado por unas ceremonias mágicas, si antes

(1) El sueño magnético y los milagrosos efectos que produce, fueron predichos por Swedenborg, en 1763, cuando dijo: «El hombre puede ser »elevado a la luz celestial, aun en este mundo, si los sentidos corporales »se encuentran sumergidos en un sueño letárgico, etc.» (*De la sabiduría angélica*, número 257.) Tal opinión pertenece a los discípulos de Swedenborg, aun cuando se apresuran a añadir que no se puede creer en todo lo que dicen los *somniloquios* o *sonámbulos*; que todo lo que es revelado no es bueno; se fundan en este versículo de San Juan: «No creais en todos »los espíritus, sino probad a esos espíritus para saber si son de Dios.» Recomiendan sobre todo, que no se crea en los *somniloquios* que negaran a Swedenborg su calidad de enviado de Dios, o que hablasen contra su doctrina. (DAILLANT-LATOUCHE, *Compendio de las obras de Swedenborg*, páginas 55-58.

»está persuadido de que deben obrar su curación.» ¿No explican estas palabras de Galeno todo lo que se ha probado en las felices aplicaciones del *magnetismo animal*, del *perkinismo*, de la *pólvora simpática*, y de tantas supercherías del mismo género que la antigüedad y los tiempos modernos han visto sucesivamente triunfar y caer en el olvido?

La imaginación, tan poderosa sobre nuestros órganos, está igualmente sometida a su perturbadora influencia, cuando la enfermedad ha alterado la armonía de sus funciones.

En el siglo IV antes de nuestra Era, era víctima Cartago de una de esas afecciones endémicas a que los antiguos daban el nombre de peste: agitados por un frenético transporte, la mayoría de los enfermos salían armados para rechazar al enemigo que creían había penetrado en la ciudad (1). Extenuados por la fatiga, el hambre y la desolación, sobre la balsa en que tan cruelmente habían sido abandonados, los náufragos de la *Medusa* (2) tenían unas ilusiones extáticas, cuyo encanto contrastaba atrozmente con su desesperada posición. En ambos casos, el desorden moral pudo ser aumentado por la simpatía y la tendencia a la imitación. Pero los ejemplos recientes e individuales no nos faltarán. En su *correspondencia*, la madre del duque de Orleáns, cuenta una anécdota de una dama conocida suya, que parece el colmo del absurdo (3), aun cuando es muy verosímil si en ella se reconoce una visión producida por el transporte que acompaña a la fiebre puerperal en una mujer parturiente. Víctima de sangrientas costumbres, cayó un individuo en el marasmo: vióse rodeado de fantasmas, y se quejaba de oir, sin cesar, retumbar en sus

(1) Diodoro de Sicilia, libro XV, capítulo 9.

(2) *Relación del naufragio de la Mednoa*, 1.ª edición, páginas 72 y 73.

(3) *Memorias sobre la corte de Luis XIV*, páginas 74 y 75 de la edición de 1823.

oídos, la sentencia de su eterna condenación (1). En el estado de decaimiento que sigue a una enfermedad inflamatoria, un hombre igualmente distinguido por su ingenio que por sus talentos militares, fué objeto de unas visiones tanto más extrañas, cuanto que gozaba al mismo tiempo de la plenitud de su razón: ninguno de sus sentidos estaba alterado, y no obstante, los objetos fantásticos que le obsesionaban y que él sabía muy bien que no existían, herían su vista tan fuertemente, y le eran tan fáciles de enumerar y describir, como los objetos reales que hubiera en torno suyo (2).

Nos nos chocará mucho por tanto, ver a los taumaturgos en todos los países, debilitando los órganos para dominar más seguramente la imaginación. Las maceraciones y los ayunos eran una parte esencial de las antiguas iniciaciones; era menester someterse igualmente a ellos antes de recibir respuesta a ciertos oráculos; sobre todo a los que no se revelaban más que entre sueños (3).

No se ignora cuanto dispone a ver fantasmas la irritación del sentido de la vista, causada por largas vigilias o por la asidua contemplación de cuerpos luminosos, sobre todo cuando el espíritu está turbado y el cuerpo débil. La principal prueba a que son sometidos los *sanniassys* (con-

(1) Este enfermo fué cuidado en 1818, por el doctor Marc, autor de una importante obra titulada: *De la locura considerada en sus relaciones con las cuestiones médico-legales*, París, 1840.

(2) Se trata del teniente general Thiébault, que me ha permitido citarle. — Observaremos que unas alucinaciones semejantes han sido experimentadas por otras personas sanas y normales. El sabio Gledistch vió claramente, a las tres de la tarde, en un rincón de la sala de la Academia de Berlín, a Maupertnis, muerto en Basilea algún tiempo antes. No atribuyó aquella ilusión más que a un trastorno momentáneo de sus órganos; pero al hablar de ella, afirmaba que la visión había sido tan perfecta como si Maupertnis hubiera estado vivo y situado ante él. (D. THIÉBAULT, *Recuerdos de mi estancia en Berlín*, tomo V, página 21, 5.ª edición.)

(3) Ayunábase un día entero, antes de consultar el oráculo de Amfiaraus de Orope en Beocia, y se recibía su respuesta en un sueño. (FILOSTRATO, *Vida de Apolonio*, libro II, capítulo 4.)

templadores) indios, consiste en mirar fijamente al Sol. No tardan en tener visiones: advierten chispas, globos inflamados, meteoros, y acaban a veces por perder la vista y hasta la razón (1).

A esos poderosos auxiliares cuya energía secundaban la soledad y la obscuridad, uníase la embriaguez producida por las bebidas y alimentos sagrados. Víctima ya de sus creencias, de sus temores, de sus esperanzas supersticiosas, y entregado a tantas causas de exaltación y delirio, ¿cómo hubiese defendido su imaginación del poder de los sacerdotes el hombre más sano y más dueño de su razón? Y sin valerse de otros artificios, ¿no bastaba con la reunión de aquellos medios, para que el hombre supersticioso, encerrado solo en el callejón sin salida que había recibido el nombre de *Purgatorio de San Patricio* (2), creyese recorrer allí metido un inmenso espacio y verse además rodeado de las apariciones que los monjes irlandeses habían prometido por adelantado a su atemorizada imaginación?

Instruídos por la observación de la íntima conexión de todas las partes de nuestro ser, sabían los antiguos que los desvaríos de la imaginación pueden producir enfermedades en apariencia sobrenaturales que desafían a menudo el arte del médico y casi siempre su previsión; y que, por el contrario, puede también combatir el estado enfermizo de los órganos. Con igual éxito usaban remedios físicos para los males causados por una imaginación exaltada, como armaban la imaginación contra los males físicos, obligándola así a producir tanto bien como daño hace a veces.

En Egipto reinaba a menudo, en el tiempo de la canícula, una enfermedad epidémica que se atribuía a la in-

---

(1) DUBOIS, *Costumbres e instituciones de los pueblos de la India*, tomo II, páginas 271-274.
(2) GERARDO BOATE, *Historia natural de Irlanda*, páginas 137 a 141. TWISS, *Viaje a Irlanda*, páginas 128 y 129.

fluencia de la atmósfera. Para poner remedio a ella, los sacerdotes después de las ceremonias y de los sacrificios solemnes, cogían fuego del altar consagrado a un antiguo sabio divinizado y se servían de él para poder encender numerosas hogueras. Tal procedimiento podía ser útil; determinaba en el aire unas corrientes que lo renovaban; pero el fuego sacado de los hogares domésticos no hubiese tenido menos eficacia, ya que en este caso se procuraba herir sobre todo a la imaginación. Aquellas víctimas propiciatorias, aquellos ritos religiosos, aquel fuego sagrado, todo ello tendía a persuadir a la multitud de que, conmovido por sus plegarias, vendría un dios protector a socorrerla. El pueblo de Roma se iba diezmando por una enfermedad pestilente, rebelde a todos los remedios conocidos: los pontífices, en nombre del ciedo, ordenaron la celebración de fiestas y juegos públicos (1). Semejante remedio, que nos parece algo raro, fué juzgado, sin embargo, como bastante eficaz, ya que luego se recurrió a él más de una vez. Suponemos que la enfermedad endémica fuese de la naturaleza de las *fiebres perniciosas*; cosa que tuvo que suceder con frecuencia en medio de una población amontonada en estrechas viviendas, y al regreso de expediciones militares en que los ciudadanos pasaban tantas fatigas y privaciones y experimentaban tantas variaciones bruscas de temperatura. Un terror general se extiende por todas partes; hiela las almas y dobla la fuerza mortífera de la epidemia. Unos juegos que congregan al aire libre a toda la población, dando a los espíritus una distracción agradable; unas fiestas en que numerosos sacrificios de apetitosos animales proporcionan la posibilidad de substituir con un alimento más sano y más substancioso el que se solía tomar habitualmente; unas ceremonias que exaltan la imagina-

---

(1) VALERIO MÁXIMO, libro II, capítulo 4, § 4.

ción y prometen que los dioses echarán una mirada de compasión sobre sus dóciles adoradores... ¿no es todo ello bastante para combatir los progresos del contagio, para acelerar su fin, y también para prosternar ante los altares a todo un pueblo, que cree deber al cielo su milagrosa curación? Una curación semejante bien podía pasar por un *milagro*, en el sentido que daban nuestros antepasados a esta palabra, es decir, por un beneficio inmediato, pero no *sobrenatural* de los dioses.

Podrían recordarse, sin trabajo, innumerables ejemplos del empleo de remedios físicos para curar enfermedades *sobrenaturales*; a lo menos, mientras se continúen tomando en sentido moderno las expresiones antiguas. Como todos los bienes eran referidos a la bondad celeste, todos los males emanaban también de la venganza de los dioses o del maleficio de los genios malos. ¿Qué debemos reconocer en la mayor parte de las enfermedades atribuídas a esta última causa? Unas dolencias nerviosas, epilépticas, histéricas, cuyos síntomas se desarrollaban y exasperaban por el desorden de la imaginación, o que incluso nacían sólo de ese desorden. La hellébora curaba a las hijas de Proto de una locura que, sin embargo, habíales sido enviada por la cólera de los dioses (1). Para librar a los samoyedos de los accesos de frenesí a que los lleva el error, y que se mira como efecto de un maleficio o como el signo característico de la hechicería, basta con quemarles, bajo las narices, unos pelos de reno (2). Por el olor del humo de la planta *baaras*, los exorcistas hebreos echaban a los demonios del cuerpo de los hombres. Nada más absurdo para nosotros, que no podemos ver en la *posesión* del demonio más que la acción incomprensible de una substancia inmaterial; y nada, en

(1) S. HALMEMANN, *Disertación histórica y medical sobre el helleborismo. Estudios de medicina*, París, 1855, tomo II, página 157.
(2) WAGNER, *Memorias sobre Rusia*, página 207.

cambio, más sencillo y corriente dentro de las ideas de los hebreos, ideas que eran las de todos los pueblos antiguos. Para indicar la verdadera naturaleza de una enfermedad que así hacía del hombre una fácil presa de los espíritus infernales, basta recordar que, bajo la denominación de *cynospastos*, describe Eliano la planta *baaras*, a la que atribuye Josefo la virtud de echar a los demonios, asegurando también que cura la epilepsia (1). La forma de tratamiento de esas enfermedades se diferenciaba menos que sus nombres. Como los hebreos, como los taumaturgos de la antigüedad, como los samoyedos y como los sabios que hace dos siglos osaban oponer medicamentos a las pretendidas *fascinaciones* mágicas (2), combatimos hoy con fumigaciones y con olores amoniacales las enfermedades cercanas de la epilepsia, los vahidos, la hipocondría, esos frutos dolorosos de un trastorno de la imaginación contra el cual choca impotente la razón. El milagro y el absurdo desaparecen pues a la vez, tan pronto se recuerda la costumbre que tenía toda la antigüedad de personificar en sus causas el mal y el bien.

(1) ELIANO, *De nat. animal*, libro XIV, capítulo 27. La alga marina, que el mismo autor asimila al *cynospastos*, encerraba un veneno muy violento; era tal vez esta última propiedad la que llevaba a los taumaturgos a reservarse su posesión exclusiva.
(2) Ved la indicación de esos medicamentos, en FROMMANN, *Tratado de fascinación*, páginas 955 a 958.

CAPITULO XX

La medicina formaba parte de la ciencia secreta; no fué ejercida durante mucho tiempo más que por los sacerdotes; las enfermedades eran enviadas por genios maléficos o por dioses irritados; las curaciones fueron milagros, obras mágicas. La credulidad y el espíritu de misterio atribuyeron a substancias sin energía unas propiedades maravillosas, y el charlatanismo secundó tal género de impostura. Falsas curaciones. Abstinencias extraordinarias. Substancias nutritivas tomadas en un volumen casi imperceptible. Resurrecciones aparentes.

Arrastrados por nuestro objeto, hemos entrado ya en el terreno de la ciencia, cuyas promesas tendrán siempre el mayor poder sobre la imaginación de los hombres.

¿Cómo? ¡La ciencia del hombre físico, la que aun siendo su marcha contrariada por anomalías imposibles de prever, se apoya aún en tantos conocimientos positivos; la medicina, en una palabra, no ha podido combatir las enfermedades de la inteligencia como las dolencias del cuerpo; no nos ha puesto en guardia contra los numerosos secretos de que se valían los taumaturgos para trastornar el libre uso de nuestros órganos, engañar nuestros sentidos y extraviar nuestra imaginación!

Nacida también en los templos, y presentada asimismo como una emanación de la divina inteligencia, la medicina

respetó el terreno de las demás ciencias sagradas. Hablar de ella no es salirse del campo de los taumaturgos: en el mundo entero, las curaciones difíciles fueron durante mucho tiempo milagros; y los médicos fueron sacerdotes y mágicos.

Los médicos han sido hasta dioses. En Armenia, bajo el nombre de *Thicks* o *Haralez*, unos *dioses* resucitaban a los héroes muertos en los combates, succionando sus heridas (1). *Angitia*, hermana de Circe, sólo se estableció en Italia para merecer ser puesta en los altares poniendo su ciencia curativa contra las enfermedades que devastaban la región. «En Grecia, antaño, hasta después del sitio de »Troya, los hijos de los dioses y los héroes fueron los úni»cos que conocieron los secretos de la medicina y la ciru»gía» (2). Por lo que, hasta sus últimos días, se adoró allí a Esculapio como a un dios, hijo del dios del día.

La teurgia compartía en Egipto, entre treinta y seis genios, habitantes del aire, el cuidado de diversas partes del cuerpo humano; y los sacerdotes conocían las invocaciones propias para obtener de cada genio la curación del miembro sometido a su influencia. También de Egipto venían las fórmulas originales que enseñaban el uso de los simples en la medicina y esas fórmulas eran mágicas (3).

Las magas de la isla de Sena curaban las enfermedades reputadas como incurables en todos los demás sitios (4). Las vírgenes escandinavas estaban instruídas a la vez en magia, en medicina y en el tratamiento de las heridas (5).

Diodoro, que ha intentado con frecuencia separar la historia de la fábula, considera natural y limitta a un es-

(1) CIRBIED, *Memorias sobre Armenia. Memorias de la Sociedad de anticuarios de Francia*, tomo II, página 304.
(2) ELIANO, *De nat. anim.*, libro II, capítulo 18.
(3) GALENO, *De los simples medicinales facultativos*, libro VI, proemio.
(4) POMPONIO MELA, libro III, capítulo 6.
(5) C. V. DE BONSTETTEN, *Ecandinavia y los Alpes*, página 32.

tudio más profundo de los remedios y de los venenos, la ciencia de Medea y de Circe; afirma que la primera curó al hijo de Alcmeneo de una locura furiosa (1).

Muchos años después de la época de Hércules y de los tiempos heroicos, aun buscaban los enfermos, en Grecia, alivio a sus sufrimientos entre los descendientes de Esculapio; iban a los *Asclepios* o templos de aquel dios, edificados constantemente, por una hábil política, en sitios elevados y salubres (2). Aquellos hombres, que pretendían tener desde su nacimiento el don de curar, acabaron por aprender también el arte, conservando en los templos la historia de las enfermedades cuya curación habían ido a pedirles. Se les adhirieron entonces unos discípulos, en los que la discreción estaba garantizada por las pruebas de una severa iniciación. Poco a poco, el progreso de la filosofía alzó el velo misterioso en que todavía se querían envolver. La doctrina encerrada en los archivos de los *asclepios*, vino a aumentar el patrimonio de la civilización perfeccionable. Los sacerdotes hubieron de abjurar de sus exclusivas pretensiones (3); pero la ciencia no renunció en nada a su origen celeste y mágico. La mayor parte de las aguas termales, cuyo uso era entonces más frecuente que en nuestros días, siguieron consagradas a Apolo, a Esculapio, y, sobre todo, a Hércules, llamado también *Iatricos* o médico.

Unos filósofos de los que no salían nunca de los *asclepios*, incurrieron en la acusación de magia cuando por medios naturales combatieron con éxito los males que afligían a sus semejantes. Lo mismo le sucedió a Empedocles: una enfermedad epidémica asolaba a Selinonte; un río, en su curso demasiado lento, llenaba la población de aguas estancadas, de las que se elevaban diariamente mortíferos vapores. Empedocles le reconoció; llevó al lecho del río dos arroyos, a los que torció el curso. Esta operación dió movimiento a las aguas; dejaron de estar estancadas y de exhalar pestilentes miasmas, y la epidemia desapareció (1).

(1) DIODORO DE SICILIA, libro IV, capítulo 2 y 16.
(2) PLUTARCO, *Cuestionario romano*, § 94.
(3) CORAY, *Prolegómenos al Tratado de Hipócrates sobre el aire, las aguas y los sitios.*

En el siglo II de nuestra era, si el emperador Adriano logró verse libre, por algún tiempo, de la congestión acuosa que hinchaba su cuerpo, fué también, según se dice, por el socorro del arte mágico. Hacia la misma época, Taciano, defensor del cristianismo, no negaba las curaciones maravillosas hechas por los sacerdotes o por los dioses de los politeístas; las explicaba, suponiendo que aquellos dioses, verdaderos demonios, llevaban la enfermedad al cuerpo del hombre sano; luego advertían a éste en sueños que se curaría siempre que implorase su socorro, ¡y se daban a sí mismos la gloria de hacer un milagro, haciendo cesar el mal que ellos solos habían producido! (2).

Tales creencias no han sido especialmente propias de los pueblos civilizados. Las naciones menos cultas han creído también que las enfermedades nacían de la venganza o de la cólera de seres superiores a la humanidad: en consecuencia, se ha elegido en todas partes como médicos a mágicos y sacerdotes. Entre los *nadoessis* y los *chippevagos*, esos tres títulos eran inseparables (3); todavía lo siguen siendo entre los *osages*. Sacerdotes-magos eran los únicos médicos de Méjico (4). Dentro de las tribus de los *galibis*, formaban los *piayes* (magos-sacerdotes-médicos) una corporación a la que no se era admitido más que después de haber sufrido las pruebas de una iniciación muy dolorosa (5).

(1) DIÓGENES LAERCIO, *Empedocles.*
(2) TACIANO, *Orat. ad Groecos*, página 157.
(3) CARVER, *Viaje a la América Septentrional*, página 290.
(4) JOSÉ DACOSTA, *Historia natural de las Indias*, libro V, capítulo 26.
(5) NOEL, *Diccionario de la fábula*, art. *Piayes.*

El cristianismo no destruyó en Asia y en Europa los prejuicios que habían prevalecido bajo el reinado del politeísmo. Reaparecieron con más fuerza en los siglos de ignorancia. Cuando los israelitas, a pesar de la antipatía que inspiraban a los cristianos, fueron casi los únicos médicos y cirujanos de los príncipes y de los reyes, las notables curas que a veces hacían parecieron efecto de una ciencia misteriosa; tanto más cuanto que ellos mismos ocultaban con cuidado sus prescripciones, probablemente tomadas de los árabes, sin molestarse por que sus adversarios les creyesen poseedores de sobrenaturales secretos. No se tardó en oponer a sus obras curaciones milagrosas. Como los antiguos templos, varias iglesias tenían en el atrio, o dentro de sus muros, fuentes de agua bendita, a la que se le atribuían grandes virtudes curativas: sea que una fe ciega y la falta de todo otro recurso hubiesen creado esa creencia; sea que ésta fuera un legado del paganismo, aceptado por unos hombres que preferían santificar el error antes que dejar subsistir la confianza en una religión proscrita, lo cierto es que para buscar la salud en aquellas aguas bienhechoras, era preciso ayunar y someterse a las órdenes de los sacerdotes. El mal cedía a veces al régimen, al tiempo, a la calma que una piadosa confianza devolvía a la imaginación...; pero otras veces se resistía a todo ello y echábase la culpa a los pecados y a la falta de fe del enfermo: la virtud milagrosa, probada en el primer caso, no quedaba del todo desmentida en el otro.

Las instituciones estuvieron conformes con la opinión que transformaba las curaciones en operaciones directas de la divinidad, y sobrevivieron a aquella opinión. Los médicos cristianos que se pusieron en competencia con los médicos árabes e israelitas, formaron parte del clero, hasta mucho tiempo después que se hubiese dejado de ver en su arte nada de sobrenatural. «Los profesores en medicina

»eran antes *clérigos*, y hasta el año 1542 no les permitió »la ley casarse en Francia» (1).

Hacia la misma época renovó Paracelso el ejemplo que habían dado Raimundo Lulio y otros adeptos suyos: se presentó como instruído e inspirado por una divinidad cuando, hablando de sus viajes en Oriente y en Africa, contó unos secretos que le aseguraban una inmensa superioridad sobre sus competidores en el arte de curar (2). Si su conducta hubiera sido menos ligera y su vida más prolongada, ¿quién se atrevería a decir que no habría encontrado un público bastante crédulo para reconocer sus pretensiones?

La costumbre de asociar un poder sobrenatural a la acción natural de los remedios, sobre todo de aquellos de que se hace un secreto, se ha conservado hasta nuestros días. Los médicos han reconocido que el remedio más eficaz contra la mordedura de un animal rabioso es la cauterización de la herida con un hierro candente. Este remedio es usado desde hace siglos en Toscana y en diversas provincias de Francia. Pero allí el hierro que se hace calentar es *uno de los clavos de la verdadera cruz* (3), y aquí *es la llave de san Huberto* (4), que no es eficaz si no está en manos de las personas que hacen remontar a aquel noble santo el origen de su genealogía. Es un patrimonio hereditario,

(1) E. PASQUIER, *Investigaciones sobre Francia*, libro III, capítulo 29. — Hasta aquella época las cuatro facultades de las universidades condenaban al celibato a sus instructores. En 1552, obtuvieron los doctores en derecho, igual que los médicos, permiso para casarse. Pero hasta mucho tiempo después, las primeras dignidades en dicha facultad, fueron concedidas a canónigos y sacerdotes.

(2) TIEDEMANN, *De quoestione*, etc., página 113.

(3) LULLIN-CHATEAUVIEUX, *Cartas escritas en Italia*, tomo I, pág. 129.

(4) Particularmente en el pueblo de *La Saussotte*, junto a *Villenauxe*, del departamento del Aube. — En la abadía de San Huberto, de la diócesis de Lieja, la intercesión del santo bastaba a menudo para hacer la curación, con tal de que fuese secundada por ciertas ceremonias religiosas, y también por un régimen propio para tranquilizar la imaginación.

como el que pretendían ostentar los *psilas* y los *marsos* haciéndose descendientes de Esculapio.

Debemos recordar también lo que hemos dicho tantas veces: más bien que un espíritu de decepción, era un piadoso reconocimiento lo que otrora ligaba a los preceptos de la ciencia y a sus saludables operaciones la idea de una inspiración y de un beneficio de la Divinidad. Tal fué la curación de Naaman, al que Eliseo libró de una enfermedad psórica, prescribiéndole que tomase siete baños consecutivos en el agua sulfurosa y bituminosa del Jordán. A orillas del río Anigro había un antro consagrado a las ninfas. Iban allí las personas que padecían herpes: después de unas plegarias y de una fricción previa, atravesaban el río a nado, y por mediación de las ninfas, se encontraban curadas. Pausanias, al contar este milagro permanente, añade que las aguas del Anigro exhalaban un olor infecto, es decir, que estaban cargadas de hidrógeno sulfuroso, siendo por ello eminentemente antiherpéticas. Nuestros médicos siguen triunfando por unos medios semejantes, sin hablar de milagros.

Pero los guías y los educadores de los pueblos se veían con frecuencia obligados a hablar de ellos y a sancionar con el prestigio de lo maravilloso un precepto saludable: ora venciendo, en Estonia y en Livonia, la apatía de los hombres embrutecidos por la servidumbre y la miseria, mandándoles en nombre de los dioses, que perfumasen los establos con asafétida, para combatir a los epizootios, en los que su ignorancia veía el efecto de un maleficio (1); ora atribuyendo a cierta piedra la propiedad de conservar la pureza de la voz, siempre que los cantores que quisieran aprovecharse de su virtud, viviesen en la continencia.

(1) DEBRAY. *Sobre los prejuicios y las ideas supersticiosas de los livonianos, letonianos y estonianos... Nuevos anales de viajes*, tomo XVIII, página 3.

El orgullo y el interés, unidos a una posesión exclusiva, cubrieron buenamente con una apariencia sobrenatural los secretos que se querían conservar. Bañándose en la fuente *Canathos* recobraba Juno cada año su virginidad, y dícese que las muchachas del Argólides se bañaban allí también con la misma esperanza. Por lo menos, es seguro que los argianos, para explicar el milagro, se fundaban en varias ceremonias ocultas practicadas en el culto de Juno (1). Según una tradición, al salir la diosa por primera vez de los brazos de su esposo, se bañó en una fuente de Asiria, cuya agua se impregnó al punto de un olor muy suave (2). ¿No indica esta última particularidad que en Asiria y en Grecia se conocía la propiedad que hizo consagrar el mirto a la diosa del amor y que devuelve, hasta cierto punto, las apariencias de la virginidad a las mujeres fatigadas por los partos o por los abusos de los placeres? (3). Pero los sacerdotes no administraban sus benéficos efectos más que entre misteriosas ceremonias, y presentándolos como un milagro.

La credulidad y el afán de lo maravilloso han visto también milagros a menudo, hasta en donde el hombre de buena fe no pretendió desplegar un poder sobrenatural.

Empléase a veces el beleño en la cura de la epilepsia; y existe una variedad de este vegetal llamada por los antiguos *haba de puerco*, porque cuando la comen los cerdos se enfurecen de tal modo, que llegarían a morir si no corriesen a lanzarse al agua (4). No hay que olvidar esta última propiedad, con objeto de especificar el agente que sirvió para curar a dos epilépticos, en un país en que se creía

(1) NOEL, *Diccionario de la Fábula*, art. *Canathos*,

(2) ELIANO, *De nat. animal*, libro XII, capítulo 30.

(3) Rabelais puso, por la misma razón, *agua de mirto* en los baños que se preparaban para las damas en la abadía de Theleme; y esta receta, que se encuentra en las primeras ediciones, publicadas en vida del autor, ha sido substituída por error, en posteriores reimpresiones por *agua de mirra*.

(4) *Enciclopedia metódica de medicina*, art. *Beleño*.

que los epilépticos eran atormentados por el demonio (1): bastará con que se confunda un poco el relato para llevar gradualmente a los que lo repitan, a confundir la enfermedad con el remedio, y a decir que el demonio, saliendo del cuerpo de los hombres, ha entrado en el cuerpo de los marranos que se encontraban allí, y les ha obligado a precipitarse a un río.

Los libros de los antiguos son inagotables sobre las propiedades curativas y mágicas asignadas a las plantas. La mayor parte han sido creados sin duda por el amor a lo maravilloso, frecuentemente sin buscar otro pretexto que una traducción inexacta del nombre de la planta. Hemos de observar que los modernos no han sido en este punto más razonables que los antiguos. La escorzonera, por ejemplo, debe su nombre al color de la corteza de su tallo; esto pareció demasiado vulgar y se hizo derivar aquel nombre de *escuerzo*, que es una especie de sapo, haciendo así de la escorzonera un poderoso específico contra la mordedura de los animales venenosos, en particular de la víbora.

En fin, el charlatanismo, en la medicina, como en las demás ramas de la ciencia secreta, ha atribuído a insignificantes procedimientos una mágica eficacia para ocultar la acción de los agentes naturales. Un iniciado, citado por Fromman, indicaba, contra la fiebre y la consunción, un remedio bastante sencillo, pero que no debía ser preparado con fuego ordinario. Había que fabricar una sierra con la madera de un peral abatido por el rayo, y aserrar con ella el quicio de madera de una puerta por la que pasaran muchas personas, hasta que el frotamiento repetido del instrumento y del quicio produjese llama (2). La rareza del procedimiento inspiraba ciertamente a los que recurrían al remedio, una confianza respetuosa, y la dificultad de ejecu-

(1) FROMMANN, *Tratado de fascinación*, páginas 963 y 964.
(2) FROMMANN, *Tratado de fascinación*, páginas 363 y 364.

tarlo bien, ponía a cubierto por adelantado, en caso de fracaso, la infalibilidad del médico. Este ejemplo es uno de los más extraños que se pueden citar, pero recuerda otros mil.

Para curar las luxaciones y torceduras de los huesos del muslo, prescribe Catón la aplicación de tablillas dispuestas de un modo que pongan y mantengan el miembro lesionado en su posición natural. Indica luego las palabras que hay que cantar durante la operación. Estas palabras ininteligibles podrían muy bien no ser más que la expresión de la misma receta en otro idioma: expresión que no se comprendía, pero de cuya repetición hacíase depender la mágica eficacia del remedio.

Las palabras sagradas pueden, en casos semejantes, ser una oración con que se acompañe el empleo de un remedio natural, y a la cual se crea deber atribuir el buen resultado de dicho remedio. Ciertos hombres que pretendían poseer una potencia secreta, enseñaban a detener una hemorragia nasal, recitando un *Padrenuestro* o un *Avemaría*, siempre que al mismo tiempo se comprimiese la nariz con los dedos y se aplicara sobre la cabeza un paño mojado en agua fría (1).

Más a menudo, el presunto milagro se ha debido al cuidado que tenían los taumaturgos de hacer, de una substancia inerte, el disfraz de un medicamento eficaz. Los *kicahanes*, súbditos de los birmanes, que, al parecer, están confinados por éstos en las montañas del Assam, van buscando por todas partes aerolitos, después de las tempestades: si alguno encuentran se lo entregan a su pontífice, quien los conserva como un remedio enviado por el cielo para curar todas las enfermedades (2). Los bezoardos — cuyas virtudes maravillosas, celebradas y experimentadas en todas el Asia,

(1) FROMMANN, *Tratado de fascinación*, libro I, capítulo 29.
(2) *Nuevos anales de viajes*, 2.ª serie, tomo III, página 229.

han tenido algún tiempo cierto crédito en Europa — no tenían mayor acción sobre los órganos del hombre que los aerolitos : unos y otros no sirvieron jamás para otra cosa que para disimular el empleo de substancias más activas.

Una inscripción griega que, según se cree, estuvo en tiempos colocada en el templo de Esculapio, en Roma, relata cuatro curaciones efectuadas por aquel dios, con cuatro ejemplos de las diversas maneras con que la credulidad se presta a lo maravilloso. La suspensión de una hemoptisis, obtenida por el uso de piñones dulces y miel, no presenta nada de extraño, ni siquiera el oráculo que lo prescribe. Cuando el dios aconseja combatir un dolor de costado con la aplicación de un tópico, cuya base será la ceniza recogida sobre el altar de su templo, se puede conjeturar que sus sacerdotes mezclarían a la ceniza cualquiera droga menos inofensiva. Si un colirio hecho con miel y sangre de un *gallo blanco*, ha producido buenos efectos, puede permitirse creer que el color del ave no habrá servido más que para dar un tinte misterioso a la composición del remedio. Después de varias genuflexiones, un ciego se pone en los ojos la mano que ha extendido sobre el altar y recobra súbitamente la vista... que nunca había perdido. ¡ Ejecutaba probablemente aquella pantomima en un momento crítico, en el que importaba levantar la reputación de Esculapio y de su templo ! (1).

Podrían llenarse volúmenes enteros con parecidas imposturas. Cansado de los sufrimientos de una enfermedad incurable, invocaba Adriano la muerte ; se temía que llegara a recurrir al suicidio. En tan penosa situación, presentóse ante él una mujer que, según dijo, recibió una vez en sueños la orden de asegurar al emperador que se curaría muy pronto. Perdió la vista por no obedecer aquel mandato, pero

(1) J. GRUTER, *Inscripciones*, página 71, inscripción 1.ª

advertida por un segundo sueño, cumplió su misión y sus ojos se reabrieron a la luz. Adriano tardó aún algunos meses en morir, y los testigos de aquella impostura quedaron dispuestos a aceptar como real cualquier otro milagro que se les presentase (1).

El mayor de los prodigios, a los ojos de la razón y a mi juicio, es que los hombres que han desenmascarado y puesto en evidencia falsos milagros, crean luego en otros milagros no menos sospechosos, en otros impostores no menos groseros. Y, por una singularidad notable, el supersticioso y el filósofo, cada uno en un sentido, pueden sacar alguna ventaja de este prodigio repetido con frecuencia : uno ve en él un testimonio de la veracidad de sus asertos, y el efecto de un *don de Dios* que se manifiesta subyugando la razón humana ; y otro, encontrando en todo una inconsecuencia, sostiene que ésta no prueba nada, puesto que hace triunfar cien falsas creencias, si se aplica a una sola que sea cierta y no puede basarse en otro principio que en el de la facilidad incurable con que el género humano se ha abandonado siempre a los que le quisieran engañar.

Esta es, en efecto, una enfermedad de todos los países y de todos los tiempos. Las guaridas de aquellos mendigos que excitaban la pública compasión con la apariencia de las más crueles enfermedades, se llamaron un día, en París, *corte de los milagros* porque, al entrar allí, aquellos miserables se quitaban el disfraz de su papel respectivo : los ciegos veían, los cojos andaban, y los lisiados recobraban el uso de todos sus miembros. Llegáronse a contar en la capital hasta doce *cortes* de esa clase ; y es triste confesar que sus habitantes eran empleados a veces para acreditar diversas reliquias, cuyo solo contacto curaba *milagrosamente* a los presuntos enfermos (2). El nombre de *corte de los*

(1) ELIANO, *Vida de Adriano*, página 121.
(2) SAUVAL, *Antigüedades de París*, tomo I, páginas 510-515.

milagros, al hacerse popular, prueba que nadie ignoraba de qué imposturas era teatro a diario; pero cada día, los mismos embaucadores encontraban nuevas víctimas; ¡y con un perfecto conocimiento de aquella impostura habitual, aun se creía en unas curaciones sobrenaturales!

Tenaz e ingeniosa al engañarse, la credulidad se parapeta alegando maravillas bien comprobadas a las que la experiencia no pudo nunca desmentir. ¡Pues bien! Que, en esas maravillas, la ciencia, recuperando lo que la pertenece, ayude al hombre de buena fe a discernir en ellas lo que corresponde a la impostura. No es invocando contra ella una imposibilidad combatida por gran número de testimonios dignos de crédito, sino probando que son posibles en el orden de la naturaleza, como tal vez se podrá curar el hombre de una ceguera que frecuentemente le ha costado muy cara.

Cuando oímos las narraciones de esos ayunos maravillosos que unos hombres superiores han soportado durante varios días y aun semanas enteras, estamos tentados de incluirlas entre los cuentos orientales, donde figuran algunas de esas inconcebibles abstinencias. ¡Pero son tan numerosas dichas narraciones! ¿Cómo admitir que todas ellas estén en absoluto faltas de fundamento?

Observamos en primer término que ciertas substancias poseen, o se les atribuye, la propiedad de suspender el sentimiento del hambre y de la sed: tales son las hojas de tabaco y las hojas de *coca* o *hierba del Perú* (1). Hasta se llega a decir que, teniéndolas en la boca, ahorran el sufrimiento de la necesidad y la fatiga, al hombre que pasó toda una jornada trabajando y sin comer.

Atribuye Matthiole a los escitas el uso de una hierba agradable al paladar, que suplía tan eficazmente al alimen-

(1) J. ACOSTA, *Historia natural de las Indias*, libro IV, capítulo 22.

to, que su efecto prolongábase a veces doce días enteros. Otra hierba sostenía lo mismo las fuerzas de tan infatigables jinetes. En este caso, se ha llevado la maravilla demasiado lejos para no indicar una superchería, o más bien el arte de reducir a un volumen muy pequeño substancias eminentemente nutritivas. Dicho arte, cuyo empleo hizo decir de Abaris que no se le había visto jamás comer ni beber (1); dicho arte, que ya ejercía con éxito Epiménides, contemporáneo de Solón, es hoy día muy conocido, y además, recientemente acaba de perfeccionarlo un sabio (2). Hace unos cincuenta años que se ensayó en Francia dar a los marinos un alimento de este género; su insignificante volumen hubiera permitido embarcar una cantidad mucho mayor del mismo, que de cualquier otro comestible: renuncióse a ello, porque los hombres así alimentados, aun cuando no sufriesen necesidad de comer, soportaban mucho menos la fatiga. Los taumaturgos no se detendrían, por cierto, ante semejante inconveniente: un *hombre divino*, que vive sin tomar alimentos, está generalmente inmóvil en la celda, adonde acuden a buscarle los respetos y las adoraciones; y cuando al término de una prolongada prueba, se le encuentra próximo a desfallecer por la debilidad, se tendrá aún más fe en la realidad de su maravillosa abstinencia.

Por otra parte, esta dificultad pudiera no haber existido en unos tiempos más remotos. Según Edrisi, las tribus bereberes de las cercanías de Roun componían, con trigo tostado y machacado y miel, una pasta tan nutritiva que bastaba comerla por la mañana, aun en corta cantidad, para poder caminar hasta la noche sin sentir hambre (3). Los caledonios y los meatos, que formaban la mayor parte de la población de la Gran Bretaña, sabían, según dice Xifilín,

(1) JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras*, § 28.
(2) GIMBERNAT, *Revista enciclopédica*, tomo XXXV, página 235.
(3) *Geografía de Edrisi*, traducida por Am. Jaubert, tomo I, página 205.

preparar un alimento tan propio para sostener sus fuerzas, que después de haber tomado una cantidad igual al tamaño de un haba, no sentían ni hambre ni sed. Los escitas poseían sin duda un procedimiento análogo a éste, y lo extendían hasta la alimentación de sus caballos; no suponiendo la existencia de las hierbas maravillosas de que habla Matthiole, más que para disimular con ellas la naturaleza de su secreto. Pero este secreto no debió ser ignorado, al menos por los sabios, en unos pueblos mucho más civilizados que los escitas y los caledonios; luego su existencia y divulgación hace creíbles todas las narraciones del mismo género y las despoja de su maravillosa envoltura.

Mas por encima de la maravilla de libertar al hombre de las más apremiantes necesidades de la vida, está la de devolverle la vida que ha perdido.

Hay que convenir que nada es con frecuencia tan difícil de conocer como las señales ciertas e irrecusables de la muerte. Un estudio especial de estas señales, una experiencia consumada de lo que tienen de equívoco y de lo que tienen de positivo, proporcionarán el medio de distinguir una muerte aparente de una muerte real, y de volver a la vida al ser amenazado de verse privado de ella por una sepultura precipitada. Y esto, que hoy sería una obra meritoria, era en otros tiempos un milagro.

En los países cultos, las leyes y las costumbres prescribirán siempre asegurarse de que la vida está realmente extinguida. Desde tiempo inmemorial, emplean los hindúes la prueba del fuego, acaso la más cierta de todas, puesto que aunque no despierte la sensibilidad, la acción de la quemadura presenta visibles diferencias, según se ejerza sobre un cuerpo privado de vida, o sobre un órgano en que la vida subsista todavía (1). No encienden la pira que ha de con-

(1) FODERÉ, *Diccionario de las Ciencias médicas*, art. *Signos de la muerte*.

sumirle, hasta después de quemar en el hueco del estómago del cadáver, una pella de estiércol de vaca desecado. Según todas las apariencias, una costumbre análoga existió en otro tiempo en Grecia y en Italia. Tertuliano toma a broma los espectáculos que representaban a Mercurio examinando a los muertos, y asegurándose, con un hierro al rojo, de que las señales externas del óbito no eran engañosas (1). Luego esta costumbre había estado en vigor; pero había caído en desuso y no existía ya más que en los recuerdos mitológicos. ¿No hay derecho a asombrarse? Demócrito había afirmado en su época, que no siempre existen señales ciertas de la muerte consumada. Plinio sostuvo la misma opinión y hasta hizo notar que las mujeres están más expuestas que los hombres a la muerte aparente (2). Citábanse numerosos ejemplos de muerte aparente, y entre otros, según Heráclido, el de una mujer vuelta a la vida, después de haber pasado por muerta durante siete días. No se había olvidado la perspicacia de Asclepiades que, viendo pasar un cortejo fúnebre, exclamó que el hombre que se llevaba a la pira no estaba muerto. Y por último, ¿no hubiera debido la humanidad apropiarse ese medio de comprobación, cuando el instinto de la tiranía inspiraba a Nicocrates ponerlo en práctica, para impedir que una muerte fingida ayudase a los ciudadanos de Cirene a salir de la ciudad, sustrayéndose a su crueldad?

¿Sería absurdo pensar que los taumaturgos quisieron quedarse en seguida en posesión del secreto de hacer el brillante milagro de una resurrección, y, en consecuencia, que contribuyeron a borrar o a hacer caer en desuso la práctica saludable que la tradición atribuía al dios Mercurio, y que la estúpida ignorancia ponía en ridículo en escena?

Es seguro, por lo menos, que varios teurgistas han sido

(1) TERTULIANO, *Apologética*, capítulo XV.
(2) PLINIO, *Historia natural*, libro VII, capítulo 52.

dotados de la facultad de volver los muertos a la vida. Diógenes Laercio cuenta que Empedocles resucitó a una mujer: es decir, «que disipó el letargo de una mujer atacada »de sofocación uterina» (1).

El biógrafo de Apolonio de Tyana se explica con mayor reserva, sobre una muchacha que debió la vida a la intervención de aquel filósofo. Dice que ella había muerto al parecer. Confiesa que la lluvia que cayó sobre ella, cuando la llevaban a la hoguera con el rostro descubierto, había podido comenzar a despertar sus sentidos. Apolonio tuvo al menos, como Asclepiades, el mérito de haber distinguido, al primer golpe de vista, una muerte real de una muerte aparente (2).

Un observador del siglo XVII, cuenta que un criado, hallando al regreso de un viaje, muerto a su amo, abrazó y besó tiernamente varias veces aquel cuerpo inanimado. Creyendo descubrir en él algunas señales de vida, le echó su aliento con tanta perseverancia, para devolverle la respiración, que le reanimó hasta resucitarle. Nadie creyó en un milagro; felizmente para el fiel servidor, nadie vió allí tampoco una obra de magia (3).

Esa resurrección, completamente natural, recuerda la curación del hijo de la viuda de Sarepta, por el profeta Elías. Puede argüirse que el libro sagrado (4) no dice, como afirmara el historiador Josefo, que el niño estuviese muerto; sino que su enfermedad se había agravado a tal punto que no podía ya respirar. Elías ajustó todo su cuerpo al

(1) DIDEROT, *Opiniones de los antiguos filósofos*, art. *Pitágoras y los pitagóricos.*

(2) FILOSTRATO, *Vida de Apolonio de Tyana*, libro IV, capítulo 16. — Apolonio comenzó por preguntar el nombre de la muchacha sin duda para dirigirse a ella. Sabía que de todos los sonidos articulados que pueden llegar a nuestro, oído nuestro nombre es el que reconocemos más fácilmente y el que más pronto despierta nuestra atención.

(3) PEDRO BORELLUS, *Historias y observaciones medicales*, página 58.

(4) *Reyes*, libro III, capítulo 17, versículo 17.

cuerpo del niño y, una vez unidas las bocas, imploró el socorro de Dios y obtuvo que a su soplo (*anima*) volviese la respiración a henchir el pecho del hijo de su bienhechora.

Uno de los oyentes de la predicación de san Pablo en Troade, cayó de una ventana y quedó en el suelo privado de sentido. San Pablo le levantó en brazos y dijo: «No os alarméis; su alma aun anima sus miembros.» El hombre, poco tardó en efecto, en recobrar sus sentidos (1). Se ha querido ver en ello una resurrección, cuando está claro que el apóstol no pretendió en ningún modo hacer un milagro.

A riesgo de contrariar una opinión muy corriente, juzgo del mismo modo la obra benéfica de que fué objeto la hija de Jairo. Cuando fueron a anunciar que había dejado de vivir, Jesús tranquilizó a Jairo, diciendo positivamente a las personas que lloraban: *No lloréis; la muchacha no está muerta, sino solamente adormecida.* La asió una mano, llamándola en voz alta: recobró la respiración, se levantó y, por orden de Jesús, diéronle alimentos (2). Una niña de doce años que cayó enferma por los trastornos de la pubertad, hasta ser víctima de un sueño comatoso y letárgico del que la sacó Jesús. Suponer que no vivía es suponer que Jesús profirió una mentira al decir: *Ella no está muerta*; suposición irrazonable e injuriosa a la vez: aun diría blasfematoria, si el entusiasmo del mismo reconocimiento no llevase en sí la excusa de los errores que hace nacer.

(1) *Actos de los apóstoles*, capítulo 20, versículos 9-12.

(2) *El Evangelio según San Lucas*, capítulo 8, versículos 49, 50, 52, 54 y 55. *Según San Mateo*, capítulo 9, versículos 23 a 25. *Según San Marcos*, capítulo 5, versículos 35 a 43.

CAPITULO XXI

Substancias venenosas. Tósigos cuyo efecto puede ser graduado. Muertes milagrosas. Veneno empleado en las pruebas judiciarias. Enfermedades enviadas por la venganza divina. Enfermedades predichas naturalmente.

Más imperioso que el reconocimiento, el temor es también más duradero. Fácil fué a los taumaturgos inspirarlo, empleando la acción que ejercen las substancias venenosas sobre los cuerpos organizados. La Naturaleza ha prodigado esas substancias, principalmente en aquellas partes de nuestro globo que debieron ser las primeras en estar habitadas; y el arte de acrecentar su número y energía es tan antiguo como la misma civilización. A los ojos de los hombres ignorantes, ¿hay algo más mágico, más milagroso, menos en relación aparente con su causa, que un envenenamiento por el ácido prúsico, por la morfina, o por ciertas preparaciones arsenicales? El autor del crimen es para ellos como un ser dotado de un poder sobrenatural, quizá hasta como un Dios que jugase con la vida de los débiles mortales y que, con un soplo, les hiciera desaparecer de la superficie de la tierra.

El uso de esos temibles conocimientos fué una vez un beneficio. El territorio de Sicyonia era pasto de los lobos. El oráculo consultado indicó a los habitantes *un tronco de árbol*, cuya corteza prescribía se mezclase a los pedazos de

carne que se echaran a los lobos (1). Los lobos murieron por la acción del veneno. Pero no se pudo reconocer el árbol, del que no se había visto más que el tronco; los sacerdotes se reservaron aquel secreto.

Que en Grecia, hace más de dos mil años, haya sucumbido un hombre por la eficacia de un veneno o por los excesos de una vida desordenada y crapulosa, es una cuestión poco interesante en sí. Pero si el corto tránsito de aquel hombre sobre la tierra ha costado más muertes y causado mayores males a la humanidad que los más grandes azotes de la Naturaleza; y si, a pesar de ello, el prestigio de las conquistas y la inconsecuencia de los juicios vulgares han hecho el modelo de los héroes del monstruo manchado con tantos vicios y crueldades; si, en una palabra, ese hombre es Alejandro, hijo de Filipo, el problema se convierte en histórico y excita la curiosidad. En cuanto a nosotros, su solución nos interesa en relación a las nociones científicas cuya existencia puede revelar.

Eliano, Trogo Pompeyo y Quinto Curcio atribuyen al veneno la muerte de Alejandro (2). Añaden los dos últimos que el veneno fué enviado de Macedonia a Babilonia: tratábase del *agua* de un manantial situado al pie del monte Nonacris, en Arcadia. Aquella agua era *tan fría y fuerte* que daba la muerte a los hombres y a los animales; rompía o corroía cualquiera otra vasija que las que se tallaban con la pesuña de un pollino, de una mula o de un caballo, o bien con el cuerno que tenían en la frente los *asnos de Escitia* Uno de esos cuernos, que fué ofrecido como presente a Alejandro, le consagró éste a Apolo, en el templo de Delfos, con una inscripción que recordaba su maravillosa

(1) PAUSANIAS, CORINTHIAC, capítulo 9.

(2) ELIANO, *De nat. anim.*, libro IV, capítulo 29. — JUSTINIANO, libro XII, capítulo 13, 14 y 16; y libro XIII, capítulos 1 y 2. — QUINTO *Curcio*, libro X, capítulo 4.

propiedad (1). En esta narración se hubiesen podido discutir ciertas expresiones impropias u obscuras; haciendo notar a la vez, que hoy todavía se califican de *frías* o *calientes* determinadas substancias, sin poner atención en su temperatura. Se hubiera podido substituir el *cuerno* de un animal fabuloso, con un vaso que tuviese, como muchos vasos que usaban los antiguos, la forma de un cuerno, y quizá también el color, el pulimento y la semitransparencia del cuerno; pero que llevado a Escitia desde el Asia, podía ser de un vidrio opaco o de una porcelana bastante bien cocida y revestida de un baño suficientemente fuerte para desafiar la acción de los líquidos corrosivos.

Sin entrar en ninguna otra explicación, puede suponerse que se trataba de manantiales maravillosos cuya agua atacaba a todos los metales, a excepción de uno solo, que no se designaría más que por el contraste de aquella inalterabilidad, y por la facilidad con que el calor la volatilizaba bajo la forma de un polvo de perfecta blancura y de extremada tenuidad. Unos manantiales de esta clase existen en Enghien, a las puertas de la capital: para distribuir sus aguas, no se emplean más que tubos y depósitos de cinc (2); cuyo metal parece ser el único que no descomponen las aguas sulfurosas.

La incredulidad se redoblaría, si un viajero poco acreditado nos hiciese conocer por vez primera el *zagh*. Esta es la substancia de que se sirven en Oriente para adamasquinar las armas blancas; se saca de un manantial situado en las montañas de los drusos: no se la puede hacer disolver más que en una vasija de plomo, de vidrio o de porcelana. El *zagh* es una mezcla de sulfato ácido de aluminio y de sulfato de hierro, cuya disolución atacaría a otro cualquier metal que no sea el plomo. Este ejemplo y el precedente

(1) ELIANO, *De nat, anim.*, libro X, capítulo 40.
(2) *Revista enciclopédica*, tomo XXXV, página 504.

disipan ya una parte de la inverosimilitud extendida sobre los relatos relativos al agua de Nonacris. Nada se opone a que el *zagh* sea, como aseguran los orientales, un producto de la naturaleza. En una obra (1) que hace tanto honor a su vasta instrucción como a su sabiduría, sitúa Séneca cerca de Tempé, en Tesalia, una fuente, cuya agua, mortal para los animales, agujerea el hierro y el cobre. En Tracia, en el país de los cíclopes, corría un arroyo cuya agua límpida y clara no parecía diferenciarse en nada del agua común: todo animal que la bebiera fallecía en el acto.

El agua de Nonacris que enrojecía el hierro y fundía o disolvía los vasos de plata y bronce, y hasta los de tierra cocida (2), puede no haber sido más que una solución más cargada de substancias corrosivas que el *zagh* y el agua de la fuente de Tempé. Creo, no obstante, que era un producto artificial: 1.° porque se la encontraba en Macedonia, según Quinto Curcio, y en Arcadia, según otros autores; lo que no puede ser exacto más que si se fabricaba en una y otra región; 2.° porque Plutarco añade que se la recogía bajo la forma de un *ligero rocío* (3); expresión que parece caracterizar el producto de una destilación; 3.° porque en Nonacris, se prestaba juramento sobre el *agua del Estigio*, según dice Herodoto; y Stobeo agrega que, según la opinión general, aquella agua poseía la temible propiedad de castigar a los perjuros que se atrevían a jurar sobre ella; si se refiere este hecho al empleo del veneno en las pruebas judiciarias, se inclinará uno a creer que el agua de Nonacris, *el agua del Estigio*, era un producto de la ciencia secreta, que la hacía, a voluntad, inocente o nociva; 4.° por

(1) SÉNECA, *Quæst. nat.*, libro III, capítulo 25.
(2) QUINTO CURCIO, libro X, capítulo último. — VITRUVIO, *Arquitectura*, libro III, capítulo 3. — JUSTINIANO, libro XII, capítulo 14. — PAUSANIAS, *Arcadia*, capítulo 18. — PLUTARCO, *Alejandro*, capítulo 99. — PLINIO, *Historia natural*, libro XXX, capítulo 16. — ARRIANO, *De las expediciones de Alejandro*, libro VII capítulo 7.
(3) PLUTARCO, *Alejandro*, capítulo 99.

último, porque el agua de Nonacris no se denunciaba por su gusto, como se denunciaban el *zagh* o el agua de Enghien, por poca cantidad que de ellas se mezclase al vino o a cualquier otro licor. Dice Séneca que no es sospechosa ni a la vista, ni al olfato, pareciéndose en eso a los venenos compuestos por los más célebres envenenadores, que no se pueden descubrir más que a expensas de la vida. Al hablar así, ¿no designa Séneca una composición análoga al *agua Toffana* de los italianos, sobre todo cuando agrega que su acción deletérea afecta especialmente a las vísceras, porque las contrae, las aprieta, y es así como da la muerte?

Abandonando la discusión histórica, nos basta atraer la atención sobre la extensión de las obras mágicas que un secreto así ponía al alcance de los taumaturgos. ¿Qué alcance no tendría, si ellos unían a ese secreto el de graduar el efecto del veneno, hasta fijar entre unos límites bastante estrechos, el día en que la víctima debiera sucumbir? Este arte ha existido en todos los tiempos en la India, donde no se ocultan de poseerle. «Hay, dice un personaje de los »Cuentos Orientales (1), toda clase de venenos. Vense unos »que quitan la vida un mes después que se han tomado. »Hay otros que no matan más que al cabo de dos meses; »y hasta hay otros que aun producen su efecto más lenta»mente.» Cuando una viuda hindúe se hizo quemar, en 1822, sobre la hoguera de su marido, los brahmanes dijeron claramente al observador inglés que ya hemos citado (Linschott) que si se impedía o disuadía a aquella mujer que cumpliese su sacrificio, no sobreviviría tres horas a la violación de su sagrado deber; habían graduado, para ese término, la fuerza del veneno que le habían administrado.

Eliano, cuando hace mención de la habilidad de los

(1) *Las Mil y una Noches*, noche XIV. *cuento de los Cuarenta visires.*

habitantes de la India para fabricar venenos de efecto lento y graduable a voluntad, les atribuye además la posesión de una substancia que en muy pequeña dosis procuraba una muerte casi repentina y exenta de dolor. Se la enviaban al rey de Persia, que no permitía que nadie, fuera de su madre, compartiese con él la posesión de aquel precioso tósigo; que era, en efecto, igualmente propio para ser puesto al servicio de las sangrientas combinaciones de la política que de las sagradas venganzas de los taumaturgos.

Cuando las querellas sobre la consubstancialidad destrozaban a la Iglesia, libre a penas de las persecuciones de los politeístas y — sirviéndome de la expresión de un gran poeta — hacían *perecer a tantos cristianos mártires de un diptongo* (1); san Atanasio y sus partidarios tuvieron la imprudencia de celebrar el *milagro* que les libró de Ario. Suprimid los nombres; recordad solamente los detalles de ese fallecimiento inopinado, tal como nos han sido transmitidos por tres historiadores de la Iglesia (2), y no habrá nadie medianamente instruído que no crea reconocer en ello los síntomas producidos por un violento veneno; no habrá ni un médico que no aconsejase un circunstanciado examen, propio para aclarar sospechas demasiado fundadas; ni un magistrado que no se apresurara a ordenarlo. Y, si a esto se agrega que el adversario de Ario, san Alejandro, había sido oído pocas horas antes, dirigiendo fervientes preces a la divinidad para que hiriese de muerte al hereje, antes de permitirle que tornase en triunfo a la Iglesia, llevando la herejía consigo; entonces ya no extrañará

(1) BOILEAU, *Sátira* XII, versículos 199 a 202. — *Omonsios*... *Omoionsios*; el diptongo *oi* que diferencia estas dos palabras, era adoptado por los arrianos y rechazado por sus adversarios.

(2) SÓCRATES, *Historia eclesiástica*, libro I, capítulo 38. — SOZOMEN, *Historia de la Iglesia*, libro II, capítulo 29. — TEODORETO, *Historia eclesiástica*, libro I, capítulo 14.

tanto que los partidarios de Ario no hayan juzgado su muerte natural, aun cuando tampoco supusieran que haya sido un milagro; y que sus acusaciones hayan sido bastante públicas para que uno de sus adversarios haya creído no deber pasarlas en silencio (1).

¡Tal era, en aquellos días de discordia, el arrebato del celo! En la borrachera de alegría que les causó la muerte del emperador Juliano, publicaron los cristianos que su trágico fin había sido predicho en unos sueños maravillosos; y vieron igualmente en él un señalado milagro de la venganza divina. El filósofo Libanio, amigo del monarca *después de su muerte* y adversario de unos sucesores que respetaban poco su memoria, declaró públicamente que Juliano había caído bajo los golpes de un asesino cristiano. A esta imputación verosímil, responde un autor ortodoxo: «El caso puede ser cierto... ¿Y quién podría censurar al »que, por su Dios y por su religión, hubiera cometido una »acción tan valerosa?» (2).

Esta exaltación, contraria a la moral de la religión a que cree servir, es sin embargo, propia de la naturaleza humana; está en su naturaleza que los hombres se apasionen en proporción a la vivacidad de los intereses que les afectan, alejándoles de la razón para precipitarles en el delirio y el furor.

Asimismo, no es solamente en las épocas que acabamos de recordar, cuando se ha visto el fanatismo o el celo ciego, presentando como la obra y el triunfo de la Divinidad una muerte precipitada, en la que un juez, exento de prevenciones, habría buscado la causa en una fechoría que debía castigar. Las crónicas de los hebreos hacen mención de más de un óbito milagroso que, en cualquiera otra historia, se atribuiría al veneno. Si, en nuestros días, un pro-

(1) SOZOMEN, *Historia de la Iglesia*, libro II, capítulo 1.
(2) SOZOMEN, *Historia de la Iglesia*, libro VI, capítulo 2.

feta, presentándose ante un rey, como Elías ante Joram, le anunciase, en castigo a su impiedad, un fin próximo con los síntomas de la enfermedad que pondría un término a sus días; si la predicción se realizase con los síntomas anunciados; si los síntomas diferían solamente por la duración de su desarrollo de los que acompañaron la muerte repentina de Ario, y eran tales como los que debe producir en las entrañas, la acción de un veneno lento, pero seguro; ¿quién no acusaría al nuevo profeta de haber cooperado a la ejecución de su amenaza?

Comprendo cuán grave es una sospecha de envenenamiento, y reconozco que la profecía de Elías es susceptible de una explicación menos radical. Pero es lo cierto, que desde los tiempos de Moisés, los venenos y sus diversos grados de eficacia eran conocidos por los hebreos, ya que su legislador les prohibió, bajo pena de muerte, conservar en su poder veneno alguno (1).

Hay que recordar, por otra parte, el *agua muy amarga* que mezclada con una pulgarada de polvo del pavimento del templo, hacía tragar el sacerdote hebreo a la mujer sospechosa de adulterio respecto a su marido (2). Aquella agua daba la muerte a la esposa criminal y no hacía ningún daño a la esposa irreprochable. ¿No es probable que la excesiva amargura sirviera para disimular, en caso necesario, la presencia de un ingrediente más eficaz que el polvo, y que el resultado de la prueba estuviese determinado por adelantado como consecuencia del juicio que los sacerdotes hubieran fallado en secreto contra la acusada?

En todos los pueblos, como entre los hijos de Israel, los sacerdotes han ejercido una influencia igualmente infalible y misteriosa, al someter el juicio de los crímenes a la prueba de brebajes preparados por sus manos sagradas; breba-

(1) FL. JOSEFO, *Antiq. jud.*, libro IV, capítulo 8.
(2) *Números*, capítulo V, versículos 12-31.

jes mortíferos o inofensivos, según les conviniera perder a un acusado o salvarle.

La ley hindúe, la más antigua de todas, es la única que se atreve a articular francamente y por dos veces la palabra *veneno*. El acusado sometido a tal dilema, ruega al veneno que va a beber, que se cambie para él, si es inocente, en deliciosa bebida (1). Fórmula notable que se dirige al agente físico como a un ser dotado de un conocimiento y de un poder sobrenaturales, como a un genio o a un dios...

A veces se limita la prueba a tragar agua en la que el sacerdote ha bañado la imagen de una divinidad (2); y, menos temible en apariencia, también es decisiva en realidad.

En el Japón, el acusado debía tragar, en una copa de agua, un trozo de papel cargado de caracteres y de figuras mágicas trazados por los sacerdotes; y esa bebida le atormenta cruelmente, hasta que ha confesado su crimen (3).

Guiados probablemente por una tradición antigua, más bien que por conocimientos que les sean propios, practican los africanos análogas pruebas.

Los negros de Issyny no osan beber el agua en que se haya metido al *fetiche*, cuando no es verdad lo que afirman (4). Para que el agua consagrada inspire un miedo tan profundo, ¿no es preciso que varios ejemplos hayan probado su mortífera eficacia?

Los iniciados del *Para-belli*, sociedad religiosa muy potente en el interior del Africa septentrional, preparan, para los negros *Quojas*, un agua de prueba que se echa en las

(1) *Investigaciones asiáticas*, tomo I, páginas 473-486.
(2) DUBOIS, *Usos y costumbres de los pueblos de la India*, tomo II, páginas 546-554; entre las diversas *Ordalías* empleadas por los indios, tales como las del fuego, de la balanza, del agua helada, del agua hirviente, de la serpiente, del veneno, etc., no hay ni una cuyo resultado no dependa de la voluntad de los sacerdotes.
(3) KAEMPFER, *Historia del Japón*, libro III, capítulo 5, página 51.
(4) GODEFROY LOYER, *Viaje al reino de Issyny*, página 212.

piernas, los brazos y la mano del acusado: si el agua le quema, es culpable; si no, inocente (1). La comparación misteriosa del agua, el cuidado que se tiene en lavar por adelantado los miembros que han de ser expuestos a su acción, ¿no es ello bastante para explicar el milagro?

Entre los *quojas* y en un gran número de otras tribus africanas, se hace beber a una persona sospechosa de envenenamiento un licor muy ácido, que se prepara rayando en agua la corteza interior del árbol *quony*, de la que se ha exprimido el jugo con antelación. El acusado que sobrevive a la prueba es inocente; el que muere es culpable. El cuidado con que previamente haya sido exprimida la corteza, puede creerse que decide la suerte del acusado. En otras regiones, el acusado debe tomar también un licor preparado por la mano de los sacerdotes; es condenado, en Monomotapa, si la vomita, y en el reino de Loango, si la deja caer, o si el brebaje no produce sobre él un efecto diurético (2).

Unos pueblos mucho más avanzados en la civilización han admitido pruebas en las cuales se pedía a la Divinidad que hiciese un milagro para manifestar la verdad. En Roma, en los tiempos de Cicerón y de Horacio, un patricio que sospechase que sus esclavos le robaran, llevábalos ante un sacerdote. Este hacía comer a cada uno de ellos un pastel sobre el que había pronunciado mágicas palabras (*carmine infectum*): aquel medio hacía conocer indudablemente al autor del latrocinio. Cerca de Tyana, un manantial inagotable de *agua muy fría*, pero siempre hirviente (de agua fuertemente gaseosa), servía para probar la verdad de los juramentos; el hombre sincero la bebía impunemente; el hombre culpable de un falso juramento, si osaba beberla, veía cubrirse su cuerpo de pústulas y de abscesos; privado

(1) O. DAPPER, *Descripción de Africa*, páginas 269 y 270.
(2) O. DAPPER, *Descripción del Africa*, página 263.

de sus fuerzas, no podía alejarse hasta no haber confesado su perjurio (1).

El cristianismo no ha rechazado esta clase de milagros. La fuente de *Wieres* aun es célebre en Picardía. La infiel esposa de san Gengulfo se atrevió a meter el brazo en ella, haciendo juramento de que su conducta era irreprochable; al punto quedósele el brazo consumido... La fuente es hoy día menos maléfica; todas las mujeres lavan allí sus manos sin peligro alguno (2). Pero se puede creer que la prueba no haya sido siempre inofensiva; y que el terror que inspiraba, habrá impedido afrontarla más de una vez. Y esto es lo que ha debido suceder con otras muchas pruebas; las colecciones de anécdotas están llenas de historias de culpables a los que el temor a un milagro ha obligado a descubrirse. Reproducimos ahora el razonamiento que ya habíamos hecho: el miedo no puede subsistir más que si en experiencias anteriores se ha probado que ha sido fundado algunas veces, y que el milagro prometido no sobrepasaba las fuerzas del taumaturgo.

La muerte no ha sido la única venganza que haya predicho y ejecutado el intérprete de un dios irritado. Volviendo contra sus enemigos, con más destreza y menos peligro, los arcanos con que le había armado la ciencia secreta, reservábase con frecuencia la facultad de producir un segundo milagro en favor del arrepentimiento. A su voz, la ceguera cerraba los ojos a los culpables; una asquerosa lepra se extendía por todo su cuerpo; hasta que conmovido por sus desoladas plegarias, devolvía el cielo la salud a los que el terror había vuelto ya a la fe y a la obediencia.

Una luz de extremada vivacidad, la de los *fuegos de Bengala*, por ejemplo, puede causar un deslumbramiento

(1) Filostrato, *Vida de Apolonio*, libro I, capítulo 4.
(2) Fuente situada cerca de *Samer*, en el departamento del Pas-de-Calais. — *Memorias de la Academia céltica*, tomo IV, páginas 109 y 116.

tal que la facultad de ver quede algún tiempo suspendida. En la conquista de Mileto, por Alejandro, entraron unos soldados en el templo de Ceres para saquearlo; una llama vivísima salió del santuario y quedaron los ojos de los salteadores deslumbrados y sin vista... (1). Pero el efecto de semejante medio de venganza dura demasiado poco y su buen éxito exige el concurso de demasiadas circunstancias favorables, para que se pueda haber puesto en práctica a menudo.

Cerca del río Achelous crecía la planta *myope* (2); no se podía frotar con ella el rostro, sin perder la vista. Las hojas del estramonio gozan de una propiedad poco diferente: un muchacho que, por imprudencia, hizo caer en su ojo una gota de zumo de estramonio, quedóse durante varias horas enteramente privado del uso de aquel ojo (3). Hoy se sabe que el extracto de belladona disuelto en agua, paraliza por algún tiempo el órgano de la vista. Escoger el momento propicio para hacer obrar la substancia venenosa y producir el milagro, no es más que cuestión de destreza. Y mezclando así los talentos del *ilusionista* a la ciencia del taumaturgo, no presentan nada de inverosímil las historias de hombres víctimas fulminantes de una ceguera de la que son al punto milagrosamente liberados.

María, hermana de Moisés, se atrevió a alzar la voz contra él: su faz cubrióse al punto de lepra, y, a pesar del perdón de su hermano, llevó durante seis días enteros la señal indeleble de la cólera del Señor (4). ¿No bastaría ese tiempo para una curación natural? Puede sospecharse además cualquier connivencia entre ambos hermanos; no se supondrá nada semejante en la desgracia que obligó a Osías

(1) Lactancio, *Divin institutione*, libro II, capítulo 7.
(2) Plutarco, *Nombres de ríos y montañas*, § XXII.
(3) *Números*, capítulo XII, versículos 10 a 15.
(4) *Biblioteca Universal, Ciencias*, tomo IV, página 221.

a descender del trono de David y que, por la pena de su frascaso y la angustia de su soledad, le condujo al sepulcro.

Desafiando las advertencias del gran sacerdote Azarías, quiso el rey de Judá invadir las funciones sacerdotales. En el instante mismo en que forzó la entrada del santuario, dirigiendo la mano al incensario, tembló la tierra, entreabrióse la techumbre del templo, un brillante rayo de luz iluminó la faz del temerario Osías y apareció la lepra sobre su frente. Marcado con el sello de la maldición, fué expulsado del templo, excluído del trono, relegado a un triste encierro, y privado, después de su muerte, de la sepultura de sus antepasados (1).

Osías estaba ya demasiado emocionado y preocupado por el movimiento del suelo: un vivo rayo de luz, fácil resultado de un aparato dispuesto en la obscuridad del santuario, deslumbró sus ojos con suficiente fuerza para que no advirtiese la mano que le lanzaba al rostro una substancia cáustica... ¿Cuál era aquel veneno? En nuestros templados climas, el solo contacto del *rhus toxicodendron* hace nacer en la piel una erupción erisipelatosa que no deja de ser peligrosa. En los confines de Africa, donde abundan las auforbias y los vegetales llenos de un jugo cáustico, el medio de hacer el milagro era aún más fácil de encontrar. Hablando de uno de esos vegetales, dice Bruce: «Quedáron»seme los dedos despellejados por haber tocado el zumo »de sus verdes ramas, igual que si los hubiera metido en »agua hirviendo» (2).

La única previsión que proporciona la ciencia a sus adeptos, les dictará milagrosas predicciones. Para rechazar la acusación de veneno, que parece motivar la circunstanciada predicción de la muerte de Joram, basta admitir que Elías haya conocido con antelación la enfermedad de que estaba

(1) FL. JOSEFO, *Antic. judaic.*, libro IX, capítulo 11.
(2) *El koll-gall...*, BRUCE, *Viaje a las fuentes del Nilo*, tomo IX, pág. 98.

el rey atacado; que la haya juzgado incurable, y que se haya creído con derecho a anunciar su desenlace como el efecto de un juicio de Dios. Las ideas entonces admitidas le autorizaban a ello: pero hoy esa interpretación no bastaría quizá para salvar al médico que se arriesgase a dar en la corte una prueba tan audaz de la certidumbre de sus pronósticos.

Las enfermedades endémicas que diezman una comarca, un ejército o una ciudad, toman a veces tal carácter de malignidad, que la ignorancia las cree, y la política puede fingir creerlas contagiosas como la peste. En tiempos pasados, tan pronto estallaban, los desolados pueblos recurrían a los oráculos; y los oráculos siempre querían que se reconociese en ellas la venganza de los dioses justamente irritados contra sus adoradores. Una vez extendida esta creencia, el sacerdote amenazaba con la invasión de la plaga a las comarcas rebeldes a sus órdenes; más de una vez, hasta anunció su aparición para una época fija y no fué falsa su predicción. Y es porque en efecto, le era fácil basarla sobre unas probabilidades equivalentes a la certeza: bastaba con haber observado con anticipación el retorno de unas circunstancias propias para reproducir aquellas dolencias. Esa ciencia fué la que valió a Abaris en la antigua Grecia la reputación de pofeta (1). Las mismas observaciones servirían hoy de base a predicciones semejantes; salvo que el hombre de bien se limitaría a indicar las precauciones que habría que tomar para conjurar el mal y se afligiría si, al descuidarlas, se le proporcionase el triunfo de pasar por un profeta verídico (2). Pero substituid ese observador filosófi-

(1) JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras*, libro I, capítulo 28.
(2) En 1820, el puerto de Roquemaure (Distrito de Uzés, departamento del Gard), se hallaba rodeado de aguas estancadas, en unos puntos en que el Ródano se había desviado de su curso. M. Cadet, de Metz, anunció desde el mes de marzo, que el país sería ciertamente asolado por una fiebre endémica si, antes del verano, no se volvía el río a su antiguo

co por un taumaturgo: la coincidencia de la profecía y del desastre, ¿no hubiese llenado hoy todavía de religioso y profundo terror a innumerables seres ignorantes y crédulos?

lecho. Los trabajos no se pudieron ejecutar hasta el otoño, y al llegar el estío se vió Roquemaure despoblado por unas fiebres mortíferas. (*Carta de M. Cadet de Metz, al ministro del Interior,* fechada en 23 de marzo de 1820..)

CAPITULO XXII

Esterilidad de la tierra. La creencia en los medios que tenían los taumaturgos para producirla, nació sobre todo del lenguaje de los emblemas. Esterilidad naturalmente producida. Cultivos que se perjudican unos a otros; substancias que dañan a la vegetación. Atmósfera que se hace pestilente. Pólvora hedionda *y nitrato de arsénico, empleados como armas ofensivas. Temblores de tierra y hundimientos previstos y predichos.*

Las amenazas de la cólera celeste no se detienen en individuos aislados: no se limitan a pasajeras enfermedades: hacen temer a los pueblos que la tierra no les niega su concurso; que, en el aire, no respira el hombre la muerte; que la tierra no tiembla ni se abre bajo su paso; o que los peñascos salidos de su base no ruedan hasta él para aplastarle.

Secundada por la reflexión, iluminada por el razonamiento, la costumbre de la observación da al hombre unas plausibles nociones sobre el buen logro de los diversos cultivos à que se dedica. Comprando por adelantado la cosecha de los olivares, cuya fecundidad había adivinado, probó Thales a los milesianos que el sabio tiene tanto mayor mérito en su desinterés, cuanto que sólo en él consiste, con frecuencia, alcanzar por la ciencia la riqueza (1). Pero

(1) Diógenes Laercio, Thales.

si el taumaturgo puede prever así una recolección abundante, predecirá del mismo modo las que lo sean menos. Llegará a predecir una verdadera escasez, podrá amenazar con ella a los pueblos, y, cuando el suceso haya justificado su profecía, pasará más fácilmente por el agente que por el intérprete del Dios que ha castigado con aquella plaga a los culpables mortales.

¡Qué lejos estamos, sin embargo, desde este punto a la esterilidad absoluta a que antes se podían condenar las plantas, los árboles, la tierra misma, por las imprecaciones de un hombre sagrado, o por los maleficios de un pérfido mago! Esta observación no se le habrá escapado al lector juicioso, ya que, según el principio que constantemente he sustentado, algunos hechos positivos han debido hacer nacer la opinión, muy exagerada después, de la posibilidad de ese terrible medio de venganza. En las elocuentes amenazas que Esquilo dirige a las euménides; en las amenazas todavía más atroces que el dios de Moisés fulmina sobre los hebreos, en vano se querría no ver más que las expresiones del entusiasmo poético y las hipérboles que lleva en sí el estilo oriental. Se recordarían en vano la inclinación que siempre han tenido los hombres a referir al odio de los dioses las plagas cuya causa y remedio les oculta a la vez la naturaleza; en vano se intentaría explicar alegóricamente el milagro de la higuera que en el espacio de una noche deseó la maldición hasta sus raíces; el edificio que se ha pretendido levantar oscila, si la creencia en milagros tan importantes no tiene otro origen que varias predicciones transitorias y los sueños de una imaginación aterrada.

Recordemos en primer lugar la influencia del lenguaje de los emblemas y cómo ha podido inducir su energía a error a los escritores antiguos, cuando narraban amenazas semejantes a las que luego se vieron cumplirse en distintas regiones. Muchas veces, al condenar una ciudad conquista-

da a una eterna desolación, se ha sembrado sal sobre sus ruinas y, a pesar de la experiencia de lo contrario, se ha atribuído a la sal durante mucho tiempo la propiedad de hacer la tierra infecunda. Volvamos los ojos hacia los climas en que se ve la sal, en inmensos desiertos, florecer por doquier en la superficie de la tierra: aquello era antes una privilegiada comarca que recibía del sol productivas influencias; la invadió el enemigo; dispersó a los habitantes, cegó los pozos, torció los cursos de las aguas, destruyó los árboles e incendió la vegetación; el *oasis* que quedase pronto se confundiría con el desierto que le rodeaba. Bajo un cielo de fuego, el arrasado suelo se cubriría aquí y allá de esa eflorescencia salina, presagio de la esterilidad futura. El emblema de la sal sembrada, era por lo tanto el más expresivo en los países en que se conocía dicho fenómeno: proclamaba la voluntad del destructor, mejor que un edicto, mejor que el sonido de las trompetas y que la voz de los heraldos; anunciaba que la región se quedaría deshabitada, sin cultivo posible, entregada a una eterna esterilidad; y la amenaza no era vana, ni aun donde el clima y el tiempo no se apresuraban a acabar la obra de la violencia.

Lo que es el conquistador para el pueblo débil, lo es el hombre malvado para el hombre sin defensa. La ley romana castigaba con la pena capital lo que nos parecería un ligero delito, el acto de *poner piedras* en la heredad ajena. Pero en el país en que se aplicaba la ley, en Arabia, el *escopelismo*, que era el nombre de tal crimen (1), equivalía a la amenaza de hacer perecer de muerte violenta al que se atreviera a cultivar la heredad así insultada. Y como ese lenguaje mudo era comprendido; como el campo se quedaba desde entonces inculto y estéril, probábase así la gravedad de la pena dictada contra la amenaza emblemática.

(1) *Digesto*, libro XLVII, título XI, § 9.

Transportad, sin más explicaciones, la indicación de este hecho a un orden de cosas diferente: el emblema del *escopelismo*, como el de la sal, pronto será tomado por un agente físico capaz de entregar la tierra a una esterilidad incurable.

La esterilidad reconoce causas naturales. Saben los agricultores que toda planta vivaz de raíces hondas y perpendiculares, tal como la alfalfa, sembrada al pie de árboles jóvenes y delicados, perjudica su crecimiento, y acaba a veces por hacer que se seque. Los taumaturgos habían podido recoger diversas observaciones análogas a esa, y estaban desde entonces en plan de predecir la esterilidad de los árboles o de los cereales, cuando la imprudencia del cultivador daba perjudiciales vecinos a los vegetales útiles. Podían predecir muchas veces sobre seguro. Una parábola del Evangelio, la de la cizaña sembrada de noche, entre el trigo, por un enemigo del propietario (1), hace alusión evidentemente a un delito conocido y hasta común. La policía y sobre todo la policía rural, no existía en la mayoría de los países antiguos; cada cual era el único guardián de su hacienda; luego era mucho más fácil que lo sería hoy, perjudicar con una simiente pérfida un cultivo ya preparado, aprovechándose para ello de la antipatía existente entre diversos vegetales; o limitando la enemistad a malograr el buen grano bajo exceso de una inútil vegetación.

De las confesiones judiciarias de gran número de presuntos brujos, resulta que, entre las invenciones que se enseñaban en el *Aquelarre*, contábase la composición de polvos propios para dañar todo género de cosechas, para desecar las plantas y hacer abortar los frutos (2). Todo lo que aquellos desgraciados contaban de sus ocupaciones en tan fantásticas ceremonias, lo hemos considerado como sue-

(1) *El evangelio según San Mateo*, capítulo XIII, versículo 24-28.
(2) LLORENTE, *Historia de la Inquisición*, tomo III, páginas 440-47.

ños; pero como unos sueños fundados en el recuerdo de prácticas antiguas. A la tradición de la posibilidad del milagro, uníase la idea de que todavía se podría hacer.

Un libro chino, de no dudosa antigüedad (1), señala el crimen de hacer que un árbol se seque regándole secretaemnte con un agua envenenada. Según antiguas tradiciones, los *telchinos*, envidiosos de la fertilidad de los campos de sus vecinos, esparcieron por ellos un *agua estigia*, para destruir su fecundidad. Teofrasto, citado por san Clemente de Alejandría, aseguraba que si se entierran vainas de haba entre las raíces de un árbol recientemente plantado, ese árbol se secará (2). Para obtener, hasta en gran escala, un resultado parecido, prescribía Demócrito que se echase, en las raíces de los árboles, zumo de cicuta en el que se hubieran macerado flores de altramuz (3). Ignoro si en la práctica se han confirmado jamás tales asertos, ¿pero no indican que se cubría con un velo más o menos raro un secreto bastante eficaz, y que los antiguos no ignoraban la existencia de un procedimiento propio para destruir los árboles y las plantas que nacen en la superficie de la tierra? Recientes experimentos han probado que, para conseguirlo, bastaría esparcir por el suelo una combinación de azufre y cal en proporción de una quinta parte; combinación que se encuentra formada en la composición de las lejías donde se emplea jabón verde, y en los residuos que deja la fabricación artificial de la sosa. ¿No está bastante comprobado, por una diaria observación, que las aguas derivadas de las minas de hulla y de todos los metales, en explotación, alteran y acaban por destruir la vegetación de todas las tierras que riegan? ¿Y no es natural asimilar a éstas aquella *agua estigia*, de que fueron acusados de haber hecho un uso cul-

(1) *El Libro de las recompensas y los castigos*, página 346.
(2) *Clemente de Alejandría*, STROMAT, libro III.
(3) PLINIO, *Historia natural*, libro XVIII, capítulo 6.

pable, los *telchinos*, célebres en el arte de extraer de las minas y trabajar el hierro y el bronce? Pero importa poco, como hemos hecho notar más de una vez, que aquellas propiedades maléficas hayan sido conocidas en épocas pasadas, o halladas por los instructores de los modernos brujos: basta con la *posibilidad*, que es constante, y con la creencia sustentada por los antiguos, y comprobada por las afirmaciones de Teofrasto y de Demócrito, de que un procedimiento natural bastaba para realizar esa posibilidad.

Apliquemos el mismo razonamiento al arte horrible de hacer pestilente el aire. Se han atribuído sin duda al principio, unos fenómenos naturales a la venganza de los dioses. En el reinado de Marco-Aurelio, fué entregado al saqueo un templo de Seleucis. Los soldados descubrieron en él una estrecha abertura y penetraron por ella; hundieron una puerta cuidadosamente cerrada por los sacerdotes caldeos... y al abrirse dejó salir una espesa nube de letífero vapor, cuyos efectos desastrosos se extendieron hasta muy lejos (1). Era, según creo, un gas semejante al que se escapa a veces de las minas, y de los pozos profundos y abandonados. De dos simas, una cercana a las orillas del Tigris, y otra situada al lado de Hierápolis, en Frigia, salía asimismo un vapor mortal para todos los animales que lo respiraban.

Siguiendo una tendencia que hemos señalado ya, trató el arte de imitar los medios de destrucción que producía la Naturaleza. Lo consiguió, puesto que en diversas épocas se encuentran huellas ciertas de su empleo como arma ofensiva. En 1804, el Gobierno francés acusó a los marinos ingleses de haber intentado envenenar la atmósfera de las costas de Bretaña y Normandía, lanzando a ellas cucuruchos de inflamado arsénico. Varios de esos cucuruchos se

(1) Julio Capitolio, *Ælio Vero*.

apagaron, recogiéronlos, y el examen químico no dejó duda alguna sobre la composición de que estaban cargados (1). Nuestros enemigos no habían hecho más que renovar y perfeccionar un invento que ha seguido de cerca en Europa, a la invención del cañón. Llenábanse con una pólvora preparada para ello, varias bombas y granadas; y aquellos proyectiles, al reventar, expandían a lo lejos un olor de tal modo infecto que hería de muerte a cualquiera que tuviese la desgracia de respirarlo. Paw, que ha encontrado en una pirotecnia italiana la composición de aquella *pólvora hedionda*, recuerda un ensayo análogo, hecho según se dice, en Londres, con un funesto resultado (2). Mucho tiempo antes, los *soanes*, si hemos de creer a Estrabón, no contentos con herir a sus enemigos con armas envenenadas, sofocaban con pestíferos vapores a los guerreros que no habían podido alcanzar (3). Es evidente que el olor mortífero no se desarrollaba más que entre las filas enemigas; pues si no hubiese hecho morir primero al hombre encargado de las armas que lo contenían. Hay que distinguir éstas por lo tanto, de las flechas envenenadas, y suponer que estuviesen llenas de una composición análoga a la pólvora pestilente; composición que pondría en acción la ruptura del recipiente que la contuviese, o el contacto del fuego. Cualquiera que fuese el grado de eficacia de aquel secreto, ha debido existir igualmente entre los pueblos más instruídos, ya que lo han conocido los bárbaros del Cáucaso; y ha debido, sobre todo, ser cultivado por los taumaturgos, y llegar a ser el principio de la creencia en los *milagros que ponen el aire pestilencial*.

(1) Ved los periódicos de 1804.
(2) Paw, *Tratado de las flechas envenenadas* (inserto en el tomo XII, de la traducción de la *Historia natural* de Plinio), páginas 460-470. — Paw pone en duda la eficacia de la pólvora pestilente; creemos también que no sería muy eficaz puesto que su uso se abandonó prontamente.
(3) Estrabón, libro XI.

Si la perversidad del hombre puede dañar a la fertilidad del suelo y a la salubridad del aire, no le es ya tan fácil hundir la tierra ni hacer andar a las montañas hasta hacerlas caer sobre los pueblos consagrados por su odio a la destrucción. Pero si unas señales que escapan al vulgo poco atento, le advierten con antelación cualquier gran convulsión de la Naturaleza; si se atreve a predecirla, bien para invitar a sus semejantes a prevenir sus funestas consecuencias, o bien para inducirlos a ver en ello un efecto de la venganza de los dioses, ¡qué gloria y qué poder será su premio, cuando los acontecimientos hayan confirmado su profecía!

Jámblico atribuye esa maravillosa sagacidad a Pitágoras, a Abaris, a Epiménides y a Empedocles (1). En otra época mucho más cercana, en el siglo XIII de nuestra Era, queriendo un fraile determinar al emperador Andrónico para que llamase al patriarca Atanasio, le amenazó con diversas plagas, entre ellas, con un terremoto, y no pasaron tres días sin que se sintieran en Constantinopla varias sacudidas, en verdad poco peligrosas.

¿Hay que rechazar esta narración y la aserción de Jámblico? Y si recordamos que Ferécides, primer maestro de Pitágoras, al probar o solamente al mirar el agua sacada de un pozo, anunció a los habitantes de Samos un próximo temblor de tierra, ¿hemos de responder, con Cicerón, que tal cosa es imposible (2). Ferécides podía conocer la conexión que existe entre las fermentaciones volcánicas y los temblores de tierra. El aspecto de un agua, ordinariamente pura y clara, y que se pone de pronto turbia y sulfurosa, bastaba desde luego para hacerle prever el fenómeno que

(1) JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras*, libro I, capítulo 28.
(2) DIÓGENES LAERCIO, *Ferécides*. — PLINIO, *Historia natural*, libro II, capítulo 79. — CICERÓN, *De divinatione*, libro I, capítulo 50. — JÁMBLICO en su *Vida de Pitágoras*, libro I, capítulo 28, atribuye esa predicción a Pitágoras.

no predijo en vano. En 1695, se vió con sorpresa en Bolonia (Italia), cómo se enturbiaban las aguas, la víspera de un temblor de tierra (1). Esta observación no es única; las aguas de varios pozos se enturbiaron igualmente pocos días antes del terremoto que se sintió en Sicilia, en el mes de febrero de 1818 (2). Los síntomas del desastre pueden aparecer mucho más pronto. Un volcán entró en erupción en la cima del monte Galoungoun, de la isla de Java, el día 8 de octubre de 1822. Durante el mes de julio precedente, viéronse enturbiar las aguas del Tji-Kounir, río que empieza su curso en la misma montaña; tenían un gusto amargo y exhalaban sulfuroso olor; en las piernas de los viajeros que atravesaban el río, vadeándole, se adhería una espuma blancuzca (3). Fundada en observaciones del mismo género, la predicción de Ferécides era la de un sabio, y no la de un impostor.

Del trozo citado de Jámblico, se puede deducir que el arte de prever los temblores de tierra fué común a los primeros jefes de la escuela pitagórica. Debió formar parte de la ciencia secreta entre los antiguos. Pausanias, que cree tales fenómenos efecto de la cólera de los dioses, enumera sin embargo, las señales que los preceden y anuncian (4). A la indicación de los mismos indicios, entre cuyo número no omite contar la fetidez y el cambio de color del agua de los pozos, agrega Plinio la búsqueda de los medios propios para prevenir el retorno de la plaga; y emite la plausible opinión de que se conseguiría a veces, cavando pozos muy profundos en las comarcas donde se hace sentir (5).

(1) BUFFON, *Historia natural*. — *Pruebas de la teoría de la tierra*, artículo XI.
(2) AGATINO LONGO, *Memoria histórica y física sobre el temblor de tierra*. *Biblioteca italiana*, septiembre 1818. — *Biblioteca universal*, *Ciencias*, tomo IX, página 268.
(3) *Boletín de la Sociedad de Geografía*, tomo XII, página 204.
(4) PAUSANIAS, *Achaïc*, capítulo XXIV.
(5) PLINIO, *Historia natural*, libro II, capítulos 81 y 82.

Supongamos que en la isla de Haití, se establece una colonia extranjera. Bajo el cielo más hermoso, en medio de los presentes de una naturaleza fecunda o más bien pródiga, un ruido subterráneo viene a alarmar todos los espíritus. El jefe que ha llevado a los colonos hasta aquellos parajes, los reune; les anuncia que los dioses, irritados por su poca sumisión a sus órdenes, van a romper la tierra, desde el fondo de los valles, hasta la cima de los montes. Se ríen de una predicción que desmiente la calma universal; se entregan a la indolencia, al placer, al sueño...; pero, de pronto, se cumple la amenaza en todo su horror. La población consternada cae de rodillas; triunfa el jefe. ¡Cuántas veces se renovará el fenómeno, antes que la experiencia enseñe lo que sabe hoy el más ignorante de los negros, que ese ruido conocido bajo el nombre de *voz de la vorágine*, es el presagio tan natural como cierto de un próximo temblor de tierra, y no la voz de un dios irritado, el anuncio de su inevitable venganza!

También es un ruido subterráneo de un género particular, lo que ha anunciado a un observador peruano el terremoto que desoló Lima en 1828, permitiéndole predecirlo con cuatro meses de anticipación (1).

Cuarenta y cinco años antes, una predicción parecida probó la perspicacia de un sabio francés. En 1782, M. Cadet, de Metz, observó en toda la meseta que sirve de base a la Calabria citerior, unos vapores sulfurosos muy espesos. De lo cual dedujo que la comarca estaba amenazada de un temblor de tierra, y predijo públicamente el desastre, que tuvo lugar a principios del 1783.

Hacia el mismo tiempo, se cavaba un camino subterráneo en la montaña de los Alpes llamada *Tenda*, para abrir

(1) El señor de Vidaurre. Este sabio renueva la opinión de Plinio, sobre la posibilidad de prevenir los temblores de tierra, cavando unos pozos muy profundos. Ved el *Monitor Universal* del 27 de agosto de 1828.

una comunicación directa entre el Piamonte y el condado de Niza; la naturaleza de la montaña hacía que el suelo fuese fácilmente penetrable a la filtración de las aguas. El mismo sabio anunció el hundimiento muy próximo del subterráneo y solicitó la suspensión de los trabajos: pero nadie se cuidó de atender sus consejos hasta que los acontecimientos probaron cuán fundados eran (1).

Anaximandro predijo a los lacedemonios una conmoción subterránea y la caída de la cima del Taigeto (2), advertido sin duda por unos indicios análogos sobre la naturaleza del suelo, al mismo tiempo que por la observación de los fenómenos precursores de un terremoto. Anaximandro y Ferécides, el observador peruano y Cadet, de Metz, no eran más que filósofos; si uno de ellos hubiese sido augur, hubiera sucedido la adoración por el taumaturgo a la sana estimación por el sabio.

(1) Cadet de Metz, *Historia natural de Córcega*, nota A., pág. 138-147.
(2) Plinio, *Historia natural*, libro II, capítulo 79. — Cicerón, *De adivinatione*, libro I, capítulo 50.

CAPITULO XXIII

Meteorología. Arte de prever la lluvia, las tempestades y la dirección de los vientos; este arte se transforma a los ojos del vulgo en una facultad de conceder o negar la lluvia y los vientos favorables. Ceremonias mágicas para conjurar la caída del granizo.

Difíciles de prever y seguidos de resultados más difíciles aún de reparar, los hundimientos de montañas, los temblores de tierra, las grandes convulsiones de la Naturaleza son felizmente bastante raros. No ocurre lo mismo con los fenómenos atmosféricos que renuevan el curso de las estaciones, de los meses y de los días; fenómenos cuya producción, repetición y variaciones prometen a la especie humana tantos goces o tantas privaciones, y cuyas leyes, impenetrables hasta ahora en su conjunto, se revelan parcialmente a la observación perseverante y reflexiva. El pequeño número de conocimientos adquiridos sobre ese punto constituye la meteorología; y esta ciencia, falta de principios generales y pobre en verdades particulares, no ha sido en todos los tiempos, una de las menos propias para obrar sobre la credulidad de los hombres (1). Se trata de la suerte de los trabajos del año, de la subsistencia del mañana, de la de hoy; estimulada por los sufrimientos del presente, o por la inquietud del porvenir, la curiosidad que despierta la

(1) BOUDÍN, *Tratado de geografía y de estadística medicales*, París, 1856.

espera de los fenómenos atmosféricos, se hace excusable en su importunidad y en su abandono, en la vivacidad de sus temores y en el exceso de su reconocimiento. Todas las amenazas serán entonces escuchadas con una sumisión religiosa; todos los pronósticos que invocan saludables precauciones contra grandes desastres, o que, en una apremiante necesidad, reaniman la esperanza pronta a extinguirse, serán acogidos como celestes inspiraciones.

Saúl ha probado, con una victoria, que no es indigno del trono: y, tras la consagración de Samuel, su elección ha sido confirmada por todas las tribus de Israel. Envidioso de su propia obra, y dolorosamente convencido de la necesidad de encerrarse en lo sucesivo en los límites del poder sacerdotal, reune Samuel a los hebreos; les reprocha su ingratitud; y, para probar la enormidad del crimen que han cometido al pedir un rey, cuando vivían tan santamente bajo el gobierno de Dios, les anuncia que, aun cuando ya no están en la estación de las tormentas, va a rogar al Señor, y el Señor hará retumbar sus truenos y verterá sobre las mieses que aquel mismo día debieran cortar, una lluvia abundante. Dios le escucha al instante; y todo el mundo implora la misericordia de Dios y la clemencia de su profeta (1).

Después de siete días de marcha por el desierto, el ejército de Joram y de Josafat estaba a punto de morir de sed, a orillas de un torrente desecado: «Cavad numerosos pozos »en el lecho del torrente, dijo el profeta Eliseo a los reyes »de Judá y de Israel; sin que hayáis sentido viento, sin que »hayáis visto caer la lluvia, muy pronto los llenará el agua»; y al día siguiente, al despuntar el alba, las lluvias que caían en el Idumeo superior, a tres jornadas de camino, habían llenado los pozos y el torrente (2).

(1) *Reyes*, libro I, capítulo 12, versículos 1-20.
(2) FL. JOSEFO, *Ant. Jud.*, libro IX, capítulo 1.

Una larga sequía trae la desolación a la tierra. Elías es enviado por el Señor a Achab, para anunciarle la lluvia, tan vivamente deseada, y que el profeta, no menos hábil que Samuel, había sabido prever sin duda antes de emprender aquel peligroso viaje. Por un milagro que pronto recordaremos, obtiene del rey, o más bien del pueblo, el poder de inmolar a la venganza de su Dios los profetas de Baal. Promete entonces afirmativamente el fenómeno, en el que confía para justificar su sangrienta decisión; e impaciente por ver cumplir a la Naturaleza su promesa, envía hasta siete veces a su servidor a observar la costa del mar, para que vea si en el horizonte libre de nubes, se presentan los indicios precursores de la lluvia. Muéstrase al fin la señal, y el cielo, obscurecido de repente, vierte torrentes de lluvia, antes que el imprudente que se ha fiado en la serenidad del día haya tenido tiempo de llegar al más próximo asilo (1).

La prueba de la ciencia meteorológica del profeta, se ensuentra menos, según creo, en el cumplimiento de su pronóstico, que en la confianza con que, sin otra defensa que aquel pronóstico, se atrevió a afrontar las iras de un rey que le miraba como su enemigo mortal, e irritarle además con la matanza de los sacerdotes de Baal.

La señal que esperaba Elías era la aparición de una nubecilla, semejante en forma y tamaño, *a la huella del pie de un hombre*. Bruce ha observado que los desbordamientos del Nilo van invariablemente acompañados de una lluvia que se anuncia por el mismo indicio, y cae de la manera que la que fué predicha por Elías (2).

«El cabo de Buena Esperanza es famoso por sus tempestades, y por la nube singular que las produce: esta »nube no parece al principio más que como una pequeña

(1) *Reyes*, libro III, capítulo 18, versículos 1, 2 y 41-45.
(2) BRUCE, *Viaje a las fuentes del Nilo*, tomo VI, páginas 658-659.

»mancha redonda en el cielo; y los marineros la llaman »*ojo de buey*... En la tierra de Natal, se forma también »una nubecilla parecida al *ojo de buey* del cabo de Buena »Esperanza, y de esta nube sale un viento terrible que pro»duce los mismos efectos... Cerca de las costas de Guinea, »las tormentas se anuncian y originan, como las del cabo »de Buena Esperanza, por unas nubecillas negras; el resto »del cielo está ordinariamente muy sereno, y la mar tran»quila» (1). ¿Podré desconfiar de la atención del lector, hasta el punto de hacerle observar qué predicciones maravillosas haría nacer el conocimiento de esos diversos síntomas entre unos hombres que no tuviesen la menor idea de ellos? ¿Podré preguntar si hay quien juzgue extraño que, en un tiempo sereno, Anaxágoras y Demócrito, en Grecia, e Hiparco, en Roma (2), los tres acostumbrados sin duda por la observación a juzgar el estado de la atmósfera, hayan predicho lluvias abundantes, que no tardaron en caer, justificando la perspicacia de los tres físicos?

Cuando la sequía se prolongaba demasiado en Arcadia, el sacerdote de Júpiter Lyceano dirigía plegarias y ofrecía un sacrificio a la fuente *Hagno*; y luego, con una rama de encina, tocaba la superficie del agua. De repente, se elevaba de ella un vapor, una niebla, una nube, que no tardaba en resolverse en abundante lluvia (3). El sacerdote no intentaría, sin duda, hacer el milagro antes que unas plausibles apariencias le prometiesen el éxito. De igual modo, en la moderna Europa, no se sacaban en procesión las imágenes de los santos, no se ordenaban solemnes rogativas, para

(1) BUFFON, *Historia natural. Pruebas de la teoría de la tierra*, artículo XV.
(2) DIÓGENES LAERCIO, *Anaxágoras*. — FILOSTRATO, *Vida de Apolonio de Tyana*, libro I, capítulo 2. — PLINIO, *Historia natural*, libro XVIII, capítulo 8.
(3) PAUSANIAS, *Arcadic*, capítulo 38.

traer la lluvia o el buen tiempo, hasta que se podía contar con el próximo retorno de una u otro.

Los diversos fenómenos atmosféricos ejercen una influencia tan grande sobre los trabajos de la agricultura, que al arte de prever unos se junta naturalmente la esperanza, la posibilidad de adivinar la suerte que han de correr los otros. Nada hay de improbable en un caso que se cuenta indistintamente de Demócrito y de Thales, quienes dícese que adivinaron por adelantado cuál sería el producto de los olivares de la región. Los filósofos no usaron sus conocimientos más que para demostrar a los detractores del estudio que la ciencia puede llevar a la riqueza. Si hubiesen pretendido probar que el cielo les revelaba sus secretos, habían sido escuchados con mayor admiración.

La ciencia, cultivada por los sectarios de la sabiduría o por los discípulos del sacerdocio, ha podido extender aún más su previsión; y a consecuencia de observaciones sobre la dirección habitual de los vientos y de las corrientes en ciertos lugares, permitir a un oráculo o a un sabio anunciar el resultado próspero o adverso de una navegación: así se ha podido predecir en nuestros días, con varios años de antelación, qué obstáculo opondría el movimiento que lleva a los hielos flotantes de Este a Oeste, a las tentativas de los navegantes para llegar al polo ártico, siempre que navegasen de Occidente a Oriente (1). Pero, a unos pueblos poco cultos y acostumbrados a no advertir las ciencias físicas más que bajo la envoltura de lo maravilloso, no les hubieran bastado esos anuncios circunspectos de una inteligente previsión; para satisfacer la impaciencia del deseo, era preciso transformar los pronósticos en seguridades positivas. De este modo, prometían los sacerdotes de Samotracia, a los que se hacían iniciar en sus misterios, vientos favorables y una navegación feliz. Si la promesa no se realizaba, era fácil disculpar a la Divinidad, alegando, ya las faltas cometidas por los iniciados, o bien la equivocación que habían sufrido al recibir en su navío a cualquier culpable o, lo que aun era mucho peor, a cualquier incrédulo.

(1) *Boletín de la Sociedad de Geografía*, tomo VI, página 220.

Las druidesas de la isla de Sena pretendían tener igualmente el don de irritar o apaciguar las olas y los vientos (1); y sin duda conservaban, por un artificio semejante, su reputación de infalibilidad.

Empedocles y Jámblico no hacían más que repetir el idioma de los templos, cuando uno se alababa de enseñar en sus versos el arte de encadenar o desencadenar los vientos, de excitar la tempestad y de devolver al cielo la serenidad; y cuando el otro, atribuía a Abaris y a Pitágoras un poder no menos ilimitado (2).

Semejantes promesas halagaban demasiado la credulidad para no ser admitidas en el sentido más liberal. Los vientos contrarios al retorno de Ulises fueron encerrados en un odre por Eolo y vueltos a poner en libertad por los imprudentes compañeros del héroe. Los lapones creen todavía que sus magos poseen el poder atribuído por Homero al dios de los vientos. No debemos apresurarnos a burlarnos de su ignorancia. ¡Ella, al menos, no les hace injustos ni crueles!

La creencia de que la filosofía daba a sus adeptos el poder de detener o desencadenar los vientos, subsistía en el siglo IV, entre los hombres que habían recibido las luces del cristianismo. Constantinopla, abrumada bajo una población inmensa, sufría gran escasez; los navíos cargados de trigo se detenían a la entrada del Estrecho; no podían franquearlo más que por el viento del Sur, y ese viento propi-

(1) POMPONIO MELA, libro III, capítulo 6.
(2) DIÓGENES LAERCIO, libro VII, capítulo 59. — JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras*, libro I, capítulo 28.

cio se hacía todavía esperar. Celosos del favor que gozaba el filósofo Sopater cerca de Constantino, acusáronle los cortesanos de haber *encadenado los vientos* y acarreado el hambre; y el débil emperador le envió al suplicio (1). Poco importa que los mismos acusadores creyesen en la verdad de su acusación, pues está claro que el príncipe y el pueblo miraban la cosa como posible, y como un hecho cuyos ejemplos ciertos conocíanse ya.

No se dudaba tampoco en los siglos VIII y IX. Carlomagno incluyó en el número de los magos que proscribió a los *tempestarii*, que son los que provocaban las tormentas, las tempestades y la caída del granizo (2).

Esa creencia supersticiosa, y los furores que puede suscitar, ¿han desaparecido en todas partes ante los progresos de la civilización?... Unas lluvias excesivas contrariaban los trabajos y destruían las esperanzas de los cultivadores. Dióse en la estupidez de atribuir su continuidad a los sortilegios de una mujer llegada al país para realizar el espectáculo, cien veces repetido, de una ascensión aerostática. Se propaló esta persuasión, y adquirió una fuerza tal, que la aeronauta tuvo que tomar precauciones para su seguridad, de lo contrario, se arriesgaba a ser inmolada por unos hombres tan ilustrados como el populacho que aplaudiera otrora el asesinato de Sopater. ¿Quiénes eran estos hombres? Unos aldeanos de las cercanías de Bruselas y unos habitantes de la misma ciudad. ¿Y la fecha de este suceso? El mes de agosto de 1828 (3). El mismo ejemplo se podrá renovar dentro de un siglo, o de tres; todo el tiempo que los que pretenden tener el derecho de instruir al pueblo, piensen que está en su interés dejarle creer en la magia y en los hechiceros.

(1) SOZOMEN, *Historia eclesiástica*, libro I, capítulo 5.
(2) *De auguriis et aliis maleficiis... Capitul*, libro I, cap. 83. París, 1588.
(3) *El Monitor Universal*, número del 23 de agosto de 1828.

Quien conceda al taumaturgo el poder de producir plagas, le atribuye, con mayor motivo, el de remediar las calamidades que crea la Naturaleza. Para afirmar una opinión tan favorable a su crédito, los depositarios de la ciencia sagrada revistieron más de una vez con una apariencia mágica las más sencillas operaciones. Al agricultor que pedía que sus árboles se cargasen de fruto en la estación, le prescribían que los rodease con haces de paja, la noche en que celebraba el politeísmo el nacimiento del *Sol invencible*, y la Iglesia cristiana solemnizaba el advenimiento del Salvador (1); noche en que el Sol, encadenado durante diez días por el solsticio de invierno, empieza a remontarse hacia el ecuador, y en la que se ve con frecuencia recrudecerse la frialdad con súbita intensidad... La experiencia ha probado que esta precaución puede preservar los árboles de los dañinos efectos de la helada.

Hoy se piden a la física preservativos contra la helada; antaño se los pedían a la magia.

Los habitantes de Cleona, en Argólida, creían reconocer en el aspecto del cielo la proximidad de la helada que amenazaba sus campos; y, al momento de notar esos indicios, esforzábanse por alejar el peligro, ofreciendo sacrificios a los dioses. Otros pueblos oponían *cantos sagrados* a la misma calamidad (2). Tales *cantos* no eran más que actos de piedad, lo mismo que el secreto enseñado por varios teólogos, para hacer cesar el granizo enviado con maleficios, y que consistía, sobre todo, en la señal de la cruz y en oraciones bastante prolongadas para que el granizo pudiera cesar en el intervalo (3).

Pero, en la antigua Grecia, unos hombres audaces pretendieron obtener, por encantamientos, lo que en otras par-

(1) FROMMANN, *Tratado de fascinación*, páginas 341 y 342.
(2) PLINIO, *Historia natural*, libro XXVIII, capítulo 2.
(3) WIERIUS, *De prestigiis daemon*, libro IV, capítulo 32.

tes no se podía más que a la clemencia del cielo. Pausanias afirma que hasta ha sido testigo del efecto positivo de sus operaciones mágicas (1). Hasta que una experiencia positiva haya probado la todavía muy problemática eficacia de los *paragranizos* (2), pensaremos que si los hombres que se alaban de un éxito de tal género lo han obtenido alguna vez al parecer, es porque no debía caer granizo, ya se recurriese o no a mágicas ceremonias para conjurar su caída.

Acercamos adrede las tentativas modernas a las opiniones antiguas. En el siglo VIII, se esperaba ahuyentar el granizo y las tormentas alzando largas perchas hacia las nubes. Este procedimiento recuerda el que se ha propuesto recientemente, y quiso acreditar hace unos cincuenta años el físico Berthollon. Pero como, en la extremidad de las perchas, se ponían papeles cargados sin duda de caracteres mágicos, esa costumbre se diputó manchada de sortilegio, y fué proscrita por Carlomagno.

¿No hacían los brujos de aquellos tiempos más que renovar las creencias y acaso las prácticas adoptadas en las anteriores edades? No nos atrevemos a afirmarlo. Pero lo que nos parece cierto, es que unos procedimientos conducentes al mismo fin, han sido prescritos muy antiguamente y expresados a la vez en jeroglíficos; y, cosa digna de notarse, han dado origen a un error que hemos señalado ya: seducido por los emblemas, ha creído el hombre ignorante — imitando bien o mal lo que aquéllos representaban —, obtener el efecto sujeto al éxito de una prescripción a la cual servían de disfraz. De esta manera nos explicamos dos ejemplos muy ridículos de *ceremonias toscanas* que, según Columela, empleaban los agricultores instruídos por la experiencia, para apaciguar los vientos furiosos y conjurar

(1) PAUSANIAS, *Corinthiac*, capítulo 34.
(2) En una Memoria, leída en la Academia de Ciencias, en 1826, se ha presentado como más que dudosa la eficacia de los paragranizos.

la tempestad (1). Gaffarel nos proporciona un tercer ejemplo en un secreto mágico, que se suponía propio para alejar el granizo (2). ¡Es el colmo del desvarío! Ved ahí hasta qué punto ha podido llegar la estupidez del hombre, cada vez que no se le han presentado más que los resultados de la ciencia, aislados de sus principios, y cada vez que se le han mostrado tales resultados, no como unas nociones adquiridas por la unión del razonamiento a la experiencia, sino como los efectos de un poder sobrenatural.

(1) COLUMELA, libro X, versículos 341-345.
(2) GAFFARELL, *Curiosidades inauditas*, capítulo VII, § 1.

CAPITULO XXIV

Arte de sacar el rayo de las nubes. Medallas y tradiciones que indican la existencia de dicho arte en la antigüedad. Oculto bajo el nombre de culto de JÚPITER ELICIO *y de* ZEUS CATAIBATÉS, *ha sido conocido de Numa y de otros personajes antiguos. Los imitadores del trueno se han valido de él; se remonta hasta Prometeo; explica el mito de Salmoneo; fué conocido por los hebreos: la construcción del templo de Jerusalén ofrece la prueba de ello. Zoroastro se sirvió de él para encender el fuego sagrado y hacer pruebas y maravillas en la iniciación de sus sectarios. Si los caldeos lo han poseído, se quedó perdido entre sus manos. Subsistían algunas huellas de él en la India, en tiempos de Ctesias. Análogos milagros a los que aquel arte producía, y que, sin embargo, merecen una explicación diferente.*

De todas las calamidades que alarman al hombre, sobre todo en lo que se refiere a la conservación de sus riquezas y a la defensa de su vida, la más aterradora, aun siendo quizá la menos destructiva, es el rayo. Las nubes incendiadas, el aire mugiente, la tierra estremecida, los relámpagos cuya vivacidad no puede soportar la vista, el trueno retumbando en prolongado tableteo, y de repente, un resplandor cegador, presagio cierto de la caída del fuego celeste, cuyo horrísono estampido repiten a lo lejos los ecos de las montañas... Todo este espectáculo ofrece un

conjunto tan propio para llenar de espanto, que su frecuente repetición no logrará que se familiarice con él la timidez de los pueblos: realizando todo lo que la imaginación poética y las amenazas sacerdotales han introducido, como más imponente, en los signos de la cólera divina, ese espectáculo, aun en su sentido más directo, siempre les presentará el cielo armado contra la tierra.

El tembloroso hombre suplicará a los dioses; suplicará a los privilegiados mortales a quienes los dioses se han dignado instruir, que alejen de encima de su cabeza aquel aparato de terror... Y el milagro que pide y que ha hecho el genio del siglo XVIII, ¿lo ha conocido alguna vez la antigüedad?

A primera vista, parece absurdo suponerlo: ¿no sabemos que los antiguos, en general estaban poco familiarizados con los menores fenómenos de la electricidad? El caballo que tenía Tiberio, en Rodas, soltaba chispas bajo la mano que le frotaba fuertemente; citábase otro caballo dotado de la misma facultad; el padre de Teodorico y otros varios hombres lo habían observado sobre su propio cuerpo (1); ¡y unos hechos tan sencillos se seguían incluyendo en la categoría de los prodigios! Hay que recordar, también, los prejuicios supersticiosos que antaño suscitaba el fuego de San Telmo, brillando sobre los mástiles de los navíos, y el lugar que ocupan, en la historia de los acontecimientos sobrenaturales, las apariciones de luces evidentemente eléctricas.

A esas pruebas de ignorancia, agreguemos las absurdas creencias en pretendidos preservativos del rayo. Tarchon, para ahuyentar las exhalaciones, circundaba su vivienda

(1) DAMASCIO, *Vida de Isidoro*, cod. 242. — JAMES, *Viaje por Alemania y Suecia... Nuevos anales de viaje*, tomo XXXV, página 13. «En invierno, en Estokolmo, es sensible la acumulación de la electricidad animal; »queda una gran cantidad que se descarga de una manera visible, cuando »uno se desnuda en una habitación caldeada.»

con viñas blancas (1). Y en esto existe, no obstante, una sospecha legítima. Tarchón, discípulo del misterioso *Tagés*, y fundador de la teurgia de los antiguos etruscos, ha podido alegar la eficacia de ese medio ridículo para ocultar mejor el verdadero secreto que preservaba del rayo su habitación y su templo. Una argucia semejante ha hecho atribuir quizá a los laureles que rodeaban el templo de Apolo, la virtud de ahuyentar el rayo; virtud considerada como real, a pesar de la evidencia contraria, probada en la antigüedad, y consagrada casi hasta nuestros días en nuestra lengua poética.

Del mismo modo, en las apariciones de aureolas luminosas que nos refieren las historias antiguas, no todo puede ser falso, no todo puede ser fortuito: produciríamos hoy nosotros aquellos brillantes fenómenos; ¿es prudente negar que en otros tiempos se hayan podido producir?

¿Podrán unirse a las razones de duda que proscriben una negación absoluta, esas otras razones que militan en favor de la afirmación? No argumentaremos basándonos en esas tradiciones extendidas por doquier sobre el arte de ahuyentar el rayo. No investigaremos el origen del precepto religioso que ordena a los estonianos cerrar puertas y ventanas cuando retumba el trueno, *por miedo a dejar entrar al espíritu malo, que Dios mismo persigue en* aquellos momentos (2); y, a pesar de todo, este precepto recuerda la creencia, tal vez fundada, de que una corriente de aire, y sobre todo de aire cargado de humedad, basta para atraer y dirigir la fulminante explosión. ¿Pero por qué manda otro precepto a aquellos pueblos colocar dos cuchillos sobre la ventana, a fin de alejar el rayo? ¿De

(1) COLUMELA, libro X, versículos 346 y 347. — En el Indostán, se atribuye a las plantas grasas la propiedad de ahuyentar el rayo; por lo que se ven plantas de esa especie sobre todas las casas.

(2) DEBRAY, *Sobre los prejuicios e ideas supersticiosas de los livonianos, letones y estonianos.* — Nuevos anales de viaje, tomo XVIII, página 123.

dónde ha nacido, en el distrito de Lesueven (1), la costumbre inmemorial de poner, cuando truena, un trozo de hierro en el nido de las gallinas que estén empollando? Observadas en un solo sitio, tienen poca importancia las prácticas de este género; pero repetidas a unas distancias notables, entre pueblos que no tienen comunicación entre sí, demuestran, al parecer, que la ciencia que las ha dictado, fué otrora poseída por unos hombres que llevaron la instrucción a esos diversos pueblos. «En el castillo de Dui»no (dice el P. Imperati, escritor del siglo XVII, citado por »Sigaud de la Fond), era una práctica muy antigua, en tiem»pos de tempestad, la de *sondear el rayo*. El centinela acer»caba el acero de su pica a una barra de hierro alzada »sobre una pared y, si al juntarlos, advertía alguna chis»pa, tocaba a alarma y avisaba a los pastores que se reti»rasen.» En el siglo XV, san Bernardino de Sena reprobaba como supersticiosa la precaución, usada en todo tiempo, de plantar una espada desnuda sobre el mástil de un navío, a fin de alejar la tempestad.

La Boëssiere, en una documentada Memoria, de la que saco estas últimas citas, y en donde discute *los conocimientos de los antiguos en el arte de evocar y absorber el rayo* (2), enumera varias medallas que parecen referirse a su tema. Una, descrita por Duchoul, representa el templo de Juno, diosa del aire; la techumbre que le cubre está armada de puntiagudas cañas. Otra, descrita y grabada por Pellerín, lleva como leyenda *Júpiter Elicio*; el dios aparece en ella con el rayo en la mano; debajo hay un hombre que dirige una birlocha; pero hemos de observar que la autenticidad de esta medalla es sospechosa. Por

(1) Departamento de Finisterre. — CAMBRAY, *Viaje por el departamento de Finisterre*, tomo II, páginas 16 y 17.

(2) *Noticia de los trabajos de la Academia del Gard*, de 1812 a 1821. Nimes, 1822, 1.ª parte, páginas 304-319.

último, otras medallas citadas por Duchoul en su obra *Sobre la religión de los romanos*, presentan el exergo: *XV viri Sacris faciundis*; y vese en ellas un pez erizado de espinas, puesto sobre un globo o sobre una pátera; piensa La Boëssiere que un pez o un globo, armado así de puntas o espinas, era el conductor empleado por Numa para extraer de las nubes el fuego eléctrico. Y haciendo coincidir la figura de ese globo con la de una cabeza cubierta de erizados cabellos, da una explicación ingeniosa y plausible del singular diálogo de Numa con Júpiter, diálogo referido por Valerio Antias, puesto en ridículo por Arnobio, sin que probablemente le comprenda uno ni otro (1).

La historia de los conocimientos físicos de Numa merece un examen particular.

En un tiempo en que la tormenta causaba continuos estragos, Numa, instruído por la ninfa Egeria, buscó el medio de *expiar el rayo* (*fulmen piare*); es decir, dejando el estilo figurado, el medio de hacer dicho meteoro menos dañino. Logró embriagar a *Faunus* y a *Picus*, cuyos nombres no designan probablemente en este caso más que a unos sacerdotes de esas divinidades etruscas; supo por ellos el secreto de hacer descender sobre la tierra, sin peligro, a Júpiter tonante, e inmediatamente lo puso en ejecución. Desde entonces se adoró en Roma a *Júpiter Elicio*, o sea al *Júpiter que se hace descender* (2).

En este caso, la envoltura del misterio es transparente: volver más inofensivo al rayo; hacerle descender, sin peligro, del seno de las nubes, son un efecto y un fin comunes al hermoso descubrimiento de Franklin, y a aquella experiencia religiosa que Numa repitió diversas veces con éxito. Tulio Hostilio fué menos afortunado. «Se afir»ma, dice Tito Livio, que este príncipe, al hojear las Me-

(1) Arnobio, libro V.
(2) Ovidio, *Fast.*, libro III, versículos 285-345. — Arnobio, libro V.

»morias dejadas por Numa, encontró en ellas ciertos datos »sobre los sacrificios secretos ofrecidos a Júpiter Elicio... »Intentó repetirlos; pero en los preparativos, o en la cele»bración, se apartó del rito sagrado... Víctima de la cólera »de Júpiter, evocado por una ceremonia defectuosa (*solli»citati prava religione*), fué herido por el rayo y consu»mido, lo mismo que su palacio» (1).

Un antiguo analista, citado por Plinio, se expresa de una manera aun más explícita, y justifica la libertad que me tomo de apartarme del sentido comúnmente dado a las frases de Tito Livio por sus traductores: «Guiado »por los libros de Numa, Tulio se propuso evocar a Júpi»ter con ayuda de las mismas ceremonias que empleaba »su predecesor. Habiéndose apartado del rito prescrito (*pa»rum rite*), pereció herido por el rayo» (2). Si se substituyen las palabras *rito* y *ceremonias*, como hemos probado que se debiera hacer, con la palabra *procedimiento físico*, se reconocerá que la suerte que corrió Tulio fué la misma del profesor Reichman. En 1753 cayó este sabio alcanzado por el rayo, al repetir con demasiada poca precaución los experimentos de Franklin.

En la exposición de los secretos científicos de Numa, se sirve Plinio de expresiones que parecen indicar dos maneras de proceder: una *obtenía* la tempestad (*impetrare*); otra la *obligaba* a romper (*cogere*); una, era sin duda, dulce, sorda, exenta de peligrosas explosiones; otra violenta, retumbante y en forma de descarga eléctrica. De esta segunda manera es como explica Plinio la historia de Porsena, fulminando al monstruo que asolaba el territorio de Volsinium (3); explicación poco admisible: hacer llegar a

(1) Tito Livio, libro I, capítulo 31. — Plinio, *Historia natural*, libro II, capítulo 53; libro XXVIII, capítulo 4.
(2) Plinio, *Historia natural*, libro XXVIII, capítulo 2.
(3) Plinio, *Historia natural*, libro II, capítulo 53.

un punto lejano una detonación eléctrica muy fuerte, no es absolutamente imposible, pero es muy difícil y muy peligroso; y todavía queda la dificultad de atraer a ese punto único al ser que deba recibir la mágica conmoción. Propondremos en otra parte una explicación distinta del milagro etrusco; pero, en el procedimiento *coactivo* indicado por Plinio, y en la posibilidad, hoy bien probada, de obtener, ya de un pararrayos aislado, ya de una inmensa batería eléctrica, una *descarga* cuyo luminoso centelleo, estrépito y fuerza mortífera, recuerden fielmente los efectos del rayo, ¿no se entrevé ya el secreto de aquellos imitadores de tempestades, tan a menudo víctimas de sus mixtificaciones, cayendo vencidos bajo los golpes del dios cuyas armas osaban usurpar?

No citaremos en ese número a Calígula, quien, si se cree a Dion Casio y a Juan de Antioquía, oponía relámpagos artificiales a los relámpagos naturales, al trueno horrísono, un trueno no menos retumbante, y lanzaba una piedra al cielo, en el instante en que caía el rayo: una máquina poco complicada bastaba para producir esos efectos bastante bien imitados para satisfacer la vanidad de un tirano, siempre tembloroso ante los dioses, a los cuales se quería igualar.

No es en unos tiempos tan modernos donde hay que buscar una noción misteriosa que ya había debido extinguirse en casi todos los templos.

Por el contrario, remontémonos a la antigüedad: tenemos en primer término a Silvio Alladas (o Rémulo), undécimo rey de Alba, a contar de Eneas. Según Eusebio, imitaba el ruido de los truenos, ordenando a sus soldados que golpeasen los escudos con sus espadas; fábula tanto más ridícula, cuanto que antes ha hablado Eusebio de las *máquinas* que utilizaba el rey de Alba para imitar el rayo. «Despreciando a los dioses, dicen Ovidio y Dionisio de

»Halicarnaso, aquel príncipe había hallado un medio de »imitar los efectos del rayo y el fragor de la tempestad, a »fin de pasar por una divinidad a los ojos de los hombres »a quienes llenaba de terror; pero al imitar el rayo pereció »fulminado» (1); víctima de su impiedad, según los sacerdotes de aquella época, víctima de su imprudencia, según nosotros.

Tal es, pues, el secreto de Numa y de Tulio Hostilio, conocido más de un siglo antes que ellos. No pretendemos fijar la época en que empezaron a poseerlo las divinidades, o más bien los sacerdotes etruscos cuyos sucesores se lo enseñaron al segundo rey de Roma y de los que debían haberlo recibido los reyes de Alba; pero la tradición relativa a Tarchon, que sabía preservar su vivienda del rayo, nos invita a remontarnos hasta este teurgista, muy anterior a la guerra de Troya.

Aun más allá de las edades históricas encontramos el mito de Salmoneo. Decían los sacerdotes que Salmoneo fué un impío, al que los dioses fulminaron para castigarle por haber querido imitar el rayo. ¡Pero cuánta inverosimilitud hay en su narración! ¡Qué imitación tan mezquina de la tempestad produciría el áspero chirrido de un carro rodando sobre un puente de bronce, y unas antorchas lanzadas sobre los infortunados cuya muerte se ordenaba al punto! (2). ¿Cómo bastaba para asombrar con su estrépito *a los pueblos de la Grecia*, un puente que no podía ser más que de muy mediana extensión? Eustacio manifiesta unas ideas menos pueriles: describe a Salmoneo como un sabio hábil en imitar el ruido, el centelleo y la explosión de la tempestad, y pereciendo víctima de sus peligrosas experiencias. En aquella imitación, dema-

(1) «Fulminea periit imitator fulminis ictu». OVIDIO, *Metamorfosis*, libro XIV, versículos 617 y 618.

(2) SERVIO, *Eneida*, libro VI, versículo 508.

siado perfecta, creemos encontrar de nuevo el procedimiento *coactivo* de Plinio, el acto de extraer de las nubes la materia eléctrica y conglomerada, hasta el punto de llegar a determinar una aterradora explosión (1).

Lo que confirma nuestra conjetura es que en Elida, teatro de los triunfos de Salmoneo y de la catástrofe que puso término a ellos, veíase, junto al gran altar del templo de Olimpia, otro altar rodeado de una balaustrada, consagrado a *Júpiter Cataibatés (descendiente)*. «Pero ese so»brenombre le fué dado a Júpiter, para indicar que él ha»cía sentir su presencia sobre la tierra, *por los truenos,* »*por el rayo, por los relámpagos,* o por verdaderas apari»ciones» (2). Y, en efecto, varias medallas de la ciudad de Cirro, en Siria, representan a Júpiter armado del rayo, y bajo él se lee el nombre *Cataibatés*; es difícil marcar más fuertemente la ligazón que existía entre este epíteto y el *descenso* o caída del rayo. Pero en el templo de Olimpia se reverenciaba también el altar de Júpiter *tonante* o *fulminante* (Keraunios), levantado en memoria de la tempestad que había destruído el palacio de Œnomaüs (3). Este sobrenombre y el de *Cataibatés* presentaban, pues, ideas diferentes a la piedad. Y desde luego se hace muy difícil no relacionar a Júpiter *Cataibatés* con Júpiter *Elicio*, el rayo *que cae*, con el rayo *que se obliga a caer*. Como se ve, estamos obligados a razonar por analogía, a falta de tradiciones positivas; pero la analogía toma una gran fuerza cuando se recuerda que Júpiter *Cataibatés* era adorado en los lugares donde reinó Salmoneo, príncipe cuya historia es tan semejante a la de los dos reyes que fueron víctimas, en Alba y en Roma, del culto a Júpiter *Elicio*.

Verdad es que nada anuncia que en tiempos posteriores poseyese Grecia todavía algunas nociones sobre la experiencia de física que tan funesta fué a Salmoneo; pero el culto a Júpiter *Elicio* subsistía en Roma, cuando ya hacía tiempo que se había dejado de emplear y aun de conocer el misterioso procedimiento de Numa. Un olvido semejante no debió borrar en Elida el culto a Júpiter *Cataibatés*.

(1) EUSTACIO, *Odisea*, libro II, versículo 234.
(2) *Enciclopedia metódica, Antigüedades*, tomo I, art. *Cataibatés*.
(3) PAUSANIAS, *Eliac*, libro I, capítulo 14.

Remontándonos cada vez más al pasado es como hemos hallado unos vestigios más ciertos de la existencia de las ciencias antiguas.

Servio nos transporta a la infancia del género humano. «Los primeros habitantes de la tierra, dice, no ponían fue»go en los altares; pero, por sus preces, hacían descender »sobre ellos (*eliciebant*) *un fuego divino*» (1). Y como recuerda esta tradición, comentando un verso de Virgilio en el que éste pinta a Júpiter ratificando por la explosión del rayo los pactos de las naciones (2), parece que los sacerdotes hacían de esa maravilla una prueba solemne de la garantía dada a los tratados por los dioses.

¿De quién habían recibido ese secreto? «Prometeo, dice »Servio, descubrió y reveló a los hombres el arte de *hacer* »*caer el rayo* (*eliciendorum fulminum*)... Por el procedi»miento que él les enseñó, *hacían caer el fuego* de la región »superior (*supernus ignis eliciebatur*)» (3). Entre los adeptos poseedores de ese secreto cuenta Servio a Numa, *que no empleó el fuego celeste más que en usos secretos,* y a Julio Hostilio, *que fué castigado por haberle profanado.*

(1) SERVIO, *Eneida*, libro XII, versículo 200.
(2) «Audiat haec genitor qui fulmine foedera sancit». — VIRGILIO, *Eneida*, libro XII, versículo 201.
(3) SERVIO, *Virgilio*, Egloga VI, versículo 42. — Este trozo que ha escapado a tantos escritores modernos, había chocado, hace casi tres siglos, a un autor que no se lee casi más que para distraerse, y que se podría leer algunas veces para instruirse. «¿A dónde ha ido a parar, dice Rabelais, el arte de evocar de los cielos el rayo y el fuego celeste, otrora inventado por el sabio Prometeo?... (RABELAIS, libro V, capítulo 47.)

El recuerdo del Cáucaso, en cuyas montañas debió ser expiada, durante siglos, la divulgación parcial de un arte tan precioso, nos llama hacia Asia, donde sin duda se extendió el secreto antes de entrar en Europa. Se halla de nuevo, como ya hemos observado, la leyenda de Júpiter *Cataibatés*, en las medallas de la ciudad de Cirro. Pero es poco creíble que los griegos hayan llevado ese culto a una ciudad lejana, cuya fundación no puede ser posterior a la época de Ciro. Luego está permitido suponer que la leyenda citada no fuera más que la traducción griega de un nombre nacional de la divinidad fulminante, y que el secreto a que hace alusión no haya sido ignorado antiguamente en Siria.

Los hebreos al menos, parece que lo han conocido. Ben-David había adelantado que Moisés poseía algunas nociones sobre los fenómenos de la electricidad: un sabio de Berlín (1) ha intentado apoyar esta conjetura en plausibles argumentos, Michaëlis ha ido aún más lejos (2). Hace notar: 1.° que nada indica que el rayo, durante el lapso de mil años, haya caído jamás sobre el templo de Jerusalén; 2.° que, según Josefo, un bosque de lanzas de puntas de oro o doradas, y muy agudas, cubría la techumbre de aquel templo; en lo que había un notable parecido con el templo de Juno figurado en las medallas romanas; 3.° que esa techumbre comunicábase con los subterráneos de la colina del templo, por medio de tubos metálicos, puestos en conexión con el intenso dorado que cubría todo el exterior del edificio: luego las puntas de las lanzas producían necesariamente el efecto de pararrayos... ¿Cómo suponer que no realizase más que por casualidad una función tan importante; que los beneficios que por ello se re-

(1) M. HIRT, *Colección enciclopédica*, año 1813, tomo IV, página 415.
(2) *Del efecto de las puntas colocadas sobre el templo de Salomón. — Colección científica de Gottinga*, año 3.°, 5 cuaderno, 1783.

cibían no hubieran sido calculados; que no se hubiesen levantado lanzas en tan gran número, más que para impedir que los pájaros se dejaran caer sobre la cúpula del templo y la ensuciasen? Y esta es, sin embargo, la única utilidad que les asigna el historiador Josefo. Su ignorancia es una prueba más de la facilidad con que se han debido perder altos conocimientos, mientras los hombres, en vez de componer con ellos una ciencia razonada, no han buscado ahí más que un arte empírico para producir maravillas.

El mismo secreto no parece haber sobrevivido a la destrucción del imperio de Ciro; y a pesar de ello, grandes probabilidades indican que aquel gran instrumento de milagro no les faltó a Zoroastro, ni a sus sucesores.

Kondemir refiere que el demonio se aparecía a Zoroastro, *en medio del fuego* (1), y que le imprimió sobre el cuerpo una marca luminosa. Según Dion Crisóstomo, cuando el profeta dejó la montaña, en que había vivido durante mucho tiempo en la soledad, parecía que todo él resplandecía entre una llama inextinguible, *que había hecho descender del cielo*: prodigio análogo a la *beatificación eléctrica*, y fácil de hacer a la entrada de una gruta sombría. El autor de los *Reconocimientos* atribuídos a san Clemente de Alejandría y a san Gregorio de Tours (2), afirma que, bajo el nombre de Zoroastro, reverenciaban los persas a un hijo de Cham, que, por un encantamiento mágico, hacía *caer el fuego del cielo*, o persuadía a los hombres de que tenía ese milagroso poder. ¿Indicarían los autores citados en otros términos unas experiencias sobre la electricidad atmosférica, que hubiese empleado un taumaturgo para aparecer resplandeciente de viva luz ante los ojos de una multitud llena de admiración?

(1) D'HERBELOT, *Biblioteca Oriental*, art. *Zerdascht*.
(2) G. TURON, *Historia de Francia*, libro I, capítulo 5.

En otra obra (1), hemos intentado distinguir al fundador de la religión de los magos, de los diversos príncipes y sacerdotes que, para asegurarse el respeto de los pueblos, han tomado, después que él, el nombre de Zoroastro. No recordaremos ahora esa distinción, repitiendo lo que han escrito sobre Zoroastro unos autores que no han juzgado necesario hacerla, o han ignorado que existiera; al suponerla tan bien fundada como nos parece ser, estos autores no hubieran hecho más que atribuir al profeta, lo que ha pertenecido a sus discípulos, a los herederos de su ciencia milagrosa. Zoroastro, dicen, murió quemado por el demonio, importunado por él con demasiada frecuencia para repetir y consolidar su brillante prestigio. En otros términos, dichos autores hablan de un físico que, en la frecuente repetición de un experimento peligroso, acabó por descuidar las necesarias precauciones y cayó víctima de un momento de olvido. Suidas, Cedrenio y la Crónica de Alejandría dicen que Zoroastro, rey de los bactrianos, sitiado en su capital por Nino, pidió a los dioses ser fulminado por el rayo, y vió cumplido su deseo, una vez que hubo recomendado a sus discípulos que conservasen sus cenizas como una prenda de la duración de su poderío. Las cenizas de Zoroastro, dice el autor de los *Reconocimientos*, fueron recogidas y llevadas a los persas, para ser conservadas y adoradas *como un fuego divinamente caído del cielo*. Hay aquí una evidente confusión de ideas: se aplica a las cenizas del profeta el culto que sus sectarios nunca rindieron más que al fuego sagrado que habían recibido de él. ¿No nacería la confusión en el presunto origen de ese fuego sagrado, encendido según decían, por el rayo? «Los magos, dice Amiano Marcellin, conservan en hoga»res perpetuos *un fuego milagrosamente caído de los cie-*

(1) Eusebio Salverte, *Ensayo histórico y filosófico sobre los nombres de hombres, pueblos y lugares*. Nota B., tomo II, páginas 427-454.

»*los*» (1). Los griegos, que daban al primer jefe de los persas el mismo nombre de la nación, contaban también que al mismo tiempo que *Perseo* instruía a varios persas en los misterios de *Gorgona, un inflamado globo cayó del cielo*. Perseo cogió el fuego sagrado y lo confió a los *magos*: este es el nombre que había impuesto a sus discípulos (2). Aquí hemos de recordar lo que ha dicho Servio del fuego celeste que los antiguos habitantes de la tierra hacían descender sobre sus altares, y que no se debía emplear más que para usos sagrados: la coincidencia de las dos tradiciones nos indica el origen de *aquel fuego caído de los cielos*, a la voz del maestro de los magos, y destinado a arder eternamente sobre los altares en honor al dios que se lo había concedido a la tierra.

Relacionaremos la cuestión que nos ocupa con dos de los oráculos mágicos que Plethón ha conservado y comentado (3). Atribúyense dichos oráculos a los primeros discípulos de Zoroastro, o al mismo Zoroastro; lo que no tiene nada de improbable, puesto que en la antigüedad existían más de dos millones de versos, de los que pasaba por ser el autor este profeta (4).

Vers. 39-43

«¡Oh, hombre! ¡obra de la Naturaleza temeraria! si »me invocas varias veces, únicamente verás Aquel que »hayas invocado;

»Porque ni el cielo ni su inclinada concavidad se te »aparecerán;

(1) Amiano Marcellin, libro XXIII, capítulo 6.
(2) Suidas, verbo *Perseus*. — En el *Chah-nameh* de Ferdousi, Houcheng, padre de *Djah-Muras*, como lo es Perseo de *Merrhus*, recoge también de un modo milagroso el fuego sagrado.
(3) *Oracula magica*, edente *Joanne Opsopoeo*, 1589.
(4) Plinio, *Historia natural*, libro XXX, capítulo 1.

»No brillan las estrellas, y la luz de la Luna está ve-»lada;

»La tierra tiembla... y todo lo que ves *son vivos rayos*.»

Plethón, después de haber observado que el hombres es llamado la *obra de una Naturaleza muy temeraria*, porque emprende las cosas más audaces, añade: «El oráculo ha-»bla como lo haría Dios mismo al hombre que se inicia. »Si tú me invocas en varias ocasiones... no verás por do-»quier más que a *mí* a quien has invocado; porque ya no »verás nada más que *todos los rayos*, es decir, el fuego »*cabrilleando* (esparciéndose) acá y allá por todo el uni-»verso».

Este comentario, que nos enseña que el primer oráculo se refiere a las iniciaciones, nos remite, por una de sus expresiones, al segundo oráculo, pues de éste está sacada.

Vers. 46-48

«Cuando veas el fuego santo y sagrado horro de toda »figura,

»Brillando y *voltigeando* (esparciéndose) por doquier en »las profundidades del universo.

»¡ Escucha la voz del Fuego!»

«Cuando tú veas, dice Plethón, el fuego divino, que no »puede ser representado por ninguna figura» (se sabe que la ley de Zoroastro proscribe las imágenes...) «¡ ríndete »en acción de gracias! y, lleno de alegría, escucha la voz »del fuego que te trae una *prenoción* (un conocimiento del »porvenir) muy verdadera y muy cierta.»

A través de la obscuridad del texto y de las explicaciones, podemos coger un rasgo importante de la iniciación zoroástrica. Si el iniciado es intrépido, invocará al

dios que adora, y pronto no verá más que a ese dios. Todos los demás objetos desaparecen; está rodeado de relámpagos y rayos; un fuego que no ilumina a ninguna imagen, llena su horizonte; y desde el seno de ese fuego se hace oir una voz vibrante, que pronuncia infalibles oráculos.

Podría deducirse con verosimilitud de lo que precede que Zoroastro tenía nociones sobre la electricidad y sobre el medio de hacer caer el rayo; que se valió de ellas para producir los primeros milagros destinados a probar su profética misión, y sobre todo, para encender el fuego sagrado que ofreció a la adoración de sus prosélitos: ¿y no tenemos ahora derecho a agregar que, en sus manos, y en manos de sus discípulos, llegó a ser el fuego celeste un instrumento destinado a probar el valor de los iniciados, a confirmar su fe y a cegar sus ojos con aquel esplandor inmenso — imposible de sostener por la mirada mortal —, que es a la vez atributo e imagen de la divinidad?

Una tradición en que ya se habrá fijado seguramente el lector, atribuye la muerte de Zoroastro a esa falta de precaución que tantas víctimas ha causado. Otra tradición presenta bajo un aspecto más noble al profeta, rey de la Bactriana: decidido a morir, para no caer en poder de un vendedor, fulminó el rayo sobre sí mismo, y, por un último milagro de su arte, se dió una muerte extraordinaria, digna del enviado del cielo, y del pontífice e iniciador del culto del fuego.

Así se remonta este gran secreto al tiempo en que empieza la historia para nosotros, y tal vez más allá.

Los caldeos que, en la guerra contra la Bactriana, secundaban a Nino con todo el poder de sus artes mágicas, debieron poseer, en lo que se refiere al rayo, los mismos conocimientos que su émulo; pero el hecho no está comprobado por ningún documento histórico. No es imposible

que aquellos sacerdotes los hayan dejado perder de buena fe, faltos quizá de frecuentes ocasiones de emplearlos; mientras que se conservaron en las comarcas montañosas de la alta Asia y de la Etruria, mucho más expuestas que Babilonia a los estragos del rayo. Y esto es lo que autoriza nuestra conjetura. Los *oráculos mágicos* que Plethón atribuye a Zoroastro o a sus discípulos, los ha comentado Psellus bajo el nombre de *oráculos caldeicos*, considerándolos como emanados de los sacerdotes caldeos (1). Y la explicación que da de los que hemos citado, es toda ella astrológica y alegórica. Los sabios de Babilonia y el profeta del Ariema, como veremos, habían bebido probablemente en la misma fuente. ¿Será, acaso, que el secreto a que hacen alusión los oráculos, habiendo sido conservado mucho tiempo por los sucesores de Zoroastro, ha dejado subsistentes hondas huellas en la doctrina de los magos de donde tomó Plethón las nociones que desarrolla en su comentario? Los caldeos, por el contrario, se habrían dejado caer en la alegoría, y hubieran arrastrado con ellos a su escoliasta, queriendo adivinar un enigma del que sólo podría dar la solución aquel secreto, perdido para ellos.

¿Cuál es esa fuente de que sospechamos han sido sacados los oráculos de ambas partes? La costumbre nos hace volver los ojos hacia el Indostán, cuna de la civilización del mundo; y encontramos en efecto la substancia y algunas expresiones salientes de los dos oráculos, en esta estancia del *Yadjourveda*: «No brilla allí el Sol, como tam»poco la Luna y las estrellas; las luces no *revolotean*: »Dios inunda de luz toda esta substancia brillante, y el

(1) La *colección* de Psellus difiere de la de Plethón por el orden en que están dispuestos los oráculos: también se advierten en ella ciertas variaciones y adiciones considerables. Por último, los versos griegos son en ésta mucho más correctos, lo que parece indicar una traducción menos fiel, o hecha sobre un original menos antiguo.

»universo queda iluminado con su esplendor» (1). Zoroastro, que ha tomado tanto de la antigua India, sin duda habrá podido en este caso tergiversar el sentido de las palabras, y aplicar a la ceremonia mágica de la iniciación una descripción metafórica del divino esplendor. Pero, en primer lugar, W. Jones se inclina a creer que «esta estan»cia es una paráfrasis moderna de algún texto de los an»tiguos libros sagrados». Esto explica por qué no corresponden exactamente estos términos a los de los *oráculos mágicos*, y se aplican de una manera menos explícita al secreto de dominar el rayo: la paráfrasis habrá sido hecha en una época en que se habría olvidado aquel secreto, y perdido de vista el sentido propio del texto sagrado. A mayor abundamiento, este trozo del *Oupnek'hat*: «conocer el »fuego, el Sol, la Luna y el *rayo*, es conocer las tres cuar»tas partes de la ciencia de Dios» (2), prueba que la ciencia sagrada no descuidaba estudiar la naturaleza de la tempestad, y que podía desde luego indicar los medios de ahuyentarla. Finalmente, estas inducciones están fortificadas por un hecho histórico. En la época de Ctesias, la India conocía ya el uso de los parrarrayos. Según ese historiador, el hierro recogido en el fondo de la *fuente de oro líquido* (es decir, del *lavadero de oro*) y fabricado en forma de espada, o de caña puntiaguda, gozaba, así que se le hundía en tierra, de la propiedad de ahuyentar las nubes, el granizo y el rayo (3). Ctesias, que vió hacer dos veces el experimento de ello, ante la vista del rey de Persia, atribuía solamente a la calidad del hierro lo que dependía sobre todo de su forma y de su posición. Tal vez se emplease también preferentemente ese hierro, naturalmente mezclado con algo de oro, como menos susceptible de oxi-

(1) *Investigaciones asiáticas*, tomo I, páginas 375 y 376.
(2) *Oupnek-hat, Brahmán* XI.
(3) CTESIAS, *Biblioteca Indica*, Cod. LXXII.

darse, y por el mismo motivo que algunos modernos constructores hacen dorar la punta de los pararrayos. Sea como sea, el hecho principal sigue constante, y no es inútil observar como se había creído advertir, en la antigüedad, íntimas relaciones entre el estado eléctrico de la atmósfera, y la producción, no solamente del rayo, sino también del granizo y otros meteoros.

¿Renovaremos la cuestión tantas veces resuelta, de investigar cómo no se encuentra en Europa vestigio alguno de unos conocimientos tan antiguos, que ya eran estudiados por Tulio Hostilio, hace más de veinticuatro siglos? Podemos responder que dichos conocimientos estaban tan poco extendidos que fué por casualidad y de imperfecta manera, como Tulio los descubrió al repasar las Memorias que había dejado Numa. ¿No bastarían además los peligros a que el menor error estaba sujeto, peligros probados varias veces por una terrible experiencia, para que el miedo hiciera caer en desuso en Italia y en Grecia, las ceremonias del culto a Júpiter *Elicio* y a Júpiter *Cataibatés*? La destrucción del imperio persa por los griegos, y anteriormente la matanza casi general de los magos, tras la muerte de Smerdis, pudieron dejar esa importante laguna en la ciencia oculta de los discípulos de Zoroastro. En la India, víctima tantas veces de los conquistadores, análogas causas han podido ejercer una acción igualmente destructiva. Y en todos los países, en fin, ¿sobre qué objeto mejor que ese hubiera redoblado el espesor de sus velos el misterio religioso, preparando el camino a la ignorancia y al olvido?

Suscítanse otras cuestiones más importantes y más difíciles. ¿Podía bastar la electricidad, por mucho arte con que se manejasen sus recursos, para hacer los brillantes milagros de la iniciación zoroástrica? ¿Explica ella bastante lo que Ovidio describe tan claramente, en los detalles

del culto rendido por Numa a Júpiter *Elicio*, sobre el arte de hacer ver y oir los relámpagos y el trueno en un cielo sereno? (1). ¿Y explica, sobre todo, el temible talento de lanzar el rayo sobre los enemigos, tal como la antigüedad se lo atribuía a Porsenna, y tal como dos mágicos etruscos pretendieron poseerlo todavía en los tiempos de Atila? No; al menos en la medida actual de nuestros conocimientos; medida que probablemente no han sobrepasado los antiguos. ¿No podríamos, para suplir nuestra insuficiencia, recurrir a un venturoso azar; suponer que el taumaturgo aprovechó la explosión de un meteoro luminoso para atribuir sus efectos a su arte, o bien que el entusiasmo quisiera ver un milagro en un efecto natural? ¿No podríamos recordar, por ejemplo, que, según un historiador, cuando una lluvia milagrosa desalteraba al ejército de Marco-Aurelio, el emperador, al mismo tiempo, *arrancó del cielo*, por sus plegarias, el rayo que cayó sobre las máquinas guerreras de sus enmigos? (2). Mejor podríamos aún transportar las maravillas de un país a otro, y volver hoy a encontrar, en un lugar consagrado en todo tiempo a la religión, un secreto equivalente al milagro de Numa. La nafta, disuelta en el aire atmosférico, produce los mismos efectos que una mezcla de oxígeno e hidrógeno. Cerca de Bakú, si encima de un pozo cuya agua está saturada de nafta, se tiene extendido un manto durante algunos minutos, y luego se echa al pozo una cerilla encendida, se produce, según el viajero de quien copio estas palabras, una detonación semejante a la de un obús de artillería, acompañada de una brillante llama... (3). Devolved al *Atesch-gah* su antigua majestad; substituid ese pequeño número de pe-

(1) Ovidio, *Fast*, libro III, vers. 367 - 370.

(2) Fulmen de coelo, *precibus suis, contra hostium machinamentum extorsit*. Julio Capitolino en *Marco Aurelio*.

(3) *Viaje de Jorge Kepel de la India a Inglaterra por Bassora*, etc. — *Nuevos anales de viaje*, segunda serie, tomo V, página 349.

nitentes y peregrinos que atrae allí todavía un religioso recuerdo, con un colegio de sacerdotes, hábiles en transformar en mayor gloria a Dios unos fenómenos cuya causa está cuidadosamente substraída a las miradas de los profanos, y bajo el más sereno cielo, saldrán a su voz, de los pozos de Bakú, los fuegos y el estampido del *rayo*. Admitamos, lo que no tiene nada de absurdo, que unas substancias que se ofrecen en abundancia en ciertas comarcas, hayan podido ser transportadas por los taumaturgos a otros países en que su acción, absolutamente ignorada, debía parecer más maravillosa; y de este modo, el Tíber habrá podido ver, en los tiempos en que Numa evocaba a Júpiter *Elicio*, el milagro que hoy se produce todavía a orillas del mar Caspio; y la tradición que — no haciendo más que uno solo de los dos secretos — atribuyese a las ceremonias del mismo culto mágico los efectos de una composición de nafta y los de los pararrayos y de la electricidad, habrá nacido del artificio del taumaturgo, celoso de hacer así más difíciles de penetrar y más respetables, los tesoros de su ciencia.

Pero, según el principio que hasta aquí hemos seguido, admitimos a disgusto unas explicaciones parciales o locales, aplicables solamente a algunos casos aislados. Preferimos hechos generales, aunque sean de tal naturaleza, que su conocimiento haya podido quedar, durante cierto tiempo, circunscrito al misterio de los templos. Recordando los efectos brillantes o destructores de las diversas composiciones píricas, cuya existencia nos aclaran dichos hechos, mediremos la extensión de los recursos que se ofrecían a los posesores de la ciencia sagrada, para convertir en rivales de los fuegos del cielo los milagros del fuego terrestre.

CAPITULO XXV

Substancias fosforescentes. Aparición súbita de llamas. Calor desarrollado por la extinción de la cal. Substancias que se abrasan al contacto del aire y del agua. El piróforo y el fósforo, la nafta y los licores alcohólicos, empleados en diversos milagros. Fuego caído de lo alto: diversas causas explican esta maravilla. Moisés hace consumir por el fuego a los profanos que tocan las cosas santas. La sangre *de* Neso *era un fosfuro de azufre; y el veneno que Medea empleó contra Creuses, un verdadero* fuego griego. *Este fuego se ha vuelto a encontrar en varias ocasiones y ha sido empleado muy antiguamente; se hacía uso también de un fuego inextinguible en Persia y en el Indostán.*

Nada asombra más al vulgo que una producción repentina de luz, calor y llama sin causa aparente, o con el concurso de causas que parecen opuestas a ese resultado.

El arte sabe preparar substancias que emiten luz, sin dejar escapar calor sensible. El fósforo de Bolonia y el fósforo de Balduíno son conocidos por los sabios; pero ya no figuran más que en los libros de física recreativa. Los antiguos han conocido cuerpos dotados de parecida propiedad; Isidoro cita una piedra obscura que se hacía luminosa, rociándola con aceite (1).

Los rabinos dedicados al estudio de la *cábala*, hablan

(1) *Savinius lapis, oleo addito, etiam lucere fertur.* ISIDORO HISPALENSE, *Origenes*, libro XVI, cap. 4.

de una luz propia de los santos, de los predestinados, que brilla milagrosamente en sus rostros desde su nacimiento, o cuando han merecido que Dios les conceda ese signo de gloria (1). Hermippe, con su autoridad indiscutible, afirma que Arnobio da al *mágico* Zoroastro un *cinturón de fuego*, ornamento conveniente para el fundador del culto del fuego (2). A un físico no le sería muy difícil producir esas brillantes maravillas, sobre todo si su duración no debía ser demasiado prolongada.

Los druidas llevaban más lejos los recursos de la ciencia. La fama, propagando su mágico poder en el poema de Lucano, alaba mucho el secreto de hacer parecer incendiado un bosque que no arde (3). Ossian describe unos viejos, mezclados entre los *hijos de Loda*, que hacen, durante la noche, diversos conjuros alrededor de un *cromlech* o círculo de piedras; a su voz se elevan unos meteoros inflamados que aterran a los guerreros de Fingal. Y al resplandor de esos meteoros distingue Ossian al jefe de los guerreros enemigos (4). Un traductor inglés de Ossian observa que todo resplandor vivo, súbito y parecido al relámpago, se llama, en gaélico, *llama de los druidas*, y a esta *llama de los druidas* compara Ossian la espada de su hijo Oscar (5). Relacionada con el relato del bardo, indica esta expresión que los druidas poseían el arte de hacer que apareciesen llamas para asustar a sus enemigos (6).

(1) GAULMIU, *Vida y muerte de Moisés*, libro II, páginas 323-325.
(2) *Nunc veniat quis, super* igneam zonam, *magus interiore ab orbe Zoroaster*... Arnobio, libro I. Erróneamente, varios comentaristas han querido leer: *Quin Azonaces magus*, etc.
(3) Et non ardentis fulgere incendia sylvae. LUCIANO, *Farsalia*, libro III, vers. 420.
(4) *Poemas de Ossian*, publicados por John Smith, 1780, traducción francesa, año III, tomo III, páginas 6-8.
(5) G. HIGGINS, *The celtic druids*, página 116.
(6) De una estrofa del *Hervorar saga*, se puede deducir que este arte no era desconocido de los mágicos escandinavos. (Ved la *Colección enciclopédica*, 1804, tomo IV, páginas 250-266.)

A los rasgos de semejanza notados ya entre los celtas y los antiguos habitantes de Italia, añadiremos el mito de *Céculo*, fundador de la ciudad de Prenesto. Queriendo hacerse reconocer por hijo del dios Vulcano, envolvió súbitamente entre llamas a una congregada muchedumbre que se negaba a admitir su brillante origen, y en la que el terror pronto subyugó a la incredulidad (1).

Hemos de observar que *Céculo* había elegido el lugar de la asamblea, y que los druidas no ejercitaban su poder más que en recintos sagrados, vedados a los profanos: como ciertas ilusiones de óptica en que también ha desempeñado un papel el fuego, con frecuencia, esas maravillas tenían necesidad de un teatro propio para producirlas, pues en otros lugares, a pesar de su urgente necesidad, difícilmente se hubiera intentado hacerlas.

Cuando Jesucristo se metió en el Jordán, para recibir el bautismo de manos de san Juan, vióse — dice san Justino — que las aguas del río se inflamaban (2). Creo que Justino ha transportado a su leyenda una maravilla tomada a las iniciaciones de cultos más antiguos que el cristianismo. En los misterios de Eleusis y, probablemente en otros muchos, el tembloroso neófito veía correr ríos inflamados, milagro que para que se produjera, bastaba una capa de nafta nadando en la superficie del agua.

El instantáneo desarrollo de un calor latente no es menos propio para excitar la admiración, sobre todo, si lo que enciende el fuego es el agua. Las substancias susceptibles de calentarse, encenderse o inflamarse, absorbiendo o descomponiendo el agua, son, sin embargo, numerosas; y, demasiado a menudo, han ocasionado incendios que antes se atribuían a la negligencia o a la maldad. Montones

(1) SERVIO, *Eneida*, libro VII, vers. 978-981.
(2) SAN JUSTINO, *Diálogo con Trifonio Judeo*.

de heno húmedo, pizarras piritosas mojadas por una cálida lluvia, producen ese temido fenómeno.

¿Han conocido los taumaturgos unos fenómenos análogos a estos? Sí, sin duda. En primer término, el calor prodigioso que emite la cal viva rociada con agua, no ha podido escapar a su vista. Suponed que en el fondo de un horno se esconde una cantidad suficiente de cal, y que, en seguida, se llena ese horno con nieve: el agua de la nieve desaparecerá, absorbida, la temperatura interior del horno se elevará tanto más, puesto que estando cuidadosamente cerrado, dejará perder menos el calórico puesto en expansión; se creerá en un milagro, y cualquier amante de la leyenda que haya oído hablar de este juego de física, adornará con él la historia de san Patricio, y contará cómo ha encendido un horno con nieve el apóstol de Irlanda.

Teofraso llama *spinon* a una piedra que se encuentra en ciertas minas (1). Machacada, y expuesta luego al sol, se inflama por sí misma, sobre todo si primero se ha tenido cuidado de mojarla. El *spinon* muy bien podía no ser más que una pirita eflorescente. La piedra *gagatés* (verdadera excrecencia piritosa) es negra, porosa, ligera, friable, parecida a madera quemada (2). Exhala un olor desagradable, y cuando está inflamada, atrae los cuerpos que la tocan, como lo haría el ámbar amarillo; el humo que exhala al quemarse alivia a las mujeres atacadas de vapores histéricos; se inflama por medio del agua y se apaga en el aceite. Esta última particularidad parece diferenciarla de una piedra que, según Eliano y Dioscórides, se enciende igualmente cuando se rocia con agua (3), y exhala al arder un fuerte olor de betún, pero se apaga al soplarla,

(1) TEOFRASTO, *De lapidibus*.
(2) PLINIO, *Historia natural*, libro XXXVI, cap. 19.
(3) ELIANO, *De nat. animal*, libro IX, cap. 28. — DIOSCÓRIDES, libro V, cap. 47.

lo que parece indicar que la combustión depende del desprendimiento de un vapor gaseoso.

Esas tres substancias, ya fuesen producto del arte o de la Naturaleza, han debido bastar para producir inflamaciones milagrosas. Pero Plinio e Isidoro de Sevilla nos indican una cuarta todavía más enérgica: se trata de una piedra negra que se encuentra en Persia; triturada entre los dedos, los quema (1). He ahí precisamente el efecto de un pedazo de piróforo o de fósforo; esa piedra maravillosa no era probablemente otra cosa. Se sabe que el fósforo, fundido por el calor, se vuelve negro y sólido; y la palabra *piedra* no debe engañarnos en este caso, como tampoco las palabras *lago* y *fuente*, cuando se trata de un líquido. ¿No ha consagrado el uso, en nuestra lengua, para dos preparaciones farmacéuticas, los nombres de *piedra infernal y piedra de cauterio*?

Pero conocían los antiguos el fósforo y el piróforo? Sí, puesto que cuentan unas maravillas que no se han podido producir más que por el empleo de esas substancias o de reactivos dotados de análogas propiedades. Pronto citaremos además una antigua descripción de los efectos de una combinación del fósforo, descripción tan exacta como si hubiera sido hecha hoy por un químico. En cuanto al piróforo, la ciencia posee tantas substancias que se inflaman después de varios minutos de exposición al aire, que se puede, sin inverosimilitud, pensar que no todas han sido desconocidas por los antiguos. Sin hablar de los betunes eminentemente inflamables, del petróleo, de la nafta, en fin, que se inflama sólo con que se le acerque una tea encendida, ¿cuántos residuos de destilaciones no se conocen

(1) «Pyrites; nigra quidem, sed attrita, digitos adurit». PLINIO, *Historia natural*, libro XXXVII, cap. 11... «Pyrites; persicus lapis ...tenentis manum, si vehementis prematur, adurit». ISIDORO HISPALENSE, *Orígenes*, libro XVI, cap. 4.

que se inflaman espontáneamente en un aire húmedo? Esta propiedad, en la que ya no se pone atención más que para explicarla por un principio general, no estaría seguramente descuidada por los hacedores de milagros, para los que el arte de destilar formaba una importante parte de la ciencia sagrada.

Luego no nos negaremos a creer, pero rehusaremos asombrarnos cuando cuente la historia que una vestal, amenazada del suplicio prometido a la que dejase apagar el fuego sagrado, no tuvo necesidad más que de extender su velo sobre el altar, para que, reanimada de pronto, brillara la llama más deslumbradora (1). Bajo el oficioso velo, vemos caer un grano de fósforo o de piróforo sobre las calientes cenizas, ayudando así a la intervención de la Divinidad.

Dejamos asimismo de compartir la incredulidad de Horacio, sobre el milagro que se producía en el santuario de *Gnatia*, donde el incienso se inflamaba por sí solo en honor a los dioses (2). Comprendemos como pudo Seleucis, en un sacrificio a Júpiter, ver espontáneamente inflamado el brasero sobre el altar, ofreciendo un brillante presagio de su futura grandeza (3). No negaremos que el teurgista Máximo, ofreciendo incienso a Hécate, haya podido anunciar que las antorchas que llevaba la diosa iban a encenderse espontáneamente; y que su predicción se cumpliese (4).

A pesar de las precauciones que inspiraba el amor del misterio, y que secundaba el entusiasmo de la admiración, la acción de la ciencia se mostraba a veces al descubierto en sus maravillas. Oigamos contar a Pausanias lo que ha visto en dos ciudades de Lydia, cuyos habitantes, caídos

(1) VALERIO MÁXIMO, libro I, cap. 1, § 8.
(2) PLINIO, *Historia natural*, libro II, cap. 7.
(3) PAUSANIAS, *Attic*, cap. 16.
(4) EUNAPIO, en *Máximo*.

bajo el yugo de los persas, habían abrazado la religión de los magos. «En una capilla, dice, está un altar, en el cual »hay siempre *ceniza que, por su color, no se parece a nin»guna otra*. El mago pone leña sobre el altar, invoca no sé »a qué Dios, con oraciones sacadas de un libro escrito en »una lengua bárbara y desconocida de los griegos; la leña »se enciende muy pronto por sí misma sin fuego, y su llama es muy clara (1).»

El color extraordinraio de la ceniza que siempre se conservaba en el altar, ocultaba sin duda una composición inflamable; tal vez sencillamente, tierra embebida en petróleo o nafta, género de combustible empleado todavía en Persia y en todas partes en que son conocidos. El mago, al disponer la leña, echaba allí, sin que se le pudiera ver, un grano de piróforo, o de aquella piedra que se encontraba en Persia y que se inflamaba bajo una ligera presión. Mientras duraban las oraciones, la acción de una u otra substancia tenía tiempo de desarrollarse.

Los sarmientos que un sacerdote colocaba sobre un altar, próximo a Agrigento, se encendían también espontáneamente. Agrega Solín, que desde el altar la llama se inclinaba hacia los asistentes sin incomodarlos. Esta circunstancia indica que entre los sarmientos se desprendía desde debajo del altar y se inflamaba un gas semejante al que alimentaba sobre el altar de Venus del monte Erix, una llama perpetua. El vapor de un licor espirituoso hubiese producido el mismo fenómeno. También se puede explicar por la inflamación de un licor etéreo, el poder que atribuye Frommann a los *zíngaros*, de hacer que se prenda fuego a un solo haz de paja puesto en medio de otros muchos y de extinguir este fuego a voluntad (2); y así es como se divierten los estudiantes, haciendo arder en sus manos un

(1) PAUSANIAS, *Eliac*, libro I, cap. 27.
(2) FROMMANN, *Tratado de fascinación*, páginas 263, 527 y 528.

licor espirituoso; un soplo hace desaparecer la llama, en el instante en que empiezan a sentir su calor.

Elías se señaló en su lucha contra los profetas de Baal, por una maniobra más audaz, fundada sobre un conocimiento más profundo de la Naturaleza.

El mismo Elías indica, sobre el monte Carmelo, el lugar del combate. Inflamar sin recurrir al fuego, una víctima ofrecida en sacrificio: tal es el reto que lanza a sus adversarios; su resultado debe decidir la superioridad del Dios de Israel sobre el dios que ellos adoran. Los sacerdotes aceptan la proposición, con la esperanza de triunfar, sin duda. Pero la vista de Elías está fija en ellos; y trabajan en un teatro que no está elegido por ellos; recurren en vano a los acostumbrados recursos para distraer la atención de los espectadores, saltando por encima del altar; lanzando grandes gritos, ensangrentándose los brazos con numerosas incisiones... vigilados muy de cerca, el tiempo prescrito pasa, sin que ellos hayan logrado su objeto. Elías elige entonces un sitio en que hubo antes un altar levantado en honor al Señor, y donde, por consiguiente, había podido hacerse ya más de un milagro, y allí es donde él, por sí mismo, reconstruye el altar, dispone la leña y pone la víctima. Luego, sabiendo cuanto esplendor cobrará el milagro con la abundante adición de una substancia mirada como enemiga irreconciliable del fuego, ordena que, por tres veces se eche agua sobre la víctima y sobre la hoguera destinada a consumirla: de repente, descendió un fuego celestial y redujo a cenizas la hoguera y la víctima (1).

«Se ha observado, dice Buffon (2), que las materias arro»jadas por el Etna, después de haber sido enfriadas duran»te varios años y luego humedecidas con agua de lluvia, se »han reinflamado y han echado llamas con una explosión

(1) *Reyes*, libro III, cap. 18, vers. 19 - 40.
(2) *Teoría de la tierra: pruebas*, § 16.

»bastante violenta, que hasta producía una especie de pe»queño terremoto.» El arte podía imitar la composición de esos productos volcánicos y el taumaturgo podía recoger y conservar con cuidado aquellos que había formado la Naturaleza, sin olvidar una de las cuatro piedras inflamables por el agua, de que acabamos de hablar.

Para proponer una segunda explicación, basta sacar de nuestras representaciones dramáticas el procedimiento que se use para hacer funcionar una batería de pistola, oculta a las miradas del espectador, que inflama súbitamente una mezcla de éter y espíritu de vino.

Una experiencia fácil de repetir proporcionará otra solución al problema. Exponed un cuerpo combustible sobre el tubo de una lámpara de gas o de petróleo: pronto se encenderá y la llama descenderá hacia el depósito de la lámpara, porque el calor empezará por encender el gas hidrógeno carbonado, que ella hace salir de allí bajo la forma de humo. Suponed que la lámpara sea de grandes dimensiones y que la hoguera la oculte a los ojos de los espectadores: la llama *descenderá visiblemente* de lo alto sobre el cuerpo combustible.

Por último, con un hombre que la patria y las ciencias han llorado de igual modo (1), observaremos que la cal viva rociada con agua determina, por el calor que emite, la fusión y luego la combustión del azufre; que inflama rápidamente una mezcla de azufre y clorato de potasa, y súbitamente la pólvora de cañón y sobre todo el fósforo; y que, en este último caso, existe un medio físico de fijar el momento preciso en que el calor desarrollado producirá la inflamación.

De estas diversas explicaciones, la última es la que quizá conviene mejor al milagro de Elías, y la segunda a la

(1) C. L. Cadet - Gassicourt, *De la extinción de la cal*, etc. — Tesis sostenida ante la Facultad de Ciencias, en el mes de agosto de 1812.

maravilla del altar de Agrigento. Todas se pueden aplicar más o menos a esos milagros frecuentemente celebrados en todas las religiones; a esos sacrificios en que la llama, para devorar a las víctimas, no esperaba a ser encendida por la mano de los hombres y, produciéndose espontáneamente, daba una muestra brillante del poder y el favor de una divinidad propicia.

Mucho tiempo antes que Elías, Moisés había llenado a los hebreos de religioso terror, mostrándoles más de una vez las víctimas que ofrecía al Señor, quemadas y consumidas sobre el altar, sin que una mano mortal hubiese aproximado a él la llama. Pero aquel hombre tan superior que, hasta el advenimiento del Mesías, ningún profeta semejante a él, había de nacer en Israel (1); aquel legislador a quien los Actos de los Apóstoles, san Clemente de Alejandría y el docto Filón coinciden en describir como profundamente versado en todas las ciencias egipcias, poseería seguramente más extensos secretos (2). La facilidad con que renovaba a voluntad aquel milagro en su ambulante tabernáculo, bastaría para probarlo. Las consecuencias fatales de un olvido en la ejecución de uno de sus procedimientos, lo prueban todavía mejor.

Los dos hijos mayores del gran sacerdote — dicen los libros santos —, queriendo ofrecer el incienso, pusieron en sus incensarios un fuego profano..., fueron muertos al instante por una llama que salió del altar del Señor. Moisés hizo tirar sus cadáveres fuera del campo israelita; prohibió a su padre y a sus hermanos, conceder a los muertos señal alguna de duelo o de dolor (3). Inmediatamente después de un relato muy sucinto de este aterrador castigo, es puesta

(1) *Deuteronomio*, cap. 34, vers. 10.
(2) *Actos de los Apóstoles*, cap. 7, vers. 22. — SAN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromat*, libro I. — FILÓN JUDEO, *Vida de Moisés*.
(3) *Levítico*, cap. 10, vers. 1 - 8. *Números*, cap. 3, vers. 4.

la prohibición hecha a Aarón y a sus hijos de no beber nada que les pueda embriagar cuando deban entrar en el tabernáculo, *con objeto de que no mueran* y sepan distinguir lo santo y puro de lo profano e impuro (1). De aquí ha nacido la muy plausible opinión, admitida entre los hebreos, de que Nadab y Abiú habían pecado por culpa de la embriaguez. ¿Cuál era su falta? Si se hubiese limitado a servirse de un fuego que no habían tomado del altar, el milagro sería inexplicable; pero dice Josefo que al disponer las víctimas sobre el altar, siguieron el método antiguo y no las nuevas prescripciones de Moisés (2). Una llama salida del altar les quemó el pecho y el rostro; murieron sin poder ser socorridos... Y murieron víctimas de un secreto que su ignorancia presuntuosa desafiaba sin conocerle. El severo legislador cubrió con el velo de la venganza celeste las consecuencias de su impericia; o más bien, según el principio que hemos establecido, la presentó justamente a la credulidad de su pueblo como un sacrilegio castigado súbitamente por la cólera de Dios vivo.

Esta experiencia no fué perdida para él. Donde los hijos de su hermano, sin participación suya, habían hallado el terrible castigo de su negligencia, encontrarán sus adversarios un peligro constante e inevitable. Era poco haber hecho caer a Abirón y Dathán, a los jefes de una de las sediciones más temibles que haya hecho abortar la superioridad del legislador: doscientos cincuenta partidarios suyos quedaban todavía, guiados y animados por Corés; ejercían sobre el espíritu del pueblo una influencia proporcionada a la consideración que merecían sus virtudes. Moisés les invitó a presentarse al mismo tiempo que Aarón y sus hijos, con el incensario en la mano, se hallaban ante el tabernáculo del Señor. De pronto, una llama milagrosa les rodeó,

(1) *Levítico*, cap. 10, vers. 8 - 11.
FL. JOSEFO, *Ant. jud.*, libro III, cap. 9.

haciéndoles perecer y hasta desaparecer por completo (1). Extraños a la ciencia oculta del legislador, en el instante mismo en que hicieron humear el incienso ante el altar, dieron, como Nadab y Abiú, la señal de su muerte.

Transportémonos a un pueblo cuyos primeros siglos históricos, gracias a las narraciones maravillosas que los llenan, quedan generalmente relegados a las indefinidas edades de la mitología.

Que el lector imparcial siga con nosotros la marcha de una de esas relaciones; y analice minuciosamente todas las expresiones de que se vale Déjanire para pintar los primeros efectos de la *Sangre de Neso*, *filtro* maravilloso con el que ella ha impregnado la preciosa túnica que ha de hacer tornar enamorado el voluble corazón de su esposo (2). «Neso »me recomendó que guardase este licor en un sitio tene»broso, hasta el momento en que quisiera servirme de él: »y eso es lo que he hecho... Hoy, *entre las tinieblas*, y con »un copo de lana, he teñido con este licor la túnica, sa»cándola después de haberla metido en una caja *sin que »le diera la luz*... El copo de lana, expuesto al sol sobre »una piedra, se ha consumido por sí mismo, sin que nadie »le haya tocado. Quedó reducido a ceniza, convertido en »un polvo semejante al que hace caer la sierra de la ma»dera. He observado que, encima de la piedra donde le »había puesto, hervían borbotones de espuma, parecidos a »los que produce, en otoño, el vino vertido desde muy »alto.»

El químico que lea estos detalles, desprovistos de todo sabor mitológico, ¿qué reconocerá en ese pretendido *filtro* dado por la mano de la venganza, y al cual su consistencia, su color, o cualquiera otra propiedad aparente, han hecho

(1) *Números*, cap. 5, vers. 7 - 17 - 18 - 35. — JOSEFO, *Ant. Jud.*, libro IV, cap. 3. — *Eclesiastés*, cap. 45, vers. 24.
(2) SÓFOCLES, *Trachino*, acto IV, escena primera.

merecer el nombre de sangre? Un fósforo líquido de azufre (1) al que la proporción de sus elementos determina a inflamarse espontáneamente, tan pronto está expuesto a la luz y al ardor del sol. El ácido fosfórico, producto de su combustión, hace sobre la piedra la viva efervescencia que ha extrañado a Dejanire, y la ceniza de la lana queda reducida a un fosfato seco e insoluble.

Se viste Hércules con la túnica fatal; luego inmola doce toros; pero, apenas ha prendido la hoguera en que están dispuestas las víctimas, se hace sentir el efecto deletéreo del *filtro* (2). La proximidad de las llamas — dirá el químico — y el húmedo calor de la piel de un hombre que acciona con fuerza y vivacidad ante una hoguera encendida, determinarán, infaliblemente, aunque sin inflamación visible, la descomposición del fósforo extendido sobre la vestimenta. El ácido, completamente seco, y, por lo tanto, más cáustico, obrará sobre todos los puntos del cuerpo, desorganizará la piel y la carne, y entre inexpresables dolores, llevará al infortunado a la muerte. Sería difícil librarle de ella o detener la acción, una vez comenzada, de esas substancias devoradoras, aun hoy mismo, en que su naturaleza no se ignora; antaño hubiera sido imposible.

Descubriendo una conformidad tan perfecta entre el cuadro pintado por Sófocles y las explicaciones de la ciencia, ¿se puede suponer de buena fe, que todo ello no sea debido más que al azar que se ha complacido en hacer coincidir exactamente los sueños de la imaginación de un poeta con las operaciones de la Naturaleza? Es más discreto admitir que los detalles de estos hechos maravillosos se hayan conservado en la memoria de los hombres; que el poeta

(1) Una parte de fósforo combinada a otra parte de azufre compone un fosfuro que queda líquido a la temperatura de 10° y se inflama a la de 25°.
(2) SÓFOCLES, *Trachino*, acto IV, escena segunda.

podía apartarse tanto más de la tradición admitida, cuanto menos conociera su origen; y que este origen pertenecía a la ciencia oculta, a la magia, cultivada en Tesalia, en la patria de Neso, desde los tiempos del asedio de Troya (1).

Persuadido de que el trágico griego ha descrito los efectos de un secreto físico que quizá existiera todavía en sus tiempos, en todos los templos, he hecho conservar a la *sangre de Neso* la propiedad de inflamarse espontáneamente a la luz, aunque ello no sea una condición esencial del fenómeno que debía producir. Todo cauterio potencial, repartido en dosis suficiente por la superficie del cuerpo, ejercería en él la misma acción; determinaría en él los mismos dolores y hasta la misma imposibilidad de arrancar la vestidura que se hubiera teñido con la fatal composición, sin arrancar a la vez piel y carne, y sin redoblar, en lugar de disminuir, los sufrimientos de la víctima irrevocablemente destinada a la muerte (2).

El veneno vertido por Medea sobre la túnica que envió a su rival, se parece, por sus efectos, al que empleó Déjanire, sin conocer su maldad. Pero este mito presenta además una circunstancia importante. De la banda de oro ofrecida con la túnica a la desgraciada Creusis, salieron unas llamas inextinguibles (3). Como no se puede suponer en este caso ni una elevación de temperatura ni la acción de un sol ardiente, la inflamación espontánea descubre el empleo de la nafta, que se prende fuego con la sola aproxi-

(1) PLINIO, *Historia natural*, libro XXX, cap. 1.

(2) A fines del siglo pasado, el señor Steinacher, farmacéutico de París, fué llamado a una casa, so pretexto de asistir a un enfermo. Unas personas que pretendían divertirse a su costa, idearon el bárbaro juego de cubrir a la víctima de vejigatorios y retenerla en tal estado durante varias horas. Cuando recobró la libertad, los cuidados más activos y mejor dirigidos fueron inútiles; agonizó durante un largo espacio de tiempo y murió entre atroces tormentos; los autores del salvaje crimen quedaron impunes y desconocidos.

(3) EURÍPIDES, *Medea*, acto V, escena primera.

mación de un cuerpo encendido. Varios autores refieren que, en efecto, Medea frotó con nafta la túnica y la corona destinadas a Creusis (1). Procopio fortifica esta tradición, al observar, por dos veces, que el licor llamado nafta por los medas, recibe de los griegos el nombre de *aceite de Medea* (2); y, por último, Plinio dice que Medea frotó con nafta la corona de la rival que quería hacer perecer, y dicha corona se prendió fuego en el mismo instante en que la infortunada se acercó al altar para ofrecer en él un sacrificio (3).

En la tragedia de Séneca, Medea, después de haber advertido que «la diadema de oro enviada a Creusis encierra »un fuego obscuro, cuya composición le ha enseñado Pro»meteo, agrega que también Vulcano le ha dado unos fue»gos escondidos bajo un azufre ligero, y que le ha robado »a Faetón los rayos de una llama inextinguible» (4). Levantando el velo de las expresiones figuradas, es difícil no ver aquí un verdadero fuego *griego*, que se encendía con un grano de piróforo o con un poco de nafta, tan pronto como la mezcla fatal estaba dispuesta para ello por el contacto del aire, o por la proximidad de la llama, tal como la que ardía sobre el altar a que se acercó la esposa de Jasón.

No es por inadvertencia por lo que ponemos el fuego griego entre el número de las armas de Medea. ¿Cuál era, según todas las probabilidades, la base del fuego griego? La nafta o *aceite de Medea*. ¿Y esos *toros* que vomitaban fuego para defender el collar de oro que el amor de Medea entregó a Jasón; esos toros, cuyos pies y boca eran de bronce, y que habían sido fabricados por Vulcano, qué eran más que unas máquinas propias para lanzar el fuego griego?

(1) PLUTARCO, *Vida de Alejandro*.

(2) PROCOPIO, *Historias mezcladas*, cap. 11.

(3) PLINIO, *Historia natural*, libro II, cap. 105.

(4) SÉNECA, *Medea*, acto IV, escena segunda.

Fieles al método que nos hemos propuesto, seguiremos la historia de esa arma tan temida otrora, desde los últimos tiempos en que se hizo uso de ella, hasta los más antiguos, en que nada anunciaba todavía que su descubrimiento fuese reciente.

Dos trovadores que vivieron en el primer tercio del siglo XIII, hacen mención del fuego griego; uno de ellos dice que se apaga a fuerza de vinagre (1). Joinville indica un detalle curioso sobre el empleo de aquel fuego que lanzaban los sarracenos sobre los cruzados (2). Los árabes han hecho en todos los tiempos un gran uso de los dardos inflamados para el ataque y la defensa de sus plazas; hasta el punto de que el jeque de Barnon, que tiene de tal pueblo todos esos conocimientos, se quedó muy asombrado al saber, hace algunos años, que los ingleses no empleaban en la guerra dicho medio de destrucción (3).

Manuel Comneno empleó fuego griego sobre las galeras que armaba para combatir a Roger de Sicilia; y el historiador hace notar que renovó su uso interrumpido *desde mucho tiempo antes*; sin embargo, Alejo Comneno lo había empleado contra los pisanos: sobre la proa de sus navíos se veían unos leones de bronce, que vomitaban llamas en todas las direcciones que se les quería dar (4). Ana Comneno habla también de fuegos que lanzaban sobre el enemigo unos soldados armados con tubos bastante parecidos a nuestros cañones de fusil. Pero, según ella, se los preparaban con una mezcla de azufre y de resina reducida a polvo: indicación falsa, pues una composición semejante se fundiría antes de inflamarse y no saldría al exterior con explosión.

(1) MILLOT, *Historia literaria de los trovadores*, tomo I, pág. 380; tomo II, páginas 393 y 394.
(2) *Memorias de Joinville*, edición infolio de 1761, página 44.
(3) *Viajes de Denham, Oudney y Clapperton*, tomo I, págs. 115 y 238.
(4) ANA COMNENO, *Historia*, libro IX, cap. 9.

Se presentan aquí tres observaciones: Primera. Los *leones* de bronce empleados por Alejo Comneno recuerdan los *toros ignívoros*, fabricados de bronce por Vulcano. Segunda. Entre la expedición marítima de Alejo y la de Manuel Comneno habían transcurrido apenas setenta años. Un tan corto lapso de tiempo había bastado para hacer olvidar casi enteramente el fuego griego: ¡cuántos otros procedimientos de la ciencia secreta han debido morir por un desuso prolongado durante más tiempo aún! Tercera. La engañosa receta que da Ana Comneno para la composición de los fuegos griegos, es una prueba más del cuidado con que se rodeaba a tales procedimientos con el doble velo del misterio y de la mentira.

Constantino Porfirogénito recomienda a su hijo que no descubra jamás a los bárbaros el secreto de la composición del fuego griego; que les diga que ha sido traído del cielo por un ángel y que sería un sacrilegio revelárselo. León el Filósofo prescribe poner en los navíos unos tubos de bronce, y colocar en manos de los soldados tubos de menor dimensión; unos y otros deben servir para lanzar sobre el enemigo fuegos que explotan con un ruido parecido al del trueno; pero sólo el emperador es quien dirige la fabricación de esos fuegos (1).

Calínico, de Heliópolis (Siria), inventó, según se dice, el fuego griego, en el siglo VII de nuestra Era: pero no hizo más que encontrar o divulgar un procedimiento, cuyo origen se ha perdido, como tantos otros, en la noche de las iniciaciones. Ciertos iniciados, descubiertos y castigados en Roma, el año 186 antes de Jesucristo, poseían la receta de ese fuego: metían en el agua, sin que se les apagasen, sus antorchas encendidas, «a causa, dice Tito Livio, de la

(1) LEÓN EL FILÓSOFO, *Instituciones militares*, inst. 19, tomo II, página 137.

»cal y el azufre que entraban en su composición» (1). Probablemente añadían a esos ingredientes una substancia bituminosa, como la nafta o el petróleo.

Y Calínico, como los iniciados, había debido sacar el fuego inextinguible de cualquier iniciación asiática. Los persas poseían también el secreto de él; pero se reservaban su uso para los combates. «Componían un aceite con el que »frotaban varias flechas que, lanzadas con una moderada »fuerza, llevaban, allí donde caían, devoradoras llamas: »el agua no hacía más que irritar el incendio; no se le po»día extinguir más que ahogándole bajo un montón de »polvo» (2).

Las tradiciones van a parar casi todas al Indostán, así que nos remontamos a la antigüedad, para descubrir, si podemos, a los primeros inventores.

De los diversos autores que han transformado en novela la historia de Alejandro, cuentan unos que el macedonio, llegado a la India, opuso a los elefantes de sus enemigos unas máquinas de bronce o de hierro que vomitaban fuego, y que le aseguraron la victoria (3); otros, por el contrario, describen «numerosos *copos* de encendidas llamas que Ale»jandro vió llover sobre su ejército en las ardientes llanu»ras de la India» (4). Estos diferentes relatos tienen una base común: la tradición de que, en la India, empleábase en la guerra una composición análoga al fuego griego. De una composición semejante se lanzan inflamados dardos un mago y una hechicera en ciertas narraciones maravillosas de origen hindú: los espectadores del combate y

(1) TITO LIVIO, libro XXIX, cap. 13.
(2) PLINIO, *Historia natural*, libro II, cap. 104.
(3) *Extracto* de la novela de *Alejandro el Grande*, según un manuscrito persa... *Biblioteca universal, Literatura*, año tercero, tomo VII, páginas 225 y 226.
(4) Esta tradición, consignada en una *carta* apócrifa *de Alejandro a Aristóteles*, ha sido adoptada por Dante en su *Infierno*, cant. XIV.

los mismos combatientes se resintieron de sus funestos efectos (1). A las ficciones de este género raramente les falta sacar su origen en la realidad. El *fuego que arde y echa chispas en el seno de las ondas*, en lugar de apagarse en ellas, el fuego *griego*, en una palabra, es conocido desde antiguamente en el Indostán, bajo el nombre de *Barrawa* (2). Utilizábase contra las poblaciones sitiadas. «A orillas del »Hyfasis se componía un aceite que, encerrado en vasijas »de barro, y lanzado contra construcciones de madera, con»tra las puertas de una ciudad, las incendiaba de pronto »con una llama inextinguible. Todo lo que se fabricaba »con esta peligrosa substancia era entregado al rey; nin»guna otra persona tenía permiso para conservar ni una »gota siquiera» (3). Se ha rechazado esta narración de Ctesias y Eliano, porque se ha encontrado poco verosímil lo que añaden estos historiadores sobre la manera de componer el aceite inextinguible; se les había asegurado que se sacaba de una *serpiente de mar* muy peligrosa. Esta circunstancia no parece estar absolutamente desprovista de verdad. Filostrato dice que se extrae el aceite inextinguible de un animal *fluvial*, parecido a un *gusano* (4). En el Japón, el *inari*, lagarto *acuático*, negro y *venenoso*, da un aceite que se quema en los templos (5). Nada impide creer que en la India se uniese a la nafta, elemento del fuego inextinguible, una grasa o aceite animal, para dar más cuerpo al proyectil incendiario y mayor duración a su acción. Suponiendo además que Ctesias y Eliano hayan comprendido y traducido mal los datos que recopilaron, o que

(1) *Las Mil y una Noches*, noche LV, tomo I, páginas 320-322.
(2) *Sacuntala* o el *anillo fatal*, acto III, escena segunda.
(3) ELIANO, *De nat. animal*, libro V, cap. 3.
(4) Se trata de un *gusano* que nace en el río Indus, y que tiene siete codos de largo y un grueso proporcionado. — ELIANO, *De nat. animal*, libro V, cap. 3. — FILOSTRATO, *Vida de Apolonio*, libro III, cap. 1.
(5) KAEMPFER, *Historia del Japón*, libro III, cap. 3, pág. 53.

adrede les hayan dado una información errónea, no por ello deja de ser el hecho en sí menos verosímil. Es menester decirlo de nuevo: nos apresuramos demasiado a acusar de absurdas las narraciones de los antiguos. Para confirmar lo que ellos han dicho del fuego griego, Cardan había indicado el medio de preparar unos artificios dotados de las mismas propiedades (1); dispuesto a refutar a Cardan, Escalígero, hombre más erudito que sabio y más presuntuoso que erudito, se burló descaradamente de los que prometían que sus composiciones físicas se inflamarían, expuestas a los rayos del Sol, o rociadas con agua (2): un estudiante de física se burlaría hoy de Escalígero, produciendo ante su vista las dos maravillas que él consideraba imposibles.

(1) CARDAN, *De subtilitates*, libro II.
(2) J. C. SCALIGER, *Exoteric. exercit. ad Cardan*, XIII, núm. 3.

CAPITULO XXVI

Composiciones análogas a la pólvora. Minas practicadas por Samuel; por los sacerdotes hebreos de la época de Osías y de Herodes; por los sacerdotes cristianos en Jerusalén, en tiempos del emperador Juliano, y en Siria, durante el califato de Motassem; por los sacerdotes de Delfos, para rechazar a los persas y a los galos. Antigüedad de la invención de la pólvora; verosímilmente originaria del Indostán, ha sido conocida en todos los tiempos en China. Sus efectos, descritos poéticamente, han parecido fabulosos. Ejército tártaro derrotado por la artillería. Sacerdotes de la India que emplean el mismo medio para lanzar el rayo a sus enemigos. El rayo de Júpiter comparado a nuestras armas de fuego. Diversos milagros explicados por el empleo de tales armas. La pólvora ha sido conocida en el Bajo Imperio, y probablemente, hasta en el siglo XII.

Los fenómenos físicos y los servicios que de ellos sabe sacar la ciencia se encadenan unos a otros. El examen de los brillantes milagros que producían espontáneas inflamaciones, nos ha llevado a la discusión de los recursos que el taumaturgo empleaba en la guerra para transformar el fuego en arma de ataque o de defensa. Entre los hechos que hemos citado, hay alguno que hace ya presentir que se han conocido desde muy antiguamente unas

composiciones píricas más o menos análogas a la pólvora; y que aquellos tubos que lanzaban un fuego cegador con un ruido parecido al del trueno, han podido llegar a ser los primeros esbozos de nuestros cañones y de nuestros fusiles (1). Luego no sería muy aventurado afirmar que los antiguos poseían el medio de imitar, de esta manera, los más temibles azotes de la Naturaleza: bien cuando horadando la tierra con minas, la entreabrían en abismos bajo los pies de sus enemigos; bien cuando lanzaban a lo lejos dardos tan ardientes, tan rápidos, tan inevitables como la caída del rayo.

Más explícito que el autor del *libro de los Números*, Josefo pone un día de intervalo entre la sedicción suscitada entre los hebreos por Coré, Dathán y Abirón, y el castigo de los dos últimos. Se sabe que se los tragó la tierra. Al fijar un plazo de veinticuatro horas, tuvo Moisés el tiempo necesario para practicar una mina bajo las tiendas de sus enemigos, idéntica a las que usaban los guerreros europeos antes de la invención de la pólvora: una profunda excavación sostenida por estacas que el fuego consumió a una señal dada. Lo que da más probabilidad a esta explicación es la prolijidad del discurso que el historiador pone en boca de Moisés, y que es el anuncio preciso que hace Moisés en el libro santo del género de muerte que va a vengarle y a probar a la vez la verdad de su misión (2).

Sin embargo, la dificultad de terminar, en una noche, un trabajo tan considerable como el que hubiera exigido la confección de aquella mina; el movimiento de la tierra, *sacudida como las olas del mar por una violenta tempestad*; el espantoso ruido *que señala la apertura del abismo*; la prontitud con que se cierra la sima sobre las víctimas que acaba de devorar (1); todas estas circunstancias reunidas parecen más bien indicar la explosión de una mina tal como se practica hoy en los sitios, donde se llena una excavación poco considerable, de una composición fulminante, propia para levantar el suelo y hundir bajo sus escombros todo lo que estuviese en la superficie.

(1) Bacon se inclinaba a creer que los macedonios habían conocido una especie de *centella mágica*, cuyos efectos debieron acercarse a los del cañón. *Enciclopedia metódica*, *Filosofía*, tomo I, pág. 341, primera columna.

(2) FL. JOSEFO, *Ant. jud.*, libro IV, cap. 3.

No puede suponerse que la mina estuviera cargada de una mezcla de azufre y limaduras de hierro, como la que constituye la composición del *volcán de Lemery*. Al inflamarse, esa mezcla no daría a la tierra más que una sacudida demasiado ligera. ¿Era, pues, una composición análoga a la de la pólvora? Admitamos la afirmativa, y supongamos que los sucesores de Moisés se hayan ido transmitiendo tras él, ese secreto de mano en mano; y como es probable que aquellos jueces que no pertenecían a la clase sacerdotal hayan tenido tras sí a sacerdotes que les conciliasen el favor del pueblo, que les instruyesen y les hicieran moverse; nos inclinamos, con Roger Bacon, a transformar en granadas llenas de una composición pirotécnica, los vasos y las lámparas que facilitaron a Gedeón la conquista de Jericó. El jefe hebreo no empleó en aquella expedición más que un pequeño número de guerreros, eligiéndolos con grandes precauciones: ¿no lo haría para disminuir las probabilidades de la divulgación del secreto?

Encontramos igualmente la explicación más clara, y acaso la única admisible, de la derrota de los filisteos, bajo la judicatura de Samuel. El libro de los Reyes se limita a decir que el Señor hizo tabletear sus truenos con estrépito, sobre los enemigos de Israel, que huyeron llenos de terror (2). Josefo describe a los filisteos atacando al pueblo de Dios, en el mismo lugar en que se había reunido

(1) *Números*, cap. 16, vers. 25-30.

(2) *Reyes*, libro I, cap. 7, vers. 10.

para ofrecer un solemne sacrificio: en el sitio al que Samuel, si se juzga por lo prolongado de la ceremonia y por la publicidad de la asamblea que la había precedido, tuvo sin duda el designio de atraerles (1); se tambalean y caen en simas súbitamente abiertas: retumba por doquier el estampido del trueno, llamas vivísimas ciegan sus ojos y hacen presa en sus manos; incapaces de soportar por más tiempo el peso de las armas, vencidos sin combate, sólo se libra de la venganza un corto número, gracias a la huída.

Estas circunstancias recuerdan demasiado bien las de la muerte de Dathán y de Abirón, para que ambos milagros no hayan sido producidos por la misma causa. Pero, se objetará, que el empleo de tal secreto, si lo hubiesen poseído desde luego los judíos, se habría renovado en las desastrosas guerras que desolaron a los reinos de Israel y de Judá... No: los sacerdotes, que eran sus depositarios, no se apresuraron a hacer partícipes de ellos a unos reyes que no se dignaban considerarlos como sus iguales, o más bien, como sus maestros. Pero un indicio revela que el mismo secreto subsistía entre sus manos, trescientos cincuenta años después. En el instante que Osías, sordo a las admoniciones del gran sacerdote, fué milagrosamente atacado de lepra, la tierra tembló; derrumbóse, al oeste de la ciudad, gran parte de la montaña, y cerró con sus restos el gran camino, cubriendo a la vez el jardín del rey (2). De la coincidencia de los dos acontecimientos, se deduce que, por un temblor de tierra artificial, por el efecto de una mina, se tuvo cuidado de distraer la atención del rey y de las personas que le acompañaban, de suerte que no pudiesen advertir los medios que se utilizaban para producir el milagro principal.

(1) Fl. Josefo, *Ant. jud.*, libro VI, cap. 2.
(2) Fl. Josefo, *Ant. jud.*, libro VI, cap. 2.

Siete siglos y medio separan esta época de aquella en que Herodes descendió al monumento de David, con la esperanza de desenterrar de él inmensos tesoros. Su avaricia no se satisfizo con las riquezas que pudo sacar, y, llevando más lejos su búsqueda, hizo abrir los subterráneos en que reposaban los restos de David y Salomón. Una impetuosa llama salió de allí súbitamente: dos guardias del rey murieron sofocados y quemados (1). Michaelis atribuye este prodigio a los gases que se escaparon del subterráneo, y que inflamaron las antorchas destinadas a alumbrar a los obreros que desescombraban la entrada (2). Pero éstos, en tal caso, hubieran sido las primeras víctimas; la expansión de los gases no podría dejar de tener lugar, así que se hubiese practicado una abertura en el subterráneo. Se puede creer más bien que los sacerdotes, que tenían más de un motivo para odiar a Herodes, los sacerdotes que miraban las riquezas encerradas en el monumento de David como propiedad de su poder teocrático, y que estaban por tanto justamente indignados por el sacrílego saqueo que acababa de cometer el príncipe idumeo, procuraron atraerle al subterráneo interior, aguijoneando su avaricia, tras haber preparado medios seguros de hacerle perecer, si, como se podía esperar, quería penetrar allí el primero.

Michaelis atribuye asimismo a la inflamación de los gases subterráneos el milagro que interrumpió los trabajos ordenados por el emperador Juliano para la restauración del templo de Jerusalén, y del que los cristianos se congratularon demasiado ruidosamente para que se les creyese autores de él. Esta explicación nos parece menos plausible aún que la primera; en los globos de fuego que surgieron entre los escombros, hiriendo y poniendo en fuga a los obreros;

(1) Fl. Josefo, *Ant. jud.*, libro XVI, cap. 2.
(2) *Enciclopedia científica de Gottinga*, año tercero, sexto cuaderno, año 1783.

en las sacudidas del suelo que derribó diversos edificios, si en todo ello no se quiere reconocer el efecto de una mina, ¿qué señales serán precisas para reconocerlo?

Hay que observar que este milagro no convirtió al cristianismo ni a los judíos de Jerusalén, ni al emperador Juliano, ni siquiera a Amiano Marcelino que nos ha transmitido su historia. Esto confirma lo que hemos dicho sobre la opinión generalmente admitida respecto a la naturaleza de los milagros: éste, como tantos otros, no pareció más que una brillante operación de la ciencia secreta.

Más de quinientos años después, el octavo de los kalifas abasidas, Motassem, prescribió imperativamente a los cristianos de Siria que abrazasen el islamismo, a menos que, por la eficacia de sus preces, pudieran *hacer andar una montaña*. Obtuvieron un plazo de diez días al expirar el cual, a la voz del más santo de ellos y ante la vista del kalifa, *se movió la montaña, y la tierra tembló de una manera singular* (1). También en este caso es difícil ignorar la intervención de una mina que se ha preparado, durante el intervalo de los diez días pedidos como plazo, cavando a bastante profundidad para que su explosión no salga al exterior, y limite su efecto a sacudir hasta una gran distancia el suelo que la cubre.

Consultemos ahora los anales de Grecia. Los sacerdotes de Apolo, en Delfos, después de haber hecho anunciar por la voz del oráculo, que su dios sabría muy bien salvar su templo por sí mismo, le preservaron, en efecto, de la invasión de los persas, y más tarde de la de los galos, por la explosión de minas puestas en las rocas que lo rodeaban. Los asaltantes fueron aplastados por la caída de innumerables bloques, que una mano invisible hacía llover sobre ellos, en medio de unas llamas devoradoras (2).

(1) *Viajes de Marco Polo*, capítulos 27, 28 y 29.
(2) HERODOTO, libro VIII, capítulos 37 - 39.

Pausanias atribuye el descalabro de los galos a un temblor de tierra y a una *tormenta milagrosa*; y describe así su efecto: «El rayo no sólo mataba a aquel que hería; »una exhalación inflamada se comunicaba a los que estaban cerca, reduciéndolos a ceniza» (1).

Pero la explosión de diversas minas, por violenta que se suponga, ¿habría producido la destrucción total de los sitiadores, como parecen creer los historiadores? No, puesto que vemos a los mismos galos hacer en seguida, y con éxito, una incursión por Asia; luego en Delfos habían sido derrotados pero no exterminados.

Los milagros hechos en Jerusalén y el que salvó momentáneamente de la opresión a los cristianos en Siria, pudieron (concentrados sobre un punto único) ser la obra de un pequeño número de fieles, determinados al silencio por interés de su religión. Pero los trabajos de minas considerables, cavadas en las rocas de Delfos, ¿no hubieran exigido el concurso de demasiados cooperadores para que su secreto pudiera conservarse bastante tiempo? Se podría contestar que los detalles más sencillos y más pesados eran confiados a obreros ordinarios, que no pensaban adivinar su objeto, ni divulgarlo; o que hasta probablemente las excavaciones eran practicadas mucho tiempo antes, como lo suelen ser en los trabajos de defensa de nuestras plazas fuertes, de un modo que no se tiene necesidad más que de depositar en ellas la composición fulminante. Una respuesta más decisiva nos proporciona la tradición histórica: Todos los griegos, de Delfos a las Termópilas, estaban iniciados en los misterios del templo de Delfos. Su silencio sobre todo lo que se les ordenaba callar, estaba, pues, garantizado, por el miedo a las penas prometidas a una perjura revelación, y por la confesión general exigida a los aspirantes a

(1) PAUSANIAS, *Phoc*, cap. 23.

la iniciación: confesión que les ponía en el caso de temer más la indiscreción del sacerdote que su propia indiscreción.

Notad por último, que el dios de Delfos, tan poderoso para preservar su templo de la avaricia de los extranjeros, no trató de sustraer sus riquezas de las manos de los focidienses. Cuando éstos encontraron allí recursos para defender su patria contra la hipócrita ambición de Filipo, habían probablemente obtenido o arrancado el consentimiento de los sacerdotes, y no temían un milagro destructor que casi no se podía efectuar más que con el consentimiento de dichos sacerdotes y con su concurso.

Es tal la costumbre de creer muy moderno el uso de la pólvora, que unos hechos tan notables han quedado inadvertidos, o al menos no han llevado a la conclusión de que los pueblos antiguos hayan conocido cualquiera composición casi tan mortífera como ella. No obstante, «lo que ha es»crito Egidio Colonna (1), sobre las máquinas de guerra em»pleadas a fines del siglo XIII, hace suponer que la inven»ción de la pólvora es mucho más antigua que lo que se »piensa, y que esta temible composición no sería tal vez »más que una modificación, un perfeccionamiento del fue»go griego, que se conocía varios siglos antes que la pól»vora.»

Creemos haber demostrado que la invención del fuego griego se remonta a una alta antigüedad; luego pensamos que Langlès ha tenido razón al hacer retroceder igualmente la época de la invención de la pólvora. He aquí, en substancia, los hechos en que apoya su opinión (2): Los moros han hecho uso de la pólvora, en España, a principios del siglo XIV. Desde 1292, había celebrado en sus versos, un

(1) Monje romano que tomó parte en la educación de Felipe el Hermoso. — *Memorie della reale Accademia delle Scienze di Torino*, tomo XXIX. — *Revista enciclopédica*, tomo XXX, página 42.

(2) LANGLÈS, *Disertación inserta en la Colección enciclopédica*. Año cuarto, tomo I, páginas 333 - 338.

poeta de Granada, ese medio de destrucción: todo indica que los árabes se sirvieron de él contra la flota de los cruzados, en tiempos de San Luis; en 690, lo habían empleado en el ataque a la Meca. Los misioneros han comprobado que la pólvora se conoce en la China desde tiempo inmemorial. Igualmente se conoce en el Tibet, y en el Indostán, donde siempre se han valido de fuegos artificiales y de balas de fuego en la guerra y en las públicas diversiones. En las comarcas de este vasto país que jamás fueron visitadas por los europos ni por los musulmanes, se ha comprobado el uso de cohetes de hierro unidos a un dardo que llega a las filas enemigas por el impulso de la pólvora. Las leyes recopiladas en el *Código de los Gentous*, cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos, prohiben las *armas de fuego* (prohibición que sin duda no las permitió llegar a ser comunes). Las leyes distinguen los *dardos de fuego*, y los dardos que *matan cien hombres a la vez*; éstos recuerdan el efecto de nuestros cañones. Los indios, como no conocían el uso de los morteros, cavaban hoyos en la roca y los llenaban de pólvora para hacer llover piedras sobre sus enemigos (precisamente como los sacerdotes de Delfos lanzaron una granizada sobre los persas y los galos). Y en fin, un comentario de los *Vedas* atribuye la invención de la pólvora a *Visvacarma*, al artista-Dios, que fabricó los dardos que utilizaron los dioses para combatir a los genios malos.

¿Sería en este párrafo de la mitología hindúe, que cualquier viajero había podido saber, dónde Milton habría sacado la idea de atribuir a los ángeles rebeldes la invención de la pólvora y de las armas de fuego? Langlès ha omitido esta semejanza: el derecho que tienen los poetas a inventar le ha parecido que sin duda debilitaba demasiado la autoridad de sus narraciones. Pero le habría sido fácil hallar, en la autoridad menos recusable de los hechos físicos,

la confirmación de sus conjeturas. Podía haber observado que en el Indostán y en la China, está el suelo de tal modo impregnado de salitre, que esa sal cristaliza a menudo en la superficie de la tierra.

Este fenómeno, que ha debido hacer imaginar muy pronto (y facilitar también) la confección de las composiciones píricas, la ha hecho ser al mismo tiempo vulgar, a pesar de su importancia, que le llamaba a formar parte de las ciencias ocultas y sagradas. El también es quien ha dado a la pirotecnia asiática sobre la pirotecnia europea, una autoridad tan grande y una superioridad a penas discutida todavía. Una y otra ventaja han excitado a menudo nuestra incredulidad; ¡buen modo de reconocer que se sabe hacer en otras partes lo que no sabemos hacer nosotros! Fontenelle dice que en la China, según los anales de este Imperio, «se ven mil estrellas a la vez que caen del cielo »al mar con gran estruendo, o que se disuelven y van en »el aire... Una estrella que se va corriendo hacia el Oriente, estalla al fin con gran ruido (1)». ¿Cómo no ha reconocido el ingenioso filósofo en esta descripción los efectos de los *cohetes* y de las *bombas de artificio*? (2). Se sabía, sin embargo, que los chinos sobresalían en componer unos y otras: Fontenelle prefirió tomar a broma la presunta ciencia astronómica de los chinos.

Con mayor motivo, se ha puesto en ridículo un notable trozo del viaje de Plancarpin. Los tártaros contaron a este monje, que el *Padre-Juan*, rey de los cristianos de la gran India (probablemente un jefe del Tibet, o de cualquiera

(1) FONTENELLE, *De la pluralidad de los mundos*, sexta parte.

(2) «A very brilliant meteor, as large as the moon, was seen finally splitting in to sparkles, and illuminating the whole valley». (ROSS, *Second voyage to the artic regions*, cap. 48.) Se podría creer que la tradición china se refiere a un hecho análogo al que ha observado Ross; pero ningún europeo ha visto parecidos meteoros en China y, en cambio, todos los viajeros alaban los fuegos artificiales de aquel país.

otra región en que se profesara la religión lámica), atacado por Tossuch, hijo de Tchinggis-Khan, lanzó contra los asaltantes unas figuras de bronce, montadas a caballo. En el interior de las figuras había fuego y, detrás, un hombre *que echó dentro alguna cosa*, lo que produjo al momento mucho humo, dando a los enemigos de los tártaros tiempo para destruirlos (1). Es difícil creer que un humo violento baste para poner en fuga, como un enjambre de abejas, a los compañeros de armas de Tchinggis. Aun cuesta menos trabajo reconocer, en las figuras de bronce, bien unos pequeños pedreros, bien unos cañones semejantes a los de la China que, *desmontándose en diversas partes, podían ser fácilmente transportados por caballos* (2); piezas de artillería, en fin, que arrojarían ciertamente, otra cosa más sólida que el humo. Los soldados de Tossuch, no conocían tales armas y tras abandonar en la huída, sus muertos y sus heridos, no pudieron hablar a Plancarpin más que de lo que habían visto: del humo y de la llama; pero para nosotros, la verdadera causa de su derrota, no es obscura ni milagrosa. Sabemos qué relaciones han tenido en todo tiempo con la China, el Tibet y los pueblos que siguen la religión lámica: pero, un nieto de Tchinggis-Khan tenía en 1254, en su ejército, un cuerpo de artilleros chinos; y, desde el siglo X, se conocían en China los *carros del rayo* que producían los mismos efectos que nuestros cañones, y por los mismos procedimientos (3). No pudiendo fijar la época en que ha comenzado en aquel Imperio, el uso de la pólvora, de las armas de fuego, y de la artillería, la tradición nacional atribuye su invención al primer rey del país. Este prín-

(1) *Viaje de Plancarpin*, art. 5, página 42.

(2) P. MAFFEI, *Historia índica*, libro VI, página 256.

(3) ABEL REMUSAT, *Memoria sobre las relaciones políticas de los reyes de Francia con los emperadores mongoles*. — *Diario asiático*, tomo I página 137.

cipe era *muy versado en las artes mágicas* (1): luego no sin razón hemos clasificado el descubrimiento con que se le honra, entre el número de los medios de que se servían dichas artes para hacer milagros.

Estas coincidencias fortifican, en vez de contrariar, la opinión de Langlès que atribuye a los indios la invención de la pólvora; a los indios de quienes la China ha recibido sin duda su civilización y sus artes, como también recibió su religión popular.

Los griegos no han ignorado el temible poder de las armas que preparaba en la India una ciencia secreta. Filostrato pinta a los *sabios* que habitaban entre el Hyfasis y el Ganges, lanzando con redoblado coraje el rayo sobre sus enemigos y rechazando así la agresión de Baco y del Hércules egipcio (2).

Recuérdese con qué dardos estaban armados los dioses del Indostán para combatir los genios malos. En la mitología griega, derivación lejana, pero siempre conocible, de la mitología hindúe, los dioses combaten también a los rebeldes titanes, y aseguran su victoria con fulminantes armas. En el relato de este combate numerosos puntos de semejanza hacen coincidir con la moderna artillería el arma del rey de los dioses y los hombres. Los cíclopes, decía el historiador Castor, prestaron socorro a Júpiter con relámpagos y rayos detonantes, cuando combatía con los titanes (3). En la guerra de los dioses contra los gigantes, según Apolodoro, mató Vulcano a Clicio lanzándole *piedras encendidas* (4); Tifón, parido por la tierra para vengar a los gigantes, hacía volar hacia el cielo *piedras inflamadas*,

(1) *Viaje de Linschott a la China*, tercera edición, página 53.
(2) EUSEBIO, *Crónica canónica*, libro I, cap. 13. — Este importante
(3) FILOSTRATO, *Vida de Apolonio*, libro III, cap. 14; libro III, cap. 3. trozo no se encuentra más que en la versión armenia publicada por Zorhab y Mai.
(4) APOLODORO, *Biblioteca*, libro I, cap. 5.

mientras su boca vomitaba torrentes de fuego. Los hermanos de Saturno, dice Hesiodo, liberados de sus ligaduras por Júpiter (1), le dieron el trueno, el rayo destructor y los relámpagos *que tenía la tierra encerrados en su seno*; armas que aseguraron a aquel dios el poderío sobre los hombres y sobre los inmortales... Del seno de la tierra es de donde se saca el salitre, el azufre y el betún de que probablemente se componía la materia fulminante de los antiguos. Por último, entre todas las divinidades, Minerva es la única que sabe donde reposa el rayo (2); los cíclopes los únicos que lo saben fabricar, y Júpiter castiga severamente a Apolo por haber atentado contra la vida de tan preciosos artistas... Olvidemos las ideas mitológicas sujetas a todos estos nombres, y creeremos leer la historia de un príncipe a quien el reconocimiento ha entregado el secreto de fabricar la pólvora, y que está tan orgulloso de poseerle exclusivamente, como lo estuvieron los emperadores de Bizancio de reservarse el secreto de la composición del fuego griego.

La semejanza entre los efectos del rayo y los de las composiciones píricas es tan chocante, que ha sido consagrada en todas las narraciones históricas y mitológicas: no se les ocultó ni aun a los indígenas del continente descubierto por Cristóbal Colón, devastado por los Cortés y los Pizarro; los infortunados tomaron a sus vencedores por unos dioses armados del rayo, hasta que hubieron pagado muy caro el derecho de ver en ellos unos genios maléficos y enemigos de la humanidad.

Esta semejanza parece bastar para explicar el milagro de Elías, cuando hizo caer dos veces el rayo sobre los soldados enviados para aprehenderle en la montaña donde se había retirado (3).

(1) HESÍODO, *Teogonía*, vers. 502 - 507.
(2) ESQUILO, *Euménides*, vers. 829 - 831.
(3) *Reyes*, libro IV, cap. 1, vers. 9 - 12.

Ella explica un trozo que Plinio ha sacado probablemente de algún poeta antiguo, y que ha sido el tormento de los comentaristas. Al tratar del origen de la magia, se asombra Plinio de que este arte estuviese extendido en Tesalia desde los tiempos del sitio de Troya, *cuando tan sólo Marte lanzaba el rayo* (*sólo Marte fulminante*) (1). ¿No hay aquí una visible alusión al poder que poseía la ciencia sagrada y del cual pretendía apropiarse la magia salida de los templos; al poder de armarse con el rayo en los combates, y de producir explosiones rivales del trueno de la tempestad?

Ella explica, en fin, la muerte de los soldados de Alejandro, que perecieron todos heridos por el relámpago y el rayo, al penetrar en el templo de los Cabireos, cerca de Thebas (2); la historia de Porsenna matando de una exhalación a un monstruo que asolaba las tierras de sus súbditos (3); y la de los mágicos etruscos que, cuando Roma estaba amenazada de un asedio por Alarico, ofrecieron rechazar el enemigo lanzando sobre él truenos y rayos; se jactaban de haber hecho ese prodigio en *Narnia*, ciudad que, en efecto, no cayó bajo el poder del rey de los godos (4).

Pero puede objetarse: ¿cómo ha caído en el olvido este arte conocido por los cristianos del siglo IV, por los mágicos etruscos a fines del V, y conservado todavía en Siria, en el siglo IX? ¿Por qué, por ejemplo, describe el historiador Ducas como una invención completamente nueva e ignorada de sus compatriotas, los *falconetes* que utilizaron contra Amurath II los defensores de Belgrado? (5). ¿Y cómo, replicaré, han desaparecido tantas otras artes más extendidas y más inmediatamente útiles? Y, por otra parte, el secreto impuesto por severas leyes, sobre la composición

(1) PLINIO, *Historia natural*, libro XXX, cap. 1.
(2) PAUSANIAS, *Beocia*, cap. 25.
(3) PLINIO, *Historia natural*, libro II, cap. 53.
(4) SOZOMEN, *Historia eclesiástica*, libro IX, cap. 6.
(5) DUCAS, *Hist. imp. Joann*, cap. 30.

del fuego griego, ¿no ha debido existir, todavía más impenetrable para unas composiciones más importantes?

Pero me atrevo a afirmar que ese arte no se perdió hasta muy tarde en el Bajo Imperio. En el siglo V, describía Claudiano en hermosos versos los fuegos artificiales y particularmente los *soles giratorios* (1).

El arquitecto que, bajo Justiniano, trazó los planos y dirigió la construcción de la iglesia de Santa Sofía (2), Anthemio de Tralles, lanzó sobre la casa vecina de la suya los relámpagos y el rayo (3). Otro sabio indica un procedimiento que recuerda la composición de nuestra pólvora, para la fabricación de fuegos propios a ser lanzados sobre el enemigo (4). Por último, esa misma composición, y en las proporciones usadas hoy, ha sido descrita por *Marco Greco*, autor que no ha vivido después del siglo XII, y al que se ha creído hasta anterior al noveno (5). Sería curioso sin duda seguir esas invenciones, desde la época en que todavía existían en el Bajo Imperio, hasta la época en que se extendieron por Europa. Se opone a ello un obstáculo difícil de vencer: la ignorancia, ávida de maravillas y desdeñadora de la sencilla verdad, que tan pronto ha transformado en milagros, como ha convertido en fábulas las narraciones que hubiesen podido instruirnos.

(1) Inque chori speciem spargentes ardua flammas
Scena rotet: varios effingat Mulciber ordes,
Per tabulas impune vagus: pictaeque citato
Ludant igne trabes; et non permissa morari,
Fida per innocuas errent incendia turres.
(CLAUDIAN *De Fl. Mall. Theodors, consulat*, vers. 325 - 329.)
(2) PROCOPIO, *De oedific. Justiniani*, libro I, cap. 22.
(3) AGATHIAS, *De rebus Justiniani*, libro V, cap. 4.
(4) JULIO AFRICANO, *Veter. Mathem*, cap. 44, página 303.
(5) MARCO GRECO, *Liber ignum ad comburendos hostes.*

CAPITULO XXVII

Los taumaturgos podían además hacer maravillas con el fusil de aire, la fuerza del vapor del agua caliente y las propiedades del imán. La brújula ha podido ser conocida de los feacianos, como de los navegantes de Fenicia. La flecha de Abaris era tal vez una brújula. Los fineses tienen una brújula que les es propia; y en China, se hace uso de la brújula desde la fundación del Imperio. Otros medios de producir milagros. Fenómenos de galvanismo. Acción del vinagre sobre la cal. Física recreativa; lágrimas batávicas, etcétera.

Llegamos al término de nuestra tarea: por muy brillantes que sean las promesas que hayamos puesto en boca del taumaturgo, creemos haber probado que a él no le hubiese sido imposible cumplirlas.

El tema no está agotado; en los conocimientos que han poseído los antiguos, podríamos encontrar todavía más de un medio de producir maravillas.

Al hablar de las armas de tiro, no hemos citado las que anima la expansión del aire comprimido. Hoy todavía, para los hombres medianamente instruídos, el mecanismo de un fusil de aire que lanza sin ruido, sin explosión, un mortífero proyectil, tendría algo de milagroso. Filón de Bizancio, que ha debido vivir en el siglo III antes de nuestra Era (1),

(1) *Revista enciclopédica*, tomo XXIII, páginas 529 y siguientes.

ha dejado una descripción exacta del fusil de aire. No se atribuye su invención: ¿hasta qué punto puede ser antigua? Esto es lo que nadie se atreverá a decidir.

Varias historias hablan de agujas envenenadas que se lanzaban con un fuelle; el compendiador de Dión Casio (1) cita dos ejemplos de este crimen impunemente cometido. La prontitud con que obraba el veneno de que estaban impregnadas las agujas, debía, en ciertas ocasiones, hacer su acción más maravillosa. Unos franceses sujetos al servicio de Hyder-Alí y de Tipoo-Saheb, han visto dar la muerte en menos de dos minutos por medio de la picadura de envenenadas agujas, sin que ninguna precaución, ni aun la misma amputación, pudieran impedirlo. Los pueblos antiguos conocían unos venenos no menos rápidos (2). Diremos, pues, una vez más, lo que tantas veces hemos tenido ocasión de decir: ¡cuán fácil es producir milagros con unos secretos semejantes!

La fuerza del agua, evaporada por el calor, es un agente cuyo empleo ha cambiado, en nuestros días, la faz de las artes mecánicas, y que, dando a su acción un progreso siempre creciente, prepara, para las generaciones futuras, una potencia de industria cuyos resultados no podemos medir. ¿Este agente ha sido absolutamente desconocido por los antiguos? Cuando Aristóteles y Séneca atribuían los temblores de tierra a la acción del agua súbitamente vaporizada por un calor subterráneo, ¿no indicaban ya el principio, en el que sólo quedaba intentar la aplicación? Ciento veinte años antes de nuestra Era, Herón de Alejandría ha demostrado cómo se puede emplear el vapor del agua

(1) XIFILIN, in *Commodo*.

(2) Los galos impregnaban sus flechas con un veneno de tal forma eficaz que los cazadores se apresuraban a cortar la parte tocada por la flecha, en el animal que hubiesen matado, por temor a que la substancia venenosa penetrase y corrompiera demasiado pronto la masa entera de la carne.

hirviendo, para comunicar a una esfera hueca un movimiento de rotación (1). Citaremos para terminar, dos casos notables: uno corresponde a Anthemio de Tralles, sabio del Bajo Imperio, citado ya por nosotros: Agathias, contemporáneo suyo, cuenta que para vengarse del habitante de una casa contigua a la suya, llenó de agua varios vasos a los cuales fijó unos tubos de *cuero* bastante anchos en su base para poder cubrir herméticamente los vasos, y muy estrechos en su parte superior. Introdujo los orificios de esta parte superior en las vigas que sostenían el pavimento de la casa blanco de sus iras, e hizo luego hervir el agua; bien pronto el vapor se expandió por los tubos, los infló y dió una conmoción violenta a las vigas que se oponían a su salida... (2). El cuero se hubiese roto cien veces antes que se moviera ligeramente una sola viga... ¿pero eran aquellos tubos verdaderamente de *cuero*? ¿O era un artilugio que empleaba el físico de Tralles para ocultar mejor un procedimiento cuya propiedad se quería reservar? La explicación dada por el crédulo Agathias, por muy extraña que sea, indica que Anthemio conocía la fuerza prodigiosa que desarrolla el agua reducida a vapor.

El otro ejemplo nos lleva a orillas del Weser; allí recibía *Busterich* el homenaje de los teutones. Su imagen, fabricada en metal, era hueca; llenábanla de agua; cerraban, con cuñas de madera, los agujeros practicados en los ojos y en la boca; y ponían luego carbones encendidos sobre la cabeza, hasta que el hirviente vapor de agua hacía saltar las cuñas con estrépito, y se expandía al exterior en torrentes de humo, señales de la cólera del dios a los ojos de sus groseros adoradores (3).

---

(1) ARAGO, *Breve noticia sobre las máquinas de vapor. Almanaque del Negociado de longitudes*, 1829, páginas 147 - 151.
(2) AGATHIAS, *De rebus Justiniani*, libro V, cap. 4.
(3) TOLLÜ, *Epistolae itinerarioe*, páginas 34 y 35.

Si, desde un pueblo poco civilizado, se desciende hasta la infancia de la sociedad, se podrá relacionar la *milagrosa* imagen del dios teutón con las armas *de tiro* de los indígenas de Nueva Guinea; su explosión va acompañada de humo, *aunque esas armas no son realmente mosquetes* (1); este hecho parece indicar un motor análogo al vapor de agua. Sería curioso al menos aclararlo.

¿Sabemos hasta qué punto hacían uso del imán los taumaturgos antiguos? Su propiedad atractiva les era bastante conocida, por haber servido, según dicen, para suspender milagrosamente una estatua de la bóveda de un templo. Cierta o falsa, esta tradición indica que los antiguos hubiesen podido valerse de la atracción magnética para hacer maravillas (2).

La propiedad repulsiva del imán no era ignorada por ellos; pero según el uso adoptado para espesar los velos del misterio, se decía, se quería hacer creer que no pertenecía más que a una sola clase de imán, al imán de Etiopía (3). Sabemos cuán activas son hoy la atracción y la repulsión magnéticas, en los juegos de la física experimental: hemos de recordar que dichos juegos fueron milagros en los templos.

La moderna Europa reclama el descubrimiento de la propiedad que anima a la brújula: esta pretensión es discutible, si es exclusiva. Un trozo notable de la Odisea ha inspirado a un sabio inglés una conjetura ingeniosa: Alcineo dice a Ulises que los navíos feacianos están animados y conducidos por una inteligencia (4); que no tienen, como

---

(1) *Nuevos anales de viaje*, tomo I, página 73.
(2) Vitruvio (De archit., libro IV) y Plinio (Historia natural, libro XXIV), dicen que tal maravilla fué proyectada pero no ejecutada, y en cambio Suidas (verbo *Máyung*), Casiodoro (*Variar*, libro I, cap. 45), Isidoro de Sevilla (*Orígenes*, libro XVI, cap. 4) y Ausonio (*Idilio* X, *Mosella*, vers. 314 - 320) hablan positivamente de su existencia.
(3) ISIDORO HISPALENSE, *Orígenes*, libro XVI, cap. 4.
(4) HOMERO, *Odisea*, libro VIII, vers. 553-563.

los barcos vulgares, necesidad de piloto ni de gobernalle; que atraviesan las olas con la mayor rapidez, a pesar de la profunda obscuridad de la noche y de las nieblas, sin correr jamás el riesgo de perderse. William Cooke explica este párrafo, suponiendo que los feacianos conocían el uso de la brújula y lo habían podido aprender de los fenicios (1).

Haremos algunas observaciones sobre esta conjetura:

1.ª Su autor podía basarse en lo que dice Homero, en distintas ocasiones, sobre la rapidez de la marcha de los navíos feacianos. Guiados al largo por la brújula, su velocidad debía parecer, en efecto, prodigiosa, a unos navegantes a quienes el miedo a perder durante demasiado tiempo de vista la tierra obligaba a bordear casi siempre las costas.

2.ª El estilo figurado que caracteriza el trozo citado, conviene a un secreto que sólo conocía el poeta por sus resultados. Homero transforma así en milagro un hecho natural; y cuando cuenta que Neptuno cambió en una peña el navío que retornó a Ulises a su patria, a fin de que los feacianos no salvasen ya a los extranjeros de los peligros del mar, adopta esta opinión, cuyo origen ya hemos indicado (2), para expresar que el secreto que tan segura hacía la navegación, se había perdido entre los súbditos de Alcineo.

3.ª Es difícil no admitir que los fenicios hayan conocido el uso de la brújula, cuando se recuerdan los frecuentes viajes que sus navegantes hacían a las Islas Británicas; pero no hay nada que pruebe que hubiesen comunicado dicho secreto a los habitantes de Corcyria. Homero, tan exacto en recoger todas las tradiciones relativas a las comunicaciones de los antiguos griegos con el Oriente, no nos proporciona en esta materia dato alguno. Pero nos dice que los feacianos habían habitado largo tiempo en la vecindad de los cíclopes, y se habían alejado de ellos recientemente. Al mismo tiempo, da a los cíclopes el título de hombres *muy ingeniosos* (1): título bien adjudicado a unos artistas versados en la docimasia y en la pirotecnia, y que, desde hace más de treinta siglos, han dejado sus nombres a gigantescos monumentos de arquitectura, en Italia, en Grecia y en Asia. Hemos demostrado en otra parte (2), y tal vez con alguna probabilidad, que los cíclopes, como los curetes, pertenecían a una casta sapiente, llegada de Asia a Grecia, para civilizar y gobernar varias regiones pelasgianas. Sería poco chocante que los feacianos se hubieran aprovechado de la instrucción de aquella casta, antes de quedar bastante cansados de su despotismo para separarse de ellos definitivamente. Hasta se ve que su habilidad o su suerte en los viajes por mar, terminó bien pronto después de tal separación. El padre de Alcineo la había determinado; y, bajo Alcineo, renunciaron los feacianos a la navegación. ¿No sería porque los instrumentos que tenían por la liberalidad de sus antiguos sojuzgadores, habían partido con ellos, y no sabían fabricar otros?

(1) WILLIAM COOKE, *An Enquiry into the patriarchal and druidical religion*, London 1754, página 22.
(2) HOMERO, *Odisea*, cap. III.

Falta demostrar si los cíclopes poseían un conocimiento tan precioso; y eso es casi imposible.

Solamente se sabe que habían ido de Lycia a Grecia, pero quizá no habían hecho más que atravesar la Lycia, y venían de una comarca más interior de Asia, como el hiperbóreo Olen, cuando llevó a Grecia, con un culto y unos himnos religiosos, los elementos de la civilización.

También vino desde los confines de Asia, a Grecia e Italia, aquel Abaris, hiperbóreo o escita, dotado, por el

(1) HOMERO, *Odisea*, libro VII, vers. 4 - 8.
(2) *Ensayo histórico y filosófico sobre los nombres de hombres, pueblos y lugares*, § 81, tomo II, páginas 161 - 172.

dios que él adoraba, *de una flecha con ayuda de la cual recorría el universo.* Se dijo otrora poéticamente, y Suidas y Jámblico lo han repetido, que, gracias a aquel preciado don, *atravesaba Abaris los aires* (1). Se ha tomado en todo su rigor esta expresión figurada. Pero el mismo Jámblico dice inmediatamente después, que «Pitágoras robó a Abaris »*la flecha de oro que dirigía su camino*... que, tras haberle »quitado y escondido la flecha de oro sin la cual no podía »discernir el camino que había de seguir, le obligó Pitágo»ras a que le descubriese su naturaleza» (2). Substituyamos la pretendida flecha con una aguja magnética, de una gran dimensión e igual forma, dorándola para preservarla de la oxidación; y en lugar de una fábula absurda, el relato de Jámblico contendrá un hecho cierto, contado por un hombre que no ahonda en su misterio científico.

Todo ello, sin embargo, no ofrece más que conjeturas más o menos admisibles. Citemos un caso: los fineses poseen una brújula que no les ha sido dada ciertamente por los europeos y cuyo uso se remonta, entre ellos, a tiempos desconocidos. Ofrece la particularidad de que designa el levante y el poniente de verano e invierno, y que los pone de una forma que no puede convenir más que a una latitud de 49° 20' (3). Esta latitud atraviesa, en Asia, la Tartaria entera, la Escitia de los antiguos. Es la misma en que Bailly había llegado a situar el pueblo inventor de las ciencias (4); la misma donde ha sido escrito el *Boundehesch*, el libro fundamental de la religión de Zoroastro, como ha observado Volney (5). Siguiéndola, nos lleva, al Este, a aquella porción de la Tartaria, cuyos pobladores, tan pronto

(1) SUIDAS, verbo *Abaris*. — JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras*, cap. 28.
(2) JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras*, cap. 28.
(3) *Nuevos Anales de viaje*, tomo XVII, página 414.
(4) BAILLY, *Cartas sobre el origen de las ciencias. Cartas sobre la Atlántida.*
(5) VOLNEY, *Obras completas*, tomo IV, páginas 202 y 203.

conquistadores, como conquistados, han tenido constantemente íntimas relaciones con el Imperio chino. Pero, la existencia antiquísima de la brújula, en China, no es negada por nadie (1). Tampoco se argüirá que es falsa la tradición, según la cual, mucho tiempo antes de nuestra Era, un héroe chino se sirvió con éxito de la brújula, para trazarse una ruta en medio de las tinieblas (2).

Encontrando la brújula a la vez entre los fineses y en la China, es natural recordar que el uso de los nombres de familia, desconocidos durante tanto tiempo en Europa, pero existentes desde la más lejana antigüedad en China, parece haber pasado de este país al de los samoyedos, los baschkires y los lapones (3). La extensión que en unos tiempos desconocidos tomó así una institución útil y popular, nos indica qué camino ha podido hacer, aunque sólo sea entre los discípulos de la casta sapiente, un secreto cuya posesión hacía unas maravillas también útiles y más brillantes. Y ella hace probable lo que en principio parecía quimérico: que de la latitud en que nació la religión de Zoroastro, haya podido llegar a las comarcas occidentales del Asia Menor, donde al llegar aquella misma religión, naturalizó la práctica de milagros propios de los sectarios del culto del fuego.

Apresurémonos a decirlo, para prevenirnos de las objeciones en que una parcialidad bastante legítima se mezclaría a un justo amor de la verdad: la existencia de ciertos

(1) Los chinos hacen remontar, en sus tradiciones, el uso de la brújula al reinado de Hoangti, 2600 años antes de Jesucristo. — Se hace mención de las *cajas magnéticas*, o portadoras de brújulas, en las *Memorias históricas* de Szu-ma-thsian, 1110 años antes de nuestra Era. — J. KLAPROFH, *Cartas sobre el origen de la brújula.* — *Boletín de la Sociedad de geografía*, segunda serie, tomo II, página 221.
(2) ABEL RÉMUSAT, *Memorias sobre las relaciones políticas de los reyes de Francia con los emperadores mongoles. Diario asiático*, tomo I, pág. 137.
(3) EUSEBIO SALVERTE, *Ensayo histórico y filosófico sobre los nombres de hombres, pueblos y lugares*, § 21, tomo I, páginas 35 - 44.

conocimientos en la antigüedad, por unos pueblos que nos han sido desconocidos durante tanto tiempo, no prueba del todo que en los modernos tiempos, no hayan *inventado* los europeos verdaderamente las artes y las ciencias que han vuelto a hallar. El arte de la tipografía es tan antiguo en China y en el Tibet como la misma historia de ambas comarcas, pero no hace más de cuatro siglos que el genio de Fausto, Schaeffer y Gutenberg han enriquecido con ella la civilización europea. Y hace algo más de un siglo, que el progreso de las ciencias nos ha llevado a reconocer, en las narraciones de la antigüedad, el arte, encontrado de nuevo por Franklin, de dirigir el rayo. Los sabios, perplejos para fijar la época de la *reinvención* de la brújula y de la pólvora, no lo están tanto para declarar que su uso no se extendió en Europa hasta hace quinientos o seiscientos años. Los secretos de la taumaturgia debían estar muy multiplicados, ya que la casta sapiente casi no estudiaba la física más que para encontrar en ella nuevos milagros, o al menos, nuevos medios de asombrar, de asustar y de dominar a la multitud. Luego si, entre el número de esos secretos, hay varios que han desaparecido sin remedio con los sacerdotes y los templos, puede haber otros, cuya memoria, sepultada bajo una capa fabulosa en ciertos documentos antiguos, saldrá algún día de esa especie de tumba, resucitada por descubrimientos felices que, sin honrar menos a sus autores y al ingenio humano, no serán, sin embargo, más que *reinvenciones*.

Pudiéranse intentar algunos ensayos en esta materia.

La casualidad había revelado a Cotugno los primeros fenómenos del galvanismo: se los reveló al punto a Galvani, que ha merecido el título de inventor, al perfeccionar, por el examen y el razonamiento, un conocimiento primeramente fortuito. Si el azar hubiese enriquecido con el mismo descubrimiento a un antiguo taumaturgo, ¿con qué milagros no habría asombrado a sus admiradores, limitándose a las primeras nociones del galvanismo, y a las experiencias que éstas ponían a su alcance, para ser ejecutadas sobre el cuerpo de un animal recientemente privado de la vida?

Otras nociones menos destacadas servirían también en más de una ocasión, a los designios del taumaturgo.

Incluso en el siglo XVIII, se han visto ciertos hombres que, por medio de una varita mágica o adivinatoria, o advertidos por una especie de sentido interior, pretendían reconocer los manantiales que escondía la tierra a una profundidad más o menos considerable. Cuenta Edrisi que en el corazón del Africa septentrional, se hallaba una caravana expuesta a morir de sed, sobre un terreno árido y arenoso. Uno de los viajeros, negro bereber, cogió un poco de tierra, la olfateó, e indicó el sitio en que se había de cavar para encontrar un pozo de agua dulce: su predicción se comprobó al instante (1). Poned en lugar suyo un charlatán: se vanagloriará de haber hecho un milagro; y el reconocimiento de sus compañeros en aquel peligro apoyará su pretensión.

En el mes de agosto de 1808, hallóse, sobre el altar de la iglesia patriarcal de Lisboa, un huevo que, aun no ofreciendo por otra parte la huella de ninguna operación hecha de mano del hombre, tenía en la cáscara impresa la sentencia de muerte de todos los franceses. Este milagro causó una inquietud creciente entre los portugueses, hasta que los franceses hubieron puesto en las iglesias y distribuído por la ciudad, un gran número de huevos que llevaban escrito, en la cáscara, el mentís de aquella predicción. Una proclamación, anunciada con profusión, explicó al mismo tiempo el secreto del milagro; consistía en escribir sobre la cáscara con un cuerpo graso, y en tener luego el

(1) *Edrisi* (traducción francesa), libro I, cap. 12.

huevo, durante cierto tiempo, metido en un ácido (1).

Por el mismo procedimiento, grabaríanse cartas, jeroglíficos, en hueco o en relieve, sobre una tabla de piedra calcárea, sin que nada revelase luego el trabajo de una mano mortal. Pero los antiguos conocían la acción enérgica que ejerce el vinagre sobre la mayoría de las piedras, aun cuando la hayan exagerado demasiado, al adoptar el cuento que se ha incorporado a la historia del paso de los Alpes por Aníbal (2).

El producto de la base de un vaso por su altura, cualquiera que sea su forma, mide la presión que le hace soportar el líquido que contiene. Este principio, que explica la acción poderosa de la prensa hidráulica, había podido ser conocido en los templos antiguos. ¡Y a cuántos milagros no les habrá facilitado la ejecución! Porque ¿qué es casi siempre un milagro? Un efecto que parece fuera de toda proporción con su verdadera causa. ¿Y qué hay más desproporcionado que una presión enorme para la exigua cantidad del líquido necesario para producirla?

Descendamos hasta los *entretenimientos* de la física experimental. Supongamos que los antiguos taumaturgos hayan conocido unas invenciones cuyos efectos singulares asombrarán siempre al vulgo: las *lágrimas batávicas* (3), por ejemplo, o los *matraces de Bolonia* (4); o hasta juguetes

(1) P. THIEBAULT, *Relación de la expedición a Portugal*, páginas 170 y 171.

(2) El cuento de que se trata, ¿no habrá tenido su origen en cualquier maniobra empleada por Aníbal, para devolver a sus tropas el valor que las quitaba la multiplicidad de los obstáculos que habían de vencer en su marcha? — PLINIO, *Historia natural*, libro XXXIII, cap. 1 y 2. — Dion Cassio, libro XXXVII, cap. 8.

(3) Lágrimas o *cuentas* de cristal que no se rompen si se golpea con un martillo su esférica superficie; pero caen, convertidas en polvo, tan pronto como se rompe el hilo que forma un collar con ellas.

(4) Pequeñas botellas en forma de pera, de vidrio blanco sin recocer. Se puede agitar dentro de ellas, sin romperlas, una bola de marfil o de marmol. Pero si se deja caer en su interior un fragmento de sílice del tamaño de un grano de cañamón, el matraz se quiebra en la mano, en cinco

de niño, tales como el *calidoscopio*, o aquellos muñequillos que, puestos sobre la tabla de armonía de un instrumento de música, se mueven a compás, y dan vueltas, como bailando, uno alrededor del otro. Y pudiéndose hacer maravillas con procedimientos tan poco importantes, ¿no estamos en el derecho de pensar que un gran número de milagros procedían en la antigüedad de parecidas causas? Los procedimientos se han perdido; el recuerdo de los efectos ha quedado.

Podríamos multiplicar las suposiciones del mismo género: pero creemos haber dicho bastante para conseguir nuestro objeto. Dejando a un lado lo que ha pertenecido a la prestidigitación, a la impostura, a los delirios de la imaginación, no hay milagros antiguos que no puedan reproducirse por un hombre versado en las ciencias modernas, bien inmediatamente, o bien aplicándose a descifrar su misterio y a descubrir sus causas; y las mismas ciencias darían facilidad para producir otros milagros, no menos numerosos y no menos brillantes que los que llenan las historias. El ejemplo de lo que nuestros contemporáneos podrían hacer en materia de magia, basta para la explicación de la magia de los antiguos.

o seis pedazos. Estos *matraces* y las *lágrimas batávicas* no interesan más que por su curiosidad; casi no se fabrican ya; cuando no se fabriquen más absolutamente, podrá venir un tiempo en que se negarán a creer sus propiedades milagrosas; parecerán absurdas.

CAPITULO XXVIII

Conclusión. Principios seguidos en el curso de la discusión. Respuesta a la objeción nacida de la pérdida de las nociones científicas de los antiguos. Entre ellos, solamente Demócrito se ocupó de observaciones y de física experimental. Este filósofo veía como nosotros, en las obras mágicas, los resultados de una aplicación científica de las leyes de la Naturaleza. Utilidad de estudiar desde este punto de vista los milagros de los antiguos. Los taumaturgos no incorporaban a ninguna teoría sus sabias nociones: es un indicio de que las habían recibido de un pueblo anterior. Los primeros taumaturgos no pueden ser acusados de impostura; pero sería peligroso seguir hoy sus pasos, intentando subyugar al pueblo con milagros: la voluntaria obediencia a las leyes es una consecuencia cierta del bienestar que las leyes procuran a los hombres.

Nos hemos propuesto devolver a la historia de la antigüedad toda la grandeza que le hacía perder una mezcla aparente de fábulas pueriles, y demostrar que hubo en los milagros, en las obras mágicas de los antiguos, el resultado de conocimientos científicos más o menos elevados e ingeniosos, pero siempre positivos, que los taumaturgos se transmitían en su mayor parte secretamente, esforzándose con el mayor cuidado en escamotear su conocimiento a los demás hombres.

Nos han guiado constantemente dos principios:

Es absurdo admirar, o negarse a creer, como sobrenatural, lo que puede ser explicado naturalmente.

Es razonable admitir que los conocimientos físicos, propios para operar un acto milagroso, existían, al menos para ciertos hombres, en el tiempo y en el país donde la tradición histórica ha situado el milagro.

¿Se nos acusará de cometer en este caso una petición de principio fácil de rebatir negando el hecho mismo del milagro? No; es menester un motivo plausible para negar lo que ha sido comprobado a menudo por diversos autores, y repetido en diferentes épocas; este motivo no existe ya, y el milagro torna a la categoría de los hechos históricos, tan pronto como una explicación, sacada de la naturaleza de las cosas, ha disipado la apariencia sobrenatural que le hacía mirar como quimérico.

Pero insistimos una vez más: ¿cómo unos conocimientos de tan alto interés no han llegado hasta nosotros? Como se han perdido en toda la tierra las historias de la mayor parte de los tiempos pasados, y tantas lumbreras en todos los órdenes de la vida, cuya existencia o se ignora o se duda. A las causas generales de destrucción que han producido esos vacíos inmensos en el campo de la humana inteligencia, se han juntado dos causas particulares cuya energía hemos señalado ya: una es el misterio en que la religión y el interés, a porfía, envolvían a las nociones privilegiadas; otra la falta de una ligazón sistemática, única que hubiera podido establecer entre ellas una teoría razonada; sin cuya ligazón se pierden los hechos aislados, sucesivamente, sin que los que sobreviven hagan posible volver a encontrar los que se hunden poco a poco en el abismo del olvido por la pesadumbre del tiempo, la negligencia, el miedo, la superstición, o la incapacidad.

No juzguemos de los conocimientos antiguos por los

nuestros. La física experimental, considerada como ciencia, data del siglo pasado. No existía antes más que un empirismo caprichoso, dirigido por el azar, extraviado por los delirios de la alquimia. Mas antiguamente, los romanos no han hecho más que copiar los escritos de los griegos, quienes, asimismo, sin intentar más experiencias, copiaban lo que hallaban en otros libros más antiguos, o en los relatos de autores extranjeros que no siempre comprendían. Demócrito parece ser el único que haya sentido la necesidad de observar, aprender y saber por sí mismo (1). Dedicó su vida a hacer experimentos, anotando exactamente en un libro que trataba *de la Naturaleza*, los hechos que él mismo había comprobado (2). ¿Hasta dónde le llevaron unas investigaciones en las cuales ninguna teoría le sirvió probablemente de guía? Difícil es adivinarlo, ya que sus obras desaparecieron hace bastante tiempo. Es seguro, a lo menos, que le habían hecho conquistar una gran autoridad en la opinión general. Era tal en física, y en historia natural, el peso de su opinión, que unos falsarios publicaron bajo su nombre, para hacerlos circular, numerosos volúmenes llenos de fábulas ridículas sobre las propiedades de los minerales, de los animales y de las plantas (3). Plinio, que cita a menudo esas presuntas obras de Demócrito, ha creído en su autenticidad; pero Aulo-Gelio nos ha revelado su impostura, y se indigna justamente del ultraje hecho a la memoria de un gran hombre.

En un trozo, desgraciadamente demasiado conciso (4).

(1) *Enciclopedia metodista. Filosofía antigua y moderna*, tomo I página 319.
(2) PETRONIO, *Satiricón*. — VITRUVIO, *Arquitectura*, libro IX. cap. 3.
(3) AULO GELIO, *Noc. Attic.*, libro X, cap. 12. — COLUMELA, *De re rustica*, libro VII, cap. 5. — DIÓGENES LAERCIO, *Vida de Demócrito*, capítulo final.
(4) «*Accepimus Democritum Abderitem, ostentatione scrupuli hujus* »(catochitis lapidis) *frequenter usum, ad probandum occultam naturoe po*»*tentiam, in certaminibus quoe contra magos habuit.*» (Solin. cap. 9.)

Solín parece que presenta a Demócrito como empeñado en una frecuente lucha contra los magos, oponiendo a sus encantamientos, unos fenómenos en apariencia prodigiosos, pero sin embargo naturales, para demostrarles hasta dónde llega la energía de las ocultas propiedades de los cuerpos. Demócrito, dice Luciano, no creía en ningún milagro (1): persuadido de que los que los hacen limitan sus resultados a engañar, aplicábase a descubrir de qué manera podían engañar; en una palabra, su filosofía le llevaba a la conclusión de que la magia (arte bien conocido por él, puesto que habían sido magos (2) sus instructores) *se encerraba toda ella en la aplicación e imitación de las leyes y creaciones de la Naturaleza*.

Esta opinión, profesada por el primer filósofo conocido que haya estudiado la ciencia como debe ser estudiada, es precisamente la que nos hemos esforzado en establecer. Si no hemos trabajado en vano, tenemos derecho a deducir de ese teorema algunas consecuencias sobre los progresos posibles del conocimiento de la Naturaleza, sobre la historia y los principios de la civilización.

I. Los antiguos, hasta una época a que no nos hemos pretendido remontar, se ocuparon demasiado de hechos particulares que no intentaban agrupar. ¿No caen los modernos en el exceso contrario? ¿No pasan demasiado por alto tantos hechos aislados, consignados en los libros, reproducidos hasta en los laboratorios, porque no tienen ninguna aplicación inmediata para nuestras investigaciones, ninguna relación de unión u oposición con las teorías existentes?

Hemos visto que la historia natural puede aportar algo al examen y discusión de los prodigios relatados por los antiguos. El estudio de sus milagros y de sus operaciones

(1) LUCIANO, *Pseudofilosofía*.
(2) DIÓGENES LAERCIO, *Vida de Demócrito*.

mágicas no dejaría de ser útil para la física y la química. Tratando de llegar a los mismos resultados que los taumaturgos por un camino calculado con arreglo a los medios de acción que ellos nos han dejado entrever o que nosotros les podemos suponer, llegaríase a descubrimientos curiosos y hasta útiles en su aplicación a las artes; y se haría un gran servicio a la historia de la inteligencia humana; volveríanse a encontrar los restos de ciencias importantes, cuya pérdida, entre los romanos y los griegos fué determinada por la falta absoluta de método y de teoría.

II. Por una inevitable consecuencia de esa falta, es por lo que los mágicos y los taumaturgos se muestran inseparables de sus libros, esclavos de sus fórmulas, convertidos en verdaderos aprendices que sólo conocen mecánicamente los procedimientos de su arte, y no distinguen ya ni aun lo que la superstición o la necesidad de imponerle, han mezclado en tal arte de superfluas ceremonias. Los más antiguos, como los más modernos, ofrecen ese rasgo característico. Luego, no habían inventado nada. ¿De quién recibieron sus secretos, sus fórmulas, sus libros, su arte todo entero? Con esta rama del conocimiento humano, como con todas las demás, nos vemos transportados a los tiempos indeterminados en que las ciencias fueron inventadas o perfeccionadas, para decaer en seguida, y no subsistir más que en trozos incoherentes, en la inteligencia de unos hombres que conservaban los oráculos sin comprenderlos. Henos aquí retrocedidos a aquella antigüedad que la historia indica confusamente, porque es tan remotamente anterior a la historia.

III. Hundiéndonos, con ayuda de algunas conjeturas probables, en esa noche que el curso de los tiempos va haciendo, sin cesar, más profunda, nos ha extrañado un chocante detalle: la opinión que atribuía a los milagros y a la magia un origen celeste, no fué al principio una impostura; nacida de la piedad que quería que toda bondad y excelencia emanase de la Divinidad, fué sostenida por el *estilo figurado,* que se conformaba naturalmente a esos sentimientos religiosos. Luego, entre los legisladores que tuvieron que recurrir a aquel agente venerado, para dar estabilidad a sus obras, los más antiguos, a lo menos, no se han basado en una mentira; no han profesado la execrable doctrina de *que es preciso engañar a los hombres.* Juzgáronse inspirados de buena fe, y dieron sus obras maravillosas como pruebas de su misión, porque referían humildemente a la Divinidad sus luces, sus virtudes, sus sublimes concepciones y sus conocimientos más allá de lo vulgar.

Aquellos grandes hombres adoptarían hoy una marcha muy diferente. Actualmente, el que buscase, en el arte de hacer milagros, un instrumento para obrar sobre la civilización, fracasaría muy pronto, porque engañaría a sabiendas, porque su mala fe, contraria a la moral, sería también contraria al espíritu de la *civilización perfectible,* que tiende sin cesar a rasgar los velos que envuelven a la naturaleza y a la verdad.

¿Hay que deducir de ello que, privada de esa enérgica palanca, sea impotente la legislación, sobre la voluntad de los hombres, y que, para dirigir sus acciones, tenga necesidad de una fuerza coactiva siempre subsistente? ¡No! Aunque se haya dicho lo contrario en nuestros días, no hay necesidad de engañar a los hombres para guiarlos cuando se les quiere llevar hacia la felicidad; el hombre que engaña, se cuida menos de servir a los que embauca, que de satisfacer su orgullo, su ambición, o su codicia. La necesidad de ser gobernados domina a los hombres, así que el estado social los reune íntimamente; esa necesidad se acrecienta en una nación, con las luces y el bienestar, y en proporción al deseo razonable de disfrutar, sin zozobra, los bienes que se posean. Y en este sentimiento es donde el

político cuyas intenciones sean rectas, encontrará un apoyo no menos sólido que el que pudiera buscar en la pretendida intervención de la Divinidad; un apoyo que nunca quedará expuesto a los mismos inconvenientes, ni a unas consecuencias tan graves como la ficción religiosa, y nunca amenazará derrumbarse sobre sus bases minadas por la razón y el progreso de los conocimientos naturales. ¡ REYES ! ¡ REINAD PARA VUESTROS PUEBLOS ! Y muy pronto, al sorprendido observador que os pregunte a qué encantamientos son debidos su docilidad y vuestro poder, le podréis contestar con la revelación de este principio: «¡ AHÍ TENÉIS TODA NUESTRA MAGIA ! ¡ VED EL ORIGEN DE TODOS NUESTROS MILAGROS !»

NOTA A

DE LOS DRAGONES Y LAS SERPIENTES MONSTRUOSAS QUE FIGURAN EN UN GRAN NUMERO DE NARRACIONES FABULOSAS O HISTORICAS

En el reino de lo maravilloso, acaso no haya leyendas más frecuentemente reproducidas que las que nos muestran un alado dragón, o una serpiente de monstruosas dimensiones, devorando hombres y animales, hasta que un valor heroico o un poder milagroso han liberado de ellos la región expuesta a sus estragos. Dupuis (1) y Alejo Lenoir (2) han reconocido, en dichas leyendas, la expresión figurada de los temas astronómicos de Perseo, libertador de Andrómeda amenazada por una ballena, y de Orión vencedor de la serpiente; emblemas asimismo de la victoria que obtiene la virtud sobre el vicio, el principio benéfico sobre el principio del mal; y, dejando caer sobre ellos todos los velos alegóricos, de la victoria del sol de primavera sobre el invierno, y de la luz sobre las tinieblas.

Nos proponemos tratar la misma materia desde otro punto de vista: buscaremos como ha sido tan frecuentemente convertido el emblema astronómico en historia positiva;

(1) DUPUIS, *Origen de todos los cultos.*
(2) A. LENOIR, *Del dragón de Metz llamado* graouilly. *Memorias de la Academia céltica,* tomo II, páginas 1 - 20.

qué causas han introducido, en diversos lugares, en la leyenda, notables variaciones; por qué en fin, se han recopilado o traído a esta leyenda otros *mitos*, u otros hechos que, originariamente, eran extraños a ella.

§ 1.°

Unos reptiles llegados a un crecimiento poco ordinario han hecho nacer o han acreditado varias narraciones de esa especie.

¿Han existido alguna vez reptiles de una proporción bastante extraordinaria, animales de una forma bastante monstruosa para dar un origen natural a las narraciones que discutimos?

Encontrando bastante frecuentemente en el departamento de Finisterre la tradición de dragones vencidos por un poder sobrenatural, deduce un observador (1), que tales monstruos, protagonistas de tantas leyendas, podrían muy bien haber sido cocodrilos que infestasen antaño los ríos de Francia, ya que, en efecto, se han encontrado osamentas de estos saurios en diversos puntos del país.

La cosa no es imposible. Cerca de Calcuta, en 1815, se mató un cocodrilo de 17 a 18 pies ingleses de longitud, armado de enormes garras. «En el sitio en que la cabeza está unida al cuerpo, veíase una excrecencia de la que salían cuatro puntas óseas; sobre el dorso había otras tres filas de puntas semejantes, y cuatro más se acercaban a la cola, cuya punta formaba una especie de sierra, debido a la prolongación de tales filas de puntas» (2). Esas *excrecencias*, esas *puntas óseas*, consideradas con razón como un arma defensiva, vuélvense a hallar en la famosa *Tarasca* de Tarascón, y en varios dragones y serpientes, representados en los cuadros de diversas leyendas. Todavía aquí, la ficción ha podido comenzar por la pintura y la exageración de un hecho realmente observado.

(1) FRÉMINVILLE, *Memorias de la Sociedad de anticuarios de Francia*, tomo XI, páginas 8 y 9.
(2) *Biblioteca Universal. Ciencias* (Ginebra), tomo IV, páginas 222 - 3.

Hace algunos años, corrió el rumor de que había sido muerto, al pie del monte Salève, un monstruoso reptil. Comenzábase ya a atribuirle unos estragos proporcionados a su tamaño. Sus despojos fueron examinados en Ginebra y luego en París, por naturalistas: no era otra cosa que una culebra que había adquirido un crecimiento notable, pero no prodigioso. En un siglo menos ilustrado, ¿qué más habría hecho falta para proporcionar a la credulidad de los montañeses de Saboya un relato maravilloso, que la tradición hubiera consagrado y acaso aumentado de año en año?

La historia ha consagrado el recuerdo de la serpiente que Régulo mató en Africa con máquinas de guerra: era probablemente una boa llegada al último grado de su crecimiento. Concediendo algo a la exageración, lenguaje natural de la sorpresa y del terror, resulta fácil reconciliar en este caso la tradición con la verdad y la verosimilitud.

Hasta frecuentemente, no es necesario suponer demasiada exageración. Un viajero moderno asegura que todavía se encuentran, en las montañas de Gales, serpientes de treinta y aun de cuarenta pies de longitud (1). Eliano habla también, y en diversas ocasiones, de reptiles de extraordinario tamaño (2). Recordemos que un respeto casi religioso por la vida de ciertos animales, pudo antaño, sobre todo en la India, permitir alcanzar a las serpientes, dejándolas envejecer, unas enormes dimensiones. Este respeto fué secundado por la superstición que consagró, en los tem-

(1) PAULINO DE SAN BARTOLOMÉ, *Viajes*, tomo I página 479.
(2) ELIANO, *De nat. anim.*, libro XVI, cap. 59.

plos, a varios de esos reptiles. En un templo de la India, admiró Alejandro una serpiente que, según se dice, tenía setenta codos de longitud (1). Sabemos que se reverenciaban dragones sagrados en Babilonia, en Egipto, en Frigia, en Italia, en el Epiro, en Tesalia y en Beocia, en la gruta de Trofonio (2).

Observamos por último, que los progresos de la civilización han desterrado aquellos grandes reptiles de los países en que envejecían en paz antaño. No existen ya *boas* en Italia. Solín habla de boas en Calabria; describe sus costumbres con bastante exactitud para que no se pueda suponer que haya querido hablar de culebras monstruosas. Plinio confirma esta descripción, citando una boa en cuyo cuerpo se halló un niño: había sido muerta en el Vaticano, bajo el reinado de Claudio, treinta años antes, por lo menos, a la época en que escribía Plinio (3).

Estos hechos positivos llevaban a la credulidad a confundir con la historia todas las leyendas en que por cualquier motivo, se hacían figurar serpientes monstruosas.

§ II

Otros monstruos han tenido por base expresiones figuradas que se han tomado en su sentido físico.

No existen serpientes aladas, o sea, verdaderos *dragones*: la unión de dos naturalezas tan diversas ha sido en su origen un jeroglífico, un emblema. Pero la poesía, que vive de ficciones, no ha titubeado en apoderarse de la ima-

(1) ELIANO, *De nat. anim.*, libro XV, cap. 12.
(2) SUIDAS, verbo *Trofonio*. — ELIANO, *De nat. anim.*, libro XI, capítulo 17. Libro XII, cap. 39. Libro XI, cap. 216.
(3) SOLIN, cap. 8. — PLINIO, *Historia natural*, libro VIII, cap. 14.

gen y de su expresión. Los reptiles que destrozaron a los hijos de Laocoon, son llamados *dragones* por Q. Calaber (1). Virgilio les da indistintamente el nombre de *dragones* y el de serpientes (2). Los dos nombres parecen haber sido sinónimos en lenguaje poético; y las alas de que se dotaba a los dragones, no eran más que el emblema de la prontitud con que se lanza la serpiente sobre su presa, o se eleva, para atraparla, hasta la cima de los árboles. En esta, como en otras muchas circunstancias, las expresiones figuradas han adquirido fácilmente realidad en las creencias de un vulgo tan ignorante como ávido de maravillas.

El griego moderno da el enérgico nombre de *serpientes aladas* a las langostas que vienen en enjambres, traídas por el viento, a devastar sus cosechas (3). Esta metáfora es probablemente antigua, y puede haber dado origen a diversas narraciones sobre la existencia de las *serpientes aladas*.

Pero estas explicaciones y las que se refieren a hechos físicos, son vagas y además puramente locales; no pueden aplicarse a un hecho preciso que se encuentre en todos los países y en todos los tiempos con el mismo fondo y con ligeras variaciones en las circunstancias principales.

§ III

Serpientes monstruosas, emblemas de los estragos producidos por el desbordamiento de las aguas.

San Román, en 720 (o en 628), libró a la ciudad de Ruán de un dragón monstruoso. «Este milagro (se dice en una »*Disertación sobre el milagro de san Román y sobre la Gar-*

(1) Q. CALABER, *De bello trojano*, libro XIII.
(2) VIRJILIO, *Eneida*, libro II.
(3) PONQUEVILLE, *Viaje a Grecia*, tomo III, páginas 562 y 563.

»*güilla*) no es más que el emblema de otro milagro de san »Román, que hizo tornar a su cauce al Sena, que estaba »desbordado e iba a inundar la ciudad. El nombre dado »por el pueblo a aquella serpiente fabulosa es por sí mis»mo una prueba de ello: *gargüilla* viene de *garges*» (1).

En apoyo de su opinión, cita el autor esta estrofa de un himno de Santeuil:

> Tangit exundans aqua civitatem:
> Voce Romanus jubet efficaci;
> Audiunt fluctus docilisque cedit
> Unda jubenti.

Y observa, por último, que en Orleáns, ciudad frecuentemente expuesta a las inundaciones de las aguas que bañan y fecundizan su territorio, se celebraba una ceremonia parecida a la que recordaba en Ruán el milagro de san Román.

Aun habría podido citar un gran número de opiniones propias para afirmar su conjetura.

La isla de Batz, próxima a San Pol de León, estaba devastada por un espantoso dragón. San Pol (muerto en 594) precipitó el monstruo al mar, por la virtud de su estola y de su báculo. Cambry, que refiere esta tradición, nos dice que la única fuente que existe en la isla de Batz, queda alternativamente cubierta y descubierta por la marea del mar (2).

Y afirma luego, en la misma obra, que cerca del castillo de la Roche-Maurice, a orillas del antiguo río de Dordoun, un dragón devoraba hombres y animales.

Parece natural ver en ambos casos el emblema de los estragos del mar y de los del río Dordoun.

(1) *Historia de la ciudad de Ruán*, por SERVIN, 1775, tomo II, pág. 147.
(2) CAMBRY, *Viaje por el departamento de Finisterre*, tomo I páginas 147 y 148.

San Julián, primer obispo de Mans (año 59), destruyó un dragón horrible en la aldea de Artins, cerca de Montoire (1). Ese dragón, en el sistema que discutimos, representaría los desbordamientos del Loira, que pasa por las cercanías de Artins. También serían así figurados por el dragón de nueve o diez toesas de largo, de que triunfó a fines del siglo IV, san Briano, ermitaño que vivía junto a Vendome, en una *caverna*, al lado de una *fuente* (2). Los desbordamientos del Scarpa lo serían por el dragón que echó de una isla, en la que sembraba el espanto, el santo obispo que ha dejado su nombre a la ciudad de San Amando (3); los del Mosela, por el *graulli*, serpiente monstruosa que venció san Clemente en Metz; y los del Clain, por el dragón de Poitiers que se escondía cerca de este río, y cuya muerte fué un beneficio de santa Radegunda, a mediados del siglo VI (4).

Se explicará lo mismo, por los desbordamientos del Ródano, la historia del monstruo de Tarascón, que santa Marta atacó en el siglo I con su jarretera, haciéndole morir, y cuya representación, llamada *Tarasca*, es hoy todavía llevada en procesión por la ciudad por la Pascua de Pentecostés (5). Los desbordamientos del Garona tendrían por emblema al dragón de Burdeos, cediendo a la virtud de la vara de san Marcial (6), en el siglo XI, y el dragón de san

(1) MORERI, *Diccionario histórico*, art. *San Julián*.
(2) DUCHEMIN LA CHENAYC, *Memorias de la Academia céltica*, tomo IV, páginas 308 - 311.
(3) BOLTIN, *Tradiciones de los dragones volantes en el norte de Francia*, páginas 161 - 164.
(4) JOUYNEAU DES LOGES, *Memorias de la Academia céltica*, tomo V, página 57.
(5) MILLINI, *Viaje al Mediodía de Francia*, tomo III, páginas 451 - 453. La figura de la *Tarasca* se encuentra en el atlas del viaje, plancha 63, pero es poco exacta.
(6) DECAYLA, *Memorias de la Academia céltica*, tomo IV, páginas 272 - 284.

Bertrán de Comminges, subyugado por el obispo san Bertrán en 1076 (1).

Así, el dragón de que libró san Marcelo a París, y el dragón alado de la abadía de Fleury, ofrecerían las imágenes del Sena y el Loira desbordados (2).

Así, cuando en Lima, el día de la fiesta de San Francisco de Asís, se ve figurar en la procesión un monstruo ideal, llamado *terasco*, se recordará que Lima, poco alejada del mar, está regada por un río que le proporciona agua potable (3).

Así explica Champollion con verosimilitud el jeroglífico de las dos enormes serpientes con cabeza humana que se ven en la iglesia de San Lorenzo de Grenoble, por el proverbio: «*Serpens et draco devorabun urbem*, transportado al lenguaje vulgar en estos dos versos:

La serpiente y el dragón
harán de Grenoble un panteón,

haciendo así alusión al emplazamiento de la ciudad, situada en la desembocadura del *Drac* (Dragón), en el *Isère*, representado por la serpiente, cuyos tortuosos pliegues imita bastante bien en su curso» (4). La comparación de las sinuosidades de un río con los pliegues de una serpiente, se halla, en efecto, en el lenguaje popular y en los nombres salidos de él, tanto como en las metáforas de los poetas. Cerca de Helenópolis, ciudad de Bitinia, corría el río *Draco*. Este nombre, dice Procopio, le había sido dado a

(1) CHAUDRUC, *Memorias de la Academia céltica*, tomo IV, página 313.
(2) *Las vidas de los Santos para todos los días del año*, París, 1734, tomo II, página 84.
(3) *Cuadro del estado actual del Perú*, extraído del *Mercurio Peruviano*. — por MALTE-BRUN, tomo I, página 92.
(4) *Disertación sobre un movimiento subterráneo existente en Grenoble*. — *Colección enciclopédica*, noveno año, tomo V, páginas 442 y 443.

causa de sus numerosas vueltas que obligaban a los viajeros a atravesarlo veinte veces seguidas (1).

Por una razón análoga, sin duda, un río que sale del monte Vesubio y riega los muros de Nocera, llevaba también el nombre de Dragón.

Esta explicación está además fortalecida por una declaración tanto más notable, cuanto que el autor que la ha hecho, ha recogido y presentado primero, como hechos ciertos, todos los cuentos populares sobre los dragones y las serpientes monstruosas, que corrían por el interior de Suiza a principios del siglo XVIII. Schenchzer conviene en que se ha dado a menudo el nombre de *Drach* (*Draco*) a los torrentes impetuosos que se extienden de pronto en avalanchas (2). *¿Y el dragón ha hecho irrupción?* (*Erupit* Draco). La cavidad en que tiene su origen el torrente, y en la que desaparecen sus aguas, debió llamarse, en consecuencia, *guarida del Dragón*, *caverna del Dragón*, nombres que volveremos a encontrar en diversos sitios que han llegado a ser célebres por cualquiera de las leyendas que nos ocupan.

A pesar de la verosimilitud que presentan varias de esas coincidencias, dos graves objeciones combaten el sistema que están destinadas a establecer:

1.° Si a un poder sobrenatural puede serle tan fácil detener los desbordamientos del mar o de un río como darle muerte a una serpiente monstruosa, esa paridad no existe para las limitadas fuerzas de un hombre ordinario. Pero veremos figurar en las leyendas caballeros, soldados, bandidos y obscuros malhechores a los que ninguna gracia celeste llamaba a hacer milagros. ¿A quién se le podrá persuadir de que un solo hombre, cualesquiera que fuesen su

(1) PROCOPIO, *De oedific, Justin*, libro V, cap. 2.
(2) SCHEUZCHER, *Itinerario por Helvecia y regiones alpinas*, tomo III, páginas 377 y 397.

celo y su poder, haya conseguido hacer volver a su cauce el Loira y el Garona, cubriendo hasta lo lejos la llanura bajo sus desbordadas aguas?

2.ª La multitud de las leyendas no permite creer que en sitios y tiempos tan diversos se hayan puesto de acuerdo para figurar, por el mismo emblema, unos acontecimientos semejantes, pero particulares de cada época. Un emblema constantemente idéntico supone un *hecho*, o más bien una alegoría admitida en todos los tiempos y en todos los lugares. Tal es la del triunfo que logra el *vencedor celeste*, el principio del bien y de la luz, sobre el principio de las tinieblas y del mal, figurado por la *serpiente*.

§ IV

Leyenda de la Serpiente, transportada de los cuadros astronómicos a la mitología y a la historia.

No hemos de pintar aquí, en todos sus detalles, el cuadro astronómico de aquel triunfo eternamente renovado; observaremos solamente que tres objetos accesorios se agrupan en él, en casi todas las leyendas, con el sujeto principal: una *virgen*, una *doncella* o una *mujer*; un *abismo*, una *caverna* o una *gruta*; y el *mar*, un *río*, una *fuente* o un *pozo* (1). Hasta se vuelve a hallar una parte de esta leyenda *puesta en acción*, si puedo expresarme así, en la forma de recibir su alimento los dragones sagrados del Epiro, de Frigia y de Lanuvio: les era llevado a su *caverna* por una *doncella*, a la que esperaba un terrible castigo si hubiese dejado de ser *virgen* (2).

(1) A. LENOIR, *Del dragón de Metz. Memorias de la Academia céltica*, tomo II, páginas 5 y 6.
(2) ELIANO, *De nat. anim.*, libro XI, cap. 2 - 16.

También una *mujer*: la maga que fingió querer consultar a la infortunada Dido, presentaba los alimentos al sagrado dragón que vigilaba el templo de las Hespérides (1).

La mitología griega es rica en leyendas cuyo astronómico origen no es dudoso. ¿Hay que explicar por qué figura varias veces en el celeste planisferio una serpiente o un dragón? Una serpiente enorme atacó a Minerva, en el combate de los dioses contra los gigantes; la diosa *virgen* asió al monstruo y le lanzó hacia el cielo, en donde se quedó fijo entre los astros. Ceres puso en el cielo uno de los dragones que tiraban de su carro. Ofendida por Triopas, la misma divinidad le castigó primero al suplicio de un hambre insaciable, y luego le hizo dar muerte por un dragón que después tomó con él un sitio en los cielos. Según otros mitologistas, Forbas, hijo de Triopas, se mereció tal honor por haber librado la isla de Rodas de una serpiente monstruosa. Algunos ven en la constelación de *Ofioco*, a Hércules vencedor, a orillas del río Sagaris, de una serpiente que le había ordenado combatir Onfalia (2).

Temis, la *virgen* celeste, respondía en Delfos a las preguntas de los mortales. Pytón, dragón monstruoso, se aproximó al templo y el oráculo quedó desierto. Nadie se atrevía a recurrir a él, hasta que Apolo (el Sol) hubo atravesado a Pytón con sus flechas inevitables (3). Observamos que, en sus narraciones, no dejaba la tradición olvidar la naturaleza divina del dragón; después de haberle matado, se vió obligado Apolo a someterse a una expiación religiosa; y las serpientes sagradas del Epiro pasaron por deber su origen a Pytón (4).

(1) VIRGILIO, *Eneida*, libro IV, vers. 483 - 485.
(2) HIGINIO, *Poesías astronómicas, Serpiente, Ofioco*, etc.
(3) PAUSANIAS, *Fócica*, cap. 5.
(4) ELIANO, *De nat. anim.*, libro XI, cap. 2.

Cerca del *río* de la Cólchida, Jasón, con el concurso de Medea, *virgen* aún, triunfó del dragón que guardaba el vellocino de oro. Hércules y Perseo libraron a Hesiona y a Andrómeda, *vírgenes* expuestas a la voracidad de un monstruo salido del *mar*. Una *mujer* hábil en el arte de los encantos, salvó a los habitantes de Tenos, dando muerte a un dragón que amenazaba despoblar esta isla (1).

Según una leyenda que la fe cristiana sólo consagra en sentido figurado, aunque los pintores y la masa de los creyentes la han adoptado en sentido propio, san Miguel derribó y atravesó con su lanza a un dragón vomitado por el *abismo infernal*; el mismo dragón, según Dupuis, que en el Apocalipsis persigue a la *virgen* celeste. A una media legua del camino de Berouth (la antigua Berytes), se ve la caverna en que vivía un dragón muerto por san Jorge en el instante en que iba a devorar a la *hija* de un rey del país (2). Según otra leyenda, fué a orillas de un *lago* que servía de refugio al monstruo, donde san Jorge salvó a la hija del rey y a otras doce *vírgenes* que un oráculo había ordenado entregar al terrible dragón (3).

Casi todas las mitologías reproducen, con algunas variantes, la misma leyenda. ¿Cuántos mitos griegos no han repetido el relato de Hércules, vencedor del dragón del jardín de las Hespérides, monstruo cuya derrota fué seguida del descubrimiento de una fuente desconocida hasta entonces? ¿Y el dragón, habitante de una sombría *caverna* y guardián de la *fuente* de Marte, muerto por Cadmio, quien a su vez fué luego transformado en serpiente? ¿Y el dragón de que libró a los corcireanos Diomedes, a su retorno de Troya? ¿Y, por último, la aventura de Cencreo, al que los

(1) ARISTÓTELES, *De mirabil. auscult.*
(2) *Memorias y observaciones hechas por un viajero en Inglaterra.* (La Haya, 1689, páginas 214 - 232.) Esta obra se atribuye a Max. Missón.
(3) *Viajes de Villamont*, 1613, libro III, página 561.

habitantes de Salamina tomaron por rey en recompensa a su victoria sobre un dragón que devastaba su territorio? (1).

En un monumento descubierto en Tebas, está representado Anubis como lo están en las pinturas cristianas san Miguel y san Jorge; está armado con una coraza, y tiene en la mano una lanza con la que atraviesa a un monstruo que tiene cabeza y cola de serpiente (2).

En una colección de narraciones cuyos compiladores han sacado de la antigua mitología del Indostán la mayoría de sus maravillosos relatos, se ve figurar hasta tres veces unos monstruos que tan pronto toman la forma de una enorme serpiente, como la de *dragones* gigantescos que se azotan con la cola sus flancos cubiertos de escamas (3): cada año, jóvenes *vírgenes* han saciado su voracidad, y es en el instante que la *hija* de un rey debe convertirse en su víctima, cuando tales dragones sucumben bajo los golpes de un guerrero ayudado por sobrenaturales potencias.

Chederlés, héroe reverenciado por los turcos, mató, según ellos dicen, a un dragón monstruoso, salvando así la vida a una doncella expuesta a su furor. Después de haber bebido las aguas de un *río* que le han hecho inmortal, corre el mundo sobre un caballo inmortal como él (4). El comienzo de la narración recuerda los mitos hindús y las fábulas de Hércules y Perseo; el fin ofrece el emblema del Sol, viajero inmortal que no cesa de dar la vuelta al mundo.

Entre las figuras esculpidas en granito, que se han descubierto en la desierta ciudad de *Palenqui-Viejo*, nótase una serpiente, de cuya cola sale una cabeza de mujer (5).

(1) NOEL, *Diccionario de la Fábula*, art. Cencreo.
(2) A. LENOIR, *Memorias de la Academia céltica*, tomo II, páginas 11 y 12.
(3) *Las mil y una noches*, tomo V, páginas 423 a 426.
(4) NOEL, *Diccionario de la Fábula*, artículo *Chederlés*.
(5) *Revista enciclopédica*, tomo XXI, página 850.

Se siente uno inclinado a referir este emblema a la leyenda de los dragones monstruosos: por lo menos es difícil no suponer que dicha leyenda haya pasado al Nuevo Mundo. Creen los caribes que el Ser Supremo hizo que descendiera su hijo del cielo para matar a una serpiente horrible que asolaba, por sus estragos, los pueblos de la Guyana (1). El monstruo sucumbió y los caribes nacieron de las larvas que produjo su cadáver, por lo que también miran como a enemigos los pueblos que otrora estuvieron en guerra cruel con la serpiente, *su progenitora*. He aquí repetido el mito de la serpiente de Pytón. ¿Pero qué pensar del extraño origen que se atribuyen los caribes? Se puede suponer que recibieron antaño esa tradición de un pueblo superior en fuerza, que quería humillarlos y degradarlos; la han conservado por costumbre y porque justificaba sus odios nacionales y su sed de conquistas. Y encontramos, en el mismo pueblo, una creencia no menos singular.

Los caribes de la Dominica aseguraban que, en un precipicio rodeado de altas montañas, tenía su guarida una serpiente monstruosa. Llevaba sobre la cabeza una piedra brillante como un *carbúnculo*, de la que salía una luz tan viva, que todas las rocas vecinas quedaban intensamente alumbradas (2).

Análogas leyendas han sido mucho tiempo creídas en unas comarcas con las que no se supone que los caribes hayan tenido comunicación.

En una época que no han pretendido fijar los cronologistas, triunfó santa Margarita de un dragón; y de la cabeza del monstruo, aquella *virgen*, elevada después a la celeste mansión, sacó un *rubí*, un carbúnculo, emblema de la brillante estrella de la *corona boreal* (*margarita*) situada

(1) Noël, *Diccionario de la Fábula*, artículo *Cosmogonía americana*.
(2) Rochefort, *Historia natural y moral de las islas Antillas*. Rotterdam, año 1658, página 21.

en el cielo, junto a la cabeza de la *serpiente*. En la historia de Diosdado de Gozón, figura también la «piedra »sacada de la cabeza del dragón muerto en Rodas por »este héroe, y conservada, según se dice, por su familia. »Era del tamaño de una aceituna y tenía varios colores »brillantes» (1).

Dos tradiciones helvéticas presentan una serpiente que ofrece a un hombre una *piedra preciosa*, en señal de homenaje. Y fiel a esas viejas creencias, la lengua popular del Jura designa todavía bajo el nombre de *vuibra* a una serpiente alada e inmortal, cuyo ojo es un *diamante* (2).

Plinio, Isidoro y Solín hablan de la *piedra preciosa que lleva el dragón en la cabeza* (3). Un novelista de Oriente describe una piedra maravillosa, verdadero *carbúnculo* que brilla en la obscuridad (4). No se la encuentra más que en la cabeza de un dragón, espantoso huésped de los acantilados de la isla de Serendib (*Ceilán*). También asegura Filostrato que, en la India, se esconde en la cabeza de los dragones una *piedra preciosa*, dotada de un vivo brillo y de admirables propiedades mágicas (5).

Remóntase a una alta antigüedad, el error que, transformando en hecho físico una alegoría astronómica, adorna con una piedra brillante la cabeza de las serpientes. «Aunque una serpiente tenga un *rubí* sobre la cabeza, siem»pre será dañina», dice un filósofo hindú que había recogido en sus proverbios las enseñanzas de los más lejanos siglos (6).

(1) *Diccionario de Moreri*, artículo *Gozon* (Diosdado).
(2) *Memorias de la Sociedad de Anticuarios*, tomo VI, página 247.
(3) Plinio, *Historia Natural*, libro XXXVII, cap. 10. — Isidoro Hispalense, *Orígenes*, libro XVI, cap. 13. — Solin, cap. 35.
(4) *Cuentos de Cheykh y Mohdy*, traducidos del árabe por J. J. Marcel, 1833, tomo III, páginas 13 y 14.
(5) Filostrato, *Vida de Apolonio*, libro III, cap. 2.
(6) Proverbios de Barthoverri, insertos en la obra de Abraham Roger, *El teatro de la idolatría* o *La Puerta abierta*, traducción francesa, 1760, página 328.

Nacida en la expresión figurada de la posición relativa que las constelaciones de Perseo, de la Ballena, de la Corona y de la Serpiente ocupan en los cielos, la leyenda, como hemos visto, ha sido referida en seguida a la victoria del sol de primavera sobre el de invierno, y de la luz sobre las tinieblas. El *carbúnculo* o *rubí* con que adorna Ovidio el palacio del Sol, estaba en efecto consagrado a este astro, a causa de su color de rojo deslumbrador (1).

§ V

Se introduce la misma leyenda en el cristianismo, sobre todo en los pueblos de Occidente.

Durante el largo tiempo que el cristianismo oprimido luchó obscuramente contra el politeísmo, su culto, no menos austero que su moral, no admitió en sus ceremonias, cubiertas todavía con el velo del misterio, más que ritos sencillos, desprovistos de toda representación material. Los registros y las crueldades de sus perseguidores, no podían arrancar a los fieles más que los libros santos, los vasos sagrados y pocas o ninguna imagen (2).

Pero el culto público prescinde difícilmente de signos visibles y notables; por ellos, en medio de una aglomeración tal que la palabra apenas llegase a los oídos de algunos auditores, habla a los ojos de todos; habla a cada uno de sus inclinaciones más naturales y más universales. La magnitud se complace entonces en la magnificencia de sus actos religiosos, y no cree que multiplica demasiado las imágenes.

Esto debió ocurrir al cristianismo cuando estableció públicamente sus templos y su culto sobre las ruinas del politeísmo. El progreso fué tanto más rápido, puesto que, al suceder a una religión rica en pompa y en emblemas, la religión de Cristo debió temer ahuyentar, por una sencillez demasiado severa, a unos hombres acostumbrados a ver y a *tocar* lo que creían, lo que adoraban. Y antes que proscribir imprudentemente los objetos de una veneración difícil de destruir, prefirió frecuentemente apropiárselos: más de un templo fué cambiado en iglesia; más de un nombre de divinidad fué honrado como el nombre de un santo, y gran número de imágenes y leyendas pasaron sin esfuerzo al nuevo culto, conservadas por el antiguo respeto de los nuevos creyentes.

La leyenda de un ser celestial, vencedor de la serpiente, del principio del mal, estaba conforme con el lenguaje, el espíritu y el origen del cristianismo; fué acogida por él y reproducida en las pinturas y en las ceremonias religiosas; san Miguel, el primero de los arcángeles, apareció a los ojos de los fieles atravesando al dragón infernal, al antiguo enemigo del género humano.

En el siglo v fueron establecidas en Francia (1), y más tarde en todo el Occcidente, las procesiones conocidas bajo el nombre de *rogativas*. Durante tres días ofrecíase en ellas a las miradas de los fieles la imagen de un dragón o serpiente alada, cuya derrota era figurada por la manera ignominiosa con que era llevado el tercer día (2).

La celebración de las rogativas ha variado, según las diócesis, desde los primeros días de la semana de la Ascensión hasta los últimos días de la semana de Pascua de Pentecostés: corresponde al tiempo en que, habiendo ya

(1) OVIDIO, *Metamorfosis*, libro II, vers. 2.
(2) *Enciclopedia metod. Teología*, art. *Imágenes*.

(1) San Mamerto, obispo de Vienne, en el Delfinado, instituyó las *Rogativas* en 468 ó 474. — *Enciclopedia metód. Teología*, art. *Rogativas*.
(2) GUILLERMO DURANT, *Rationale divinorum officiorum*, 1479, folio 226 recto.

pasado la primera mitad de la primavera, la victoria del Sol sobre el invierno está plenamente lograda, hasta en nuestros climas fríos y lluviosos. Es difícil no advertir una íntima conexión entre la leyenda del dragón alegórico y la época en que, cada año, hacía su aparición.

Otras coincidencias dan más fuerza a este indicio.

En el siglo VI, ordenó san Gregorio el Grande que se celebrase anualmente el día de San Marcos (el 25 de abril) por una procesión parecida a la de las rogativas. Veamos el origen de esta ceremonia. Roma estaba arrasada por una inundación extraordinaria; igual que un mar inmenso, se elevaba el Tíber hasta las ventanas superiores de los templos. De las desbordadas aguas del *río* salieron innumerables serpientes, y al fin un enorme *dragón*, nuevo Pytón nacido de aquel segundo diluvio (1). Su aliento infectaba el aire, y engendró una enfermedad pestilencial; murieron los hombres a millares... Una procesión anual consagró el recuerdo de aquel azote y su terminación, obtenida por las plegarias del santo papa y sus fieles ovejas. La fecha del día 25 de abril, menos alejada del equinoccio que la de las rogativas, convenía más a un país donde la primavera es más temprana que en las Galias.

Sea casualidad, sea cálculo, los que han transportado a Lima, bajo el hemisferio austral, la *Tarasca*, el *dragón* de los pueblos septentrionales, le hacen aparecer el 4 de octubre, día de la fiesta de San Francisco de Asís. Esta época aun se acerca más al equinoccio de primavera. Pero en las comarcas ecuatoriales, bajo el templado cielo de Lima, no está mucho tiempo en suspenso la victoria del Sol, como ocurre en nuestras regiones septentrionales, donde las primeras semanas de la primavera no parecen más que una prolongación del invierno.

(1) GUILLERMO DURANT, *Rationale divinorum officiorum*, in-fol. 1479, folio 225 verso.

Plinio ha hablado de un *huevo* misterioso (1) a cuya posesión atribuían los druidas maravillosas virtudes y que, según decían, estaba formado con el concurso de todas las *serpientes* de un país. Como un eco de los druidas, después de dos mil años y sin percatarse de la antigüedad del mito que repite, el habitante de la Solonia afirma que cada año todas las *serpientes* del país se reunen para producir un *diamante* enorme que refleja, mejor aun que la *piedra* de Rodas, los más vivos colores del arco iris. Si el pavo real ha sabido enriquecer con tan vivos colores su plumaje, se lo debe a la posesión de uno de esos diamantes. El día marcado para su milagrosa aparición es el 13 de mayo, día que está al comienzo de la segunda mitad de la primavera, como los días en que se paseaba la *serpiente* de las rogativas.

La época de esta aparición nos proporciona una observación que no deja de tener interés. Su fijación basta para probar, contra la opinión que precedentemente hemos combatido, que la serpiente no era el emblema de inundaciones y desbordamientos de ríos que no habrán podido tener lugar en todas partes en los mismos días. Luego, ¿cómo se ha afirmado esta opinión? Cuando se hubo olvidado el sentido primitivo del emblema, atuviéronse voluntariamente a una circunstancia que, en las leyendas donde se reproducía, hacía poner casi siempre el lugar de la escena a orillas del *mar* o de algún *río*. La idea de que la cesación de los estragos de las aguas quedaba así representada, debió parecer tanto más natural puesto que la procesión del *dragón* se celebraba regularmente en una época del año en que hasta los ríos henchidos por el deshielo de las nieves o por las lluvias del equinoccio, han vuelto todos a sus cauces.

(1) PLINIO, *Historia Natural*, libro XXIV, cap. 3.

§ VI

Explicaciones alegóricas de los emblemas en que figuraba la serpiente.

Cada iglesia tenía su *Dragón* : la emulación de la piedad externa hizo que, en aquellas representaciones, se estimulase la rivalidad para inspirar a los espectadores la admiración, el asombro o el miedo. La parte visible del culto, llega a ser muy pronto la parte más importante de la religión para unos hombres atentos únicamente a lo que impresiona sus sentidos : el *dragón* de la procesión de las rogativas era demasiado notable para no atraer la atención de los pueblos y usurpar un gran sitio en sus creencias. Cada *dragón* tuvo bien pronto su leyenda particular, y las leyendas se multiplicaron hasta lo infinito. A los que pusieren en duda la eficacia de esta causa les responderemos con un hecho : los cristianos de Oriente no han adoptado la institución de las rogativas ; la victoria lograda por un ser celestial sobre una serpiente figura raramente en la historia de los santos que reverencian.

La palabra *dragón* contraída en la de *drac*, ha designado demonios, espíritus maléficos que el crédulo provenzal ponía bajo las aguas del Ródano, y que se alimentaban con la carne de los hombres ; hacer el *drac* era sinónimo de hacer tanto daño como el que se le supone que tiene deseo de hacer el diablo (1). Las personas mordidas por una *serpiente*, quedaban curadas así que se aproximaban al sepulcro de san Focas, gracias a la victoria que, al sufrir el martirio, obtuvo este héroe cristiano sobre el diablo, o sea

(1) MILLIN, *Viaje por el interior de Francia*, tomo III, págs. 450 y 451.

sobre la antigua *serpiente* (1). Cuando se contaba en el siglo VIII, que se había encontrado una enorme *serpiente* en la sepultura de Carlos Martel (2), ¿se quería insinuar otra cosa sino que el demonio se había apoderado de aquel guerrero, que salvó a Francia y tal vez a Europa entera del yugo de los musulmanes, pero tuvo la desgracia de contrariar la ambición de los jefes de la Iglesia y la avaricia de los monjes ?

Luego, parecía natural creer, como expresamente lo enseña el autor de *Rationale Divinorum*, Guillermo Durant, que la *serpiente* o dragón llevado en la procesión de las rogativas, era el emblema del espíritu infernal, cuya destrucción se pedía al cielo, atribuyendo dicha destrucción a la intercesión del santo que reverenciaban más particularmente los fieles en cada diócesis y en cada parroquia.

Este género de explicación ha sido reproducido bajo diversas formas por los cristianos sensatos que no podían admitir, en el sentido físico, unas leyendas demasiado a menudo renovadas para que pudieran haber sido ciertas.

El demonio es el vicio personificado : luego las victorias conseguidas sobre el vicio pudireon ser figuradas por el mismo emblema. En Génova, en la plazoleta que hay junto a la iglesia de san Ciro, se ve un antiguo *pozo* en el que se ocultaba en tiempos un *dragón* cuyo aliento hacía morir a los hombres y a los animales ; san Ciro conjuró al monstruo, le obligó a salir del pozo y a precipitarse al *mar* (3). Unos cuadros representan todavía aquel milagro, que los eruditos interpretan alegóricamente por las victorias que lograba el santo predicador sobre la impiedad y el libertinaje. La misma interpretación podría convenir al triunfo de san Marcelo sobre la serpiente que asolaba a París, ya que

(1) GREGORIO TURÓN, *De miracul.*, libro 6, cap. 99.
(2) MEZERAI, *Compendio cronológico de la historia de Francia*, año 741.
(3) MILLIN, *Viaje a Saboya y al Piamonte*, tomo II, pág. 239.

se dice «que aquella *serpiente* apareció fuera de la ciudad, »junto a la tumba de una *mujer* de calidad que había vivido »desordenadamente» (1).

Sin embargo, piensa Dulaure que esta leyenda y un gran número de otras, han figurado el triunfo de la religión cristiana sobre la religión de los romanos y sobre la de los druidas. La incredulidad es, en efecto, el peor de los vicios para los jefes de una religión: frecuentemente se es corrompido y supersticioso a la vez, y por consiguiente sometido a los sacerdotes; pero jamás está sometido a ellos el que no cree (2).

El *dragón* que venció san Julián (3), tenía su guarida cerca de un templo de Júpiter: su caída ha podido representar la del politeísmo, cuando a la voz del apóstol de Mans derribaban sus adoradores los altares del dios destronado y dejaban desierto su templo.

En el lugar en que se alzó otrora Epidauris, se ve una *caverna* a la que la tradición ha designado varias veces como la guarida de Cadmio metamorfoseado en *serpiente*; pero, más a menudo, como la vivienda de la *serpiente* de Esculapio. Cuando cuenta san Jerónimo cómo triunfó san Hilario en Epidauris de una *serpiente* devastadora que se escondía en esa misma *caverna*, los eruditos tienen derecho al parecer, a ver en su relato el emblema de la victoria del predicador del evangelio sobre el culto de Esculapio (4). Explicarán por una alegoría semejante el milagro que hizo san Donato, obispo de Corinto, venciendo a una serpiente tan enorme, que a ocho pares de bueyes costábales trabajo arrastrar su cuerpo privado de vida. La fecha del milagro, en el año 399, recuerda efectivamente la época en

(1) *Las vidas de los santos en todos los días del año*, tomo II, pág. 84.
(2) DULAURE, *Historia física, civil y moral de París*, págs. 161 a 186.
(3) *Memorias de la Academia céltica*, tomo IV, pág. 311.
(4) APPENDINI, *Notizie istorico-critiche sulle antichità de' Ragusei*, tomo I, pág. 30.

que sucumbió el paganismo, sin remedio, bajo los repetidos golpes que le asestaron a porfía los dos hijos de Teodosio.

Un dragón monstruoso asolaba las cercanías de Theil, junto a la *Roca de las Hadas* (departamento de Ille-et-Vilaine): san Arnelo, apóstol de aquella comarca, le arrastró con su estola hasta la cima de un monte, y le ordenó precipitarse al *río* de Seiche. Noual de la Houssaye piensa que este milagro representa la victoria obtenida por el santo sobre los últimos restos de la religión druídica, cuyas ceremonias se habían perpetuado hasta entonces en la *Roca de las Hadas*. Y explica lo mismo la repetición de un milagro semejante en la leyenda de san Efflam, y en la de otros varios santos (1). Se ampliará de buen grado su conjetura a las obras de un taumaturgo que, ante una piedra, probablemente druídica y honrada todavía hoy por supersticiosos ritos, venció a un *dragón* que asolaba el territorio de Neuilly-Saint-Front, en el distrito de Château-Tierry (2).

En una medalla de plomo, grabada en Amiens, en 1552 (sin duda según un tipo más antiguo), está representado san Martín hundiendo una lanza en el cuerpo de un dragón que rueda a sus pies: «Se ha querido con ello expresar su »victoria sobre las divinidades paganas» (3).

Vencedor del paganismo, agradábale a Constantino hacerse representar armado de la cruz y atravesando con su lanza un aterrador dragón (4). En una ciudad de Normandía, veíase, hace treinta años, un antiguo cuadro que servía de muestra a una posada. En las vestiduras y en el rostro se reconocía a Luis XIV; nuevo san Miguel, aquel monarca derribaba en el cuadro al dragón infernal: era, según

(1) *Memorias de la Academia céltica*, tomo V, pág. 377.
(2) *Memorias de la Sociedad de Anticuarios de Francia*, tomo I, páginas 426 y 427.
(3) *Memorias de la Academia del Dep. del Soma*, tomo I, págs. 698-699.
(4) EUSEBIO PÁNFILO, *Vida de Constantino*, libro III, cap. 3.

supongo, una conmemoración de la revocación del edicto de Nantes.

Desde luego, la herejía, tanto o más que las falsas religiones, está reputada como la obra del espíritu de las tinieblas (1). El *dragón*, cuya imagen en bronce han llevado hasta en 1728 los canónigos de San Lope de Troyes en la procesión de las rogativas, pasaba por ser el emblema de la victoria obtenida por san Lope sobre la herejía de los pelagianos (2).

§ VII

Multiplicidad de los hechos de este género adoptados como hechos reales.

Pero las alegorías no están al alcance de la multitud ignorante e inclinada a creer ciegamente. La serpiente exhibida en los días de las Rogativas fué generalmente mirada como la representación de una serpiente real, a cuya existencia no se temía asignar una fecha cierta. En vano se revelaba a los supersticiosos el sentido de la alegoría; en vano se mostraba, por ejemplo, en un cuadro, a san Verán cargando de cadenas al espíritu infernal: se persistió en creer y afirmar que el territorio de Arlés fué libertado antaño por san Verán de los estragos de una serpiente monstruosa, y un cuadro puesto al lado del primero ha perpetuado el recuerdo de aquella victoria, conseguida, conforme al origen de la leyenda, a la entrada de una *gruta*, junto a una *fuente*.

Cada parroquia tuvo su dragón, como hoy todavía es

(1) Para celebrar el anatema lanzado en el concilio de Constanza contra la doctrina de Juan Hus y de Jerónimo de Praga, y el suplicio de estos dos desdichados, el emperador Segismundo instituyó la orden del *Dragón derrotado*: el *Dragón* figuraba la herejía vencida. — *Diccionario de Moreri*, art. *Dragón derrotado*.

(2) GROSLEY, *Efemérides*, 3.ª parte, cap. 91, tomo II, págs. 222-225.

llevada en procesión, el día de Corpus, en todas las parroquias de España, la imágen de la serpiente (*Tarasca*). La historia del monstruo varió aún más que sus formas: la imaginación y la credulidad le atribuían unas obras sobrenaturales. Del terror se llegó hasta el respeto, y todavía más allá. El dragón de Poitiers (1) era piadosamente llamado la *pobre Santa Miseria*; se le rezaba con fervor; no se descuidaban en ponerle sombrerillos, bien como un monumento adoptivo que seguía siendo lo que antes había sido: un ídolo, bien que hubiera llegado a serlo poco a poco, en medio de un pueblo supersticioso.

Mas generalmente fué rodeado de signos de odio y horror el emblema del principio del mal. Su historia justificaba estos sentimientos: había sido el azote del país donde se paseaba su imagen. Su veneno había emponzoñado las *fuentes* y su soplo había infectado el aire de contagiosas dolencias. Devoraba los rebaños, destruía los hombres, elegía por víctimas *doncellas*, *vírgenes* consagradas al Señor; los niños desaparecían hundidos en el abismo de su espantable boca... El *bailla*, figura de dragón que se paseaba en Reims el día de Pascua, tenía probablemente este origen. El dragón dorado que figuraba en la procesión de las Rogativas, en la parroquia de Santiago de Douai, era el emblema del demonio que había devorado el trigo en las espigas, destrozado la cosecha para castigar a los cultivadores por su negativa a pagar el diezmo (2).

En Provins, las parroquias de Nuestra Señora y de San Ciriaco hacían llevar (hasta 1761) en la procesión de las Rogativas, una, un *dragón* alado, y otra, un monstruo llamado *Lagarta*: estos dos animales habían asolado en tiempos la ciudad y sus alrededores (3). San Florencio vino,

(1) *Memorias de la Academia céltica*, tomo V, págs. 54 y 55.
(2) BOTTIN, *Tradiciones de los dragones volantes*, págs. 157 a 161.
(3) CP. OPOIX, *Historia y descripción de Provins*, 1823, págs. 435 y 436.

por orden de Dios, a fijarse en una *gruta o caverna* situada en la orilla izquierda del Loira y echó de allí a las serpientes de que estaba llena. Poco después libró a los habitantes de *Mur* (hoy Saumur) de una enorme serpiente que devoraba hombres y animales, y se escondía en un bosque próximo a las orillas del Vienne (1).

En Tonnerre, el santo abad Juan fué vencedor de un *basilisco* que infectaba las aguas de una *fuente* (2). *La víbora de Larré*, a la cual compara un proverbio borgoñón con las mujeres acusadas de tener mala cabeza, era una serpiente escondida cerca de una *fuente*, en las cercanías de un priorato de la orden de San Benito, la que, por sus estragos, fué durante mucho tiempo objeto del público terror. En Aux, de Provenza, la procesión de las Rogativas va a depositar en un peñasco, llamado *la roca del dragón*, próximo a una capilla dedicada a san Andrés, la figura de un dragón muerto por la intercesión de este santo apóstol (3). No menos bienhechores que san Andrés y Santiago, san Víctor, en Marsella, aparece vencedor de un reptil monstruoso; san Teodoro hace rodar a sus pies una serpiente (4), y san Segundo, patrón de Asti, está representado a caballo, atravesando un dragón con su lanza (5). Citaremos además varias leyendas semejantes, sin tener la pretensión de agotar el tema. Conocemos el origen común a todas y la causa que, desde el siglo V, ha debido multiplicarlas en el Occidente: lejos de asombrarse por su número, se podrá uno extrañar de que no subsistan más todavía.

(1) J. J. Bodin, *Investigaciones históricas sobre Saumur y el alto Anjou*, tomo I, págs. 117-122.

(2) Gregorio Turón, *De gloria confessor*, cap. 87.

(3) Fauris Saint-Vincent, *Memoria sobre la antigua ciudad de Aix. Colección enciclopédica*, año 1812, tomo VI, pág. 287.

(4) Dorbessan, *Ensayo sobre las serpientes sagradas. Mezclas históricas, críticas*, etc., tomo II, pág. 138.

(5) Millin, *Viaje a Saboya y al Piamonte*, tomo I, pág. 121.

§ VIII

Variaciones en las circunstancias y las fechas de las narraciones; nuevos vestigios de la leyenda astronómica.

La costumbre de llevar en las procesiones de las Rogativas la imagen de la serpiente no se ha borrado más que muy poco a poco, y se puede decir que este emblema del *príncipe de las tinieblas* ha ido perdiendo terreno demasiado lentamente ante el progreso de las luces. Varias iglesias de Francia no han abandonado su empleo hasta el siglo XVIII; Grosley lo halló en vigor en todas las iglesias de los Países Bajos católicos (1). Durante un lapso de tiempo tan largo, han debido variar las leyendas y, tras ellas, las explicaciones.

Para combatir al *dragón* de Ruán hízose acompañar san Román por un criminal condenado a muerte, a quien el milagro del santo valió ser indultado.

El clero acreditó de buen grado las narraciones de este género. Aumentaban con ellas su poder, haciendo frecuentemente atribuir a sus jefes el derecho de gracia, o al menos en Ruán, el de libertar a un preso. Lo cual no era conceder demasiado al recuerdo del milagro, ya que por la voluntad de Dios, un culpable, un condenado, convertíase en su instrumento.

Todavía de mejor grado acogió el vulgo esta variación de la leyenda universal; según él, los hombres no se hubieran podido resolver a un combate tan peligroso más que para sustraerse a una muerte infamante y cruel. Así, un criminal condenado a muerte, quitó a santa Radegunda el

(1) Grosley, *Viaje por Holanda. Obras inéditas de Grosley*. París, 1815, tomo III, pág. 336.

honor de haber vencido al terrible dragón de Poitiers, que salía todos los días de su *caverna*, situada a orillas del *río* de Clain, para ir a devorar a las *vírgenes* del Señor, a las religiosas del convento de la Santa Cruz. Otro condenado libró de los estragos de una serpiente la parroquia de Viliers, junto a Vendôme. Un tercero mató un dragón o cocodrilo que, oculto bajo las aguas del Ródano, era el azote de los marinos y de los habitantes del campo. Un soldado desertor, para obtener su indulto, combatió con un dragón que sembraba el terror en las cercanías de Niort; triunfó de él, pero a costa de su vida (1).

Al discutir esta historia, Eloy Johanneau hace notar que le parece sospechosa, por uno de los nombres dados al presunto soldado, nombre que significa el vencedor de la *fiera*, del *monstruo*, y, sobre todo, por su fecha, 1589 ó 1692, fecha demasiado reciente para que la historia no se hubiese encargado de un caso tan maravilloso. La fecha asignada por D. Calmet a la aparición de la serpiente de Luneville, es más moderna todavía; la fija en menos de un siglo (2). De todas las variaciones que el tiempo hace sufrir a las tradiciones populares, la más corriente quizá se refiere a las fechas. Para tales narraciones no existen archivos; y es propio de la naturaleza del hombre procurar acercar los recuerdos que le ha legado el pasado; un intervalo demasiado grande entre ellos y el presente, fatiga su imaginación.

Y por ello, la destrucción del dragón de Niort ha sido sucesivamente fijada en 1589 y en 1692. La del dragón de Poitiers, cuando se ha atribuído a un criminal condenado, se ha hallado que estaba bastante alejada del tiempo en que vivía santa Radegunda, para que se fijase en el año 1280 la aparición en aquella ciudad de un *dragón volador* (3).

(1) *Memorias de la Academia céltica*, tomo V, pág. 111, y págs. 58 a 60 y 132 a 135.
(2) *Diario de Verdún*, Junio 1751, pág. 430.
(3) *Memorias de la Academia céltica*, tomo V, págs. 61 y 62.

Aunque san Jerónimo haya descrito el combate de san Hilario contra la serpiente de Epidauris, es a él mismo a quien se atribuye la derrota del monstruo, cuyos despojos, así como la cueva en que habitaba, se enseñan a los viajeros (1). La tradición que atribuye a santa Marta la destrucción de la *Tarasca* es moderna, en comparación de la que asegura ese honor a diez y seis bravos, de los que ocho perecieron víctimas de su valor; los otros ocho fundaron las ciudades de Beaucaire y de Tarascón (2).

Aun podríamos señalar varias fechas que el tiempo ha cambiado así y hecho modernas. Pero la muerte de los bravos de Tarascón y la del soldado de Niort merece ser destacada de otra manera. En los mitos que describen el combate del principio de la luz contra el principio de las tinieblas, compra el primero la victoria a menudo al precio de su vida; eso es lo que se cuenta de Osiris, de Baco, de Atys y de Adonis. Y en la mitología escandinava, en el terrible día que destruirá y renovará el mundo, el dios Thor, después de haber fulminado a la gran *serpiente engendrada* por el *principio del mal*, debe perecer él mismo, ahogado entre las olas de veneno que habrá vomitado el monstruo. No nos asombramos de volver a hallar, en una circunstancia análoga, un nuevo resto de la leyenda solar y de ver sucumbir a diversos vencedores de serpientes monstruosas en medio de su triunfo o no sobrevivir a él.

La antigua Grecia ofrece un ejemplo de esta generosa abnegación. Por la orden de un oráculo, la ciudad de Thespies ofrecía, cada año, un adolescente a un dragón homicida. Cleostrato fué designado por la suerte para este horrible sacrificio. Su amigo Menestrato ocupó su puesto y, pro-

(1) POUQUEVILLE, *Viajes por Grecia*, tomo I, págs. 24 y 25.
(2) *Memorias de la Sociedad de Anticuarios de Francia*, tomo I, página 23. La fundación de Tarascón (o más exactamente el establecimiento de los marselleses en esta ciudad) parece anterior a la guerra de César contra Pompeyo.

visto de una coraza, que en cada una de sus mallas llevaba un fuerte anzuelo con la punta en alto, se entregó al dragón, al que hizo morir, muriendo él mismo a la vez (1).

A fines del siglo XV, o, según una tradición más antigua, en 1273 (y una vez más vemos variar la fecha para acercarse más a nosotros), las montañas de Neufchatel estaban asoladas por una serpiente, cuyo recuerdo conservan varios sitios de los alrededores de la aldea de Sulpy: Raimundo de Sulpy combatió con el monstruo, le mató y murió dos días después (2).

Tal fué también la suerte de un tal Belzunce, que libró a Bayona de un dragón de varias cabezas: pereció sofocado por las llamas y el humo que el monstruo vomitaba (3).

El patriotismo celebra con entusiasmo el nombre de Arnoldo Strouthan de Winckelried, que, en la batalla de Sempach, en 1386, se sacrificó por la salvación de sus compatriotas. El nombre de uno de sus antepasados tiene un título menos auténtico, pero no menos popular, a la inmortalidad. Próximo a Alpenach, en el cantón de Undervald, y a orillas del *río* de Melch, apareció un dragón en el año 1250, cuya *cueva* se enseña todavía. Struth de Winckelried, condenado a destierro por un duelo, quiso comprar el derecho de reingresar en su patria, libertándola de aquel azote; lo consiguió, pero murió mal herido al día siguiente de su victoria (4). Petermann Eterlín (que, en verdad, escribía doscientos cincuenta años más tarde) ha consignado el caso en su crónica. La pintura lo ha retratado sobre los muros de una capilla cercana al lugar del combate; dicho sitio ha conservado el nombre de *Pantano del Dragón* (*Drakenried*), y la caverna, el de *Cueva del Dra-*

(1) PAUSANIAS, *Beocia*, cap. 26.
(2) *Descripción de las montañas de Neufchatel*, 1766, págs. 34 y 37.
(3) *Mercurio de Francia*, 29 marzo 1817, pág. 585.
(4) *El Conservador suizo*. Lausana, 1813-1815, tomo VI, págs. 440 y 441.

gón... Estos nombres conmemorativos, y los del mismo género que subsisten cerca de Sulpy, indican tal vez, como el de *Roca del Dragón*, en Aix, los sitios en que se detenía la procesión de las Rogativas, y donde la imagen del dragón alegórico era momentáneamente depositada. Tal vez también se refieran, como ya lo hemos sospechado, al curso de un torrente devastador...

§ IX

Se aplica esta leyenda a célebres personajesK alterando la historia para hacerlo.

Eterlín, historiador de Struth de Winckelried, es también el primero que ha *transferido* a Guillermo Tell la aventura de *la manzana* (1): que Saxo Gramático, que escribía más de un siglo antes del nacimiento de Tell, contaba como realizada por un arquero danés llamado Toko (2); aventura que una tradición todavía más antigua contaba precisamente con las mismas circunstancias, de *Egil*, padre del hábil herrero *Wailland* y hábil arquero él mismo (3). Eterlín parece haberse impuesto la tarea de imprimir el carácter histórico a los mitos religiosos y a las tradiciones importadas de otro país a su patria. Escribía bajo el dictado de las creencias populares, y nada más corriente entre las cos-

(1) W. COXE, *Cartas sobre Suiza*, tomo I, pág. 160. Véase además el folleto titulado *Guillermo Tell, fábula danesa*, por Uriel Freudenberger, publicado en Berna, en 1760, por Haller.
(2) Harald, que desempeña en la historia de Gramático el mismo papel que Gessler en la tradición suiza, cayó asesinado por Toko en 981. La fábula de la *manzana* era todavía más antigua y el odio público la renovó bajo el nombre de Harald, para justificar la muerte de este príncipe, como la reprodujo después en Suiza bajo el odiado nombre de Gessler.
(3) *Memorias de la Sociedad de Anticuarios de Francia*, tomo V, página 229.

tumbres del vulgo que aplicar a unos personajes bien conocidos de él, todas las historias y todas las fábulas de que se compone su instrucción. Winckelried y Tell eran, para los campesinos suizos, lo que Alejandro ha sido y todavía es en el Oriente: al nombre del rey de Macedonia, refieren los asiáticos mil recuerdos anteriores a su existencia, o evidentemente copiados de la mitología. Una isla del Africa septentrional (1) aun conservaba, en el siglo XII, el recuerdo de un dragón devastador del que había triunfado Alejandro. El paladín Rolando ha gozado el mismo honor en Occidente, y varios nombres de lugares lo atestiguan todavía (2). Al cantar las hazañas de Rolando, vencedor de la *Orca*, del *monstruo marino* pronto a devorar una *doncella*, el Ariosto, probablemente, como en otros mil trozos de su poema, no ha hecho más que copiar y embellecer una tradición de los siglos precedentes (3).

Un personaje cuya existencia y cuya gloria no tienen nada de fabuloso, ha llegado a ser, sin embargo, como Rolando, el héroe de un mito que le hace émulo de Hércules y de Perseo; la importancia que su recuerdo ha adquirido en un país que fué por largo tiempo su residencia, le ha valido sin duda tal honor. En una cacería iba Petrarca en pos de Laura; llegaron cerca de una *cueva*, guarida de un *dragón* que era el terror de todo el país; más enamorado que hambriento, persiguió el dragón a Laura; Petrarca voló en socorro de su amada, combatió con el monstruo y le mató *a puñaladas*. El soberano pontífice no quería permitir que el cuadro del triunfo del amor apareciese en ningún lugar santo. Simón de Siena, amigo del poeta, eludió la prohibición y pintó aquella aventura en un altar de la igle-

(1) La isla de *Mostachiin* (*Geografía de Edrisi*, tomo I, págs. 198-200.)
(2) *La Baume-Roland*, cerca de Marsella; la *Bréche-Roland*, en los Pirineos; il *C... d'Orlando*, a tres millas de Rimini, etc.
(3) *Orlando furioso*, canto II.

sia de *Nuestra Señora del Don* (en Aviñón); dió a Laura la actitud de una *virgen* suplicante y a Petrarca el vestido de san Jorge, armándole no obstante de un *puñal* en lugar de una lanza. El tiempo ha degradado su obra, pero no ha debilitado la tradición que consagra, y que ha sido repetida como un hecho cierto.

En el examen de las tradiciones no siempre se ha tenido bastante en cuenta la inclinación que tiene el hombre ignorante a volver a hallar en todas partes los mitos que ocupan un sitio preferente en sus creencias. Para lograrlo, desnaturaliza sus recuerdos, bien atribuyendo a un personaje lo que no le ha ocurrido jamás, bien introduciendo en la historia las maravillas de la Fábula. La narración en que se pone en escena al Petrarca, ofrece un ejemplo del primer género de alteración; encontraremos otro del segundo género sin salirnos de nuestro tema.

Un príncipe sueco (1) había hecho criar, junto a su hija *Thora*, dos serpientes que debían ser los guardianes de su virginidad. Llegadas a un tamaño desmesurado, aquellos monstruos sembraban la muerte en torno suyo por su ponzoñoso soplo. El rey, desesperado, prometió la mano de su hija al héroe que matase las serpientes. *Regner-Lodbrog*, príncipe y guerrero, dió cima a aquella peligrosa aventura y llegó a ser el esposo de la bella *Thora*. Tal es la fábula: veamos la historia: según la *Ragnara Lodbrogs Saga* (2), no fué a dos serpientes, sino a uno de sus vasallos, poseedor de un fuerte castillo, a quien el padre de *Thora* confió la custodia de su hija; el guardián, enamorado de la princesa, negóse a devolverla al rey, y éste, tras vanos esfuerzos para obligarle a ello, prometió que el libertador de *Thora* sería su esposo. *Regner-Lodbrog* fué ese héroe libertador.

(1) SAXO GRAMÀTICO, *Historia danesa*, libro IX, pág. 153.
(2) Citada por Biorner, en la obra titulada *Koempedater*, Stocolmo, 1737; y por Graberg de Hemsoe en *Saggio istorico sugli scaldi*, Pisa, 1811, página 217.

En una incursión por las costas de Northumberland, *Regner*, vencido y hecho prisionero, fué arrojado a un foso, en un calabozo subterráneo lleno de serpientes, que le atacaron y dieron fin a su vida (hacia el año 866). Este hecho está referido por todos los historiadores y consignado en el *Canto a la Muerte* atribuído al mismo *Regner* (1). Sin embargo, sospecho que, en el género de su suplicio, el amor a lo maravilloso buscó acercarse a la leyenda de que ya era objeto el héroe. El mismo espíritu que había alterado la historia de su himeneo, de un modo que recordaba el combate en que el principio del bien triunfa del principio del mal, quiso quizá que el relato de su trágico fin recordase la muerte que sufre el principio del bien en el combate alegórico... El nombre del vencedor de *Regner Hella*, favorecía esta tentativa; los *escandinavos* hallaban de nuevo en él el nombre de *Hela*, diosa de la muerte, nacida, como la *gran serpiente*, del principio del mal. Lo que autoriza mi conjetura, es la alta importancia que la mitología escandinava concede a la *gran serpiente*; no la hace morir más que arrastrando tras ella a la nada al dios que la haya vencido; asimismo, las serpientes y los dragones reaparecen más de una vez en los anales escandinavos. Antes y después de *Regner*, encuentro en dos ocasiones transformado el mito general en historia particular. Falto de dinero para pagar a sus soldados, el noveno rey de Dinamarca, *Frotho* (2), fué a combatir, en una isla desierta, a un *dragón* guardián de un tesoro, y le mató, a la misma entrada de su *antro*. Haraldo, desterrado de Noruega (3), se refugió en Bizancio. Culpable de un homicidio, fué expuesto, en una *cueva*, al furor de

(1) SAXO GRAMMÀTICO, *Historia danesa*, libro IX, pág. 159.
(2) 761 años antes de Jesucristo. — SAXO GRAMMÀTICO, *Historia danesa*, libro II, págs. 18 y 19.
(3) En el siglo XI. — SAXO GRAMMÀTICO, *Historia danesa*, libro XI, páginas 185 y 186.

un monstruoso *dragón*. Más afortunado que Regner, triunfó de él, y volvió a ocupar el trono de Noruega y a inquietar, en el trono de Dinamarca, al sobrino de Kanut el Grande.

§ X

Objetos físicos y monumentos en que vuelve a hallar el vulgo el cuadro de la destrucción de una serpiente monstruosa.

Lo que hiere diariamente los sentidos, influye sobre las creencias del hombre poco instruído, tanto por lo menos, como los recuerdos confiados a su memoria: los objetos físicos, las pinturas, las esculturas, han debido, lo mismo que la historia, ayudar a la imaginación a reconocer en todo una leyenda que agradaba a su credulidad.

En la abadía de San Víctor, de Marsella, en el hospital de Lyón y en un iglesia de Ragusa, muestran a los viajeros el esqueleto de un cocodrilo (1). Se le designa como los restos de un monstruo cuya leyenda se aplica a esos diversos lugares: y sin embargo, en Ragusa, por ejemplo, no se ignora que lo que allí ven, ha sido llevado de Egipto por unos marineros ragusianos (2). Esta clase de reliquias, propias para conservar y confirmar las creencias, cuando no las hacen nacer, no parecen fuera de lugar en nuestros templos, en los que probablemente entraron al principio en calidad de *ex voto*. Tal es el juicio que ha dictado Mellin sobre los restos de un caimán, colgados de la bóveda de una iglesia de Cimiers, en el condado de Niza. No parece que ellos evoquen recuerdo alguno, bien porque la leyenda haya terminado, con el tiempo, por caer en el olvido, o porque

(1) *Memorias de la Academia céltica*, tomo V, pág. 111.
(2) POUQUEVILLE, *Viaje a Grecia*, tomo I, págs. 24 y 25.

el *ex voto* sea, por el contrario, demasiado reciente para que se atrevan a aplicársela.

Un monumento de este género, cuya existencia es menos conocida, es la cabeza del dragón que venció tan milagrosamente Diosdado de Gozón. Era conservada en Rodas. Cuando se apoderaron de Rodas los turcos, la han respetado. El viajero Thevenot la ha visto, hacia mediados del siglo XVII, y la descripción que hace de ella mejor parece convenir a la cabeza de un hipopótamo que a la de una serpiente (1). ¿Sería temerario pensar que, como el caimán de Cimiers, como los cocodrilos de Ragusa, de Lyón y de Marsella, aquella cabeza fuera primero expuesta al público por la piedad o por el interés, y que, estando sin cesar, ante la mirada de la multitud, diese más tarde ocasión de aplicar a un caballero célebre, a un *Gran Maestre de la Orden*, la leyenda del héroe vencedor del dragón?

En Wasmes, próximo a Mons, se lleva en procesión el martes de Pentecostés y el día de la Trinidad, una cabeza de cocodrilo. A los ojos de una población crédula, es la cabeza de un *dragón* que, en el siglo XII, asolaba los alrededores, y que en el instante en que iba a devorar a una *doncella* en su *cueva*, cayó bajo los golpes que le asestó Giles, señor de Chin (2). La leyenda, cuidadosamente conservada en el país, atribuye al señor de Chin (muerto en 1137) los más salientes rasgos de la hazaña que, dos siglos más tarde, fué atribuída a Diosdado de Gozón: la dificultad de obtener el permiso para combatir con el dragón; el cuidado de fabricar mucho antes una figura que ofreciera semejanza con él, a fin de adiestrar poco a poco a los caballos y a los perros a atacarle sin miedo; la precaución de hacerse seguir al lugar del combate por devotos servidores. He aquí un

(1) THÉVENOT, *Relación de un viaje hecho a Levante*, pág. 223.
(2) *Investigaciones históricas sobre Gilles, señor de Chin, y el dragón*, Mons, 1825. — *Revista enciclopédica*, tomo XXVIII, págs. 192 y 193.

ejemplo más de la facilidad con que se ha aplicado a personajes conocidos en un tiempo y en un país los mitos que se tienen de otro país y de otra época anterior.

No siempre ha hecho falta un interés tan directo para cambiar el mito astronómico en historia local. En Klagenfurth, hay puesto, sobre una fuente, un grupo antiguo encontrado en Saal o Zolfeld (la antigua *Colonia Solvenis*): representa un dragón de prodigioso tamaño, y un Hércules armado de una maza. El pueblo ve ahí a un pobre campesino que libró antaño a la comarca de las fechorías de un dragón (1).

Sobre una cruz tumularia, existente en el cementerio de Dommarie, municipio del departamento de la Meurthe, del que es una dependencia el bosque de Thorey, veíase esculpida la figura de un dragón alado. D. Calmet, engañado por este emblema, ha contado que un dragón había sido antaño el terror de este país (2).

Los habitantes de Trebisonda afirman que en 1204, Alejo Comneno derribó con sus propias manos un dragón monstruoso. En memoria de esta hazaña, hizo construir en la ciudad una fuente a la que llamó *Fuente del Dragón*. Este monumento subsiste aún: el pilón representa la cabeza del fabuloso animal (3). La figura del pilón ha dado a la fuente el nombre que lleva, y como consecuencia de ello, ha hecho nacer la leyenda.

Queriendo inmortalizar el recuerdo de la conquista y de la sumisión de Egipto, Augusto dió por modelo a las medallas de una colonia que acababa de fundar en las Galias, un *cocodrilo* atado a una *palmera*. La ciudad en que se estableció la colonia, reconocía, después de varios siglos, como

(1) ED. BROWN, *Relación de diversos viajes*. París, 1674, pág. 176.
(2) BOTTIN, *Tradiciones de los dragones voladores*, págs. 156 y 157.
(3) PROTTIERS, *Itinerario de Tiflis a Constantinopla*, Bruselas, 1829, página 206.

fundador, es decir, como divinidad local, a *Nemausio*, cuyo nombre llevaba: y este nombre no podía dejar de figurar en sus medallas. Bien pronto, y a pesar de la *palmera* que no se produce en el suelo de Nimes, el *cocodrilo* se transformó en uno de aquellos monstruos que han cabalgado en tantas leyendas diferentes, los imitadores de Hércules, hombres divinizados o dignos de serlo. Aquel terrible animal envenenaba las aguas de una *fuente* y asolaba la comarca. El héroe triunfó de él: recibió y transmitió a la ciudad que fundó junto a la fuente, el nombre de *Nemo ausus* (*Nemausio*), que recuerda aún que él solo hizo lo que nadie se *había atrevido a intentar* (1).

Aquí, a lo menos, una representación real, aunque mal interpretada, saltaba a la vista y excusaba el error. Pero tenemos un ejemplo más decisivo del poder de la credulidad. Según una tradición admitida en Pisa, Nino Orlandi, en 1109 consiguió encerrar en una jaula de hierro una enorme y dañina serpiente, paseándola así en triunfo por medio de la ciudad. ¿Cómo dudar de la veracidad del hecho? Un bajo relieve ofrecía su representación en el *Campo Santo*; una inscripción la atestiguaba... Ojos escudriñadores han examinado en nuestros días estos dos monumentos: la inscripción ha sido puesta en 1777; el bajo relieve, fragmento de un sarcófago en mármol de Paros, no presenta indicio alguno que se pueda referir a la presunta victoria de Orlandi (2).

(1) EUSEBIO SALVERTE, *Ensayo sobre los nombres de hombres, pueblos y lugares*, tomo II, págs. 279 y 280.
(2) Ved el *Monitor universal*, del lunes 2 de julio 1812.

§ XI

Las armas y enseñas militares dan lugar a nuevas aplicaciones de la leyenda astronómica.

Ávidos de gloria y de poder, era natural que los nobles, los guerreros, quisieran compartir con los semidioses del paganismo, con los favoritos del Dios de los cristianos, el honor de aquellos triunfos que aseguraban derechos inmortales al reconocimiento de los pueblos. Tras los héroes escandinavos, después de Struth, de Winckelried, Belzunce y Diosdado de Gozón, podríamos citar a un joven noble del que se hizo acompañar san Pol cuando quiso destruir al dragón de la isla de Batz (1); y también a San Bertrán, vencedor del dragón de Comminges: este obispo pertenecía a distinguida familia, era hijo de un conde de Tolosa (2).

Podríamos citar, además, el presunto origen del apelativo de los Nompar de Caumont. Renovando en ellos la fabulosa historia del fundador de Nimes, cuéntase que ese apellido les fué transmitido por un abuelo suyo, que se mostró en efecto *sin par* (*non par*) al dar muerte a un dragón monstruoso, cuyas fechorías eran el azote de las tierras de su señoría.

Pero, para evitar repeticiones fastidiosas, nos limitaremos a hacer notar cuán favorecida debió ser esa pretensión por parte de los nobles, por las figuras con que cada uno de ellos adornaba su casco y su escudo, pasando de ellos a las armas.

Ubert fué el primero que cumplió, en el Milanesado,

(1) CAMBRY, *Viaje por el departamento de Finisterre*, tomo I, páginas 147 y 148.
(2) *Dic. de Moreri*, art. *San Bertrán*.

las funciones delegadas a los *Condes* (*Comites*) del Bajo-Imperio y del imperio de Carlo Magno. Adoptó, en consecuencia, el sobrenombre o título de *Vizconde* (*Visconti*), que transmitió a sus descendientes. En el sitio en que se alza en Milán, la muy antigua iglesia de San Dionisio, había entonces una profunda *cueva*, guarida de un *dragón* siempre hambriento, cuyo soplo daba la muerte a lo lejos. Ubert combatió con él, le mató y quiso que su imagen figurase en las armas de los *Visconti* (1). Según Pablo Jove, Ofhón, uno de los primeros Visconti, se distinguió en el ejército de Godofredo de Bullón: un jefe sarraceno, muerto por él en singular combate, llevaba sobre el casco la figura de una serpiente devorando a un niño; el vencedor puso en sus armas y legó a la posteridad aquel monumento de su gloria. La versión de Pablo Jove, si no es más cierta que la otra, es, a lo menos, más verosímil.

Aymón, conde de Corbeil, llevaba en su escudo un dragón bicéfalo... En una calle de Corbeil se ve una cloaca cubierta que va a morir al río de Etampes; allí estaba antaño, según la tradición popular, el antro de un dragón de dos cabezas, terror de la comarca; el conde Aymón tuvo el honor de triunfar de él (2).

La familia *Dragón*, de Ramillies, tenía por armas un dragón de oro en campo de azur. Hacía remontar el origen de su nombre y de sus *armas parlantes* a la victoria lograda por *Juan* señor de Ramillies, sobre un dragón que asolaba el territorio del Escalda, y al que el intrépido barón fué a combatir hasta el *antro* a donde el monstruo arrastraba a sus víctimas (3).

El león, símbolo de fuerza, adornaba generalmente la sepultura de los caballeros. Sobre el sepulcro de Gouffier

(1) CARLO TORRE, *Ritratto di Milano*, pág. 273.
(2) MILLIN, *Antigüedades nacionales*, tomo II, art. *San Spire de Corbeil*.
(3) BOTTIN, *Tradiciones de los dragones alados*, págs. 164 y 165.

de Lascours, veíase una serpiente, símbolo de la prudencia: pronto se vió en aquellas representaciones «una evidente alusión a una aventura maravillosa contada por las crónicas, según la cual aquel guerrero libró a un león perseguido por un dragón enorme. El reconocido animal se aficionó a su bienhechor y le acompañaba a todas partes como un perro fiel (1). Hemos de observar que ésta es precisamente la aventura que atribuye a Renaud de Montauban el autor de *Morgante*; pero su invención no le pertenece: el mismo cuento se vuelve a hallar en el romance en verso de Cristián de Troyes, titulado el *Caballero del león* (2).

Parecidos relatos han podido nacer de causas semejantes, antes de la invención de las divisas y emblemas caballerescos.

A un guerrero le agrada siempre presentar a sus adversarios objetos propios a llenarles de terror. La serpiente es el emblema de un enemigo prudente y peligroso; la serpiente alada o dragón, el presagio de una destrucción rápida e inevitable: ambos signos tendrán sitio adecuado sobre estandartes y banderas, como en la superficie de los escudos y sobre las cimeras de los cascos. El dragón figuraba entre las insignias militares de los asirios; el vencedor de los asirios, Ciro, la hizo adoptar a los persas y a los medos. Bajo el imperio romano y bajo los emperadores de Bizancio, cada *cohorte* o *centuria* llevaba un dragón por enseña (3). Grosley afirma, aunque sin apoyarse en pruebas decisivas, que, de las insignias militares, que eran objeto de culto para el soldado romano, pasaron los dragones a

(1) N. DALLON, *Monumentos de las diferentes edades observados en el departamento de la Haute-Vienne*, pág. 359.
(2) *Manuscritos de la Biblioteca del Rey*, n.º 7535, fol. 16 verso, columna 2.
(3) FLAVIO VEGET, *De re militari*, libro II, cap. 13.

las iglesias, y figuraron en las procesiones de las Rogativas, como trofeos conquistados a la religión vencida (1).

Sea como sea, se admitirá sin trabajo que semejantes señales van despertando más de una vez el recuerdo del mito astronómico. Y cuando se sabe que, todas las noches, en una ceremonia religiosa, era llevada la imagen del *dragón* al lado de la de san Jorge ante el emperador de Constantinopla, se inclina uno a creer que san Jorge debe a esta costumbre la leyenda que le pone en el mismo rango que a san Miguel (2).

Uther, padre del famoso rey *Arturo*, fué el primero en Inglaterra que imitó en los combates el ejemplo de los asirios y de los persas y adoptó por enseña un dragón con cabeza de oro: recibió, en consecuencia, el sobrenombre de *Pen-dragón* (cabeza de dragón), sobrenombre que ha podido dar origen a bastantes relatos maravillosos. Contábase, por ejemplo, que había visto en los cielos una estrella que tenía la forma de un dragón de fuego, que presagiaba su advenimiento a la corona... (3). No se había olvidado el origen astronómico de la leyenda primitiva.

§ XII

Mitología anterior alterada para volver a encontrar en ella la leyenda de la Serpiente.

Después de haber alterado la historia, ignorado el origen de las representaciones físicas, olvidado la significación de los monumentos, incluso leyendo y viendo en ellos

(1) GROSLEY, *Efemérides*, 3.ª parte, cap. 9, tomo II, págs. 222 y 225.
(2) GEORGE. CODIN. CUROP. *De official, palat. Constant...* «*Cantata igitur liturgia... aliud quod fert sanctum Georgium equitem, aliud draconteum, etc.*»
(3) DU GANGE, *Glosario*, verbo *Draco*.

lo que no existía, el deseo de encontrar en todas partes un mito con el cual se estaba familiarizado, no tenía que dar más que un paso; no tenía más que sacrificar los objetos de una antigua credulidad y desfigurar una mitología anterior, para adaptarla a las narraciones de una mitología nueva. Veamos un caso de este género que, sin ser cierto, no está, sin embargo, falto de probabilidad. Se refiere a un recuerdo bastante famoso para hacer excusables los detalles en que nos vemos obligados a entrar.

Explicando una medalla que parece ser del siglo XVI y que, en el reverso de la cabeza de Godofredo de Lusignan dice *Godofredo el de los grandes dientes*, y representa la cabeza de un monstruo fantástico, cuenta Millin (1) que Godofredo fué invitado a combatir con un monstruo que había devorado ya a un caballero inglés: pronto a intentar la aventura, murió Godofredo de enfermedad. La cabeza figurada en la medalla, es la del monstruo, «que Godofredo hubiera vencido ciertamente si la muerte no lo hubiese impedido». Pero no se graba una medalla para eternizar una hazaña que no ha tenido lugar: luego es preciso que, en la familia de los Lusignans, a la que atribuye Millin la fabricación de esa medalla, se conservase la tradición de que el bravo conde, como tantos santos y héroes que acabamos de revisar, había sido vencedor del monstruo.

Recordemos: Primero, que Godofredo era hijo, o más bien descendiente de la famosa Mellusina, Merlusina o Melisendra (*Melesendis*) (2), que todos los sábados se transformaba en *serpiente*; segundo, que los *Sassenages*, que contaban entre sus antepasados a Godofredo, *el de los grandes dientes*, habían hecho esculpir, sobre la puerta exterior

(1) *Viaje al mediodía de Francia*, tomo IV, págs. 707 y 708. — Godofredo, *el de los grandes dientes*, murió por el año 1250.
(2) *Memorias de la Sociedad de Anticuarios de Francia*, tomo III, páginas 279 y 280.

de su castillo, una *figura Mellusina*, es decir, mitad mujer y mitad serpiente (1).

Merlusina era un hada bienhechora: pareció natural incluir a un descendiente suyo en el número de los héroes destructores de mortíferas serpientes, aplicándole la leyenda en todas partes adoptada, de atribuirle una victoria consagrada por la medalla cuya explicación ha intentado Millin.

¿Pero de dónde pudo nacer, en los pantanos del Poitou, la creación de un ser mitad sierpe, mitad mujer, o tan pronto una cosa como otra?

Una tradición conservada hasta nuestros días, asegura que Merlusina se transformaba, no en serpiente, sino en *pez* (2). He aquí la clave del enigma, que nos lleva a una alta antigüedad. La imagen de la *Mujer-pez*, en la que los modernos quieren ver una sirena, aunque todos los documentos y monumentos de los antiguos presentan a las sirenas como *mujeres-pájaros* (3); esta imagen, bastante multiplicada todavía en tiempos de Horacio, para que el poeta, que ignoraba su significación, la citase como el prototipo de lo absurdo (4), esta imagen, que los griegos, menos alejados de su origen, aplicaron a Eurynomis, una de las esposas del dios del mar; esta imagen, repito, es la misma bajo la cual invocaban los sirios y los fenicios a Astarté o Atergatis, la virgen celeste (5). Vuélvesela a hallar en el planisferio egipcio, en el que representa el signo de *Piscis*, reunido al signo de *Virgo*. Está consagrada en las religiones del Ja-

(1) MILLIN, *Colección enciclopédica*, año 1811, tomo VI, págs. 108-112.
(2) *Boletín de la Sociedad de agricultura de Poitiers*, 1828, págs. 214 y 215.
(3) MARCHAL, *Descripción de Java*. Bruselas, 1824, pág. 31.
(4) HORACIO, *De art. poét.*, vers. 3 y 4. — ...Turpiter atrum. Desinit in piscem mulier formosa superne.
(5) Según la Escoliasta de Germánico (Arat. *Phoenomena*; *Virgo*), la virgen celeste es efectivamente Atergatis.

pón (1) y del Indostán (2), y en la antigua mitología de la isla de Java (3).

Ha llegado hasta el Kamtschatka, sin duda con la religión lámica. En las *iurtas* de los kamtschadales del norte, se ve al ídolo *Khan taï*, que tiene forma humana hasta el pecho, el resto del cuerpo parece la cola de un pez. Se fabrica uno nuevo cada año; de suerte que el número de esas imágenes indica cuántos años lleva construída la *iurta* (4). Esta particularidad prueba que el ídolo *Khan-taï* como la virgen-pez de los planisferios egipcios, tiene un origen astronómico, puesto que es el símbolo del renovamiento del año.

No podemos hablar tan afirmativamente de la *Madre del Agua*, divinidad maléfica, mitad mujer, mitad pez, que, según los indígenas de la Guyana, se complace en atraer a los pescadores en alta mar para sumergir sus débiles embarcaciones. Dícese que esta fábula estaba extendida en América, antes de la llegada de los europeos (5).

Un símbolo tan frecuentemente repetido sobre la tierra, ¿ha llegado hasta las Galias? ¿Ha podido modificarle bastante el tiempo para cambiar en serpiente la extremidad de pez?

Primero. A la primera pregunta, contesto que ese símbolo existe todavía en una de las ciudades más antiguas de Francia: Marsella. En un ángulo del fuerte de San Juan, distínguese la figura gigantesca de un monstruo, mitad mujer, mitad pez. Si se le ha reproducido así en la construcción del fuerte dicho, no puede ser más que porque existiese muy anteriormente, como monumento nacional. Su nombre, que es el mismo de la ciudad, *Marsella*, indica

(1) *Canon*, divinidad japonesa.
(2) Tercer *avatar de Wisnú*.
(3) MARCHAL, *Descripción de la isla de Java*, pág. 31.
(4) KRACHENINNIKOFF, *Descripción del Kamtschatka*, 1.ª parte, cap. 4.
(5) BARBÉ-MARBOIS, *Diario de un deportado*, tomo II, pág. 134.

que representaba la divinidad local, la ciudad misma divinizada. Para adoptar un símbolo tan propio para caracterizar una gran población marítima, no tuvieron los focios necesidad de copiarla de Tiro, Sidón o Cartago: habían fundado su colonia bajo los auspicios de la gran *Diana de Efeso*, de la virgen celeste que fué adorada bajo aquella forma, no solamente en el Asia, sino hasta en Grecia, ya que la estatua mitad mujer, mitad pez, honrada en Figalia, fué considerada a menudo como una estatua de Diana (1).

Segundo. Los príncipes tártaros hacen remontar casi todos su genealogía a una virgen celeste que fué fecundada por un rayo del Sol, o por otro cualquier medio tan maravilloso (2); en otros términos, la mitología que sirve de punto de partida a sus anales, se refiere a la edad en que *virgo*, o el signo de la *virgen* marcaba el solsticio de estío.

Los griegos achacaban el origen de los escitas a una virgen mitad mujer, mitad sierpe, que tuvo comercio con Hércules o Júpiter (3), emblemas uno y otro del *Sol* generador. Si ambos orígenes no hacen más que uno, como está permitido creer, en la imagen de su divinidad nacional, de la *virgen celeste*, de que escitas y tártaros pretenden ser descendientes, han ignorado los griegos la forma de la parte inferior, y en lugar de la extremidad de un pez, han visto la extremidad de una serpiente.

Y para traer ahora a las orillas del Sevre el antiguo símbolo y la alteración que le ha desfigurado, no recordaremos que los druidas honraban a una *virgen que debía ser madre*; la celestial virgen que, todos los años, a media noche, bri-

(1) Estrabón (libro IV) dice que una sacerdotisa de la Diana de Éfeso, portadora de una estatua de la divinidad, siguió a los focios hasta Marsella, y éstos, en todas las ciudades que fundaron en las Galias, como Agde, por ejemplo, instituyeron el culto a Diana tal como lo habían recibido de sus antepasados.

(2) PETIS DE LA CROIX, *Historia de Gengis-Khan*, págs. 11 y 13.

(3) DIODORO DE SICILIA, libro II, cap. 26.

llando en lo alto de los cielos, debía dar a luz al niño dios, al naciente sol del solsticio de invierno; no parece que los druidas hayan ofrecido representaciones físicas a la adoración de nuestros antepasados, a lo menos, hasta los tiempos en que el comercio con los demás pueblos les indujo poco a poco a imitar su idolatría. Pero Pytheas había bordeado las costas occidentales de la Galia, y seguramente no fué el único entre los navegantes marselleses (1); tampoco los fenicios y los cartagineses que venían a buscar el estaño a las costas de Bretaña y Poitou, y a las islas Cassitérides, han podido dejar de desembarcar en ellas. Y alguna de esas naciones habrá llevado a la Galia occidental la imagen y el culto de la Virgen-pez, ya que bajo la figura de una mujer con cola de pez adoraron los galos a *Onvana* o *Anvana* (2). Deseoso, como los príncipes tártaros, de crearse un origen sobrenatural, cualquier jefe galo habrá pretendido descender de aquella divinidad; habrá elegido su imagen para su emblema distintivo. Los progresos del cristianismo habrán reducido a la diosa a no ser más que una mujer, aunque dotada, como *hada*, de una potencia sobrenatural; pero no habrán abolido su memoria ni borrado su imagen. El tiempo y la imperfección de la escultura habrán ocasionado más tarde un error semejante al que ya habían cometido los griegos; la cola de pez habrá pasado por cola de serpiente. Fundada en esta equivocación, la nueva tradición habrá prevalecido tanto más fácilmente cuanto más importante haya sido el papel desempeñado en las creencias populares de los occidentales, desde

(1) Dice Estrabón (libro IV) que los marselleses establecían el culto de la Diana de Éfeso en todas las ciudades que fundaban.

(2) MARTÍN, *Religión de los galos*, tomo II, pág. 110. — TOLAND, *History of the druids*, pág. 137. — Entre las inscripciones descubiertas en la antigua muralla de Burdeos, vese esta: *Caïus Julius Florus* ONVAVAE. *Memoria de la Academia de Burdeos*, sesión del 16 de junio 1829, pág. 182, y lámina 3, n.° 52.

el siglo V hasta el XV, por las serpientes legendarias; y entonces, la forma dada a Merlusina, y la hazaña atribuída a su descendiente, serán las naturales consecuencias del sacrificio de una antigua creencia, a otra creencia más nueva y más generalmente adoptada.

§ XIII

Resumen

La discusión de esta conjetura, que sometemos al juicio de los arqueólogos, no nos ha apartado de nuestro tema. Nos hemos propuesto buscar cómo ha podido extenderse y multiplicarse una narración evidentemente absurda, falsa e imposible; y cómo, siendo siempre la misma bajo mil diversas formas, ha podido hallar por doquier tan igual y constante credulidad.

Hechos reales, metáforas admitidas, hubiesen podido dar alguna vez ocasión para ello, pero no hacerlo salir del estrecho círculo en que se observaban unos y se ponían otras en uso.

Un accidente, tan local y variable como es el desbordamiento de un río, no ha podido ser representado universalmente por la misma alegoría, que además no se aplica a este caso más que de una manera muy imperfecta.

El presunto *hecho*, no es, en su origen, más que la expresión de un cuadro astronómico, adoptado por la mayor parte de las mitologías de la antigüedad.

Cuando la tradición de ese dogma del politeísmo hubiera debido ceder a los progresos del cristianismo, una ceremonia externa, consagrada en esta religión, creó casi tantas repeticiones del mito original como sectas de fieles se contaban en la Iglesia de Occidente. En vano se esforzaron en llamar la atención del vulgo sobre la alegoría que expresaba la ceremonia: su espíritu, como sus miradas, quedó fijo en la representación física. Sus costumbres, imponiéndose a su piedad, le hicieron no buscar a sus libertadores exclusivamente entre los habitantes del cielo: los reconoció entre los hombres, sobre todo cuando, para conformarse con la alegoría astronómica, hubo de suponer que el vencedor había perdido la vida al encontrar la victoria. Los nombres de los personajes célebres, los de los nobles cuyo poder se tenía o cuyo valor se admiraba, vinieron a engrosar aquella tradición, sin cesar reproducida. Falsificáronse los recuerdos históricos para volverla a encontrar; la renovó cualquier representación física que despertase su recuerdo; se la buscó en monumentos y emblemas a ella extraños y hasta en los signos inventados por la gloria o el orgullo militar. Hasta se llegó (si nuestra última conjetura no es temeraria) a alterar los símbolos y las creencias de una mitología anterior para apropiárselos... ¡Singulares progresos de una credulidad, no solamente ingenua y ciega, sino también ávida e insaciable! ¿No merecen ser señalados en las meditaciones de los filósofos? La historia de la credulidad es tal vez la rama más extensa y, a buen seguro, una de las más importantes de la historia moral de la especie humana.

NOTA B

DE LA ESTATUA DE MEMNÓN

Narraciones e inscripciones que atestiguan la vocalidad de la estatua y hasta hacen mención de las palabras que ha pronunciado. Explicaciones poco convincentes propuestas por diversos autores. Según Langlès, los sonidos proferidos a veces por la estatua correspondían a las siete vocales, emblemas a su vez, de los siete planetas. Oráculo que ha podido ser pronunciado por la estatua de Memnón. Refutación del sistema de Letronne. El milagro era PROBABLEMENTE *efecto de la superchería. Imposibilidad de llegar a una solución satisfactoria del problema.*

Cerca de la antigua Tebas se alzaban dos colosos monolíticos: el recinto que los encerraba llevaba el nombre de *memnonium*. Este nombre que, en lengua egipcia, designaba un lugar consagrado a la memoria de los muertos, recordaba a los griegos la de un héroe cantado por Homero. Prontos a apropiarse y a referir a sus tradiciones nacionales todo lo que su vanidad podía tomar a la mitología o a la historia de los pueblos más antiguos, miraron como consagrado a Memnón, como reproducción de la imagen del guerrero, hijo de la Aurora, que murió bajo las murallas de Troya, a uno de aquellos colosos anteriormente levantados, en la primera Edad histórica de Grecia: tal fué

la estatua que llegó a ser célebre por la propiedad de hacer oir, al despuntar el día, uno o varios sonidos, que el entusiasmo religioso creyó ser una salutación dirigida a la Aurora o al Sol.

En una época, para cuya fijación existen dudas, fué rota la estatua en su parte superior; pero los maravillosos sonidos continuaron dejándose oir; parecían salir de la parte inferior. Piensa Letronne que el coloso fué restaurado en el siglo III de nuestra Era: macizos ladrillos de arcilla reemplazaron la porción del monolito cuyos fragmentos yacían por tierra.

Bajo el reinado de Adriano, había visto Juvenal el coloso roto. Luciano, en tiempos de Marco-Aurelio, y Filostrato, en los de Severo, le representan como si estuviera entero. Verdad es que Luciano habla de él en una obra satírica; pero sus burlas se refieren a las exageraciones que un testigo del prodigio se permite en su relato, y no al estado de mutilación o restauración de la estatua. Filostrato, con evidente anacronismo, hace hablar de ella a un observador contemporáneo de Domiciano. Esta licencia, que no ha podido ser ignorancia, parece probar que la restauración no era reciente; no es fácil hacer retroceder un siglo un hecho que ha sucedido el día anterior.

Los testimonios que afirman la vocalidad de la estatua llegan hasta el reinado de Caracalla. Ignórase igualmente en qué época y por qué manos la restaurada estatua fué rota de nuevo; y desde cuando la parte inferior, muda ya en lo sucesivo, no ha revelado su antigua gloria más que por las inscripciones de que está cubierta en parte.

Antes de discutir las explicaciones que se han querido dar del prodigio, recordemos lo que han dicho de él los romanos y los griegos, únicos de los que poseemos directos testimonios.

Los egipcios acusaban a Cambises de haber roto y derribado en su furor impío la estatua de Memnon, lo mismo que insultó o destruyó otros monumentos que había consagrado la religión en la tierra de Osiris (1). Su justo horror para la memoria de un bárbaro conquistador les había arrastrado a imputarle el resultado de una catástrofe natural, si era cierto, como afirma Estrabón, que la caída del coloso fuese debida a un temblor de tierra cuya fecha no indica este autor.

Pero ¿por qué no hubiera mutilado Cambises más que una de las dos sagradas imágenes? Aunque esta pregunta parece al principio debilitar la tradición generalmente admitida, la fortifica, por el contrario, si se admite que el milagroso sonido recomendaba aquella imagen, y solamente aquélla, a la veneración religiosa de los nacionales y al fanático odio de los adoradores del fuego.

Manathón, citado por Eusebio y Josefo, y también por san Jerónimo, afirma que la estatua colosal de Amenofis era la misma que la estatua vocal de Memnón. Este testimonio de un contemporáneo de Ptolomeo Filadelfo, sacerdote egipcio muy instruído en las antigüedades de su país, sería de gran peso si su autoridad no hubiera sido discutida.

Dionisio el Periegota pinta en sus versos «la antigua »Tebas, donde el sonoro Memnón saluda el despertar de la »aurora» (2). Según la común opinión, el poeta geógrafo escribió estos versos poco tiempo después de convertirse Egipto en provincia romana, de donde se deduce que el prodigio y la tradición fabulosa que a la estatua aplicaban los griegos y los romanos, eran entonces y desde hacía tiempo, conocidos y célebres... Pero la época en que floreció Dionisio, flota, a capricho de la crítica, desde el reinado de Augusto al de Severo y Caracalla.

(1) Justiniano, libro I, cap. 9.
(2) Dionisio Perieg, vers. 249 y 250.

Hablando del sagrado recinto del *memnonium*, dice Estrabón: «Había allí dos colosos de una sola piedra cada »uno, próximos uno al otro. Uno subsiste entero. La parte »superior del otro ha sido derribada, *según se dice*, por un »temblor de tierra. También se cree que del trono y de la »parte del coloso que ha quedado sobre su base, sale un »sonido semejante al que produciría un golpe moderado. »Yo mismo, acompañado de Elio Gallo, con una tropa »de amigos y soldados suyos, le he oído a las primeras »horas del día. ¿Partía de la base del coloso mismo; era »producido quizá por alguno de los asistentes? No puedo »decirlo. En la incertidumbre de la causa real, vale más »creerlo todo, que admitir que un sonido pueda salir de pie»dras así dispuestas» (1).

En su viaje a Egipto, «admiró Germánico la imagen en »piedra de Memnón que emite un sonido semejante al de »una voz humana (*vocalem sonum*), tan pronto caen sobre »ella los rayos del sol». Así se expresa Tácito, historiador creíble, ya que en su juventud supo por varios ancianos contemporáneos de Germánico, importantes detalles sobre la historia de aquel príncipe (2).

«En Tebas, dice Plinio, y en el templo de Serapis, está »la estatua que se cree consagrda a Memnón, y que emite »un sonido todos los días, cuando la hieren los rayos del »sol levante» (3).

Juvenal, residente o confinado en el Alto Egipto, no lejos de la comarca que hacían famosa los monumentos del *memnonium*, caracteriza la estatua por estas palabras: «Allí, dice, resuenan las mágicas cuerdas del mu»tilado Memnón» (4).

---

(1) ESTRABÓN, libro XVII.
(2) TÁCITO, libro II, cap. 61 y libro III, cap. 16.
(3) PLINIO, *Historia Natural*, libro XXXVI, cap. 7.
(4) JUVENAL, *Sátira* XV, vers. 5.

«Yo he admirado aún más al coloso, dice Pausanias (1). »Es una estatua sentada que parece representar al Sol... »Mucha gente la llama estatua de Memnón; pero los te»bianos niegan que sea dicho personaje... Cambises la »rompió (*literalmente* la partió en dos). Hoy, la parte su»perior, desde el vértice de la cabeza a la mitad del cuer»po, yace abandonada en el suelo. La otra parte todavía »aparece sentada, y todos los días, al levantarse el sol, »emite un sonido, tal como el de las cuerdas de una cítara »o de una lira...»

El renombre del coloso atraía a Egipto los curiosos en tiempos de Luciano. En el diálogo sobre la amistad (*Toxaris*), refiere Luciano que «el filósofo Demetrio hizo el via»je a Egipto a fin de ver a Memnón .. Había oído decir »que Memnón, al salir el Sol, hacía resonar su voz... Salí »de Coptos — hace decir a Eucrates en el *Filopseudis* —, »para ver a Memnón y oir el maravilloso sonido que pro»duce al nacer el Sol. Le he oído, pues, no como tantos »otros, emitiendo un ruido falto de sentido: Memnón mis»mo, abriendo la boca, me ha dirigido un oráculo en siete »versos que os repetiría si no fuese superfluo».

«Vuelta hacia el Oriente, dice Filostrato, *habla* la esta»tua de Memnón, tan pronto como un rayo de Sol llega a »caer sobre su boca» (2).

En una época en que el prodigio había cesado ciertamente, Himerio, contemporáneo de Amiano Marcelino, todavía recordaba que el coloso *hablaba* con voz humana al Sol (3). Pero su testimonio y el de Calistrato (4), por las fechas en que se produjeron, solamente comprueban la existencia de una tradición que estos autores refieren sin discutirla.

---

(1) PAUSANIAS, *Attic.*, cap. 42.
(2) FILOSTRATO, *Vida de Apolonio*, libro VI, cap. 6.
(3) FOCIO, *Biblia*, cod. 243.
(4) CALISTRATO, *Exercit de Memnone.*

Dos comentadores inéditos de Juvenal y del sabio Eustasio nos instruyen de las modificaciones que había sufrido la tradición en unos tiempos posteriores.

Según el primero, «la estatua de Memnón, hijo de la »Aurora, estaba fabricada con un artificio mecánico, *igual »a una voz humana*, con que saludaba al Sol y al rey. Cam»bises, para conocer la causa de este prodigio, hizo cortar »la estátua en dos: después de lo cual, siguió saludando »al Sol, pero no al rey. Por eso ha empleado el poeta el epí»teto *dimidio* (de lo que no queda más que la mitad).

El otro comentador interpreta extrañamente la tradición admitida: «Una estatua de bronce, que representa a »Memnón pulsando una cítara, cantaba, dice, a ciertas »horas del día. Cambises la hizo abrir, suponiendo que al»gún mecanismo habría oculto en la estatua. Pero, aunque »partida, la estatua, que había recibido una consagración »mágica, emitió sonidos a las horas acostumbradas. Por »lo cual da Juvenal a Memnón el epíteto de *dimidius*, abier»to, cortado en partes.»

Comentando los versos 249 y 250 de Dionisio el Periegota, recuerda Eustasio en primer lugar, que el coloso representaba al *Día*, hijo de la Aurora. «Era, añade, una es»tatua de hombre que, animada por cierto mecanismo, de»jaba oir su voz, y así, por un movimiento que parecía »natural o espontáneo, hablaba como si saludase al Día y »le rindiera homenaje.»

Numerosas inscripciones griegas y latinas, grabadas sobre el coloso, atestiguan que diversas personas, llevadas por la religión o la curiosidad, han oído la voz milagrosa. Letronne, en su *Estatua vocal de Memnón*, las ha reunido en número de setenta y dos y las ha reconstruído y explicado. Conservando su numeración, no citaré más que las que arrojen una nueva luz sobre la materia de que trato.

Seis inscripciones (núms. X, XII, XVII, XX, XXXVI

y XXXVII) atestiguan que Memnón se ha hecho oir el mismo día por *dos* veces. Otra (núm. XIX) indica que la voz ha resonado *tres* veces, en presencia del emperador Adriano, para el que dicho prodigio fué una prueba del favor de los dioses.

El autor de la XVII asegura que Memnón le ha hablado y saludado misteriosamente.

He aquí, según la opinión de Jablonski, adoptada por diferentes sabios, la traducción de la XII inscripción (1):

«El hijo de Tithón y de la Aurora, precedentemente sólo »nos había hecho oir su voz algo confusa; pero hoy, Mem»nón nos ha saludado como a aliados y amigos suyos. He »entendido el sentido de las palabras emanadas de la pie»dra. La naturaleza creadora de todas las cosas las ha ins»pirado.» Letronne piensa que la última frase debe substituirse por ésta: «La naturaleza, cradora de todas las cosas, »¿ha dado a la piedra el sentimiento y la voz?» Sin entrar en la discusión de las palabras, observaremos que la corrección tiene, en el fondo, menos importancia de la que parece tener. La distinción bien marcada entre el sonido desprovisto de sentido que Memnón dejaba oir comúnmente, y una salutación amistosa, prueba, a lo que me parece, que e autor de esta inscripción, como el de la XVII, había oído palabras distintas, que juzgó emanadas de la sagrada piedra.

Reuniendo esos diversos testimonios, se ve que el coloso producía comúnmente, al despuntar el día, un sonido comparable al de la cuerda de una cítara o al de un instrumento de metal (insc. XIX). El prodigio se ha repetido dos y tres veces en un día. Y en fin, que el milagro, sin duda proporcionado a la credulidad de los admiradores, llegaba

(1) JABLONSKI, *De Memnone Graecorum et Aegyptiorum syntagmata*, III, 1753.

hasta la pronunciación de palabras seguidas que formaban un sentido completo.

Este último prodigio, que recuerdan igualmente las inscripciones citadas y las tradiciones conservadas por Hemerio, Filostrato y Luciano, parece el menos admisible de todos: yo le creo el más fácil de explicar.

No era exclusivamente propio de Memnón. En Dafné, cerca de Antioquía, se alzaba el templo de Apolo, cuya imagen a la hora del mediodía hacía oir a sus adoradores el cántico de un himno melodioso.

Si se recuerda lo que hemos dicho (*capítulo XII*) de las *estatuas vocales* celebradas por Píndaro, de las *cabezas parlantes*, del partido que sacaban del engastrimitismo los taumaturgos, y de los recursos que les aseguraba la ciencia de la acústica, desaparece la imposibilidad: todo depende de la elección del momento y de la ausencia de incómodos espectadores. Hasta se sospechará que, creyendo repetir una ridícula mentira, ha podido reproducir Luciano un hecho verdadero en el fondo, un milagro susceptible de volverse a efectuar, ante unos entusiastas tan incapaces de penetrar un artificio como de concebir una duda o elevar una objeción.

¿Quién sabe si hasta no podríamos volver a hallar aquel oráculo en *siete versos* que oyó el *Filopseudo* y al que miró sin duda como «inspirado por la naturaleza creadora de todas las cosas»? Veamos un oráculo compuesto también de *siete versos*, que nos ha transmitido Eusebio, y que parece responder a esta pregunta:

«Invoca a Mercurio; y al Sol del mismo modo,
»A la luz del Sol; y a la de la Luna cuando de ella nos llegue
»La luz; y al gran Saturno; y, a Venus en su turno
»Por las invocaciones *inefables* que halló el mayor de los [magos,

»Rey de la *séptima voz resonante*, de gran número de [hombres conocido.
... ...
»E invoca siempre, aparte y mucho, al Dios de la *séptuple* [*voz*.»

El mismo texto indica que falta un verso; la omisión de los nombres de Marte y Júpiter lo prueba: ese verso era el primero, el tercero o el cuarto, en vez del sexto; completaba el oráculo por el sentido y por el número de los versos. Transportado por la inadvertencia de un copista al sexto lugar, habrá sido omitido más tarde, porque no presentase allí sentido alguno.

El oráculo prescribe dirigir invocaciones a los planetas, observando el día consagrado a cada uno de ellos. A pesar de la pérdida de un verso, es visible que las invocaciones, como los días de la semana y los planetas, debían ser siete. El que *ha encontrado* (quien ha instituído) ese culto, era el *rey* (el *director*) de la *séptima voz resonante*, nombre que parece indicar una máquina, una estatua propia para hacer resonar *siete* entonaciones. Ordénase luego invocar constantemente al Dios de *la séptuple voz*. Y coincidiendo así con la *séptima voz resonante*, aquel Dios era al que sin duda estaba consagrada la máquina y cuya estatua ofrecía la imagen del Rey del mundo celeste conocido por los antiguos: el Sol. La estatua de Memnón era la del Sol, según Pausanias.

A este primer indicio vienen a unirse otros para apoyar nuestra conjetura.

En los primeros siglos del cristianismo, se daba una importancia religiosa a las siete vocales. Eusebio tiene buen cuidado de hacernos observar que, por un maravilloso misterio, el nombre *inefable* de Dios, en las cuatro formas que le hace sufrir la gramática, comprende las *siete* voca-

hasta la pronunciación de palabras seguidas que formaban un sentido completo.

Este último prodigio, que recuerdan igualmente las inscripciones citadas y las tradiciones conservadas por Hemerio, Filostrato y Luciano, parece el menos admisible de todos: yo le creo el más fácil de explicar.

No era exclusivamente propio de Memnón. En Dafné, cerca de Antioquía, se alzaba el templo de Apolo, cuya imagen a la hora del mediodía hacía oir a sus adoradores el cántico de un himno melodioso.

Si se recuerda lo que hemos dicho (*capítulo XII*) de las *estatuas vocales* celebradas por Píndaro, de las *cabezas parlantes*, del partido que sacaban del engastrimitismo los taumaturgos, y de los recursos que les aseguraba la ciencia de la acústica, desaparece la imposibilidad: todo depende de la elección del momento y de la ausencia de incómodos espectadores. Hasta se sospechará que, creyendo repetir una ridícula mentira, ha podido reproducir Luciano un hecho verdadero en el fondo, un milagro susceptible de volverse a efectuar, ante unos entusiastas tan incapaces de penetrar un artificio como de concebir una duda o elevar una objeción.

¿Quién sabe si hasta no podríamos volver a hallar aquel oráculo en *siete versos* que oyó el *Filopseudo* y al que miró sin duda como «inspirado por la naturaleza creadora de todas las cosas»? Veamos un oráculo compuesto también de *siete versos*, que nos ha transmitido Eusebio, y que parece responder a esta pregunta:

«Invoca a Mercurio; y al Sol del mismo modo,
»A la luz del Sol; y a la de la Luna cuando de ella nos llegue
»La luz; y al gran Saturno; y, a Venus en su turno
»Por las invocaciones *inefables* que halló el mayor de los [magos,

»Rey de la *séptima voz resonante*, de gran número de [hombres conocido.

... ...

»E invoca siempre, aparte y mucho, al Dios de la *séptuple* [*voz*.»

El mismo texto indica que falta un verso; la omisión de los nombres de Marte y Júpiter lo prueba: ese verso era el primero, el tercero o el cuarto, en vez del sexto; completaba el oráculo por el sentido y por el número de los versos. Transportado por la inadvertencia de un copista al sexto lugar, habrá sido omitido más tarde, porque no presentase allí sentido alguno.

El oráculo prescribe dirigir invocaciones a los planetas, observando el día consagrado a cada uno de ellos. A pesar de la pérdida de un verso, es visible que las invocaciones, como los días de la semana y los planetas, debían ser siete. El que *ha encontrado* (quien ha instituído) ese culto, era el *rey* (el *director*) de la *séptima voz resonante*, nombre que parece indicar una máquina, una estatua propia para hacer resonar *siete* entonaciones. Ordénase luego invocar constantemente al Dios de *la séptuple voz*. Y coincidiendo así con la *séptima voz resonante*, aquel Dios era al que sin duda estaba consagrada la máquina y cuya estatua ofrecía la imagen del Rey del mundo celeste conocido por los antiguos: el Sol. La estatua de Memnón era la del Sol, según Pausanias.

A este primer indicio vienen a unirse otros para apoyar nuestra conjetura.

En los primeros siglos del cristianismo, se daba una importancia religiosa a las siete vocales. Eusebio tiene buen cuidado de hacernos observar que, por un maravilloso misterio, el nombre *inefable* de Dios, en las cuatro formas que le hace sufrir la gramática, comprende las *siete* voca-

les griegas (1). Esta importancia explica también una inscripción compuesta de siete líneas, cada una de las cuales presenta las siete vocales griegas, diferentemente combinadas (2). Cierto es que Gruter y su editor miran como apócrifa la inscripción; pero Edward Holten ha visto las siete vocales esculpidas y combinadas de la misma manera, sobre una piedra. Todo el misterio que encierran consiste, dice, en el nombre de Jehovah compuesto de siete letras y siete veces repetido. Atribuye, con verosimilitud, las inscripciones de ese género a los basilidianos. Los basilidianos, como tantos otros sectarios de los primeros siglos de la Iglesia, no eran más que unos teurgistas que transportaban al cristianismo los ritos y las supersticiones de iniciaciones más antiguas.

Como tantas otras, había sido copiada de Egipto la superstición relativa a las vocales. Los sacerdotes egipcios cantaban las siete vocales como un himno consagrado a Serapis. Serapis, en un epigrama que ha llegado hasta nosotros (3), decía él mismo a sus adoradores: «Las siete »vocales me dan gloria a mí, el Dios grande e inmortal, »el padre infatigable de todas las cosas». ¿Hay necesidad de recordar que Serapis era uno de los emblemas del sistema solar divinizado y que Plinio asignó a Serapis el templo a que pertenecía la estatua de Memnón?

El misterio de este modo de adoración explica el epíteto de *inefables* dado a las invocaciones, y el silencio que guarda Eucrates sobre el texto del Oráculo en siete versos que pretende haber oído. Asimismo la religión de los hindúes, la de los parsis y aun el islamismo, consagran ciertas sílabas cuya pronunciación equivale a una plegaria, y cuya santa eficacia no se debe revelar.

---

(1) *Praep. Evangel.*, libro VI, cap. 6.
(2) GRUTER, *Corp. inscript.*, tomo II, pág. 21.
(3) SCALIGERO, *Animadvers. in Euseb.*, n.º 1730.

Por mucho valor que se conceda o se niegue a estas conjeturas, se admitirá sin trabajo que en casos particulares en que una curiosidad culta no obstaculizaba las operaciones de los taumaturgos, el procedimiento propio para animar los androides y quizá el engastrimitismo solo, bastaba para producir las palabras y los oráculos atribuídos a Memnón.

Es menos fácil explicar el milagro que se veía renovar cada mañana.

La idea de una supercheria que podía facilitar la masa del coloso, parece haber obsesionado a Estrabón. Su lenguaje es el de un hombre que se defiende de la ilusión que se le pretendía imponer, aunque no reconoce la que se le ha impuesto ya. Se ve que está dispuesto a creerlo todo, antes de admitir que el sonido pudiese salir realmente de la estatua. Por lo demás, ningún hecho viene en apoyo de su conjetura.

Los términos empleados por Juvenal parecen indicar que, en su opinión, el prodigio era el fruto de un arte mágico, es decir, de un mecanismo ingenioso y oculto. Eustasio lo afirma positivamente, así como los dos comentaristas del satírico latino. Uno de ellos habla hasta de una *consagración mágica* de la estatua. Pero por otra parte, se aparta de tal forma de la historia o de la tradición admitida que su testimonio casi no tiene valor.

El sabio Langlès había adoptado una explicación análoga. Para hacerla admisible, parte del supuesto de que Memnón repetía las siete entonaciones consagradas en el himno de los sacerdotes egipcios. Para reproducirlas, bastaba con una hilera de martillos que, dispuestos a lo largo de un teclado, golpeaban en piedras sonoras, de la naturaleza de las que, desde tiempo inmemorial, sirven en China de instrumento de música (1). Si se creyese lo que

---

(1) LANGLÈS, *Disertación sobre la estatua vocal de Memnón*, pág. 157.

dice Filostrato, que el coloso vuelto hacia el Oriente, resonaba al contacto de los rayos del Sol, en el mismo instante en que caían en su boca, se admitiría fácilmente que un secreto muy conocido de los antiguos ponía en acción el milagroso mecanismo; el calor vivo y pronto obtenido por la concentración de los rayos solares, bastaba para dilatar una o varias varillas metálicas que, al alargarse, obraban sobre el teclado cuya existencia supone Langlès Luego era gracias al Sol como, por una armonía religiosa, saludaba la estatua el retorno del Dios a que estaba consagrada y del que ofrecía el emblema.

Pero ¿en qué se funda la suposición de que emanaban habitualmente siete entonaciones sucesivas del coloso? Si, en ciertos casos muy raros, la habilidad de los sacerdotes ha podido producir algo parecido, los testimonios históricos o las inscripciones no demuestran, en general, más que la existencia de un sonido único. El prodigio ha sido observado además mucho tiempo antes de la restauración de la estatua, y cuando su cabeza, caída en la arena, no comunicaba ya con la base de donde parecía salir el sonido; ninguna observación, por otra parte, ha podido hacer descubrir, en el coloso, una cavidad propia para recibir el mecanismo sonoro imaginado por Langlès.

Esta última anotación rechaza la conjetura de Van Dale, quien suponía que en el coloso egipcio, como en otras varias estatuas, se había practicado una cavidad, donde podían introducirse los sacerdotes encargados de prestar a la divinidad el auxilio de sus voces (1).

La explicación propuesta por Dussault no es más admisible. «Como la estatua era hueca, dice, el calor del Sol »calentaba el aire que contenía, y este aire, al salir por »cualquiera rendija, produciría un ruido que los sacerdotes

(1) VAN DALE, *De oraculis*, págs. 207-209.

»interpretaban a su antojo» (1). ¿Qué testimonio ha afirmado nunca que la estatua fuese hueca? ¿Y no atribuye Dussault, además, un efecto imposible a la elevación de la temperatura? Para llegar hasta el aire interior, el calor del Sol hubiese debido atravesar una capa de piedra de dos o tres decímetros de espesor al menos, y eso casi instantáneamente, y cuando el disco del Sol se había elevado apenas en el horizonte.

En las inmensas habitaciones construídas por entero con bloques de granito, que se conservan en las ruinas de Carnac, afirman unos artistas franceses, haber oído, al salir el Sol, *esos sonidos tan famosos producidos por piedras*. «Los sonidos parecen salir de las enormes piedras que cu»bren las habitaciones y aun *hay algunas que amenazan »hundirse*: el fenómeno provenía sin duda del cambio casi »súbito de temperatura que se efectúa al despuntar la au»rora» (2). Me inclino más bien a pensar que los sonidos eran producidos por el crujido de uno de esos bloques *prontos a derrumbarse*, entre aquellas masas de rojo granito que, golpeado con un martillo, *resuena como una campana* (3).

En efecto, si se admite la explicación dada, también hay que conceder, no solamente que la estatua de Memnón jamás había dejado de ser sonora, sino que los arcos, los muros, los colosos, las agujas de granito, en tan gran número levantados sobre el suelo de Egipto, asimismo producían sonidos al rayar el alba. Y desde entonces habría desaparecido la maravilla: la resonancia sonora no hubiera sido más que un hecho sencillo, tan corriente como el curso de un arroyo y el ruido de un trueno. Pero, como

(1) DUSSAULT, *Traducción de Juvenal*, 2.ª edición, tomo II, págs. 452, nota 5.
(2) *Descripción de Egipto*, tomo I, pág. 234.
(3) *Colección enciclopédica*, 1816, tomo II, pág. 29.

sabemos, el coloso de Memnón era el único que gozaba de su prerrogativa y la ha perdido, sin que su exposición al Sol y la temperatura del clima que le rodea, hayan sufrido el menor cambio.

La aserción que sirve de base a esta explicación está falta, además, de verosimilitud. Un cambio de temperatura, por bueno que se le suponga, ¿hará resonar un cuerpo sonoro? No. No se cita ninguna experiencia directa que pueda autorizar a creerlo. Una campana, un tam-tam que fueran allí expuestos, quedarían mudos; las cuerdas de un harpa eolia, tan prontas a producir, al soplo del aire, prolongados acentos, guardan silencio, aunque a la frescura de la noche suceda, al salir el Sol, una temperatura sensiblemente elevada.

Un viajero inglés, sir A. Smith, asegura que ha visitado la estatua de Memnón; y que a las seis de la mañana, acompañado de una numerosa escolta, ha oído muy distintamente los sonidos que hicieron a esta imagen tan célebre en la antigüedad (1). Según él, ese ruido misterioso no salía de la estatua sino del pedestal: lo cree un resultado *de la percusión del aire sobre las piedras del pedestal*; están éstas dispuestas de un modo que pueden producir tan singular efecto. ¿Pero cómo concebir esa *disposición*, si la base y la parte inferior del coloso han sido siempre y son aún de una sola pieza? ¿Y cómo se producirá el resultado indicado? Esto es lo que no explica el viajero. Hay que preguntar, por último, ¿cómo es el único, entre todos los modernos que haya oído la voz del coloso que, para todos los demás hombres, está condenado al silencio desde hace tantos siglos? ¿Cómo un fenómeno tan importante se hubiera escapado a los franceses que han habitado durante bastantes años en Egipto, y que han llevado tan lejos sus

(1) *Revista enciclopédica*, 1821, tomo IX, pág. 592.

sabias investigaciones? Sir A. Smith ha sido probablemente engañado por un crujido semejante a los que los artistas franceses oyeron en Carnac.

Tal era el estado de la cuestión cuando Letronne trató de resolverla definitivamente por una nueva hipótesis, sostenida por una erudición profunda y una hábil dialéctica (1).

El silencio de Herodoto y de Diodoro de Sicilia sobre la existencia del prodigio y sobre la tradición que atribuía a Cambises la destrucción del monumento le autoriza a rechazar ésta y a adelantar en varios siglos la época en que la voz de Memnón empezó a dejarse oír. Rechaza, como interpolado, el importante párrafo de Manethón; toma como punto de partida la afirmación de Estrabón, uniéndola a la mención que hace Eusebio de un temblor de tierra que causó grandes desastres en Egipto, veintisiete años antes de nuestra era. Según él, rompióse entonces el coloso, como otros monumentos, y adquirió, por su mutilación, la vocalidad que no había tenido hasta aquel instante.

Esta nueva propiedad no ofreció al principio a los espectadores nacionales más que una singularidad sin importancia. Más tarde, los griegos y los romanos vieron en ello un milagro, cuyo renombre, sin embargo, no se extendió muy lejos más que bajo el reinado de Nerón. Solamente entonces comenzaron los curiosos a inscribir en el coloso, testimonios de la religiosa admiración de que estaban penetrados. Ninguna de esas inscripciones tiene a un egipcio por autor; prueba de que la admiración y el entusiasmo no afectaban a los nacionales. Refiriéndose al viaje de Germánico a Egipto, ha hablado Tácito de la estatua de Memnón, como se hablaba de ella bajo Domiciano y bajo Trajano: ha incurrido en el error de substituir las

(1) LETRONNE, *La estatua vocal de Memnón*, 1 vol. in cuarto.

ideas que prevalecían en su tiempo, con las que se habían concebido un siglo antes. El ruido del milagro siguió yendo en aumento. Llegó a su colmo bajo el reinado de Adriano. No había disminuído cuando Séptimo Severo concibió y ejecutó el proyecto de rehacer el coloso, substituyendo con losas de piedra la porción del monolito que se había roto al caer. Quedóse entonces la estatua muda: las últimas inscripciones que atestiguan su vocalidad no son posteriores al reinado simultáneo de Severo y de Caracalla, y asimismo, después de este reinado, ningún autor ha hablado del milagro, como testigo de él.

Letronne adopta una conjetura según la cual la diferencia súbita de temperatura entre el fin de la noche y el comienzo del día, determinaba un sonoro chasquido en el trozo que quedó en su sitio, cuando cayó la parte superior de la estatua. Las macizas losas con que más tarde le cargaron, le obligaron con su peso a resistir a aquella influencia. El presunto milagro, limitado a una duración de poco más de dos siglos, no fué, pues, el efecto de una superchería; los sacerdotes egipcios no intentaron imprimirle un carácter religioso.

Este sistema es bastante seductor hasta para considerar a primera vista el problema como definitivamente resuelto; sin embargo, al reflexionar, se presentan graves objeciones:

1.° El silencio de Herodoto y el de Diodoro, puede decirse que proporcionan un argumento de aparente peso: pero no es más que un argumento negativo. Para que zanjase la cuestión, sería preciso que esos autores hubieran hablado necesariamente del caso, si en él había alguna realidad. Pero en la exploración de una región extraña es difícil que no escape algo a las miradas del observador; y aun es más difícil que éste, en su relación no omita algo de lo que ha visto u oído. Y los sabios modernos han encontrado la prueba de esto en el mismo Egipto, cuando han visitado esta comarca, teniendo a la vista las obras de sus predecesores. Además, Herodoto ha escrito una historia y no una descripción. La distinción es importante: la descripción no puede ser demasiado completa; la historia se limita a los rasgos más salientes y descuida detalles a veces interesantes.

Pasaremos por alto el reproche, probablemente exagerado, que hace Josefo a Herodoto, de haber desfigurado por ignorancia la historia de los egipcios (1); ya que el mismo Herodoto, al hablar de su viaje a Menfis, a Heliópolis y a Tebas, advierte que, de todo lo que ha podido oir y saber en dicho viaje, no referirá más que los nombres de las divinidades. Cuando un autor fija así con antelación la extensión que va a dar a sus revelaciones, ¿qué argumento puede sacar la crítica de su silencio sobre los hechos de que no quiere hablar, según declara?

El plan de Diodoro, más vasto que el de Herodoto, todavía abarcaba menos detalles. También observamos que este autor, que alcanzó gran renombre bajo el reinado de Augusto, pudo no acabar su obra hasta la época en que (según Letronne) la vocalidad de la estatua estaba bien comprobada. Sin embargo, no ha hablado de ella. ¿Podría deducirse de su silencio algo contra la realidad de un hecho reciente y bastante singular para atraer su atención? No. Luego su silencio nada prueba contra la existencia de la maravilla antigua y generalmente conocida.

2.° Letronne mira como interpolado el párrafo de Manethón citado por Eusebio; ¿por qué? Porque Josefo, dice, no lo ha reproducido, al citar textualmente al sacerdote egipcio (2). Pero vemos a diario, que en cualquier cita,

(1) JOSEFO, *Adv. Apion.*, libro I.
(2) JOSEFO, *Adv. Apion.*, libro I.

por lo demás exacta, se suprime una frase incidental, que no tiene relación con la materia de que se trata, y que, desde luego, distraería la atención del lector del punto sobre el cual se pretende fijarla. ¿Qué le importaba a Josefo la identidad de la estatua de Amenofis y la de Memnón? Ha pasado en silencio esta particularidad que no interesaba, sobre el origen de la nación judía. El mismo dice expresamente, al terminar su cita, que «para abreviar, »omite a propósito muchas cosas». Esta declaración basta para derrocar el argumento de Letronne. El párrafo de Manethón subsiste tal como lo ha citado Eusebio, que no tenía ningún interés en alterarlo. La vocalidad del coloso y su caída eran, pues, hechos conocidos en tiempos de Ptolomeo-Filadelfo y, desde luego, podían remontarse mucho más lejos y hasta el reinado de Cambises.

3.° La mutilación del coloso, falsamente atribuída al rey de los persas, fué — dice Estrabón — el efecto de un temblor de tierra; el mismo — según Letronne — que en el año 27 antes de nuestra era, *destruyó por completo a Tebas*. Así se expresa el texto griego de Eusebio: la versión armenia corrige esta expresión exagerada y limita a los arrabales (*suburbia*) los efectos del desastre.

En todos los tiempos, ha sido en Egipto un fenómeno bastante raro un temblor de tierra; y esto lo prueba el número de edificios antiguos que aun siguen en pie, después de tantos siglos, en aquel país. Por lo tanto, los egipcios no hubieran debido perder fácilmente la memoria de una catástrofe funesta a su antigua capital y a un monumento objeto de la veneración nacional. Y, sin embargo, su testimonio es alegado por Estrabón en términos muy vagos: «*Dicen ellos que la parte superior fué derribada...*» El lenguaje de Estrabón no es menos extraordinario porque casi haya sido testigo del temblor de tierra mencio-

nado por Eusebio, en el año 27 antes de Jesucristo (1). La expedición de Elio Galio, en Arabia, tuvo lugar el año 24, según Dion Casio: se debe asignar sobre poco más o menos la misma fecha al viaje que hizo Estrabón a Tebas con aquel general. ¿Cómo un escritor tan juicioso se habrá expresado de una manera tan poco precisa respecto a un suceso contemporáneo, o del que todo lo más le separaba un intervalo de tres o cuatro años?

¿Cómo admitir además que quinientos años después de la muerte de Cambises, se haya atribuído a este príncipe la mutilación del coloso, cuando era, de hecho, el resultado muy reciente de un temblor de tierra del que todo Egipto debió tener conocimiento y guardar largo tiempo memoria? ¿Hubieran atribuído los contemporáneos de Carlos VII a las fechorías de los normandos en la Neustria, la caída de un edificio desplomado naturalmente ante sus propios ojos? La coincidencia de los párrafos de Eusebio y de Estrabón es, por lo tanto, una hipótesis contraria a toda verosimilitud, y que no aduce ninguna prueba, ningún indicio; ¡y, sin embargo, es la base del sistema de Letronne!

4.° ¿Qué queda del testimonio de Estrabón? Visita la estatua, oye la voz maravillosa, y, sin más averiguaciones, se marcha, convencido de que vale más creerlo todo que admitir que unas piedras así dispuestas puedan emitir sonidos. Este lenguaje es el de un testigo demasiado prevenido para que su opinión merezca nuestro asentimiento.

Como Estrabón no da el nombre de Memnón a la estatua vocal, deduce Letronne que no lo llevaría todavía. De tan sencilla omisión no creo que se pueda sacar una consecuencia tan absoluta. El párrafo de Manethón responde a esto concretamente.

(1) La versión armenia de Eusebio sitúa este acontecimiento tres años más tarde, el año 24 antes de Jesucristo.

5.° Letronne cree poder llevar la época en que el milagro adquirió cierta celebridad, hasta la fecha de las primeras inscripciones grabadas en el coloso. Puede consentirse que rechace la autoridad de Dionisio el Periegota, prevaliéndose de la incertidumbre que reina sobre la época en que escribía el poeta geógrafo. Pero no se podría suponer con él, que un historiador como Tácito, que en su juventud había conversado con contemporáneos de Pisón y de Germánico, haya inserto, en la relación del viaje que este príncipe hizo a Egipto, unos hechos que no fueron observados hasta cuarenta años más tarde. Para afirmar la existencia de una falta tan extraña sería necesario presentar pruebas positivas y Letronne no alega ninguna.

6.° Por no encontrarse el nombre de Germánico inscrito en el coloso, ¿hay que deducir, como Letronne, que este príncipe no haya oído el milagroso sonido? Elio Galio y Estrabón lo habían oído y, a pesar de ello, no grabaron en la piedra sus nombres ni sus testimonios.

7.° Recogiendo y explicando las inscripciones existentes, Letronne ha hecho un gran servicio a la ciencia; pero, ¿no va demasiado lejos al afirmar, por ser todas ellas griegas o romanas, que el pretendido milagro no tenía para los nacionales ningún interés religioso, y al suponer que las fechas de las inscripciones fijan la duración del milagro desde el reinado de Nerón hasta el de Séptimo Severo?

¡Cómo! ¿Un fenómeno, a lo menos sorprendente, hubiese podido existir desde varios siglos antes; o bien, producirse de repente en uno de los pueblos más supersticiosos de la tierra sin que ningún profesional del fraude hubiera intentado aprovecharse de él? Preciso es confesar que eso sería una maravilla sin ejemplo en la historia, casi tan chocante como la existencia de una piedra parlante. En todas partes se ha visto a los sacerdotes inventar milagros, o adornar con este nombre unos hechos naturales, extraordinarios apenas. Allí donde el vulgo ha creído reconocer la obra de un Dios, se han presentado unos hombres privilegiados para recoger, en nombre de ese Dios, los tributos de la admiración y del reconocimiento. Los sacerdotes egipcios no han debido apartarse de esa costumbre al pie de la estatua vocal, y eso sin inquietarse si los griegos o los latinos la reverenciaban bajo un nombre que ellos no adoptaban, y sin revelar al crédulo extranjero sus mitos religiosos. Ofrendas sobre sus altares, respeto para ellos mismos: he aquí lo que debieron obtener cada día, gracias al prodigio cotidiano, cuya maravilla no se reproducía en ningún otro templo.

Pero ellos no lo han celebrado en ninguna inscripción... En Egipto, los muros de los templos, y a veces el cuerpo de las estatuas, estaban cargados de jeroglíficos cuyo sentido no nos ha sido revelado aún más que muy imperfectamente. ¿Cómo podríamos afirmar nosotros que en el *memnonium* no hace mención de la propiedad vocal de la estatua ninguna de sus misteriosas inscripciones?

Unos hombres extraños a la orden sacerdotal, probablemente no hubieran intentado suplantar el silencio de los sacerdotes. La usurpación de semejante derecho habría sido poco compatible con el sentimiento de una veneración religiosa: juzguemos por las modernas, las antiguas costumbres. Los devotos pueden llenar de exvotos el templo del santo a quien se crean deudores de algún beneficio; pero escribir sobre la misma estatua, en vez de ser un testimonio de su reconocimiento, sería una sacrílega profanación.

Los ptolomeos introdujeron en Egipto el culto de Saturno y de Serapis, sin obtener, a pesar de ello, que se elevasen a una u otra divinidad, templos en el interior de las ciudades (1). Pero, por política, o por superstición, los la-

(1) MACROBIO, *Saturno*, libro I, cap. 7.

gidas, en lugar de creerlo un atentado a la religión nacional, adoptaron el culto y sus tradiciones. Luego sus sacerdotes, igual que en el pasado, siguieron siendo guardianes de las imágenes de los dioses, y las preservaron de los daños que hubiera podido hacerles sufrir una indiscreta admiración. Y hasta el reinado de Augusto, Egipto, enteramente sometido a los sectarios de un culto extraño, no les reveló sus maravillas. Los primeros viajeros que visitaron a Memnón se abstuvieron, sin embargo, de un acto que los indígenas, demasiado recientemente sometidos, habrían podido mirar como un ultraje. Poco a poco, los griegos y los romanos, afluyendo a las orillas del Nilo, familiarizaron a sus pobladores con la singular propensión que ellos tenían para encontrar en todos los países sus divinidades nacionales. Habían pretendido reconocer a Memnón; le oyeron: el uso de las inscripciones era, entre ellos, tan familiar a los particulares como a los ministros del sacerdocio. Multiplicáronse las inscripciones, tan pronto gracias a la superstición, como al placer de confirmar, como testigos, la existencia de un prodigio único, quizá puesto en duda por los que no lo habían podido probar por sí mismos. La vanidad tomó parte en esto a su vez: nadie quiso haber vuelto del Alto Egipto, sin alabarse de haber oído a Memnón. La multitud de los visitantes debilitó poco a poco estos motivos. La dificultad de llegar a suficiente altura para encontrar un sitio propio para recibir nuevas inscripciones, hizo, al parecer, terminar esa costumbre, después de la muerte de Severo y Caracalla. Otras causas, independientes todas de la duración del prodigio, pudieron contribuir al mismo efecto. Pretender ligar esencialmente esta duración a la fecha de las últimas inscripciones, es suponer que todos los testigos debían inscribir algo sobre el coloso, y que por lo tanto, su número no sería más considerable que el de los nombres consignados en

las setenta y dos inscripciones recogidas por Letronne: consecuencias inadmisibles; prueba de que el principio mismo es erróneo.

La historia no habla de la restauración del coloso y, por consiguiente, no indica esa fecha. Los restos de las losas superpuestas sobre la base establecen el hecho; y parece que Luciano y Filostrato han tenido conocimiento de ello, puesto que ambos se expresan como si, en sus tiempos, se viese la estatua entera. Observamos solamente que, si se admite su testimonio, no hay que tergiversarle: ambos hablan de la voz milagrosa del coloso; así que, contra la opinión de Letronne, el prodigio pudo subsistir tras la restauración de la sagrada imagen.

Luciano murió bajo el reinado de Marco-Aurelio, y Juvernal bajo el de Adriano; luego la restauración debiera situarse entre ambas épocas; habría sido obra de Adriano o Antonino.

Y esto es lo que no puede admitir Letronne; para que el silencio del dios coincida con la fecha de las últimas inscripciones, es necesario, en efecto, que Severo haya ejecutado dicha restauración; pero el testimonio de Filostrato, por poco peso que se le conceda, rechaza semejante hipótesis. En una narración, o mejor dicho una leyenda, dirigida a una supersticiosa emperatriz, ¿hubiera hecho remontar Filostrato a los tiempos de Domiciano o de Tito, un hecho eminentemente religioso, una reconstrucción ordenada y ejecutada por el emperador reinante? El autor de una obra dedicada a la reina Ana de Austria, ¿hubiese llevado algún contemporáneo de Francisco I o de Enrique II a la célebre procesión del voto de Luis XIII?

A falta de testimonios históricos que atestigüen que la reconstrucción tuvo lugar bajo Séptimo-Severo, y de inscripciones jeroglíficas que guarden memoria de ello, observa Letronne que este príncipe, según Espartano, evi-

taba inscribir su nombre sobre los monumentos que reedificaba. Pero este aserto sólo parece que se aplicaba a monumentos romanos; el mismo Letronne cita unos monumentos egipcios, en los cuales inscribió Severo su nombre y los nombres de sus hijos. ¿Cómo no los hubiera inscrito en el coloso al ser vuelto a levantar por sus cuidados?

Letronne opina que el imprevisto silencio de Memnón *restaurado* fué el motivo que se opuso a que una inscripción consagrase un acto tal de piedad o de vanidad. Esta conjetura daría mucho valor al argumento negativo que podríamos sacar del silencio que Espartano, Herodiano y Dion Casio (los dos últimos casi contemporáneos de Severo) han guardado sobre un hecho tan notable como la restauración del coloso, a pesar de dar cuenta del viaje de Severo a Egipto y de su visita a la estatua de Memnón. Y esta circunstancia, de por sí extraña, nos asombraría mucho más aun, si la terminación del prodigio, durante tantos años admirado, hubiese seguido inmediatamente a la reparación de la estatua. ¿Cómo no hubieran hablado de ello esos autores, aunque no fuese más que como un presagio muy funesto? ¡Habría sido tan natural referirlo con la rápida extinción de la raza de Séptimo-Severo!

En resumen: creemos poder mirar como demostrado:

1.° Que si un temblor de tierra (y no el furor de Cambises) derribó la estatua sonora, no fué el terremoto que Eusebio pone en el año 27 ó 24 antes de nuestra era, y por consiguiente, el sistema de Letronne tiene una base falsa;

2.° Que la hipótesis de la restauración de la estatua por el emperador Severo no está basada en ninguna prueba, en ningún indicio histórico;

3.° Que no está demostrado que Memnón se haya callado inmediatamente después del reinado de Severo y de Caracalla, y que, si la época en que el prodigio ha comenzado no es conocida, tampoco lo es la época mucho más cerca de nosotros, en que ha terminado.

La causa del prodigio queda igualmente en la obscuridad. Letronne, como se ha visto, adopta una explicación fundada en una variación súbita de temperatura. A las objeciones que a ello hemos opuesto, añadiremos: 1.° que tal variación no podía reproducirse varias veces en un día, mientras que la voz de Memnón ha sido oída en dos, y hasta en tres distintas ocasiones, en diferentes horas de la misma jornada. 2.° Se supone, gratuitamente al parecer, que el peso de las losas con que se cargó la base al restaurar el coloso, fué la causa de su súbito silencio. Los inmensos bloques de granito cuyos crujidos han sido oídos en Carnac, soportan masas más pesadas que las losas que hayan podido servir para la restauración del coloso, y su sonoridad casi espontánea no es dudosa. En general, la superposición de un peso, aun no muy considerable, pára las vibraciones de un cuerpo actualmente resonante, pero no destruye su sonoridad; solamente cambia la calidad del sonido. El cambio se hace menos sensible, si el cuerpo superpuesto forma uno con el primero, y si es de la misma naturaleza. Pero las losas cuyos restos subsisten son de una piedra arcillosa, idéntica a la que se observa en la base y casi tan sonora como ella. 3.° Por último, al ser después esas losas completamente derribadas y volver el coloso casi al mismo estado que en la época de su primera mutilación, ¿no hubiera debido recobrar su voz, que la restauración le había quitado?

¡Aquel milagro fué efecto de la superchería! así lo creo, aunque Letronne lo niega absolutamente. Dice que no se habría podido practicar un subterráneo, una cavidad, bajo la base de la estatua, varios siglos antes de su erección. La objeción supone que el milagro no fué contemporáneo de dicha erección, lo que en vano ha tratado de

probar. ¿Por qué, añade Letronne, no se hacía oir Memnón todas las veces que se le visitaba? Porque el milagro, a veces diferido o negado, excitaba así más la curiosidad, alucinaba con mayor viveza la superstición, inspiraba un respeto más profundo. ¿Cuántas veces no ha sido diferido en Nápoles el milagro de san Javier, con arreglo a las pasiones, al capricho, o al interés de los sacerdotes?

Recientemente, un inglés, míster Wilkinson, ha descubierto una piedra sonora puesta encima de las rodillas del coloso: detrás se halla una cavidad que cree se habrá practicado adrede para esconder a un hombre cuya función era golpear sobre la piedra y producir el milagro. Un observador francés (1), M. Nestor l'Hote, se ha asegurado de que existe la piedra sonora en efecto, en la rodilla de la estatua; es de la misma naturaleza que la piedra que ha servido para la restauración, y produce, a la percusión, un sonido completamente igual al de una masa de metal fundido. La cavidad que se ve detrás no es otra cosa que una enorme grieta que divide de arriba abajo el asiento de la estatua. Se puede deducir que no ha sido practicada a propósito y que la piedra sonora no ha sido empleada más que como uno de los materiales de la reconstrucción.

Esta deducción es muy plausible; derriba la hipótesis de Van Dale, que ya hemos rechazado; pero no prueba nada en favor de la de Letronne; ¡había tantos otros medios de hacer el milagro!

¿Cuándo ha cesado la sonoridad de la estatua? Aquí se rompe el hilo histórico entre nuestras manos. En medio de los desórdenes y de las disensiones que desgarraron el imperio hasta el advenimiento de Constantino, los analistas tuvieron pocas ocasiones de recordar una maravilla aislada, extraña a la nueva religión cuyo triunfo se preparaba

(1) *Monitor*, número del martes 9 de octubre de 1838. Carta de Néstor l'Hote a Letronne.

todos los días. La misma maravilla debió renovarse difícilmente, y cesar muy pronto por completo desde que, a consecuencia de las controversias entabladas entre los cristianos y los politeístas, fueron aclarados de cerca los fraudes religiosos, y cuando, más tarde, despreciados, reducidos a la indigencia, víctimas de persecuciones, los dispersados sacerdotes dejaron sus templos y sus imágenes despojados para lo sucesivo de la veneración de los pueblos.

Como ocurre demasiado a menudo al término de las más concienzudas indagaciones, nos vemos obligados a confesar nuestra ignorancia, no pudiendo negar la existencia del prodigio, ni fijar su duración, ni dar una explicación de él al abrigo de objeciones. Los numerosos ejemplos de prodigios producidos por efectos de acústica, nos autorizan a atribuir éste a la habilidad de los sacerdotes, que nunca han dejado escapar un hecho un poco singular sin explotarlo, apoderándose de él. ¿Pero de qué naturaleza era su intervención en este caso? ¿Cómo explicar una superchería, modificada en ciertos casos para hacer el milagro más augusto, pero efectuada comúnmente de una manera uniforme, todas las mañanas, a la claridad del Sol, al aire libre, en medio de unos testigos que se presentaban en grupos para observar su efecto, sin descubrirlo jamás? Esta es la verdadera cuestión, que todavía no ha podido ser resuelta...

FIN

INDICE

Páginas

Páginas

Páginas